Jaime Alfonso Sandoval

MUNDO UMBRÍO

LA GUERRA DE GUERRAS

JAIME ALFONSO SANDOVAL
MUNDO UMBRÍO
LA GUERRA DE GUERRAS

JAIME ALFONSO SANDOVAL

MUNDO UMBRÍO

LA GUERRA DE GUERRAS

Montena

Prólogo

Esa semana ocurrieron varias cosas extrañas en un mundo de por sí extraño. Un vuelo de Nova Pacific con rumbo a Perth Australia se estrelló en el océano Índico con trescientas treinta y ocho personas, entre pasajeros y tripulación. Lo extraño fue que algunos pudieron llamar a sus familias por algún milagro de la antena y *router* del avión, que aún funcionaban. Aseguraron que el piloto había conseguido hacer un atropellado acuatizaje. Si bien el avión estaba parcialmente destruido y había varios muertos, según los testigos, la mayoría de los sobrevivientes flotaba con su chaleco salvavidas. Fueron dos, tres llamadas similares, todas pidiendo auxilio, hasta que se cortó la comunicación. Pero dos horas más tarde, cuando llegó el equipo de rescate, descubrieron algunos restos de las alas, parte del fuselaje y contemplaron un centenar de chalecos salvavidas, todos vacíos. No había pasajeros, ni tripulación, ni muertos ni heridos; todos se esfumaron en las profundas aguas del Índico.

Se habló de tiburones, de algún otro depredador, ¿pero quién o qué devora a trescientas treinta y ocho personas en menos de dos horas, sin dejar rastros?

Algo similar ocurrió a unos kilómetros de la ciudad de Danapur, India, en un accidente de tren de la ruta nocturna, que por una falla en las vías se descarriló. En el accidente no se reportaron fallecidos ni heridos, porque del mismo modo ciento diecinueve personas desaparecieron; no pidieron auxilio, no aparecían atrapadas en los restos del accidente ni estaban perdidas en las praderas lluviosas, simplemente se esfumaron. Solo un anciano ciego que vivía en una choza cercana a las vías mencionó algo sobre *los asuras*, nadie le hizo caso, claro; se refería a los demonios sedientos.

Más tétrico fue lo que sucedió en Hunhukwe, una aldea de Botsuana.

Algunos pobladores, sobre todo mujeres y hombres jóvenes, comenzaron a enfermar. Los médicos locales diagnosticaron anemia. Era como si a los afectados les hubieran drenado buena parte de la sangre. Alguien sugirió que podría ser alguna nueva epidemia y decidieron aislar a los enfermos en la vieja escuela. En total fueron treinta y uno. Un día después del encierro, cuando fueron a llevarles alimentos, no había nadie en las instalaciones. Lo extraño es que seguían cerradas las ventanas y puertas con cadenas y candados. Lo único raro era un viejo pozo del patio que tenía un olor peculiar, a algo descompuesto. A simple vista con una lámpara no se veía nada, aunque tampoco nadie se atrevió a bajar. No se supo nada de los jóvenes enfermos.

Muchas de estas noticias se perdían, con tantas desgracias que asolan el mundo día con día, pero eran señales de una guerra que se cocinaba a cientos de kilómetros abajo, en las partes profundas del planeta. Las batallas habían comenzado.

PRIMERA PARTE
Tambores de guerra

Capítulo I

VAMPIROS EN SANTA MARÍA LA RIBERA

"*El accidente de un ferry que cubría la ruta de Hong-Kong a Kowloon ha conmocionado a la zona*", comentaba la presentadora del noticiero. "*Según las autoridades, de momento no se ha recuperado ninguno de los cuerpos...*"

—¿Qué pasa? ¡Quiten eso! —Gundo el Gris señaló la pantalla—. ¡Ya es hora! ¿Dónde está el control *remozo*?

—*Remoto*, se llama control remoto —explicó Osric, que era especialista en tecnología humana (según él).

El pequeño nosferatu rebuscó en el sillón y encontró el control bajo una bolsa vacía de globurratas light.

Varios chupasangres se acercaron al aparato mientras Osric manipulaba como experto los botones hasta dar con una estridente melodía melosa. Más nosferatus salieron de sus escondites (cajoneras, un clóset de sábanas, incluso de los entrepaños de la alacena). La mayoría aún tenía vendas y escayolas. Se acercaron, renqueando, pero entusiasmados.

—Por favor, ¿quieren apagar el *televisionado* o como se llame esa cosa? —pidió Imogene al entrar a la sala. Tras ella iban sus hijos, el silencioso Calibán y el siempre despeinado Benvolio.

—¡Pero es la hora de la telenovela! —gimió Gundo.

—Y también de una reunión de clan —recordó Imogene—. Nos urge tener una y no se puede hablar de cosas importantes con la telenovela de fondo.

Todos gruñeron. El clan Pozafría llevaba varios días en la casa de Beatriz Martín o tía Bety, en Ciudad de México. Habían llegado muy heridos luego del espectacular rescate y escape del nido de Ubus. Por suerte, durante la recuperación Moth y Puck habían descubierto las

telenovelas y engancharon a buena parte de la familia. Les encantaba *Abrázame con tus besos,* porque la protagonista lloraba demasiado. "Deberían torturarla un poco para que vea lo que es el sufrimiento", comentaba tía Sangre. Según ella, las interpretaciones eran un poco sosas. "Además falta algo de tripas y sangre", era la opinión de Lisandro tío Panza. Todos se burlaban de las actuaciones, pero casi nadie se perdía un capítulo. Los ancestros milenarios, mamá Uyü, Abasi el Egipcio y Augustus el Romano, no entendían bien el concepto de pantalla; creían que los actores estaban ahí mismo, tras un cristal, y a veces hablaban con los intérpretes o lanzaban restos de comida, como si estuvieran en el Teatro del Hueso viendo una zarzuela.

—Osric, querido, ¿serías tan amable de apagar esa cosa? —insistió Imo, ya seria.

Se oyeron quejas, gruñidos.

—Podemos ver la telenovela después —dijo otra voz. Era Lina, la pariente tibia—. El capítulo queda en la memoria del decodificador.

Los vampiros la miraron desconcertados.

—Los actores darán una repetición más tarde —aseguró Lina.

Eso tranquilizó al clan. Ben, Lina y Osric movieron los sillones de la sala (días atrás tía Bety forró los muebles con plástico para evitar los gérmenes vampíricos). Reunieron además algunos bancos y sillas para que cupieran los diecisiete umbríos y la humana. Por suerte, la prima Alessa y Hans, su novio redivivo, se habían ido con sus amigos, la banda de los Pútridos, que tenían varios escondites (todos de dudosa reputación).

—No sé cómo le hacen los tibios para vivir en estas casas —se quejó tío Panza—. Este piso se mueve todo el tiempo.

—Te paraste otra vez en una caminadora para hacer ejercicio —explicó Lina y le pasó un taburete.

—Me avisan cuando termine su misa negra —dijo tía Bety en las escaleras, mirando desde lejos el círculo de chupasangres—. No quiero que mi nene salga al baño en la noche y se tope quién sabe con qué barbaridad.

—¿Qué es una misa negra? —preguntó Gerta Pestañas.

—Unas cosas siniestras donde todos usan batas feas y sacrifican doncellas —aseguró Puck.

—Ah, como en las telenovelas —asintió Gerta.

Tía Bety prefirió escabullirse, no sin antes lanzar una mirada de advertencia a Lina. Ella era responsable del buen comportamiento de su familia vampírica y de que nadie rompiera los cojines con las garras de los pies.

—Bien, primero que nada, ¿cómo se sienten todos? —comenzó Ben

revisando las fracturas y cortes en la piel. Varios parientes llevaban escayolas de ceniza volcánica, Puck aún traía un casco de bicicleta que ayudaba con la herida de cabeza y Moth casi parecía una momia con tantos vendajes—. Parece que van cicatrizando bien.

En realidad se debía al vórtice de Ben que tenía unas cualidades sanadoras extraordinarias; aunque tal vez lo más difícil sería sanar la mente. Los Pozafría habían sido largamente torturados por órdenes de Tirso el Rojo, y la noticia de que serían quemados vivos fue demasiado para algunos, como el joven Dromio Gusanos, que iba a todos lados con una funda de almohada en la cabeza con apenas un agujero para ver. "Déjenlo, le da seguridad", había dicho Crésida, su madre. Duncan el Bello consiguió tranquilizarse cuando le dieron una peluca que lo hacía recordar el esplendor de su apostura nosferatu. Lisandro tío Panza, como de costumbre, encontró consuelo en la comida, en especial en los morcillones de Elis. Gundo el Gris se bebió de golpe todas las cervezas de plasma que había en la casa (se aterrorizó cuando le explicaron que era la dotación de varias semanas). Por suerte, apareció *Abrázame con tus besos* para distraer a todos con los ridículos pero deliciosos dramas amorosos de humanos.

—Bien, pues no perdamos más tiempo. Se inicia la reunión de clan —anunció Imogene, la líder; ojeó algunas notas—. Ni sé por dónde comenzar... hay tantas cosas.

Le hizo una seña a Calibán para que llevara la minuta, sería a mano (no se acostumbró a una laptop que le prestó Lina; según él, tenía demasiados sonidos malvados).

La abuela Imo comenzó explicando algo que varios desconocían: el rescate del clan se había hecho a espaldas del Gran Concejo y no se contaba con su apoyo.

—Pedimos ayuda a los Once Sabios, hicimos todos esos engorrosos trámites para la audiencia, y al final dijeron que no era su problema —explicó Imogene.

—Tal vez no supieron negociar —murmuró tía Sangre mientras cepillaba a su perro Alecto, la única de sus furias que sobrevivió.

—Oh, Lavinia querida, no sabes lo que dices —Imo había oído perfectamente—. Ofrecimos todo lo que tenemos: contactos, infiltrados, nuestros dones, hasta las dagas; se quedaron con ellas, ¿no es así?

—Es correcto, madre —reconoció Ben—. Los filos de plata para eliminar a Luna Negra y a su hijo Cerberus están en resguardo en Anub.

—En fin, resultó un desastre —Imogene tomó aire—. A los sabios ni siquiera les interesó nuestra arma secreta para la guerra. Querida, por favor —le hizo una seña a Lina—. ¿Puedes dar un paso adelante para que todos te vean?

Lina, un poco nerviosa, obedeció. Sintió la penetrante mirada de su parentela chupasangre. No se acostumbraba a esa sensación.

—¿La sanguaza Lina es el arma secreta de esta guerra? —preguntó Gerta Pestañas.

—Claro que no, ¡debe ser otra de sus chapuzas! —tía Sangre chasqueó la lengua.

—No es ningún invento —comenzó a explicar Lina—. Me convertí en la mella de Cerberus cuando me dejó escapar...

—¿Está permitido que la sanguaza hable sin permiso de los mayores en una reunión de clan? —interrumpió el viejísimo nosferatu al que le llamaban el Egipcio—. En mis tiempos se les hacía comer un carbón ardiente por el desacato.

—Abasi querido, esto no es una reunión normal de clan —suspiró la abuela Imo—. Se permiten ciertas libertades. Estamos en una casa humana...

—Ajá... ¡y ni siquiera podemos ver la telenovela a su hora! —se quejó Duncan, peinando su peluca de rizos.

—No empiecen de nuevo con eso —suspiró Imo, armándose de paciencia—. El caso es que Lina, como saben, fue dueña de Abismo, pero no murió cuando se desprendió del arma, como es la costumbre; por lo tanto, conserva algo de dominio. Sin nuestra Lina, a la estaqueta le falta la tercera parte de su poder. Los depositantes no pueden usar ese armatoste necromántico con todo su potencial en la guerra.

—¡Lina es poderosísima! —murmuró Osric con entusiasmo. Llevaba en las manos el volumen IV de la biografía de su prima (que él mismo había escrito).

—Pero ¿explicaron eso a los Once Sabios? —quiso confirmar Puck.

—Claro, y ciertamente les interesó —reconoció Imo—. Se dieron cuenta de que si nuestra Lina muere, Cerberus y Luna Negra tendrían todo el poder, por lo tanto... —agregó contrariada— ordenaron encerrar a Lina en una celda para tenerla a resguardo.

—Y al final de la guerra, matarla —recordó Ben, ofendido.

—No es mala idea —opinó tía Sangre, que alimentaba a su furia con trocitos de carne cruda—. Por algo son sabios.

—Lavinia, ¡qué cosas dices! —exclamó Moth.

—¿Qué? —la vampiresa se encogió de hombros—. Siempre he dicho que si hubiéramos eliminado a esta humana el día que llegó a nuestra casa, como propuse, nos habríamos ahorrado varios problemas y esta espantosa guerra.

Lina estaba acostumbrada a los comentarios retorcidos de tía Sangre. Incluso los extrañaba.

—Lina no tiene la culpa de esta guerra —enfatizó Imogene—. Los

enemigos la usaron y nosotros mismos nos descuidamos. O dime, Lavinia, ¿alguna vez sospechaste de Titania Labios Sangrantes o de Lucinda tía Tripa?

La mención de las dos traidoras en la familia desató resoplidos y molestia entre los umbríos presentes. Gundo lanzó un escupitajo de licor de sanguina, que, por mala suerte, cayó en la cabeza de Osric.

—¡Esa vaca marina! —gruñó tía Sangre—. Debió quedarse a coleccionar maridos.

—Eso hizo —recordó Crésida, que tenía en el regazo a su hijo Gusanos, con su funda de almohada en la cabeza—. Pero el último esposo la arrastró al mundo de la necromancia. Por eso prefiero tener a un borracho inútil como marido que a un mago oscuro.

Gundo la miró sin saber muy bien si era halago o insulto.

—Por mi parte pido disculpas por mi querida Lucinda —se adelantó a explicar Lisandro, con voz temblorosa—. Ella solo intentaba ayudar a nuestro hijo.

—Siward Lamprea, otro traidor —opinó Puck.

—Y tan loco como un murciélago con rabia —completó Moth.

Las quejas subieron de tono y, antes de que Gundo volviera a escupir, Osric se cambió de lugar.

—No tiene caso hablar de traidores en el clan. Lo pasado, momificado —Imogene levantó una mano—. Lo que importa ahora es que estamos a salvo. Es verdad que perdimos nuestras propiedades y fortuna, pero contamos con dos talismanes entre nosotros: Ben y Lina, a la que, por cierto, ya le encontramos su vórtice exacto.

—¿Y qué don tiene? ¿Destruir a la familia? —tía Sangre miró a la joven con desprecio.

—Tiene el don de la vida —dijo una voz extraña, que provenía de un alto y pálido vampiro, vestido con una especie de uniforme militar y ojos difuminados con maquillaje violeta. Estaba al fondo, recargado en una puerta—. Morí en un ataque durante un viaje reflejante y Lina me trajo de vuelta a la vida.

Se hizo un pequeño silencio en la sala.

—Y desde entonces perdiste tu buen gusto para el arreglo —observó Duncan.

—Ya no soy la de antes —reconoció Ariel—. Ahora no puedo leer el oráculo ni ver el futuro.

—¿Qué le hiciste a nuestra Ariel? —reprochó Gerta a la joven humana.

—Nada... ni siquiera sé bien cómo funciona todo esto —intentó explicar la joven.

—No es culpa de Lina —intervino Ben, tajante—. Al parecer, cuando se trae a alguien del otro lado, Alatu, la guardiana del reino de los muertos,

pide una cuota. Ariel pagó con su don profético.

—Pero ya está descubriendo otros talentos —se adelantó a explicar Imo—. ¿Verdad, querido?

Ariel se encogió de hombros.

—¡Y Lina también revivió a Hans! —Osric no pudo evitar presumir—. ¡Frente a los Once Sabios! ¡Fue tan impresionante! ¡Cuéntales!

—Bueno, ya estaba redivivo —reconoció Lina con modestia—. Solo traje su consciencia y con ella volvieron sus recuerdos. Al principio el pobre estaba muy asustado, no dejaba de gritar en alemán.

—Espera... momento —Gerta se puso de pie, parecía atónita—. Si esa cosa con la que sale nuestra hija habla... técnicamente ya no es un redi. Sería como un tibio, ¿no?

—Nuestra pequeña Alessa vive un amor de tibio verano —confirmó Duncan.

La pareja suspiró aliviada. Era un deshonor enamorarse de un redivivo, un instrumento doméstico, con la misma importancia que una buena escoba.

—Bueno, para mí sigue pareciendo un sucio redi —opinó tía Sangre.

—Pues gracias a ese sucio redi, como lo llamas, pudimos rescatarte a ti y a los demás —develó Imogene—. Sin el apoyo del Gran Concejo, Hans nos dio dinero para comprar armas y explosivos. Además, Alessa y sus amigos los Pútridos ayudaron con el operativo, mientras que Lina consiguió los datos del pasaje subterráneo y los escondites en el mercado.

—Lo último fue gracias a Gis —puntualizó Lina, y sintió un pinchazo de dolor al mencionar su nombre—. Gismundus Tarmelán fue fundamental. Usó el botaescudos que le dieron Moth y Puck para ir a la habitación de Basanio, luego hizo un mapa de las salidas. Fue nuestro informante de Ubus.

—La sanguaza se portó de manera extraordinaria —remarcó Imogene —. Para mí ya no son simples menores, ahora son como nosotros, con todas las obligaciones y derechos de un miembro Pozafría adulto. Han demostrado un valor sin límites a su corta edad.

Osric se enderezó con orgullo y le dedicó una gran sonrisa a Lina.

—¿Y dónde está ese valeroso Gismundus que mencionan tanto? —Crésida miró a todos lados.

—Si se quedó con Basanio, pobre —comentó tío Panza—. Papá es un poco insoportable.

—Creo que Basanio está muerto —develó Lina.

Todos volvieron a mirarla con esas brillantes pupilas. La joven tomó aire para revelar:

—Dejó un mensaje en la Pensión Somnus. Parecía una despedida, decía que su fin estaba cerca, que nosotros siguiéramos luchando...

Todos los hijos de Basanio quedaron muy impresionados: Imogene, Ariel, Lavinia y Lisandro. Por siglos, el Doctor Peste había sido líder del clan y multiplicó como nunca la fortuna de los Pozafría.

—Además, en el mensaje habla de papá —Lina miró a Ben—. Dice que las cosas que hicieron en el pasado ya no importan ahora y te perdona.

A Ben se le llenaron los ojos de lágrimas. Era un tema muy espinoso: un siglo atrás había intentado degollar al abuelo Basanio después de que este hiriera de muerte a Luna Negra, su gran amor en aquel entonces. El resultado fue terrible: a Benvolio le costó un siglo de destierro y el abuelo quedó postrado, con la cabeza casi separada. En fin, dramas como en cualquier familia.

—Pero es posible que siga vivo, ¿no? —opinó Moth con ilusión—. La planta donde está la habitación de Basanio tiene una protección especial.

—Y además está el escudo alquímico en Cimeria —completó Puck—. ¿Qué dice Gis?

—Ese es otro problema —Lina hizo un gran esfuerzo para no llorar—. El día del rescate, Gis debía reunirse con nosotros en la librería de Royse, pero... nunca llegó.

—Obviamente está muerto. Era un sombrío, ¡esas criaturillas mueren en un parpadeo! —comentó tía Sangre.

—Lavinia, por favor, modera tu lengua —pidió la abuela Imo y puso una mano en el hombro de Lina, que parecía a punto de venirse abajo—. No hay certezas y por ello no tiene caso desperdiciar lágrimas. Tanto padre Basanio como Gismundus pueden estar vivos. Ahora tenemos que pensar en nosotros. Les recuerdo que seguimos en peligro y tenemos muchos enemigos, empezando por los horribles Villaseca.

—¡Los humillamos frente a todo el nido! —recordó tío Panza, con deleite.

—Por eso mismo van a usar todos sus recursos para castigarnos —observó Moth.

—Y no olvidemos que Lina está en doble riesgo —anotó Ben—. Los depositantes también pueden matarla o secuestrarla para obtener el control total de Abismo. Sus magos oscuros deben estar trabajando en eso.

Dromio Gusanos gimió dentro de su funda de almohada.

—Tranquilos, aquí es seguro —afirmó la abuela—. Esta casa humana tiene un escudo contra la magia negra —se dirigió hacia Ariel—. ¿No es así, querido?

—Se colocaron pájaros Sagi en los muros y la estructura —reconoció el nosferatu—. Los nigromantes no pueden localizarnos, pero la protección alquímica tarde o temprano se va a desvanecer.

—Entonces nos espera una mudanza —suspiró Imogene.

—¿No tenemos parientes en Dauratus y en Helhem? —recordó Duncan.

—Oh, querido. Ya escribí hasta a los primos terceros más lejanos —confesó la abuela—. Pero somos un clan que está en problemas con todos los reinos de este mundo. ¡Ningún pariente ha respondido!

—Podemos enterrarnos durante cien años en un viejo cementerio —propuso tío Panza—. Y ya veremos qué pasa después. Así lo hicimos en aquella epidemia de peste carroñera.

—No es mala idea, sobre todo para los mayores —reconoció Imogene, mirando a los viejísimos mamá Uyü, Abasi y Augustus, que se habían quedado dormidos en algún momento de la reunión—. Pero ¿y Lina? No creo que pueda enterrarse por un siglo.

—Buscaré otras casas seguras —propuso Ben—. Tengo conocidos en la Asfadi —explicó para los demás—. Es la Asociación de Familias Disanguíneas.

—Querido, esa idea es excelente —reconoció Imo—. Lo importante es encontrar buenos escondites aquí, lejos de la guerra.

—La guerra va a llegar al Mundo Tibio —dijo Ariel, de pronto.

—¿Ya puedes ver el futuro otra vez? —exclamó Crésida con su cara caballuna.

—No se necesita ningún poder, solo hay que mirar el presente —repuso el vampiro, muy serio—. Aparece en las noticias, en todos lados. Los depositantes han estado robando cadáveres y desapareciendo personas.

—Querido, espera, te voy a detener ahí —intervino Imogene—. Lo de los cuerpos debe tratarse de pescadores que buscan material para redis o esas criaturas horrendas que hacen los necromantes, pero por ningún motivo puede haber ataques directos a humanos.

—Eso sería romper los pactos *intratibios* —dijo Ben.

—Así es y sería muy peligroso —anotó Imo—. Si los humanos se meten en esta guerra, sería un desastre para todos. No habría ni un solo lugar seguro en el planeta. Ni siquiera en el cementerio más apartado. De verdad, querido, me asusta esto... ¿tienes pruebas de lo que has dicho?

—No. Apenas estoy investigando —reconoció Ariel—. Pero me contactó una agencia de la *red intratibia*.

—Espero que solo se trate de un malentendido —murmuró Imogene —. De verdad, ya no tengo cabeza para tantos problemas.

La reunión de clan se estaba alargando demasiado, así que la abuela Imo hizo un resumen con el resto de los pendientes: dio el estado financiero de la familia (estaban en la bancarrota), el conteo de la despensa umbría (quedaba solo un par de cajas y poca hemopasta de tía Morgana). Finalmente el clan se relajó un rato con un capítulo de

Abrázame con tus besos. Todos pidieron globusodas y esponjas de leuco a Osric, como si fuera el mesero del lugar.

Lina no se sentía con ánimos de atender a su familia vampírica ni de ver melodramas. ¡Ella ya vivía el suyo! Se refugió en la cocina. Hasta ahí la fueron a buscar Moth y Puck.

—¿Cómo estás, pequeña? —le preguntó Moth.

—Estuviste algo silenciosa en la reunión de clan —notó Puck—. ¿Todo bien?

Lina adoraba a sus tíos siameses y le dolía verlos con las huellas de la horrible tortura que sufrieron: los pobres tenían un centenar de nuevas cicatrices y a Puck le quedó la cara un poco descuadrada (aunque nunca fue especialmente guapo). Ambos llevaban camisetas del Cruz Azul, su equipo favorito.

—Estoy bien, solo me dio sed —evadió la muchacha y se dirigió al refrigerador—. Vine por un... refresco.

—Lina, querida —repuso Moth con voz suave—. Ven aquí. Te ves más tensa que un muerto con *rigor mortis*. ¿Es por Gis? ¿Es lo que tanto te preocupa?

Al oír el nombre, Lina estalló en un mar de llanto.

—¡Tonto chupasangre! —lo amonestó Puck—. ¡Ya la hiciste llorar!

—Estoy bien —aseguró Lina sin poder detenerse—. Solo que no hay ninguna noticia de él. Y entre más pasan los días, este mal presentimiento es peor.

—Tranquila, pequeña —Moth le pasó una servilleta para que se enjugara las lágrimas—. Gismundus Tarmelán es un chico muy inteligente y hábil. Es un talismán, como tú. Siempre contará con un último instante de suerte, aun en el momento más desesperado.

—¿Lo has buscado en la Pensión Somnus? —inquirió Puck.

—En cada nivel, pero no ha ido —Lina tomó otra servilleta—. En su cuarto las cosas están intactas; ojalá mandara algo, un mensaje.

—A ver, no tienes por qué pensar en lo peor —razonó Moth—. Si Gis no ha pisado la pensión solo quiere decir que no tiene acceso a una brújula de corium.

—O murió, como dijo Lavinia...

—¡Puck! —exclamó su hermano—. Tenemos que levantar el ánimo de Lina, no hundirlo hasta el inframundo.

—Aunque haya perdido el anillo de corium —retomó Lina—, Gis debe seguir durmiendo, ¿no?

—Claro, es lo que digo —Moth notó una expresión extraña en su sobrina—. Espera, ¿no estarás pensando en buscarlo en Cruxos, fuera de la pensión?

—Sería algo rápido, en otro sueño, como nos veíamos antes —

reconoció la joven.

—¿Y dejar que te pesque Cerberus o Luna Negra? ¡No, ni lo pienses! —Puck casi gritó—. Todo el esfuerzo que has hecho para ocultarte se vendría abajo. No salgas de la pensión. Debes prometerlo.

Lina asintió.

—Pero ¿cómo puedo encontrarlo? —se sentía devastada—. No tengo nada de él, ni un primordial, ni siquiera un cabello, nada que pueda usar para rastrearlo con algún método de ciencias alquímicas.

—Tranquila, pequeña —Moth le dio unas palmaditas—. No te desesperes. Ariel ya no hace consultas de oráculo, pero podemos buscar a otra esiartis para ver qué dice. Conozco a una que vive en el centro de esta ciudad.

—¿Qué no oíste a mamá? —reprochó Puck—. No es buena idea salir. ¡Hay clanes y ejércitos que están detrás de nuestro pellejo nosferatu! Y Lina vale más que todos nosotros juntos.

—¿Y entonces? ¿No haremos nada? —la muchacha estaba desolada.

—Esperar. A veces es lo mejor —repuso Puck y miró con afecto a Lina —. Sé que esto no tranquiliza a nadie, pero antes de dar cualquier paso tenemos que esperar noticias de Ubus. Recuerda que ahora Gis está ligado a los Villaseca, y si sabemos dónde está Vania, sabremos dónde está Gis.

Lina recordó que los Villaseca también planeaban eliminarlo con el chapucero tratamiento para convertirlo en umbrío. ¡Había tantos peligros!

—Ojalá pudiera controlar esta angustia —Lina se lamentó—. Pero en verdad no puedo dormir, me la paso pensando en Gis y en la profecía de Corydia.

—¿Profecía? —repitió Moth—. No recuerdo que mamá Imo la mencionara.

—Porque no lo hizo —reconoció Lina—. No quería preocupar más a la familia.

—¿Con qué? ¿De qué hablas? —Puck la miró con fijeza.

Lina se arrepintió de haber abierto la boca.

—Sabes que puedes confiar en nosotros —recordó Moth—. De verdad, pequeña.

Lina se dio valor y destapó el refresco, bebió un poco, se le había secado la garganta de verdad.

—Ocurrió en el nido sagrado de Anub —comenzó Lina—. Cuando fuimos a la casa de cofradía de Ariel me hicieron una lectura oracular, odio esas cosas. Aunque las esiartis nos salvaron la vida, también dijeron cosas terribles, como que uno de nosotros moriría antes de diez lunas, es decir, en menos de un año.

—¿Cuándo dices *nosotros* a quién te refieres? —preguntó Moth, serio.

—A los visitantes que llegamos a su casa —explicó Lina—. Estábamos

la abuela Imo, mi papá, Ariel, Osric, Alessa y yo... también Hans, aunque no sé si cuente, es zombi, técnicamente ya está muerto.

Moth y Puck intercambiaron una mirada de preocupación.

—Bueno, tampoco hay que tomarlo todo literal —Puck forzó una sonrisa—. Ya sabes cómo es este chisme de los oráculos, tal vez se está interpretando mal.

—Todo se ha ido cumpliendo de manera exacta —reconoció Lina—. Y hay más. También mencionaron la profecía de los tres talismanes, la de que umbrío, sombrío y tibia están atados. Al final dos tienen que morir para que uno sobreviva. Creo que hablaban de Cerberus, Gis y de mí. ¡Entonces dos moriremos! Y después de eso, el oráculo se cerró definitivamente. Una grieta de donde salía un vapor para las lecturas quedó sellado y las esiartis comenzaron a llorar... su templo quedó inservible.

Moth y Puck se pusieron aún más pálidos. Lina tuvo miedo de que les hubiera bajado la presión, ¿los umbríos sufrían de eso? Tal vez debió quedarse callada.

—Ay, pequeña. Vinimos a consolarte... —dijo Puck luego de un momento.

—¡Y ahora nosotros no vamos a poder dormir! —completó Moth.

Capítulo II

SEÑALES, NOTICIAS Y OTRAS DESGRACIAS

Esa semana, las notas sobre misteriosos accidentes siguieron colándose en la prensa y en la televisión. Pero el asunto estalló donde todo pierde la mesura, proporción y coherencia: en el internet. Pronto comenzaron a circular las primeras teorías. Se hablaba de naves extraterrestres que se llevaban especímenes humanos para experimentación, portales espacio-temporales que absorbían a la gente (al estilo del Triángulo de las Bermudas). Según un hilo muy popular en Twitter, eran claras señales del Apocalipsis que anunció Nostradamus y que Clara Alba Blanca (una vidente de Miami) confirmaba: "*Y si quiere más información, llame a mi línea telefónica psíquica*", anunciaba, enigmática.

Lo que nadie sabía es que la mitad de esas teorías salían de la mente de una persona: Raymond Aguirre o Ray. Su trabajo era básicamente, y según su jefa: "Crear folclor de redes". Esa era la palabra clave: folclor, es decir, inventar una leyenda urbana alrededor de un hecho más o menos real.

Tampoco era un trabajo tan raro. En los últimos años habían surgido muchos generadores de *clickbait* o ciberanzuelos, que se dedicaban a crear notas sensacionalistas para arrastrar a cibernautas a alguna página con publicidad o se usaban directamente para desacreditar desde una marca comercial hasta un político. Lo raro era que esa agencia se dedicara precisamente a eso. Pero Raymond obedecía, no era tan difícil; para las conspiraciones siempre estaba a la mano el chupacabras, un malvado gobierno, Roswell y las riquísimas farmacéuticas que eran culpables de algo. La sala de redacción la ocupaban tres folcloristas. Había otra oficina con realizadores que elaboraban desde un simple meme hasta un "video inédito que el gobierno no quiere que veas". Se cuidaba de hacer a propósito la edición un poco descuidada o de dejar una falta de ortografía

para darle el toque espontáneo. El material se traducía y después se colocaba en puntos estratégicos, que eran impulsados por un ejército de *bots*. Si el folclor conectaba con la gente, los resultados eran apabullantes e inmediatos. La nota crecía por sí misma y solo había que hacer seguimiento de "abono", como una segunda parte del video, más "fotos misteriosas".

Al principio, Ray no daba crédito a que algo que se le había ocurrido mientras almorzaba un sándwich al día siguiente ya tuviera un millón de reproducciones. Y todo ello se planeaba desde una insulsa oficina en McAllen, Texas.

—Pasa, Raymond, te estábamos esperando —dijo Carine, la jefa. Llevaba una década en Texas, pero aún se notaba su acento brasileño—. Disculpa por citarte a esta hora, pero recibimos una visita. Justo le hablaba de ti.

Ray se pasó la mano por la barba, era un tic que hacía al sentirse intranquilo.

—Pero siéntate —dijo de pronto una voz extraña—. Así que estuviste en el ejército.

Raymond intentó ver al invitado, estaba al lado de Carine, apenas se percibía una silueta. Las persianas estaban cerradas y la única luz era una pequeña lámpara de escritorio.

—Nueve años. Operaciones especiales —Ray tomó asiento—. Hasta el evento.

—Explícate —pidió la misma voz.

—Debe estar en mi expediente —señaló Raymond—. Creí ver unas cosas raras en una misión de Medio Oriente. Según el psicólogo fue solo estrés y deshidratación extrema... pasé nueve días perdido en el desierto.

—¿Qué viste? —insistió el invitado, ¿o era invitada? Su voz era rara.

—No sé... fue en una cueva, eran... cosas, seres... como alebrijes —murmuró Ray, casi apenado—. ¿Sabes qué son?

—Una amalgama de animales, arte originario —confirmó la voz—. ¿Son de tu tierra?

—De la tierra de mis padres, ellos son de México, yo nací aquí.

—Pero hablas un perfecto español —observó el invitado—. Raymond, dime otra cosa: ¿qué opinas de tu trabajo?

—No opino nada. Es mi trabajo, debo hacerlo hasta que me envíen de nuevo a Operaciones especiales.

—Pero debes tener una opinión personal —insistió el invitado—. Todo esto: ovnis, pie grande, demonios, señales del apocalipsis.

—Son folclor que creamos para desviar o atrapar la atención —aseguró Ray.

—Ya. Claro —repuso el invitado—. ¿Y has escuchado sobre las razas

intraterrestres?

—Esa es una historia antigua —reconoció Ray, que había revisado los archivos históricos de la agencia—. De cuando el folclor se hacía en pasquines y semanarios.

—¿Y me puedes explicar sobre esta teoría? —pidió el invitado.

Raymond dudó un poco, cruzó una mirada con Carine y ella asintió levemente, le daba autorización para hablar.

—Se supone que debajo de nosotros hay ciudades —comenzó Ray—. Son parte de otras civilizaciones, y debajo hay otras más. Van desde historias de atlantes hasta demonios, científicos locos, *protohumanos* y bestias chupasangres. En fin, un montón de cuentos que se nutren de varias mitologías.

—Claro, claro, cuentos —el invitado aproximó su rostro hacia la luz—. ¿Te gustaría explorar un poco más estos cuentos? Le he pedido a tu jefa que te dé unos días para un viaje. Creo que eres el indicado. ¿Has navegado alguna vez?

Raymond había perdido de golpe la concentración. No podía dejar de ver el rostro del invitado, era... impresionante: muy pálido, con largos y marcados rasgos, tenía la belleza helada de una estatua y, aunque se le notaba el inicio de un bigote, también llevaba algo de maquillaje azul sobre los párpados. Las pupilas hacían un efecto con la luz, como si tuvieran la propiedad reflectante de ciertos animales.

—Raymond, te hicieron una pregunta —murmuró Carine.

—Una disculpa. Si la agencia me lo pide, lo hago —carraspeó—. Parte de mi entrenamiento fue en la Marina.

—Excelente. Pronto te haremos llegar la información —el invitado se inclinó hasta resguardarse en la penumbra.

—Claro, señor —Ray se pasó la mano por la barba repetidas veces.

—Ariel —corrigió el invitado—. Dime por mi nombre.

Tres días de agonía fue el tiempo que transcurrió y Lina seguía sin noticias de Gis. Nada. Estaba a punto de ir a buscar a la famosa esiartis del centro de la Ciudad de México cuando llegaron visitas a la casa de Santa María la Ribera. Se trataba de la prima Alessa y de Hans, traían material de curación, varios paquetes de empanadas de cuajo, cervezas de plasma, pero lo más importante es que contaban con chismes frescos de los nidos, la guerra y los depositantes.

De inmediato se convocó a otra reunión, más informal. El clan Pozafría rodeó a la sanguaza y a su novio zombi. Todos hablaban al mismo tiempo,

con preguntas sobre el castillo de Cimeria, el Mercado del Colmillo, qué nidos se habían liberado. Lina no podía con la angustia, tal vez su prima tenía información de Gis.

—Queridos, por favor, dejemos hablar a Alessa —pidió la abuela Imo —. No vamos a oír si todos chillamos como murciélagos con histoplasmosis.

—¿No se han enterado de nada? ¿Me lo juran?—comenzó Alessa.

—Vivimos aislados viendo telenovelas humanas —resopló tía Sangre —. El mundo se puede acabar y nosotros solo sabemos en qué se quedó *Abrázame con tus besos.*

—Entonces prepárense. Hay una noticia buena y otra mala —soltó Alessa—. ¿Cuál quieren oír primero?

Eso desató otra discusión entre los dieciséis umbríos y la humana. Nadie se ponía de acuerdo y el barullo era tan extremo que al final Alessa tomó la decisión.

—Los Villaseca están muertos —reveló en voz alta.

Fue como si hubiera caído una bomba en la sala. Todos guardaron silencio.

—No conozco bien los detalles —reconoció la joven umbría—. Casi nadie lo hace. Algunos dicen que los ejecutó la misma Luna Negra como castigo por nuestro escape; otros dicen que murieron en una batalla, pero es un hecho que Tirso el Rojo y Winefrida Villaseca ya no son los intendentes de Ubus. Su familia cayó en el deshonor.

La noticia ocasionó un estallido de júbilo. Duncan y Gerta se abrazaron, Crésida lloró de felicidad, Gundo corrió a destapar cervezas de plasma para brindar, hasta Alecto, el perro de Lavinia, dio vueltas ladrando sin saber por qué. En un rincón Ben se soltó a llorar de alivio, de agradecimiento: a fin de cuentas, Rojo fue el asesino material de Marcia, su mujer.

—Espero que hayan sufrido —gruñó Augustus el Romano—. ¿Los crucificaron? Eso hacíamos en nuestra época.

—Entonces ya está desocupado Cimeria, nuestro hogar —señaló tía Sangre—. No necesitamos buscar otro escondite.

—¡Recuperamos nuestro castillo! —a Duncan las lágrimas se le mezclaban con el maquillaje—. Me urge mi ropa y mis cremas. Necesito verme presentable.

Lina no podía unirse a la euforia de su familia. Sabía que el destino de Gis estaba unido a esa espantosa familia.

—¿Y Vania? —Lina se acercó a su prima—. ¿También murió?

—¿Cuándo vamos a casa? —preguntó Gusanos, ajustándose la funda de almohada.

—¿Sabes si ya está abierta la estación de viajes reflejantes? —intervino

Puck.

—¿Vania murió también? —insistió Lina, desesperada—. ¿Y Gis? ¿Sabes algo de él? ¿Lo han visto?

—*Schweigen!* ¡Silencio todos! —gritó Hans.

—Es verdad, el redivivo habla —dijo Crésida, feliz, y dio palmaditas a su yerno.

—Falta la mala noticia —Alessa se aclaró la garganta—. No podemos volver hoy y no sé hasta cuándo, porque el nido sigue bajo dominio depositante.

—Pero has dicho que murieron los Villaseca —señaló la abuela Imo.

—Luego de estallar *ein kampf*... —agregó Hans.

—Una batalla —tradujo Alessa—. El día que salimos de Ubus los monstruos que liberamos desataron un caos y los esclavos aprovecharon para iniciar una revuelta. Los depositantes están intentando sofocar el desastre, con Siward Lamprea a la cabeza.

—¿Hablas de mi hijo? —tío Panza se acercó, incrédulo—. Eso es imposible, ¡está totalmente loco! No podría hacerse cargo ni de un puesto de globusodas.

—Pues ahora tiene soldados a su cargo, pero eso no es todo —Alessa suspiró—: los aberrantes y los guerreros depositantes también atacaron los nidos cercanos y cayó el distrito cinco entero.

Se hizo un fúnebre silencio.

—Sí que es una mala noticia —reconoció Imogene, al fin—. Pero al menos murieron los Villaseca.

—¡Sucios arribistas! —escupió tía Sangre—. Unos enemigos menos.

—¡Celebremos eso!, con empanadas de cuajo y cervezas de plasma —exclamó Gundo el Gris.

Algunos parientes se apresuraron a abrir las cajas para devorar la exquisitez umbría. En medio de un banquete improvisado, Alessa vio a Lina acercarse, con claro gesto de desesperación.

—Ah, preguntaste sobre Gismundus —se adelantó la umbría y parpadeó repetidas veces—. Es que, ¿cómo te digo...? No sé nada, lo siento.

—¿Y de Vania? —acometió Lina—. ¿Murió también? ¿O escapó?

—Ni idea, nadie menciona a Vania —aseguró Alessa—. Dije todo lo que sé, aunque... ya sabes, puede pasar cualquier cosa, ahora el nido es un caos. Hay muchos desaparecidos.

Se oyó un carraspeo. Como ningún nosferatu prestó atención se volvió una tos, y finalmente alguien dijo:

—¡Eh! ¡Vampiros!

La palabra altisonante provocó que todos guardaran ofendido silencio.

En la escalera estaba Bety con su hijo Bobby.

—No es mi intención interrumpir sus asuntos de chupasangres, pero necesito decirles algo: no desperdicien la luz y limpien el baño cuando lo usen; y lo más importante, y eso no lo voy a soportar, ¡quedamos que ya no traerían más bichos!

—Yo no ser *insekt* ni *vampir* —aseguró Hans, rascándose la mejilla de piel verdosa.

—Alessa y Hans son parte del trato inicial —explicó la abuela, paciente.

—Hablo de la docena de chupasangres que rodea la casa —resopló Bety—. ¿O ya les dijeron a los vampiros del mundo que esto es un hostal con cena incluida?

—No esperamos a nadie —Ben adquirió un color gris cemento—. ¡La protección alquímica! ¿Alguien la revisó hoy?

—¡Los depositantes nos encontraron! —gritó Crésida.

—¡A los escondites! —ordenó la abuela.

Estalló el pánico en la sala. Los Pozafría corrían de un lado a otro tirando a su paso mesas con figuras de porcelana, jarroncitos de yeso y demás adornos, ante la mirada de horror de Bety.

—Dijeron que este sitio era seguro —reclamó tía Sangre, furiosa, mientras buscaba a su mascota.

—¡Den la orden al domovoi! —exigió Abasi el Egipcio—. Que nadie entre a los aposentos.

—Aquí no hay domovoi —recordó Moth.

—¡Entonces activen el onagro y la catapulta! —sugirió Augustus—. Toda casa respetable debe tener onagros y catapultas.

El primo Gusanos se metió al refrigerador (apenas cupo), mientras que su hermano Gargajo tomó el horno de microondas. Osric le había explicado que era un arma mortal que lanzaba rayos de calor.

Imogene apagó todas las luces. Ben fue por su estaqueta Clontarf y Moth y Puck llevaron a Lina y a Osric a esconderse a una alacena.

—¿Creen que fue ella? ¡Me prometió que no diría nada! —gimió Osric.

—¿De qué hablas? —preguntó Lina.

—De Mildred, mi novia —reveló el pequeño vampiro—. Pero es buena, jamás nos denunciaría con los enemigos.

Lina creyó que había escuchado mal. ¿Osric tenía novia? ¿En qué momento pasó eso? Se oían ruidos en la azotea, en los muros exteriores.

—¡Sabía que iba a ocurrir algo horrible! —se quejó Bety—. Los vampiros nunca traen nada bueno.

En la oscuridad, Ben y Alessa empuñaban estaquetas Clontarf, listos para una feroz lucha. Nadie imaginó lo que sucedería a continuación: se oyó el timbre de la puerta, era una versión melódica de "La cucaracha".

—Al menos tienen enemigos educados —observó la tía Bety—. Tocan

el timbre y todo.

—Diles que no hay nadie, que eres la muchacha del aseo—sugirió Bobby—. Como cuando venían a cobrar los del banco.

—Nene, vete ahora mismo a tu cuarto —ordenó su madre.

En sus respectivos escondites, los nosferatus y la humana estaban inmóviles. Apenas respiraban. Hans no lo hacía, aunque emitía un tic tac mecánico del pecho.

—¿Berta? ¿Eres tú? —se oyó del otro lado de la puerta.

Ahora fue el turno de Bety de perder el color. Esa voz... parecía llegar desde el remoto pasado.

—No puede ser... —murmuró—. Se asomó por la mirilla y lanzó un gemido muy extraño. Todos pensaron que se iba a desmayar.

Capítulo III

LA VERDAD SOBRE GIS

—No quise asustarlos —se disculpó Arminius Vámbéry. Sus grandes ojos verdes brillaban en la penumbra, tras el marco de la puerta.

—Querido, ¿cómo quieres que reaccionemos? —reprochó la abuela Imo y le hizo una seña a Gargajo para que dejara de amenazar a los intrusos con el horno de microondas—. ¿Te mandó el Gran Concejo a capturarnos...? ¿Es eso? ¿A eso vienes?

Lo parecía. Vámbéry iba acompañado de una docena de soldados con armaduras recubiertas con placas de cristal azul; además había un extraño vehículo al fondo que parecía un camión de mudanzas (muchos umbríos los usaban para desplazarse por ciudades humanas). Vámbéry hizo una seña a sus soldados y estos bajaron las estaquetas. La mitad de los Pozafría seguía escondida. Lina y Osric salieron de la alacena.

—No traigo ninguna orden de aprehensión —aseguró Vámbéry—. Vengo en son de paz. Supuse que estarían con Bety —la miró—. Perdón, pero en la carta que te mandé coloqué un primordial para rastrearte. No imaginé que vivieras en la misma casa de siempre.

—Entonces solo vienes por los chupasangres —exclamó Bety, dolida.

—No, ¡lo que te escribí es cierto! —aseguró el militar—. Todo fue un malentendido.

—Me dejaste por esa espantosa vampira—reclamó Bety—, mientras yo te di los mejores años de mi juventud y belleza.

Lina no imaginaba que su tía Bety hubiera sido especialmente bella, pero quién era para opinar al respecto.

—Lo de Radoslava fue una locura pasajera —aseguró el militar y miró alrededor, abochornado—. Además, era mayor que yo por mil trescientos setenta años. Jamás nos íbamos a entender.

—Por los dioses del inframundo. ¡Esto es como en las telenovelas! —opinó tía Sangre, ya sentada en un sillón junto a mamá Uyü.

—Vámbéry, luego arreglas tus asuntos personales —opinó Ben y se aproximó a la puerta, parecía molesto—. Prometiste que no dirías nada a los sabios del Gran Concejo sobre nuestra existencia. ¡Lo juraste!

—Lo sé y ofrezco una disculpa por romper mi palabra —asintió el militar—. Pero hay una explicación. Cuando volví al nido de Anub con la Legión Alfa, todos creían que yo los había rescatado y que había liberado a los monstruos modificados del hospital Hotep. Me trataban con honores, me dieron medallas, ¡pero ustedes eran los verdaderos héroes! No me parecía honesto presumir algo que no hice. Gracias a ustedes, al clan Pozafría, estoy vivo.

—¿Y por eso nos denunciaste a los Once Sabios? —exclamó Alessa, indignada.

—¡No, no! Siguen sin comprender —aseguró Vámbéry—. No he dicho lo más importante. Nadie en Anub va a castigarlos ni apresarlos; al contrario, el Gran Concejo quiere disculparse por el anterior desencuentro.

Hubo un súbito silencio, solo era perceptible el tic tac del mecanismo de Hans.

—Espera, querido... ¿Los Once Sabios disculpándose con nosotros? —la abuela estuvo a punto de reír—. Eso es muy raro.

—Lo es —reconoció Vámbéry—. Según los registros solo han pedido perdón dos veces en los últimos ochocientos años. Así que deberían aprovechar. Quieren verlos de nuevo.

Ben, Imogene y Alessa cruzaron miradas de sospecha.

—¡No es una trampa! —insistió Vámbéry e hizo una seña a un soldado que le pasó una carpeta con papeles—. Aquí está todo, la invitación a la audiencia, los sellos oficiales, la carta de disculpa. Además, traje conmigo a alguien que tal vez los pueda convencer.

Hizo otra señal al camión de mudanza. De la puerta delantera salió una amazona musculosa, de cabello corto, sin un trozo de oreja y vestida con un bonito vestido lleno de lustrosas polillas reanimadas.

—¡Corydia! —exclamó Imogene.

—*Con un pacto los soldados se unen. Los soldados juntos avanzan, mismo paso, mismo triunfo* —la esiartis citó parte de la profecía—. Llegó el momento de los pactos. Si nos permiten entrar, daremos todos los detalles.

—Sí, por favor, pásenle —casi suplicó tía Bety—. Quien sabe qué van a pensar los vecinos si ven este carnaval en el jardín.

—¿Y Ariel? Quiero saludar a mi hermano —Corydia miró alrededor.

—Anda investigando algo, no debe tardar en llegar —explicó Ben y dio

paso al resto de los invitados.

Al fin la tensión cedió y el resto de los Pozafría salió de sus escondites.

—¿Por qué ese vampiro no se parece a los demás? —preguntó Bobby.

—Porque no soy vampiro —explicó Vámbéry, que estaba lo suficientemente cerca para oír al niño—. Soy humano. ¿Y tú quién eres?

—Robertito —respondió el niño muy serio.

—¿En serio? Ese era mi nombre —sonrió el militar—: Roberto Iván, así me llamaba cuando...

Se detuvo, frunció el ceño, miró detenidamente a Bobby y después a Bety, que estaba cerca; ella asintió levemente, parecía emocionada.

—Como en una telenovela —murmuró tía Sangre.

Pero algo sucedió unos días antes de la reunión en Santa María la Ribera, ocurrió muy al norte, donde el continente termina, Ray Aguirre había cambiado su escritorio de McAllen por un barco pesquero en Alaska. Después de la misteriosa entrevista, su jefa Carine le dio boletos y viáticos para volar de inmediato a Anchorage. De ahí Raymond viajó a la península de Kenai y tomó un ferry a la isla de Kodiak. Cuando se registró en el hostal, la encargada le dijo que alguien lo estaba esperando en el comedor. Era medianoche.

Ray se estremeció, era ese extraño sujeto llamado Ariel. Notó que era altísimo, unos dos metros, y a la luz del lugar destacaban sus rasgos hermosos y temibles. El bigote le había crecido un poco y los labios iban ligeramente pintados de rosa. Se sentaron en una mesa del rincón.

—Este es un trabajo muy sencillo, pero requiere discreción —Ariel le pasó un sobre con credenciales, papeles y un teléfono celular—. No sé si te explicó Carine, pero vas a pasar unas semanas en el Blue Siren, un barco pesquero. Para todos serás reportero de una de esas páginas, tienes un *blob*...

—¿Blog? —preguntó Raymond.

—Sí, eso. Aún no aprendo el vocabulario de este siglo —se disculpó Ariel ante la extrañeza de Ray—. Tu trabajo puede durar desde unos días hasta varias semanas... ¿pasa algo? —se detuvo—. No dejas de verme con esa expresión.

Ray desvió la mirada.

—Dilo de una vez, para seguir —dijo Ariel en tono neutro.

—Es que tu aspecto es... inusual —se animó Ray—. Supongo que siempre te lo dicen.

—No —reconoció Ariel.

—Ah, disculpa —Ray sintió cómo se enrojecían sus mejillas—. No debí decir eso.

—¿Te desagrada verme?

—No, al contrario —Ray se pasó la mano por la barba—. Quiero decir... no, nada. Una disculpa, de verdad, no se volverá a repetir.

Nervioso, Raymond le dio una rápida palmada a Ariel, pero al tocarle la mano la encontró helada, como mármol. Sintió casi una descarga; Ariel debió percibirla porque también la retiró.

Rápidamente el personaje terminó de explicarle el trabajo. Debía documentar todo en video, audio, fotografías. Su trabajo en el barco era observar si había algo raro.

—Por raro quiero decir indicios de lo que conoces como folclor —señaló Ariel.

—¿Ovnis, bestias marinas, seres de la infratierra? —Ray intentó bromear.

—Exacto. Si estás en peligro defiéndete, si puedes ayudar a los demás hazlo, pero los registros son lo más importante. No deben perderse.

Raymond no preguntó qué esperaban exactamente que viera, sabía que no debía hacer tantas preguntas como sabía que la oficina de la agencia de folclor en redes no se dedicaba solo a crear ciberanzuelos para vender publicidad.

—¿Vas a venir conmigo? —fue lo único que preguntó.

—Nunca viajo de día —explicó Ariel—. Y tengo otras cosas qué hacer, pero seguro nos volveremos a ver... Si es que mi aspecto no te causa problemas.

Ray negó, de nuevo sentía cómo su cara enrojecía.

Esa misma noche el exmilitar se embarcó en un bote pesquero. Había hombres y mujeres de al menos diez nacionalidades que realizaban trabajos de pesca, limpieza, embalaje, mantenimiento. El trabajo nunca se detenía y las jornadas duraban hasta dieciséis horas en un entorno de acre olor a pescado, sudor y viento gélido.

Ray quiso ayudar con las redes y le explicaron que antes de tocar una necesitaba la *fishing licency*. Resultó que sí tenía una entre sus documentos. De este modo Ray se coló en varias secciones del bote e intentó entrevistar pescadores. Por experiencia, sabía que los jóvenes solían ser más abiertos, aunque la primera noche nadie quiso hablar. Fue hasta el segundo día cuando entabló conversación con un colombiano llamado Salomón, que calzaba unas enormes botas amarillas de hule.

—Sí que pasan cosas raras —confesó el colombiano en la hora de la comida, en un atestado comedor tipo cafetería—. Pero nadie quiere hablar de eso. Y ocurre más por las noches.

—¿Raras como qué? —preguntó Ray.

Salomón miró a los comensales que compartían la mesa; había indios, haitianos y un rumano, nadie les estaba prestando atención.

—Pues verá usted —Salomón bajó la voz—. Algunos trabajadores han desaparecido. El supervisor dice que se cambiaron de unidad, ¿pero cómo así? No tiene sentido, estamos en altamar. También oí algo de un pesquero de bacalao que iba a la isla de Saint Paul: cinco de sus hombres se esfumaron. Pero acá hay tanta gente que llega y se va, venimos de todo el mundo, que... igual no es nada.

Ray solo tuvo que esperar una noche para comprobar los rumores. Estaban navegando más allá de las islas Aleutianas cuando escuchó el sonido de alarma. Alguien había caído al mar.

Por reglamento, todos los trabajadores debían retirarse de la zona para que pudiera entrar el equipo de rescate, pero Raymond se acercó cuando vio una enorme bota amarilla de hule en cubierta. Se aproximó a la borda. En el cielo la luna llena estaba en su punto máximo y lo que vio lo acompañaría el resto de su vida: se trataba de Salomón, que luchaba desesperado por mantenerse a flote; tenía una especie de soga áspera y llena de espinas enredada en el cuello y pecho. Pero lo más espantoso estaba bajo las olas. Detrás del colombiano había una criatura de piel ligeramente verde, sin cabello, con una larga túnica, que más que humano parecía un espectro, un nosferatu. Clavó sus dedos en los costados de la cabeza de Salomón y comenzó a arrastrarlo lentamente al fondo de las aguas heladas.

De vuelta a esa noche, mientras Ariel iba a Santa María la Ribera, recibió varios mensajes. Aún intentaba entender el funcionamiento de los teléfonos móviles. “Raymond vio algo”, leyó el texto de Carine. Al momento Ariel le marcó con un toque. ¡Era increíble la rapidez de esos aparatos! A su lado, los murciélagos postales resultaban anticuados y poco higiénicos.

—¿Voy para allá? ¿Me acerco? —ofreció Ariel al teléfono.

—Espera, todavía no —respondió Carine—. No hay detalles, Ray no pudo conseguir imágenes, pero creo que estamos en el barco correcto. Te mantendré informado.

Ariel se guardó el teléfono, qué pequeño era. Había llegado a la casa color salmón. Le llamó la atención que todas las luces estaban encendidas. Cruzó la puerta y quedó atónito al ver a su clan, a los soldados y hasta al perro Alecto en frenética actividad. Casi parecía una fiesta.

—Hermano, mírate, ¡qué fabuloso te ves! —Corydia se acercó a

abrazarlo—. Seguro ya estás comenzando una nueva vida.

—Querido, ¡llegaste justo a tiempo! —exclamó la abuela Imo, desde otro lado de la sala.

—Los Once Sabios saben que estamos vivos y nos pidieron disculpas —Ben le mostró un legajo lleno de sellos—. ¿Puedes creerlo? Quieren hablar con nosotros.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Ariel tomó el documento.

—¡Ahora mismo! —Vámbéry salió de la cocina—. La ruta al nido sagrado de Anub sale en media hora.

Todos querían ir, pero Vámbéry explicó que la invitación iba dirigida al grupo original agraviado, es decir, a Imogene, Benvolio, Ariel, Lina, Osric, Alessa e incluso el redi Hans (al que en el documento llamaban "el respetable redivivo parlante"). Por suerte para Lina ya no era necesario usar sombra de Proteo ni otro disfraz; eran invitados oficiales.

Apenas hubo tiempo para las despedidas con el resto del clan. "Negocien un buen escondite", pidió Moth. "Traigan más licor de sanguina", suplicó Gundo. "¡No se atrevan a abandonarnos en esta pocilga!", amenazó tía Sangre.

En lugar de hacer dieciocho trasbordos como la última vez, usaron la ruta corta, de cinco tranquilos trasbordos en espejos libres escondidos en baños públicos, que comenzaban en la central de autobuses de Taxqueña. De ahí saltaron directo a Canadá. Durante uno de los descansos, en un pasillo el Museo de la Civilización en Quebec, mientras se abría el siguiente espejo, Lina aprovechó para preguntarle a su primo algo que la tenía intrigada.

—Lo que dijiste sobre tu novia... ¿es verdad?

Osric asintió, con una radiante sonrisa.

—Se llama Mildred y tiene metal hasta en las muelas.

Lina asumió que se refería a correctores dentales. ¡Debía tener los dientes torcidos como Osric!

El pequeño vampiro le explicó que, mientras ellos realizaban su misión en Ubus para salvar al clan, Bobby llevó a casa a una amiga de la escuela.

—Quedó muy impresionada al conocer a un nosferatu tan poderoso y malvado —presumió Osric.

—¿Hablas de ti? —Lina sonrió—. ¿Y de dónde eres malvado?

—Bueno, un poquito. Le di a leer mi biografía —aseguró muy serio—. De cuando conquisté Valaquia en el siglo xv y de todo lo que sufrí para detener a mis enemigos otomanos. Fue muy feo, de verdad, tuve que *empaletarlos*.

—Empalarlos —corrigió Lina—. Y esa es la biografía de Vlad Tepes Draculea, no la tuya.

—¡Pero ella no lo sabe! —se justificó Osric—. ¿Crees que se moleste si

descubre que no soy tan fuerte y malvado como imagina?

—No necesitas inspirarte en la biografía de nadie —Lina le acarició la nariz—. Eres adorable así como eres. ¿Quién no te va a querer?

Osric parecía flotar de felicidad.

—Es muy bonito el amor —aseguró el pequeño nosferatu—. Me da pena que no estés con Gis.

Lina de nuevo sintió el aguijonazo de la tensión, ahí estaba de nuevo.

—Sé que estás muy preocupada por él —Osric bajó la voz—. Pero te apuesto que está bien y pronto nos va a acompañar.

Lina asintió, ¡ojalá fuera cierto!

Un par de trasbordos después, hicieron otra parada en el Museo Canadiense de la Guerra, en Ontario, donde había un espectacular monumento a los soldados caídos en la Primera Guerra Mundial. De nuevo debían esperar unos minutos; la prima Alessa aprovechó para acercarse a Lina.

—Debo decirte algo —murmuró la joven umbría—. La verdad es que sí sé algo de Gis.

—¿Qué? —Lina sintió un vuelco en el pecho—. ¿Y por qué lo negaste antes?

—No quise decirlo frente a todos, ya conoces a la familia, es tan entrometida —Alessa bajó la voz y miró alrededor—. Ven, vamos a un lugar privado.

Lina sintió un sudor frío por la espalda. No podían alejarse demasiado. Encontraron una pequeña sala con uniformes antiguos.

—Además, tampoco sabía cómo ibas a reaccionar —comentó su prima.

—¿Son malas noticias? Alessa, por favor, dime todo lo que sepas.

—Solo te pido que intentes mantener el control. No quiero que me hagas un drama digno del Teatro del Hueso.

—¿Cuándo he hecho un drama así? —exclamó Lina, casi ofendida.

—Pues mírate ahora, tienes ojos llorosos y las venas saltadas —observó Alessa—. Ay, me está dando hambre.

—Ya dilo, por favor —suplicó Lina.

—¿Qué hacen ahí? —las llamó Ben desde la puerta—. El espejo ya se abrió. Es el último tramo. ¡Las estamos esperando!

El resto del viaje fue una tortura para Lina. ¿Qué había sucedido con Gis? ¿Por qué Alessa le daba tantas vueltas? Le urgía hablar con su prima.

La comitiva llegó a la gran sala aduanal del nido de Anub y cruzaron por las oficinas de inmigración, que estaban atestadas como siempre. Todo era tan impresionante como Lina lo recordaba: los muros colmados con bonitos relojes, tableros con números y el espectacular mural con los setenta y siete paneles donde estaban pintados los nidos del inframundo, las ciudades mineras, acuáticas, turísticas, universitarias. Y al centro el

símbolo de Anub, la raíz con once ramales y su estrella de siete puntas con las frases en antiguo baskio: "La ley trae orden y progreso", "Quien domina a Anub, el tercer reino controla".

Entonces, sucedió algo curioso cuando una matrona umbría gritó.

—¡Son ellos! —señaló a los Pozafría—. ¡Están aquí!

Al instante una multitud de chupasangres se arremolinó: pequeñas sanguazas, elegantes vampiros, andrajosos refugiados, empleados con uniforme, madres nosferatus con bebés, abuelos milenarios. Vámbéry hizo una seña a los soldados para que formaran una valla alrededor del clan.

—¿Qué pasa? ¿Hicimos algo mal? —Osric se asustó.

—¡Nos trajiste a una trampa! —Benvolio miró alrededor.

—¡No, no! Son admiradores —explicó Vámbéry, de inmediato—. Se me olvidó comentarles eso. Aquí se han vuelto famosos.

—¿Qué? ¿Por qué, querido? —preguntó Imo, desconcertada.

—Por sus proezas —sonrió Vámbéry—. El escape por los tubos de desechos, el rescate que hicieron en Ubus, la humillación a los depositantes. Son héroes.

Todo el tiempo que estuvieron esperando el papeleo de ingreso y las placas con los permisos de estancia los Pozafría tuvieron que ser protegidos de los fanáticos que luchaban por acercarse. "¡Dicen que tocarlos trae buena suerte!", decían entre gritos. "¡Miren, ahí está Lina, es hermosísima, más que una gárgola!" Incluso Hans recibió halagos: "¡El redivivo parlante! ¡Qué muerto más vivaz!".

Todos parecían azorados, menos Hans precisamente.

—Yo esto vivirlo siempre cuando ser *berühmt*, una *celebrity* —aseguró el redi.

Finalmente Vámbéry condujo al clan al andén para tomar un tren de bronce con forma de dragón.

—Por suerte reservamos un vagón solo para ustedes —señaló.

—Aunque no se pueden sentar —aclaró Corydia—. Solo los empleados del sector tres tienen ese permiso.

—Entiendo, querida —suspiró Imogene—. Las dos mil reglas de Anub.

—En realidad son ciento noventa mil —reconoció la esiartis.

—¡Qué bonito recibimiento! —aseguró Osric, todavía aturullado—. Al fin reconocen lo que valemos. Puedo darles a leer la biografía de Lina. ¡Tengo muchos tomos!

En ese momento, a Lina lo único que le preocupaba era hablar con Alessa, pero era imposible con la familia y soldados revoloteando. Miró por la ventanilla, el nido sagrado Ubus parecía un poco más despoblado que la última vez. No había tantos trenes surcando la red elevada, pero lo demás parecía igual de bonito, con el diseño geométrico en forma de

panal y los once sectores donde brillaban las setecientas setenta pirámides de punta plana y patio interior; todas emitiendo ese brillo espectral de la piedra salamandrina. Por todos lados había chimeneas con vapor de agua que daban esa atmósfera neblinosa de ensueño. En pocos minutos llegaron a la imponente pirámide principal, el palacio del Gran Concejo, llena de terrazas y miles de habitaciones. Ya había corrido el rumor de que los Pozafría iban a una audiencia, y cuando el tren entró al andén los recibió otra muchedumbre de empleados y visitantes. Todos querían verlos de cerca.

Escoltados por Vámbéry y sus soldados, los Pozafría consiguieron llegar al vestíbulo de las treinta puertas. Ahora no tuvieron que anunciarse. Un guía los esperaba, era el mismo anciano yasma que los acompañó en la última visita; en su placa de identificación llevaba su nombre: Odo.

—Bienvenidos de nuevo, clan C5 —les dijo cortés pero con una gélida expresión—. Los llevaré a la antesala de la cámara de los Once Sabios.

Era el único que no parecía entusiasmado con los Pozafría. Se entendía, la última audiencia fue un desastre, rompieron todas las normas y escaparon. De milagro no perdió el trabajo.

Volvieron a tomar el largo pasillo del palacio, que comunicaba con salones y galerías con archiveros, una colección de banderas, escudos, pinturas, globos terráqueos, mapas; y con salas de espera, deslumbrantes bibliotecas, patios con fuentes de agua hirviente, estanques con pabellones de oro y ductos de desperdicio (que ahora tenían doble rejilla para que nadie escapara).

Lina seguía buscando un buen momento para hablar con su prima. Finalmente llegaron a la cámara de techos altos que parecía la nave de una catedral, donde estaban esculpidas las cincuenta efigies de los sabios del Gran Concejo de los últimos milenios.

—Es mi trabajo darles esto... —el guía yasma sacó un cuadernillo—. Aunque ya sé que no les interesa.

Era el estricto protocolo a seguir durante las audiencias con los sabios.

—Debo llenar los formularios de llegada y confirmarlos en la agenda del día —explicó—. Vuelvo en unos minutos.

Salió por la puerta oculta en el tapiz de la pared, cerca de la dorada puerta principal de la cámara de los Once Sabios. A los flancos había doce imponentes soldados (también habían triplicado la seguridad desde su última visita).

—Por cierto, los talismanes de la Legión Alfa se han recuperado muy bien —comentó Vámbéry—. Y quieren agradecer lo que hicieron por ellos. ¿Creen que puedan saludarlos? Están muy cerca, en uno de los patios de armas.

—Si prometes que no tardaremos, claro, querido —aceptó Imo.

El clan siguió a Vámbéry a la cercana zona de entrenamiento. Lina supo que era el momento que había esperado, tomó de un brazo a Alessa mientras que el resto de la familia se alejaba.

—Prometo que no haré dramas, pero ya dímelo —pidió.

—Estamos por entrar a la audiencia —dudó Alessa—. Y tampoco es algo que me conste, lo dijo alguien en un refugio que...

—¡Dilo! —Lina casi gritó—. No me voy a mover de aquí hasta que digas todo.

—Gismundus está muerto —soltó la prima.

Lina sintió cómo la golpeaba un rayo. De pronto todo le pareció ajeno: el lugar donde estaba ahora, con esas absurdas estatuas; la puerta dorada con el escudo de piedras preciosas; los guardias al fondo, impávidos; esa chica con colmillos y cabello con corte militar que tenía enfrente; sus manos y hasta su propio cuerpo.

—Perdón, no debí decirlo así. Por eso no quería hablar —se disculpó Alessa—. ¿Estás bien?

—¿Quién te dijo eso? —la voz de Lina salía rara, rasposa.

—Felia del clan Torreflaca —continuó la prima—. Estaba con los pocos que pudieron salir de Ubus. ¿Sí te acuerdas de ella? Iba con nosotros en la primera instrucción con su hermana Flavia. Eran amigas de Vania. Pues bien, su familia quedó en la pobreza; los depositantes les quitaron todo, pero les perdonaron la vida al volverse numus, los que rinden fidelidad y obediencia a Luna Negra y a Cerberus...

—Sé qué son los numus, ¿pero qué dijo Felia? —retomó Lina, con urgencia.

—Me contó de ese día; ella y su clan estuvieron el día de la ejecución en el templo necromántico. Según Felia, una parte de la construcción se vino abajo, las gradas y una torre. En el caos varios chupasangres murieron aplastados. Y cuando las Torreflaca pudieron escapar, afuera, en la Plaza Cortacuellos, presenció el momento.

La prima guardó un prudente silencio.

—¿Qué momento? Alessa, por favor, dilo.

—Cuando Gis murió —la umbría bajó la voz como si se dirigiera a alguien herido—. Lina, de verdad, no es necesario hablar de esto ahora...

Lina le dedico una mirada intensa, iba a oír el resto, no importaba el dolor. Alessa tomó aire.

—Flavia y Felia fueron de las últimas en salir del templo —continuó—. Estaban por escapar por una grieta del campanario, pero volvieron para ayudar a su madre, que quedó atrapada bajo las gradas. Según Felia, al salir de nuevo se cruzaron con Vania, pero ni siquiera las reconoció. Iba con su madre y con la nana. Afuera, en la plaza, había un caos: un ejército

de esclavos de Plumberium acababan de rebelarse contra los depositantes y los numus. Los umbríos más hambrientos rodeaban un tranvía volcado, querían beber de alguien. Felia dice que alcanzó a reconocer a Gis. No podía escapar, estaba encadenado.

—¿Pero cómo sabía que era Gis? —interrumpió Lina.

—Es obvio. Lo conoce, estudiamos juntos y, además, el rostro de Gis es muy especial... era... —Alessa dudó de la conjugación—. El asunto es que Felia reconoció también a Lucrecia Villaseca, la hermana loca de Vania, estaba dentro con un guardia... pero los esclavos hambrientos iban tras Gis, seguro lo confundieron con un jugoso tibio... y comenzaron a romper los cristales para entrar.

Oyeron las voces de la abuela Imo y de Vámbéry a lo lejos. Hablaban con los jóvenes soldados talismanes.

—¿De verdad sigo? —Alessa carraspeó—. Lo que sigue no es muy agradable.

Lina asintió, al menos no estaba llorando (aún). Era buena señal.

—Lo peor vino después —continuó Alessa—. Las abominaciones que liberamos del hospital Hotep estaban sueltas. Eran horribles: una criatura tenía varias cabezas de cadáveres de mujer, como una hidra; había cíclopes con cuernos; a otros no sé si les implantaron partes de animales, pero les brotaban alas, garras, espinas... El asunto es que son de las cosas más feroces que he visto en mi vida, ¡por algo los encerraron!; destruían todo a su paso. Felia dice que uno de esos monstruos apareció en la Plaza Cortacuellos. Tal vez le llamó la atención el ruido de los esclavos y por eso se acercó al tranvía donde estaba encadenado Gis —tragó saliva—. La bestia, entre bramidos, destrozó el tranvía. Lucrecia no podía caminar y Gis estaba encadenado... puedes imaginar el resto —le puso una mano en el hombro—. De verdad, Lina, lo siento. Sé lo que significaba para ti.

Lina se quedó quieta un instante. Luego se liberó de la palmada lastimosa.

—No tienes por qué sentirte mal por mí, por nadie. Tú misma lo dijiste, no te consta.

—Lo sé, pero —Alessa intentó ser suave—, nadie puede sobrevivir a un ataque como ese. Felia fue testigo.

—Ni Felia ni su hermana han sido de fiar... ¡nunca! —soltó Lina con un tono algo estridente—. ¿O vieron el cadáver destrozado de...? —se le acabaron las palabras. No quería ni mencionar su nombre.

—Eso no lo sé. Flavia se la llevó, estar ahí era muy peligroso —reconoció Alessa—, pero es imposible sobrevivir a soldados depositantes, esclavos hambrientos y a esas horrendas criaturas.

—Pudo pasar cualquier cosa. ¡Tal vez Gis escapó! —Lina se aferró a la idea—. Y está vivo en alguna parte. ¡Es talismán! Hasta en el momento

más desesperado tendrá un instante de suerte.

Alessa miró a su prima humana con pena. A Lina le daba vueltas la cabeza. Si Gis escapó gracias a su suerte de talismán, ¿por qué no fue al escondite del mercado? ¿O por qué no volvió a la Pensión Somnus ni se contactó con ella?

—Lo siento, Lina, te advertí que era algo desagradable. De verdad también me duele, pero es la guerra, tenemos que seguir.

No, Lina no quería seguir como si nada. Necesitaba gritar y salir a buscar a Gis, a él, a su cadáver, lo que fuera.

Capítulo IV
HAMBRE

Todos los que lo conocían aseguraban que Ubus era el nido más bonito del distrito cinco. En dos mil setecientos años de existencia había pasado por guerras, epidemias, incendios, algún desastre natural (comprensible al estar cerca de una fuente de magma en activo), pero nunca había experimentado tal nivel de destrucción.

Al principio, la ciudad quedó dañada con las batallas entre los soldados de la Junta del Concejo y los guerreros depositantes. Después, varias zonas se calcinaron como el Barrio de las Costras, que sucumbió a un incendio cuando los invasores hicieron estallar una estación de viajes reflejantes rebelde. Siguió el desastre en el Barrio Tibio, donde vivían los humanos, que fue cercado, y a los que no pudieron escapar se les encerró en jaulas como si fueran ganado, simple alimento. Y finalmente el Barrio de la Estacada del Sur fue el epicentro de otra destrucción, por las explosiones de pasta de nusku que partieron en dos el enorme Hospital Hotep y se liberaron las criaturas de la bóveda secreta. Cazar y despedazar a cada monstruo produjo docenas de muertes y casas arrasadas. Para colmo, el antiguo intendente Tirso el Rojo, antes de su ejecución, alcanzó a volar varias calles buscando el túnel oculto por donde escaparon los Pozafría. En la Plaza Cortacuellos aún quedaba el siniestro templo necromántico, casi destruido el día de su inauguración; se sostenía de milagro, agrietado, con las vidrieras rotas, un minarete menos y el socavón al centro, por donde huyó el clan rebelde.

El bello nido de Ubus, hasta hace poco una ciudad umbría llena de colinas, tranvías, deslumbrantes palacetes, ahora tenía más de la mitad de los barrios arrasados, algunos aún humeando, con una revuelta en marcha. Y a todo esto, Vania Villaseca había sobrevivido.

Jamás olvidaría cuando vio morir a sus padres, devorados por los insectos carroñeros de Luna Negra. Pero antes de que la condena se extendiera a ella, Dorina, la anciana nana, la arrastró fuera del templo. En la Plaza Cortacuellos las cosas no estaban mejor. Había esclavos corriendo, soldados muertos, algunos testigos que gritaban algo sobre un monstruo que escapaba. Pero lo que le llamó la atención a Vania fue una pila de metal retorcido y cristales rotos.

—No se acerque, Su Talismanitud —le advirtió la nana—. ¡Hay que escapar!

—Es el tranvía en el que llegamos —Vania bordeó algunos escombros —. Ahí están Lucrecia y Gismi. No entiendo, ¿...y los vigilantes? ¿Dónde están todos?

—Creo que muertos —Dorina la jaloneó, desesperada.

Vania alcanzó a ver entre los restos de metal la tierra del féretro donde dormía su hermana, un trozo del vestido desgarrado... y mucha sangre, ¿sería de Gismi? Tal vez aún podría ayudarlo... Aunque lo mejor era que muriera ¡por despreciar su amor! ¡La engañó diciendo que escaparía con ella y en realidad planeaba hacerlo con Lina! Al menos esa sucia tibia sufriría también. Y ese asqueroso sombrío, chapucero. Los odiaba tanto.

Se escucharon unos graves gruñidos. Alguien alertó que otro par de monstruos se acercaba. Un grupo de depositantes guerreros Timures comenzaron a lanzar cápsulas de cristal con fuego griego.

—Venga conmigo, la pondré a salvo —Dorina le colocó encima a Vania su percudido chal—. No es bueno que la vean con ropa tan fina. Los esclavos están matando a todos los que parecen respetables.

Normalmente Vania se habría quejado, ¿cómo iba a llevar la ropa de una criada?, pero estaba tan aturdida que obedeció. Alcanzó a ver de reojo que la mitad de la plaza se volvía un campo en llamas, incluyendo los restos del tranvía. Si algo quedaba con vida en su interior, se extinguiría pronto.

Caminaron entre callejones, pasajes antiquísimos, subieron por escombros. En algún momento Vania perdió los zapatos tachonados con piedras preciosas. Tuvo un ataque de tos en una zona llena de humo y, luego de entrar a un pasillo cubierto y cruzar varias escaleras estrechas, llegaron a un escondite. Vania estaba tan agotada que se desplomó sobre una sucia colchoneta. No se movió de ahí por varios días.

Se hundió en un sopor pegajoso, con oleadas de fiebre. En sus delirios, Vania volvía a ver una y otra vez la muerte de su tío Leobardo, envuelto en llamas; a sus padres devorados por carroñeros; al tranvía despedazado. Se había quedado sin familia, sin esposo, no tenía nada. Eran demasiadas tragedias. No era justo, ¡ella, que era la sanguaza más bella y amada, la más rica, talismán, hija del intendente general!

En todo momento la nana, llorosa, estuvo a su lado, dándole de beber té de sanguina; le colocaba paños húmedos en la frente y las axilas.

Después de algunos días, Vania consiguió abrir los ojos.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz pastosa—. ¿Por qué no estamos en casa?

Miró alrededor, era un feo galerón sin ventanas, con una triste lamparilla de gas y de paredes descascarilladas. El espacio estaba dividido con raídas sábanas para dar cierta privacidad a otras camas con ancianos umbríos.

—¡Por los dioses antiguos! —Dorina casi se echa a llorar de la felicidad de verla despierta—. ¿Se siente mejor, Su Talismanitud?

—¡Quiero ir a mi habitación! —exigió Vania.

—Es imposible, mi ama. No podemos volver —repuso la nana, con suavidad.

—No hablo de Cimeria —Vania sintió una punzada de hambre—. Quiero ir a la Finca Abadón, la residencia de los Villaseca.

—Oh, Su Talismanitud, ahora está llena de soldados del Nuevo Orden y todas las pertenencias de los Villaseca pasaron a las arcas de los depositantes, ¡su clan ha caído en desgracia! Pero no se preocupe, ama, ¡yo la cuidaré!

—¿Y por eso me has traído a este muladar? —gimió Vania.

Algunas de las mugrientas sábanas se movieron y se asomaron ancianos umbríos.

—Este es un buen sitio, ya lo verá —aseguró la encorvada Dorina, y se acercó a una destartalada hornilla—. Estamos en el Barrio de las Ánimas, en una casa de reposo para empleados de servicio.

—¿Es un asilo de criados? —Vania miró alrededor, con cierto asco.

—Aquí hay buenos amigos —Dorina sonrió con su boca desdentada—. Y es un sitio seguro, es lo que importa.

La nana le sirvió a Vania un platón de sopa roja, un poco diluida; eso tranquilizó a la joven nosferatu (por un momento).

Pero los problemas no hicieron más que empezar. Ahora que estaba despierta, Vania se la pasaba quejándose todo el día de su condición de huérfana, viuda y pobre. Según ella, nadie en el nido había sufrido tanto.

—En esta guerra todos hemos sufrido igual o más que tú —espetó un antiguo mayordomo, harto de los lloriqueos—. Vi cómo desollaron vivos a mi mujer y a mis hijos. Los acusaron de ser espías del Gran Concejo. Si los depositantes me encuentran, me arrancarán la piel a mí también.

—¿Eso qué? Eres viejo —repuso Vania—. Ya tuviste una vida. ¡Yo soy joven y hermosa! Lo mío es un millón de veces más trágico.

Lo que pronto se volvió el mayor problema fue el hambre. En el tranvía Vania había dejado su bolsa verde que siempre estaba llena de comida;

ahora no le bastaban los tazones de agua con unas gotas de sangre que le daban al día.

—Puede beber mi ración —ofreció Dorina—. No tengo apetito.

—¡Necesito más! Estoy en etapa de desarrollo y me hacen sufrir a propósito —Vania señaló una puertecilla de un mueble empotrado en la pared—. ¿Eso es una despensa?

Antes de que Vania llegara al mueble, se interpuso una vieja lavandera umbría.

—Lo racionamos para que nos alcance —aseguró—. O tal vez quieras donar tus joyas para conseguir un saco de hemopasta.

—¡Cómo te atreves! ¡Esto es lo único que queda de mi poderoso clan! —chilló Vania, que aún llevaba broches, collares y anillos, ofendida y se llevó las manos al pecho.

—Si no estás conforme con nuestras reglas, puedes irte —avisó el mayordomo.

Vania no lo pensó y avanzó hacia la salida.

—¡No salga, Su Talismanitud! ¡Por favor! —Dorina la sujetó del vestido —. Afuera es peligroso. ¡Hay enfrentamientos y empezaron los juicios!

—¡Pero yo no hice nada! Solo soy una víctima —aseguró Vania—. Iré con las autoridades, les explicaré todo.

—Anda, ve. Dicen que Siward Pozafría está tomando el poder, seguro le dará gusto verte —el viejo mayordomo esbozó una sonrisa torcida.

Vania dudó un poco.

—Buscaré a los amigos de mamá —convino—. Hizo favores al clan Fuentecerrada, a los Vallehondo y a los Muraltos.

—Por favor, se lo imploro, mi ama —Dorina se postró frente a ella—. En estos tiempos de guerra no se sabe quién es amigo. Prometo que le conseguiré más comida.

Vania decidió darle una oportunidad a la nana, aunque se desilusionó al ver los mendrugos que llevaba: un pedazo de empanada de cuajo y unas esponjas de leuco acedas. Nunca se había sentido tan furiosa... y hambrienta.

Hasta que un día no pudo más. Ocurrió muy temprano. La anciana lavandera escuchó un sonido raro, como si alguien estuviera sorbiendo. Al salir de su tienda vio a Vania al fondo del galerón, con la cara llena de restos de sangre. El candado de la puerta de la alacena estaba roto.

—¿Qué has hecho? —gimió la pobre vieja.

—Les dije que estoy en desarrollo —recordó Vania.

Se limpió con la manga, por primera vez en días estaba satisfecha. Dentro de la alacena había encontrado dos ratas enjauladas que chupó hasta la muerte, hasta la última gota.

—¡Era nuestro único alimento! —gimió la lavandera—. Las drenamos

un poco al día, de ahí comemos todos.

El resto de los viejos sirvientes despertó, comenzaron los reclamos, los alaridos de desesperación. Vania, harta, se calzó unos viejos chanclos contra el agua y se dirigió a la salida; nadie se lo impidió y Dorina no estaba.

—Iré al lugar que me corresponde... recuperaré lo que era mío —aseguró orgullosa.

Los viejos seguían llorando al ver saqueada la despensa.

—Al menos morirá pronto allá afuera —se consoló la vieja lavandera al cerrarse la puerta.

—Y luego seguiremos nosotros —aseguró el mayordomo, fúnebre—. Nos condenó a morir de hambre.

Capítulo V
LA SEGUNDA AUDIENCIA

En Anub había llegado la cita con los Once Sabios. El guía yasma introdujo a la gran cámara a Imogene, Benvolio, Ariel, Lina, Osric, Alessa y al redi Hans. Los acompañaban además Vámbéry y Corydia.

—Esperemos que ahora las cosas salgan mejor —suspiró la abuela—. La última vez fue un desastre colosal. No quiero volver a salir huyendo por los desagües.

Todos estaban tensos, pero Lina aún más; seguía sin procesar las horribles noticias sobre Gis.

El lugar parecía más asfixiante que la vez pasada. Había más torres con papeles amarillentos, colinas de cajas de cartón, centenares de archiveros oxidados, baúles, vitrinas, el sarcófago bañado en oro de un faraón egipcio, un menú infantil de hamburguesas; todo amontonado sin aparente orden; además, la peste de orín de gato era casi insoportable (aunque seguían sin verse los gatos).

Odo, el guía yasma, condujo al clan hasta el círculo de invitados, al pie de la plataforma o escenario donde los ancianos umbríos se asentaban desde los últimos siglos. Lucían como algún tipo de animal prehistórico, todo arrugas, callosidades, manchas. En esta ocasión todos parecían despiertos.

—Disculpen, hoy es día de baño —comentó una de las sabias, la que parecía más "joven", tal vez de unos tres mil años—. Cada siglo nos tomamos uno, no se fijen.

Los venerables ancianos estaban cubiertos pudorosamente con unas delgadas mantas, y tres sirvientes, ágiles como pequeñas arañas, subían por una pared de arrugas y bajaban por una compacta cordillera de jorobas, armados de esponjas con jabón; al contacto con la piel brotaba

una espuma verdosa. Con el tiempo, los sabios se habían casi fusionado hasta volverse un mismo cuerpo de once cabezas y un sinfín de manos y pies con uñas que se enroscaban como caracoles petrificados.

Justo debajo de la plataforma, el secretario y su asistente esperaban listos, con folios y suficiente tinta para trascribir la audiencia y redactar las actas con los acuerdos.

—Atención, la audiencia comienza —dijo Odo en voz alta—. Miembros del clan Pozafría; Arminius Vámbéry, militar en jefe; Corydia, madre de cofradía esiartis, y el honorable redi parlante. Están ante la presencia del Gran Concejo de Anub, los Once Sabios que dirigen el Mundo Umbrío con sabiduría, prudencia y encanto. Demuestren su respeto y admiración.

Los invitados tuvieron que hacer la reverencia parte del protocolo.

—Los sabios del Gran Concejo no han determinado el tiempo de la audiencia —el guía señaló el pequeño reloj—. Pero ellos, en su infinita sabiduría, les indicarán cuándo detenerse. También han optado por relajar algunas reglas —carraspeó—. Ateniéndose al inciso B de la cláusula vigésimo doce sobre comunicación, y dado el carácter extraordinario de esta audiencia, podrán hablar con ellos de manera directa, si así lo desean, sin esperar la pregunta para iniciar la conversación. Adelante.

Los invitados se acercaron hasta donde se podía, entre los muebles, torres con expedientes y un piano destripado. Se encendió una luz sobre los Pozafría.

Uno de los antiquísimos sabios, pequeñito como niño arrugado y que no había hablado la primera vez, comenzó a balbucear.

—¿Qué idioma es ese? —murmuró Osric.

—Ni idea querido, champurrean en treinta lenguas —recordó Imogene.

El sabio se detuvo y llamó a uno de los criados, que le colocó una dentadura.

—Gracias. Me faltaban los dientes —explicó—. Decía que gracias por venir. Estamos al tanto de las proezas que hicieron desde la última audiencia. Escapismo, rescates, enfrentamientos. Y en tan poco tiempo.

—Hemos visto todo, sabemos todo, así que, como imaginarán, pocas cosas nos sorprenden —agregó la sabia "joven", que era la misma que dirigió la primera audiencia—. Y reconocemos que ustedes nos han sorprendido.

—Pues gracias —repuso la abuela—. Supongo que eso es bueno.

—Sí que lo es —agregó la sabia. Hizo una ligera pausa mientras un sirviente le daba champú a los diez cabellos que aún conservaba—. La primera vez que estuvieron aquí los juzgamos de manera apresurada.

—Entonces, ¿reconocen que se equivocaron? —preguntó Ben.

—No. Nosotros nunca nos equivocamos —replicó el sabio pequeñito mientras el otro criado retiraba una costra de mugre de su espalda con una espátula—. Nuestro rechazo sirvió para que, frente a la adversidad, ustedes demostraran su valía.

—Eso ni ellos se lo creen —murmuró Alessa.

—Y bien, supongo que no nos llamaron solo para felicitarnos —intervino la abuela—. ¿Para qué nos necesitan?

—Ah, mustela, la Comadreja Pozafría, siempre astuta —farfulló otro sabio al que le sacaban una pasta cerosa de las orejas.

—Como sabemos todos, estamos en guerra —anotó el sabio pequeñito —. En el Gran Concejo contamos con un gran ejército, además de espías, infiltrados, pero... estamos perdiendo y las cosas se pondrán mucho peor.

La sabia hizo una seña a los criados para que se dieran prisa. Uno de ellos los terminó de enjuagar con toallas húmedas, mientras que los demás la secaron con suaves lienzos.

—Ah, qué bien se siente —reconoció el sabio pequeñito—. ¡Hasta al próximo siglo! Y bien... ¿en qué estábamos?

—Que todo va a complicarse —señaló Ben.

—Cierto, esiartis Corydia. Por favor... —pidió la sabia.

La enorme nosferatu dio un paso al frente y explicó:

—Las casas de oráculos coinciden: se vislumbra un escenario de guerra y destrucción pocas veces visto en este planeta. Luna Negra y Cerberus con sus depositantes están forzando todo para que se cumpla la profecía de los Bromio. Son capaces de cualquier cosa.

—...y ya han realizado ataques al cuarto reino, el humano —aseguró Ariel.

—¡No se puede interrumpir! —gimió el guía yasma—. Bueno, al parecer ustedes pueden hacer lo que sea...

—Da un paso adelante —pidió el sabio pequeñito, y once pares de ojos antiguos se clavaron en Ariel.

—Ha habido algunos ataques... —repitió.

—Sí, oímos la primera vez —interrumpió el sabio pequeñito—. Es que eso no tiene sentido. Los depositantes son ambiciosos, pero no son tan tontos como para romper los pactos *intratibios*.

—Pues se han dedicado a realizar ataques en zonas remotas —continuó Ariel—. Hay miles de millones de humanos, así que toman unos cuantos de aquí y otros de allá para que no se note. No se han dado cuenta de que el cuarto reino está tan comunicado que tarde o temprano todo se sabe.

—¿Y para qué atacarían a los tibios? —interrumpió la sabia—. ¡Eso quedó en el pasado!

—Primero que nada, buscan sangre —razonó Ariel—. Así no dependen

de los suministros *intratibios*. Y lo más importante es que los nigromantes están ávidos de cadáveres frescos para ensamblar más aberrantes, esos soldados redivivos animados con magia negra.

Hubo un silencio. La teoría sonaba terrible pero también posible.

—Lo que dices es muy grave —reconoció la sabia—. ¿Sabes algo de esto, Corydia?

—Puede que sí... o que no —respondió la enorme esiartis—. Nuestros oráculos pierden foco y tino fuera del tercer reino.

—Supongo que tampoco tienes pruebas de lo que dices —el sabio pequeño encaró a Ariel.

—Estoy trabajando con una agencia de la *red intratibia* —aseguró el exesiartis—. Monitoreamos varios sitios sospechosos y hay uno donde pasan cosas raras, aunque estamos esperando una evidencia concreta.

—Entonces no tienes pruebas aún —la sabia zanjó el asunto—. No nos preocupemos por algo que de momento es un rumor. ¡Tenemos problemas de sobra! Estamos perdiendo la guerra, ¿qué no han oído?

—Claro y fuerte, aunque eso es raro —comentó Imogene—. La última vez que estuvimos aquí, ustedes, venerables sabios, mencionaron que tenían todo planeado para ganar. Díganme, ¿qué ocurrió?

Odo, el guía yasma, resopló ofendido, ¡estaban cuestionando al Gran Concejo! Por su lado, los ancianos cruzaron miradas; al parecer nadie quería explicar.

—Hubo errores y aciertos —dijo finalmente el sabio pequeño—. Los sabios nunca nos equivocamos, pero sí nuestros soldados... ¿Arminius?

Ahora fue turno de Vámbéry dar el parte de guerra. Hizo un recuento de las derrotas recientes. Los depositantes se habían vuelto más organizados y crueles, como poseídos por algún tipo de fiebre destructiva.

—Y eso que aún no tienen el control total de Abismo —anotó Vámbéry, con preocupación—. Y ya van ganando. No tienen honor, no respetan reglas de combate, usan todo lo que esté a la mano, el vórtice de guerra de Cerberus, magia negra, venenos...

—Supimos que tomaron el distrito cinco —comentó Imogene.

—No solo ese. Muchos más —confesó Vámbéry, con voz tensa.

—Esto que están oyendo es confidencial —apuntó el sabio pequeño.

Los Pozafría asintieron. Osric ahogó un gemido.

—Al día de hoy, los depositantes tienen bajo su poder cuarenta y nueve nidos, incluyendo Ubus —develó el soldado humano.

—¡Por las canas de mis ancestros! —exclamó Imogene—. No sabía que tantos... Eso es...

—Dos terceras partes del Mundo Umbrío —asintió la vieja sabia—. A este paso, será el final para nosotros. ¿Saben cómo nos sentimos? ¡En todos estos milenios nunca fuimos humillados así! Pero ninguna de

nuestras armas funciona como planeamos y la Legión Alfa ha sido una desilusión.

Las miradas de los Once Sabios se concentraron de nuevo en Arminius Vámbéry, que bajó la cabeza, avergonzado.

—Los talismanes todavía son muy jóvenes y tienen poca práctica —reconoció el soldado—. Eso quedó demostrado con nuestra incursión en Ubus. Salió mal cada detalle, desde los trajes de tejido salamandrino hasta las armas que llevábamos, y, además, las fórmulas alquímicas que teníamos jamás hubieran servido para controlar a las criaturas modificadas.

—No me gusta decir esto, pero se lo dije —murmuró Ben.

—El problema es que esos modificados eran nuestra única esperanza para combatir a los aberrantes —continuó Vámbéry—. Se han convertido en la mejor arma de nuestros enemigos. Hemos intentado de todo: estacas, fuego, explosivos. Pero esos soldados animados con magia negra son feroces e indestructibles, ¡ya están muertos! Si llegamos a despedazar a uno, los necromantes lo vuelven a armar una y otra vez.

Se escuchó otro gemido de Osric, más agudo. Lina volvió a pensar en Gis. ¿Y si era verdad que había muerto a manos de uno de esos modificados? Empezó a llorar. Ben, su padre, le pasó un brazo por un hombro para darle una palmada cariñosa. Seguro pensó que estaba conmocionada por los horrores de la guerra.

—Por desgracia, los aberrantes no son su única arma—continuó la sabia—. También está el escondite de Luna Negra y Cerberus. De nada nos sirve tener en nuestro poder las puntas de argén.

—Las dagas de plata que matan a Luna Negra y a Cerberus —acotó Vámbéry—. Es su nuevo nombre clave.

—Tenemos las armas, pero es imposible localizar a la pareja —continuó el sabio—. Nuestros informantes descubrieron que estaban construyendo una réplica de la fortaleza de sus ancestros, un castillo necromántico llamado Nuevo Estigius, y nuestros rastreadores no lo han podido encontrar.

—*Es el sitio que no está en sitio alguno* —Corydia citó al oráculo—. Existe, pero al mismo tiempo aún no existe. El enigma nos tiene desconcertadas.

—Pero ¿qué otras pistas han dado los infiltrados? —sondeó Ben.

—Es otro problema. Perdimos el contacto tanto con espías como con los incrustados —confesó Vámbéry, lúgubre—.Tememos que los hayan descubierto y... bueno, eliminado.

—El panorama luce más oscuro que el lunar de un cadáver —reconoció Imogene—. Pero solo para que nos quede claro a todos, vuelvo a hacer la misma pregunta: venerables sabios, ¿para qué nos necesitan?

Los ancianos se miraron, un poco incómodos. Abajo, el secretario y su asistente guardaban el registro de cada frase.

—Imogene del clan Pozafría —repuso la sabia—, ¿para qué preguntas algo que ya sabes?

—Porque me encantaría escuchar la respuesta de sus milenarias bocas —la abuela sonrió.

El guía yasma casi se desmaya por la insolencia.

—Bien, pues... Eso, queremos su ayuda —el sabio pequeño tosió levemente. Como estaban todos comunicados, otros tres hicieron lo mismo—. En este momento toda asistencia es bienvenida.

—Hasta de nosotros, los desastrosos Pozafría —dijo Ben con orgullo.

—Es lo que querían oír, pues bien, sí, es verdad —intervino la sabia—. Los necesitamos. Nosotros somos excesivamente inteligentes, todo lo sabemos ya, pero a veces —se aclaró la cascada voz— se necesita un poco de... inexperiencia en estado salvaje para atreverse a hacer lo que ustedes han hecho.

—¿Nos acaba de decir *salvajes*? —murmuró Alessa.

—En el buen sentido —aseguró la sabia—. Somos viejos y tendemos a repensar todo, pero ustedes tienen el ímpetu y el arrojo de los que no saben casi nada; acaban de demostrarlo con una victoria. Y por eso queremos que nos apoyen con una misión parecida a lo que hicieron en Ubus.

—Fue brillante cómo rescataron a su clan —reconoció el sabio pequeño—. Efectivo pero de una simpleza casi barbárica.

—En ocasiones no entiendo si nos halagan o nos insultan —confesó Imogene—. Pero mi mente salvaje todavía necesita entender algo: ¿quieren que rescatemos a alguien?

—Esto es de mayor alcance —el sabio pequeño hizo una pausa para reacomodarse la dentadura—. Arminius, ¿nos haces el favor?

—Estamos planeando la misión llamada *Semana Libertaria* —explicó el humano—. Queremos liberar a los nidos sometidos por los depositantes.

—Están hablando de... ¿liberar a los cuarenta y nueve en una semana? —preguntó Alessa, atónita.

—¡Eso es demasiado! —opinó Ben—. Además, ¿cómo piensan destruir a los aberrantes si se supone que son indestructibles?

—No lo haremos —explicó la sabia—. Vamos a inmovilizarlos con redes de corium. Aunque tenemos que darnos prisa antes de que construyan más monstruos.

—Aún tenemos fuerza, soldados, armas, munición —siguió el sabio pequeño—, pero nos estamos desgastando con pequeñas batallas. Por eso planeamos un golpe concentrado, intenso, durante una semana, sin detenernos hasta liberar a todos los nidos.

—Creemos, además, que en uno de esos nidos se esconde Nuevo Estigius —comentó Corydia.

—Es importante que tengamos éxito porque vamos a usar todos los recursos que nos quedan —reconoció la sabia—. Y aquí es donde entra su clan: queremos que nos ayuden a buscar puntos de acceso para llegar a esos nidos.

Un sentimiento extraño invadió a los Pozafría. Por un lado, era un halago que los consideraran para una misión tan grandiosa, liberar cuarenta y nueve nidos para terminar la guerra, ¡en una semana!, pero también era una responsabilidad demencial.

—Ya tenemos la red de mapas de desagües de los nidos —presumió Vámbéry e hizo una seña al guía yasma, que le pasó un cartapacio con planos.

—La misión suena bien —reconoció la abuela Imo—, pero no pueden usar el mismo recurso que en Ubus. Los depositantes no van a caer dos veces en la misma trampa. Ahora deben tener vigilado cada milímetro de los pasos subterráneos.

—A menos que utilicemos algo más extremo —dijo Ben, de pronto.

Todos lo miraron.

—¿Qué hay más extremo? —preguntó Vámbéry.

—Usar una ruta profunda, de la que nunca sospecharían nuestros enemigos —Ben dio un golpe en el suelo—. Abajo... ¡Más abajo!

—Abajo solo está el segundo reino —observó Ariel, y poco a poco su rostro se iluminó. Ben asintió.

Los Once Sabios pusieron una expresión perpleja, igual que Vámbéry.

—Como saben, los umbros son criaturas nómadas —explicó Ben—. Van de un lado a otro por su siniestro y oscuro reino. Durante miles de años han construido una red de túneles que pasan por debajo de nuestros nidos, incluyendo los cuarenta y nueve que planean liberar.

—Pero habría que pactar con estas criaturas, ¿no, querido? —preguntó la abuela—. No creo que nos dejen usar sus rutas así nada más.

—Necesitaríamos hacer antes una misión diplomática y buscar al jefe de clanes de las Tierras Umbras —reconoció Ben—, pero si nos dan acceso, podríamos movilizar al ejército del Gran Concejo desde las profundidades, sin que nuestros enemigos se enteren.

—Pero entonces hay que ajustar también el plan de ataque —opinó Ariel—. ¿Liberar entre seis y ocho nidos diarios? ¿En qué están pensando?

—Lo sé, es muy ambicioso —reconoció Vámbéry.

—Al contrario. Es muy lento —observó Ariel—. Tendría que ser en un día, en un ataque simultáneo.

De la impresión, los Once Sabios exclamaron al unísono.

—Ariel Pozafría, ¿tienes idea de lo que estás diciendo? —preguntó la

sabia—. ¿Liberar cuarenta y nueve nidos en un solo día?

—El primer golpe es diez veces más potente que cualquier otro —explicó Ariel—. Hay que dar cuarenta y nueve primeros golpes.

Los Once Sabios hablaron entre ellos en su extraño balbuceo mezcla de idiomas, fue posible entender algunas palabras sueltas como *riesgo*, *imposible* y *locura*.

—No le demos vueltas, Ariel tiene razón —repuso Ben—. Solo piensen en esto: si se liberan pocos nidos el primer día, para el segundo los depositantes habrán reforzado sus defensas y movilizado armas y ejércitos en otros nidos; para el tercer día habrán distribuido a sus aberrantes en todo el territorio; para el cuarto intentarán recuperar los primeros nidos que perdieron; para el quinto van a contraatacar, y al final de la semana todo será como al inicio, o tal vez peor, porque ya no habrá recursos.

—Si atacan por sorpresa, los enemigos no tendrán oportunidad de reacción —recalcó Ariel—. Si quieren terminar esta guerra de golpe, tiene que ser justo eso, un golpe definitivo.

—Pero eso... es demasiado —Vámbéry comenzó a sudar—. Deberíamos tener listos a cuarenta y nueve batallones, uno para cada nido.

—¿Y cuál es el problema? —observó Ariel—. ¿No dijeron que aún tienen recursos suficientes? Hay que aprovecharlos y organizar a los soldados.

—Además, trasladar cuarenta y nueve batallones no sería un problema si tenemos acceso a los pasajes de la Tierras Umbras —recordó Ben.

Se hizo un silencio. Los Once Sabios parecían pasmados. Hasta el secretario de las actas había derramado un frasco de tinta y Odo, el guía yasma, estaba como petrificado.

—¡Es a lo que me refería! —exclamó la vieja sabia y soltó una pedregosa risa, que se replicó por diez veces, una por anciano—. ¡Ese pensamiento salvaje y libre de alguien con arrojo bestial!

—¿Les gusta la idea? —preguntó Vámbéry.

—Es grandiosa —asintió el sabio pequeño—. ¡Un solo gran golpe! Brutal como el ataque de una estaca. Además, los depositantes jamás han prestado atención a las Tierras Umbras; para ellos son una raza que carece de valor, sus criaturas no son comestibles ni se pueden esclavizar.

—¿Pero los umbros no son salvajes y asesinos? —preguntó el guía yasma, nervioso.

—Son algo... rústicos —reconoció Ben—, pero no más salvajes y asesinos que los depositantes.

—Sí que existe una tribu umbra extremadamente peligrosa —advirtió la sabia—. Cada vez que enviábamos a un emisario para hacer contacto con ellos, lo devoraban.

—Pero establecimos relaciones con otra tribu más tranquila —agregó

el sabio pequeño—. Aunque hace tiempo que no sabemos de ellos, tal vez fueron devorados por la primera tribu.

—Sería cuestión de ir a investigar qué sucedió —repuso la sabia y esbozó una desdentada sonrisa—. Ya nos informarán.

—¡¿Nosotros?! —preguntó Ben, asombrado.

—Fue su idea —asintió la sabia—. Y una muy buena, por cierto. Los apoyaremos en lo que necesiten. Es su oportunidad de ayudar, como dijeron en la audiencia pasada.

—¡Eso es una misión suicida! —opinó el guía yasma, escandalizado.

—No será suicida si los Pozafría la hacen bien —anotó el sabio pequeño—. También deben ayudar a planear la misión entera, que ahora llamaremos Día de la Liberación. Piensen en armamentos, estrategias de asalto, en fin, en todo.

—¡No se limiten!, sus ideas barbáricas son muy buenas —recalcó la sabia—. Entonces, ¿contamos con ustedes? Les daremos unos minutos para que piensen en su respuesta.

Los ancianos hicieron señas a Vámbéry y a Corydia para que subieran al escenario para hablar en privado. Mientras, los Pozafría hicieron su propia reunión emergente.

—No tenemos opción —declaró Imogene—. Debemos ayudar al Gran Concejo.

—Pero, abuela, ¡es muy peligroso! —gimió Osric—. ¡En la Tierra Umbra todos son salvajes y caníbales!

—Solo algunos, ya lo explicaron —continuó Imo—. Lo que quiero que entiendan es que no podemos salir de aquí y continuar con nuestra vida como si nada. Ya nos localizó el Gran Concejo, ¿cuánto creen que tarden los depositantes en dar con nosotros?

—Mamá tiene razón —asintió Ben—. Anub es el mejor y más seguro escondite para el clan, ¡justo lo que estábamos buscando! Además, ayudaremos a terminar esta guerra.

—¡Me apunto para alguna de las cuarenta y nueve batallas! —comentó Alessa con entusiasmo, se giró a ver a Hans—. Barbitas, ¿no crees que es emocionante?

—*Ziemlich*... mucho, y no tengo miedo de morir, ya muerto estoy —comentó el redivivo.

—Bien, aceptemos, pero primero hay que negociar —aconsejó Ariel—. Si los sabios quieren nuestra ayuda, ahora les va a costar.

—Pidamos un millón de óbolos —sugirió Alessa.

—No, querida, tampoco somos mercenarios —negó la abuela.

—Nada de dinero —confirmó Ariel—. Solicitemos hospedaje y protección para el resto del clan; comida, medicamentos, cuidados. Además deben darnos libertad en nuestras misiones barbáricas, que no

interfieran para nada.

—Dudo que acepten eso último —observó Ben—. Los Once Sabios están acostumbrados a dictar órdenes, no a obedecerlas.

—Entonces, entre las peticiones haremos una absurda —sugirió Ariel —. Al rechazarla tendrán la sensación de que siguen manteniendo el control.

—Querido, me encanta tu nuevo tú —sonrió Imogene.

Volvieron de nuevo frente a los Once Sabios. Antes de reanudar la audiencia Ben se acercó a su hija.

—¿Estás bien, linda? Pareces rara... como si no estuvieras aquí.

—Sí, perdón, solo... estoy preocupada por este plan, suena peligroso —evadió Lina. No podía decir que Gis ocupaba todos sus pensamientos.

—Somos talismanes, todo saldrá bien —Ben le dio una palmada.

—Ya tomamos nuestra decisión —anunció la abuela Imogene—. Aceptamos el honor de ayudar al Gran Concejo con el Día de la Liberación.

—Lo sabíamos —sonrió la vieja sabia—. Lo sabemos todo. Que se redacte el acta.

Vámbéry y Corydia sonrieron, con alivio.

—Pero tenemos algunas condiciones —continuó la abuela—. Necesitamos refugio y permiso de residencia en el nido de Anub, tanto para nosotros como para el resto de nuestro clan. Además, exigimos trato digno y respetuoso, y con posiciones según nuestras aptitudes, nada de empleos como servidumbre. Y será así hasta que podamos volver a nuestro nido de origen.

—Y de ningún modo Lina será convertida en umbría para después ser herida y puesta en cautiverio —agregó Ben—. Es un talismán muy valioso y tendrá un puesto de acuerdo con sus capacidades.

—Sabemos que en el nido sagrado les gustan los trámites —continuó Ariel—, pero tienen que reducirlos. Estamos en guerra, todo es urgente, no se puede detener una orden de salida para explorar Tierras Umbras porque se necesita un requerimiento de un memorándum de una circular a la que le falta un sello o una firma.

—Si vamos a tener posición de mando, que el rango sea verdadero y con trámites mínimos —apostilló Ben.

—Otra cosa —finalizó Ariel—. Queremos armaduras con peto entretejido con diamantes y escamas de sanajh —miró al resto de la familia—. Creo que eso es todo...

Odo, el viejo guía yasma, los miraba con ojos desorbitados: ¡cómo se atrevían a poner condiciones al Gran Concejo! Los Once Sabios lo tomaron con más calma, murmuraron entre sí un rato hasta que la sabia lanzó una exclamación.

—Lo siento, pero eso es imposible —repuso muy seria—. ¿Tienen idea

de lo tardado que es hacer una armadura con escamas de sanajh?

—Para que sea resistente hay que encontrar criaturas que hayan vivido en el fuego por quinientos años —agregó el sabio pequeño—. No. ¡Nada de armaduras de sanajh!, pueden ser con aplicaciones de oro rojo...

—¡Excelente! —exclamó Alessa, sorprendida.

—No, querida, el oro rojo es tan de mal gusto —respondió la abuela Imo, ocultando una sonrisa, y preguntó con tiento a los ancianos—: Pero... ¿y las demás peticiones?

—Lo demás está bien —señaló la vieja sabia—. Aunque un tanto abusivas, son razonables. ¡Pero nada de armaduras de escamas de sanajh con diamantes!

Ariel sonrió por lo bajo.

—Vaya, qué pena... —murmuró la abuela—. Pero lo aceptamos, ustedes ordenan. Por lo demás, estamos deseosos de trabajar para dar término a esta horrenda guerra.

—Que quede asentado en el acta —señaló la vieja sabia al secretario—. El clan de los Pozafría y los Once Sabios del Gran Concejo pactamos una alianza y estaremos juntos en el plan del Día de la Liberación, y se les otorgará lo que piden, menos las armaduras. ¡Qué ideas!

Esa misma noche, el clan Pozafría regresó a la Ciudad de México. En un largo trasbordo en los baños de una cafetería de Ottawa, Lina aprovechó para dormir un poco e ir a la Pensión Somnus, el sitio seguro del Cruxos, ese cruce de todos los reinos que solo se podía visitar en sueños. A Lina le urgía comprobar algo. Junto con la carta que le dejó el bisabuelo Basanio había dos llaves. La grande tenía al reverso los números 010772. Dedujo que debía tratarse de su propia habitación; la encontró en la primera planta y había un sobre adherido a la puerta. El corazón le dio un vuelco. ¿Sería otro mensaje del Doctor Peste? ¿Una nota de Gis? Temblando, Lina sacó el papel, era un comunicado de los administradores de la pensión notificando que la alcoba sería desalojada por "desaparición del pensionista", y se conminaba a amigos o familiares a llevarse muebles u objetos antes de que fueran trasladados a una bodega, previo a la eliminación definitiva.

¿Cómo sabían que Basanio no iba a volver? ¿Era la confirmación de que estaba muerto? ¿Pasaría lo mismo con Gis? Antes de volver a entrar en pánico, Lina decidió echar un ojo a la alcoba. La llave abrió sin problema. El lugar no era tan grande, había varios libreros con manuales para ensamblar maquinarias (su ancestro siempre fue un fanático de las cosas

automatizadas). Al fondo estaba una cama, un ropero con trajes antiguos y en las paredes destacaban un montón de retratos de coquetas y maduritas chupasangres a las que el Doctor Peste tuvo especial cariño. Lina no encontró ningún mueble con cerradura para probar la llave pequeña, ¿de dónde sería? De nuevo comenzó a sentirse agobiada y se sentó para organizar su mente.

NOTA MENTAL
¿GIS ESTÁ MUERTO?

Voy a enloquecer, de verdad. ¡No puedo seguir llorando como loca por Gis! Parezco más zombi que el mismo Hans. Debo ser racional y pensar fríamente. Veamos, ¿qué certezas tengo?

Certeza 1.— Creo que el bisabuelo Basanio sí está muerto y me dejó la carta de despedida con sus llaves. El pobre debió morir en su habitación de Cimeria, ya que no podía moverse, y seguramente se quedó con el anillo de corium. A Gis lo sacaron del castillo de los Pozafría, por eso Felia lo vio después.

Certeza 2.— Va la parte difícil: según Felia Torreflaca, Gis murió atrapado dentro de un tranvía cuando lo atacó un monstruo en la Plaza Cortacuellos, pero Felia no vio exactamente el *momento final*. Queda una posibilidad de que Gis haya podido escapar. Moth y Puck dicen que los talismanes tenemos la suerte del último instante. El problema es que si sobrevivió, ¿por qué no se ha comunicado? Debe estar preso ¡o herido!

Bien... reconozco que eso último no es una certeza, no tengo pruebas de que Gis está preso ni herido, es solo una esperanza. Entonces debo investigar. Alessa me puede ayudar con sus contactos en hospitales, con los Pútridos; y yo misma, ahora que voy a vivir en Anub, necesito buscar a algún refugiado de Ubus.

Es sumamente riesgoso salir de la Pensión Somnus y buscar a Gis en el Bosque de los Reflejos. Como está la

guerra ahora, Cerberus podría encontrarme de inmediato, adueñarse de mi mente con sus magos negros y conocer los planes de los Once Sabios. ¡No puedo tomar ese riesgo!

Voy a participar en el Día de la Liberación. Entre más rápido termine esta guerra, más pronto podré volver a Ubus para investigar en persona, y si Gis está preso, ¡lo liberaré!

Lina despertó y por primera vez en horas sintió un leve calor en el pecho: era esperanza. “Menos llanto y más acción”, se repitió. No iba a descansar hasta dar con Gis. Investigaría, preguntaría, ¡no se detendría hasta encontrarlo! Era un juramento personal y lo iba a cumplir.

Capítulo VI
VIENTOS DE GUERRA

Al norte del continente americano, hasta el final, donde el frío muerde a dentelladas, Ray Aguirre seguía haciéndose pasar por periodista en el bote pesquero Blue Siren. Las comunicaciones eran intermitentes y siempre reportaba a Carine, su jefa. Aunque no había vuelto a ver a esa extraña criatura vagamente humana que se llevó a Salomón, su amigo colombiano, mar adentro. De momento Ray dudaba si de verdad había visto lo que creyó ver.

En el transcurso de la noche, otro pescador había desaparecido: el rumano, con el que a veces coincidía en la zona de comida. Según el supervisor, el trabajo en botes pesqueros solía ser riesgoso y los accidentes comunes. Todo se reportaba a las autoridades y mandaban alguna unidad de ayuda, pero ellos no podían parar. En la embarcación todo seguía como antes: largas jornadas de trabajo de pescadores, empleados de limpieza, gente de embalaje y mantenimiento; nadie podía detenerse, aunque el miedo podía palparse en el acre aire. Los pocos que quisieron darle una entrevista a Ray le dijeron que rezaban porque terminara pronto el contrato, ese viaje en altamar se había tornado extraño.

Para no volver a perder ningún registro, Ray llevaba siempre preparada la cámara del teléfono celular. Todo parecía tranquilo, pero al acercarse al mar de Bering Ray notó que algo seguía al bote. No sabía cómo definirlo, dentro del agua había una especie de velo color púrpura, del tamaño del Blue Siren; a veces se asomaba por entre la espuma esa membrana translúcida.

Ray sabía que esa no era zona de medusas, ¿qué podía tener esa consistencia? Se lo mencionó a un supervisor y este le aseguró que el radar no marcaba nada inusual, debía ser algún juego de luz. El efecto óptico (si

lo era) se hacía más visible durante los breves momentos del ocaso. Entonces Ray tuvo un pensamiento que le causó escalofríos: ellos pescaban, ¿pero y si alguien los estaba pescando a ellos? Y después se le ocurrió una idea aún más temeraria: ¿y si aprovechaba cuando el bote estuviera detenido recogiendo las líneas de pesca para bajar a explorar? Había visto un traje de neopreno de buzo cerca de la sala de mando, y el equipo con chaleco hidrostático estaba todo en una vitrina: los tanques o botellas de aire comprimido, las mangueras, la boquilla y un visor. ¿Sería peligroso bajar? Tal vez podría obtener una muestra de esa sustancia.

Todo se precipitó ese día, justo al atardecer, cuando el bote entró en un banco de densa neblina. No era algo raro en esa zona, pero Ray se percató de que la niebla emitía un tenue color violeta. Desde la pasarela vio a dos pescadores haitianos perder el sentido. Luego, conforme la nave avanzaba hacia la bruma, otros empezaron a caer inconscientes: los empleados de mantenimiento, el supervisor, los jóvenes que remendaban redes, las mujeres de embalaje, los del turno vespertino que cenaban en el comedor. Los trabajadores caían por todos lados: pasillos, camarotes, cubierta. Algunos no tenían tiempo ni de buscar un soporte. Se oía el ruido seco de las cabezas al golpear los pisos de metal. La neblina se expandía por cada rincón del bote y lo único que se le ocurrió a Ray fue correr hacia la sala de mando para abrir la vitrina y ponerse una boquilla de buceo, que conectó a una de las botellas de aire, rápidamente movió el regulador. Algo le decía que por ninguna razón debía respirar esa cosa que flotaba por todos lados. Sacó el teléfono celular.

Había poca luz, pero consiguió grabar imágenes terroríficas. Primero fueron esas manos, ¿o garras?, que aparecieron por las barandillas. Del agua saltaban unas criaturas similares a la que vio la primera vez, parecían humanos pero con una lividez enfermiza, sin cabello, que portaban largas túnicas secas, lo que era imposible si emergían del mar helado.

Ray se atrevió a asomarse por una claraboya que daba a estribor y un estremecimiento le atravesó el espinazo. En el océano había algo que desafiaba toda lógica: se había formado un remolino con un amplio vórtice, un túnel del que salían las criaturas.

Dentro de la embarcación los seres trabajaban con rapidez, envolvían a cada trabajador con ásperas sogas y les colocaban en la cabeza una especie de capullo membranoso; después hundían ganchos en los tobillos y los arrastraban como animales en un rastro. Comenzaron a formarse charcos de sangre, que se congelaban al instante. Ray se dio cuenta de que las criaturas tenían ese mismo reflejo de espejo en los ojos, como el hombre o ser que lo metió en esa misión: Ariel.

Aunque Ray tenía entrenamiento para situaciones extremas, no pudo evitar una arcada de terror. ¿Qué demonios eran esas cosas? ¿Qué hacían

con la tripulación? ¿Y si lo descubrían? Sin dejar de respirar por la boquilla, a toda prisa se colocó el traje de neopreno y tomó el equipo de buceo; necesitaba llegar a la borda de babor, del otro lado del remolino. Avanzó en cuclillas y alcanzó a captar algo impresionante. Ray nunca había visto nada igual: del vórtice emergió un ser que, por el tamaño y corpulencia, parecía un guerrero; llevaba una armadura roja, tenía el cabello largo de tono rubio albino. Sus rasgos eran bellos y terroríficos al mismo tiempo: con ojos alargados en un extraño ángulo, nariz aguileña de gesto cruel, labios pálidos y ojos recubiertos por un velo lechoso. Se movía como si flotara en agua, con saltos líquidos. Ray notó que empuñaba un arma, parecida a una piqueta o a una espada, hecha de un metal luminoso. Debía tener varias hojas porque por momentos se abría como abanico.

Cuando el guerrero se posó suavemente sobre la cubierta, el resto de las criaturas se arrodilló con devoción. "Destinado", repetían. "Su voluntad es la nuestra." El guerrero dio una orden seca: "A todos, los quiero a todos".

Ray tomó una de las bolsas grandes donde arrojaban las vísceras del salmón y se arrojó al agua, del lado contrario donde seguía pulsando el remolino de aire.

Entonces todo se volvió confuso, Ray creyó ver (pero ya no estaba seguro de nada) que el extraño guerrero subía a la cima del bote pesquero y con un golpe de su arma partía en dos al Blue Siren; lo seccionó con un filo fuera de lógica y la nave comenzó a hundirse. Ray se cubrió con la bolsa y se esforzó por perderse con los restos flotantes. Se sumergió unos metros, no debía respirar esa neblina, no podían verlo.

No supo cuánto tiempo pasó, era imposible saberlo en esas aguas oscuras al borde de la congelación. Después de varias horas escuchó el rugido de un motor y las olas a su alrededor se iluminaron. ¿Habían vuelto las criaturas de pesadilla por él? No tenía ningún arma a la mano, pero lucharía a puñetazos si era necesario, aunque notó que apenas podía moverse, estaba aterido. El ruido de la máquina subió de intensidad y entre el resplandor del agua vio una cara familiar.

—¿Carine? —murmuró, casi sin voz.

Era su jefa, iba con alguien más, en una lancha de rescate.

—Lo grabé, lo tengo —dijo Ray antes de que la helada oscuridad de la inconsciencia se lo tragara.

—¿Se van todos? —preguntó Bety cuando se enteró de que el clan Pozafría abandonaba su casa en Santa María la Ribera—. ¿Nadie se queda?

—No te preocupes por el pago, querida —repuso Imogene—. Se te dará lo convenido y un extra por lo de la bañera, creo que mi hijo Duncan la tapó con una de sus pelucas.

—Si lo permites, tu casa será un refugio cada vez que tengamos que subir —sugirió Ben—. Mientras recuperamos nuestras propiedades. ¿Te parece bien? Pagaremos, claro.

Los chupasangres recogían sus cosas, Gundo sacó sus botellas de licor de sanguina de todos los escondites. Moth y Puck habían descubierto las compras en línea y pidieron tantas novelas románticas paranormales que no cabían en la maleta. Tía Sangre había bañado a su furia con un champú antipulgas y los viejísimos Mamá Uyü, Augustus y Abasi estaban ya dormidos y embalados dentro de unos enormes baúles llenos de bolitas de gomaespuma.

—Perdón, pero esa pantalla es de mi tía —dijo Lina cuando notó que Gerta intentaba meter el aparato en un bolso enorme.

—Necesitamos seguir viendo la telenovela —explicó Gerta—. Aún no se sabe quién se robó a la niña en la hacienda del patrón.

—Lo sé, pero en los nidos del inframundo no hay cable —intentó explicar Lina—. Luego veo si puedo descargar episodios y se los muestro en una laptop.

—Las laptops son unas cosas que se meten dentro de los ojos —aseguró Osric, el especialista en tecnología humana.

Vámbéry acompañaba a los Pozafría para el traslado y aprovechó para hablar con Bety en la cocina, en privado. Se ponían de acuerdo sobre la manutención de Bobby.

—Puedo pagarte con óbolos del inframundo —ofreció el soldado—. ¿Cómo ves?

—Solo si son de oro —advirtió Bety.

—Luego traigo el primer pago... y también quiero visitar a Bobby para recuperar el tiempo perdido.

Bety miró al niño que estaba detrás de la barra.

—Al fin tengo un papá, ¡y es un guerrero vampiro! —exclamó.

—Bueno, no soy vampiro —sonrió Vámbéry—, pero sí soy soldado del Gran Concejo y líder de la Legión Alfa.

—¿Por qué Lina sí tiene un papá vampiro y yo no? —se quejó el niño, desilusionado, era lo único que le interesaba.

Iba a ser un difícil inicio de paternidad, calculó Arminius.

Los soldados del Gran Concejo ayudaron a trasladar a los umbríos más viejos, con el equipaje, al camión de mudanzas.

—Osric, ¿qué haces? Ya casi nos vamos —Lina encontró a su primo en la jardinera frontal de la casa.

—La estoy esperando... —respondió con vocecita ahogada—. No sé si

va a venir.

—¿Tu novia Mildred? —recordó Lina.

—Le mandé una carta —asintió Osric, nervioso—. Pero no respondió ni nada.

Osric parecía a punto de echarse a llorar. Desde el camión de mudanzas al otro lado de la calle, Ben le hizo una seña a Lina, apuntó al reloj, ¡tenían que apurarse! Solo faltaba subir el baúl con mamá Uyü y acomodarlo con los demás chupasangres.

—¿No es esa niña? —Lina señaló a alguien que daba la vuelta en la esquina.

Bajo la luz de la luna se veía a una chica muy joven, de unos doce años, con lentes, que llevaba un vestido negro con puntos naranjas (eran calabazas de Halloween). Dos cosas eran muy notorias: los correctores dentales y que parecía molesta.

—¡Mildred! ¡Amada mía! —exclamó Osric.

—Si ya no querías saber de mí, no tenías porqué inventar que te vas a una guerra —resopló la niña.

—¡Pero es verdad! —gimió el pequeño chupasangre.

—No te me acerques —previno Mildred y entonces vio a Lina—. ¡Qué cara tan rara! Seguro eres otro de esos horribles y apestosos chupasangres.

Osric abrió la boca, ¡cómo se atrevía a dirigirse así a Lina!, ¡la talismán y salvadora del tercer reino! Estaba a punto de decir algo cuando la misma Lina se adelantó:

—Exacto, soy eso, una apestosa chupasangre y asistente del general Osric Pozafría.

—¿Eres general? —repitió Mildred mientras veía al pequeño nosferatu.

—Y gran libertador de nuestro mundo, Osric feroz entre los feroces. ¿Ves eso? —Lina señaló el camión de mudanzas, se veían varias siluetas, eran las de los siameses Moth y Puck (acomodando sus novelas románticas)—. Todos ahí somos los rudos servidores del gran Osric, estamos a sus órdenes. Amo, voy a ver que todo esté listo para el viaje, como ordenó.

Osric estaba ruborizado, asintió tembloroso. Lina sonrió y se alejó para dejar un momento a solas a los jóvenes enamorados. Alcanzó a oír a Mildred:

—Perdóname, Osric, ¡pensé que era mentira! Sí que eres importante, ¡y no quiero que vayas a la guerra!

—Debo salvar un mundo —agregó Osric con voz temblorosa—, pero todos los días pensaré en ti. Y volveré vivo... muerto... ¡o las dos cosas!

Los dos comenzaron a sollozar, trágicamente.

Vania nunca había caminado tanto en toda su vida. Estaba cansada, furiosa y hambrienta (de nuevo). Perdió la cuenta de las horas que había recorrido el nido de Ubus; era difícil ubicarse con tantos barrios destrozados. Había socavones y montañas de cascajo por todos lados. Cerca de la vieja estación de viajes reflejantes, Vania vio uno de los horripilantes monstruos, una especie de centauro; la parte de hombre la habían separado para incinerarla en una pira, pero la porción de caballo aún se movía, y varios soldados intentaban someterla. También le tocó ver un ajusticiamiento, en realidad varios; en cada plaza del nido se había montado un patíbulo junto a una mesa con banderines color púrpura y cofres del mismo tono que resguardaban guerreros depositantes. Se les identificaba por sus uniformes con insignia de escarabajo. ¡Y pensar que hasta hace unos días su padre era el jefe de todos ellos!

En los patíbulos se martirizaban esclavos o a algún umbrío considerado traidor al Nuevo Orden. Se aplicaba el suplicio de los mil cortes, la guillotina, el garrote vil, la horca o el estacamiento. Algunos cuerpos tenían clavados los letreros con sus crímenes. Ningún condenado tenía derecho al sopor argento, todos recibían la muerte definitiva. En uno de los templetes Vania creyó ver a Darvulia, la gruñona nana de los Pozafría; la habían colgado.

Siempre había espectadores alrededor de las ejecuciones, a la mayoría se le obligaba a ver como advertencia. Vania se ajustó el horrible y mugriento chal de la nana, antes tuvo la precaución de esconder los collares, broches y anillos entre la ropa interior.

Se acercó a su antigua residencia de clan, la Finca Abadón, pero, tal como se lo advirtió Dorina, era un cuartel de guerreros depositantes. Caminó hasta el palacete de Plotino Vallehondo y sus trescientos cuarenta hijos, un clan que siempre había simpatizado con Luna Negra e incluso sirvió a los Villaseca por un corto periodo, pero su casa había sido saqueada por esclavos rebeldes, todo parecía despedazado. A toda prisa, Vania fue al hogar de los Fuentecerrada, pero no quedaba ni un muro y el terreno estaba cubierto con cal, posiblemente resultado de un castigo. Vania estaba desesperada (y cada vez más hambrienta) cuando se le ocurrió pasar por la casa del médico Guntrodo, gran amigo de su madre y primo lejano de los Villaseca.

Guntrodo vivía en un torreón precioso, forrado de mármol verde con remaches de oro; en la parte de abajo estaba el consultorio y arriba los aposentos. Siempre tuvo mucho éxito, en parte porque las damas del nido decían que era increíblemente apuesto, con esas orejas puntiagudas, la

nariz de garfio y una alargada cabeza calva de nosferatu.

Vania se sorprendió al ver la torre casi intacta (solo habían arrancado el oro) y el consultorio estaba abierto, de hecho había una multitud de pacientes, la mayoría numus con crisis de ansiedad o con heridas menores (ni rebeldes ni esclavos tenían derecho a atención médica). A codazos, Vania entró a una sala de espera con grandes sillones de terciopelo y un elegante candelabro con luz de gas; entre los umbríos creyó reconocer a Fedinia del clan Trespiedras, llevaba un vendaje en el hombro.

—¿Tienes cita? ¿Y tu ficha? —una recepcionista espetó a Vania.

Sin responder, la joven sanguaza empujó la puerta del consultorio. Dentro el médico estaba revisando a una viejísima nosferatu que tenía un leve rasguño en el brazo.

—¡Ayúdame! —gimió Vania—. ¡Hazlo por la memoria de mamá!

Guntrodo la miró desconcertado, Vania se quitó el chal que llevaba embozado.

—Espera... ¡no hagas eso! —alarmado, Guntrodo la cubrió de nuevo,

—Doctor... disculpe, pasó sin ficha —entró la recepcionista.

—Está bien, yo me encargo —Guntrodo, nervioso, tomó a Vania de un brazo—. Ven conmigo.

Se la llevó a un almacén. En privado, le quitó de nuevo el chal.

—De verdad eres tú... —la contempló—. No lo puedo creer, ¡sobreviviste!

Vania se echó a los brazos del médico y entre sollozos le contó cómo había subsistido entre los despojos del nido, alimentándose de sangre de ratas (omitió que bebió la despensa de unos ancianos); se había quedado sin familia, fortuna, casa.

—¡No sabes lo que he sufrido! —gimió Vania.

—Entiendo, querida, esto ha sido una tragedia, pero no te preocupes —Guntrodo la sostuvo de los hombros—. Te voy a ayudar.

Vania volvió a llorar, esta vez de alivio. Guntrodo descorrió una puerta y la llevó a una bonita estancia.

—Ponte cómoda. Más tarde vengo para instalarte —prometió el médico—. Debo volver a trabajar, mis pacientes no deben sospechar nada.

Antes de irse Guntrodo le llevó un morcillón de Elis y una deliciosa globusoda. Vania los devoró. Por primera vez en días estaba calmada. Se apoltronó en un precioso sillón y se quedó dormida hasta que escuchó una voz femenina.

—¿Vania? ¿Estás ahí? Abre, soy yo —urgió alguien, dando toquidos.

La voz provenía de una pequeña puerta de servicio. Con cuidado, Vania se asomó y al entreabrirla reconoció a una amiga de su madre, Dolmia la Flaca, que tenía varios raspones en la cara.

—¡Por mis colmillos! ¡Es verdad! —la nosferatu entró a toda prisa—.

Fedinia no estaba segura, me dijo que te vio entrar al consultorio. Pero mírate, ¡estás viva!

—Claro que lo estoy. Soy una talismán certificada —aseguró Vania con orgullo—. Mi suerte es especial. Voy a vivir con Guntrodo, me va a cuidar.

—Vania, escúchame —Dolmia miró alrededor y bajó la voz—. Tienes que salir de aquí.

—...siempre ha sido bueno —siguió Vania—. Trataba a Gismi, mi esposo, ¿supiste que murió en la Plaza Cortacuellos? ¡Con mi hermana Lucrecia! Pobrecita... al fin nos estábamos conociendo luego de que la desenterráramos...

—Vania, ¡presta atención! Sal de aquí —Dolmia la tomó del brazo—. Guntrodo te va a denunciar.

Vania parpadeó confundida.

—Pero si somos casi parientes —explicó.

—Eso no importa ahora. Guntrodo tiene un problema enorme, lo culpan por el caos del hospital Hotep. Dejó su puesto para ir al templo necromántico. Creen que lo hizo a propósito para que entraran soldados del Gran Concejo a liberar a los monstruos de las bóvedas. Ahora tiene un juicio encima, puede perder todo a menos que demuestre su lealtad al Nuevo Orden.

—Y... ¿yo qué tengo que ver en eso?

—Mucho —resopló Dolmia—. Eres hija de traidores, la misma Luna Negra ejecutó a tus padres. Si Guntrodo te entrega, quedaría bien con Siward. ¿No has visto las mesas con un cofre púrpura?

Vania asintió.

—Son para hacer denuncias. Muchos acusan hasta a sus propios padres con tal de salvarse el pellejo, como Lenia la Gangosa. Te puedo esconder en el ático de mi casa, aunque nunca me has caído bien —chasqueó con la lengua—, ¡eres tan mimada! Hago esto por la amistad de doscientos cincuenta años que tuve con Winefrida, pero tienes que venir ahora.

Vania la miró con desconfianza. ¿Ella mimada? ¡Cómo se atrevía a insultarla! Además eso del ático no sonaba tan cómodo.

—Ya llegaron —Dolmia se asomó por la puerta entreabierta—. Te lo dije, vienen por ti.

La puerta de servicio daba a un callejón, Vania vio a tres de los soldados con insignias de escarabajos, hablaban con Guntrodo.

—Busquemos otra salida —Dolmia se adelantó a un pasillo.

Vania comenzó a sollozar:

—¿Por qué todos me tratan mal? ¡Soy una mártir!

—Deja de gemir como murciélago aplastado —la amonestó Dolmia—. Si te atrapan, mañana vas a amanecer colgada de cabeza en los muros del

Teatro del Hueso. Eso les hacen a los traidores que pertenecieron a un clan importante.

Vania lloraba en silencio, solo quería perder el sentido y despertar en su casa, en la sala de su talismanitud, y darse cuenta de que todo había sido una pesadilla. Pero el ruido de las botas de los soldados eran reales, estaban cerca, habían entrado por ella.

Ray recobró la consciencia. Alguien le había quitado el traje de buzo y le puso una especie de uniforme deportivo. ¿Dónde estaba? ¿Cuánto tiempo estuvo tendido en ese catre bajo las mantas? Le dolía todo el cuerpo; se revisó, por suerte conservaba todos los dedos y se recuperaba de la hipotermia. Miró alrededor, detectó paredes aislantes desmontables, debía estar en algún campamento; al fondo había un biombo y detrás estaba Carine, reconoció su voz, su jefa hablaba con alguien.

Ray intentó levantarse, pero un mareo lo obligó a reconsiderar la idea. No se había dado cuenta de que tenía conectada una manguerilla de suero al brazo, y el soporte se vino abajo con estrépito.

Del otro lado del biombo salió Carine.

—Tranquilo, Ray, yo me encargo —rápidamente le quitó la aguja y levantó el pedestal—. ¿Cómo te sientes?

—He tenido días mejores —la voz de Ray era grumosa—. ¿Dónde estamos?

—En Adak, es una de las islas Andreanof... digamos que en medio de la nada —la jefa se ajustó una enorme chaqueta térmica—. Estamos esperando el traslado para el continente.

—...vi muchas cosas —Ray se aclaró la garganta—, grabé lo que pude.

—Sí, ya revisamos las imágenes... —confirmó otra voz.

Alguien más descorrió el biombo. Ray observó el otro lado del campamento, había una mesa con una lámpara, su teléfono celular y, de pie, una enorme caja de aspecto antiguo... ¿o era un ataúd? Pero lo que estremeció a Ray fue la criatura.

—Esas cosas eran como él —advirtió Ray—. Las que se llevaron a la tripulación.

—Somos de la misma especie, pero no iguales —reconoció Ariel sin inmutarse.

El extraño soldado llevaba el uniforme de la otra vez, se había delineado los ojos y parecía no tener frío, ni siquiera usaba abrigo.

—Ariel está de nuestro lado —lo tranquilizó Carine—. De hecho te salvó.

—Hice un primordial con cabello que tomé del baño de tu apartamento —confesó—. Espero que no te molestes. Así pudimos localizarte.

Ray se pasó la mano por la cabeza, sentía los dedos todavía entumidos. ¿Primordial? ¿Misma especie?

—Es normal que no entiendas —Ariel se acercó—. De momento, lo que tienes que saber es que grabaste algo valioso —se dirigió a Carine—. Aparece hasta Cerberus. No pensé que él subiera con los demás.

Ray supuso que hablaban del guerrero de aspecto imponente. Las dudas se le agolparon en la cabeza. ¿Qué cosa eran esos seres? ¿Por qué salían de un remolino? ¿A dónde se llevaron a la tripulación?

—Te topaste con una secta llamada depositantes —Ariel explicó—. Rinden culto a los Bromio, una familia maldita. Llevan algunas semanas llevándose humanos para alimentarse de ellos y hacerles otras cosas. Todo eso es un delito.

—Por suerte tenemos una prueba —comentó Carine—. De todos los agentes, eres el único que ha obtenido imágenes... y que ha sobrevivido para contarlo.

Ray agitó la cabeza, ¿había más misiones como la suya? ¿Hacerles otras cosas? ¿Qué cosas? Pero una palabra, entre todo, seguía resonando en su cabeza.

—¿...alimentarse? —repitió—. ¿Qué diablos son? ¿Como los...?

—...vampiros... —completó Ariel, sin inmutarse—. Pero, por favor, no uses esa palabra, es ofensiva para nosotros, preferimos umbríos.

¿Nosotros? A Ray le comenzó a doler la cabeza. Ariel continuó:

—Vivimos abajo. De los cuatro reinos somos el tercero, se llama Mundo Umbrío. Así como ustedes están en la superficie, nuestra civilización se encuentra en las profundidades, ¡y no todos somos unos bárbaros! —se aclaró la garganta—. Lo que viste es lo peor de nuestro pueblo.

Ray recordó la primera entrevista, cuando le preguntaron qué opinaba sobre el mito de las razas intraterrestres.

—Pero entonces, ¿no son cuentos? —dedujo.

—¿Tengo cara de cuento? —Ariel esbozó una pequeña sonrisa, era la primera que Ray le veía y, en efecto, tenía colmillos largos—. Existimos desde hace cientos de miles de años, como ustedes. Por desgracia, en nuestro mundo hemos entrado en guerra y se están rompiendo los pactos *intratibios*...

—Todo esto es inaudito... —balbuceó Ray. Se pasó la mano por la barba y miró a Carine—. ¿Tú lo sabías?

—Claro, soy la jefa —asintió—, y humana como tú, por si te lo preguntas.

—Entonces... —Ray intentaba conectar todo—, lo que hacemos en la

agencia es inventar conspiraciones extrañas para ocultar algo todavía más extraño... pero real.

—Podría decirse —reconoció Carine—. Los empleados de las agencias de redes *intratibias* no saben de su verdadero trabajo, es por seguridad. Digamos que ahora ganaste un ascenso. Supongo que tienes algunas preguntas.

¿Algunas? Ray tenía cien preguntas, empezando con aquella vez cuando se perdió en el desierto; ¿esos seres que vio eran reales? Ariel mencionó cuatro reinos, eso quería decir que además del humano y del umbrío, ¿había otros dos? ¿Quién más sabía del secreto de la existencia de esos seres? ¿Y qué era eso de los pactos?

No alcanzó a preguntar nada, saltó un sonido de alerta desde el radio que Carine llevaba a la cintura, repetían una clave.

—Nos localizaron —anunció la jefa, tensa—. Hay que salir de aquí.

—Tengo un espejo libre —señaló Ariel.

—Espera, debo avisar a mis hombres —Carine tomó el radio.

Pero todo se precipitó. Se desató algo parecido a un terremoto, las paredes del campamento se doblaron y una gran grieta comenzó a abrirse en la tierra congelada.

Ariel tomó a Ray de un brazo y lo llevó hasta donde estaba el antiguo sarcófago, dentro había un largo espejo, Ray notó que el umbrío no se reflejaba

—No se te ocurra soltarte —advirtió Ariel.

El nosferatu avanzó primero y cruzó el espejo como si fuera un estanque de mercurio, después arrastró al humano. Ray vio cómo la grieta del campamento engullía todo: las paredes, el catre, la mesa. Alcanzó a estirar el brazo para tomar el teléfono celular antes de que se perdiera. Ariel lo atrajo hacia sí.

—¿Qué es esto? ¿Y Carine? —exclamó Ray, desconcertado.

Estaban al interior de un pequeño elevador antiguo, con paredes cubiertas de brocado de damasco, había una bombilla de gas que titilaba levemente y unas enormes palancas que despedían hilillos de vapor desde la base.

—Es un elevador para viajes reflejantes —explicó Ariel—. No te muevas, voy por Carine.

Ariel se detuvo, todavía era visible el campamento de Adak, pero el umbral se había roto; en un instante desapareció y en su lugar quedaron unas puertas de metal oxidado.

—La perdimos —Ariel golpeó las puertas.

Dentro, Ray estaba atónito. Era verdad que estaba entrenado para todo, pero no para entrar a un mundo extraño, terrorífico, en guerra. Y ahora estaba solo y encerrado con esa criatura inquietante llamada Ariel.

Capítulo VII

SECRETOS *INTRATIBIOS*

El clan Pozafría tenía un nuevo sitio seguro dónde vivir. Se habían instalado en un compacto zigurat, esas casas piramidales del sector dos, cerca del Palacio del Gran Concejo, en el nido sagrado de Anub. Vámbéry les consiguió la mejor vivienda posible; contaba con varias habitaciones (nada de dormir dentro de una alacena), una biblioteca, una espaciosa cocina y un patio central para las reuniones de clan. Además, cada miembro de la familia recibió un permiso de residencia temporal tras un trámite que duró cuatro horas (lo normal era que ese proceso durara veintidós años).

De inmediato, los Pozafría hicieron una pequeña reunión.

—No vinimos a relajarnos ni a tomar vacaciones, estamos aquí para trabajar —advirtió la abuela Imo—. Hicimos una promesa a los Once Sabios: ayudaremos a organizar el Día de la Liberación.

—¿Y vamos a bajar a las Tierras Umbras? —preguntó Osric, aterrorizado.

—No, querido. Esa fue idea de Benvolio, él se encargará de eso —recordó Imo—. Pero los demás apoyaremos según nuestras aptitudes.

—El proyecto del Día de la Liberación está dividido en varias partes —explicó Ben—. La primera es la planeación, tiene que ser perfecta para que lo demás salga bien. Además, los Once Sabios prometieron que nos darían total libertad de proponer ideas.

—Entonces puedo traer a mis amigos los Pútridos —comentó Alessa, con entusiasmo—. ¡Son muy buenos para pelear y sus planes son geniales!

—Solo cuiden sus pertenencias, ellos son algo *diebisch*... uñas largas —anotó Hans.

—Yo puedo ayudar a diseñar sombreros para los soldados —comentó

Duncan—. Que estemos en guerra no significa renunciar a la elegancia.

—Oh, no, querido. Eso no suena práctico —señaló Imo—. Hay que pensar en cómo liberar cuarenta y nueve nidos, no en montar un desfile de figurines.

Puck levantó un brazo, aún con escayola.

—Nosotros podemos diseñar armas nuevas —propuso—. Moth y yo conocemos muchos trucos alquímicos que se pueden aplicar en el campo de batalla.

—Eso suena más razonable —reconoció Imogene.

Lina estaba dispuesta a trabajar en lo que fuera, pero antes de cualquier cosa, se acercó en privado a Corydia.

—Disculpa, me urge hacer una pregunta —dijo en voz baja—. ¿Recuerdas la última vez que me leyeron el oráculo?

La guerrera esiartis observó a Lina, con una mezcla curiosa de afecto y tristeza.

—Uno de ustedes morirá antes de las diez lunas —reconoció—. Ya han pasado algunas. En verdad lo siento.

—Pero ¿se puede impedir? ¿Tus hermanas o tú se han enterado de algo más?

—Nosotras vemos la sombra del futuro, pero no tenemos capacidad de cambiar el *fátum*, el destino. No busques lo que en el fondo no quieres saber.

—Pero ¿se puede hacer otra lectura? —insistió Lina, desesperada.

—Nuestra casa quedó sin oráculo —recordó Corydia—. Te urge saber algo de ese sombrío de Ubus, ¿no?

—¡De Gis! ¿Tuviste alguna visión?—Lina casi gritó.

—Solo sé que andas preguntando por él por todos lados —sonrió Corydia y puso una de sus largas manos en el hombro de Lina—. Deja de pensar en oráculos y concéntrate en el presente y en lo que viene. Te espera una prueba tan difícil... y, la verdad, dudo que sobrevivas.

Lina quedó más tensa que antes. Quería a las esiartis, pero ¡cómo odiaba el asunto de los oráculos!

Ese mismo día, en el nido sagrado de Anub hubo otra reunión, pero de carácter secreto. Se realizó en la antigua casa de la cofradía de Ariel. Él mismo convocó a la reunión. Había aparecido en el inframundo en compañía de un tibio, un soldado humano.

—Este es Raymond Aguirre —señaló Ariel—. Trabaja en una de las agencias *intratibias* de información.

El hombre estaba tan tenso que parecía que se le iba a romper algún hueso. No podía ocultar su nerviosismo al estar rodeado de tantos chupasangres, como esa dama mayor de cuello elegante lleno de collares antiguos y ese otro vampiro de despeinada melena rojiza (se presentaron como Imogene y Benvolio). Había también un soldado y los llamados esiartis, de aspecto masculino y femenino (Céfiro, Hylas y Corydia, la madre de la cofradía). Todos reunidos en un gran salón adornado profusamente con pinturas y retratos de varios chupasangres con gorgueras, pelucas y delirantes vestidos.

—Bueno, querido, primero que nada necesitas relajarte —le sonrió Imogene—. No vamos a beber de ti, no somos nosferatus cavernícolas.

—Soy Vámbéry y soy humano como tú —aseguró un soldado de ojos color verde brillante—. Trabajo para el Gran Concejo. Si quieres luego te explico lo de los nidos y respondo todas las preguntas que tengas... ¿Cómo ves, Raimundo?

—Raymond... —corrigió—. O Ray está bien

—Dice Ariel que tienes información de los ataques depositantes —mencionó Ben—. ¿Podrías contarnos?

Raymond sacó el teléfono móvil y explicó lo que había presenciado en el bote pesquero Blue Siren, las desapariciones, el velo en el agua, la neblina violácea y el abordaje de las criaturas. Después mostró lo que alcanzó a grabar. Eran unos pocos minutos, algo movidos, frenéticos, pero bastaron para que los asistentes palidecieran (aún más).

—¡Por todos mis ancestros! Era Brida, el mismo Cerberus —reconoció Imogene, entre murmullos.

—Se los advertí —recordó Ariel, con expresión grave—. Los depositantes ya rompieron los pactos *intratibios*. Deben estar detrás de esos incidentes del Mundo Tibio.

—Perdón... ¿puedo preguntar algo? —interrumpió Ray, pasando la mano por su barba—. ¿Qué son los pactos *intratibios*? Los mencionan a cada rato.

—Oh, querido, es muy simple —comenzó Imogene.

La dama nosferatu hizo una pausa cuando entró una esiartis con cabello naranja del que colgaban algunos cascabeles. En las manos tenía una bandeja con varias botellas y tazas humeantes.

—Oh, Thyrsis, gracias, querida —repuso Imo, siempre amable—. Me adivinaste el pensamiento. Con estas terribles noticias sí que tenemos la garganta seca.

Vámbéry tomó un par de botellas y le pasó una al invitado.

—Esto lo podemos tomar nosotros, aquí se considera una exótica exquisitez.

—¿Refresco Chaparrita? —observó Ray.

—Bien, ¿en qué estaba? Ah, ya, los pactos —continuó Imogene y se aclaró la voz con té de sanguina—. Querido, imagina que mañana millones de humanos se enteran de que debajo de ellos hay una civilización oculta de seres milenarios, que aunque nos parecemos por un ancestro en común, desarrollamos otro camino evolutivo.

—Somos de naturaleza *homo hematofagus* —explicó Ben.

—Nos alimentamos de sangre —asintió Imogene—, como otras tantas especies, solo que nosotros somos *sapiens*. Bien, ¿qué crees que pasaría con esta noticia en tu mundo?

—Terror, incredulidad, caos —reconoció Ray.

—Pues eso ya sucedió en el pasado —aseguró la dama vampiro—. En distintas épocas incluso estallaron algunas guerras entre las dos especies. Por suerte, en el siglo xvii se llegó finalmente a un acuerdo de paz.

—En 1666, justo después del gran incendio de Londres —anotó Benvolio.

—Yo andaba por ahí, ¡era tan joven! —Imogene suspiró—. Pues bueno, con el pacto aceptamos mantener a nuestra civilización oculta. Desde entonces solo un puñado de líderes conoce el secreto del Mundo Umbrío. Nos hacen llegar cuotas de sangre, con lo que se acabaron las cacerías, y a cambio nosotros damos riquezas del interior de la tierra. ¡Muchas!

—Consumimos varios tipos de sangre, no solo humana —anotó Ariel —. También de cerdo y rata.

—Aunque esas se consideran de bajo contenido nutrimental —confesó Imo—. Se usan más para golosinas de sanguazas. En fin, que cuando se sellaron los pactos se eliminó nuestra existencia de los registros históricos: libros, crónicas, manuscritos, todo se destruyó.

—Ese proceso se llama Anatema —acotó Ariel—. Lo único que se dejó fue la parte de los mitos, que son muy útiles para que quede un poco de verdad aderezada de leyenda.

—Y yo... trabajaba en eso —recordó Ray—. Entonces... desde ese tiempo ustedes, su especie... ¿ya no suben a atacar humanos?

Los nosferatu se miraron de reojo.

—No te vamos a mentir, querido —Imogene tomó aire—. Hay algunos que lo hacen, pero son rarezas. Algún chupasangre desquiciado que extraña los tiempos de caza. Pero, según los pactos *intratibios*, si uno de nosotros comete un delito en el Mundo Tibio, es juzgado por las leyes humanas y no podemos intervenir.

—Vámbéry puede explicarte un poco de eso —comentó Ben.

El soldado se removió, un poco incómodo, en su lugar.

—No es algo que me haga sentir orgulloso, pero alguna vez pertenecí a un grupo de exterminadores de vampiros, perdón, de umbríos —Vámbéry corrigió—. Estos grupos existen actualmente y se hacen llamar

vanhélsicos; cazábamos más que nada a locos depredadores.

—No siempre le atinan, a mí intentaron matarme —aseguró Ben—. Con estaca y todo, a la vieja usanza. Por suerte, al final las cosas salieron bien. Me enamoré de Marcia, una humana vanhélsica y hasta tuvimos una hija.

—¿Tienen hijos con humanos? —Ray estaba cada vez más sorprendido.

—Hay algunos casos y las familias se llaman disanguíneas —asintió el nosferatu—. Nuestra hija es inteligentísima y humana, Rosalina, mi Lina...

Al decir el nombre se percibió un silencio peculiar, casi eléctrico, entre los presentes.

—La hija de Benvolio es un talismán muy poderoso —anotó Corydia—. Ni siquiera ella sabe cuánto. Es parte de un oráculo, ella es el inicio y el posible fin de esta guerra.

—Luego te explico esa parte —susurró Vámbéry a Ray.

—Regresando al asunto de los pactos *intratibios*, hay muchas reglas —retomó Imogene—. Nosotros no podemos intervenir en ninguna guerra humana, ni ustedes en las nuestras; tampoco se permiten ataques como el que nos mostraste —señaló la pantalla del teléfono celular—. Eso está fatal: umbríos secuestrando humanos para alimentarse y convertir sus cadáveres en armas necrománticas.

—Los reviven con magia negra —explicó Vámbéry.

—¡¿Qué?! —Ray parpadeó.

—Un ataque tan descarado no ha sucedido desde hace cuatro siglos —aseguró la dama nosferatu—. Los dirigentes humanos podrían amonestarnos de muchas maneras e incluso declararnos la guerra.

—Y sabemos que han mejorado sus armas desde el siglo xvii —anotó Ben.

—Hay bombas atómicas, sería terrible para su civilización —reconoció Ray.

—Una guerra entre nuestros mundos también sería terrible para ustedes, querido —anotó Imogene—. Nuestros enemigos, los depositantes, tienen un arma llamada Abismo que, si consiguen dominarla, les permitiría manejar fuerzas del primer reino. Desatarían terremotos, maremotos, erupciones; en fin, manipularían la naturaleza a su antojo.

—Luego te explico de las fuerzas primordiales del primer reino —prometió Vámbéry.

—Dios, no quiero ni pensar en la destrucción, sería el fin —reconoció Ray aterrado—. Pero si romper los pactos es tan peligroso, ¿por qué los depositantes hacen todo esto?

—Porque creen que a fin de cuentas ellos van a ganar —aseguró Ariel —. Aseguran que una profecía los protege. Para ellos, esos pactos nunca debieron firmarse; sostienen que los humanos son ganado, vil alimento, y que deben ser tratados como tal.

—¡Qué locura! —fue el turno de Ray de palidecer—. ¡Hay que impedir esta guerra!

—Oh, querido, nosotros ya estamos en ella hasta las canillas —reconoció Imogene con tristeza—. Pero podemos evitar que escale a tu mundo.

—Yo hablaré con los Once Sabios —prometió Vámbéry—. Les mostraré las pruebas para que contacten de inmediato a los líderes humanos.

—Y los tranquilicen —subrayó Ariel—. Necesitan saber que estamos trabajando en el Día de la Liberación.

—Será una batalla colosal, querido —explicó Imo al invitado—. Vamos a cortar de raíz la amenaza depositante, desde la cabeza.

—La criatura con los ojos extraños... —recordó Ray—. ¿Es el jefe?

—Cerberus —asintió Ariel—. Y también su madre, Luna Negra, que es todavía más peligrosa.

—Benvolio puede explicarte un poco más de Luna Negra —comentó Vámbéry.

Fue el turno de Ben de removerse incómodo en su lugar.

—Eso fue en el pasado —masculló tenso.

—También hay que recomendar a los líderes tibios que estén alerta —retomó Ariel—. Que limiten la explotación de minas, la presencia de barcos de pesca en zonas solitarias, que cuiden a sus cadáveres frescos...

—¿Y qué pasa con la gente que se llevaron? —preguntó Ray—. Carine, mi jefa, seguramente fue capturada.

—Querido, ojalá tuviéramos una respuesta —Imogene terminó de beber el té—. Los depositantes se adueñaron de cuarenta y nueve ciudades subterráneas y desconocemos todo, hasta dónde está el escondite exacto de Luna Negra y de su hijo. Por eso nos urge el Día de la Liberación, entonces esto va a terminar.

—Para ellos o para nosotros —señaló Corydia—. De momento, los oráculos se inclinan para los dos lados.

—Las esiartis adoran las catástrofes —comentó Imogene—. Bien, creo que es todo por ahora, hay mucho trabajo que hacer.

La reunión llegó a su término, casi todos se despidieron. Ray se quedó en su sitio, totalmente abrumado por la avalancha de información. Miró al fondo de la habitación, una de las pinturas le llamó la atención.

—¿Estás bien? —Ariel volvió a la galería.

—No, no sé —reconoció—. ¿Qué va a pasar conmigo?

—De momento no podemos dejarte ir con todo lo que sabes —

reconoció Ariel—. Pero descuida, estarás cómodo aquí, les diré a mis hermanas que te preparen alojamiento para que descanses.

Entonces Ray reconoció al personaje del cuadro. Era un antiguo retrato de Ariel, vestía un precioso kimono de seda rosa pálido con dragones dorados bordados entre los pliegues. El rostro lucía cubierto de colorido maquillaje y se coronaba con un elaborado peinado con campanillas.

—Sí, soy yo —aceptó Ariel—. De cuando era una esiartis. ¿Te parece mal?

—No. ¿Por? Estabas muy guapa —reconoció Ray—. Ahora también te ves muy bien.

Ariel no era de muchas palabras, pero en esta ocasión se quedó mudo y sus mejillas se volvieron rojas. Rápidamente salió a ver lo del hospedaje. Solo se escucharon las risitas divertidas de Hylas y Céfiro, que habían visto la escena.

Fue pésima idea. Lina lo supo a los pocos minutos cuando llegó al centro de refugiados de Anub. Era un zigurat enorme, casi parecía un barrio en sí mismo, con una veintena de niveles donde se apeñuscaban unos dos mil umbríos, desde sanguazas pequeñas hasta milenarios ancianos; la mayoría, heridos, desnutridos, asustados.

Lina había ido con Osric para preguntar entre los refugiados si alguno era de Ubus y sabía algo de Vania o de un sombrío del clan Tarmelán.

Llevaba una sencilla túnica con capucha, pero pronto los umbríos del comedor la reconocieron y la rodearon. En esta ocasión no había soldados que hicieran una valla protectora.

—Por favor, escúchenme. ¿Alguien viene de Ubus? —Lina intentó preguntar de nuevo—. Esperen... no se acerquen tanto.

—¡Atrás, respeten la distancia! —pidió Osric algo asustado por la muchedumbre.

Pronto corrió la voz de que la famosa Lina Pozafría estaba ahí. Entraron más umbríos heridos, pequeños sanguazas, matronas, hasta empleados como cocineros. Algunos solo querían contemplar la legendaria belleza de Lina, otros tenían peticiones: "¡Oh, gran talismán. Perdí a toda mi familia. Busca en el otro lado a mi madre, te lo imploro!"; "Yo también te lo suplico, poderosa Lina, ¡trae de la muerte a mi hijito!"; "Me estoy muriendo, ¡sálvame!". Lina comenzó a sentir cómo sus manos, algunas pequeñas, otras arrugadas como garras, querían tocar su piel, dejarle una marca para que los ayudara, llevarse un mechón de su poderoso cabello. Osric se puso a llorar aterrado; Lina sentía los tirones,

rasguños, pellizcos. En su desesperación volcaron mesas, sillas, hubo algunos sofocos y desmayos (Osric entre ellos).

Lina buscó refugio debajo de una mesa y jaló a su primo nosferatu. Fue tal el caos que de nuevo llegaron soldados del Gran Concejo para rescatar a los Pozafría de la multitud.

—Lina, ¡no lo puedo creer! ¿Pero en qué estabas pensando? —Benvolio la amonestó en el refugio de los Pozafría. La chica estaba llena de marcas y totalmente despeinada—. ¡Sabes que no puedes andar por el nido como si nada!

—Perdón... no pensé... ¿Osric está bien? —preguntó consternada.

—Mallugado, pero Gerta ya le puso bastantes emplastos —reconoció su padre.

—¡Pobre! No pensé que pasaría eso —reconoció con culpa—. Solo estábamos buscando noticias de Ubus. Todo es un caos y nadie nos dice nada.

—Porque no hay noticias —señaló Ben—. Hace varios días que los depositantes sellaron el nido. No dejan salir a nadie. Toda la población está en una especie de juicio.

Ben notó cómo su hija se estremecía.

—Sigues pensando en Gismundus —Benvolio cambió a un tono más suave—. Todos estamos preocupados, aunque sé que tu caso es distinto, tu cariño por él es especial.

A Lina los ojos se le llenaron de lágrimas. Ben la abrazó.

—Es que se siente horrible no saber nada —reconoció la joven—. Pensé que al llegar aquí nos enteraríamos de algo. No tener noticias, ni buenas ni malas, hace que el vacío y el dolor se hagan más grandes.

—Entiendo, linda, pero a partir de mañana no tendrás tiempo de estar machacándote la cabeza.

Lina se quedó en tenso suspenso.

—Te aceptaron en la Legión Alfa... —Ben develó—, bueno, a los dos.

—¿Estaremos en el ejército de talismanes?

—Me lo confirmó Vámbéry hace rato. Seremos parte del famoso cuerpo de élite del Gran Concejo.

—Osric se va a poner feliz.

—Seguro, pero no nos puede acompañar. Yo entraré también como instructor de *lucha de contrarios*. Enseñaré mis mejores trucos. Linda, ¡debes aprender tantas cosas en tan poco tiempo! Lo bueno es que eres muy lista.

—Entonces, ¿a nosotros nos tocará pelear en el Día de la Liberación? —preguntó no sin cierto temor.

—Es muy probable, tú y yo en primera línea —reconoció Benvolio—. Pero antes debemos cumplir con una misión riesgosa. Linda, vienen cosas

muy fuertes... ¿estás preparada?

No, no lo estaba, pero Lina lo haría. Lo que fuera para recuperar lo que tuvo alguna vez: una casa, una ciudad, a un chico llamado Gis. Asintió con miedo, con esperanza.

Capítulo VIII
LA SUERTE DEL ÚLTIMO INSTANTE

Gismundus Tarmelán despertó agitado, aún tenía la garganta atenazada por un grito de terror. Había vuelto esa pesadilla: estaba atado de pies y manos, amordazado dentro del tranvía donde Winefrida lo dejó. No podía escapar. Para colmo los esclavos rebeldes de la Plaza Cortacuellos lo confundieron con un tibio, otearon sus suculentas heridas, se acercaron hambrientos, dispuestos a beber hasta la última gota.

Uno de los guardias intentó alejarlos, pero con la llegada de tantos chupasangres las cosas se salieron de control. A los gritos siguieron zumbidos, ese rugido y al final volcaron el tranvía. Gis recordaba breves momentos: el golpe en la cabeza, la sangre que le empañó la vista, Lucrecia Villaseca que cayó con el cuello torcido al lado de su ataúd; uno de los vigilantes quedó atrapado entre el pasamanos y un asiento, mientras que el otro consiguió escapar. Gis se arrastraba, herido, sin poder quitarse las sogas, y una cincuentena de manos sucias, algunas aún con grilletes, seguían rompiendo los cristales de las ventanillas, hasta que restalló otra vez ese gran rugido. Era el momento cuando Gis despertaba.

—¿Quieres cerrar la boca? —lo amonestó una voz decrépita.

—Perdone, ha sido otra vez esa pesadilla —repuso Gis, con la camisola empapada de sudor—. A veces sigo sin creer que estoy vivo.

—Por desgracia lo estás —dijo la misma voz—. No me dejas dormir. Se van a enterar los vecinos de que estamos aquí y nos van a denunciar. ¿Es lo que quieres?

—Disculpe, de verdad, no volverá a pasar —Gis se abrió paso entre la oscuridad, necesitaba salir, tomar un poco de aire—. ¿Tiene hambre?

—Tengo sueño, ¡déjame en paz! —dijo la voz.

Pero Gis sonreía. Esa pesadilla siempre era reemplazada por un

inmenso alivio. Fue sorprendente lo que ocurrió. Sucedió tal cual: Gis estaba atrapado en el tranvía, esperando morir desangrado entre decenas de colmillos, cuando de manera inesperada los esclavos comenzaron a huir, salvo por un par que se coló, pero una manaza los tomó de los pies y los sacó con furia, como despojos. Y esas mismas manos enormes destrozaron la lámina metálica hasta abrirla. Entonces se asomó una cabeza gigante, de rasgos burdos, con dientes que parecían una explosión dentro de una boca desmesurada.

Y Gis supo que todo iba a estar bien.

La criatura lo extrajo con lenta delicadeza y se lo echó sobre un hombro, para luego salir corriendo de la plaza. De cabeza, Gis observó el caos y el humo, el minarete derrumbado, los cadáveres de decenas de umbríos, los esclavos que usaban sus propias cadenas para ahorcar a guardias. El horror iba quedando atrás. Gis había encontrado ese famoso instante de suerte que tienen los talismanes.

La criatura lo llevo hasta un estrecho callejón, lo depositó en el suelo y le quitó la mordaza llena de tierra y sangre.

—Gracias, Galleta —fue lo primero que murmuró el chico, tenía ganas de llorar y de abrazarla.

—¡Gismu! —replicó la criatura y rompió las sogas con los dientes torcidos.

Era la prima de Lina, *la Cosa*, Larcia Pozafría, mezcla de nosferatu y raza umbra: dos metros y medio de carne y músculos, con ojos albinos. Normalmente vivía en el jardín de Cimeria y siempre fue su mejor amiga.

—Necesito llegar al Mercado del Colmillo —Gis se limpió la sangre que le escurría de la nariz y del labio, las heridas se le habían vuelto a abrir—. Lina me está esperando.

—No, ¡no mercado! ¡Peligro! —aseguró Galleta.

Desde ahí se oían gritos y unos espantosos bramidos. El suelo vibraba de una manera extraña.

—Tengo que llegar... ¡me esperan! La salida es por el Pasaje Fíbula.

Gis no supo si lo último lo dijo o lo pensó, estaba tan mareado, la sangre empapaba su casaca. Quiso ponerse de pie, pero la oscuridad lo engulló de nuevo.

Cuando volvió a abrir los ojos, Gis ya no oía gritos, el aire tampoco olía a humo. Estaba en el suelo de algo que parecía una cueva húmeda. A su lado, Larcia, fiel, lo vigilaba preocupada. Le acercó un odre con agua limpia.

Gis bebió, moría de sed, aún le ardía el labio, lo tenía partido. Leobardo le había dado un puñetazo en la cara, aunque luego a él le fue peor, murió en el incendio.

—¿Dónde estamos? —preguntó, débil—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Casa —fue lo único que respondió Larcia y acarició con suavidad el cabello de Gismundus mientras terminaba de beber.

—¿Casa de quién? —Gis miró alrededor, era como un túnel derruido, olía mal, a cloaca—. Debo ir al Mercado del Colmillo. Galleta, ¿me entiendes?

La enorme criatura le extendió a Gis un atado que contenía setas comestibles.

—Comida para Gismu, ¡casa! —repitió.

Por el estado de sus heridas cubiertas con una delgada costra, Gis calculó que habían pasado algunos días. ¿Pero dónde estaba?

—Luego más comida —prometió Larcia—. ¡Gis bien, casa!

Gis notó que su querida amiga tenía la cara atravesada por huellas como de latigazos, y se notaban rastros de golpes en los brazos.

—Larcia, ¿estás bien? —Gis preguntó con suavidad—. ¿Quién te hizo esto?

—Galleta defender jardín —explicó la criatura y se levantó como si recordara algo—. ¡Jardín! ¡Gis, casa!

Y dicho esto, se escabulló por un agujero en la pared que conducía a un túnel pestilente, era un tramo del sistema de drenaje. En segundos, Galleta había desaparecido en la oscuridad. Gis quedó desconcertado. ¿Qué ocurría? No sabía si seguirla o no hasta que notó una escalerilla de metal que llevaba a una compuerta.

Al salir, entendió las palabras de Larcia, lo había dejado frente a su antigua casa, el Castillo Brandán. Alguna vez fue la construcción más suntuosa y bella de Ubus. Diseñado por Bóvulus el Exquisito como un imponente palacio de cristal de roca iridiscente, cuajado de las piedras preciosas y semipreciosas más impresionantes de la infratierra. Columnas de esmeraldas, candelabros de coralinas, muebles con turquesas y zafiros. En cada rincón del castillo refulgía la riqueza de los Tarmelán, célebres por sus dones artísticos, pero también por sus enfermedades y locura.

Del esplendor de Brandán no quedaba nada, era solo un fantasmal montón de torres rotas y muros lamparosos llenos de cuarteaduras. La destrucción comenzó con la guerra, pero quienes devastaron el castillo fueron Winefrida y su hermano Leobardo. Habían arrasado bajo el pretexto de que, gracias a la boda de Gis y Vania, ahora les pertenecían los tesoros del castillo. Arrancaron lo que pudieron, desde una simple perla en el marco de un cuadro hasta columnas completas de aguamarina, mosaicos recubiertos de oro, mesas de turmalina, candiles de circonias. Todo había ido a parar a las bóvedas de los bancos del gremio... o eso dijeron.

Gis cruzó la impresionante recepción (no quedaba ninguna de las catorce arañas de cristal azul). El sistema de ascensores estaba

estropeado, habían colapsado las galerías de rubí y zafiro cuando se llevaron las columnatas. En la sala de música aún quedaban trozos del piano que alguna vez tuvo diamantes por teclas; solo habían sobrevivido dos sillas, una vieja alfombra y un busto en piedra de Veranda Tarmelán, su tía abuela, famosa por su belleza, talento como actriz y locura (estaba presa en un manicomio-prisión desde hacía ciento noventa y cinco años, luego de arrojar al marido por una ventana).

Gis llamó al domovoi familiar, pero no dio señales de su presencia, aunque siempre fue perezoso; tal vez se habría marchado con la caída del clan. El chico sintió un peso en el pecho, no tenía buenos recuerdos del Castillo de Brandán, con una madre que lo odiaba por no ser umbrío y un padre que casi nunca le dirigió la palabra, y las tías... esas tías.

Con cuidado (le dolía todo el cuerpo) subió a buscarlas al salón de las columnas de esmeralda, donde tejían todo el día. Hasta donde recordaba Gis, las Siete Secas (hijas de Veranda) no habían querido mudarse ni en los peores momentos. Llevaban una vida triste y miserable desde hacía siglos, cuando sus respectivos maridos las rechazaron por ser estériles. Ese era el gran problema del clan, ya no había descendencia, hasta que nació Gismundus, pero fue la mayor desilusión de todos, su madre lo acusaba de "deforme" y "enfermo" por su falta de genes vampíricos.

El salón verde ya no lo era, habían arrancado todas las esmeraldas de muros, columnas y arcos; el suelo estaba lleno de grietas, parecía a punto de derrumbarse. Entonces Gis notó varios bultos al fondo. Con cuidado, se acercó para descubrir los cadáveres de sus viejísimas tías, cada una envuelta en un sudario primorosamente bordado durante años. Al fin habían alcanzado la anhelada muerte, por decisión propia. Se habían enterrado el *filo Titono*, un largo punzón de hierro, no de plata como era tradicional, y tampoco en la cabeza, sino directo en el corazón. Al parecer no querían hundirse en el sopor argento, buscaron la muerte definitiva, el silencio eterno. No tenían nada bueno qué recordar.

Gis se lamentó de esas desdichadas vidas. Hizo alguna oración por su descanso y bajó los cuerpos a una alacena bajo la escalera. Casi no pesaban, al final eran apenas un poco de hueso y pellejo.

Había terminado de acomodar el sexto cadáver cuando oyó una voz rasposa.

—¿Qué haces con mis hermanas?

Se giró para ver a una viejísima chupasangre en el umbral.

—Ah, eres tú... el sombrío —lo reconoció, con su voz áspera.

Gis también supo quién era, la mayor de las Siete Secas. Con razón solo había seis cuerpos envueltos en sudarios, faltaba una.

—Tía, qué bueno que está viva —repuso con respeto.

—¿Bueno? ¡Esto es un incordio! —la anciana estaba envuelta en su

propia mortaja; se abrió los pliegues de la tela para mostrar, entre las costillas, unos agujeros en la piel arrugadísima—. No me morí. Mi corazón está tan seco y encogido que no sé dónde quedó. También intenté arrojarme de lo alto —señaló la barandilla rota de las escaleras—, ¡y nada! Peso tan poco que ni daño me hago al caer. Y cada vez que trago una cápsula de acónito quedo inconsciente y la vomito. ¡Siempre he tenido una suerte espantosa! Míralas a ellas —señaló al resto de las Secas, ahora pacíficos cadáveres.

—Lo siento, tía... es una lástima que siga viva —Gis dudó si era correcto decir eso—. Pero seguro no tarda en morir.

—¡Tú me puedes ayudar! —la anciana lo observó con interés—. En la cocina debe quedar algún cuchillo con sierra, puedes degollarme, ¡anda, rápido!

—No..., tía. ¡No me pida eso! —Gis dio un paso atrás.

—¡Te lo ordeno! —la vieja chupasangre le clavó un dedo huesudo en el pecho—. Tienes que obedecer y respetarme, soy tu ancestro.

—Lo sé, pero... —Gis intentó pensar en alguna salida—. Recuerde que estoy enfermo y no tengo fuerzas, solo la lastimaría.

La respuesta funcionó, de momento, porque la vampiresa suspiró, desilusionada.

—Tía, tal vez quedó viva por algo... como yo —repuso Gis, con suavidad—. Podemos rescatar a mamá y a papá. Estaban en el hospital Hotep, donde los envió Winefrida.

—El hospital fue destruido por explosiones y monstruos —la vieja Seca buscó algo en los bolsillos de su mortaja—. Algún imbécil despertó a esas criaturas.

—¿Se sabe quién? —Gis sabía la respuesta, pero quería sondear.

—Rebeldes, infiltrados del Gran Concejo, ¡yo qué sé! —la Seca encontró entre los bolsillos una hoja de navaja.

Gis meditó en lo que acababa de oír. ¿De verdad se había quedado sin padres? Pero decidió no dar nada por hecho, debía comprobarlo con sus propios ojos.

—Puedo ir a investigar —ofreció—. También tengo que ir al Mercado del Colmillo.

—Tú eres el que arde de ganas de morir, ¿eh? —la Seca le miró de soslayo, frotaba algo—. ¿Sabes qué pasaría si en la calle ven a un sombrío deforme como tú? No podrás avanzar ni diez pasos. Todo está lleno de esclavos muertos de hambre. No eres tibio, pero no van a notar la diferencia cuando te vacíen las arterias.

—El Rojo no debe tardar en encerrarlos —razonó el chico—. No puede haber esclavos sueltos.

—¿Tirso Villaseca? ¿Has estado viviendo en un pozo? —la Seca sonrió

con su boca casi desdentada—. Todo su asqueroso clan está muerto desde hace muchos días. Luna Negra los ejecutó como castigo cuando los Pozafría escaparon.

Gis tuvo que sostenerse de una pared. No esperaba esa noticia.

—¿Vania murió también? —repuso, nervioso.

—No sé, nadie habla de esa sanguijuela —la Seca se encogió de hombros, seguía tallando o frotando algo con una mano—. Espero que sí. ¡Esa familia nos dejó en la ruina!

No era bueno alegrarse por la muerte de nadie, pero Gis sintió una cálida felicidad. ¡Y los Pozafría consiguieron escapar! Si habían pasado muchos días entonces debían estar en el refugio seguro.

—No los capturaron, ¿verdad? —corroboró, ansioso—. A los Pozafría. ¿Siguen desaparecidos?

—¡No que yo sepa! ¿A qué vienen tanta preguntadera?

—No sabía nada, estuve herido. Tía, ¿cómo se enteró de todas esas noticias?

—Allurd dice que en el nido no se habla de otra cosa.

Gis esperó para que explicara quién era el mentado Allurd.

—Es el buhonero al que mis hermanas y yo le compramos hilos, ganchillos y té —explicó la Seca—. Viene a veces. ¡Y me urge conseguir una buena arma!

En ese instante Gis se dio cuenta de que su tía había estado abriéndose las venas de la muñeca; pero su piel vieja era como un pellejo sin jugo, no salía ni una gota.

—Si no me vas a ayudar a morir, entonces déjame en paz —tiró la navaja, con mal humor—. Estoy agotada de estar viva. Tomaré una siesta.

Gis asintió, claro. Buscó un sitio apartado, tenía que procesar las noticias. ¿Seguiría abierta la salida a través del Pasaje Fíbula del Mercado del Colmillo? ¿Qué había ocurrido con el Pasillo Basanio? El muchacho sintió una súbita tristeza al recordar la muerte del Doctor Peste; aun con sus modos ariscos lo había curado y cuidado. Gis no se olvidaba de la promesa que le hizo en el último instante: ayudaría a acabar con los Bromio, sus enemigos.

Gis comió de las setas que le dio Galleta y armó un plan, iba a ir a explorar la zona del hospital y del mercado. Para protegerse de los peligros llevaría su estaqueta Clontarf, tenía una auténtica que su padre guardó en la biblioteca subterránea (si es que los Villaseca no la habían saqueado).

Bajó, cruzó la cocina y tomó un pasillo que daba a unas escaleras rotas; detrás de una alacena vacía estaba la puerta oculta de la biblioteca. Por lo visto los Villaseca la olvidaron, pero estaba cerrada. Gis recordó las "llaves de cancerbero" que abrían casi todo, ¿se las quedó él? A toda prisa subió a su antigua habitación para revisar.

Aunque el castillo fue lujoso a niveles increíbles, Gis siempre vivió en los peores rincones. Su madre, al saber que su hijo moriría tan joven por su enfermedad (máximo a los ochenta y cinco años), no consideró necesario construirle nada especial. Curiosamente eso salvó su cuarto del saqueo de los Villaseca. Estaba revuelto pero con todas sus pertenencias: desde su modesta cama rodeada de libros viejos (la mayoría eran regalos de Moth y Puck) hasta los dibujos que había hecho de Lina. Gis los contempló emocionado: ¡era tan hermosa! ¡Tan lista! ¡Necesitaba estar con ella! En una repisa se topó un trofeo que le dieron cuando combatió la epidemia de carroñeros. Decía "A Gismundus el Bravo". Nunca nadie lo llamó así, le decían "deforme" o "el Triste", aunque Lina dijera que para los humanos él era el colmo de la guapura masculina... lo que seguía sin entender. En un cajón encontró boletos de cine de cuando subió con Lina al Mundo Tibio, unas servilletas de ese restaurante de hamburguesas con salsa ranch (el mejor manjar que había probado en la vida). Pero ni rastro de las "llaves de cancerbero".

—¡Por las sibilas! ¿Vas a dejar de hacer tanto ruido? —gritó su tía Seca.

—Perdone, tía. Estoy buscando algo para abrir la biblioteca de papá.

—Esa biblioteca ya la desmontaron —resopló la nosferatu.

—No esa, la otra, la secreta que estaba en el sótano.

Hubo un corto silencio hasta que la Seca se acercó a la habitación de Gis.

—Si te doy esa llave, ¿me dejas tranquila? —ofreció.

¿La tenía? Gis asintió y la anciana tía sacó de entre los pliegues de su mortaja un aro con llaves, le tendió una.

—Pero no hagas ruido —advirtió—. Voy a probar con un nuevo veneno, extracto de natrón, ¡y quiero morir en paz!

Gis recordó que el natrón se usaba para preservar a los redis, realmente no era mortal para los umbríos; pero no quiso quitarle la ilusión.

Ya con la llave, el chico entró a la biblioteca subterránea. Era el sitio donde su padre guardaba su querida colección de tratados y enciclopedias sobre insectos subterráneos. Gis suspiró, ojalá Fabius le hubiera dedicado una décima parte del interés que tenía por ese tema. Revisó los estantes y detrás del *Atlas en doce volúmenes de los insectos peludos de la infratierra* encontró un arma larga de hoja de metal cobrizo y mango color blanco. Al momento Gis supo que era su estaqueta Clontarf. Eran pesadas, pero se volvían livianas cuando reconocían a sus dueños. Esa estaqueta con punta de fuerza había elegido a Gis en Balbá, en una batalla junto al profesor Wafic. Pobre, aún lamentaba su muerte. En ese entonces el chico pensó que no viviría nada tan terrible; por lo visto, fue solo el inicio de los oscuros tiempos que vendrían después.

Al bajar del librero sucedió algo curioso, cayeron unos cofres compactos con forma de libro, algo brillaba en su interior. Al examinarlos Gis descubrió una curiosa colección de insectos de joyería. Escarabajos, termitas, grillos, todos hechos de oro rojo, blanco y dorado, con incrustaciones de diamante, musgravita y berilo. Agitó el resto de los libreros y cayeron tres cofres más. Las riquezas siempre reaccionaban a su vórtice de talismán.

Gis estaba emocionado, ya tenía un arma y dinero, solo le faltaba ocultar su aspecto no chupasangre para salir a la calle. Fue a revisar en los viejos armarios de la galería de los Tarmelán. Estuvo rebuscando bajo los retratos de Basilio el Justo, de Petra la Voz de Encanto, de Frate el Genio y de su abuelo medieval, Gismundus, del que heredó el nombre. Todos lucían temibles, colmilludos, con narices de garfio y orejas en punta; en fin, guapísimos.

Entonces dio con una vitrina con objetos de Veranda la Viuda Negra, dentro había muchos libretos de opereta, premios por su destacada actuación en *Amores en Darmat* y cajas con sombreros, vestuario y accesorios de teatro. ¡Era justo lo que buscaba! Prótesis de goma en forma de nariz, orejas, barbillas, betún de maquillaje, apliques de pelo. No había espejos (ningún umbrío los usaba para el arreglo), así que Gis se disfrazó como pudo y se roció colonia Lirio de pantano para ocultar el fresco y apetitoso olor de su sangre.

—¡Cómo te metiste aquí! —escuchó una exclamación cuando salió de la galería de los ancestros—. ¡Largo! ¡Esta es una propiedad privada!

—Tía, soy yo, Gismundus —explicó el chico feliz, era la prueba de que el disfraz servía—. Voy a salir. ¿Cómo me veo?

—Como un mal actor de zarzuela —observó de lejos la anciana, que tenía la boca manchada por el polvo blancuzco del natrón.

—Eso está bien —sonrió Gis, radiante—. Tía, ¿quiere que le traiga algo? Voy a explorar el nido.

—Si sales no creo que sobrevivas, no digas que no te lo advertí —fue su respuesta y siguió tragando cucharaditas de polvo momificante.

Gis estaba nervioso, tal vez estaba tentando demasiado a la suerte, pero le urgían respuestas. Se puso un gran sombrero, una gabardina lo suficientemente larga para ocultar la estaqueta y en un pequeño morral guardó algunas de las joyas. Tomó aire y salió al horror.

Capítulo IX
REVUELTA

Gis llevaba más de diez pasos y seguía vivo, era una buena señal. Como ya no había transporte público tuvo que caminar, lo hizo por los callejones más apartados. Gran parte del barrio había sido arrasado por un incendio, quedaron casas carbonizadas y sus antiguos habitantes hacían guardia para que nadie robara lo que quedó.

Después de caminar media hora entre calles destrozadas (y, por suerte, vacías), Gis escuchó unos murmullos que se volvieron voces; al dar la vuelta en una esquina se topó con un grupo de cincuenta esclavos chupasangres, condición que se les notaba por la burdas túnicas rotas, iban descalzos, en las muñecas tenían restos de cepos y cadenas. La mayoría era de Plumberium, el nido de las minas de plomo. Habían defendido a su ciudad con tal ferocidad que cuando perdieron, de castigo, los depositantes los esclavizaron enviándolos como criados y obreros. A veces los obligaban a trabajar hasta morir de cansancio. En ese momento eran los responsables del caos de Ubus, muchos habían asesinado a sus amos y ahora buscaban la manera de volver a sus casas, pero antes necesitaban comida, morían de hambre.

Gis sabía que para ellos él era una suculenta bolsa de alimento. Sintió el paso helado del terror en la espalda. No debía llamar la atención, solo se ajustó el feo sombrero y se palpó rápidamente la cara, llevaba los apliques, y al parecer la loción servía porque nadie lo mordió (de momento). Lucía como uno de los tantos habitantes nosferatu del nido que habían perdido su hogar y vagaban por ahí, pero necesitaba tomar distancia. Si se daban cuenta de que era comestible, Galleta ya no estaba cerca para rescatarlo de nuevo.

Gis intentó volver al callejón, tomar avenidas aledañas, pero los

esclavos salían de todos lados, hasta del suelo, de los túneles del drenaje y de algo profundo. ¿Sería el Pasillo Basanio? Seguro lo usaban de escondite. De pronto Gis se vio rodeado de más de mil esclavos y, por lo visto, todos se dirigían al mismo sitio que él.

El Mercado del Colmillo, célebre en el inframundo, era similar a una compacta ciudad amurallada, con once mil tiendas distribuidas en un laberinto de pasillos, torres, cúpulas, incluso tenía hoteles y bancos, dispensarios médicos, fondas y el famoso Pasaje Fíbula, donde se vendían productos para las artes oscuras. El letrero del mercado, "Hic omnia est", resumía su espíritu: "Aquí está todo", y para los esclavos eso significaba comida. Unos días antes el mercado había cerrado, las once puertas principales y todas las secundarias tenían puestas pesadas cadenas y gigantescos candados. Algunos locatarios, previendo la situación, dejaron unas mesas con algo de alimento: unos viejos morcillones de Elis y empanadas de cuajo que resultaron migajas para la muchedumbre hambrienta. Casi dos mil umbríos llegaron a las puertas del mercado, exigían comida, sangre en cualquiera de sus presentaciones.

Gis comenzó a sudar, lo que era malo para el maquillaje y los apliques. Quiso escapar, pero estaba atrapado en la multitud de esclavos, a cual más sucios y desesperados. Tal vez su tía tenía razón, fue una locura salir.

—¡Por aquí! ¡Aquí se puede entrar! —gritó un enorme y musculoso umbrío de piel verdosa.

Debía ser uno de los antiguos mineros de Plumberium. Lo acompañaba una umbría igual de fuerte, cargaba a una sanguaza de pocos años. Los tres, hasta el pequeño, parecían bastante fuertes, daban puñetazos a un tubo de cobre que sobresalía de un muro, era un respiradero. Rápidamente lo arrancaron para enseguida destrozar el embocado. Con sus grandes manos el minero desmontó las piedras hasta abrir un buen boquete en la pared. Fue el primero en entrar, le siguieron todos los demás.

Gis dudó. Le urgía alejarse de los umbríos hambrientos, pero también necesitaba investigar en el mercado. Entre empujones y codazos, aterrizó en una calle interna llamada Caspa de muerto. Dentro todo estaba cerrado también, los locales tenían las rejas y cortinas bajadas. De inmediato, los esclavos comenzaron a patearlas.

Gis fue directo al pasillo de los legajos sangrientos, ahí buscó el local de Royse, la umbría que ayudó a escapar a los Pozafría, pero su tienda estaba cerrada y vacía, al igual que los locales de las otras amigas de Basanio. Ya no había nadie.

Existía una salida secreta de Ubus que pocos conocían, a través del tenebroso Pasaje Fíbula. El muchacho decidió ir por su cuenta. Únicamente se podía entrar con una invitación personal o conociendo el

acceso oculto. Por suerte Gis recordaba las coordenadas, estaban en el techo del mercado, que reproducía constelaciones, solo debía encontrar la de *corvus*, el cuervo. Sin dejar de mirar arriba, Gis avanzó, estaba emocionado; si lo hacía bien en pocos minutos estaría fuera de Ubus, contactaría a Lina, juntos al fin.

Luego de un rato, Gis llegó hasta un nudo de callejuelas conocido como las seis esquinas y se detuvo, confundido. Se supone que había viejas torres con relojes idénticas que hacían un juego de reflejo y, al dar una vuelta, aparecía un callejón adicional, el acceso al Pasaje Fíbula. Pero ya no había nada, solo unos pilotes de piedra. Alguien había removido las torres y con ello se cerró el portal al pasaje y la salida secreta. Gis suspiró, había llegado demasiado tarde.

Sintió el sabor amargo de la derrota. Pero no tenía tiempo de lamentarse, debía salir del mercado de inmediato. La situación se estaba volviendo cada vez más tensa. Algunos esclavos consiguieron abrir locales, pero estaban casi vacíos. Los dueños se habían llevado sus mercancías a resguardo. De la furia, los invasores destrozaron lo que estuviera a su paso: vitrinas, maniquíes, estantes, sillas. Accidentalmente, dentro de un restaurante llamado el Kraujas rompieron una pared falsa; el dueño, ilusamente, pensó que eso bastaba para ocultar un centenar de botellones de ponche de tres sangres y cajas de pústulas frescas (unos bocadillos de cuajada muy apreciados). Pronto corrió la noticia y una docena de esclavos se arremolinaron. Sin planearlo, Gis estaba justo afuera.

—Esto alcanza para muchos de nosotros —aseguró el umbrío musculoso, que ya tomaba cierto liderazgo, e intentó organizar a la multitud para repartir el botín.

Pero el hambre nublaba la razón de los chupasangres y varios se lanzaron tras la comida. Se armó un pleito con golpes, mordidas, arañazos. Algunas botellas rodaron por el suelo y salieron despedidas pústulas frescas. A los pies de Gis cayeron un paquete y un frasco de ponche. De prisa los tomó pensando en su tía Seca, pero le parecía incorrecto robar, así que fue donde estaba la caja registradora y debajo dejó una joya como pago; de algo serviría al dueño. Suspiró y salió de prisa.

—Hay que organizarnos —repetía el esclavo musculoso—. Calma, ¡basta!

Pero todo se salió de control. Había corrido la voz y otras hordas de esclavos se acercaban al local. Gis iba en sentido contrario, y la muchedumbre lo arrastró de vuelta al caos. Estallaron gritos, peleas, un botellón se rompió y muchos chupasangres se echaron a lamer el suelo sucio. A Gis se le ocurrió avanzar en cuclillas, pegado a los muros, hasta

que pudo escabullirse por un estrecho pasillo llamado Sección de la pus. Cuando pensó que había pasado el peligro notó que algunos esclavos lo miraban fijamente. Se llevó la mano a la cara, con terror notó que ya no tenía la nariz ni la barbilla falsa, las había perdido y el maquillaje era ya una pasta sin forma.

Primero una docena, después un centenar de chupasangres iba tras Gis. Eran más rápidos que él. Cuando notó las garras sobre la gabardina, sacó el botellón de ponche de tres sangres y lo echó a rodar por el suelo. Se armó otra pelea entre los hambrientos esclavos y el chico pudo escabullirse, aunque no por mucho tiempo. Estaba perdido entre los pasillos interminables del mercado. Llegó a un camino bloqueado por una de las puertas secundarias. Vio cómo se aproximaba un montón de nosferatus. Gis no lo pensó, tomó la estaqueta Clontarf, bastó un golpe para romper la cerradura. Afuera había más esclavos que se acercaron a toda prisa al nuevo acceso al mercado. Gis aprovechó la confusión para perder a sus perseguidores. Se bajó el sombrero y corrió por las calles.

Temblando, consiguió volver al castillo de Brandán con una mezcla de derrota y alivio. Había sobrevivido, pero no tenía idea de cómo saldría del nido. La estación de transporte reflejante estaba cerrada y el Pasaje Fíbula, clausurado. Tal vez quedaba La Escarpada, ese túnel de más de ciento setenta kilómetros en pendiente, aunque (si estaba abierto) los peligros ahí serían mil veces peores que en el mercado.

—Sigues con vida —exclamó la tía al ver a Gis en el vestíbulo.

—Usted también —reconoció el muchacho.

Los dos suspiraron por distintos motivos.

Gis le dio a su tía el bocadillo de cuajada, el único botín de su peligrosa incursión y se fue a dormir a su vieja cama, estaba agotado. Unos minutos después caminaba por la vieja biblioteca de Cimeria. Se dio cuenta de que había llegado al Cruxos, uno de los sitios que más le gustaba; ahí solía citarse con Lina. ¿Y si le dejaba un mensaje? Era poco probable que lo viera, pero aun así lo escribió, necesitaba hacerlo:

Querida Lina:

Soy Gis. El único y verdadero. Como sabes, no pude llegar a ustedes el día del escape. Esa tarde fue un desastre demencial, Vania hizo algo espantoso... ya te contaré. Lo importante es que estoy vivo (y bien escondido). El Pasaje Fíbula está cerrado y tengo que buscar otra manera de salir del nido. Aquí las cosas están fatal, todo es un caos y ni siquiera puedo ir a la Pensión Somnus porque me quedé sin el anillo de corium; se perdió en el incendio, cuando murió tu bisabuelo Basanio. Ay, me duele hasta ponerlo aquí, tanto que nos ayudó.

Lina, no sé si algún día veas esto, ¡cuídate muchísimo! Los tiempos son cada vez más peligrosos. Te extraño demasiado, pero voy a sobrevivir, ¡tenemos que estar juntos de

El muchacho hizo un esfuerzo para no llorar. Miró las paredes con las ventanas ojivales, sabía que eran un espejismo de la biblioteca, detrás estaba el bosque de reflejos y la pensión segura donde Lina se escondía. ¡Cómo le desesperaba no poder comunicarse con ella! La angustia arrastró a Gis a otro espejismo menos amable, a las calles destrozadas de Balbá, y luego a otro más: estaba atrapado en el tranvía mientras una horda de esclavos chupasangres intentaban morderlo. Como siempre, despertó con un grito.

—¡Cállate! ¡Silencio! —reprochó la tía Seca a lo lejos—. Siempre es lo mismo. Los vecinos nos van a reportar con tanto escándalo.

—Tal vez tenga algo por aquí... —repuso una voz desconocida—. Veamos... traigo unas almohadillas silenciadoras, son excelentes para los ronquidos...

Desconcertado, Gis salió de su habitación y bajó a la antigua sala de música. Ahí encontró a su tía al lado de un umbrío pequeño y rechoncho, vestido con un abrigo gigantesco lleno de remiendos y bolsillos de colores. Tenía abierta una gran valija metálica de la que sobresalía ropa, sombreros, botellines de licor, un pájaro disecado reanimado y otras chucherías. Debía ser el buhonero.

—¿Allurd? —recordó Gis.

El umbrío asintió levemente y lo miró con curiosidad.

—Eres el hijo enfermo de Fabius y Rowanda —señaló.

—Prefiero que me llamen Gis —el muchacho saludó.

—Mira lo que me trajo el buen Allurd —la Seca mostró varias madejas de cordel y ganchillos.

—Qué bueno, tía —se acercó Gis—. Supongo que ha decidido vivir.

—Es para tejer mi soga de horca —explicó la anciana umbría.

—El cáñamo es muy resistente —presumió el buhonero—. Y de la mejor calidad, garantizado.

—Eso espero, me lo diste carísimo —suspiró la Seca.

—En estas cosas no hay que escatimar —el buhonero tenía una risita que parecía un rechinido—. Además, es lo que cuesta ahora, ¡con la guerra y el mercado cerrado! Lo bueno es que ya está volviendo el orden.

—¿En serio? —exclamó Gis—. Tal vez entró el Gran Concejo a liberar Ubus.

El pequeño buhonero volvió a reír, más fuerte.

—¡Oh, no! Nuestro nido no es prioridad, no queda nada importante por salvar. Llegó un nuevo destacamento de guerreros de las fuerzas depositantes.

—Por mí que nos invadan nigromantes, insectos o bailarinas de zarzuela —opinó la Seca—. Si me doy prisa en tejer, ya no estaré viva para pasado mañana.

—Tal vez te convenga quedarte un poco más para recuperar tus riquezas —opinó Allurd en voz baja—. El nuevo intendente mandó pegar octavillas en las calles. Promete ser clemente con todos y quiere negociar con los esclavos rebeldes que tomaron el mercado. Entiende que actuaron por hambre y ofrece alimento gratuito en algo llamado "la comida de la paz".

—No, no confío en nadie —resopló la Seca—. Y tú tampoco deberías hacerlo, Allurd. Has estado vendiendo a todos los bandos.

—Soy comerciante, solo profeso a la diosa de las ganancias —el nosferatu lanzó otra de sus risitas—. Soy el mejor para conseguir cualquier producto y no pregunto a los clientes si en sus ratos libres practican dominó, parchís o necromancia.

—Disculpa, ¿de verdad puedes conseguir lo que sea? —interrumpió Gis—. ¿Vendes objetos de corium?

El buhonero miró a Gis con algo de sorpresa:

—¿Tienes idea de lo costoso que es? El corium viene del primer reino.

—No es necesario que sea algo grande —explicó el muchacho—. Puede ser pequeñito como un anillo o un dije... espera.

Gis corrió a su habitación y volvió con el morral donde tenía el resto de los insectos armados con joyas. Se las tendió al buhonero.

—Qué interesante —a Allurd le brillaron los ojos con las piedras preciosas. ¿Tienes más de esto?

—Tal vez puedo conseguir —aseguró Gis—. Pero no has respondido mi pregunta.

—El corium... claro. Resulta que sí —confirmó el buhonero—. Tengo en mi poder el colmillo que se mandó implantar el actor Conrad Twocastles, ¡era tan presumido! Por su valor lo guardo en una bóveda en mi local. Puedo traerlo mañana.

—¡Eso sería increíble! —Gis no podía creer en su buena suerte—. Por cierto, ¿vendes disfraces alquímicos? Debo ir al hospital Hotep a buscar a mis padres.

—Si hablas de polvo de Proteo, ¡es muy caro también! —rio Allurd—. Pero ya que estás de ánimo para compras, veré qué puedo conseguir. Aunque, como amigo, un consejo: no sé si te conviene ir al hospital, allá no queda nada.

—Te lo dije —anotó la Seca que ya había empezado a tejer su soga de horca—. Todos muertos y espachurrados.

—Dicen que hubo algunos sobrevivientes —comentó el buhonero—. Pero los movieron. Están limpiando esa zona para reconstruir el hospital,

es otra promesa del nuevo intendente.

Allurd tenía que visitar a más clientes, pero se despidió de excelente humor, guardando los valiosos insectos en un bolsillo interno. Antes de irse le dio de "regalo" a Gis una almohadilla para ronquidos (dijo que podría servir para ahogar los gritos por las pesadillas).

—Reúne todo lo valioso que puedas —pidió al muchacho—. Mañana vengo con tu mercancía.

Gis estaba feliz. Al fin las cosas comenzaban a enderezarse un poco. Con el corium podría armar otra brújula y volver a la Pensión Somnus, ver a Lina y tramar un nuevo plan de escape. Ese día se dedicó a buscar más objetos de valor. Era fácil, sentía un cosquilleo en los dedos por su vórtice de riqueza. Primero encontró un zafiro que se despegó de una lámpara, después un pendiente de esmeralda que posiblemente se le cayó a una bisabuela y también un puñado de óbolos de oro dentro del chaleco de un pariente olvidadizo.

—No te entiendo —le dijo la Seca desde una mecedora, tejía sin parar —. Nuestro clan fue destruido, ya no nos queda nada. ¿Por qué quieres vivir?

—Porque tengo esperanzas —reconoció el muchacho.

—¿Tú? Un sombrío enfermo y de rostro deforme. Mírate, ¡no tienes nada!

—Entonces puedo tenerlo todo, en eso consisten las esperanzas —aseguró Gis.

La tía Seca negó con la cabeza:

—Eres un necio. Además, ¿para qué tanto esfuerzo? Por tu padecimiento vas a morir en poco tiempo.

—No me importa si me toca vivir una semana o cincuenta años. Voy a esforzarme, aprovecharé cada segundo para buscar a mis padres y reunirme con Lina; ayudaré a acabar con los Bromio, buscaré la justicia. ¡Hay tanto por hacer!, no puedo solo quedarme a un lado.

Luego de la plática la tía Seca se puso de mal humor, y su talante empeoró cuando se vino abajo una torreta del castillo (culpó a Gis de estar revolviendo todo). El muchacho propuso que se mudaran a la biblioteca subterránea, era más seguro para los dos.

—Mientras me dejes tejer en paz y mantengas la boca cerrada —aceptó la anciana.

Era difícil porque esa noche Gis volvió a tener la pesadilla del tranvía y la almohadilla de Allurd no servía de gran cosa. Después de los regaños de su tía, se disculpó y salió a tomar aire. Tenía listo el resto del pago (llenó una pequeña alforja con monedas y joyas). Esperó con impaciencia al buhonero.

Pasaron las horas de la mañana y Allurd no aparecía; Gis se preocupó.

Además ya casi se habían terminado las setas que le dejó Galleta, ¡y su amiga tampoco había vuelto! Se reprochaba no haber insistido en que se quedara con él.

Gis se puso a ordenar un poco el caos de Brandán para matar el tiempo y no pensar en el buhonero (siguió encontrando monedas, empastes de oro, valiosas perlas negras). Y terminó el día, lo que significaba otra noche con pesadillas.

Al día siguiente, cada vez más desesperado, Gis le preguntó a la tía:

—¿Y Allurd es confiable?

—No te va a robar, si es lo que piensas —aseguró la anciana chupasangre, sin dejar de tejer—. Venderá caro, pero nunca se queda con dinero que no es suyo.

—Tal vez enfermó o tuvo un problema. ¿Sabes dónde está su local?

—En una de las esquinas de la Plaza del Hueso, pero ese lugar no es recomendable.

El muchacho lo sabía, era donde estaba el precioso Teatro del Hueso, originalmente propiedad de los Tarmelán, luego despojado y convertido en prisión por Tirso el Rojo (Gis aún tenía la espalda llena de cicatrices por los azotes que le dio). Pero el desquiciado intendente ya había muerto, tal vez las cosas fueran distintas.

—Voy a ir a asomarme —Gis fue a buscar la gabardina, el sombrero y el maquillaje teatral—. No tardo, tía. Veré qué puedo traerte.

—¿Por qué sigues haciendo esto? —exclamó la Seca.

Gis la miró, confundido.

—¿Por qué eres amable conmigo? No entiendo —repuso exasperada.

Gis miró a su anciana tía, tan esquelética y encogida por el peso del tiempo, su cara era un mapa de arrugas de tristeza.

—Tía..., sé que su vida ha sido difícil —repuso con calma—. Pero ya no está sola. Aquí estoy yo, sombrío o como sea. Solo quiero que entienda que, si decide quedarse en esta vida, la llevaré a donde yo vaya, veré por usted, le buscaré alimento. Lo prometo.

La anciana se quedó un tiempo inmóvil, parecía confundida y sucedió algo muy raro. Sus ojos resecos se humedecieron, tal vez por primera vez en siglos.

—No tardes —murmuró—. Y ve con cuidado..., sobrino.

Gis sonrió, era lo más cercano a palabras cariñosas que le había dicho su tía. Se preparó y salió a la calle vestido como la vez anterior, con sombrero, gabardina y la estaqueta oculta.

El muchacho sí notó cierto orden en el nido. Había soldados depositantes patrullando y en las plazuelas y los cruces de calles habían colocado curiosas mesas con baúles púrpuras. No vio a ningún esclavo rebelde y se preguntó si seguirían amotinados en el mercado. En algunos

muros descubrió las octavillas pegadas, mencionaban el "Perdón y nuevo comienzo" y "La comida de la paz para esclavos rebeldes".

También algunas calles estaban más limpias de escombros, pero el mayor cambio que percibió fue el silencio. Antes se oían gritos, discusiones, cristales que se rompían; ahora todo parecía tan muerto como un cementerio. Fue hasta que se aproximó a la Plaza del Hueso cuando escuchó un sonido que se fue volviendo más claro, parecían... gemidos, como si mucha gente llorara al mismo tiempo. Al traspasar uno de los accesos de la plaza Gis se detuvo para contemplar una imagen que quedaría grabada a fuego en su memoria: en la plaza había una veintena de largas mesas, con finos manteles, hermosas vajillas y cubertería, pero los platos no tenían alimentos... solo cabezas, y en cada silla había un esclavo degollado. Gis lo supo, esa era la "comida de la paz"; habían engañado a los umbríos rebeldes para asesinarlos. No a todos, pues alrededor del Teatro del Hueso había miles de esclavos aún con vida, inmovilizados con un grueso cepo que sujetaba su cuello con sus manos y pies. La mayoría tenía huellas de golpes. Su revuelta había terminado, estaban vencidos.

Pero había algo más horrible. A los flancos de la plaza habían montado templetes para torturas y ejecuciones. Al pie, estaban varios umbríos testigos y familiares de los ajusticiados, lloraban sin consuelo. De ahí venía el sonido.

Entre los muertos, Gis reconoció al esclavo musculoso, a su mujer e hijo pequeño, los tres estaban colgados; les habían cortado las manos y llevaban clavados en la piel letreros con la palabra "Ladrones". Asustado, Gis retrocedió; notó que pisaba una pasta rojiza, era sangre, estaba por toda la plaza. Buscó la salida más cercana, pero se detuvo al reconocer un abrigo con bolsillos de colores.

Con terror creciente se acercó a otro templete y contempló el cadáver del buhonero Allurd. Por las heridas supo que lo habían torturado antes de clavarle la enorme estaca que le destrozó el pecho. Ahí mismo le habían colocado los letreros de "Traidor" y "Acaparador".

A Gis le zumbaron los oídos, le faltaba el aire. Todo era demencial. Miró hacia una de las esquinas de la plaza, un local estaba vacío y calcinado, debía ser la tienda del buhonero. Necesitaba correr, escapar. La muerte hedía a cada paso.

—Esto es solo el inicio —retumbó la voz de un chupasangre—. Todos están en deuda. Dejaron entrar a los enemigos, y nadie impidió que los traidores escaparan del nido. ¡Humillaron a Luna Negra! —la voz se volvía chillante, afilada—. Cada umbrío, cada clan de Ubus tiene que dar una prueba de lealtad. Solo así recibirán el perdón...

El nosferatu que hablaba iba rodeado por una escolta de guerreros

Timures, los más fieros. Gis lo reconoció, se trataba de Siward Lamprea, famoso por su brutalidad y apetito voraz. Estaba totalmente loco, por algo su familia, los Pozafría, lo había encerrado por años. Ahora caminaba con el pecho henchido, cubierto de un peto rojo y la insignia del escarabajo carroñero. Eso significaba que era el nuevo intendente de Ubus. Un sirviente se acercó con un humano adolescente que iba amordazado, limpio y con la camisola desgarrada para dejar expuesto su cuello; era el entremés.

Gis escapó lo más rápido que pudo; no fue tan fácil, las calles se estaban llenando de retenes, los soldados revisaban a cada umbrío. El muchacho dio vueltas, usó calles secundarias, con la estaqueta Clontarf abrió una puerta, una ventana y hasta hizo algunos agujeros en los muros de casas. Sabía que si alguien lo examinaba de cerca se daría cuenta del engaño.

Cuando llegó al castillo Brandán buscó a su tía, debía contarle todo y esconderse de inmediato. Gis se detuvo en el rellano, no podía creerlo, lanzó un lamento y corrió escaleras arriba. Era muy tarde, la tía colgaba de la soga y para hacer peso se había atado a los pies el busto en piedra de Veranda, su madre. En algo tenía razón Allurd, era cáñamo de excelente calidad, nunca se trozó, lo único roto era el cuello de la anciana nosferatu.

Gis vio que su tía llevaba en la mano un papel de Hermes. Lo tomó, era un mensaje para él:

> **Lo siento, me hago a un lado. Llévame con mis hermanas. Fue bueno conocerte, Gismundus. Eres de buen corazón, no sé si eso, en estos tiempos, es una cualidad o un defecto. Te deseo suerte, vas a necesitarla.**

El chico descolgó el cuerpo y lo llevó con los de sus hermanas. Lloró, por una tía que apenas conoció, pero que iba a extrañar; por el final de Allurd (y porque ya no tendría una brújula de corium para buscar a Lina); por los esclavos; por Galleta, que seguía sin volver; por sus padres desaparecidos; por los muertos que había visto y por los que faltaba por ver.

Pasaron un par de días espantosos. A Gis se le acabó la comida, aunque permanecía escondido en la biblioteca subterránea, haciendo planes. ¿Y si iba a Cimeria? ¿Y si buscaba a los sobrevivientes del hospital? ¿Habría otro buhonero por ahí? Pero para todo ello debía esperar a que parara la locura de los juicios y castigos de Siward. Necesitaba ser paciente (y soportar el hambre). Lo que Gis no podía controlar eran las pesadillas, una y otra vez revivía la escena del tranvía, hasta que una mañana sus gritos sonaron tan fuerte que un vecino alertó a los soldados.

Lo despertó el estruendo de unas patadas derribando la puerta. Después escuchó los pasos que entraron a toda prisa. Gis aún estaba desorientado cuanto notó diez siluetas a su alrededor. Rebuscó su arma

bajo las mantas, pero alguien lo levantó en vilo y apartó la estaqueta con el pie.

—¡Es una Clontarf auténtica! —otro soldado se aproximó a revisarla.

—Acá hay objetos de valor —otro encontró la alforja con las monedas y joyas.

—Seguro las robó —aseguró el que parecía el jefe, mientras seguía sosteniendo al muchacho—. Debe ser uno de esos tibios que escaparon de su inmundo barrio.

—No soy tibio, soy sombrío —repuso Gis. Hacía un esfuerzo por mantenerse tranquilo y mostrar algo de autoridad—. Y tampoco soy ladrón, todo aquí me pertenece, ¡esta es mi casa! Soy un Tarmelán.

Los soldados rieron.

—Son como alimañas, inventan lo que sea para escapar —explicó el jefe, y con un guantelete de hierro golpeó a Gis en la cabeza.

Entre brumas, Gis vio que lo arrastraban fuera del castillo Brandán y lo metían a una enorme jaula con ruedas. Dentro había varios humanos llorosos, bolsas de alimento para los depositantes. Gis estaba devastado, había fallado la suerte del último instante; ahora sí se había quedado sin nada.

Capítulo X
LA LEGIÓN ALFA

Lina se integró a la Legión Alfa, el grupo más selecto del ejército del Gran Concejo. Aunque no estaba segura de cómo se sentía. Llevaba unos días viviendo en los cuarteles militares del palacio de Anub. Esa sección no era tan bonita como el resto del opulento edificio. Los aposentos para la legión eran una serie de habitaciones funcionales que servían de dormitorios, salones de estudio, aulas, patio de entrenamiento, vestidores y un laboratorio. Según los sabios, para su formación no se requería ningún lujo.

—Estaré fuera un tiempo —Ben le avisó a Lina—. Tengo que pulir la idea que les di a los sabios, estaré trabajando con Vámbéry. Pero no te preocupes, los demás talismanes te están esperando. Todos son profesionales e increíbles como tú.

Lina se mentalizó para recibir la agobiante atención de súper estrella, alabanzas por su "deslumbrante belleza" de gárgola, la fama por su vórtice de suerte y las leyendas de sus escapes. ¿Sabrían que ella era el "arma secreta" de la guerra al ser la mella de Cerberus? Dejó sus pocos objetos en la pequeña cama que le asignaron y se asomó a la sala de estudio.

Ahí estaban cinco talismanes de la Legión Alfa, los más jóvenes. Lina los reconoció, eran los que rescataron en Ubus, aunque en aquella ocasión iban bastante heridos. Por fortuna ya habían sanado. Estaba uno bajito de gafas; otro muy delgado con una coleta en el cabello; un par de adolescentes umbríos muy parecidos entre sí, ambos eran enormes, dos metros de puro músculo; y una joven umbría rubia de cabello corto y cuerpo muy bonito, atlético y fibroso. Todos estaban concentrados, con varios libros antiguos alrededor.

—Hola, soy Lina —carraspeó.

—Silencio, por favor —pidió el de la coleta—. Estamos en entrenamiento teórico.

—Ah, claro. Es que soy Lina Pozafría —iba a decir "del clan que los salvó en Ubus", pero sonaría presuntuoso, así que solo agregó—: tal vez no me recuerdan. Me acaban de integrar con ustedes, a la Legión Alfa, para luchar en el Día de la Liberación.

Le dedicaron una rápida mirada, tal vez de tres o cuatro segundos y volvieron a sus libros.

—Entonces siéntate y estudia como el resto —el de la coleta señaló una silla vacía—. Soy Chestibor y, mientras no estén los instructores, soy el responsable. Lee sobre entrenamiento teórico antes de la siguiente actividad.

Lina asintió y se aproximó al librero. Revisó los títulos, ni siquiera entendía el alfabeto.

—Están en un idioma extraño —comentó.

—Claro, ¿no sabes antiguo baskio? —preguntó el bajito de gafas—. Es un requisito si vives en el nido sagrado de Anub.

—Busca algo que puedas leer y, por favor, no nos distraigas —pidió Chestibor.

Lina estuvo rebuscando y encontró unos pocos libros en castellano como *Ecuaciones alquímicas avanzadas*, *Principios de ciencias animantes* y *Recetas sangrientas y deliciosas de la cocina de Elis*. De reojo, miraba a los demás talismanes que hacían unos raros movimientos al leer, como repasando movimientos de baile con las manos. "¿Cuál será el poder de cada uno?", se preguntó Lina, "¿y qué edad tendrán?" Parecían muy jóvenes, adolescentes, menos la chica que se veía como de unos veinticinco años.

—Sus talismanes, buen día —de pronto saludó un anciano nosferatu vestido con un impecable uniforme blanco—. Monté el refrigerio en el comedor, para cuando requieran.

—Gracias, Mirko —repuso Chestibor.

El educado chupasangre hizo una breve reverencia y se retiró tan discreto que ni se oyeron sus pasos.

Lina moría de hambre. Recordaba haber visto una mesa larga por los dormitorios. Se adelantó y, en efecto, encontró comida, bocados pequeños, jugos muy rojos, por suerte alguien recordó su naturaleza tibia. Había una caja de cereal de trigo, leche y manzanas frescas. Se preparó el desayuno, aunque le pareció extraño ser la única, ¿dónde estaban sus compañeros? ¿Seguían estudiando? Terminaba el platón de cereal cuando vio pasar a uno de los talismanes musculosos, que se colocaba una especie de chaleco protector.

—¿Qué haces aquí? —preguntó extrañado.

—El refrigerio —señaló Lina, se limpió la boca—. Perdón por empezar antes.

—Es para después de la actividad práctica. ¿No vas a venir?

Lina asintió. Siguió al enorme chico hasta un cuartito donde los demás talismanes se estaban colocando rodilleras, coderas y protectores. Todos tenían armas.

—No sabía... perdón, es que nadie me dijo... —se disculpó Lina.

—Al término del entrenamiento teórico sigue el práctico —mencionó Chestibor como si fuera evidente—. ¿O qué acabas de estudiar?

—Algo de una tarta de cuajo de Elis —reconoció Lina.

Los talismanes se miraron entre sí, pero no hicieron ningún comentario.

—Mientras calentamos ve a la armería del patio y busca algo para practicar —Chestibor empujó la puerta.

Del otro lado había un pequeño patio de prácticas, y detrás de una rejilla esperaban varios espectadores umbríos. Lina suspiró, ahí estaban los admiradores. Se propuso ser amable, pero no podía perder mucho tiempo. Salió al patio y al momento detectó que gritaban otros nombres, los más sonados eran Dragomir y Dragoslav. Los hermanos enormes sonrieron y se acercaron a saludar a los seguidores.

Al fondo del patio Lina encontró la armería, un cuarto algo tétrico lleno de mazos, sables, espadas, ballestas, guadañas, dagas, alabardas, lanzas, picas. Casi todo parecía pesado y peligroso. A Lina no le gustaban las armas. Les tenía terror desde que tuvo en su poder a Abismo. En una vitrina muy bonita, de cristal ámbar, había una estaqueta delgada, de apariencia ligera y amable. La puerta estaba abierta, así que la tomó, pero al momento sucedió algo muy extraño: la punta se agitó con fuerza, como si reaccionara a algún campo magnético. Algo asustada, Lina intentó soltar el arma, pero era imposible. Comenzó a girar sin control y rompió una mesa llena de cuchillas, un gabinete con mazas y un armario que guardaba escudos. El desastre y sus gritos atrajeron a los cinco talismanes, que la contemplaron desde la puerta.

—Suelta la estaqueta —ordenó Chestibor.

—Es que no puedo —gimió Lina agitando el arma, que comenzaba a tomar un brillo naranja y hacía cortes en el muro.

—Pon la rodilla derecha en el piso —recomendó el pequeño talismán de gafas—. Y mueve la punta hacia el suelo, en modo de descanso.

Lina no entendía bien la instrucción. La nosferatu rubia se acercó por detrás, con un rápido golpe hizo que Lina flexionara la rodilla y consiguió que la punta tocara suavemente las baldosas de piedra. De inmediato el arma se quedó inmóvil.

Se acercó Chestibor y tomó con suavidad la estaqueta.

—Si vas a practicar con una Clontarf que no es tuya, tienes que pedir permiso.

—Perdón —murmuró Lina—, no sabía que te pertenecía.

—Hablo del arma, tienes que pedirle permiso —Chestibor la volvió a guardar en la vitrina de cristal.

—¿Sí sabes qué son las Clontarf? —le preguntó el talismán bajito.

—Claro, las estaquetas —Lina señaló la que empuñaba el chico.

—No. Esta es una estaqueta simple, una copia —levantó su arma—. La que tomaste es una Clontarf, son especiales; cada una guarda la esencia de un guerrero que se sacrificó para otorgarle su poder.

—Sí, ya sé, solo se hicieron mil y quedan pocas —recordó Lina—. Se forjaron en el nido de los armeros de Helhmen. Hay de tres tipos, con núcleo de filo, de fuerza y de velocidad. Leí una vez un libro sobre eso...

—Pues no parece —repuso Chestibor, seco—. Nunca se toma así. Manejar una Clontarf es como una relación: al primer toque hay afinidad o rechazo, pero el acoplamiento lleva décadas. Esta es de filo y solo la manejan los profesores.

—Escuché que fue dueña de la madre de todas las estaquetas —murmuró el bajito a uno de los enormes umbríos.

—¿Abismo? Claro que no —repuso el otro—. No sabe ni reconocer una verdadera Clontarf.

Lina había escuchado el comentario. Sí que fue dueña de la estaqueta más poderosa del inframundo, aunque la usó para hacer necromancia y luego para liberar (por accidente) a Cerberus; con lo que comenzó la guerra... no, mejor guardó silencio, si lo decía quedaría peor.

—Volvamos al entrenamiento —propuso Chestibor y le pasó a Lina una espada ligera. Parecía de juguete—. Usa esta mientras aprendes, pero antes arregla todo por favor.

Lina asintió, agobiada. La mitad del tiempo de entrenamiento estuvo organizando la armería y cuando salió a practicar estuvo a punto de echar el cereal por la nariz; fue mala idea comer antes del ejercicio.

El día siguiente tampoco mejoró. Vámbéry había dejado un montón de lecturas para estudiar (todos los textos estaban en antiguo baskio); además, Lina se dio cuenta de que tenía pésima condición física, pues al dar tres vueltas al patio se quedaba sin aire y cuando le tocó limpiar y engrasar un arma se cortó un dedo.

Mirko, el anciano nosferatu, le pasó un vendolete de curación. Era el mayordomo del cuartel, se encargaba de la comida y la limpieza; le prometió a Lina conseguirle un uniforme de su talla. Otra de sus funciones era la de ser cartero, varios días a la semana llevaba correspondencia.

Cada talismán podía recibir hasta un centenar de cartas, de familiares y conocidos, pero, sobre todo, de admiradores. Había mensajes perfumados de amor, declaraciones indecentes en papel de Hermes y también cheques para cobrar del banco de los gremios, por parte de patrocinadores. Esa primera semana Lina solo recibió una carta.

> ¡Lina! Soy yo ¡¡Osric!! No sabes cómo te extraño. ¡No dejo de llorar! Me dijeron que solo podré verte en tus días libres, pero te puedo escribir. Estoy ayudando en el refugio donde casi nos aplastan, ¿te acuerdas? Voy diario, con Gerta y Crésida. Cuidamos a los heridos y trabajo en el comedor. No es tan emocionante hacer croquetas y sopa, ¡si me viera Mildred dejaría de respetarme! Mejor dime, ¿cómo estás? ¡Ya sé! Estás triunfando como siempre. No hay nadie más bonita, ¡más valiente y más poderosa que tú! Seguro todos los talismanes son tus amigos. Ojalá tengas tiempo de leer mi carta y contestarme, ¡debo actualizar tu biografía! ¿Has aprendido muchas cosas? ¡Apuesto a que ya eres la mejor guerrera de todos los tiempos! ¡Todos van a escribir himnos de ti en el Día de la Liberación!

Lina suspiró. Al menos tenía a Osric para los halagos. Se propuso estudiar intensamente, ¡si era la famosa Linerda! Su poder para retener información era legendario; pero al siguiente día, cuando fue a la biblioteca, se encontró a los cinco talismanes, concentrados, todos rodeados de libros.

—¿Se levantaron temprano? —preguntó sorprendida.

—Estuvimos estudiando toda la noche —aseguró el talismán bajito—. Queremos tener frescos los conocimientos, hoy viene a dar clase Benvolio Pozafría.

—¿Hoy? No sabía —exclamó Lina—. Es mi padre.

—Sí, lo sabemos —contestó Chestibor—. Oye, un favor, ¿podrías guardar silencio? Todavía no terminamos.

Lina asintió, movió la silla con cuidado para no hacer ruido. Suspiró, vería a su papá, seguro todo estaría mejor.

A mediodía, Benvolio llegó a los cuarteles de la Legión Alfa; iba vestido con una espectacular armadura de cristal azul y llevaba una estaqueta. Citó a todos en el patio de prácticas.

De inmediato se acercó para saludar a Lina, en una esquina.

—Linda, hijita, ¿cómo estás?

—Bien... creo —no estaba segura de qué responder—. Aquí todos son muy serios.

—Claro, son los mejores soldados del inframundo, ¡y ya eres parte de ellos! Ahora verás una clase. Vas a aprender mucho.

Los talismanes sí recordaban a Ben del rescate de Ubus, se acercaron a saludar. Parecían (casi) entusiasmados, aunque era difícil conocer sus emociones.

—Como todos saben, nos preparamos para el Día de la Liberación —comenzó Ben—. En este momento, Vámbéry trabaja con los Once Sabios afinando algunos detalles que pronto sabrán. Mientras tanto, yo me voy a encargar del entrenamiento. Veamos, ¿alguien sabe cuántas técnicas tiene la lucha de contrarios?

—Son novecientas quince técnicas principales y doscientas doce secundarias —soltó de inmediato la umbría rubia con cuerpo de gimnasta —. También están las quinientas nueve terciarias, que son adicionales.

—Exacto, para la pelea sin armas —completó Benvolio—. Buena respuesta...

—Ludmila —se presentó la nosferatu rubia.

—Y dime, Ludmila, ¿cuánto tiempo se necesita para aprender las mil quinientas treinta y seis técnicas de lucha de contrarios? —preguntó Ben, ya instalado en modo profesor.

—Los expertos dicen que medio siglo —aseguró la nosferatu.

—¡Entonces yo fui un poco lento! Me llevó sesenta y tres años —Ben rio y sostuvo la estaqueta, comenzó a girarla cada vez más rápido, tanto que por un momento era como si desapareciera en sus manos, solo se oía un zumbido, hasta que la detuvo de golpe—. Como la batalla será pronto, no hay tiempo para que cada uno se vuelva maestro luchador, pero podrían dominar o perfeccionar un puñado de cinco a diez técnicas. Será muy útil. Por principio, ¿alguien sabe cómo funciona la lucha de contrarios?

Lina tenía esos datos, recordaba algunas clases básicas que recibió en la Primera Instrucción cuando llegó a Cimeria, pero al levantar la mano el talismán bajito ya respondía:

—Es una lucha de origen marcial basada en combatir con el valor contrario del oponente. A la fuerza se aplica la contrafuerza; a la velocidad, el bloqueo; y a la puntería, la evasión.

—Sí, eso es en términos generales —reconoció Ben—. También aplica en el plano mental, con uno mismo, en solitario y en grupo. Pero pasemos a la práctica, quiero verlos en acción para conocer su nivel.

Ben tomó una estaqueta de entrenamiento y la colocó en horizontal (Lina luego sabría que eso significa estar listo para un duelo). Chestibor dio un paso adelante, empuñando su arma.

—No solo tú, todos contra mí, adelante —Ben los animó con una seña —. Muéstrenme sus mejores técnicas. Lúzcanse.

Y dicho esto sacó un curioso sombrerito con una ridícula pluma y se lo puso sobre la melena rojiza.

Los jóvenes talismanes se lanzaron contra Ben. Lina fue la única que tomó distancia, no quería lastimar a su padre con su torpeza, ni tampoco terminar ella misma sin orejas o nariz. Aunque eran estaquetas de entrenamiento, parecían filosas.

Lina había visto a su padre luchar algunas veces, como en el nido de Balbá, pero lo que presenció en el patio fue sorprendente.

Sin esfuerzo aparente, Benvolio se enfrentó a los cinco talismanes, la lucha duró apenas un minuto de movimientos exactos. Con un codazo Ben desvió el golpe de uno de los umbríos enormes, que noqueó a su propio hermano; este soltó su estaqueta sobre la cabeza de Chestibor, que al impacto perdió el equilibrio. Ben lo empujo al tiempo que lanzaba su estaqueta al aire, lo hizo con tal tino que al caer golpeó la parte trasera del mango del arma del umbrío bajito, él mismo se pegó en la barbilla. Ben dio una rápida patada directo al tobillo de Ludmila, pero la chica reaccionó con un salto hacia adelante, lista para atacar a Ben, aunque no se había dado cuenta de que ya no llevaba la estaqueta en la mano; Ben la había desarmado con un movimiento rápido al golpear la punta. Aun así, la nosferatu estaba lista para seguir peleando a puño limpio.

—Está bien, Ludmila, detente, ¡eres buena! —sonrió Benvolio—. ¡La única que quedó de pie!

Y Lina, claro, aunque ella no había participado. Los otros cuatro umbríos estaban recuperándose en la tierra. Enseguida Ben se quitó el sombrerito para agradecer, había luchado sin que se le cayera de la cabeza. Los talismanes aplaudieron entusiasmados.

Ben aseguró que ahora sabía las virtudes y defectos en la lucha de cada uno. Prometió que trabajaría personalmente para ayudarlos a mejorar. Al final se acercó a su hija.

—No te preocupes, linda. Ya veremos cuál es tu habilidad. Empezaré a enseñarte lo básico, mientras puedes repasar la teoría. ¿Has podido estudiar?

—No mucho, casi todo en la biblioteca está en antiguo baskio.

—Cierto, veré si puedo conseguirte libros en otro idioma —prometió —. Mientras, busca el *Mutus Liber* o Libro Mudo, que marca las posiciones básicas de lucha. Por ahí debe estar.

Por su rango de instructor, Ben no se quedaba en los cuarteles, solo iba para dar las prácticas. Lina no quería desilusionar a su padre con quejas, necesitaba esforzarse. Buscó el libro de posiciones de lucha, sí lo encontró. Era curioso, cada página se desdoblaba tipo códice, aunque los dibujos eran incomprensibles: umbríos en posiciones absurdas (parados en un dedo, girados como contorsionistas) y todo lleno de símbolos.

A pesar de las horas de lectura y las tardes de práctica, Lina sentía que no avanzaba. Lo único bueno era que estaba tan ocupada que había dejado de pensar durante cada minuto del día en Gis y en la profecía de muerte del oráculo. Lo hacía, pero al ir a dormir.

Sí, Lina ya era parte de la Legión Alfa, el grupo más selecto del ejército del Gran Concejo, y ahora podía definir cómo se sentía: fatal.

—¿Estás bien? —Lina escuchó una voz.

Despegó la mirada del indescifrable *Mutus Liber*. Se despertaba en la madrugada para intentar estudiarlo. Frente a ella estaba la umbría Ludmila.

—Siempre te ves triste o tensa —aseguró la guerrera—. Perdón, olvídalo, no quiero ser inoportuna.

—Es verdad, me siento mal —confesó Lina, agradecida por que alguien le hiciera esa pregunta—. Todo es nuevo para mí y aquí son muy serios conmigo. ¿No les caigo bien?

—Bueno, estamos ocupados, pero al menos intentamos ser amables contigo.

—¿Al menos? —Lina no dejó pasar la expresión.

—Disculpa, te dejo estudiar —la talismán fue a la estantería del fondo.

—Ludmila, espera. Quiero saber la verdad. Yo sé que me falta mucho por aprender y tal vez los desespero...

—No es eso —Ludmila se detuvo, lo pensó un momento y finalmente se sentó frente a Lina—. Aunque te esfuerces, todos sabemos que no perteneces a la Legión Alfa. Sí, eres muy bonita, y seguro tu padre les pidió a los Once Sabios tu ingreso. Por cierto, ¡qué gran maestro! ¡Es impecable!

—Espera..., ¿creen que estoy aquí por "bonita"? —interrumpió Lina.

—Bueno, también por la importancia de tu clan. No es nada contra ti, de verdad —aseguró la nosferatu—. Pero este es un grupo de talismanes excepcionales y tú no tienes las cualidades necesarias.

Lina abrió la boca, ¡si ella era el famoso *gnomo sabiondo*! La de la memoria fotográfica. Si de algo estaba orgullosa era de su inteligencia.

—No te ofendas, pero para empezar no tienes condición física —señaló Ludmila—, y para colmo eres tibia... en pocos años vas a ir perdiendo fuerza. Se necesitan mínimo cincuenta años para aprender las técnicas de la lucha de contrarios, para entonces vas a ser una anciana...

—Bueno, ¡no tanto! —respingó Lina—. Además, Vámbéry también es tibio.

—Sí, pero él va a hacerse la conversión —aseguró Ludmila—. No ahora, está esperando a que termine la guerra, porque las conversiones son peligrosas y nunca se sabe si vas a sobrevivir. Pero él es un caso especial, además es un talismán de influjo.

Lina la miró, interrogante, obvio no sabía qué era eso.

—Puede convencer a quien sea de hacer lo que quiera —explicó Ludmila—. Desde manejar un grupo de cazavampiros hasta un ejército de umbríos, es un líder natural. Además es excelente para la diplomacia. Vámbéry dice que la mejor batalla es la que nunca se da.

—Bueno, yo también soy talismán —aseguró Lina.

—Sí, ya hemos oído eso. Dicen que puedes traer a la vida a los redivivos

domésticos. Pobres, ¡deben sufrir mucho!

Lina reconoció que dicho así sonaba fatal.

—No solo a redis —suspiró y mejor cambió de tema, debía aprovechar que al fin alguien quería conversar con ella—. Por cierto, ¿cuál es tu poder de talismán? Debe ser algo de la lucha, eres muy buena guerrera.

—No es que sea tan buena, lo mío son los números —precisó Ludmila —. Los veo en todas partes. En automático mido los ángulos de caída y el nivel de un impacto. Puedo prever estadísticas, constantes, variables. Es útil, aunque a veces me gustaría tener más fuerza como la de Dragomir o Dragoslav.

—¿Los gemelos?

—Exacto, su vórtice es físico. Son increíblemente resistentes y veloces. Los rescataron de un circo donde los exhibían como fenómenos y los adoptó un importante clan de Karkaff. Aunque no lo creas, recibieron exquisita educación.

—¿Y Chestibor? Es un poco... —Lina se detuvo, no quería parecer grosera.

—¿Estirado? ¿Pesado? ¿Mandón? —completó la misma Ludmila.

Las dos sonrieron. Lina se sintió un poco relajada por primera vez en los cuarteles.

—Sí que lo es, pero es que está muy orgulloso de su vórtice —siguió la talismán—. Chestibor puede aprender un nuevo idioma en tres días. Ahora habla mil ochocientos once y todos con perfecta pronunciación, incluyendo un montón de lenguas tibias, por su papá.

—¿Su padre es humano?

—Proviene de familia disanguínea —asintió Ludmila—, pero nació nosferatu, como su madre. Aunque para mi gusto Ermo es el más listo de todos.

—¿Ermo es el bajito de lentes? —confirmó Lina

—Sí, ¡pero nunca hagas referencia a su estatura! Es muy sensible con eso. Su vórtice es el estudio. Habla apenas treinta y un idiomas pero porque no le interesan tanto. Puede aprender cualquier cosa. De verdad, lo que sea, ciencias, medicina, recetas de cocina; su mente memoriza y clasifica todo. Proviene de una familia de talismanes, pertenece a la décima generación y su madre ya le mandó hacer una estatua.

—¿De qué?

—Celebrando su memoria, valentía, peinado, da igual. Sabe que será muy famoso al término de la guerra... y la sexta talismán era Aldith, mi mejor amiga —su voz se apagó—, pero ella, bueno, ya no está.

Lina no preguntó más, era la talismán que murió en la fallida misión de Ubus, decían que la misma Luna Negra la asesinó frente a los demás chicos.

—Ludmila, gracias por hablar conmigo —repuso Lina, sincera—. Sé que ahora no creen en mí, pero voy a esforzarme, de verdad...

—Claro, cualquier cosa que necesites —asintió la guerrera, cortés—. Por cierto, el *Mutus Liber* lo estás estudiando al revés.

Giró el libro mudo y ahora las secuencias de lucha tenían más sentido. El orden correcto era de derecha a izquierda y de abajo hacia arriba. Lina se sintió tan tonta de no haberse dado cuenta antes. Los símbolos representaban las combinaciones entre fuerza, bloqueo, velocidad, evasión y puntería.

Era la primera vez que Lina estaba en esa situación. Había recibido insultos y acoso en los colegios humanos por su aspecto, y después en el inframundo elogios desmesurados por lo mismo. Pero nunca la habían dejado de lado ¡por no ser suficientemente inteligente! Tal vez no era un genio como Chestibor o Ermo, no tendría nunca la condición física de Dragoslav o Dragomir, su mente no sería tan analítica y perfecta como la de Ludmila, pero iba a demostrar que sería útil en el Día de la Liberación, ayudaría a terminar la guerra. Aunque antes debía hacer algo.

—Linda, te traje algunos libros que podrás entender, algunos en español e inglés —le avisó su padre antes del siguiente entrenamiento.

—Pa, gracias..., ¿puedo pedirte un favor? —bajó la voz—. No me trates bien.

Benvolio la miró desconcertado.

—Creen que estoy aquí por ser tu hija bonita.

—No. ¡Qué ideas! Aunque en algo tienen razón, ¡eres preciosa!

—Lo digo en serio —suspiró Lina—. Necesito que me exijas, solo así me van a respetar. Y por favor no me digas "linda" ni "hijita", soy una alumna más.

Ben asintió, algo azorado; prometió que lo haría.

Ese mismo día Lina también le escribió a Osric. Le dijo la verdad, ni estaba triunfando ni tenía amigos, tampoco parecía ser la mejor guerrera del inframundo, pero se esforzaba por aprender y haría un papel digno en el próximo Día de la Liberación. Debía darse prisa, cada vez faltaba menos tiempo.

Capítulo XI
CUATRO SEMANAS

Umbríos, soldados, algún humano, población en general, sanguazas y seres milenarios, todos los que habitaban el nido sagrado de Anub estaban concentrados en una sola cosa: el Día de la Liberación, el gran golpe que acabaría con la guerra de guerras. La misión era tan colosal que ya se trabajaba en detalles de las tres partes: planeación, preparación y ejecución.

¿Qué día era mejor atacar? ¿Qué armamento? ¿Qué distracciones usar? ¿Era bueno introducir nuevos espías? ¿Cómo combatir la magia negra? ¿Bastarían redes de corium para detener a los aberrantes? ¿Cómo conseguir tanto material costoso? ¿Había que preparar un hospital móvil?

Todo se analizaba a detalle y, para que cada elemento estuviera listo para el gran día, se necesitaban brigadas, comités de trabajo, aprobar presupuestos, pero, tal como temía la abuela Imo, todo se atascaba por la lentitud de los Once Sabios. De inmediato, la líder de los Pozafría fue al palacio del Gran Concejo con un listado de cosas urgentes por resolver. La recibió Odo, el anciano yasma que se encargaba de la agenda de audiencias.

—Si tiene algún requerimiento, yo lo agrego a los pendientes —aseguró el viejo secretario—. Será atendida cuando se pueda. Los Once Sabios tienen doscientas catorce audiencias programadas para hoy —mostró un rollo de papiro—. Trabajan día y noche.

—¿Puedo ver eso, querido? —Imogene tomó el papiro—. Solo es un segundo, déjame leer. ¿Menú de la guardería para bebés umbríos de refugiados del sector diez? ¿Reparación de desagües de los baños de los cuarteles medianos? ¿Color de botones de las botas del contingente de excavadores?

—Los Once Sabios se encargan de todas las decisiones del nido —explicó Odo—. Siempre ha sido así. Además ya se simplificaron los trámites, las actas resolutivas ya no se piden por cuadruplicado, solo por duplicado.

—Vaya. Eso me tranquiliza —sonrió la abuela Imo, irónica—. Odo, escucha, diles que mi clan y yo nos vamos a encargar de esto.

—¡No pueden tomar las decisiones de los Once Sabios sobre nuestro destino!

—Por las verrugas de mi abuela, claro que no. Hablo de la parte doméstica —sostuvo el papiro—. Así ellos pueden dedicar el resto del día a analizar los temas importantes del Día de la Liberación. No pongas esa cara de estólido, querido. Los Once Sabios aceptaron trabajar con los Pozafría, así que necesito el sello o anillo de autoridad para comenzar. Y bien, ¿lo avisas tú o lo hago yo?

El anciano yasma tuvo que entrar y hacer la propuesta. Obviamente los Once Sabios se resistieron, no estaban acostumbrados a ceder nada, pero habían hecho una promesa y aceptaron hacer una prueba de unos días a ver cómo funcionaba, siempre y cuando se les diera un reporte (adoraban los reportes).

Imogene recibió un anillo del Gran Concejo para sellar actas y reunió a Lavinia, tía Sangre y los ancestros Abasi el Egipcio, Augustus el Romano y hasta a mamá Uyü, para formar un "Concejo Doméstico". Ahora los pobladores iban directamente a la casa de los Pozafría del sector dos para las cuestiones inmediatas del nido.

Mientras tanto, el resto del clan también estaba muy atareado: Moth y Puck entraron a trabajar a la fábrica de armamento de Anub. Tenían muchas ideas y propuestas para rescatar los nidos invadidos.

—Necesitamos un millón de catapultas con estacas de plata —propuso Puck.

—¿Un millón? —casi gritó el armero oficial del nido—. ¡Es imposible reunir esa cantidad!

—Oh, no hay que tenerlo, sino parecer tenerlo. Es la gran diferencia —aseguró Moth, misterioso.

—Déjenos trabajar un poco, ¡nos fascinan los encantos alquímicos! —remató Puck.

Por su parte, Alessa consiguió el permiso para que Urso, Lupo y Vulpino, sus amigos los Pútridos, entraran al nido sagrado como asesores militares.

—Nunca habíamos estado en un sitio tan elegante y tan inútil —aseguró Urso.

—¿Inútil? —repitió uno de los generales del ejército del Gran Concejo.

—La mitad del tiempo de entrenamiento la dedican a practicar

marchas, formaciones y a pulir las armaduras —observó Urso.

—Es parte de la disciplina de cualquier soldado, el orden y la limpieza —observó el general.

—¡No en este caso! —Lupo se rascó la cabezota desgreñada—. Se van a enfrentar con depositantes, expertos en la mentira. ¡No importa si van peinados y pulidos! Hay que saber pelear sucio, llevar dagas ocultas, pasta de nusku y tierra de narok...

—La tierra de narok es un arte oscuro —el general palideció—. ¡Es imposible usarla!

—Tranquilo, tenemos un buen contacto —Vulpino le guiñó un ojo—. La conseguimos a buen precio.

Mientras tanto, Duncan, Gundo y Calibán, junto con la sanguaza, Dromio y Antífolo, se encargaban del inventario de provisiones, alimentos, uniformes y espejos libres del nido. Por su parte, Gerta, Crésida y Osric seguían trabajando con los refugiados. Los Pozafría eran muy queridos, su fama incluso había aumentado.

La parte de la planeación militar general recaía en un comité que integraban Benvolio, Ariel, Corydia y Vámbéry. Ariel explicó que liberar cuarenta y nueve nidos en un día requería planear cuarenta y nueve batallas distintas.

—Y cada brigada debe tener un entrenamiento diferente —observó el exesiartis—. Con sus propias armas. Es diferente luchar en un nido acuático que en uno minero o en alguno que esté al filo de un abismo.

—Ya tenemos los expedientes de cada nido a liberar —aseguró Ben—. Su geografía, peligros naturales, puntos fuertes y débiles.

—Pero para que funcione, necesitamos los accesos por las Tierras Umbras —recordó Ariel—. O no servirá de nada toda esta planeación. ¿Cómo van con eso?

—Benvolio y yo estamos trabajando en ello —aseguró Vámbéry.

—Pues deben darse prisa —señaló Ariel—. El límite que tenemos son cuatro semanas.

—¿Para la misión? —preguntó Ben, preocupado.

—No, para todo —puntualizó Corydia—. Planear, montar los preparativos de cuarenta y nueve batallas y terminar esta guerra.

—Es muy poco tiempo —observó Vámbéry, con alarma.

—Fue el tiempo que estableció el Concejo Tibio —explicó Ariel.

Atrás Ray respingó, normalmente asistía a las reuniones solo como observador. Se atrevió a preguntar, tenso:

—Entonces, ¿los líderes humanos ya saben de los ataques depositantes?

—Conocen lo más importante —reconoció Corydia—. Los Once Sabios se reunieron con ellos. Fue buena idea adelantarnos con las pruebas, así

reconocimos el problema y les aseguramos que estamos trabajando en ello.

—¿Y qué dijeron de que se rompieron los pactos? —volvió a preguntar Ray, cada vez más cerca de la mesa.

—Están molestos, claro, porque no pudimos controlar esta guerra interna —reconoció la esiartis—. Pero los sabios consiguieron negociar el mes, como máximo. Si en ese lapso no conseguimos liberar los nidos o encontrar el escondite de los Bromio, entonces los líderes humanos darán por rotas todas las alianzas entre las dos especies y podrán intervenir.

—Y como sabemos, eso sería fatal para todos —murmuró Ariel.

—Otra pregunta... perdón... —siguió Ray—. Dicen que hay un escondite secreto donde están Luna Negra y su hijo Cerberus, pero no lo han encontrado.

—Nuevo Estigius —confirmó Corydia—. Los Once Sabios están trabajando con otros ancianos de las juntas locales, cartógrafos y oráculos de otras hermanas esiartis para dar con ese lugar.

—Y al encontrar a la madre y al hijo deben eliminarlos con una daga de plata, ¿no? —corroboró Ray.

—No con cualquiera. Se trata de las armas que los hirieron, se llaman las puntas de argén —asintió Ariel—. ¿Esa es tu última pregunta?

—Tengo otra más —siguió el humano—. ¿Cómo saben que al matarlos su ejército no seguirá con la guerra o intentará vengarlos?

—El movimiento depositante se basa en una profecía —aclaró Ariel—. El menor de los Bromio reinará sobre los cuatro reinos. Sin heredero todo se desmorona. Vámbéry puede contarte sobre eso.

—Me dio algunas clases —reconoció Ray—. Solo una última duda, lo prometo, y me callo: si en los próximos días dan con el escondite y eliminan a esa pareja de umbríos, la guerra terminaría y no serían necesarias las cuarenta y nueve batallas del Día de la Liberación, ¿verdad?

Todos rieron.

—Seguro dije alguna tontería, perdón —murmuró Ray.

—En realidad no. Técnicamente tienes razón —reconoció Corydia—. Pero tendríamos mucha suerte si sucede eso. No hemos podido encontrar el escondite porque debe tener algún tipo de bloqueo de magia negra.

—Se puede poner algún rastreador —propuso Ray—. Supongamos que a ese mismo sitio también se están llevando a los humanos secuestrados. Si alguno llevara un tipo de localizador daría una pista de dónde está el misterioso escondite. Yo puedo salir de día y repetir la misión de un bote pesquero, lo que sea necesario... A menos que no me dejen participar en su guerra por alguna ley.

El resto de la junta militar intercambió miradas.

—No es mala idea —comentó Vámbéry—. Se puede intentar.

—Nada impide que te unas a nuestra lucha —explicó Ariel a Ray—. Pero esa misión podría ser extremadamente peligrosa, ¿te das cuenta?

—Tengo entrenamiento militar —asintió Ray—. Solo quiero rescatar a Carine, proteger a los míos y ayudar en lo que sea útil.

—Ven, siéntate a la mesa de planeación —Ben le hizo una seña.

Todos se movieron para hacerle un lugar. Ray se sentó al lado de Vámbéry, sonrió; era donde quería estar.

Vania estaba a salvo gracias a Dolmia la Flaca, que consiguió sacarla por una ventila de la casa de Guntrodo y escaparon de los soldados depositantes que el médico llamó. De capturar a la sanguaza, tal vez la hubieran colgado... o algo peor. Dolmia cumplió su promesa y escondió a la hija de su fallecida amiga en la casona que compartía con su amiga Fedinia. Era un palacete del segundo renacimiento de Ubus que había quedado relativamente intacto luego de las revueltas. Afuera colgaban los pendones de apoyo a Luna Negra, con el sello de la calavera, que colocaban todos los numus.

Para evitar que las visitas, y sobre todos los guardias, encontraran a la refugiada, la Flaca instaló a Vania en el ático. Puso a su disposición un amplio sarcófago, un bacín y hasta le llevó a su nana. Dorina andaba recorriendo los restos del nido preguntando por su ama, era demasiado peligroso; Dolmia la mandó buscar.

Al ver a la joven sanguaza en el ático, la vieja criada se postró a sus pies y lloró hasta que Vania se la quitó con un par de coscorrones y una patada para que se controlara.

Durante todo el día Vania no hacía casi nada, solo quejarse por su "trágica vida" mientras la nana le desenredaba el pelo con un peine de nácar. Después de llorar un buen rato, la sanguaza comía y se ponía a espiar entre las rendijas de las lajas del suelo. Desde ahí podía ver a Dolmia y a Fedinia sentadas a una mesa haciendo unas horrorosas figuras de arcilla, unos murciélagos torcidos, tal vez como pasatiempo.

Vania se quejó de que se aburría y la Flaca le llevó libros, pero la joven nosferatu aseguró que no se podía concentrar por su "profunda tristeza", entonces la Flaca le llevó naipes, pero pronto Vania se cansó de jugar con su nana (que siempre la dejaba ganar).

—Mejor consígueme una buena cama —le pidió a Dolmia—. No me acostumbro a dormir en un sarcófago como una antigua. También te encargo unos cojines, una manta y revistas *Consanguíneos*.

Dolmia llevó lo que pidió, pero luego de un tiempo Vania tuvo otras

necesidades, y como la Flaca tardaba en ir a verla, encontró un método para llamar la atención: golpeaba el suelo con el tacón. Así pidió otra manta, una globusoda tibia, un mejor sillón, más galletas de costra.

—No puedo estar atendiéndote a toda hora —reclamó la Flaca, harta.

—Entonces manda a tus redis —sugirió Vania.

—No tengo. Entregué los que tenía a los depositantes, como dicta la ley —Dolmia le clavó la mirada—. ¿Sabes lo que me arriesgo al esconderte? Ni siquiera me agradeces. Eres una malcriada.

—¡Estoy traumatizada! Mi familia murió frente a mí, fue horrible —chilló Vania y la nana corrió a consolarla—. Además, soy una talismán. Te conviene tenerme, a donde voy llevo suerte y felicidad.

—Es Su Talismanitud Sagrada —agregó Dorina.

—Pues a mí no me ha tocado nada —la Flaca resopló—. Al contrario, ¡estoy gastando una fortuna en ti! Ayer te comiste dos pasteles de cuajo.

—Su Talismanitud está en desarrollo —anotó la nana.

—Dos pasteles no son nada para ti. ¡Eres rica! —recordó Vania—. Mi madre siempre me hablaba de tu colección de oro rojo. Tienes arcones, joyas, fuentes, estatuas.

La Flaca suspiró.

—¿Y cómo piensas que el intendente Siward me dejó conservar esta casa y la libertad? —Dolmia esbozó una sonrisa amarga—. Entregué toda mi colección al Nuevo Orden como gesto de lealtad y para que reconstruyeran el templo necromántico. Ahora Fedinia y yo estamos vendiendo los muebles, los libros de mis ancestros, lo que sea para sobrevivir. Además, aquí la rica en verdad eres tú.

—¿Yo? ¡Si también perdí todo! —saltó Vania, con tono lloroso.

—A Su Talismanitud solo le queda su juventud y belleza —recordó la vieja criada.

—...y unos anillos, varios broches y costosos collares —Dolmia lanzó una mirada a los almohadones—. ¿Crees que no sé que escondes joyas?

—¡Es lo único que me queda de mi fortuna familiar! —chilló Vania ofendida.

—Esas joyas eran de los Tarmelán, no tuyas —anotó Dolmia—. Si hasta tienen sus insignias.

—¡Son mías! —insistió Vania—. Por derecho de matrimonio con ese sombrío traidor.

—Como sea, he cumplido bastante —resopló la Flaca—. A partir de ahora, si quieres seguir en mi casa y comer como bestia del segundo reino, entonces coopera. Estaría bien para empezar uno de esos anillos.

Vania estuvo a punto de perder el sentido.

—O también puedes irte —propuso Dolmia—. Te aviso que la calle está llena de soldados y sé que a Siward le dará mucho gusto enjuiciarte.

—¡Pero yo no hice nada! —exclamó Vania.

—Exacto, no hiciste nada para detener el engaño y el escape de los Pozafría. Tus padres pagaron con su vida por tu error. En fin, piénsalo y no vuelvas a llamarme hasta que tomes una decisión.

Dolmia se marchó y dejó a Vania llorando de furia.

—Tranquila, mi ama —la nana le dio palmaditas—. Yo tengo un buen escondite, con unos compañeros.

—¡Calla, momia! —Vania la apartó—. ¡No voy a volver con esos criados miserables!

—Entonces buscaré alimento entre las ruinas —ofreció—. Algunas familias han estado bebiendo jugo de insecto. Dicen que hay unos gusanos que no saben tan mal.

—¿No oíste? ¡Cierra la boca, espantajo!

Vania soportó dos días sin comer (en realidad devoró las sobras de los otros días), mientras que su nana lloraba desconsolada por el martirio de Su Talismanitud. Finalmente, la nosferatu golpeó el suelo con el tacón y Dolmia subió con toda calma.

—Toma —Vania le tendió uno de los anillos—. Y tráeme esponjas de leuco y una globusoda... por favor.

Dolmia la miró casi sorprendida:

—¿No estás molesta por desprenderte de esto?

—Soy una talismán —recordó Vania—. Estoy por encima de las cosas materiales.

Dolmia tomó el anillo, sí que era bonito, de oro rojo trenzado con una letra V; seguro había sido de la famosa Veranda Tarmelán. Al fondo, la nana lloraba impresionada por la bondad y desprendimiento de su ama.

Vania tuvo que ocultar su furia, se recordó que era una talismán y, tarde o temprano, iba a recuperar su fortuna y todos los que la humillaban iban a pagar. Ese deseo de venganza se volvió el mejor de los consuelos.

Capítulo XII
UNA (CASI) AMIGA

En poco tiempo, el Pequeño Concejo de Imogene (como se le llamó) tuvo un éxito fulminante. Los habitantes del nido sagrado de Anub preferían ir a la casa de los Pozafría para resolver problemas. Servía mucho la sensatez de Imogene, la crueldad de Lavinia y la experiencia de los viejos Abasi y Augustus (la de mamá Uyü no tanto, siempre estaba dormida). Lo mejor de todo es que los trámites eran mínimos, rápidos y concretos. Resolvían desde cuestiones domésticas de convivencia y suministros hasta simplificación de algunas reglas. Había tanto trabajo que Imogene solicitó la ayuda de los sanguazas Osric, Antífolo y Dromio, para que fungieran como secretarios. Pronto Gusanos se dio cuenta que era poco práctico trabajar con una funda de almohada cubriéndole la cara, así que comenzó a abrir el agujero hasta que al final traía la tela como turbante.

Por su lado, Lina continuaba con su entrenamiento en los cuarteles de los talismanes. Si bien no había avanzado demasiado en sus destrezas (y Benvolio no volvió a llamarla "linda" ni "hijita" frente a los demás), ya no se sentía tan sola como al inicio. Tenía a Ludmila, que era casi una amiga... o al menos le hablaba. Le pasó manuales para aprender baskio básico y la asesoró en algunas prácticas de lucha de contrarios.

—No debes ser mala en todo, es imposible —razonó—. He notado que tu respuesta es 15.6 veces más lenta que la del resto, tu puntería es 38.3 veces peor y eres 42.3 veces más débil.

—Pues para mí eso suena a que soy un desastre —observó Lina, descorazonada.

—No, no en todo —aseguró la joven guerrera—. La última vez que estuvimos en entrenamiento conseguiste igualar a Ermo en invasión de campo.

—¿Y eso es bueno?

—Es una táctica de lucha de contrarios —explicó la joven talismán—. Aprovechas un punto ciego del oponente para acercarte a él. Tal vez lo haces sin pensar. Eres escurridiza.

Lina sonrió, al menos le salía una de las mil quinientas treinta y seis técnicas del arte marcial. Ahora le faltaba el resto.

A Lina no le caían mal los demás talismanes, incluso podía entenderlos; en su obsesión por el conocimiento y por ser perfectos, vivían en permanente ansiedad. Además debían sufrir una mella (como Lina misma), aunque a nadie le gustaba hablar de sus defectos. Lina intentaba adivinar cuál sería su punto débil. Chestibor sí que era tan listo, pero era imposible de querer, tan pesado. Dragoslav y Dragomir, a pesar de su fuerza y tamaño, eran demasiado sentimentales. Cuando escribían cartas a su familia, los dos se ponían a llorar sin control. La misma Ludmila podía ser exacta pero fría como las matemáticas, y el bajito Ermo solo una cosa hacía mal: tocar música; curiosamente era lo que más disfrutaba. Al término de los entrenamientos, tañía el laúd. "Es que mi dedos son pequeños", se excusaba entre notas destempladas.

—Suspiras mucho, ¿extrañas a alguien? —preguntó Ludmila a Lina, justo en una de las pausas musicales.

—A mi madre, que ya murió, y también a Gismundus —reconoció Lina sin entrar en detalles.

—No sabía que tuvieras un hermano.

—Es mi novio... —rápidamente Lina reviró la pregunta para no entrar en detalles—. ¿Y tú?

—Pues no tengo novio ahora —reconoció Ludmila—. Aunque me gusta alguien y me está desconcentrando porque hay ochenta y ocho por ciento de posibilidades de que seamos compatibles.

—¿Entonces es alguien de aquí? —Lina respingó, cómplice.

Ludmila asintió y agregó en voz baja:

—Pero no importa, voy a sacármelo de la cabeza. No podemos distraernos. La prioridad es el Día de la Liberación.

La talismán no quiso hablar más, pero Lina estaba segura de que era Dragomir. Muchas veces los había visto estudiando juntos y alguna vez Ludmila comentó que el enorme umbrío tenía uno de los mejores cuerpos que había visto en su vida. Parecía un coloso.

Al día siguiente Lina se lució en el entrenamiento de lucha de contrarios. Consiguió escurrirse y llegar por detrás de Chestibor.

—Esa es táctica de invasión de campo —reconoció Ben.

—Tal vez es mi punto fuerte —comentó Lina con cierto orgullo y miró de reojo a Ludmila.

—No, al contrario, Rosalina —señaló Ben—. Serviría si luego tuvieras

fuerza para atacar. De momento solo te acercas y te pones en mayor riesgo. Te falta mucho.

Aunque ella misma se lo pidió, Lina no se acostumbraba a que su padre fuera tan seco y la llamara por su nombre completo, pero confiaba en que eso le daría algún respeto con los demás.

Al día siguiente aparecieron los dos instructores: Benvolio y Arminius Vámbéry, los acompañaba el tío Calibán, con el aspecto terroso de siempre. Convocaron a una reunión general de Talismanes en uno de los patios internos.

—Quedan menos de cuatro semanas —comenzó Vámbéry—. Es el tiempo que tenemos para completar el Día de la Liberación. Todo urge: hay que reunir armamento, preparar y coordinar cuarenta y nueve batallones, terminar los entrenamientos y ganar esta guerra... pero para que sea posible se necesita antes algo, ¿alguien lo recuerda?

—...los accesos por Tierras Umbras —respondió Lina. Al menos fue la primera en contestar.

—Exacto. Es la única manera de mover a nuestro ejército —asintió el soldado—. Urge hacer acuerdos con la tribus salvajes para que nos permitan el paso...

—Por eso estamos preparando una comisión diplomática que irá a Tierras Umbras —Ben tomó la palabra—. Es un lugar particularmente peligroso e inhóspito, y esta tarea clave la llevaremos a cabo nosotros, la Legión Alfa.

Hubo un breve murmullo entre los talismanes, de emoción y nervios.

—Esto es doblemente importante —remarcó Vámbéry—. Luego del fracaso en Ubus, los Once Sabios quedaron desilusionados de nuestro desempeño. Es el momento de redimirnos y demostrar que somos un grupo de élite.

—Lo haremos perfecto —aseguró Chestibor, confiado—. ¿Y cuándo salimos?

—Momento, no es tan fácil —Ben esbozó una sonrisa—. La legión se va a dividir en dos equipos y haremos pruebas. Solo los que tengan mejor puntaje irán a Tierras Umbras.

Se hizo un sorteo y a Lina le tocó con el bajito Ermo y Ludmila su (casi) amiga. La primera prueba fue ese mismo día, en una de las grandes bibliotecas del palacio del Gran Concejo.

—Antes de ir a cualquier sitio deben informarse sobre este —explicó Vámbéry—. Costumbres, historia, peligros, naturaleza —señaló unos libros—. Aquí debe haber bastante información del segundo reino. Hay material para estudiar durante años.

—Pero solo tienen tres horas para buscar información clave —explicó Ben—. Reúnan lo que consideren útil para la misión. No pueden entrar

con papel ni lápiz, confíen en su memoria y buen juicio. Al final evaluaremos qué eligieron.

¿Tres horas para obtener información clave de todo un reino? "Eso es absurdo", pensó Lina. La biblioteca debía tener unos treinta mil volúmenes para escarbar, entre estanterías y archiveros, las repisas tenían cuatro metros de alto y escaleras con barandillas.

Los equipos se unieron para decidir los criterios de búsqueda.

—Podemos concentrarnos en experiencias de otros viajeros —propuso Ludmila—. Si alguien ya hizo ese recorrido, seguro dejó unas memorias o testimonios útiles.

—Bien, yo puedo revisar libros en treinta y un idiomas —propuso Ermo—. Lina concéntrate en... lo que entiendas. ¿Alguna duda?

—Sí, dos cosas —intervino la humana—. ¿Hay algún fichero de temas?, ¿...y qué hace eso ahí?

Señaló una vitrina al centro de la biblioteca, dentro había gusanos de las profundidades, unos diez. Lina los había visto alguna vez. Tenían un aspecto inquietante (es decir, feo): cuerpo anillado y húmedo, de color piel o blanco lechoso. Uno era particularmente enorme, se asemejaba a una anaconda de unos tres metros de largo.

—No veo ningún fichero, tal vez se los llevaron —Ludmila examinó alrededor—. Y los de la vitrina son wabus. Algunos soldados los crían como mascotas o algo así.

—¡Basta! ¡Empecemos con la prueba! —apuró Ermo.

El otro equipo, integrado por los gemelos y Chestibor, ya estaba en ello. Reunieron a toda prisa la mayor cantidad de libros, atlas y tratados del segundo reino. Nadie prestaba atención a los enormes gusanos que se retorcían de manera plácida.

Después de explorar en los niveles más altos, Lina encontró una sección de libros en castellano antiguo e idioma ladino (que apenas entendía). Hojeó rápidamente *Historias de horror de la raza caníbal umbra*, de Althalos el Nervioso; parecía entretenido, pero seguramente no le iba a aportar nada práctico. En todo caso parecía más útil *Crónica espeleológica de mi viaje al segundo reino*, de Gloriana la Honda, y *Un estudio personal de minerales y rarezas de las Tierras Umbras*, de Asher el Árido, que además tenía hermosas láminas para ilustrar las colosales grutas.

—Miren, también hay compendios —Lina se acercó a sus compañeros, que encendían las lámparas de gas para estudiar mejor—. Traen resúmenes.

—¿Quieres guardar silencio? —pidió Chestibor desde el otro lado de la mesa. Aplicaba lectura rápida para estudiar un libro tras otro, le bastaban dos minutos para cada uno—. Algunos necesitamos concentración.

—Revisa lo que creas conveniente —murmuró Ludmila.

Lina se sentó y llevaba apenas media hora estudiando *Las mejores crónicas de los grandes exploradores de la Tierra Umbra*, de Mirabelle la Rasquiñosa, cuando oyó un ruido. Miró de reojo a los otros talismanes, todos estaban concentrados (Ermo tenía la capacidad de leer tres libros al mismo tiempo: uno con cada ojo, y un tercero en Braille). Ludmila subió a una escalera para buscar diarios de viajeros.

¡Ploc! Se oyó de nuevo, esta vez más fuerte. Lina detectó que el sonido provenía de la vitrina. El gusano más grande golpeaba las paredes de cristal con la cola. Volvió a repetir el movimiento y el mueble se cimbró

—Algo le pasa a ese bicho —observó Lina.

La criatura se retorcía de manera rápida; parecía molesta.

—Seguro tiene hambre o sed —Lina señaló—. Hay que avisar a los instructores.

—¿Qué dije hace rato? —exclamó Chestibor—. ¡Estamos estudiando!

Entonces el wabu golpeó tan fuerte el cristal que abrió un boquete y escapó de la vitrina, reptó desesperado, golpeando las patas de las sillas.

—¡Se los dije! —gritó Lina—. Hay que hacer algo.

El gusano dejaba un camino de baba y se deslizó a toda prisa hasta que topó contra un muro. En apariencia no tenía ojos, pero abrió una gran boca con ventosas, con las que intentaba otear.

—Yo no me acerco a eso—advirtió el enorme Dragomir.

—Vámonos a un sitio más tranquilo —suspiró Chestibor.

Y cargando una torre de libros, el segundo grupo abandonó la biblioteca.

Lina puso el volumen que estaba leyendo en el hueco de la vitrina para que no se salieran los demás gusanos.

—Ayúdenme a regresar esa cosa a su sitio —propuso Lina a su equipo —. Antes de que ensucie todo o nos ataque.

—Pero que sea rápido —advirtió Ermo de mal humor—. ¡Falta mucho por estudiar!

La tarea no resultó nada fácil: el gusano era resbaladizo y se escabulló entre unos anaqueles. Luego, al intentar sujetarlo se defendió con fuertes coletazos y tiró algunos archiveros.

—Podemos partirlo en dos —propuso Ludmila—. Traigo mi daga de emergencia.

—¡No! Pobrecito —Lina se interpuso—. Además no es nuestro, seguro es de la biblioteca o de un soldado. Solo hay que buscar algo en dónde transportarlo.

Ermo vació una gaveta y se acercó, decidido, pero el animal hizo algo insólito.

—Está lanzando algo —advirtió el talismán bajito.

—¡Cuidado! Puede ser veneno —Lina tomó aire—. ¡A un lado!

Usaron la misma gaveta como escudo para protegerse de una sustancia gelatinosa y amarilla que salía disparada en todas las direcciones. Después de unos minutos, el wabu se quedó muy quieto. Lina y su equipo pudieron acercarse a revisar.

—Son huevecillos —Ludmila estudió la sustancia—. Están por todos lados, hasta en el techo y paredes.

—Vamos a limpiar —propuso Lina—. Será rápido.

Tampoco lo fue. Usaron un mantel y otras gavetas, tanto para contener al gusano como para guardar los huevos. Al final, cuando todo estuvo ordenado y casi limpio, entraron los demás talismanes a ocupar sus asientos, junto con Vámbéry y Benvolio.

—¡Qué! ¿Ya pasaron las tres horas? —Ermo estuvo a punto de un colapso.

—Tres horas y un minuto —confirmó Ben—. Díganme, ¿qué encontraron?

El primer equipo en levantar la mano fue el de Chestibor.

—Nosotros nos concentramos en el origen del segundo reino —el talismán se aclaró la voz—. Antes que nada debemos saber a dónde nos dirigimos. Hay varias teorías sobre el nacimiento de los umbros. Por un lado, Fendrel el Pertinaz asegura que estas criaturas comparten con nosotros un ancestro común, aunque ellos continuaron con su propia evolución o involución en las profundidades ignotas. Por otro lado, Emeline la Rígida menciona que los umbros son umbríos con mutaciones genéticas. Se separaron de nosotros hace treinta mil años, en la llamada Dinastía Sangrienta, cuando el rey Baast el Terrible dictaminó que los umbríos nacidos con malformaciones debían ser apartados y mandó construir un sitio llamado Bomarzo, o el Nido de los Monstruos. Las criaturas escaparon a las grutas más profundas y sus descendientes, todos monstruosos y terribles, son lo que hoy llamamos umbros.

—La teoría del Nido de los Monstruos aún no tiene respaldo histórico, pero es un bonito mito —reconoció Vámbéry—. ¿Qué más investigaron?

—Sabemos casi todo sobre su grado de civilización —fue el turno del enorme Dragoslav, que comenzó a recitar de memoria—. Se encuentran en la edad lítica o de piedra. Estudiamos varios tratados para hacer contraste de datos.

—Coincidimos en que su carácter nómada les ha impedido desarrollar una cultura estable —completó el hermano Dragomir—. Tienen algunos campamentos, pero básicamente se dedican a la caza y su tecnología es muy rudimentaria. Practican una religión animista y tienen rituales básicos de protección para obtener alimentos y librarse de enfermedades...

—Entiendo, un enfoque socio-histórico —los detuvo Ben—. ¿Y el otro

equipo no va a agregar nada?

—Empezamos a estudiar crónicas de viajeros —comentó Ludmila, en voz un poco baja—. Elegimos algo práctico, para conocer los peligros y retos que enfrentaron otros expedicionarios. Las exploraciones comenzaron hace unos tres mil años...

—Interesante elección —reconoció Ben—. ¿Y qué testimonios importantes encontraron? ¿Hicieron algún resumen?

—Bueno... no alcanzamos a llegar a ese punto —Ermo miró con reproche a Lina.

—Tuvimos que resolver un problema —Lina apuntó hacia las gavetas —. El wabu grande rompió el cristal y escapó. Parecía rabioso, hasta soltó huevecillos. El otro equipo ni siquiera nos ayudó. Tardamos en limpiar y, como no había agua, usamos lo que encontramos...

—Rosalina, deja de dar tantas explicaciones —Ben se masajeó las sienes—. ¿Me puedes decir cuál fue la instrucción de esta prueba?

—Encontrar información clave y útil para la misión —recordó Lina, tensa—. Pero no contemplamos que teníamos que luchar con un gusano...

—¿Luchar? ¿De qué hablas? —el ceño de su padre parecía cada vez más hondo—. Esto se pudo remediar en dos minutos. ¿De dónde vienen los wabus?

—De abajo, del segundo reino —Ermo levantó la mano.

Benvolio fue hasta uno de los estantes, tomó un libro con el título de *Criptozoología umbra* y lo hojeó.

—Aquí mismo estaba la respuesta —señaló—. En el capítulo nueve explica que los wabus no son mortales ni peligrosos. Tampoco sufren de rabia —miró a Lina de reojo—. Básicamente se alimentan de tierra y son excelentes purgadores. Pueden detectar el veneno y extraerlo del organismo; por eso los viajeros siempre llevan uno consigo. Las hembras adultas son más grandes. Y aunque son criaturas ciegas, su piel es sensible a la luz, que los estresa, sobre todo en el periodo de desove. Si hubieran atenuado las lámparas de gas, la wabu se habría quedado tranquila.

—¿Creen que estos gusanos estaban aquí por casualidad? —preguntó Vámbéry.

—¡Eran parte de la prueba! —reconoció Chestibor, azorado.

—Al menos nosotros atendimos a los wabus —suspiró Lina.

—Pero mal. De nada sirve el conocimiento acumulado si nadie lo usa —Ben señaló las estanterías—. Como tampoco sirve reunir datos que se vuelven inútiles cuando el entorno te exige que resuelvas otra cosa —miró de reojo al otro equipo.

—Pero estudiamos y memorizamos varios libros —Chestibor intentó defenderse—. Tenemos cientos de datos que pueden servir para una posible misión.

—Solo por eso su equipo tiene un punto —concedió Vámbéry.

El otro grupo no obtuvo nada, claro. Lina se sintió culpable por perder el tiempo con los gusanos. Al menos los otros talismanes no parecían tan molestos, ninguno se había dado cuenta de la verdadera prueba.

—Pero de ahora en adelante yo doy las órdenes en el grupo —avisó Ermo.

—Qué pena con Benvolio —era lo que mortificaba a Ludmila—. Va a creer que somos imbéciles. Bajamos doce por ciento de buena percepción.

Ese mismo día Vámbéry mandó llamar a la sala de estudio a cada talismán. Sobre la mesa había un arcón redondeado semejante a un gran huevo de metal.

—Adelante, Lina, toma uno —señaló el instructor.

La joven se asomó y vio un montón de gusanos húmedos y blancuzcos, no mayores a un dedo humano, sobre una capa de tierra.

—Más wabus —confirmó sorprendida.

—Pero estas son crías, tienen apenas una semana —explicó el soldado —. Cada talismán debe adoptar una, cuidarla y alimentarla. Necesitan establecer un vínculo con su wabu para que después les sirva como extractor de ponzoña. En el segundo reino hay demasiadas cosas venenosas, ya lo verás... si es que te toca ir, claro.

No sin cierto temor, Lina tomó un wabu, uno rosa pálido con motas, el más pequeño. Lo llamó *Sig* (*Gis* al revés).

Además de las pruebas, seguían las prácticas de lucha de contrarios. Y aunque Lina seguía destacando en la técnica de invasión de campo, todas las veces que conseguía acercarse a un oponente Ben le daba un rápido toque en la frente con el dorso de la estaqueta de entrenamiento.

—En este punto ya estarías muerta, Rosalina —señalaba—. Si no desarrollas una técnica adicional como derribo, bloqueo o golpe con estocada, lo que haces es una tontería.

Lina sí que intentaba aplicar esas técnicas, pero no tenía la fuerza ni la rapidez suficientes. Tal vez las peleas no eran para ella. Estaba pensando en si no sería una carga acompañarlos a la misión de las Tierras Umbras.

Cada día era correr, estudiar, entrenar, practicar con las armas, comer en cinco minutos, asearse en tres y seguir. El único momento de descanso era cuando Ermo tocaba el laúd (mal) y las veces que Mirko llevaba la correspondencia. De momento, Lina seguía recibiendo solo cartas de Osric, que nunca creía en sus respuestas.

> ¿...la peor de la legión de talismanes? ¡Ji ji! ¡Eso es imposible! No hay nadie más bonita, inteligente y valiente que tú. Cuando termine la guerra serás más famosa y harán himnos y obras de teatro en tu honor, ¡las mías serán las primeras! Estoy pasando en limpio tu biografía, aunque no tengo mucho tiempo. ¿Te dije que estoy trabajando con la abuela? ¡La gente me respeta tanto que me dan ganas de llorar!

Te quiere mucho tu primo y biógrafo oficial: ¡Osric!

Posdata 1. ¡Ya quiero que sea tu día libre para poder vernos!

Posdata 2. Oye, ¿qué se le regala a una niña humana? Va a ser cumpleaños de Mildred. ¿Está bien un pie de muerto para que haga experimentos?

Los que seguían recibiendo costales de cartas de admiradores eran los gemelos. Dragomir respondía cada misiva, mientras que Dragoslav prefería ponerse a practicar manejo de armas con Chestibor y Ermo.

Al final del día, Lina normalmente encontraba a Ludmila en la sala de estudio.

—¿Estás bien? —le preguntó al verla mordisqueando un lápiz, casi lo había deshecho entre los colmillos.

—Necesito aprender más técnicas de lucha de contrarios. Solo así podré sacármelo de la cabeza.

—¿Sigues pensando en tu enamorado? —sonrió Lina.

—No es mi enamorado, no es nada, solo una distracción —Ludmila abrió otro libro—. Pero ocupa veintiséis por ciento de mis pensamientos mientras estoy despierta.

—Yo que tú hablaría con él.

Ludmila abrió mucho la boca y los ojos, se le cayó el libro que sostenía en las manos.

—Imposible. Lo importante ahora es la misión a Tierras Umbras y el Día de la Liberación, no pensar en asuntos románticos.

Y dicho esto, la guerrera fue a buscar más pilas de libros.

Pero Lina sí que pensaba en Gis, sobre todo cuando se iba a dormir agotada, adolorida por los entrenamientos y llena de frustración por un mal desempeño en el día. Le daba de comer tierra con semillas a Sig y se repetía que todo ese sacrificio ayudaría a detener la guerra y a encontrar a Gis.

¿Dónde estaría? Tal vez había perdido la memoria o estaba en una prisión, refugiado en otro nido, ¡o buscándola! Lina no dejaba de hacer un montón de hipótesis, pero en todas Gis estaba vivo. Era una flama con la que calentarse en la fría oscuridad.

Capítulo XIII
BOLSAS DE COMIDA

Dormir en la biblioteca subterránea de Tarmelán era incómodo y frío, su tía lo regañaba todo el tiempo, ¡pero estaba libre! Ahora Gis apenas podía conciliar el sueño entre los llantos, los quejidos y el mal olor de la prisión.

No recuperó su estaqueta Clontarf, nadie le creyó que era suya, valían una fortuna y los soldados se la llevaron. Entre tres tuvieron que cargarla, el arma se negaba a separarse del dueño.

Con la golpiza Gis perdió el sentido y cuando despertó descubrió que estaba en una celda más grande, con una veintena de humanos. Cerca de él había un hombre grande en posición fetal. Al intentar ponerse de pie, Gis se dio cuenta de que tenía las manos esposadas e iba descalzo.

—¿Estás bien, muchacho? —escuchó una voz. Era un hombrecito de bigote, de cara redonda, conservaba los restos de un colorido traje rosa pastel.

¿Cómo responder a esa pregunta? Al menos seguía vivo, era ganancia.

—Me duele la cabeza —reconoció Gis con voz arrastrada.

—Claro, pobre, si casi te la revientan —dijo alguien más. Era una mujer asombrosamente parecida al primer hombrecito, aunque con menos bigote—. Debes tener hambre. Al fondo hay de comer y beber.

Gis no estaba seguro de si había entendido. Se levantó mareado, cruzó entre otros humanos sucios y asustados. Se oía el llanto de un bebé. En una esquina de la celda, en el suelo, había un contenedor con un potaje amarillento, al lado un balde que servía para contener el excremento y la orina de todos. El olor era espantoso.

Gis escuchó unas cansadas risas.

—¡Todos ponen esa cara! Pero es verdad —aseguró el hombrecillo—. La cosa amarilla de al lado es comida. Es una pasta de raíz y en la boquilla

de metal sale agua.

Gis lo comprobó, era una papilla insípida, había que usar las manos o meter la cara directamente al contenedor. Entendió la lógica. Los depositantes habían puesto la comida en el suelo, junto con el balde de excrementos, para humillar a los presos y que quedara claro que estaban al nivel de las bestias.

El dolor de cabeza disminuyó un poco y Gis se dio cuenta de que estaban en el viejo templo de las sibilas. En su mejor época había sido un sitio precioso, el más sagrado de Ubus, con candelabros de cristal verde y tres grandes cúpulas; pero a la llegada de los depositantes, con su religión basada en la necromancia, hicieron su propio templo y el de las sibilas se convirtió en un gran corral para almacenar humanos. Gis calculó unas cincuenta celdas, todas llenas de presos aterrorizados y llorosos, familias completas. A toda hora se oían gritos, llantos, gimoteos de niños pequeños. Todos habían cometido el mismo "delito": ser tibios. No tenían derechos como los umbríos, no en ese lugar.

La mayoría de los compañeros de celda de Gis era del Barrio Tibio de Ubus. Humanos cuyos bisabuelos y tatarabuelos habían comerciado pacíficamente por años en los nidos. Entre ellos estaba el hombrecillo de bigote y su hermana; cometieron el error de quedarse para proteger sus diez tiendas.

—Pensamos que podíamos negociar con los depositantes, les dimos la mitad de nuestra fortuna —aseguró el comerciante—. Pero al final nos quitaron todo y nos trajeron aquí.

Por otro lado había una mujer que cargaba a un bebé, escapó pero la detuvieron en el túnel de La Escarpada junto con un grupo grande. A los que se resistieron los habían matado en las grutas y el resto terminó en las jaulas.

—Pero mi marido nos va a sacar —aseguró la mujer con voz temblorosa—. Debe estar hablando con los líderes depositantes.

Explicó que su esposo era umbrío, formaban una familia disanguínea, aunque el niño había nacido humano y era demasiado pequeño para la conversión. El pobre no se separaba de su madre, parecía muy asustado, llevaba un mameluco amarillo.

Uno de los casos más curiosos era el del hombre corpulento echado al fondo de la jaula. Tenía un rostro raro, se había infiltrado algún tipo de relleno para conseguir rasgos afilados y llevaba implantes dentales con colmillos de resina. Resultó que era el director de la Casa Hemoglobina, que contaba con ciento cincuenta miembros. Gis había oído algo de los *umbrianos*, eran humanos que adoraban a los umbríos. Por alguna razón, no podían hacerse la conversión, pero dedicaban su vida a emularlos. El hombre había llegado al nido con su gente, justo antes de que se sellaran

los accesos.

—¿Y a qué vinieron? ¿A unirse a Siward Lamprea? —exclamó la comerciante.

—Como sea... nos arrestaron a todos —reconoció el umbriano y se llevó la mano a la clavícula, llevaba un vendaje ensangrentado—. Si no eres umbrío... para los depositantes no eres nada.

—Sí somos algo, alimento —señaló el comerciante—. No les conviene matarnos, ¡se quedarían sin suministro de sangre!

—Pero te desaparecen cuando te ven muy débil —la madre, preocupada, abrazó al bebé con más fuerza—. O cuando te escoge la Tersa. Ya nunca vuelves...

—¿Quién es la Tersa? —Gis se atrevió a preguntar.

—Créeme, no quieres saberlo —rumió el umbriano—. Trabaja del otro lado.

El espacio del templo lo habían dividido con páneles de metal y alambradas. A veces, desde el fondo se oían gritos ahogados y salía un olor acre, ferroso, sanguíneo.

Gis tenía muchas dudas. Algunas jaulas las vaciaban de un día para otro y a los ocupantes los desaparecían para siempre. ¿De verdad los tenían ahí como ganado para exprimirlos? Aunque técnicamente él no era un humano, era un sombrío, para ellos similar a un umbrío enfermo. ¿Y si hablaba con alguien? Aunque, ¿qué diría? Le daba mucha pena ver a los demás tibios, al bebé del mameluco que no dejaba de llorar, a la mujer que seguía esperando a su marido, al umbriano que parecía cada vez más débil, hasta que una mañana ni siquiera se pudo poner de pie. Gis le tocó frente, ardía en fiebre. Al darle la vuelta se le cayó el vendaje dejando al descubierto una herida que despedía un olor fétido.

—Estoy bien... —le dijo el umbriano—. Solo necesito dormir un poco.

Gis sabía que eso no estaba bien y se pondría peor. Mojó uno de los trapos y enjuagó la herida, no era suficiente. Había visto en un escritorio a la entrada algo que parecía un botiquín con gasas y frascos de mercurocromo. Si los tibios eran tomados como animales, al menos debían cuidarlos, dedujo Gis. Se acercó a las rejas para llamar a un celador.

—Disculpe... Necesito algo de desinfectante, por favor —pidió con amabilidad.

—Silencio —ordenó el umbrío—. Lo que necesitan está dentro.

—Es para la herida de uno de nosotros. Creo que tienen algo allá.

—Dije que silencio, no lo voy a repetir —el vigilante golpeó los barrotes con el bastón de castigo.

Gis sabía que si la infección se extendía, el umbriano moriría en poco tiempo.

—Por favor, no volveré a molestar —pidió Gis por última vez.

El vigilante resopló, se acercó a la puerta de la jaula y por un momento Gis pensó que lo había convencido. Las esperanzas se derrumbaron cuando el chupasangre lo sacó a rastras y le puso un bozal de cuero con una mordedera al interior, ajustó la gruesa correa alrededor de la cabeza y arrastró al muchacho hacia una mesa cercana a los paneles de metal. Para que no intentara escapar, enganchó las manos esposadas a un garfio.

—Tenemos otro agitador —dijo a alguien.

—Déjamelo, ahora me encargo —respondió una voz que parecía tener púas.

Gis se giró para ver a quien estaba detrás. Era una chupasangre enorme, vestida con un sucio mandil de goma. Por su aspecto, la piel cubierta de granos duros como piedrecillas, intuyó quién era y sintió pavor. Estaba frente a La Tersa.

Benvolio seguía cumpliendo la petición de Lina, era muy estricto con ella. Le exigía horas extra de entrenamiento, dar más vueltas al patio para mejorar su condición física. No le perdonaba ningún error, si llegaba unos minutos tarde debía cumplir una tarea adicional al final del día. Y a pesar de todo el esfuerzo, Lina no estaba segura de si los demás talismanes la veían con más respeto... o si al menos la veían.

Esa tarde a Lina le tocaba ordenar los libros del salón de estudio cuando entró Vámbéry.

—¿Qué haces aquí a esta hora? —el soldado vio los volúmenes fuera de los estantes—. Espera, te ayudo.

—Gracias, pero no te molestes, se supone que tengo que hacerlo yo —Lina se apartó un mechón de pelo de la frente sudorosa.

—No es molestia... y dime —el soldado fijó sus ojos verdes en ella—. ¿Cómo te has sentido?

Lina suspiró. ¿Qué responder a eso? ¿Frustrada? ¿Torpe? ¿Débil? ¿Poco inteligente? Todas las respuestas parecían deprimentes.

—Vámbéry, ¿te puedo hacer una pregunta? Y, por favor, sé sincero —Lina tomó aire—. ¿Crees que merezco estar en la Legión Alfa? Puedes decirme lo que sea, es posible que se hayan equivocado o...

—Lina, eres perfecta para la legión —repuso el soldado, sin dudar—. Tal vez no ves tu avance, pero yo sí me doy cuenta. Eres muy inteligente y tienes lo mejor de tus padres: la sensibilidad de Benvolio y la voluntad inquebrantable de Marcia.

Al oír el nombre de su madre, Lina sintió un dolor en el pecho, el dolor

de una herida que nunca cerraba.

—Era una mujer extraordinaria —aseguró el soldado—. La conocí de joven.

—Lo sé, la tía Bety me contó todo —repuso Lina sin dejar de ordenar —. De cuando ella y mamá eran parte de tu comando de cazavampiros.

—Ah, ¿también te dijo eso? —Vámbéry rio nervioso—. ¡Eso debo borrarlo de mi expediente!

—No lo hagas, para mí es importante. Gracias a ti mis padres se conocieron.

—Porque mandé a Marcia a que le clavara una estaca a Ben —carraspeó Vámbéry—. Lo bueno es que después pudimos hacer las paces. Cuando trabajaba en la Asociación de Familias Disanguíneas pude ayudar a tus padres en Madrid.

—Tía Bety no me contó esa parte —reconoció Lina.

—Porque no la sabe. Verás, tú eras muy pequeña y la Asfadi les había conseguido un piso en la zona de Quevedo. Todo iba bien hasta que comenzaste a sufrir pesadillas, te daba miedo una muñeca. En la Asfadi nunca tomamos nada a la ligera, y menos con los antecedentes de Ben. Hicimos una investigación y pusimos cámaras. Descubrimos que tu miedo provenía de la ventana donde estaba la muñeca... los videos se dañaron, pero conseguimos rescatar algunas imágenes. En las noches se mostraba una presencia... te pedía que abrieras.

—Luna Negra... —murmuró Lina.

Un recuerdo brumoso vibró al fondo de su memoria y sintió como si un dedo helado le bajara por la espalda.

—Exacto. De inmediato moví a tus padres a otro país —siguió Vámbéry —. Les conseguí pasaportes con nombres diferentes, trabajos, dónde vivir. Al principio pensamos que habíamos librado el peligro, pero luego descubrimos que no. Esas noches Luna Negra puso sellos en tu destino, para que nadie viera lo que iba a hacer contigo después.

—Y funcionó, caí en cada una de las trampas —reconoció Lina, frustrada.

—No lo sabías, ¡nadie! El plan de los Bromio se gestó un siglo antes de que tú y yo naciéramos. No tiene caso culparnos —suspiró—. Mejor dime una cosa, ahora te toca a ti responder y, por favor, sé sincera.

Lina asintió.

—¿Qué le gusta a Bobby? —preguntó el soldado—. Le he regalado libros incunables y un casco que le perteneció a Alejandro Magno, pero siempre termina aburrido, molesto...

Lina sonrió para sus adentros. Vámbéry podría dirigir un ejército en el inframundo, tener un poder de influjo, pero no sabía qué hacer con su hijo preadolescente.

—Con un videojuego de zombis basta —reveló—. También llévalo al cine a ver algo donde salgan robots, cómprale el combo más grande y es todo, va a estar feliz.

Vámbéry se fue agradecido, como si Lina le hubiera dado el secreto del Arca de la Alianza.

Al día siguiente Lina apenas alcanzó a desayunar medio platón de cereal cuando Mirko entró al comedor para anunciar que todos los talismanes debían acompañarlo.

—Los instructores los esperan —hizo una seña—. De prisa.

—Seguro es otra prueba de equipo —aseguró Chestibor, con emoción.

El mayordomo los llevó hasta una puerta colosal del palacio del Gran Concejo. Ahí estaban Benvolio, Vámbéry y Calibán. En efecto, había otra evaluación.

—Ahora tienen dos horas —explicó Ben—. Deben investigar cuáles son los mejores métodos para llegar a Tierras Umbras. Solo información precisa, la clave es lo práctico. Veamos quién lo hace mejor.

Los dejaron solos y al traspasar las enormes puertas Lina quedó pasmada. Era la gran galería de mapas y crónicas del Mundo Umbrío. El sitio tenía la particularidad de que todos los muebles eran de metal, empezando por las sillas, mesas, anaqueles, archiveros, vitrinas, lámparas y hasta la duela del suelo. Entendió por qué decían que quien gobernaba Anub dominaba todo el tercer reino. El primer propósito de esa habitación era resguardar los mapas de los setenta y siete nidos, con todos sus detalles. Desde el croquis general de las ciudades con sus avenidas, callejones, canales, minas, ríos y colinas, hasta los planos de cada edificio, como mercados, teatros, palacios, oficinas de gobierno, templos y casas particulares. Por ley, quien construyera algo en el tercer reino debía enviar una copia de los planos a Anub, que se guardaba en esa sala. Si la construcción se modificaba, había que notificarlo también. Además, cada mapa estaba acompañado de una crónica y se organizaban por época. Había archivos de doscientos, de cuatro mil años de antigüedad. Si por algún motivo un nido era destruido, se podía reconstruir justo como estaba antes de la catástrofe (siempre y cuando se tuviera el dinero y los trabajadores para ello, claro).

—Hay algo que no entiendo —comentó Lina—. Si aquí se guarda toda la historia y los mapas del inframundo, el sitio es un poco pequeño, ¿no?

Había una docena de anaqueles, vitrinas y archiveros, pero el espacio en general era como el de una biblioteca mediana. Apenas unos diez metros de largo por cinco de ancho.

—No te dejes llevar por la primera impresión —apuntó Ermo—. La gran galería de mapas y crónicas es casi infinita. Leí en un libro que tiene un truco. Ayúdenme a encontrar las palancas.

—¿Como esta? —Ludmila señaló una de mango amarillo al lado de una mesa.

Lina se topó con otra que parecía de automóvil, se desplazaba sobre ranuras en cuatro puntos cardinales y al lado había tres pedales.

—Ahora vean lo que pasa —Ermo empujó la palanca hacia arriba mientras presionaba el pedal derecho.

Al momento se escuchó el ruido de engranes y una parte del suelo se convirtió en una escalera que subía a otro nivel de estantes. Ermo jaló la palanca y presionó dos pedales, y con ello se movieron dos mesas sobre unos rieles ocultos y al llegar a la pared giraron, para mostrar en su lugar otras vitrinas.

—Estamos en la sala de visionado —explicó Ermo—. Los verdaderos archivos están atrás, en miles de contenedores. Los traes al accionar alguna de las palancas y sus combinaciones con los pedales.

Lina reconoció que el concepto era alucinante. En lugar de recorrer pasillos interminables con papiros, podías hacer que la galería de mapas y crónicas trajera a ti lo que querías buscar. La habitación era un rompecabezas o puzzle mecánico que se movía por partes. Los muebles estaban ensamblados al milímetro para recorrerse, girar, desaparecer.

—Bueno, pasemos a lo importante —repuso Ermo—. Ludmila, investiga qué nidos tienen accesos naturales a las Tierras Umbras. Busca cañadas, cráteres apagados, fosas.

—He escuchado que también existen portales alquímicos —comentó la talismán—. Algunos templos antiguos tenían uno.

—Revisa eso si te sobra tiempo, pero hay que ser prácticos —recordó Ermo—. Yo me voy a concentrar en las viejas minas que usaron los últimos expedicionarios para bajar a las Tierras Umbras.

—¿Y yo? ¿Qué busco? —preguntó Lina.

Ermo miró a su compañera humana con total desconfianza.

—...fíjate si en alguna crónica aparece el avistamiento de una criatura umbra —repuso.

—¿Eso qué tiene que ver?

—Si apareció un umbro en algún nido, es porque existe un acceso secreto —miró a ambas talismanes—. Empecemos. Si encuentran un mapa o documento importante, me llaman. Mi memoria es perfecta.

El otro equipo de Chestibor y los gemelos ya estaba trabajando y movía las palancas y pedales para rastrear información. Antes de comenzar, Lina probó el funcionamiento del sistema de búsqueda. Con un pedal acercó un estante con crónicas de ciudades antiguas ¡humanas! Echó una ojeada a la Atenas del siglo ii a. C. Movió hacia atrás una palanca y ese mismo mueble se elevó mostrando otros niveles. Ahí había croquis y crónicas de ciudades del Antiguo Egipto, como la mítica Ajmín, la gran capital. ¿Estaría ahí el

mapa de Troya?

Lina se dio cuenta de que los estantes contenían crónicas, las vitrinas mapas y los archiveros guardaban información variada y sorprendente. Por ejemplo, encontró el relato de unos humanos llamados anticientíficos que bajaron al lecho marino, donde hallaron un bosque petrificado; al parecer se situaba sobre un respiradero de gas que formaba túneles de aire por los que se podía cruzar a pie esa parte del océano profundo.

A solo un movimiento de palanca y combinación de pedal se encontraban secretos de civilizaciones perdidas, como Lemuria, otros primates inteligentes. Pero Lina se repitió que esa no era parte de la prueba, necesitaba concentrarse. Había pasado poco más de una hora cuando escuchó que alguien hablaba a gritos:

—¿Cómo que has estado consultando sin ruta de búsqueda? ¿Y el resto de tu equipo? Supongo que también.

Era Chestibor, que discutía con Ermo. Al lado del pequeño talismán, Dragomir y Dragoslav parecían aún más colosales.

—¡Tu sentido común es más pequeño que tú! —puntualizó Chestibor.

—¿Me estás diciendo bajito? —gimió Ermo, molesto.

—Y tonto, ¿te lo digo en treinta y un idiomas a ver si lo entiendes?

—¿Qué pasa? —se acercó Lina.

—¡No podemos salir! —reclamó Chestibor—. Su equipo comenzó a investigar sin ruta de búsqueda y quedamos atrapados.

—Calma, Chesti. Yo tampoco me acordé de eso —reconoció Dragomir —. Solo vayamos hacia atrás, hasta dar con el acceso.

Entonces Lina lo entendió. Cada vez que se movían las palancas cambiaba la galería de mapas, y con seis talismanes llamando compulsivamente anaqueles, archiveros y vitrinas, la puerta por donde entraron había quedado oculta, quien sabe en dónde. Debía ser una trampa para quien entrara a buscar algo sin autorización.

—Esta es la verdadera prueba de la prueba —observó Lina.

—Gracias por el anuncio. ¡Ya nos dimos cuenta! —masculló Chestibor, molesto.

—Tranquilo. Todos tenemos buena memoria —recordó Ermo—. Dragomir tiene razón, solo hagamos el camino hacia atrás en la búsqueda.

—No es tan fácil —Ludmila se acercó—. Los movimientos entre las distintas palancas y pedales se combinan. Recuerdo los pasos que he dado, pero no sé qué hacían ustedes y qué acaban de mover. Tendríamos que ir exactamente hacia atrás, todos al tiempo exacto, deshaciendo los pasos en conjunto. Un error y nunca daremos con el inicio.

—Y podríamos enredarnos más —reconoció Dragoslav.

Después de unos instantes pensando, Chestibor repuso confiado:

—Tengo la solución. Escuchen, esta es la sala de los mapas, ¡de todos!

Busquemos el del palacio del Gran Concejo de Anub, debe tener el croquis de la galería donde estamos y también el plano del mecanismo de esta estructura. Apuesto que existe un código de emergencia para salir.

—Eres brillante —exclamó Dragomir.

—¡Lo sé! —resopló Chestibor, ufano—. De prisa. Antes de que se agote el tiempo.

Todos comenzaron la nueva búsqueda, moviendo palancas y pedales. De nuevo se oyeron los engranes y rechinidos del mecanismo. Apenas habían pasado unos diez minutos cuando Lina se dio cuenta de algo.

—Deténganse, ¡alto! ¡No toquen nada! —señaló alrededor—. Miren.

La gran galería se había encogido a la mitad de su tamaño.

—Cruel pero brillante —reconoció Ludmila—. Entre más busquemos cómo salir, más pequeño se hace esto... vamos a terminar aplastados.

—Mi hermano y yo podemos romper algunas paredes y estantes —propuso Dragoslav—. Será lo más rápido para salir.

—¿Quieres destruir el perfecto mecanismo de la galería de mapas y crónicas del Gran Palacio? —Ermo se escandalizó.

—Pues es eso o esperar a que los tutores nos rescaten —comentó Dragomir—. Decide qué es menos humillante.

Todos se quedaron pensando en otra solución. ¿Buscar algún pedal oculto? ¿Meterse en un gabinete para entrar al interior del mecanismo? Los talismanes hablaban entre murmullos tensos. De pronto, Lina se dio cuenta de algo, se acercó a Ludmila.

—Creo, no sé... que tal vez ahí está la respuesta —señaló arriba.

—¿En el techo? —Ludmila estudió el bonito artesonado.

—Es lo único que no cambia cuando se mueve el resto del salón —explicó en voz baja—. Si conseguimos llegar a una de las vigas, podríamos usarla para colgarnos y rodear la maquinaria sin dañarla.

—A ver... —Ludmila accionó una palanca, y del suelo emergieron tres archiveros grandes que redujeron más el tamaño de la sala.

—¿Qué haces? —gritó Chestibor.

Ludmila no respondió, empujó otra palanca, hizo un par de combinaciones con los pedales, y solo consiguió que la galería se hiciera más pequeña.

—¡Detente! —ordenó Chestibor—. ¡Vas a matarnos!

—Solo necesitaba esto —Ludmila señaló arriba.

Una estantería había bajado lo suficiente para colarse. Ludmila trepó por los estantes, el resto la siguió. La idea de Lina era la correcta, al deslizarse por una viga pudieron pasar por encima de la maquinaria, sin dañar un tornillo, y llegaron hasta la puerta que había quedado oculta por libreros metálicos. Estaba cerrada, pero justo al lado había una palanca azul que, al activarla, echó a andar chirridos y engranes y la sala volvió a

su estado inicial.

—Vaya, siguen vivos —fue lo primero que dijo Vámbéry al verlos reunidos.

—Fue gracias a Ludmila —presumió Dragomir, admirado—. Encontró la manera de salir.

Lina miró a la talismán rubia, que guardó silencio.

—Bien, y lo hicieron antes de las dos horas —sonrió Ben—. Supongo que además investigaron los accesos a las Tierras Umbras.

Ermo había memorizado hasta con coordenadas exactas las once rutas más famosas que comunicaban con el segundo reino, desde El Paso Mortal al Pozo de la Infamia, pasando por la Garganta Orcus y El Desfiladero de la Locura. La mayoría de las entradas habían sido selladas por aterrorizados umbríos.

—Todos los expedicionarios que han vuelto aseguran que las Tierras Umbras son una zona de crueldad, muerte y peligros infinitos —finalizó el talismán bajito.

Calibán, que casi siempre permanecía impasible, tecleó algo en la máquina de escribir que llevaba colgada al cuello: "No todo es cruel ni peligroso. Algunos son amables". Los demás leyeron el papel.

—Pero, hermano... —carraspeó Ben—. Cuando viviste allá, ¿no te arrancaron la lengua por declararle tu amor a una hembra umbra?

El enorme umbrío pensó un momento antes de escribir.

"Valió la pena", mostró el papel.

—Pues ya nos dirá su opinión el equipo que baje —continuó Benvolio —. Ahora el grupo de Ludmila tiene un punto. Ahora todos regresen a sus actividades.

Los talismanes volvieron a los cuarteles. Tenían unos minutos para alimentar a sus wabus y cambiarse para entrenar lucha de contrarios.

—¿Por qué dejaste que los tutores pensaran que fue tu idea? —le preguntó Lina a Ludmila, mientras se ponía las espinilleras.

—Cometí esa falta —reconoció la talismán, ajustándose el peto—. Solo quería quedar bien con él. Fue un error, lo siento, no lo volveré a hacer.

—Entiendo... —suspiró Lina, un poco menos molesta—, aunque no deberías dar tantos rodeos en este asunto, parece que le gustas.

—Yo también lo creo —murmuró la talismán—. Hay sesenta y siete por ciento de posible atracción correspondida. Aunque no sé... esto solo nos distraería.

—¿Y no estás distraída ahora? —sonrió Lina, comprensiva—. Además Dragomir y tú harían excelente pareja...

—¿Dragomir? —repitió la nosferatu.

—¿O es Dragoslav? —Lina dudó—. No sé, tal vez me confundí, son casi iguales, pero los dos son buenos partidos.

—A mí me gusta Benvolio, tu padre —develó Ludmila con rostro enrojecido—. Es tan guapo, inteligente, pelea increíble. Desde la muerte de tu madre no sale con nadie, ¿verdad?

Lina quedó como congelada ¡Cómo se atrevía! La furia le impidió hablar.

Gis se revolvía sobre la mesa, asustado, ni siquiera podía gritar por el bozal. La Tersa lo dejó un rato y volvió ajustándose un cinturón del que colgaban unas tijeras, un cuchillo de sierra, varias jeringas de metal, frascos e instrumentos, todo con restos de sangre.

—Disculpa, Tersa, ya estoy aquí —alguien se aproximó—. Estaba con el envío del intendente. ¿Qué tenemos?

—Es un agitador —la Tersa dio un golpecito a Gis en la cabeza—. Hazle la prueba para terminar con esto. Tengo mucho trabajo atrasado.

Gis sintió un pinchazo en el brazo, un nosferatu le sacaba sangre; entonces lo reconoció. Había hecho eso mismo antes con las sangrías para extraerle los "humores enfermos", se trataba de Guntrodo. Aunque ahora el apuesto médico lucía fatal, muy flaco, golpeado y ¡llevaba cadenas en los tobillos!, como un sirviente o esclavo cualquiera.

Guntrodo no reconoció a Gis por el bozal que le tapaba casi toda la cara, para él debía ser uno más de los cientos de presos tibios que gemían asustados. Colocó la muestra de sangre en una charola de vidrio y de un estuche sacó un gotero con una sustancia blanca.

—No es muy fuerte —las manazas de la Tersa sopesaron los brazos de Gis—. No creo que sirva para los ensambles. ¿Y bien? ¿Lo vacío?

—La sangre no me marca factor —el médico estudió la charola.

—¿Eso qué quiere decir?

—No sé, no entiendo. No me había pasado eso —Guntrodo parecía desconcertado.

—Debe ser un error —resopló la enorme chupasangre—. Lo voy a mandar con los nigromantes, siempre necesitan a estos débiles para sacrificios —de su cinturón descolgó una pequeña cuchilla curva, una jambia—. ¿Quieres ver cómo les corto las cuerdas vocales? Lo hago en menos de un minuto. ¡Deja de moverte!

Gis, desesperado, seguía agitando la cabeza, de un lado a otro hasta que consiguió aflojar la correa, lo suficiente para empujar la mordedera con la lengua.

—Guntrodo... ¡Soy yo! —alcanzó a lanzar un grito.

—¡Silencio, alimaña! —la Tersa lo inmovilizó con una manaza y con la

otra aproximó la punta de la jambia al cuello—. Ya no volverás a decir nada.

—Mencionó mi nombre... espera —el médico se acercó para ver mejor al prisionero—. No puede ser... —se dirigió a la Tersa—. Ahora entiendo, no es un tibio, es un sombrío, del grado seis, del clan Tarmelán. Fue mi paciente.

La Tersa miró al muchacho casi con asco.

—No le hagas nada todavía —pidió el médico—. Yo me encargo de él.

—Entonces sacrifícalo o lo que tengas qué hacer con esta cosa —la enorme carnicera se hizo a un lado—. Pero de prisa, tengo mucho trabajo.

Guntrodo desenganchó las manos esposadas de Gis. El chico estaba temblando, solo esperaba que fuera el famoso instante de suerte, pero cuando cruzaron la valla de metal con alambradas su corazón se paralizó de terror al ver lo que había del otro lado.

Lina no pudo concentrarse luego de la confesión de Ludmila. ¿Cómo se atrevía a decir que le gustaba Ben? ¡Era el entrenador! ¡Su padre! ¿Y qué era eso del porcentaje de atracción mutua? Debía ser una tontería. ¿Y si Ludmila había sido amable con ella para luego acercarse a Ben? No, no era posible, ¿o sí? Lina estaba volviéndose loca. Lo más fácil hubiera sido hablar con la misma Ludmila, pero prefirió evitarla.

—Ahora no tengo tiempo —dijo irritada, cuando la talismán se le acercó al terminar el entrenamiento—. Tengo cosas que hacer.

Y al final del día, a la hora de la cena, mientras Ermo tocaba el laúd (igual de mal), en lugar de sentarse donde siempre, Lina fue al lado de la mesa donde estaban los gemelos. Como de costumbre, habían recibido un montón de cartas, pero solo abrieron una. Parecían raros, como llorosos.

—¿Pasa algo? ¿Están bien? —se atrevió a preguntar.

—Llegó un mensaje de nuestros padres —señaló Dragomir—. Siguen sin encontrar a mi hermana.

—Se la llevaron los depositantes en una batalla en Karkaff —Dragomir se limpió las lágrimas—. Es muy pequeña. Hemos hecho de todo para dar con ella, pero no hay rastros.

—Debe estar bien y pronto vamos a liberar los nidos —recordó Lina—. Yo también necesito encontrar a alguien...

Los gemelos asintieron, algo esperanzados. Lina se dio cuenta de que había cosas más importantes que el enojoso asunto de Ludmila.

Esa noche, como siempre, Lina se ajustó el anillo de corium con serpientes entrelazadas y antes de dormir intentó leer el libro *Todo lo que*

usted quería saber, pero más vale que siga sin saber de la Tierra Umbra, de Leofrick el Indiscreto. Era la tarea de la semana, aprender todo lo posible del segundo reino. Pero apenas iba en el segundo capítulo cuando se quedó dormida.

La despertó un ruido de engranes y cadenas. Cuando abrió los ojos descubrió que estaba en una estrecha cabina metálica. A su lado, en ropa de dormir, vio a Chestibor, Dragomir, Dragoslav, Ermo, Ludmila y, en una esquina, al enorme tío Calibán, de uniforme y con la máquina de escribir colgada al pecho. Todos estaban encerrados en la cabina de un herrumbroso elevador, los rechinidos iban y venían.

—Eres la única que faltaba por despertar —comentó Chestibor.

Lina se sintió desconcertada, ¿qué era eso? ¿Un sueño? No podía ser, desde que iba a la Pensión Somnus ya no soñaba.

—¿Esto es... real? —intentó confirmar.

—Tú qué crees. Seguro nos pusieron un narcótico en la cena —dedujo Dragoslav—. Todos despertamos aquí.

—Bajamos a una velocidad de noventa y dos metros por minuto —calculó Ludmila—. Pero no sé cuánto tiempo llevamos encerrados.

—Es muy pequeño este sitio, me falta el aire —se quejó Chestibor.

—Debe ser otra prueba —comentó Ermo.

Entonces, Calibán, el terroso nosferatu, tecleó algo en su máquina de escribir: "La final".

—¿Es la prueba final? —preguntó Lina.

Por toda respuesta, Calibán volvió a escribir: "Repasen conocimiento. Estamos por llegar".

Los talismanes se miraron. ¿Llegar? ¿Adónde? El ascensor dio unas sacudidas y, entre chirridos de cadenas, se detuvo. Se abrió una puerta metálica. Lina se dio cuenta de que no viajaban por el sistema de transporte reflejante, sino en un montacargas tradicional. Fuera, la oscuridad los esperaba densa, terrorífica.

Calibán les indicó que tenían que salir. Habían llegado a una especie de cueva.

—Adelante, no sean tímidos —dijo una voz desde el exterior—. Vístanse y tomen su equipaje.

Se encendió una lamparilla y Lina descubrió a Vámbéry y a Ben, junto con varias mochilas.

—¿Dónde estamos? —se acercó Dragomir.

—Ustedes dígannos —Ben señaló—. Ya deberían saber.

Como humana, Lina tenía visión bastante limitada, pero alcanzó a vislumbrar una inmensa gruta, tan profunda que sus límites se perdían en la oscuridad. Lo único que podía distinguirse era la estructura del montacargas y algunos muros cubiertos de raíces petrificadas.

—Es la Garganta Orcus —murmuró Chestibor, asombrado.

Lina recordó ese nombre, pero no podía ser. Eso quería decir que estaban en el segundo reino, en las Tierras Umbras.

Capítulo XIV
TIERRA UMBRA

Vania seguía oculta en el ático de Dolmia la Flaca y para ese momento el hospedaje ya le había costado un anillo de oro rojo, un collar de perlas rosadas y una pulsera de diamantes. Pero lo que la tenía de peor humor era el encierro mismo. Sus únicas distracciones eran hojear revistas, comer y espiar por las separaciones del piso a Dolmia y a Fedinia haciendo esos feos murciélagos de arcilla. La nana Dorina era la única que diario salía del caserón, lucía demasiado vieja e insignificante para ser tomada como peligrosa. Solía ir temprano a buscar alguna golosina o capricho para su ama.

De regreso, la anciana le contaba alguna novedad, como que ya habían quemado a todos los monstruos modificados, que los esclavos rebeldes al fin estaban bajo control o que los juicios seguían.

—Te castigan por el más mínimo delito contra los depositantes —la nana sacó la compra de un bolso—. Todo está muy revuelto, ama, hasta los menores de doscientos años tienen que presentarse a servir al ejército, no importa si son de clanes importantes; los encierran en cuarteles del Teatro del Hueso, menos a los talismanes, claro, esos son especiales. ¿Le gusta esta tela, ama? Es damasco...

—¿Qué has dicho? —Vania respingó.

—La tela que le he conseguido —mostró la anciana—. Era una cortina, pero puedo cortarla para volverla un precioso vestido...

—¡No seas tonta, momia! Lo de los talismanes que están reuniendo —Vania casi se atraganta con un hemochicle—. ¡Yo soy talismán! ¡Marcada por la fortuna!

—Mi ama... Recuerde que su clan cayó en desgracia.

—¡Pero tal vez puedan perdonarme por mi don! Mi talento es

impresionante.

—La usarían en la guerra, ¡para eso los quieren! —gimió la anciana—. Su Talismanitud... usted es demasiado valiosa para meterse en eso.

—¡Sería una heroína! ¿O quieres que me quede aquí? —Vania se incorporó—. ¿Qué va a pasar cuando no tenga para pagarle a Dolmia?

—Ya veremos, entonces —la vieja nosferatu se daba golpecitos en la cabeza, arrepentida por abrir la boca—. Siward odia a los Villaseca. En cuanto la vea, la va a entregar a Luna Negra. ¡Es muy riesgoso ofrecer sus poderes! Prométame que no lo hará.

Vania se quedó en silencio rumiando, pero algo dentro de su cabeza comenzó a cocinarse: una idea, una turbia esperanza.

En la Garganta Orcus, los seis talismanes terminaron de ponerse las armaduras azules. En las mochilas había comida, ropa y sus pequeños wabus.

—Como ven, esta es la última prueba, es de campo y se hará en la misma Tierra Umbra —con una lámpara Ben señaló la gruta enorme, que se abría en varias rutas más pequeñas.

—¿Y en qué consiste la prueba? —preguntó Ermo, su voz hizo eco.

—Primero que nada, en sobrevivir —reveló Vámbéry mientras sacaba un casco minero, le pasó otro igual a Lina—. Si cometen una equivocación aquí no pierden un punto, mueren, como ocurrió con Aldith en la incursión de Ubus.

Todos guardaron un momento de triste silencio.

—Traemos provisiones para una semana —explicó Benvolio—. La misión es encontrar al líder de la tribu umbra con el que los Once Sabios hicieron alianzas. No sabemos qué pasó con el último embajador, pero debemos volver a establecer relaciones diplomáticas con los umbros y convencerlos de que nos permitan usar estas tierras como paso para nuestro ejército y de que en lo posible nos protejan...

—¿Y si no encontramos al líder? —observó Chestibor—. ¿Y si murió?

—Alguien ocupará su lugar... ya lo sabremos —aseguró Vámbéry—. El objetivo es el mismo, y les recuerdo: ¡no mueran!

—Pero... ¿estamos listos para esta misión? —preguntó Lina, preocupada.

—¿Tienes miedo, Rosalina? —preguntó Ben.

Claro que lo tenía, pero lo negó, no quería quedar como una cobarde, aunque al hacer esa pregunta tal vez ya lo había hecho.

—Si alguien puede conseguirlo, son ustedes: la Legión Alfa —Vámbéry

los animó—. Son lo mejor que tenemos. Además, nos acompaña Calibán, que vivió cuarenta años en estos parajes.

El terroso umbrío escribió algo en la máquina.

—Perdón, ciento cuarenta años —leyó Vámbéry—. Sabe moverse por aquí. Será nuestro guía. Según Calibán, este acceso desemboca en una de las rutas principales que usan los umbros para ir de un campamento a otro. Estamos en la llamada zona norte.

—¿Alguien sabe de la geografía y los peligros de este lugar? —preguntó Ben.

Lina iba a levantar la mano, pero Ermo le ganó, siempre deseoso de presumir sus conocimientos:

—Si entramos por la Garganta Orcus, estamos en la zona norte de las simas profundas —se acomodó las gafas—. Hay abismos, pero en general es territorio estable. No hay tantas erupciones volcánicas como en la zona centro ni terremotos como en la zona oriente, llamado también cinturón de...

—...Namazu —completó Chestibor, que no se quería quedar atrás—. Pero difiero de Ermo, ¡esto no es territorio estable! Aquí hay peligros geológicos importantes, como ríos subterráneos de agua sulfurosa, lagos hirvientes de mercurio y minas con alto contenido de *argentum,* un mineral venenoso para nosotros.

—Bueno, no para mí —acotó Lina, e iba a empezar a hablar cuando se adelantó Ludmila.

—...el mayor peligro en el segundo reino son las bestias antediluvianas. Hay algunas sumamente peligrosas. Los criptozoólogos han identificado al menos novecientas especies. Entre las bestias prehistóricas más grandes está el *brachiosaurus*, el enorme *dreadnoughtus*, o el coloso *sauroposeidon*, y también hay indicios de pterosaurios.

—Pero esos son saurios de distintas eras y periodos —opinó Lina.

—Claramente no hablamos de las bestias prehistóricas del Mundo Tibio —señaló Dragomir—. Estas son variaciones. Pero en todo caso, yo tendría más cuidado de los insectos y los artrópodos. En estas cavernas y galerías subterráneas abundan los quilópodos, que parecen ciempiés pero miden dos metros, y también...

—...arácnidos del orden de los escorpiones —completó Dragoslav—. Con pinzas o pedipalpos sumamente fuertes, además del aguijón. Los peores son los bútidos, que inyectan neurotoxinas potentes y causan asfixia.

—Bien. Con eso es suficiente por ahora, gracias —los detuvo Vámbéry —. Muy buen aporte.

—Menos de ti, Rosalina —dijo Ben.

Lina suspiró, ¡es que nadie la dejaba hablar! Ahora también quedaba

como tonta.

—Han mencionado muchos riesgos del segundo reino —continuó Vámbéry—. Pero faltó lo más importante: los umbros. Las únicas criaturas de estos parajes que tienen cierto grado de inteligencia. Como saben, existen dos tribus principales, ambas guerreras y temibles.

—En realidad cada tribu es una raza distinta —continuó Ben—. Cuando se habla de la ferocidad y salvajismo de los umbros, normalmente se hace referencia a los llamados *pálidos*.

—He estudiado la teoría de algunos de sus dialectos —presumió Chestibor.

A toda prisa Calibán escribió algo en la máquina.

—Dice que jamás te dirijas a ellos —leyó Ben y explicó—: Tiene razón, los pálidos son agresivos, feroces y, sobre todo, voraces. Pueden comer casi lo que sea y eso nos incluye a nosotros. Se alimentan de otros umbros e incluso se comen entre sí. Se identifican por su falta de color. Son albinos.

—Hay un dicho sobre los pálidos —mencionó Vámbéry—. Si ves uno, ataca; si ves dos, huye; si tres ves, tu testamento haz.

—Los Once Sabios nunca han podido hacer ningún trato con ellos —intervino Ben—. Las relaciones diplomáticas son con los pardos, que tampoco es que sean muy pacíficos, pero al menos no te quieren comer apenas te ven.

—Hay una lucha casi eterna entre pálidos y pardos —retomó Vámbéry —. Es parte de su sistema social. Las guerras tribales son parte de su religión primitiva. Alimentan a sus dioses... y también a sus estómagos. Así que, en resumen: huyamos de los albinos y busquemos al líder de los pardos.

—Pero, sobre todo, recuerden algo —alertó Ben—: Muchas de las cosas que sabemos de este mundo son meras suposiciones. Tendremos que ir descubriendo algunas cosas por nosotros mismos.

Terminaron de repartirse los suministros, al final Vámbéry y Ben entregaron las armas: una daga corta de emergencia que iba en la bota y estaquetas normales, los únicos que tenían Clontarf eran ambos instructores.

Ya lista para iniciar la misión, Lina dio de comer un poco de tierra a su pequeño Sig, que se desenroscó con placidez, parecía feliz de estar en su hogar; contrario a Lina, que sentía cómo un miedo helado la invadía al internarse por las cavernas de un mundo desconocido.

Era básicamente una procesadora de seres humanos. Fue lo que Gismundus descubrió al otro lado de la valla en el viejo templo. Había más celdas con presos, casi todos tenían tubos conectados a la carótida o la femoral para exprimir la sangre, que iba directa a botellones. Casi todos lloraban, pero apenas podían moverse por las cadenas y les era imposible gritar por los bozales o cortes en la garganta; sus súplicas eran apenas aullidos ahogados. Al fondo, Gis vio unas jaulas con mamelucos sucios, calcetines diminutos y en una de ellas había un cuerpo pequeñito, colgado de cabeza. A Gis se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No veas eso. Ven —Guntrodo empujó al muchacho a la parte trasera, donde había un estrecho cuarto acondicionado para empleados, con un escritorio, estantes y un par de ataúdes para dormir.

—Lo que hacen es horrible —murmuró Gis.

—Son las nuevas reglas, hay que obedecer —justificó el médico nosferatu y buscó una silla para sentarse, sus pasos eran cortos por las cadenas en los tobillos.

—Es una crueldad matar a ciudadanos, a cualquier tibio…

—No los matamos… bueno, no a todos. Depende de la clasificación. ¿Viste el broche en la oreja? Es para identificarlos. Aquí somos muy organizados —parecía casi orgulloso.

—¿Tú los clasificas? —Gis recordó la prueba que le hizo.

—Ayudo con eso —Guntrodo sonrió, mostrando sus dientes oscuros —. Los del broche amarillo son aptos para consumo, tienen la sangre más apreciada, dulce y nutritiva. Los bebés, que llamamos lechones, se consideran un manjar.

Gis vio al fondo botellas llenas de sangre, listas para el envío.

—Aunque algunos depositantes prefieren beber directamente de la bolsa de alimento —reconoció Guntrodo—, a la vieja usanza, cruda. Entonces preparamos el cuerpo, bien lavado, ¡no somos salvajes!

—¿Y los demás colores? —Gis observó más broches en un cajón.

—Los débiles reciben el color púrpura, estos terminan sacrificados en los rituales de necromancia, se necesitan para los hechizos; y los tibios con físico resistente tienen broche naranja. Después de vaciarlos, sus cuerpos se usan para ensamblar aberrantes… ¡Es un privilegio!

Gis sintió asco y desesperación. Se llevó las manos a la cabeza, seguía esposado.

—¿Y yo? ¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó.

El chupasangre se le acercó, lo tomó de la barbilla para estudiarlo de cerca.

—¿Por qué crees que no dejé que la Tersa te cortara en trozos? —sonrió —. Alguna vez escuché que eras un talismán.

—Y lo sigo siendo —Gis mostró su curioso lunar en la parte interior del

brazo—. Atraigo riquezas, puedo demostrarlo.

—No es a mí a quien tienes que convencer, sino a los nigromantes que están con Siward.

El muchacho sintió náuseas al oír ese nombre.

—Siward Lamprea me odia —reconoció desanimado—. Una vez quedó encerrado en Cimeria y creyó que le había puesto una trampa.

En realidad sí ocurrió eso, pero era mejor no dar los detalles.

—Eso no importa. Si eres talismán, ahora vales mucho. La misma Luna Negra ha ordenado reunir a todos los que hay en los territorios del Nuevo Orden —Guntrodo tomó un trapo y lo humedeció en un balde—. Necesita igualar al ejército que tiene el Gran Concejo.

Gis quedó atónito.

—Confía en mí —pidió el nosferatu y comenzó a limpiar las costras de mugre y la sangre seca del muchacho.

Gis no sabía cómo tomar eso, ¿podía confiar en ese médico chupasangre? Si durante meses intentó matarlo con un tratamiento falso.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Gis, desconcertado.

—No lo hago por ti... —reconoció el médico, sincero, y señaló la cadena que llevaba en los tobillos—. ¿Ves esto? Tengo unas deudas pendientes con el Nuevo Orden. Fue un malentendido, pero si les llevo a un talismán útil, a los dos nos irá mucho mejor. Termina de limpiarte, debo volver al trabajo. Luego te consigo ropa más presentable, mientras sale tu permiso de traslado; tardará un par de días.

—Puedo ayudar en algo —ofreció Gis—. Limpiar o atender a los demás. Un umbriano tiene una infección, deberían verlo.

—Yo me encargo, tú no salgas de aquí, procura no hablar o la Tersa te va a cortar las cuerdas vocales, odia las voces de los no umbríos. Sé discreto, como un mueble.

Gis asintió, nervioso. No supo si ayudaron al umbriano, permaneció en esa oficina y al ver a la Tersa se escondía en uno de los apestosos sarcófagos. Guntrodo le dio ropa y comida, pero no le quitó las esposas. Gis consiguió asomarse a la sección de las celdas de los humanos clasificados. Con horror descubrió que los hermanos comerciantes del barrio tibio recibieron el broche púrpura de sacrificio; mientras que la madre tenía el naranja, su cuerpo se usaría para hacer un aberrante; y al bebé le colocaron el broche amarillo, era una simple bolsa de alimento, no tardarían en separarlos.

Ese mismo día Gis esperó con paciencia y volvió con los presos, llevaba un puño de broches amarillos, que a toda prisa repartió entre conocidos y los otros tibios.

—Cambien los broches sin que lo noten los vigilantes —explicó en voz baja—. Con estos les vaciarán algo de sangre al día... es lo menos malo en

este lugar. Estarán bien.

Por los bozales nadie pudo responder, pero había agradecimiento en las miradas.

Lo último era una mentira piadosa, ¿quién estaría bien ahí? Gis hizo un esfuerzo para que no vieran sus lágrimas.

En las Tierras Umbras casi todo parecía peligroso, muy difícil o directamente mortal. Por suerte llevaban a Calibán como guía. Mostraba el camino a seguir a través de los pasajes subterráneos, que formaban un laberinto de ramales. Llegaron a una desviación con dos rutas, una de ellas cuesta arriba, reseca; la otra plana y húmeda. El terroso nosferatu señaló la primera.

—¿Los dos caminos llevan al mismo lado? —preguntó Chestibor.

Calibán asintió.

—Entonces, ¿por qué tomamos el más complicado? —se quejó el joven umbrío.

—El segundo es más amplio, hasta cabemos mejor —señaló Ermo.

En ese momento se escuchó un agudo sonido. Ese camino amplio se había llenado con chorros de vapor hirviente a presión. De haberlo tomado se estarían cocinando a trescientos cincuenta grados. Nadie volvió a cuestionar a Calibán y subieron por la vereda inclinada.

A pesar de no tener tan buena condición física, Lina se esforzó en seguir el paso de los demás. También le gustaba llevar una antorcha y estudiar los interesantes parajes que iban encontrando. A la vuelta de cada recodo siempre había algo sorprendente: galerías subterráneas, cascadas petrificadas, estanques de azufre, a veces llegaban a galerías que parecían totalmente oscuras, pero Vámbéry hacía funcionar la linterna con luz ultravioleta y las paredes se encendían con deslumbrantes puntos de luz.

—Este fenómeno se llama fluorescencia —Ermo nunca dejaba pasar una oportunidad de lucir sus conocimientos—. Ciertos minerales tienen esa propiedad. Aquí hay ámbar, cuarzo, apatita, feldespato, alita, ópalo...

Lina se preguntó si cuando ella hacía esas demostraciones de gnomo sabiondo era igual de insoportable. Seguro que sí.

"Ya estamos en zona de tribus umbras", escribió Calibán y señaló una pared.

Había algunas curiosas señalizaciones, como de marcas tribales hechas por algún tipo de tosca herramienta.

Después de un par de horas caminando por un estrecho sendero desembocaron en una caverna. Vámbéry activó un cartucho de luz de

magnesio y frente al grupo apareció un par de construcciones hechas con lajas de piedra delgadas y, sobre un promontorio, una torrecilla.

"Es un bastión de vigilancia", escribió Calibán. "Los ponen antes de los campamentos."

—Pero no hay nadie —confirmó Dragoslav.

"Eso es raro. Nunca están vacías", escribió Calibán.

—Tal vez los vigilantes están en la aldea, es de umbros pardos, ¿verdad? —confirmó Vámbéry.

El umbrío terroso asintió.

—Por cualquier cosa, los instructores iremos al frente —Ben empuñó su estaqueta.

Después de una hora de camino se toparon con una enorme muralla de piedra, flanqueada por burdas torres.

"Es aquí", escribió Calibán. "Es el campamento La Vista Buena."

Lina no vio nada que pareciera "bueno". Todo parecía temible, el aire pesado, la oscuridad intensa, además detectó un desagradable olor a podrido.

—¿Y la puerta? —Ermo observó la maciza muralla.

"No hay puertas, cuando los pardos usan los campamentos se encierran en ellos", explicó Calibán.

—Pues aquí hay un acceso —aseguró Chestibor.

Todos se aproximaron, era básicamente un boquete en la muralla, pero lucía extraño, como si las piedras hubieran sido machacadas y derretidas.

—Ben y yo iremos en avanzada —explicó Vámbéry—, junto con Calibán que conoce a los umbros. Chestibor, tal vez es momento de que practiques tus dialectos, mantente al pendiente. Y el resto, en modo vigía.

Así lo hicieron, y lo primero que Lina notó al entrar fue el espeso silencio.

Chestibor saludó en algunas lenguas umbras y no obtuvo respuesta.

—Creo que el campamento está vacío —murmuró.

Vámbéry encendió otro cartucho de chispa de magnesio e iluminó lo que parecía un pueblo fantasma. Eran unas cuarenta casas vacías, todas salvajemente destruidas. Entre las lajas de piedra rota había restos de ropa, calzado rústico, collares de cuentas y también hachas de piedra y cuchillas de pedernal.

—Bien, ¿qué podemos deducir? —preguntó Ben a los talismanes.

—Aquí hubo un ataque —Ermo fue el primero en responder—. Los pálidos debieron colarse y arrasaron con todo.

—Y no fue hace mucho —Chestibor señaló los restos de ropa—, se nota por las manchas de sangre y el olor. Todavía hay materia orgánica en descomposición.

—Aunque no hay heridos ni cadáveres —observó Ludmila—. O se los

llevaron como esclavos o se los comieron hasta los huesos.

"Eso hacen, todo comen", escribió Calibán.

Lina de nuevo se había quedado sin decir nada.

—Buenas deducciones. Hay que extremar precauciones —recomendó Benvolio—. Los pálidos andan cerca. Si damos con uno, ya sabemos qué hacer.

"¿Atacar? ¿Correr? ¿Hacer testamento?", se preguntó Lina.

—¿Hay otro campamento de pardos por aquí? —preguntó Vámbéry a Calibán.

"El otro es algo lejano", reconoció el umbrío. "Vamos, no perdamos tiempo."

La salida estaba del otro lado. Había otra muralla, también destruida. El grupo continuó por un túnel hasta salir a un sitio sorprendente: era un desierto subterráneo, cientos de kilómetros de terreno con arena ligeramente brillante se extendían en la lejanía.

—Nos va a llevar días cruzar eso —Ermo suspiró.

"No. El camino sigue por abajo", Calibán señaló una grieta en el reseco paisaje y se deslizó, les hizo una seña para que lo siguieran.

Todos obedecieron. Al bajar, Lina quedó atónita. Debajo del gigantesco desierto había un desfiladero de negrura absoluta, aunque se podía cruzar rodeándolo por el borde donde estaba un estrecho y pedregoso camino.

"No se separen de la pared", escribió Calibán. "Las madrigueras son peligrosas."

¿Madrigueras? Lina no entendía.

Vámbéry sacó de su mochila sogas y buriles para sostenerse mejor.

Los umbríos no los necesitaban, tenían mucho mejor agarre, podían tomarse de las rocas de la pared sin necesidad de herramientas.

En su equipaje Lina también tenía herramientas para rappel, aunque apenas sabía usarlas y estuvo a punto de resbalar con la grava suelta; justo a tiempo se sostuvo de Dragoslav que estaba a su lado. Fue cuando detectó el zumbido que venía del fondo.

—No los veas —recomendó el enorme talismán—, camina de prisa.

¿Qué cosa? Lina no tenía la visión de los umbríos, para ella era solo negrura. No pudo con la curiosidad y encendió la luz del casco minero, se arrepintió enseguida.

Lo que había tomado como un profundo desfiladero era en realidad un nido de insectos tipo tijerillas de caparazón negro lustroso, había miles y tan grandes como una mano. Se movían en oleadas, cada vez más agitadas, y de pronto reaccionaron todas a la vez.

—¡Apaga eso! —exclamó Ermo—. Hiciste que nos vieran. ¡Vienen para acá!

"No es la luz, detectan la temperatura", escribió Calibán. "Se

alimentan de seres de sangre tibia, como ciertos roedores y, tal vez, humanos."

—Hubiera sido bueno saber eso antes —exclamó Vámbéry.

En efecto, el enjambre comenzó a desplazarse hacia el soldado y hacia Lina. Estaban listos para sorber sus apetitosos fluidos.

Capítulo XV
DESPERDICIO DE MUNDOS

Los gritos de la vieja nana Dorina llegaban hasta la calle de Ubus. A toda prisa Dolmia y Fedinia subieron al ático.

—¿Ahora qué pasa? —exclamó la Flaca de mal humor—. ¿Qué parte de estar escondidas no les queda claro? ¡Silencio!

—¡Es Su Talismanitud! —la nana gimió, desesperada—. ¡Ha desaparecido!

Fedinia y Dolmia cruzaron una rápida mirada de desconcierto. La cama de Vania estaba vacía. Por los armarios revueltos y abiertos, se notaba que la anciana chupasangre había estado buscando a su ama en todos lados.

—Solo fui por listones para el nuevo vestido y cuando volví ¡mi ama ya no estaba! —a la nana, las lágrimas se le perdían entre las arrugas.

—Primero que nada, deja de lanzar chillidos —ordenó Dolmia—. Debe estar en la casa. Es imposible que haya salido a la calle.

—Es que creo que sí salió —la anciana estaba fuera de sí—. Debió ir a los cuarteles del Teatro del Hueso, ¡y es mi culpa!

Fedinia miró a Dolmia con alarma.

—¿Por qué iría con los soldados numus? —preguntó la Flaca.

—Le dije que estaban reuniendo a los talismanes del nido. Fui una tonta —Dorina se dio golpecitos en la cabeza—. ¡Hay que ir a rescatarla!

—No voy a meterme a ese sitio —explicó Dolmia, tajante—. Si la detienen será su problema. Intenté ayudar a esa sanguaza, cumplí con mi parte. Ahora fuera.

La vieja nana parecía desconcertada.

—Llévate las cosas de Vania, lo que dejes lo quemaré —señaló alrededor—. No quiero ningún rastro de esa sanguaza desagradecida en

mi casa.

—¿Tenemos que hacer esto? —preguntó Fedinia mientras su amiga se daba prisa en apilar la ropa de la refugiada.

—¿A quién se le ocurre ir con la gente de Siward? —murmuró la Flaca —. No sabemos qué pueda pasar, son peligrosos.

En ese momento tocaron a la puerta principal. Las tres nosferatus se quedaron congeladas por la sorpresa. Los toquidos arreciaron y Dolmia fue a abrir. Perdió todos los colores al ver a la mismísima Vania Villaseca junto con dos soldados numus. La anciana criada se lanzó a abrazarla.

—Oh, Su Talismanitud, casi muero de la angustia. Pensé que había ido a los cuarteles.

—Vengo de allá y ya deja de arrugarme la ropa —Vania la apartó—. Fui a ofrecer mis dones de talismán al Nuevo Orden y, para demostrar mi fidelidad, hice una denuncia.

—Dolmia la Flaca y Fedinia del clan Trespiedras —el soldado mostró una orden con el sello de Siward—: Están detenidas por engaño a los estatutos del Nuevo Orden.

—¿Qué? Esto es un error —aseguró Dolmia, tensa—. Somos numus respetables, hicimos un juramento al libro. Lo de esconder a Vania, no sabíamos que era un delito —miró incrédula a la sanguaza—. ¿Nos denunciaste por ayudarte?

—...y por ocultar riquezas —explicó Vania.

—Esconder o retener se considera un robo directo a la pareja sagrada —el soldado entró a la casa y le hizo una seña al otro militar.

Entre los dos comenzaron a abrir cajones y anaqueles.

—Busquen lo que quieran, aquí no hay nada —aseguró Fedinia—. Entregamos todo lo que teníamos.

—No todo. Revisen eso —Vania señaló los murciélagos de terracota de la mesa. Al instante las dos umbrías intercambiaron una expresión de pánico—. Vean qué hay dentro.

—Son chucherías sin valor —la Flaca intentó apartar las figuras.

Pero uno de los soldados tomó uno de los murciélagos y lo estrelló contra el suelo. Dentro había algo brillante. Era una cadenilla de oro rojo. Lo mismo ocurrió con otras dos piezas, contenían óbolos de oro y el anillo que Vania había dado como primer pago.

Dolmia y Fedinia miraban a Vania, entre la incredulidad y la furia.

—Los que mal hacen mal reciben —recitó Vania, y luego repuso digna —. Mi deber es con la pareja sagrada.

Los soldados sacaron las cadenas para sujetar a Dolmia y Fedinia.

—Oh, ama. ¿No le hicieron daño? —seguía preguntando la nana—. ¿Está bien, de verdad?

—Estoy bien —aseguró Vania—. Y voy a estar mejor, ya lo verás.

Vania irradiaba felicidad.

—Necesitamos las capas de asbesto y el tejido salamandrino, ¡de prisa! —exclamó Benvolio.

Los insectos se habían desbordado en la madriguera subterránea, subían por la pared. Calibán sacó de su mochila telas metalizadas para envolver a Vámbéry y a Lina, en un intento de ocultar su calor corporal.

Pero los bichos invadieron el camino, algunos subían por las piernas de los talismanes. La ola negra no dejaba de crecer.

—Los siguen buscando —aseguró Ermo con una nota de alarma en la voz. A manotazos se quitó dos tijerillas gigantes de encima.

—Salgamos de aquí, ¡ahora! —ordenó Ben.

El enorme Dragoslav cargó en los hombros a Lina para avanzar más rápido.

—¡Nos siguen! —Chestibor extrajo bichos del interior de su armadura —. Y adelante hay más.

Se formaba una oleada más grande, los zumbidos subieron de intensidad.

—Esperen, tengo una idea —Ludmila buscó algo en su mochila—. Lo que les atrae es el calor, ¿no?

La joven guerrera sacó una de las mopas alquitranadas que usaban para hacer antorchas y la encendió. De prisa y con ella en mano, dio un salto fabuloso y corrió sobre la pared hasta dar con una grieta donde encajó la bola de fuego.

Los insectos comenzaron a detectar la nueva fuente de calor y el plan funcionó, al menos por un momento, justo los minutos para que el grupo tuviera tiempo de escapar. Rodearon la madriguera hasta llegar a un paso muy estrecho en el muro de piedra, al entrar se arrastraron a toda prisa.

—Los perdimos —confirmó Chestibor.

—Revisen sus cosas, no podemos llevar ningún bicho encima —recomendó Ben.

Solo a Ermo se le había colado un par de insectos en su mochila. Calibán los tomó y con los dientes les arrancó la cabeza para sorber directamente la pulpa del interior.

—Sí que aprendió algunas costumbres umbras —comentó Chestibor, asqueado.

Siguieron desplazándose y unos quince minutos después dieron con otro abismo, pero a diferencia del anterior, este tenía un largo puente colgante, fabricado con lajas de granito unidas con sogas y remaches de

metal. Debía ser viejísimo, pues le faltaban algunos tramos.

"Es más resistente de lo que parece", escribió Calibán, y fue el primero en cruzarlo. Se balanceó un poco. Siguieron los demás.

Cuando iba por la mitad, Lina se animó a ver qué había abajo. Tenía encendida la lámpara del casco y se sorprendió al descubrir millares de esqueletos de huesos enormes, vértebras, costillas, mandíbulas con colmillos colosales. Algunos se habían oscurecido por el tiempo, otros aún tenían restos de carne pegada.

"Cementerio de arcosaurios", se adelantó a explicar Calibán. "Aquí vienen a morir."

Lina se estremeció. Si los esqueletos eran gigantescos, las bestias vivas deberían ser unas moles terroríficas.

Cruzaron sin contratiempos y siguieron un trecho que cambiaba constantemente, de zonas planas a rutas de roca afilada, a cuevas con manantiales de agua casi blanca por la concentración de cal. A veces oían bufidos o ruidos raros, eso indicaba que había que apretar el paso.

"Vamos bien", escribía Calibán cuando los notaba desanimados.

—¿Y cómo sabes? —inquirió Chestibor.

"Seguimos vivos", escribió el nosferatu terroso.

En un tramo, Lina vio que Ludmila caminaba muy cerca de su padre.

—Excelente idea lo del fuego de antorcha —decía Benvolio—. Y ese salto, ¿cómo lo hiciste?

—Usé la táctica evasiva con la escalada —explicó Ludmila—. Esa combinación tú me la enseñaste y muy bien.

Ben rio y comentó algo, entonces la talismán sonrió a su vez. Lina no pudo escuchar el resto de la charla porque a Ermo le había dado por ponerse a enumerar los distintos tipos de plantas subterráneas que se nutrían del micelio de los hongos.

—¿Por qué hablas con mi papá? —un rato después, Lina aprovechó para acercarse a Ludmila, que se había apartado para darle de comer a su gusano wabu.

—Me hizo un comentario y respondí, ¿eso qué tiene?

—Tenías como una risa tonta —señaló Lina—. ¡Estabas coqueteando!

Ludmila tomó aire.

—Quién te entiende. Dices que debería acercarme y expresar lo que siento.

—Ya te expliqué —Lina sentía cómo la irritación le corría por la cabeza —. Creía que hablabas de Dragomir o de su hermano. Además, no te puede gustar mi papá. Es el instructor, es muy mayor. Creo que va a cumplir ciento setenta y un años.

—Pues yo tengo ciento veinte —reveló Ludmila—. También soy mayor de edad.

¡La talismán parecía un siglo más joven! Lina no lo podía creer. De cualquier modo, no era correcto. Estaban en medio de una peligrosa misión y no iba a permitir que esa nosferatu se pusiera a tontear con su padre.

—Pensé que éramos amigas —probó con la técnica del chantaje.

—Y seguiremos siéndolo, eso no tiene nada qué ver —aseguró la nosferatu—. Además todo va bien. Calculo que la atracción mutua subió a setenta y tres por ciento.

—¿De dónde sacas eso? —Lina casi gritó—. Mi papá adora a mi mamá.

—Pero... ¿No estaba muerta?

—La convirtieron en redi —explicó Lina—. No está del todo muerta.

—Mira, no voy a forzar nada —avisó la nosferatu, ya impaciente—. Pero si al final pasa algo, es porque tenía que pasar.

Lina resopló, ¡qué respuesta era esa! Decidió permanecer cerca de su padre para evitar que Ludmila se acercara.

—¿Puedo caminar cerca de ti?

—Claro, Rosalina, como quieras —Ben le dedicó una sonrisa cortés.

Luego de un tramo de caminata, aprovechó para consultarle una duda:

—¿Crees que sea necesario hacer esto? —señaló—. Buscar al líder de los umbros. No hemos visto a ninguno, tal vez podamos mover a los soldados el día de la batalla sin necesidad de consultarlos.

—Sí que podríamos, pero es muy arriesgado —pensó Ben—. Imagina que justo ese día nos encontramos con los pardos o, peor, con los pálidos. Nuestra liberación se volvería un caos. Necesitamos garantías de que esta zona es segura para nuestro ejército y, según Calibán, solo los pardos nos pueden dar el acceso a ciertas zonas secretas.

—Entiendo... pero entre más entramos a estas tierras, el riesgo de que nos perdamos es mayor, ¿no?

—Por eso nos acompaña Calibán —Ben se detuvo al oír que alguien lanzaba exclamaciones, era Chestibor.

—¡Hay algo adelante! —señaló una hondonada.

Vámbéry activó otro de los cartuchos de luz e iluminó lo que parecía un palacio en medio de la nada. Estaba algo torcido pero en buen estado, las imponentes columnas conservaban un color rojizo y negro. Todos se acercaron con cuidado y contemplaron en las paredes del acceso hermosos murales de delfines que saltaban de un mar donde cada ola tenía un trazo precioso en forma de espiral.

—Pensé que los umbros eran más bárbaros —observó el gran Dragomir.

"Este no es templo de umbros", escribió Calibán. "Es desperdicio de mundos."

Antes de que Lina preguntara al respecto, Ermo, la enciclopedia

viviente, informó:

—A través de fosas o por movimientos tectónicos, a veces caen objetos o construcciones de Mundo Umbrío o Mundo Tibio. Se consideran cascajo o desperdicios de civilizaciones perdidas.

—Pues estamos ante un auténtico templo minoico —señaló Lina—. Debe tener entre tres y cinco mil años de antigüedad —se dio cuenta de que era su momento de brillar, era la experta en el mundo humano—. La cultura minoica proviene de la isla de Creta. ¿Ven en los murales a esos guerreros de cintura estrecha y cabello largo? Son típicos de las culturas de Cnosos, representan ideales de fuerza y belleza. Y los animales en movimiento. Si se fijan, las grecas se trazaron con pigmentos minerales que...

—Yo lo que veo es un bicho gigante dentro —interrumpió Ludmila.

—¡Atrás, todos! —Benvolio empuñó la estaqueta e hizo una seña—. Iré a ver.

Entró y los demás se pusieron a resguardo.

—¿Todo bien? ¿Necesitas ayuda? —preguntó Vámbéry luego de un rato.

—Es solo un gran insecto, pero está muerto —dijo Benvolio desde el interior—. Es seguro.

El grupo ingresó al templo minoico. Lina se sorprendió al ver al centro del gran salón una criatura del tamaño de un coche pequeño, tenía una especie de caparazón. Ben lo levantó con la punta de la estaqueta y una peste se esparció por el lugar; lo bajó de inmediato.

—¿Ven? Se está pudriendo... —anotó Ben—. Ya no nos puede hacer nada.

—Esto no es un insecto, es un trilobite —observó Ermo—. Un artrópodo prehistórico. Su origen se remonta a la era paleozoica en el Mundo Tibio. Hubo más de cuatro mil variedades. Este, con una veintena de patas de cada lado y tres metros de largo, puede entrar en la categoría o subfilo llamada *magnus trilobitomorpha*.

"Aún podrido es considerado un manjar para los umbros", escribió Calibán.

Lina estaba intranquila. Si bien desde que entró a Tierras Umbras se activó su famoso *peligrómetro*, esa sensación de riesgo inminente ahora le decía que las cosas estaban realmente mal. Pero ahí todo parecía tranquilo. Vio que en el fondo había un altar con una antiquísima escultura de una diosa que sostenía serpientes en las manos. En el acceso, Calibán se asomaba hacia la hondonada. De pronto escribió a toda prisa: "¡Peligro! ¡Escóndanse todos!".

Todos apagaron linternas y unos se ocultaron tras el bicho, posición pecho tierra, otros tras la escultura de la diosa de las serpientes. Desde su

escondite, en la penumbra con un ligero tono verdoso, Lina vio que se asomaban al salón minoico tres umbros. Había visto algunas descripciones en los manuales, pero en persona eran cien veces más aterradores. Cada uno debía medir casi tres metros de altura; tenían ojos pequeños y rosados, las orejas peludas, atravesadas por un montón de anillas. Sus bocas parecían una explosión de sucios colmillos y lo más inquietante era su piel, grumosa, llena de cicatrices, con extrañas pintas y símbolos. Vestían taparrabos de cuero. Emitieron una especie de gruñido grave y levantaron sus armas largas, hechas de un metal amarillento, luminoso. Eran tres pálidos.

¿Y ahora? ¿Tenían que redactar el testamento?

En el Nuevo Orden no había segundas oportunidades. Cuando Dolmia y Fedinia prestaron juramento como numus, se dictaminó que debían entregar toda su fortuna, solo podían quedarse con la casa. Ocultar joyas y óbolos se consideraba robo directo a la pareja sagrada. La sentencia que recibieron serviría como ejemplo a los demás y fue fulminante: muerte definitiva. Como pertenecían a clanes distinguidos, serían ejecutadas en el gran balcón del Teatro del Hueso, no en los templetes de la plaza, y tal vez recibirían el sopor argento.

A Vania y a la nana las condujeron a un antiguo palco que servía como oficina principal del intendente. Aún quedaba cierta belleza del Teatro del Hueso, que había sido uno de los edificios más suntuosos del nido, con once niveles y siete deslumbrantes vestíbulos. Desde la invasión servía como cárcel y cuarteles principales.

—Muestren respeto ante el intendente de Ubus —ordenó un soltado a Vania y a la vieja Dorina.

Ahí estaba Siward Lamprea, también llamado el Caníbal. Vestía uniforme con remaches en forma de escarabajos rojos, aunque apenas le cerraban los botones. Era notorio que había recuperado peso. Su piel, que colgaba en rollos con moretones, las encías sangrantes y los ojos con derrames indicaban exceso de sangre cruda. Era muy conocido por su manera de beber (sobre todo si podía matar él mismo a la víctima), y eso le había ocasionado largas estancias en la cárcel y en manicomios. Aunque su crueldad al fin había encontrado un sitio donde era apreciada: en el Nuevo Orden.

—Así que aquí está nuestra heroína del día, adelante —dijo con cierta sorna, removiéndose en su silla—. Toda una sorpresa encontrarte entre los vivos, Vania del clan Villaseca. Dime, ¿te gustaría estar en la ejecución

de Dolmia y Fedinia?

—Claro —Vania se irguió—, será bueno ver que se cumple la ley del Nuevo Orden.

—Pues si tanto te interesa la ley, ¿por qué no denunciaste a tus padres en su momento? —el chupasangre esbozó una sonrisa torcida.

Siward jugueteaba con algo que llevaba al cuello, un adorno de oro. Vania se dio cuenta de que era la prótesis de nariz del anterior intendente, su padre.

—Papá y mamá nunca cometieron delitos —aseguró Vania—. Jamás traicionaron a la pareja sagrada. Al final su error fue la torpeza y pagaron por eso.

—Entonces... —Siward acercó su rostro, hedía a sangre—. ¿Estás de acuerdo con que Luna Negra los haya matado? ¿Que sus carroñeros los devoraran?

Vania se estremeció ante el recuerdo de la escena, pero no bajó la mirada. Atrás, la vieja nana comenzó a sollozar.

—La Dama Oscura es justa —razonó Vania sin perder el aplomo—. Lo que ella decida es perfecto.

—¿Y si decide matarte cuando le diga que estás viva? —la sonrisa de Siward se torció más. Eran visibles sus dientes y colmillos forrados en metal.

—Entonces será lo justo. Aunque sería raro que quisiera deshacerse de una talismán tan poderosa como yo, podría ayudar tanto a su ejército.

Siward entrecerró los ojos, observó más de cerca a Vania.

—No eres tan tonta como pensé y ciertamente has demostrado lealtad —el intendente sacó una botella de un arcón—. Dime una cosa, Vania Villaseca, ¿te gusta la sangre cruda?

Era considerado de bárbaros tomar sangre sin procesar, pero Vania tomó la botella que Siward le tendía y bebió. Mientras lo hacía observó en una pared un altar a Lucinda, tía Tripa, la consentidora madre de Siward, que decían que había sido capaz de todo por su hijo, hasta de matarse para no dar detalles de su paradero cuando lo liberó.

—Qué delicia —dijo Vania después de un buen trago y se limpió con el dorso de la mano.

—Entonces es tuya —ofreció el intendente, con una sonrisa divertida —, para darte la bienvenida.

—¿Ya soy parte del ejército de talismanes? —preguntó Vania, feliz.

—Paso por paso —Siward jugueteó con la nariz de oro—. Has demostrado gran suerte para sobrevivir y se nota tu don de mando...

—¡Es que yo nací para eso! —aseguró Vania—. Me encanta dar órdenes.

—¡No me interrumpas! —los ojos de Siward destellaron, tomó un

trago de sangre cruda y retomó—. Tal vez podrías ser una excelente guerrera talismán, incluso entrar al rango depositante de la casta oscura de las Timurias... pero primero tenemos que hacerte las pruebas para confirmar tu naturaleza.

—Eso no es problema —repuso Vania, emocionada—. Mi madre tenía la certificación de mi talismanitud expedida por tres oráculos.

Atrás, la nana seguía con sus sollozos.

—¿Por qué no se calla esa momia? —exclamó Siward.

—Siempre gimotea por todo, ¡silencio!

Pero la nana no podía calmarse, y siguió llorando cuando la trasladaron junto con su ama a otro cuartel, el que les dieron como aposentos. Había un guardia en la puerta.

—¿Me quieres decir qué te pasa? —la riñó Vania, cuando se instalaron —. Todo ha salido bien gracias a mi gran inteligencia: esos vejestorios van a recibir su merecido, demostré lealtad, al fin encontré un lugar. ¡Deberías alegrarte por mí!

La nana miró de reojo al vigilante tras la reja.

—Es que desconfío de estos soldados —la vieja bajó más la voz—. Les gusta tanto castigar. Recuerde cómo les fue a sus padres, van a matar a Dolmia y a Fedinia, y hasta el doctor Guntrodo trae cadenas de esclavo.

—¿Cómo sabes eso? —respingó Vania.

—Lo vi en uno de los pasillos cuando entramos.

—Guntrodo esclavo y yo una guerrera Timuria —sonrió Vania fascinada—. Qué maravilla, al fin todo se está componiendo.

La nana miró al guardia y siguió llorando hasta que Vania amenazó con darle patadas. Entonces la vieja sollozó en pacífico silencio.

Desde su escondite, detrás del gigantesco trilobite y del altar con la escultura de la extraña diosa, la Legión Alfa estaba lista para luchar contra los pálidos. Pero ocurrió algo muy raro: los umbros miraron por encima, lanzaron apagados gruñidos y salieron del templo para perderse tras las columnas.

—Pensé que este bicho era un manjar para ellos —murmuró Lina.

—Tal vez lo están guardando para después —aseguró Ermo—. ¡Al menos no nos vieron! Oye, Chesti, ¿sabes qué dijeron?

—Hablaban en murmullos, solo entendí "no picado", creo —reconoció el talismán.

—¿Qué hacemos? ¿Salimos? —Ludmila miró la única puerta.

—Ahora no —recomendó Ben—. Tendremos que esperar, los pálidos

siguen por ahí.

—Espero que se vayan rápido —Chestibor miró a todos lados, las paredes tenían bonitos murales pero ni una sola ventana—. Ya no soporto la peste de bicho muerto.

"Silencio", escribió Calibán e hizo una seña para que todos volvieran a sus escondites.

En la entrada había otros dos umbros ligeramente más bajos, de apenas dos metros y medio. Llevaban una coraza hecha con el armazón de algún animal y empuñaban unos curiosos mazos de cristal de roca. Su piel era de un tono gris oscuro con manchas verdes y sus caras igual de feroces: colmillos afilados, cicatrices deformantes. Tampoco parecieron darse cuenta de la presencia de los talismanes. Olisqueaban y lanzaban gruñidos de satisfacción.

—¡Son pardos! Con los que queremos hablar —murmuró Benvolio, emocionado—. Chestibor, prepárate. Calibán, ¿hay una forma especial de saludo amistoso?

Pero no hubo tiempo de ninguna presentación, unos horribles gritos resonaron en el templo. Eran los tres primeros pálidos, estaban ocultos en la entrada y se lanzaron contra los otros umbros. Todo cobró sentido: el suculento trilobite era para hacer "picar" a los pardos, una trampa para atraerlos.

La legión de talismanes quedó atrapada en medio de la pelea. Todos se arrastraron y buscaron refugio en el altar, tras la gran escultura. Lina vio saltar trozos del mármol del suelo y pedazos de mosaico. Con cada golpe, las armas de los pálidos se volvían incandescentes y filosas, mientras que los mazos de cristal levantaban a su paso trozos de piedra al rojo vivo.

—¿Qué hacemos? —Ermo se dirigió a los instructores.

—Vinimos con los pardos, eso quiere decir que tenemos que ayudarlos —recordó Ben.

—¿Hablas de esos pardos? —señaló Ermo una esquina del templo, donde los habían arrinconado.

Uno yacía en el suelo, decapitado y otro no tardaba en morir. Le faltaba media cara y la herida en el hombro dejaba ver el hueso, era una fuente de sangre.

—Cambio de estrategia, salgamos de aquí —señaló Vámbéry.

Pero casi al momento vieron entrar a otros dos pálidos. Las cinco bestias comenzaron a pelear entre ellos, luchaban por los mazos de cristal de roca que habían soltado los enemigos. Un umbro le arrancó de un mordisco la oreja a otro.

—No nos han visto —aseguró Chestibor.

—Lo harán cuando pasemos por la puerta, están muy cerca —señaló Benvolio.

—Podemos salir escondidos, dentro de esto —propuso Lina y señaló el trilobite muerto.

—¿Quieres meterte ahí? —Ermo casi gritó de asco.

—Baja la voz —recomendó Vámbéry—. Me parece excelente la idea de Lina. Además, este caparazón nos va a servir como protección, debe ser de carbonato de calcio.

Salieron de la zona del altar, de nuevo pecho tierra. Con ayuda de la estaqueta de fuerza de Ben y de los brazos de Dragomir y Dragoslav, la legión se escondió bajo el caparazón de artrópodo prehistórico. Dentro, la peste era espantosa y por todos lados colgaba carne putrefacta.

—¡Ahora salgamos! —ordenó Ben.

La idea parecía funcionar. Avanzaron lentamente, entre la refriega de la batalla. Pasaron cerca de un pálido que tenía enterrada un hacha en la espalda, aunque tenía fuerzas suficientes para seguir golpeando la nariz de otro umbro, hasta convertirla en una masa sanguinolenta. Dentro del caparazón Lina hizo un esfuerzo por no vomitar. La peste era inaudita y sentía un extraño picor en la piel. Consiguieron cruzar el acceso, justo cuando un pálido arrojaba a otro contra una columna que se vino abajo derribando otra más y los frisos y cornisas colapsaron, cerrando el acceso.

—¡Salimos a tiempo! ¡Qué suerte! —exclamó Dragomir.

A Lina no le pareció suerte que un templo minoico de unos cuatro mil años se despedazara frente a sus ojos, pero ayudó a contener a los pálidos.

Ben levantó el caparazón con la estaqueta y la legión de talismanes corrió a buscar refugio tras una pequeña colina rocosa. Se detuvieron a tomar aire.

—¿Están bien? —Benvolio se limpió con las manos los despojos putrefactos del trilobite.

—No sé, algo pasa —Chestibor no dejaba de rascarse el pecho.

—Siento rara la cara —reconoció Dragomir, a quien apenas se le entendía. Sus labios tenían el triple de tamaño y una mejilla había crecido tanto que se le cerraba un ojo.

—Mis manos... les pasó algo —señaló Ludmila. Eran también enormes, con la piel bulbosa—. Y arden.

—Algo nos picó —Ben se revisó el cuello, lo tenía inflamado.

Vámbéry encendió la luz de su casco e iluminó los restos del trilobite en el suelo, la carne podrida estaba infestada con lombrices de un intenso color rojo.

"Viborillas de mors", escribió Calibán y se quitó un par de bichos de la frente.

—Son carroñeras —explicó Ermo, que también sabía de memoria la enciclopedia de criptozoología del segundo reino—. Aunque si algo no

está muerto, lo matan primero y luego lo disfrutan.

Lina sentía como si le estuvieran enterrando clavos oxidados en la espalda.

—¿Estas cosas tienen aguijones? —preguntó asustada.

—No, es la reacción al veneno ácido —Ermo señaló el dorso de la mano, que ya tenía el tamaño de su cabeza—. Inyectan una sustancia que deshace tejido, tendones, venas, creo que hasta hueso. Después las viborillas de mors se acercan a sorber lo que quedó de su víctima.

—Básicamente nos vamos a convertir en una pulpa de sangre —chilló Chestibor.

Guntrodo cumplió su promesa, llevó a Gis, siempre esposado, al Teatro del Hueso. Rápidamente los separaron. Uno de los guardias llevó al muchacho a una de las celdas que habían montado en la platea, donde antes estaban las butacas de terciopelo. Gis suspiró al pensar que ese hermoso teatro le pertenecía a su familia (legalmente seguía siendo suyo). Tantos buenos momentos que pasó por ahí, algunos en compañía de Lina. El muchacho se alarmó al ver que lo encerraban en una celda donde había dos chupasangres, uno joven y uno mayor, ambos de pelo rojo intenso.

—¡Pero qué horrible eres! —comentó el joven pelirrojo.

Gis ya estaba acostumbrado a que reaccionaran a su aspecto tan poco nosferatu.

—Soy un sombrío —develó de inmediato.

Los dos chupasangres reaccionaron con menos asco de lo que Gis pensó, no parecían peligrosos.

—¿Y qué haces aquí? —lo miró el joven—. Este sitio es para talismanes.

—Posibles talismanes —aclaró el mayor.

—Parece que soy uno —Gis mostró su marca en el interior del brazo, en el hueco de la sangradura.

—¿Sombrío y talismán? ¡Eso sí que es raro! —reconoció el joven—. La abuela siempre ha dicho que mi tío y yo tenemos marcas del destino, pero no estamos seguros, aunque los soldados nos trajeron aquí.

Gis observó que ambos tenían infinidad de manchas rojizas en la piel, eso era raro en los umbríos.

—Pues ojalá no seamos talismanes, porque yo estoy muy viejo para ir a la guerra —suspiró el tío—. Dicen que el entrenamiento es muy duro.

—No a todos los mandan a la guerra, depende de qué tipo seas —explicó el joven nosferatu—. Eso lo ven cuando te hacen la prueba.

Escuché que vinieron unos nigromantes, nos van a revisar luego de la ejecución.

Gis se sobresaltó solo de oír la palabra.

—No de nosotros, ¡tranquilo, sombrío! —sonrió el pelirrojo mayor—. Van a castigar a unas damas numus.

—Pero los numus son parte del Nuevo Orden —señaló Gis.

—Oí que robaron algo —comentó el joven—. Solo las van a matar.

—¿Solo eso? —rio Gis, todo era demencial.

—No es el peor castigo —aseguró el sobrino, al que al parecer le encantaba el chisme—. El castigo extremo es cuando ni siquiera mereces la muerte. Se llama *gran martirio*. Te mutilan horrible y eres esclavo de por vida. Solo se le hace a los peores traidores y a los que mienten a depositantes.

Gis tragó saliva. Había mentido algunas veces, ocultado cosas, pero ahora decía la verdad, era talismán, aunque temía a dónde lo llevaría eso. No quería ayudar a los enemigos en su guerra, pero al mismo tiempo era la oportunidad de sobrevivir. Todo un dilema.

Pronto Gis se enteró de que no estaba "preso", solo "retenido", aunque no veía la diferencia. Estuvo encerrado en la celda con sed y hambre, no había comida para él. Vio ir y venir soldados; al menos el ambiente no era tan triste como en la cárcel de los tibios en el templo de las sibilas. Y cuando pensó que nada más raro podía pasar, llegó el final del día.

Primero escuchó la voz, algo chillona, de una umbría que iba junto a una anciana nosferatu, la amonestaba por algo. De pronto, la nosferatu se detuvo frente a la celda y se aproximó.

—¡No lo puedo creer! ¡Estás vivo! —estiró un brazo para tocarlo y comprobar que fuera real—. ¡Gismi, acércate! ¡Soy yo!

Era Vania Villaseca, su esposa.

Capítulo XVI

PROVISIONES PARA LA GUERRA

La Legión Alfa encontró una cueva perfecta para ocultarse de los pálidos y, sobre todo, para remediar el problema de las viborillas de mors. Para ese momento, todos tenían graves deformaciones en rostro, brazos, manos, espalda.

—¡Esto quema! —se quejaba Chestibor—. No quiero convertirme en una bolsa de papilla de fluidos y sangre.

—Tranquilos, por eso traemos a los gusanos wabus —recordó Benvolio —. Saquen el suyo; ahora verán cómo trabajan.

Los entrenadores llevaban su propio wabu. Ben colocó directamente a su pequeña mascota sobre la picadura del gusano en el cuello. El wabu abrió su boca con ventosas y succionó, de inmediato el gusano comenzó a cambiar de color, de rosa pálido se volvió ligeramente púrpura.

—Hay que hacer esto en cada picadura —señaló Vámbéry—. Y entre cada succión, darle al wabu un puñado de tierra para que se purgue. ¿Qué esperan? ¡Se les van a disolver los huesos!

Dragomir se colocó el wabu en la cara; Ludmila, en las manos bulbosas; Ermo, en los brazos; Chestibor, en el pecho; Calibán, en la frente; Dragoslav, en casi todas partes, y Lina, en la espalda. En ese momento, cuando el dolor comenzó a bajar, adoró a su pequeño Sig.

—Los wabus están emparentados con los filoanélidos —observó Ermo, que no podía quedarse sin soltar información enciclopédica—. Tienen dos ventosas principales y un buche que crece hasta quince veces su tamaño.

—Por eso es importante que los purguen —recordó Ben—. Y cuando terminen, me avisan para revisar y curar las heridas.

Los wabus eran eficaces, aunque algo lentos. Durante el proceso Lina tuvo tiempo para explorar la cueva y descubrió que bajo la capa de tierra y

piedrecillas había una base traslúcida, tal vez de cuarzo o de cristal de roca. Ojalá tuviera una cámara para registrar todas esas maravillas.

"El enfrentamiento fue raro", escribió Calibán, con su mano libre.

—¿Qué es lo raro? Si pardos y pálidos son tribus enemigas —recordó Chestibor.

"El armamento no era común", escribió el terroso nosferatu.

—Llevaban armas umbrías —reconoció Ben—, y potenciadas. Vi a un pálido con un batting de filo y a un pardo con una maza ardiente.

—El batting rebana hasta roca y metal —explicó Ermo—. Y con la maza ardiente, si golpeas una piedra, esta se convierte en gravilla incandescente.

—Es lo que veíamos por todos lados —recordó Ludmila.

—Y eso también explica los restos que vimos antes —aseguró Vámbéry —. La muralla derretida del campamento y las casas destrozadas hasta los cimientos.

—¿Pero cómo obtuvieron esas armas tan poderosas? —preguntó Dragoslav, su wabu absorbía veneno de sus labios, parecía que se estaban besando.

—Seguramente las robaron —opinó Chestibor—. O de arriba cayó un cargamento y las tomaron sin saberlas usar. Como no controlan ese nivel de poder, ocurre lo que vimos ahora: masacre absoluta.

—Miren el suelo —interrumpió Ermo, había hecho el mismo descubrimiento de Lina—. Estamos parados sobre corium falso o moscovita.

—¡Eso no es moscovita! —Chestibor despejó otra parte del piso—. Debe ser osmio o alguna aleación especial.

—Del otro lado brilla algo —se asomó Dragomir—. Tal vez es un río subterráneo... pero emite luz, parpadea.

—O es un efecto del cristal —Ermo sacó la daga corta y comenzó a picar la superficie—.Tengo que llevarme un fragmento para estudiarlo. Tanto si es osmio como moscovita, cada gramo vale una fortuna.

—Deja de hacer eso, no toques nada —advirtió Vámbéry—. No venimos para hacer exploración geológica ni para buscar riquezas. Hay que concentrarnos en nuestra misión.

—Hay algo que no entiendo de las armas —Lina regresó al tema—. Dicen que estaban *potenciadas*, ¿quiere decir que las mejoraron con ciencias alquímicas?

—Claro, ¡con qué más! —suspiró Dragoslav mientras purgaba a su wabu.

—Con ciencias oscuras —señaló Lina—. Se pueden alterar también con necromancia, ¿no?

—Interesante. Eso es verdad... —meditó Vámbéry—. El armamento

alquímico es básicamente de protección, el de los nigromantes se modifica para matar. Los battings y las mazas ardientes que vimos eran enormes y mortales, sin duda nigromantes.

—Entonces no llegaron por casualidad —aseguró Lina—. Posiblemente una casta depositante hizo llegar las armas.

—¿En qué te basas para decir eso? —preguntó Ben.

—En el contexto —continuó Lina—. En este mundo hay dos tribus que llevan enfrentadas desde siempre: una más salvaje, otra ligeramente organizada, pero ninguna domina porque usan hachas de piedra, cuchillos de pedernal, armas del Neolítico. Hasta que de pronto alguien les da armas realmente poderosas.

Los instructores miraban a Lina con atención.

—Eso no tiene sentido —interrumpió Dragomir—. ¿Para qué molestarse en desperdiciar armamento tan valioso en simples umbros?

—Por esto —la joven señaló el suelo de cristal—. Este sitio está lleno de riquezas. Hay minerales, metales y piedras preciosas, pero es imposible extraerlas por las tribus violentas que habitan aquí. Pero... resulta que son enemigos.

Hasta Ermo dejó de explorar el suelo para poner atención a Lina.

—La mejor manera de destruir a un enemigo es con otro enemigo que no seas tú —continuó la joven—. Solo dales armas para que se ataquen entre sí, se van a despedazar. Al final una tribu vencerá a la otra y, cuando eso suceda, la ganadora estará tan debilitada que podrás someterla sin problemas y te habrás ahorrado casi todo el trabajo. Sería la solución perfecta para apoderarse del segundo mundo. ¿Vieron cómo los pálidos y los pardos peleaban por las armas? Están obsesionados con ellas, por eso destruyeron el campamento y ponen trampas, ha incrementado su rivalidad a estos extremos.

—¿Dónde leíste eso? —preguntó Chestibor, un poco desconfiado.

—En ningún lado —reconoció Lina—. Es lo que pienso, es una posibilidad.

—De 6.2 por ciento —opinó Ludmila—. Estás llegando a conclusiones generales con elementos particulares. No sabemos qué pasa en el resto de las Tierras Umbras.

—De cualquier modo, me parece una deducción brillante —aseguró Vámbéry—. Eso explicaría por qué el Gran Concejo perdió contacto con los pardos y con el embajador. También se entenderían muchas cosas que hemos visto.

Lina recibió miradas cercanas al respeto, era la primera vez que sentía algo así entre los talismanes. Se giró para ver a su padre.

—Podría ser. Ya veremos según sigamos avanzando —fue lo único que comentó.

—Ermo, deja de estar golpeando el suelo —amonestó Vámbéry.

—No estoy haciendo nada —se quejó el aludido.

De la base de la cueva salían tronidos. Vámbéry encendió la lámpara del casco y contemplaron el desastre que se avecinaba. Al parecer bastó el primer golpe de la daga de Ermo para hacer una grieta en el suelo de cristal y, con el peso de todos, se iba fragmentando con rapidez.

Intentaron salir, pero fue demasiado tarde, el suelo se abrió. Lina intentó sujetarse, pero todo se vino abajo con ella: mochilas, armas, los demás talismanes. Por un instante, mientras caía, consiguió vislumbrar lo que había al fondo y fue terrorífico.

No era un río, lo que brillaba varias docenas de metros más abajo era una manada de bestias antidiluvianas vivas y coleando, de las llamadas sanajh; una mezcla entre una serpiente y un gigantesco saurio. Todas recubiertas por gruesas escamas, que al hacer contacto, unas con otras, lanzaban cargas de luz. Ese chisporroteo fue lo último que vio antes del golpe.

—¿Qué haces aquí? ¡Si estabas muerto! —reclamó Vania a Gis.

El sombrío dio un paso atrás dentro de la celda en el Teatro del Hueso, estaba igual de impresionado de ver a la odiosa nosferatu, también creía que había muerto.

—Si yo misma vi el tranvía despedazado —recordó Vania—. ¡Y luego todo se quemó!

—...yo... conseguí escapar antes del incendio —murmuró el muchacho, sin dar detalles—. Ese día fue un caos.

—¡Fue una tragedia! ¿Supiste lo que les pasó a papá y a mamá? —la cara de Vania se transformó—. Claro que debes saberlo... ¡En parte es tu culpa! ¡Por todos tus engaños!

Gis suspiró, ahí iba de nuevo. Por suerte intervino la nana:

—Su Talismanitud, no tiene caso atacar a ese sombrío. Mire, está preso.

Pero Vania no podía contenerse, las emociones la sobrepasaban, se ahogaba en ellas.

—¡No sabes lo que he tenido que pasar! —golpeó las rejas—. Hambre, humillación, pobreza, encierro, ¡y totalmente sola!

—Yo la he ayudado todo lo que he podido —murmuró Dorina.

—¡Calla, momia! ¡Que estoy hablando! —resopló Vania y sus ojillos volvieron a posarse sobre Gismundus—. ¡Pero estoy aquí, como el talismán sagrado que soy! Me van a llevar con las castas superiores, seré

reconocida como merezco.

—Nosotros también —dijo entonces el nosferatu joven de pelo rojo.

Vania lo miró, primero con desconcierto y luego la claridad llegó a su entendimiento.

—¿También te trajeron por eso? —preguntó a Gis—. ¿Te van a hacer las pruebas para comprobar tu talismanitud? —estaba atónita—. ¡Te hice una pregunta!

—No sé, tal vez... no he visto a nadie todavía —reconoció Gis.

—Entonces sí vamos a estar juntos —exclamó Vania con emoción—. ¡Recuerda al oráculo de las Flacas! Nos espera nuestra casa rosada, Villa Vania, nuestros dos hijos. Gismi, ¡esto es el destino! ¡Estás atado a mí! No puedes evitarlo, tu amor me sigue. Somos los talismanes que llevaremos a los depositantes hasta la victoria.

Para ese momento había varios guardias alrededor de Vania y la nana había vuelto con sus sollozos de angustia.

—¡Estoy hablando con mi esposo! —Vania señaló a Gis—. Estamos legalmente casados. ¡Exijo estar con él! ¿No me entienden? Soy la talismán más poderosa de Ubus.

En ese momento apareció Siward para controlar el escándalo de Vania, e hizo señas a un par de soldados para que se la llevaran.

Todos descansaron cuando se llevaron a la nosferatu. Gis no podía creer en su mala suerte. Odiaba y, al mismo tiempo, temía a Vania. Su presencia desataba el caos, le había ocasionado los peores problemas en su vida.

—De verdad, ¿ese volcán es tu esposa? —preguntó el nosferatu mayor.

—Eso dice ella —susurró Gis, abrumado—, pero ¿quién se casaría con un sombrío como yo?

—Es cierto —reconoció el sobrino umbrío—. ¿Y qué fue todo eso? Dijo que mataron a sus padres por tu culpa...

—A ellos los ajusticiaron, no tuve nada que ver —explicó Gis—. Su familia intentó hacer una alianza con la mía, pero solo querían quitarle las riquezas a mi clan, los Tarmelán.

—Qué curioso, te llamas como los dueños de este teatro —anotó el tío.

—Sí, qué curioso —suspiró Gis.

Lina recuperó la consciencia. Estaba en el áspero suelo de tierra, con los tobillos y las manos atados con una cuerda fibrosa, muy dura. Le dolía un costado y tenía un sabor terroso en la boca. Poco a poco el aturdimiento dejó paso a otros sonidos: voces con un lenguaje raro, gutural, un goteo,

bufidos profundos.

Al principio tenía la visión borrosa, pero, lentamente y gracias a una antorcha en una pared, descubrió que estaba al fondo de una gran cueva. Había una enorme piedra que servía como mesa y alrededor tres umbros pálidos comían de manera salvaje, destazaban algo, la sangre los salpicaba. Entonces observó que al borde de la roca sobresalía una mano pequeña inerte, y justo abajo unas gafas rotas. Casi gritó.

—No lo veas —aconsejó una voz.

—¿Ludmila? —preguntó Lina en voz baja.

—Estoy detrás, amarrada como tú —confirmó la talismán.

—Ese, en la mesa es...

—...Ermo —reconoció Ludmila—. Fue un accidente. Lo vi todo. Caímos sobre las bestias sanajh, pero él se despeñó de cabeza sobre las piedras, al momento se rompió el cuello.

Al parecer para los pálidos se había convertido en un buen aperitivo.

Lina no lo podía creer. El talismán bajito a veces era pesado, recitando datos cada minuto del día, ¡pero no merecía morir! ¿Qué diría el monumento que le hizo su madre en su nido natal? ¿Que terminó como almuerzo de umbros? Eso le recordaba lo peligroso y mortal que era cada paso en esa guerra. A Lina le escurrieron unas lágrimas, no pudo evitarlo.

—Tranquila. Ya no podemos hacer nada por él —murmuró Ludmila—. Hay que pensar en nosotros. ¿Cómo te sientes?

—Con dolor, aunque no tengo nada roto —confirmó la joven—. ¿Y tú? ¿Y los demás?

—Dragoslav está cerca de mí, sigue inconsciente, pero respira... No estoy segura de los otros. Alcancé a oír que Dragomir gritaba, no estoy segura.

Al fondo se oía a los pálidos triturando los huesos de Ermo.

—Tenemos que escapar —Lina intentó moverse un poco—. Los siguientes podemos ser nosotros.

Después de esforzarse consiguió girar y quedó de frente a Ludmila. Sí que estaba herida, con una fea rajadura en la cabeza, el cabello rubio era una plasta sanguinolenta y tenía un hombro fuera de su sitio. Nunca la había visto así, maltrecha, con rastros de lágrimas, se notaba su angustia.

—Estás fatal —murmuró.

—Se ve peor de lo que parece —Ludmila intentó recuperar un poco de aplomo—. ¿Ves eso? Tal vez podamos escapar por ahí.

Con la barbilla apuntó a lo que parecía una ventila natural dentro de la cueva, estaba más cerca de Lina. En la mesa, los pálidos seguían peleando por las partes más suculentas de Ermo. Un umbro, con un burdo parche sobre un ojo, lanzó un violento zarpazo cuando quisieron quitarle un pedazo. La mayoría de los pálidos llevaba un maquillaje extraño en el

rostro, líneas rojas alrededor de los ojos y marcas azules en la frente.

Mientras los umbros peleaban por la comida, Lina aprovechó para arrastrarse hacia la ventila y consiguió asomarse al otro lado.

—No podremos salir por aquí —reconoció, frustrada.

—¿Por qué? ¿Qué ves? —preguntó Ludmila.

—Estamos en una parte alta —Lina le explicó—. Unos metros abajo hay un patio con un montón de bestias sanajh y llevan como armaduras.

—¿Las bestias? —confirmó Ludmila, sorprendida.

—Sí, como un arnés con pinchos —explicó Lina en voz baja—, bozales y traen una montura con estribos para los pies.

—Entonces los usan para montar. ¡Domaron a las bestias!

—Están en una especie de corral con cercas, es donde caímos —continuó Lina—. Abajo hay más pálidos, son muchos, también están armados y llevan cascos y arneses.

—Tal vez se están entrenando, ¿dónde estarán nuestras estaquetas?

Un gruñido interrumpió la conversación. Lina se había distraído y no se dio cuenta de que se había acercado un pálido, era el tuerto, de más de tres metros. Tomó a Lina, Ludmila y a Dragoslav (todavía inconsciente) y los metió en una tosca red, apenas cabían. No reaccionó o no le interesaban los gritos de las presas. Con facilidad arrastró la carga fuera de la cueva, para montarlos a un costado de un sanajh.

—¿Dónde están nuestros compañeros? —espetó Lina, desde la red al monstruo—. ¿Qué vas a hacer con nosotros?

Sabía que el pálido no le entendía, pero si lo hubiera hecho, cualquier respuesta habría sido una pésima noticia.

Vania estaba en el palco que le servía como habitación. Siward había puesto otro guardia en la puerta para que no se saliera de nuevo.

—Gismi debe pedirme disculpas, ¡si no, nunca volveré con él! —la nosferatu iba de un lado al otro, alterada por el encuentro—. Jamás pensé que fuera a sobrevivir.

—Siempre ha sido astuto y escurridizo —señaló la vieja nana.

—¡Pero también prueba que somos talismanes! ¿No dijiste que Guntrodo estaba en los cuarteles?

Dorina asintió, confundida.

—Tal vez ya encontró el remedio para la enfermedad de Gismi —exclamó Vania.

—Mi ama, por favor, escúcheme, tenemos que irnos de aquí. Estamos en peligro.

—¡Pero de qué hablas, espantajo! Si este es el mejor sitio del nido.

La nana se acercó, primero miró hacia la puerta, los guardias estaban de espaldas.

—...y traigo esto —la vieja mostró, entre la sobrefalda, un bolsillo oculto donde estaba el resto de las joyas, las que no alcanzaron a dar a Dolmia.

—Guarda eso —ordenó Vania en voz baja—. Ya entiendo, ¿por eso te has comportado como una loca llorando todo el tiempo? No te preocupes, pronto podré usarlas. Mi vida será como antes o mejor... al fin reconocerán mi poder.

—Debemos irnos —la nana recomenzó, tensa—. Todavía no le he dicho algo...

—¡Silencio! —exigió el guardia, harto de tantos murmullos.

—Anda, ¡mejor péiname! —ordenó Vania a la nana—. Haz algo útil.

Pero las manos temblorosas de la anciana eran un desastre, tanto que Vania terminó por quitarle el peine de nácar y darle unos golpecitos en la cabeza. Eso la relajó.

El largo y enorme sanajh se balanceaba impaciente. Lucía como un prehistórico dragón de cuento y, al parecer, estaba acostumbrado a la carga, pues no le molestó llevar en un costado una red llena de talismanes, con Lina, Ludmila y Dragoslav. Un pálido se acercó para enganchar a la montura otro saco con cadáveres de umbros pardos y una red con Chestibor y Dragomir (este último tenía una fea fractura en la pierna).

—¡Ludmila! ¡Lina! —Chestibor comenzó a gritar, aliviado, cuando se alejó el pálido—. ¿Están bien?

—¿Tú qué crees? —repuso Ludmila—. Ermo murió y los pálidos devoraron su cadáver frente a nosotras.

Chestibor palideció, atónito.

—Esto es una pesadilla —el talismán repuso agobiado, llevaba el pelo fuera de su inmaculada coleta—. ¿Saben algo de los instructores?

—Estamos acá —dijo de pronto Vámbéry, solo se oía su voz—. Estoy con Calibán y Benvolio. ¿El resto está ahí?

—Sí, colgados. ¿Dónde están ustedes? No los vemos —Lina intentó moverse. Tenía encima el enorme pie de Dragoslav, que seguía inconsciente.

—Parece que igual que ustedes, pero del otro lado del sanajh —explicó Ben—. ¿También están dentro de una de red?

—Sí, y amarrados con algo muy duro...—aseguró Dragomir, había

puesto su enorme mano sobre la herida de la pierna para controlar la hemorragia.

—Pero ¿qué hacemos colgados de un sanajh? —preguntó Ludmila.

—Momento... Calibán está escribiendo algo... —anunció Ben—. Dice que somos provisiones para la batalla.

—¿Qué batalla?

—Esperen, escribe otra cosa... —explicó Ben—. No sabe cuál, pero asegura que los pálidos llevan en la cara la pintura ceremonial de guerra.

—¡Tenemos que escapar! —exclamó Chestibor—. ¿Alguien tiene su estaqueta?

—No. Nos quitaron hasta las Clontarf —dijo Ben—. Pero creo que aún traigo en la bota la daga de emergencia. Puedo cortar las sogas.

Hubo una especie de suspiro colectivo.

—Espera, todavía no lo hagas —pidió Vámbéry—. Esta puede ser nuestra oportunidad.

—¿De morir? —se quejó Chestibor.

Aun en esas circunstancias, el soldado humano rio un poco y explicó:

—Si los pálidos van a una batalla, seguro es contra la tribu de los pardos. Usémoslos como transporte. Cuando lleguemos allá nos liberamos y nos pasamos del otro lado.

—Pero... ¿y si nos comen en el camino? —observó Lina.

—Es un riesgo que debemos tomar —reconoció Benvolio—. Pero estoy de acuerdo con el plan de Vámbéry.

No había muchas opciones, todos decidieron tomar el riesgo. Al poco rato, el ejército de pálidos se echó a andar con todo y sus provisiones. Los umbros albinos eran excelentes jinetes, el cuerpo duro y oblongo de los sanajh era perfecto para escabullirse entre grutas húmedas. Cruzaron unas cuevas recubiertas de diamantes en estado natural, estrechos pasajes subterráneos, algunos totalmente oscuros, otros llenos de insectos bioluminiscentes. A veces, las redes golpeaban contra las paredes de roca (era una tortura, pero sirvió para que Dragomir recobrara la consciencia). Luego de unos veinte minutos de camino llegaron a un risco sobre una amplia cañada que se había formado entre dos montañas subterráneas. Los pálidos buscaron salientes en las piedras para atar a las bestias de carga y sacaron las armas: cortadoras, mazos, piquetas. Ahí había más pálidos, varios grupos se reunían en esa zona.

—Esto no es una simple pelea —susurró Ludmila—. Es un enfrentamiento de las tribus, una guerra total.

Y la batalla ya había comenzado. Lina se estiró dentro de la red y alcanzó a ver en la cañada la lucha entre pálidos contra pardos. El sitio estaba en penumbra, pero gracias al brillo que producían las escamas de los sanajh cuando rozaban entre sí saltaban fogonazos que iluminaban

por instantes a los ejércitos: umbros a pie, otros sobre bestias, con escudos, todos armados. Era una marea de soldados de las Tierras Umbras, ochocientos, tal vez mil. Sonaba el batir de un tambor ronco, sonidos rítmicos, salvajes, el compás de la muerte.

Gis estaba mal, el encuentro con Vania le había destrozado los nervios. Un par de horas después, un guardia sacó de la celda al nosferatu pelirrojo mayor. Le harían la prueba de su posible talismanitud. Su sobrino lo despidió deseándole suerte.

—...ya se está tardando —comentó el nosferatu tenso, después de un rato—. Tal vez deben analizar cada marca. ¿Te imaginas si nos escogen? Podríamos terminar al lado de la pareja sagrada.

Gismundus respondió con una sonrisa vaga, no quiso revelar que él ya había estado cerca de Luna Negra y que la experiencia fue horrorosa. También presenció cuando Cerberus escapó del laberinto y destruyó el edificio del Hormiguero para rescatar a su madre. No quería volver a ver a esos horribles seres en su vida.

—Escuché que somos los últimos que van a analizar en el nido —siguió hablando el nosferatu pelirrojo—. A nosotros y a tu esposa que no es tu esposa, aunque ella seguro ya es parte del ejército de talismanes, porque es talismán, ¿no?

—Eso dice ella —repitió Gis.

Pasó un rato y el mismo guardia llegó por el umbrío joven, que seguía emocionado.

—¿Y mi tío? ¿Cómo está?

El guardia no contestó y al pelirrojo se le tensó la sonrisa. Gis estuvo solo en la celda casi una hora, hasta que el mismo vigilante volvió por él. Lo condujo por unas escaleras al segundo nivel. Era curioso que lo llevara al palco que había sido de su familia, los Tarmelán, el más lujoso. Aún quedaban algunos muebles dorados (aunque sin las incrustaciones de piedras preciosas) y pendía un bonito candil de cornalinas color bermellón. Pero la belleza del lugar se veía opacada por la peste y las alfombras manchadas de sangre. En el antepalco, el guardia le quitó las esposas a Gis y lo sentó en una silla de hierro. Todo fue rápido: sintió cómo alguien le enterraba un punzón en la palma de la mano, brotó un chorro de sangre y alguien más la recogió con un paño de seda púrpura.

La cortina del palco se había abierto, del otro lado había dos criaturas que Gis no conocía. Uno de ellos era un guerrero de alto rango, de la casta de los depositantes, de los llamados encarnados en Timur, lucía el

uniforme y las insignias. Era una mole de músculos con piel gris, casi del color de la piedra, debía medir poco más de dos metros. Parecía que había atravesado un campo de cuchillas porque tenía cicatrices de todos tamaños en brazos, manos, orejas, cara y le faltaba un trozo de nariz. A su lado había un ser aún más raro, era una esiartis muy vieja cubierta de verrugas; de la barbilla le colgaba una larga barba gris que llegaba casi al suelo, llevaba las uñas largas y pintadas de rojo. Tenía la famosa túnica naranja de los adivinos necrománticos. Era otra encarnada, de las castas altas; aún empuñaba el punzón con el que había pinchado la mano de Gis para extraerle sangre.

—Solo estamos perdiendo el tiempo —aseguró el enorme guerrero, impaciente.

—Calma, Lafcadio. El oro rojo se obtiene luego de trasegar montañas —la esiartis se dirigió a Gis con voz masculina y femenina a la vez—. Supongo que sabes por qué estás aquí.

—Soy un talismán —aceptó Gis.

—¿Es una aseveración? —el soldado se aproximó. Gis notó que tenía salpicaduras de sangre fresca en su uniforme—. ¿Sabes que mentir a los depositantes está penado? Somos encarnados de los Bromio. Los que mienten sin lengua quedan, los que ven lo indebido sin ojos dejamos, los ladrones sin manos terminan.

Guardó silencio, esperando una nueva contestación del muchacho. Atrás la esiartis quemaba el paño con sangre en una hornilla.

—Soy talismán, me lo confirmaron en un oráculo en entremundos —explicó Gis.

La adivina reaccionó al escuchar la última palabra.

—A las casas de los muertos perdidos solo se llega con necromancia —la mirada de la esiartis se avivó—. ¿Has practicado las artes oscuras?

—Estuve con alguien que lo hizo —Gis no quería dar detalles—. Usamos un redi para hacer un puente... fuimos dos veces...

—Pytia, ¡es un sombrío! Míralo, está enfermo, deforme —interrumpió el guerrero Lafcadio—. Nada de lo que dice tiene sentido. Iré preparando el cuchillo.

—Muéstrame tus marcas de talismán —ordenó la esiartis.

—Solo tengo esta.

Gis estiró el brazo. Ahí estaba ese lunar de sangre con el que el destino lo marcaba. Pytia se mojó los dedos con saliva, era ligeramente verdosa, la untó sobre el lunar y observó detenidamente.

—Interesante, muy interesante —la adivina se rascó el cráneo calvo y costroso bajo la peluca—. Sombrío, sí que eres un caso raro.

Atrás, Lafcadio afilaba un cuchillo. Gis sentía que los latidos de su corazón se podían oír en los otros palcos. La adivina regresó a la hornilla y

miró detenidamente cómo el paño con sangre quemada producía humo, no parecía normal, iba formando una espiral.

—Lafcadio, hay que preparar el oribo —anunció la adivina.

Gis no sabía qué era eso. El enorme Lafcadio se acercó, observó el humo, llevaba en la mano el cuchillo.

—Hazlo —insistió la esiartis—. Ya hemos trasegado montañas.

El enorme guerrero fue hacia una bandeja donde había más armas, dejó el cuchillo para tomar otra herramienta. Volvió para inmovilizar a Gis con una manaza y le metió una pinza de metal en la boca. El muchacho gritó, no quería que le cortaran la lengua, ¡había dicho la verdad! Sintió una ráfaga de dolor y luego la adivina, con los dedos, le arrancó un mechón de pelo desde la raíz.

Con lágrimas de dolor, Gis vio cómo le extraían una muela sanguinolenta. Pytia enredó el cabello en ella y sacó una esfera grumosa de cera de una bolsa de su túnica. Hundió las partes de Gis en ella y la acercó al humo de la hornilla. Sucedió algo muy curioso, la cera absorbió la espiral de humo y comenzó a cambiar hasta tomar la forma del rostro de Gismundus, cada línea y rasgo eran exactos.

—Este será tu oribo —explicó la esiartis y se lo pasó a Lafcadio—. En efecto, eres un talismán, y ahora eres nuestro. Prepárate para servir a la pareja sagrada.

El enfrentamiento entre los umbros pardos y los pálidos era demencial. En la cañada más de mil seres de la infratierra se enfrentaban. Al parecer, la misión era simple: matar al oponente y quitarle la poderosa arma que tuviera en las manos. En una primera línea el enfrentamiento se llevaba cuerpo a cuerpo. Algunos umbros se protegían con escudos de escamas, que los pálidos partían con los blatting de filo hasta seccionar el brazo del enemigo. Había una segunda línea más feroz de umbros montados en los feroces sanajh. Algunos animaban a las bestias a luchar, las cuales tenían caparazones con pinchos de hierro y a las que les habían quitado los bozales. Los sanajh, azuzados y en el delirio de la batalla, mordían lo que tuvieran cerca: una cabeza, el pescuezo de otra bestia y hasta el pie del mismo jinete que los montaba. Cuando dos sanajh se entrelazaban en una lucha, el roce de las escamas producía un chispazo azulado. Detrás de cada ejército había una tercera línea, impenetrable, resguardando a los que debían ser los jefes. De un lado había un pálido recubierto con polvo plateado y llevaba brazaletes donde colgaban las orejas secas de sus enemigos; curiosamente ese umbro no tenía orejas, solo unos pequeños

muñones quemados. En el otro extremo, el líder pardo, ligeramente más bajo, iba pintado con manchones dorados y lucía más de diez collares, todos hecho con colmillos de umbros muertos. Ambos seres estaban protegidos por un muro de guerreros y detrás un esclavo hacía sonar un tambor, el sonido de la batalla.

El pálido con el parche en el ojo llevaba la estaqueta que pertenecía Benvolio. Era evidente que no podía controlar el arma, que oscilaba de manera mortal dando golpes brutales, destripó un sanajh y partió a un par de guerreros de su propio bando.

Desde el peñasco Lina alcanzaba a ver la batalla entre los fogonazos, y de fondo se oían los gritos, los tambores, el chasquido de la carne al abrirse, los huesos, los chillidos de las bestias prehistóricas, el chocar de las armas de poder. Todos los talismanes seguían encerrados en las redes, junto con el resto de las provisiones.

—Tenemos que escapar de aquí. ¡Ahora! —urgió Vámbéry.

Ben confirmó que llevaba la daga de emergencia en la bota y consiguió romper la dura soga que le ataba las muñecas. Después abrió la red donde estaba Chestibor y Dragomir.

—Con cuidado... espera —le dijo al enorme talismán, le sobresalía el fémur de la herida de la pierna—. Déjame revisarte.

—No me duele —aseguró Dragomir.

Debía ser por su vórtice de fuerza, pero estaba pálido y helado. Ben lo puso en el suelo, metió el hueso en su sitio, colocó las manos en la herida y al momento dejó de sangrar. Le pasó la daga a Vámbéry para que siguiera liberando a los demás.

—Tenemos que escondernos hasta que pase la batalla —recomendó Vámbéry—, luego buscaremos a los pardos.

—Si queda alguno para entonces —murmuró Chestibor.

El soldado humano abrió la última red, salieron Dragoslav y Lina, solo quedaba por liberar a Ludmila.

—Se me enganchó un pie en las cuerdas —forcejeó, alarmada.

Oyeron unos bramidos, era un pálido que había descubierto a las *provisiones* escapando. Arrojó una lanza corta, Lina la evadió, pero la punta del arma se clavó en un cuadril del sanajh, que reaccionó furioso, con Ludmila colgando a un lado.

Lina era la más cercana, dudó qué hacer. Últimamente, Ludmila no le caía bien, pero tampoco era cuestión de dejarla a su suerte. Fue como un reflejo: saltó a las cuerdas de la red, casi al momento la bestia se echó a correr y supo que tal vez se había equivocado fatalmente. ¿Cómo ayudaría a la talismán? La daga de emergencia se la había quedado Vámbéry. Tal vez si pudiera subir y deshacer el nudo, aunque debía esperar a que la criatura se detuviera. Pero el sanajh no lo hizo, todo empeoró, se lanzó

trote abajo directo al infierno de la batalla.

Capítulo XVII

REY PARDO, REINA PÁLIDA

Es que me urge ver a mi esposo Gismundus. ¡Tengo que estar con él! —le insistió Vania al guardia .

—Llevas todo el día con lo mismo —exclamó el militar, harto.

—¡Y seguiré! —advirtió Vania—. ¡Le gritaré a Siward desde aquí! No es manera de tratar a una invitada como yo, una talismán sagrada.

—Voy a preguntarle al intendente —dijo el guardia, al fin.

Antes de irse corroboró que la reja estuviera cerrada. Desde que habían llegado al cuartel, era la primera vez que Dorina y Vania estaban sin vigilancia.

—Ama, necesito decirle algo —la nana se acercó a toda prisa—. No hable por un minuto, solo escúcheme.

Vania se extrañó. Era raro que la vieja diera algún tipo de orden.

—Usted no es talismán —reveló la anciana llorosa—. ¡No siga insistiendo en decir que lo es! Se va a meter en problemas.

—Qué tonterías dices —rio Vania—. ¿Ya perdiste la cabeza de momia? Soy una talismán sagrada, tengo marcas de la fortuna, tú lo sabes. Las sibilas y los oráculos lo señalaron desde mi nacimiento. Siempre me lo dijo mamá. Soy la salvación de mi clan, los Villaseca.

—Guarde silencio y escúcheme... se lo suplico —insistió la nana—. Su madre, la pobre Winefrida, pagó todo el dinero que le quedaba de la fortuna familiar para sobornar a quien le diera la certificación de su talismanitud... era la única manera de que su padre, Tirso el Rojo, no la desechara como a Tristana y Lucrecia, sus hermanas mayores. Solo quería descendencia talismán, nada menos. Gracias a la treta de su madre, usted sobrevivió. Pero me temo que no es un talismán real. Las marcas que tiene son falsas, se hicieron con artes oscuras, el doctor Guntrodo lo sabe

también...

—¡Basta, calla! —ordenó Vania, dolida e incrédula—. No sé por qué me dices esto, si siempre me has llamado Talismanitud...

—Porque sabía que eso la hacía feliz —reconoció la anciana—. ¡Juré cuidarla y protegerla! Tal vez no sea talismán, pero debe tener otros poderes... ¡Seguro! Es la mejor sanguaza que ha pisado este nido. Pero si sigue insistiendo en que quiere entrar al ejército de talismanes, se va a meter en problemas; los que engañan a los depositantes mueren. Pero con estas joyas —señaló el bolsillo de la sobrefalda— podemos buscar refugio y alimentos, solo tenemos que buscar un pretexto para salir de este sitio...

—Basta, me aturdes con tu palabrería —chilló Vania—. No puedo ni pensar, ¡cierra la boca!

La joven umbría buscó dónde sentarse. Todo le daba vueltas. Del fondo de la memoria salieron las imágenes que las Flacas le mostraron en entremundos, insinuaron algo parecido; pero no era posible, las Flacas eran maestras del engaño.

—Estamos a tiempo —murmuró la anciana—. Es nuestra última oportunidad.

La vieja comenzó a llorar de alivio, había revelado el secreto que tanto la atormentaba. Por su lado, Vania Villaseca sentía un nudo de emociones: sorpresa, desconfianza, pero sobre todo... ira.

En la batalla de la infratierra las cosas no hacían más que empeorar. El sanajh que llevaba colgando a las dos talismanes aterrizó directo en la refriega. Lina apenas se sostuvo de un gancho del armazón de la bestia. Si se soltaba moriría aplastada por las patas de otra bestia o arrollada en el caos de la pelea. Había chispazos por todas partes: de las armas necrománticas, del roce de las escamas de los sanajh. Alrededor se multiplicaban los chillidos, los huesos trozados, el borboteo de la sangre.

Un guerrero pálido se acercó al sanajh, no se fijó en las talismanes colgando, solo en que no tenía jinete, y trepó a la montura. Controló a la bestia por apenas un par de minutos, que fue el tiempo en que la espada curva de un enemigo le cortó la cabeza. El cadáver pálido continuó en la silla de montar. Lina notó que empuñaba un arma larga de metal.

Elaboró un plan demente. ¿Y si le quitaba el arma al cadáver? Con ella podría romper la red donde estaba Ludmila atrapada.

Sin perder tiempo, Lina trepó por la montura del animal, que avanzaba a trompicones entre la batalla. El guerrero degollado comenzó a resbalar, Lina se dio prisa, con asco, pero decidida subió por el pálido, lleno de

sangre resbalosa, y tomó el arma antes de que se perdiera en el suelo junto con el cadáver. En el último instante alcanzó a sostenerse del fuste, una agarradera de la montura y revisó su botín, era una estaqueta de fabricación umbría y tenía una punta azul brillante.

—¡Sostente del arnés! —Lina le gritó a Ludmila desde arriba—. Voy a cortar la red.

Ludmila gritó algo, pero era imposible oírla.

Lina tomó una de las correas que había en la montura y desde ahí intentó cortar el amarre, pero nada ocurrió. ¿Tendría gastado el filo? Se preguntó desesperada. Abajo, Ludmila había conseguido salir por el hueco de la red, con las manos aún amarradas, escalaba por el arnés de la bestia, pero su pie seguía atorado. Arriba, Lina se dio cuenta de que el arma se volvía cada vez más pesada y se balanceaba muy rápido, como aleteando. Tuvo que sostenerla con las dos manos. Entonces recordó lo que le dijo Chestibor.

—Permíteme usarte —le dijo al arma—. Por favor, seré buena contigo, sé buena conmigo.

Ludmila había subido lo suficiente para tocar el brazo de Lina, seguía intentando decirle algo, una advertencia.

—¡Es arma de poder! —alcanzó a decir.

En ese momento Lina volvía a golpear el amarre con la estaqueta y ocurrió algo curioso, la potencia que le imprimió se multiplicó cien, mil veces, y el impulso de fuerza titánica la expelió. Ludmila consiguió sujetarse de su compañera. Se rompió la red y ambas salieron volando por los aires, unos veinte metros, casi para tocar la bóveda de piedra. Desde arriba, varios metros por encima de la cañada subterránea, tuvieron la visión total de la batalla. Se habían roto las formaciones: umbros de ambos tipos, pardos y pálidos, a pie y jinetes, todos se mezclaban en un hervidero de muerte y sangre, peleando entre trozos de cadáveres. Lina sintió que caía de nuevo al campo de batalla, casi en cámara lenta. Por su tipo de vórtice, lo más seguro es que sobreviviera, pero no estaba segura de si Ludmila lo haría. Buscó protegerla, hizo un rápido giro en el aire para caer primero, pero antes de tocar el suelo sucedió de nuevo, la punta azulada de la estaqueta hizo contacto con la superficie y Lina volvió a salir despedida, en perpendicular, con una leve curva. Alcanzó a soltar a Ludmila mientras ella cruzaba al otro lado del campo. Se dio cuenta de que si sostenía con ambas manos el mango del arma su cuerpo parecía adquirir una ligereza sobrenatural.

Después de recorrer la cañada de un lado a otro, Lina entendió un poco el funcionamiento de la estaqueta. Con cada golpe, detonaba una respuesta de energía tan poderosa que impulsaba al arma a una velocidad increíble, solo tenía que sujetarse para moverse con ella y darle dirección.

El control era complicado, pero luego de algunos rebotes, golpes y dolorosos rodeos, Lina consiguió volver por Ludmila y sacarla del campo de batalla. La llevó hasta el promontorio, entre unas rocas donde estaba escondida la Legión Alfa.

—¿Qué fue todo eso? —exclamó Dragoslav, admirado.

—Encontraste una auténtica estaqueta Clontarf —señaló Chestibor atónito—. Es de núcleo de velocidad. ¡Y te obedeció a la primera!

—Más o menos... —reconoció Lina.

Las felicitaciones siguieron, solo faltaba Benvolio, todos lo miraron.

—Rosalina, eso... no estuvo mal —dijo parco.

Lina corrió a abrazarlo.

—Pa, ¡dime Lina! No me gusta que me llames así, trátame normal.

—¿De verdad? ¿Puedo? —preguntó Ben, y comenzó a llorar, aliviado —. Pero ¿en qué estabas pensando? Hija, eso fue peligrosísimo. Me tienes loco de los nervios. ¡Y lo que pasó en la madriguera! Bien que vi que casi resbalaste al abismo. ¡Y la batalla del templo minoico! Por cierto, tus ideas han sido geniales, perdón por no decírtelo antes ¡y por ser tan duro! —lloró más—. A mí me dolía más que a ti hablarte así, pero era mi papel de entrenador. Lo bueno es que ahora todos saben que, además de linda, eres extraordinaria...

—Pa, está bien, ya entendimos —Lina lo tranquilizó, la estaba volviendo a abochornar.

—Tienen que ver esto, algo está pasando —Vámbéry señaló la cañada.

Se acercaron a borde del peñasco. Abajo todo estaba envuelto en una rara calma. No se oían gritos ni gruñidos, tampoco el chocar de metales, solo agitadas respiraciones. El movimiento también había cesado, pero gracias al brillo de algunas armas se podía ver a los guerreros umbros detenidos, sudorosos, jadeantes; miraban a un punto del campo de batalla. Hasta el sonido de los tambores había enmudecido.

—¿Por qué ya no pelean? ¿Qué sucede? —preguntó Chestibor.

Miraron a Calibán, el experto en ese mundo, que solo escribió: "Tenemos que bajar".

Ahí estaba Siward Lamprea en persona, con sus ojos saltones inyectados de sangre. Junto con el guardia, entró al balcón del teatro que tenían Vania y la nana.

—¿Tienes idea de todas las cosas que tengo que hacer? —reprochó el intendente, molesto.

—Disculpa, Siward, solo pedí estar con mi esposo, Gismundus —

repuso Vania, aparentemente tranquila.

—Los únicos que deciden sobre talismanes son los encarnados depositantes que vienen de Nuevo Estigius. Ni yo tengo potestad sobre eso.

—Entonces, ¿ya confirmaron que Gismi es talismán? —preguntó la joven umbría con agitación.

—No te puedo decir nada. Solo te pido que te tranquilices y esperes tu turno. Me has dado buena impresión, Vania, no lo estropees.

Siward se dirigía de nuevo a la salida cuando Vania dijo:

—Espera... también debo confesar algo.

La nana levantó la vista desde su rincón.

—Me acabo de enterar de algo y es mi deber hablar —comenzó Vania.

—Usted es tan valiente, mi ama —murmuró atrás la vieja umbría.

—Cállate, momia —la amonestó Vania—. Siempre te metes, me interrumpes...

—¿Y de qué quieres hablar? —intervino Siward impaciente.

—De Dorina... —señaló Vania—. Acabo de descubrir que... y esto me apena tanto, es una ladrona.

La anciana quedó petrificada.

—Hace un rato estaba tomando una siesta y al despertar vi que la vieja revisaba algo, creo que eran joyas, las esconde en un bolsillo secreto que trae en la falda. Supongo que las robó de casa de Dolmia. Y toda riqueza no entregada al Nuevo Orden debe denunciarse.

Siward dirigió sus ojillos fieros a la nana.

—¿Robaste, vieja? —espetó.

La anciana nosferatu comenzó a llorar en silencio, mientras negaba con la cabeza, atónita.

—Vania, antes de seguir te advierto algo —señaló Siward—. La servidumbre no tiene derechos. Cualquier delito se castiga con la muerte definitiva. Te lo digo porque siempre imaginé que esta vieja era como de tu familia.

Vania se mantuvo firme.

—Solo es una criada —insistió—. Ha estado cerca de mí, pero mi única lealtad es con el Nuevo Orden, con la pareja sagrada.

El guardia fue tras la anciana para registrarla, esta ni siquiera forcejeó. Rápidamente encontraron el bolsillo secreto con el resto de las joyas.

—Les dije —señaló Vania—. Dorina, me rompes el corazón. ¡Y yo que confiaba en ti! ¡A saber la clase de bicho que eres! Seguro también te gusta engañar y mentir.

—Trae a las dos —Siward ordenó al guardia—. Vamos al escenario principal.

Dorina no volvió a decir nada, solo lloraba. Todo había acabado.

Algo muy grave había ocurrido en la cañada de Tierras Umbras. Primero la batalla se detuvo y después comenzó un coro de dolorosos gemidos.

—Ludmila, quédate con Dragoslav y cuiden a Dragomir —ordenó Ben —. Los demás bajaremos al campo.

Lo hicieron a través de una rampa natural de piedras; por cualquier cosa llevaron la daga y la estaqueta. Al llegar al campo, Ben, Vámbéry, Calibán, Chestibor y Lina avanzaron entre los cadáveres. Las armas necrománticas habían sido devastadoras. Había escudos deshechos, armaduras abiertas, cabezas cercenadas, trozos de saurios, brazos, troncos, guerreros agonizantes. Pero nadie les prestaba atención, los umbros seguían lanzando unos horribles alaridos. Vámbéry alcanzó a tomar, de entre los destrozos de la batalla, una piqueta; de un lado era un hacha, del otro, un afilado punzón.

El grupo llegó al punto donde todos miraban, había dos cuerpos enormes tendidos en la tierra. Era el pardo recubierto con polvo dorado y collares de colmillos, tenía una lanza atravesada en el pecho. Muy cerca de él estaba el umbro pálido más grande, pintado de plata, sin orejas, con brazaletes de orejas cercenadas. Lina se acercó y se dio cuenta de que la criatura pálida era una hembra y de que tenía una daga enterrada en el cuello. Al parecer, los dos umbros se habían matado entre sí. A su alrededor sus ejércitos parecían desconcertados, sin saber qué hacer.

Calibán, tan poco expresivo, reaccionó lanzando un grito ronco, se postró de rodillas e intentó tocar el cuerpo de la umbra pálida. Se detuvo ante los gruñidos de advertencia de sus guerreros. Lina vio que el tío umbrío lloraba. ¿Qué ocurría?

“Es ella, ella”, escribió, tembloroso.

—No puede ser —murmuró Ben y explicó al resto—: Creo que es la amada del tío Calibán.

—¡Una pálida! —exclamó Chestibor, igual de atónito que los demás.

Lina había oído un poco sobre ese romance prohibido. Calibán se enamoró de la hija de un líder de tribu y, ahora entendía, fueron castigados: a él le cortaron la lengua por declararle su amor, a ella las orejas por oírlo. ¡Y era la madre de Larcia Galleta!

Solo Calibán se quedó al lado de la pálida. El grupo de talismanes se apartó para hablar entre murmullos.

—Pues parece que la amada de Calibán es la líder ahora —señaló Vámbéry—. Quiero decir, era.

—Acaba de morir —reconoció Ben—. No percibo vida en ellos, no puedo hacer nada.

—Pero yo sí —anunció Lina

Todos intercambiaron miradas.

—Hijita, ¿estás segura? —confirmó Ben.

—Debo darme prisa —urgió.

—Pero no podemos tocarla —aseguró Chestibor, preocupado.

—Entonces habla con ellos, con los pardos y pálidos. Rápido, pide atención —ordenó Vámbéry.

El joven talismán, tembloroso, comenzó a probar una docena de extraños dialectos. Como nadie lo miraba, se subió al cadáver de un sanajh cercano y desde ahí repitió el llamado hasta que algunos umbros le respondieron, extrañados. Estaban sorprendidos de que un ser tan pequeño e insignificante hablara su lengua.

—Diles que somos enviados de los dioses —ordenó Vámbéry y se acercó a Calibán para preguntar—: ¿Cómo se llaman las deidades de los pardos y de los pálidos?

"Comparten mismos dioses: Uk y Dok, *guerra* y *comida*", escribió el umbrío.

—Bueno, di eso —siguió Vámbéry—. Diles que traemos vida, pero a cambio pediremos tributo. Diles que podemos revivir a sus líderes.

Chestibor obedeció y con voz temblorosa comenzó a explicar en el idioma áspero de los pardos y en el cortado de los pálidos. Al instante generó un torrente de exclamaciones. Umbros de ambas tribus dieron golpes en el suelo con los pies. Algunos gritaron, muchos intentaron acercarse.

—Creo que no podemos prometer algo así —advirtió Ben—. Si Lina no lo consigue, nos van a despedazar aquí mismo.

—Entonces más vale que lo logre —advirtió Vámbéry.

Lina sentía sobre ella las miradas angustiosas de su equipo. Un error y todos morirían para luego ser comidos hasta la última falange.

Tres embestidas con estaca de acero fue la condena para Dorina, la anciana nana que entregó su vida a servir a varias generaciones de los Villaseca. Un soldado de bajo rango fue el verdugo, la ejecución se llevó a cabo en el escenario del teatro. El primer golpe rompió los añejos huesos de las costillas, el segundo llegó al corazón. La vieja no quiso decir unas últimas palabras, solo lloraba deshecha, sin dejar de ver a Vania. Al tercer golpe se estremeció, lanzó un quejido de animalillo y su ropa raída se llenó de sangre pálida y vieja. Entre la estaca y su pecho había un letrero que decía: "Ladrona".

—Cuelguen su cuerpo en los templetes de la plaza —ordenó Siward.

Vania había presenciado todo, al final tuvo que desviar la vista. El intendente abrió el bolsillo con las joyas que tenía Dorina, lo único que apartó fue el viejo peine de nácar que usaba la anciana para peinar a su ama.

—Puedes quedarte con esto, no vale —Siward le tendió el peine—. Lo que hiciste fue muy leal. Me sorprendes cada vez más, Vania Villaseca.

—Todavía no termino —aseguró la sanguaza. Tomó aire para darse valor para lo que venía a continuación—. Dorina robó, pero no es nada comparado con los delitos de mi esposo.

—¿Gismundus Tarmelán?

—No hay otro —Vania esbozó una sonrisa amarga—. No sé cómo se coló aquí, pero es un espía, un traidor. A ti te llevó a una trampa en Cimeria para que te matara un viejo ancestro, ¿recuerdas? Y como es un enfermo deforme, nadie le presta atención. Por su culpa asesinaron a mis padres. Ayudó a escapar a los Pozafría de Ubus. Si alguien merece todos los castigos es ese sucio sombrío.

Siward sonrió casi divertido, mostrando sus colmillos metalizados.

—¿Pero no estabas exigiendo estar con él? —recordó.

—Para convencerlo de que se entregara —explicó la joven umbría—. Así tal vez tendría alguna oportunidad, pero supongo que no lo ha hecho...

—No, no ha dicho nada —Siward se aproximó—. Dime, Vania, ¿qué sugieres que hagamos con él?

—Bueno... yo no doy las órdenes aquí —Vania miró el cadáver de Dorina, la estaban levantando para colgarla en un poste que llevarían afuera, se veía tan pequeñita—. Pero sé que el Nuevo Orden es inflexible con los traidores.

—Entonces convendría ejecutarlo. Es lo que quieres decir, ¿no? —Siward miraba con interés a la umbría—. No dejas de sorprenderme, Vania.

Vania ya no estaba tan segura de su destino, excepto de una cosa: si caía, caerían todos con ella.

La discusión se prolongaba en la cañada de las Tierras Umbras. Pardos y pálidos estaban furiosos.

—¿Entiendes qué dicen? —Ben preguntó a Chestibor.

—Nos están insultando, no nos creen —aseguró el talismán, nervioso —. Los pardos están molestos de que mancillemos su idioma al hablar de sus dioses, y los pálidos aseguran que queremos ultrajar el cadáver de la

reina de la tribu. Dicen que nos van a despellejar vivos.

—Explícales que decimos la verdad, que podemos traer a la vida a sus líderes, reyes, o lo que sean —urgió Vámbéry—. Solo necesitamos un instante.

Chestibor lo intentó, pero había muchos gritos, los ánimos se calentaban. Algunos empuñaban sus armas.

—Pa, ya no me puedo tardar más —dijo Lina, tensa—. Hay que hacerlo ahora. Ayúdame.

Los dos se acercaron a los cuerpos. Con rapidez, Benvolio extrajo la lanza y la daga de las heridas de los líderes. Manó sangre negruzca de los profundos tajos. De inmediato colocó encima las manos para detener la hemorragia e iniciar la cicatrización, siempre y cuando volvieran a la vida.

Los umbros notaron que tocaban a sus reyes y gritaron con furia. Vámbéry empuñó la piqueta y dio pases rápidos para intentar proteger a Ben y a Lina.

—Diles que solo será un momento —insistió Vámbéry a Chestibor—. Luego podrán hacer lo que quieran con nosotros. ¡En un momento verán un milagro!

Había gritos, empujones. Lina tocó las enormes cabezas de los umbros muertos, estaban pegajosas de tanto sudor y sangre. Por alguna extraña razón no sentía miedo. Era como si su capacidad de horror hubiera traspasado su propio ser y su lugar lo ocupaba una versión distinta de ella, más fuerte, conocedora de su poder: iba a ejercerlo.

Lina Pozafría cerró los ojos. Poco a poco dejó de oír los bramidos y gritos, de sentir los empujones, y muy lentamente su consciencia se hundió en la oscuridad. De la negrura absoluta emergió un paraje yermo y extraño. Lo reconoció, era la tierra de los muertos. Parecía volar por encima, debajo estaban esas bestias titánicas, tan grandes como un continente; se deslizaban en un mar viscoso, en un tiempo que transcurría en lapsos geológicos. Lina contempló las miles de puertas de metal, madera y piedra, enterradas sobre colinas y valles neblinosos, eran las salas de espera de los entremundos. Se preguntó si el espíritu de Marcia, su madre, seguiría atrapado en uno de los limbos. Consiguió desplazarse sobre el océano de aguas oscuras donde había diminutas barcazas, con espíritus. Los había visto en otra ocasión, avanzaban entre las olas hacia unos remolinos colosales que devoraban todo. Algo le decía a Lina que, una vez atravesado ese abismo, todos se iban para siempre. Si Gis hubiera muerto, ¿estaría por ahí? ¿O habría cruzado por esos vórtices líquidos? No, ¡no debía pensar en eso!

Se concentró en la misión. No conocía el nombre de los umbros, pero su muerte era tan reciente que sus almas debían estar por ahí, además tocaba a los cadáveres, eso serviría como puente. Lina había aprendido

que, fuera de los limbos, los espíritus se manifestaban como luces. Tal vez las de los umbros eran más brillantes, ásperas, potentes.

"Reyes de las tribus de pardos y pálidos. Los necesito, deben volver", les dijo, en un idioma sin palabras, hecho solo con intención.

Pero vio tantas luces de distintos tonos que era fácil confundirse. Lina o su consciencia se movió por encima de las olas, entre las barcas, y ocurrió algo muy raro, el agua lanzó un lengüetazo y la atrapó. No tuvo miedo de ahogarse porque no estaba ahí con su cuerpo físico. Rápidamente consiguió ver el otro lado: era un reino similar, casi como en espejo. Bajo cada isla-criatura había otra parecida, con superficies repletas de cordilleras. Lo que variaba era que el aire era líquido y flotaban criaturas como largas medusas que emitían un resplandor naranja oscuro, serpientes casi transparentes con filamentos azul luminoso, y hasta lo más alto o profundo flotaba una especie de barco con escamas y aletas. Vio lo que parecía un bosque de árboles negros que en lugar de hojas tenían luces opacas, muy antiguas; se refugiaban en racimos. Algunos seres se desplazaban en grupos; otros, en solitario. Lina intuyó de alguna manera que ahí estaban los umbros que buscaba. Dio vueltas cerca de algo parecido a un coral cobrizo, con varios brazos granulados llenos de cristales preciosos. Al momento, la entidad se dio cuenta de su presencia. Lina supo que no debía acercarse demasiado o quedaría atrapada. A lo lejos vio los enormes túneles ondulantes de los remolinos que atravesaban el océano, algunas criaturas se dirigían hacia el abismo para ser succionadas. Entonces Lina identificó un par de burbujas traslúcidas que pulsaban luz, una verde claro, otra de tono más oscuro. Supo que eran ellos, los reyes umbros. Ahí estaban sus recuerdos, buenos y malos, las emociones de su vida, las bellas y las brutales. Se acercó y en ese mismo idioma, sin palabras, les pidió que volvieran, que sus tribus los necesitaban.

Pero las burbujas no podían moverse. Lina descubrió que cada una estaba enredada en algo que parecía un hilo brillante que se perdía en la profundidad. Era imposible siquiera sujetarlo. Para ver a dónde llevaba Lina bajó, o subió; era complicado saber qué era arriba o abajo. Vio más hilos y supo de algún modo que eran cabellos larguísimos y que todos ellos provenían de una cabeza colosal. Al final había un rostro de algo parecido a una mujer, que abrió sus inmensos ojos y se fijó en Lina.

"¿Qué eres?", preguntó la joven.

"Lo que esperas que sea", le respondió la entidad.

Si Lina hubiera tenido su cuerpo físico, habría llorado del arrobamiento y terror. Estaba frente a una energía abrumadora, era como mirar el centro de un agujero negro. Entendió que todo lo creado sería destruido; solo así podía pasar a su siguiente ciclo. Y sabía que ese rostro

gigante era una máscara, nadie soportaría ver directamente a Alatu, la dueña de esos territorios. Nunca la había encontrado antes.

"Vengo por ellos", comenzó a explicar Lina, con temor. "Permíteme llevármelos por un rato más. Te dejarán la ofrenda que pidas, como los otros que me acompañaron antes. Sabes que al final los tendrás de nuevo, como a todos".

"Hasta a ti", recordó Alatu.

Entonces la entidad comenzó a moverse hacia Lina, lo que le produjo un horror absoluto. Una corriente en el líquido la impulsó con fuerza. Lina pasó de nuevo cerca de las burbujas brillantes y luchó para mantenerse cerca de ellas.

"Vengan conmigo. Sus tribus los necesitan", les suplicó.

Un zumbido, el más agudo que había oído jamás, la traspasó para hundirla en oscuridad.

Lina abrió los ojos, los reales, los que tenían párpados. No supo bien cuánto tiempo había transcurrido, pero a su alrededor había estallado una pelea con gritos y armas al ristre. Vámbéry luchaba contra dos pardos y Chestibor intentaba llamar a la calma en todos los idiomas que podía.

—Linda, ¿estás bien? —Ben se dio cuenta de que su hija había recobrado la consciencia.

Lina sentía la boca como un pozo de arena, su cabeza parecía estallar de dolor.

—He hecho todo lo que he podido —comenzó a decir.

Entonces un súbito silencio campó cerca de ella y se extendió en oleadas por toda la cañada subterránea. Era pasmo, sobrecogimiento, sorpresa. Lina se dio cuenta del motivo: los reyes de las tribus, el pardo con pintura dorada y la pálida de los brazaletes con orejas cercenadas, se habían incorporado. Estaban vivos, casi sin heridas, curados.

—Lo has conseguido, hijita —Ben lloró.

—Diles que hemos cumplido el trato —Vámbéry urgió a Chestibor.

El talismán obedeció y sus palabras se repitieron por todo el lugar. En su desconcierto, la reina pálida pareció reconocer a Calibán, que seguía a su lado, lloroso. Se acercó a él y puso una manaza pintada de plata sobre sus labios. Luego miró al resto y clavó sus ojos rosados en Lina. Algo dijo.

—Pregunta que quién es ella —tradujo Chestibor.

—Es la que los ha traído a la vida —respondió Ben—. Diles eso, es Lina.

De inmediato, la reina pálida pareció entender el nombre y lo repitió. Primero fue un susurro; luego, un coro atronador. Todas las tribus, los dos ejércitos lo repetían.

Desde el promontorio, Dragoslav, Dragomir y Ludmila fueron testigos de la impresionante escena.

Benvolio subió a su hija en hombros para que pudieran verla y, al momento, todos los umbros de la cañada, pardos y pálidos, pusieron una rodilla en el suelo y bajaron la cabeza en señal de respeto. También lo hicieron el rey pardo y la reina pálida. Mostraban reverencia a la pequeña criatura que contenía el inmenso milagro de la vida. Su nombre siguió resonando en la cañada subterránea, a coro por los guerreros: Lina, Lina, Lina.

SEGUNDA PARTE
El Día de la Liberación

Capítulo XVIII

LA ÚLTIMA ESPERANZA ANTES DE LA GUERRA

Tanto los Once Sabios como la Junta Militar del Gran Concejo de Anub sabían que había una manera de evitar las cuarenta y nueve batallas y liberar al Mundo Umbrío del dominio depositante; y esa era eliminando a Luna Negra y a Cerberus.

Tal como sugirió el soldado tibio Ray, para dar con el escondite de la pareja se distribuyeron rastreadores con tecnología humana y primordiales umbríos en sitios donde desaparecían humanos sin explicación. Curiosamente, los depositantes dejaron de atacar barcos pesqueros en Alaska, pero seguían llevándose tibios, vivos o muertos, en zonas remotas con poca vigilancia. Había que cubrir varios puntos a la vez.

Una noche, a Ray le tocó hacer guardia con Ariel en un viejo asilo psiquiátrico a las afueras de la ciudad de Guatemala. Habían estado desapareciendo pacientes, la mayoría, abandonados por sus familias. Al principio se pensó en simples fugas, pero cuando encontraron en el jardín trasero el cadáver de un anciano, sin gota de sangre, se encendieron las alarmas. Ray convenció a los directivos de que les dejaran colocar una discreta pulsera en el tobillo de los internos. A simple vista parecía la cintilla de identificación del hospital.

—No podemos seguir haciendo esto por más tiempo —comentó Ariel. Estaba en la azotea del edificio principal con Ray.

—Esto es una labor de paciencia —comentó el soldado—. Como la pesca.

—Pero nada ha caído en la red y se acaba el tiempo —recordó Ariel. Ese día llevaba un discreto uniforme verde olivo y apenas se había maquillado —. Necesito seguir preparando los detalles de las batallas. Hay demasiado por hacer.

—Por cierto, debes reforzar el sistema de defensa de Anub —recomendó Ray—. He visto muchos soldados, pero ninguno está en línea de defensa. Los numus pueden invadirlos con facilidad.

—De eso no me preocuparía —Ariel sonrió confiado—. Anub es el nido más seguro del inframundo, flota sobre un caudal de magma. Además, dudo que lleguen numus, querrás decir depositantes.

—Pero ¿no son lo mismo? —respingó el humano.

Para Ray siempre era una oportunidad de conocer detalles sobre la civilización subterránea y de hablar con Ariel, claro.

—Primero tienes que entender los rangos —comenzó el nosferatu—. Los vigilantes o soldados numus están en la base. Supongo que sabes qué significa numu.

—Nuevos muertos —recordó Ray.

—Sí, pero no es porque acaben de morir —puntualizó Ariel—. Es porque aceptan seguir los preceptos del libro *Nuevo Orden* que escribió Fiers Bromio, en el que dictó leyes y normas de su sociedad perfecta. Por ejemplo, sostiene que los umbríos son superiores a los seres de los cuatro reinos, que los humanos son solo bolsas de alimento y que la necromancia es la única religión permitida, junto con las artes oscuras. Las penas por cualquier cosa que consideren un delito son muy severas, y los Bromio son la única familia que tiene derecho a gobernar porque tienen rango de dioses, aunque a su alrededor hay una corte, digamos una clase superior.

—...esos son los depositantes —dedujo Ray.

—Exacto. La población general son los numus, puede ser desde una matrona umbría hasta un fabricante de pelucas, todos numus. Para serlo tienes que ser umbrío, poner a disposición tu fortuna, jurar fidelidad al Nuevo Orden y seguir todas sus reglas.

—¿Y si te niegas a ser numu?

—Te quitan todo y quedas en rango de esclavo, en el mejor de los casos.

Ray se estremeció. Vaya que eran fanáticos esos umbríos.

—Pero volvamos a los depositantes —continuó Ariel—. Son la clase alta en este sistema cruel. Un numu asciende cuando consagra su vida a uno de los Bromio asesinados, reciben en "depósito" su esencia.

—Por eso el nombre, claro —entendió Ray—. Representan a alguno de esos malvados vampiros... perdón, umbríos —se puso rojo.

—No me ofende la palabra, pero sí, es así —reconoció Ariel—. Los depositantes usan insignias y uniformes que exhiben su rango. En total son seis órdenes o castas oscuras: los Tarios, que son magos negros; los Dulianos trabajan sirviendo; los adivinos rinden culto a Germo; los Fiersinos construyen desde templos hasta ciudades; los Fedros son armeros y ensamblan a los aberrantes; los más temibles son los Timures y Timurias, guerreros peligrosos y entrenados para matar. Cada casta tiene

sus ritos de ingreso y se subdividen, desde aprendices hasta jefes máximos.

—Y Luna Negra y Cerberus son los meros chicharroneros.

—¿Meros chicharroneros? —repitió Ariel.

—Es una expresión que usaba mi papá, perdón —agregó Ray, apenado —. Quiero decir...

—...los jefes, entiendo —sonrió el alto umbrío—. Claro, porque por sus venas corre sangre Bromio original. Mientras existan, será real la profecía de su reinado de terror.

Ray se quedó en silencio. El cielo estaba despejado, a simple vista refulgían miles de estrellas. Todo parecía calmo, nada ahí delataba que hervía una amenaza terrible en las entrañas de la tierra.

—Supongo que en el Nuevo Orden gente como nosotros está prohibida —comentó Ray.

Ariel lo miró con cierta extrañeza.

—Sé que somos de especies distintas —el humano se pasó la mano por la barba—. Pero de algún modo somos similares. ¿O no te gusta estar conmigo? Al principio sí me dabas un poco de miedo, pero también me llamabas la atención... y luego de alguna manera congeniamos, ¿no? Sabes tanto y... ahora parezco adolescente... ¡tengo que cerrar el pico! ¡Dios! ¡Sigo hablando...! —comenzó a sudar—. Pero ¿sabes de qué hablo...?

Por buena o mala suerte para Ray, comenzó a sonar el teléfono celular de Ariel. Contestó una breve llamada en inglés y colgó muy rápido.

—Tenemos que irnos —Ariel avanzó hacia la escalera—. Desaparecieron todos los cadáveres del anfiteatro municipal de San Juan de Terranova. Hay que ver si alcanzaron a ponerles rastreadores.

—Eso suena a Canadá. ¿Vamos a ir hasta allá... ahora?

—Claro. Somos los meros chicharroneros —respondió Ariel.

Resultó que sí, los cuerpos que desaparecieron tenían rastreadores. Era la primera vez que el plan había tenido éxito. Aunque los chips electrónicos dejaron de transmitir muy pronto, algún tipo de ataque magnético los desactivó y el rastro se perdió del otro lado de la isla, en el golfo de San Lorenzo. Al revisar las grabaciones de vigilancia, solo aparecía una neblina verdosa dentro del anfiteatro. Pero la búsqueda pasó de inmediato a los templos oraculares de Anub. Corydia coordinó a las demás esiartis para empezar a rastrear a los primordiales que portaban los cadáveres robados.

Ariel sabía que no podía confiarse, los nigromantes eran expertos en ocultamiento y volvió a Ubus para seguir trabajando en el plan del Día de la Liberación. El tiempo que había dado el Concejo Tibio como límite se agotaba. Fue en una de las reuniones en la junta militar que un mensajero

llegó con la noticia: había vuelto la Legión Alfa de su incursión por las Tierras Umbras, estaban vivos y completos... o casi.

Había mucho movimiento en la atiborrada y caótica cámara de las audiencias del Gran Concejo de Anub. Por fortuna, ese día los venerables Once Ancianos iban vestidos con una especie de toga gigantesca que los envolvía a todos. Frente a ellos se presentó Ariel Pozafría como coordinador de la Junta Militar; la líder de las esiartis, Corydia; y la Legión Alfa, empezando por los entrenadores, Arminius Vámbéry y Benvolio Pozafría, y sus talismanes, Dragomir, Dragoslav, Chestibor, Ludmila y Lina. Odo, el guía yasma que llevaba las audiencias, confirmó que la reunión tenía carácter extraordinario y que todo el mundo podía hablar sin esperar permiso. El secretario y su asistente estaban listos para tomar el dictado y redactar las actas de acuerdos.

Después del recibimiento oficial, Vámbéry dio el reporte de la misión en las Tierras Umbras e hizo un resumen con lo más importante: el papel de Calibán como guía, los peligros que vencieron, el descubrimiento de que las tribus poseían armas modificadas con magia negra, la hipótesis de que los depositantes las hicieron llegar para que entre los mismos umbros se eliminaran (los sabios estuvieron de acuerdo con la teoría) y al final mencionó cómo se colaron en una colosal batalla entre legiones de umbros.

—Chestibor nos ayudó como intérprete con ellos, pero antes Lina hizo algo prodigioso —reveló Vámbéry—. Trajo de la muerte al rey pardo y a la reina pálida, que se habían matado entre sí. Todas las tribus umbras tomaron a Lina como una deidad.

—Fue impresionante —Benvolio miró orgulloso a su hija—. Aunque Lina siempre ha sido excepcional.

La joven sintió las miradas de todos. Si supieran que siempre estuvo aterrada en las Tierras Umbras... pero esbozó una sonrisa, como lo haría más o menos una deidad.

—Gran misión —reconoció la líder de los ancianos—. Por lo visto todo el trabajo de exploración y diplomacia fue impecable.

—Bueno, no del todo... —carraspeó Benvolio—. Ermo, uno de nuestros talismanes, murió en una desafortunada caída.

Los Once Sabios hablaron entre sí y el viejo, que de tan pequeñito parecía casi un tumor, murmuró algo que nadie entendió.

—Creo que está recitando una oración —aseguró Ben.

—Ay, siempre se me olvida la dentadura —se la acomodó—. Dije que

pobre Ermo, el monumento que ha hecho construir su madre será ahora funerario. Mandaremos un reconocimiento y una medalla a su valor.

—Y no está de más mencionar su portentosa memoria —sugirió Vámbéry—, era un prodigio de conocimiento.

—Molesto a veces, pero lo extrañamos —reconoció Chestibor.

—Y regresando al asunto de los umbros —retomó Ariel, que iba vestido con un bonito uniforme azul que hacía juego con la sombra de ojos —. Entonces, ¿los pardos nos han dado libre acceso a sus territorios?

—Y también los pálidos —reconoció Benvolio—. Hicimos un pacto con ambas tribus. Están a nuestra disposición sus rutas, cuevas, grutas, hondonadas y campamentos. Además, Chestibor les explicó sobre la guerra que libramos con los depositantes.

—No sé si me entendieron del todo, pero lo intenté —aseguró el talismán.

—Como sea, el rey pardo y la reina pálida ahora están en una tregua —precisó Vámbéry—. Y hay que aprovechar... quién sabe cuánto pueda durar eso.

—Lo sabemos, sabemos todo. Son seres salvajes y volubles —reconoció la sabia—. Entonces hagamos un mapa de las rutas actualizadas para llegar a los nidos ocupados.

—Ya nos adelantamos a eso —anotó Vámbéry—. Calibán Pozafría se quedó en las Tierras Umbras para hacer ese trabajo.

—Y para reencontrarse con una querida conocida —Dragomir comentó con su hermano. Lo hizo en voz baja, pero la acústica del lugar hizo que todos escucharan y varios sonrieron.

—Bien, reiteramos la enhorabuena, pero tampoco se vanaglorien tanto —advirtió la sabia—. Esto apenas es el principio. Ya saben lo que viene.

—...liberar los cuarenta y nueve nidos —recordó Benvolio.

—En realidad, ya son cincuenta y dos —develó el sabio pequeñito, con cierto pesar—. Desde nuestra última audiencia han caído tres ciudades más. Pero muy pronto detendremos esta pesadilla. Ariel se ha encargado de planear y preparar las batallas de reconquista.

Los sabios dirigieron sus milenarios ojillos hacia el alto nosferatu.

—En la Junta Militar hemos diseñado escenarios para cincuenta y dos enfrentamientos distintos —explicó Ariel—. Cada uno tendrá su propio regimiento dividido en tres escuadrones: de apertura, ataque y cierre. Cada reconquista debe ser lo más rápida posible para que los depositantes no tengan tiempo de coordinar una defensa.

—¿Y tenemos ejército suficiente para armar cincuenta y dos regimientos?—dudó Ben.

—Están los soldados del Gran Concejo y además contamos con cuatro mil enrolados de los nidos libres —explicó Ariel—. También se nos han

unido casi setecientos humanos.

—Pero ¡eso va en contra de los pactos *intratibios*! —respingó Ben.

—No son ejércitos profesionales de ningún país —aclaró Ariel—. Son voluntarios de los llamados umbrianos. Pero, como dije al inicio, cada regimiento es distinto. Incluso algunos son falsos.

—¿Soldados falsos? —respingó Vámbéry.

—Es una idea que me dieron Alessa y los Pútridos —reconoció Ariel—. Parece que son expertos en eso. Son trampas para desviar la atención, luego les explico con calma.

—¿Y qué haremos con los aberrantes? —inquirió Benvolio—. Son las armas más letales de nuestros enemigos. Recuerdo que ustedes iban a conseguir unas redes de corium.

—¡No se puede cuestionar a los sabios! —señaló el guía Odo, indignado.

—No fue con esa intención, solo pregunté —se excusó el umbrío.

—Es verdad, nosotros prometimos algo así —reconoció la anciana sabia, tranquila—. Pero resulta que el corium es un material excesivamente raro. Se necesitarían cien años de extracción para reunir lo que necesitamos.

—Se está trabajando en otras opciones —intervino Ariel—. La Comisión de Armamento trabaja sin descanso. Para destruir esas bestias es posible que usemos explosivos. Cada regimiento llevará armas según el nido que va a liberar. Ya reunimos las tradicionales estaquetas, escudos, bombas de bromuro de plata, cargas de fuego griego, pasta de nusku, espadas, maquinaria de asalto. Además Moth y Puck Pozafría han estado desarrollando armamento alquímico.

—¿Y nosotros? ¿En cuál nido vamos a luchar? —preguntó Ludmila—. Quiero decir, lo pregunto con respeto...

—Está bien, puedes hacerlo —la tranquilizó la sabia—. Recuerda que todos pueden hablar. Pues bien, hemos considerado que tal vez ustedes luchen en todos los frentes.

Los Once Ancianos del concejo rieron al ver la expresión de los talismanes

—Luego de la exitosa misión a Tierras Umbras, la Legión Alfa ha demostrado que es nuestra verdadera arma secreta —aseguró el sabio pequeñito—. Así que el Día de la Liberación pueden participar en las aperturas, ataques y cierres de muchos nidos, donde sea necesaria su presencia. Irán de un lado a otro.

—¡Qué divertido! —exclamó Dragoslav.

—Es bueno que lo veas así —señaló la sabia—. Porque nadie correrá más riesgo que los talismanes... y con ello entramos al tema de Lina Pozafría.

Lina se sobresaltó. Todos parecían en tensión.

—Lina, tu participación en las próximas batallas es un riesgo enorme —recordó el sabio pequeño—. Si mueres o los depositantes te capturan sería la peor de las catástrofes. Luna Negra y Cerberus obtendrían todo el poder de la estaqueta Abismo.

—Sin embargo, al mismo tiempo eres uno de los talismanes más poderosos que hemos conocido —intervino la anciana—. ¡Y llevamos miles de años tratando con talismanes!

—También eres sumamente resistente a la muerte —siguió el sabio pequeño—. Y representas la debilidad y mella de Cerberus. De algún modo, solo tú podrías hacerlo caer.

Lina sintió ahora la mirada asombrada de Dragoslav, Dragomir, Chestibor y Ludmila; seguro no conocían esa parte de su historia. ¡No solo era la humana torpe!

—Si desearas ir a los enfrentamientos, veríamos la manera de reducir el riesgo —prometió la sabia—. Pero la decisión final te la dejamos a ti. Medítalo con calma.

—Lucharé —dijo Lina de inmediato—. Quiero participar en el Día de la Liberación. Iré a donde me necesiten.

Moría de terror, pero Lina se había hecho esa promesa: si ella había ocasionado, en parte, el desastre de la guerra liberando a Cerberus, ayudaría a solucionarlo. Además, le urgía entrar a Ubus para buscar a Gis.

—Linda, no es necesario que lo decidas ahora —le murmuró Benvolio —. Ya hiciste mucho en Tierras Umbras.

—Ya lo decidí —insistió Lina—. Quiero participar en las batallas de los nidos.

—Si tal es tu voluntad, que quede asentado —la sabia hizo una seña al secretario.

—Es muy valiente —comentó Dragomir a su hermano. Todos volvieron a oírlo y parecían coincidir.

—Bien, al parecer todos vamos a pelear —convino Vámbéry—. Eso quiere decir que no encontraron el escondite de Luna Negra y Cerberus.

—Nuevo Estigius —recordó Corydia, era la primera vez que hablaba en la reunión—. Estamos trabajando sin parar desde que Ariel consiguió introducir primordiales en los cuerpos robados...

—Fue idea de Ray, el soldado tibio —anotó el alto nosferatu, denotaba cierto orgullo en la voz.

—Hemos encontrado algunas cosas —reconoció Corydia.

—Nosotros analizamos a detalle cada pista —dijo la sabia y el resto de los ancianos asintió—. Somos expertos en alquimia, simbología, historia, estadística, cábala, geomancia, matemáticas, álgebra, hidrografía, sudoku, macramé y miles de disciplinas más...

—Después de hacer el análisis desde todas esas ramas del saber, formulamos una hipótesis —retomó el sabio pequeñito—. Y pedimos a los cartógrafos y a las esiartis que comprueben dicha posibilidad.

—Según la respuesta que nos den, hacemos otra hipótesis y la comparamos con las anteriores —la sabia señaló una pila de documentos —. En dos días hemos llenado ochocientos folios para analizar y comparar...

—Y bueno... ¿han encontrado algo concreto? —preguntó Ben un poco impaciente.

—La verdad es que sí —reconoció Corydia—. Casi todas las pistas coinciden y apuntan al Mundo Tibio.

—¿Nuevo Estigius está en territorio humano? —preguntó Vámbéry con asombro.

Todos guardaron un silencio expectante.

—Tendría algún sentido —reconoció la esiartis—. Los oráculos umbríos pierden potencia arriba y se vuelve difícil el rastreo. Además, si han dado con buen sitio pasarían desapercibidos.

A una seña de la anciana sabia, Odo mostró un mapa de Europa, debía ser el más actual que tenían a la mano, de finales de siglo xix.

—Lo que sospechamos es que los cuerpos robados, de vivos y muertos, los llevan los depositantes a un sitio en Francia —mostró el sabio pequeño.

—Pero... —Ben apenas podía hablar de la emoción—. Si ya sabemos dónde se ocultan Luna Negra y Cerberus, ¿qué esperamos? ¡Podríamos ir por ellos y detener la guerra!

—Tranquilo, Benvolio, no es tan fácil —dijo la anciana sabia y un suspiro colectivo salió de los diez cuerpos a los que estaba unida—. Hay varios desafíos: como el primordial no es tan exacto arriba, marca una región que comprende los departamentos de Aquitania, Lemosín, Ródano, Auvernia, Provenza y posiblemente Languedoc. Eso abarca al menos doscientos sesenta poblaciones de distintos tamaños.

—Creemos que puede ser una ciudad o pueblo que tuvo actividad minera —siguió el sabio pequeño—. Y están usando alguna mina abandonada.

—Aunque tampoco estamos seguros de si ahí está Nuevo Estigius o solo el laboratorio de necromancia donde ensamblan a los aberrantes — reconoció la sabia.

—Desmantelar esa fábrica de pesadillas sería ya un gran avance — anotó Vámbéry.

—Claro, lo sabemos, ¡sabemos todo! —recordó el sabio pequeño—. Pero primero hay que encontrar el lugar correcto y para eso se necesita recorrer cientos de miles de kilómetros entre viejas minas.

—¿Y los oráculos no tienen más pistas? —preguntó Dragoslav.

—Ahí está otro problema —reconoció Corydia—. Todos dicen que estamos muy cerca del sitio indicado, pero no en el momento preciso. La profecía dice que buscamos "el sitio que no está en sitio alguno".

—¿Eso qué quiere decir? —intervino Chestibor.

—Ya estamos escribiendo otros ochocientos folios para averiguarlo —reconoció la sabia—. Pero no hay que desanimarnos, en este momento todo es posible. Enviamos a una comitiva a explorar los pueblos mineros de esas zonas.

—Así que, como imaginan, mantendremos ambos planes en marcha —anotó el sabio pequeñito: la búsqueda del escondite y las batallas. Y, por cierto, el Día de la Liberación será en cinco días.

Hubo una exclamación general en la sala de audiencias.

—Pero es una locura, ¡eso es muy poco tiempo! —se quejó Chestibor.

—Es cuando se vence el plazo del Concejo Tibio —recordó la sabia, con calma—. Si los humanos entran a la guerra, sabemos que será devastador para todos. Es lo que hay. Si no encontramos el escondite de nuestros enemigos en esos cinco días, habrá que ir a las batallas. Así que preparen lo que tengan que preparar.

Los preparativos ya habían arrancado desde antes. Ahora solo había que anunciar a las comisiones que ya contaban con el acceso a las Tierras Umbras y que era probable que el Día de la Liberación fuera en solo cinco días. Los encargados de comunicar la noticia fueron Ariel como coordinador general del Día de la Liberación, junto con Imogene, jefa del Pequeño Concejo de Anub. En el plan colosal trabajaban miles de nosferatus, tanto de Anub como de los nidos libres. Además, de los llamados umbrianos.

Comenzaron con la visita a la Comisión de Suministros, que lideraban Lisandro, Crésida y Gundo. Desde ahí se encargarían de tener listo lo que fuera necesario para las batallas, desde reemplazos de armas, uniformes y alimentos hasta material de curación.

—Vamos a tener bodegas móviles —explicó Gundo el Gris, que estaba tan ocupado que se había olvidado de beber licor de sanguina y llevaba más de una semana sobrio—. Estamos montando más de cien puntos de almacenamiento cerca de los espejos libres.

—También nos coordinamos con los servicios médicos —anotó Crésida—. Para atender a heridos de batallas en cualquier parte del inframundo.

—Suena triste pero práctico —reconoció Imogene—. Le pediré a Benvolio que esté al pendiente para tratar a los más graves. ¡Espero que no haya ninguno!

Después tocó visita a la Comisión de Transporte, que dirigían Duncan y Gerta. Trabajaban con empleados de Anub en la logística para mover a ciento sesenta y cinco batallones de tropas por todo el mundo.

—Ya diseñamos las rutas —Duncan mostró un gran plano extendido en una pared. El umbrío había recuperado parte de su apostura nosferatu y ahora vestía trajes con un coqueto toque militar—. Contamos con doscientos doce espejos que servirán como portales. Ahora mismo la mitad se está llevando al segundo reino.

—¿Entonces ya están en contacto con Calibán? —confirmó Ariel.

—Nos ayudó a actualizar estos mapas —Gerta desenrolló unos planos enormes llenos de detalles, marcaban fosas y cavernas—. Son los accesos a Tierras Umbras que podemos usar: el Paso Mortal, el Pozo de la Infamia, el Desfiladero de la Locura, la Garganta Orcus y una docena más.

Imogene les recordó que cualquier trámite, como permisos y presupuesto, ella podía resolverlo desde el Pequeño Concejo. Después acompañó a Ariel al zigurat donde se instaló la Comisión de Armas. Habían reunido valiosas estaquetas Clontarf de los nidos libres, espadas, hachas, picas, mazos, alabardas, escudos, y se elaboraban armaduras azules con malla de tejido salamandrino, resistente al calor y a los impactos. Había una división especial llamada Equipamiento Alquímico, que dirigían Moth y Puck.

En el taller, los siameses explicaron que, por principio, todas las armas "tradicionales" estaban siendo mejoradas con alquimia. Aplicaron algo llamado baño de Marte, que daba una capa de protección extra a los escudos, además de maximizar la potencia de las armas de filo y choque. Diseñaron también flechas pesadilla o delirio (no se ponían de acuerdo sobre el nombre final), que se desintegraban en el aire y contenían un polvo alucinógeno que produciría locura pasajera en los enemigos. Presumieron el arpón del eco, que era un artilugio simple pero efectivo: podía trasladar el sonido de una tropa al otro lado del campo de batalla para que los enemigos creyeran, por ejemplo, que estaban rodeados.

—Seguimos la máxima de "la mejor arma es el engaño" —explicó Puck, con orgullo—. ¿Por qué obligar a luchar cuerpo a cuerpo a nuestros soldados si podemos hacer que los enemigos huyan? Vean esto, es de nuestros favoritos. Moth, el cordel..., Moth.

—Ya te oí —resopló el hermano—. Y no soy tu ayudante. Te recuerdo que la linterna de Platón fue mi idea.

—Luego presumes..., déjame a mí —impaciente, Puck descorrió una cortina para mostrar un par de catapultas con estacas de plata.

—Ahora observen —Moth se dirigió a una lámpara de cobre sobre una mesa, a cada extremo tenía un cañón con lentes.

De un lado del aparato se encendió una débil luz que iluminó las catapultas y del otro un potente haz proyectó una imagen espectral y sus sombras: parecía como si hubiera veinte catapultas del otro lado del taller.

—Este mismo recurso se puede utilizar con los batallones —explicó Moth—. Cien soldados parecerán mil. Y una unidad de ataque parecerá más feroz de lo que es.

—Excelente, aunque falta lo contrario —señaló Ariel—. Necesitamos algo que haga que un batallón parezca más inofensivo de lo que es.

—¡Con quién crees que hablas! ¡Lo resolvimos también! —aseguró Puck—. ¿Pueden abrir ese pequeño cofre?

Imogene lo hizo. Dentro había una tela de gasa delgadísima con brillos plateados.

—Cuidado. Solo se toca con guantes —advirtió Moth mientras sacaba unos y le pasaba un par a su madre—. El material es ligeramente venenoso por el nitrato de plata, tiene microespejos, pero hace un bello efecto. La llamamos telón de Polifemo.

La extendieron de un lado a otro, era casi transparente, pero tenía la peculiaridad de que al ver a través del telón desaparecían casi todos los armeros umbríos que estaban trabajando en el taller, se volvían siluetas borrosas.

—Los soldados prácticamente van a desaparecer —mostró Puck—, queda nada, nadie.

—Queridos míos, me siento tan feliz por sus inventos —reconoció Imo —. Qué bueno que nunca corté su espíritu inventivo cuando eran pequeñas sanguazas.

—Aunque algunas veces casi quemaron Cimeria con sus experimentos —recordó Ariel—. En fin, espero que hayan pensado en algo para combatir a los aberrantes.

—Eso sí es un reto —reconoció Puck—. De nada sirve si ven dos soldados o miles de ellos. Esas bestias no se asustan con nada.

—La banda de Alessa, los Pútridos, nos sugirió destruirlos con pasta explosiva nusku —mencionó Moth—. Han estado entrenando a algunos soldados del Concejo para trazar símbolos de corte y fragmentación...

—¿Pero...? Detecto un *pero* por ahí —observó Imogene.

—Pero el proceso es tardado —Puck reconoció—. El símbolo tiene que ser perfecto para que funcione. Y es imposible hacerlo en bestias que jamás están quietas.

—Podemos usar otro explosivo tradicional como pólvora roja —ofreció Moth—. Pero tendrá que lanzarse en cargas con flechas o ballestas, porque acercarse a esas abominaciones es un suicidio. Muchas están

recubiertas con remaches de venenosa plata.

—Por desgracia, los aberrantes no son el arma más peligrosa de nuestros enemigos —suspiró Ariel—. Todavía queda la estaqueta Abismo.

—¡Eso sí nos quita el sueño! Aunque pensamos en varias soluciones —Puck mostró un cuaderno con bocetos de estuches, esferas luminosas, abanicos mecánicos gigantes—, vamos a ser sinceros...

—...de nuestro lado no tenemos nada que se le iguale a esa estaqueta —completó Moth—. No tiene caso enviar a ninguna tropa, ni siquiera a la Legión Alfa. La única manera de atacar a Luna Negra o a Cerberus es si están desarmados o distraídos para usar las puntas de argén.

—Entonces, ante Abismo, ¿hay que huir? —preguntó Imogene.

—Exacto, no hay deshonra en ello, es sentido común —reconoció Ariel y miró el resto de las armas y trucos alquímicos—. Pero tenemos la confianza de que esto será de mucha ayuda. Además, esta terrible prueba solo va a durar un día...

—Sí, querido, pero ese día definirá los siglos que vienen —señaló Imo.

Mientras tanto en los cuarteles del Gran Palacio del Concejo, la Legión Alfa se concentraba en un entrenamiento intensivo. Desde muy temprano iniciaban las prácticas de lucha de contrarios y alguna de sus mil quinientas treinta y seis técnicas. Luego de la misión de Tierras Umbras y la audiencia con los sabios, Lina notó un cambio en sus compañeros talismanes. Ahora todos querían entrenar con ella, se apresuraban a traducirle los manuales del baskio si no entendía algo y le daban consejos para dominar la estaqueta Clontarf de velocidad que encontró en el campo de batalla umbro y había adoptado como propia.

—Debes ponerle un nombre —aconsejó Dragomir—. Pregúntale si le gusta y prueba hasta que la estaqueta esté satisfecha. Según su movimiento podrás saber qué dice.

—También se recomienda que le hagas una funda —Chestibor agregó —. Debes usar en el forro alguna ropa o elemento tuyo, para que siempre te reconozca.

—Yo puedo ayudarte en eso —se ofreció el enorme Dragoslav—. ¡Sé hacer patrones de tejido!

Además, le hacían muchas preguntas: ¿cómo era el reino de los muertos? ¿Había una forma de saber si podía revivir o no a alguien? ¿Pensaba hacerse la conversión a umbría y seguir aprendiendo lucha de contrarios durante los siglos venideros? ¿En qué momento se volvió la mella de Cerberus? ¿Cómo era el hijo de Luna Negra? Decían que era

guapísimo, ¿era cierto?

—Dejen en paz a Lina —ordenó Vámbéry al ver que la atosigaban—. Concéntrense en el entrenamiento, no en los chismes. Es lo único que deben tener en la cabeza.

Lina lo agradeció. ¿Cómo explicar su tormentosa relación con Cerberus? Y sí, era bello y feroz, como podía serlo un animal salvaje. De momento no tenía intenciones de ser umbría. Lo único que estaba dispuesta a contar era sobre la tierra de Alatu, aunque aún desconocía tantas cosas de ese sitio, ¿o dimensión?, no sabía ni cómo llamarlo.

Lo mejor de todo era que había vuelto a tener cierta amistad con Ludmila.

—Siempre estaré en deuda contigo, Lina, me salvaste —recordó la joven umbría—. No estaría aquí si no fuera por ti.

No volvió a tocar el tema de su padre, ni de la supuesta atracción mutua. Lina estaba segura de que Ludmila había dejado de lado ese capricho como agradecimiento.

Habían pasado cuatro días, cuando Mirko, el mayordomo de los cuarteles, entró a la armería, justo antes de que los talismanes tomaran sus estaquetas de entrenamiento.

—Dejen todo en su lugar —pidió el anciano umbrío—. No hay más prácticas por hoy. Es tarde libre.

Los talismanes parecían desconcertados.

—¿Pero quién lo dice? —preguntó Dragoslav.

—Los entrenadores —explicó Mirko—. Han negociado con los sabios para que vean a sus familiares. Los mandaron traer a Anub. Algunos ya están en el patio de oro del Gran Palacio del Concejo, los están esperando.

De inmediato Dragoslav y Dragomir se echaron a llorar; un poco más tensos parecían Chestibor y Ludmila. Lina se enteró de que ella podía ir a casa de su clan, al parecer habría una comida familiar. Lo agradeció. Llevaba semanas intensas, sin ningún descanso, y por fin vería a Osric, su pequeño y querido primo.

Al menos una probadita de normalidad por si iniciaban las batallas.

Capítulo XIX

LA ÚLTIMA COMIDA ANTES DE LA GUERRA

Un día antes del *posible* Día de la Liberación... (*posible* porque aún quedaba la esperanza de encontrar el escondite de Nuevo Estigius), todos los que tenían familia y amigos se reunieron. El clan Pozafría organizó una comilona como en las antiguas épocas, en el bonito zigurat que habitaban en el sector dos de Anub.

Apenas entrar, Lina casi fue arrollada por un pequeño umbrío.

—¡Al fin! ¡Te he extrañado muchísimo! —era Osric, que se puso a llorar como acostumbraba.

A Lina también se le salieron unas lágrimas. Aunque habían pasado apenas unas semanas, tenía la sensación de que había trascurrido una vida entera desde que se fue a entrenar a los cuarteles.

—Tú también me has hecho falta. Pero mírate... —Lina consiguió separarse—. Llevas uniforme y estás más grande.

—Nah. ¡Mido lo mismo! —Osric mostró su sonrisa con los alambres del corrector dental—. Pero sí he trabajado muchísimo. Fui voluntario en el hospital de los refugiados, ¡ya no me da tanto miedo la sangre! Y ahora estoy en el Pequeño Concejo con la abuela, ¡me dicen joven secretario! Pero lo mío no es importante. ¡Tú sí! ¡Te ves increíble!

Lina llevaba el bonito uniforme azul del ejército del Gran Concejo, hecho a la medida.

—Tienes que contarme tus aventuras con los talismanes —pidió el pequeño umbrío—. ¡Me urge actualizar tu biografía! ¿Ves? ¡Te lo dije! ¡Tenía razón en las cartas! Eres la mejor guerrera de todos los tiempos. La más valiente y poderosa.

—...tampoco —aseguró Lina con bochorno—. Me falta muchísimo. Todavía no hago nada bien...

—Solo salvar la misión en Tierras Umbras y enfrentarte a sus feroces tribus —dijo una voz.

—Sí, pequeña, sabemos de tus hazañas —agregó alguien más—. Tu fama no deja de crecer.

Eran los tíos Puck y Moth. Lina los abrazó emocionada. Se veían tan recuperados, sus heridas habían sanado.

Parte de la parentela vio a Lina en el acceso y también se acercaron a saludar: Duncan, Gerta, Crésida, los primos Antífolo y Dromio, que solo llevaba la funda de almohada a modo de turbante.

—¡Querida, qué bueno que pudiste venir! —Imogene se aproximó a abrazarla—. Tu padre nos ha contado cosas fabulosas de tu entrenamiento y las misiones.

—¿Es verdad que conociste a la mamá de Larcia? —Osric sacó su libreta de notas—. Dicen que es una feroz reina umbra y que la trajiste de nuevo a la vida.

—Más o menos... Galleta es parte de la realeza subterránea —reconoció la joven.

—Dejen respirar a Lina —pidió el viejo Augustus.

—Sí, por favor, ¡basta de ñoñerías! —se quejó otra voz áspera, era tía Sangre—. Tanto abrazo y lisonjas dan náuseas. ¿A qué hora vamos a cenar?

—Un gusto verte también, tía Lavinia —saludó Lina. No le extrañaba su comportamiento, casi lo esperaba.

Tía Sangre contestó con un gruñido y tomó de debajo de su amplio vestido a su perro pequinés para darle un trozo de carne cruda.

—Cierto, ya habrá tiempo de ponernos al día —ofreció la abuela Imo —. Ya hay en la mesa esponjas de leuco y globusodas calientes —se dirigió a Lina—. Querida, para ti y el otro invitado conseguí algo de leche de vaca, ¿o es de conejo? Siempre me confundo con esos bichos. ¿Llegó tu padre? No lo veo. Se está haciendo tarde, voy a la cocina a revisar que todo esté en orden.

Lina se dio cuenta de que había otro humano, un soldado moreno con barba. Osric le explicó que siempre estaba con Ariel, trabajaban juntos.

—Juntos, muy juntos —sonrió Osric, a quien le encantaba el chisme—. Y seguro es alguien importante del Concejo Tibio.

—Genial, parece muy guapo... —Lina bajó la voz —. Por cierto, ¿cómo vas con Mildred? Espero que no le hayas regalado el pie de muerto. ¿Has podido escribirle?

—Sí. Al final le mandé una mano de redi, ¡y le encantó! Vámbéry me ayuda a llevar paquetes al Mundo Tibio. Pero ahora Mildred piensa que soy el rey de todos los ejércitos umbríos y que el mundo depende de mí... Ya no sé qué hacer.

—Solo dile la verdad —recomendó Lina—. ¡Haces muchas cosas valiosas! Ya no tienes miedo a la sangre y eso es un gran paso para un... chupasangre.

Los Pozafría comenzaron a sentarse alrededor de la mesa. Había muchas canastas con regalos y comida de los pobladores de Anub, que los querían y respetaban, su fama no dejaba de crecer. Apreciaban que los Pozafría fueran tan trabajadores y ordenados. Todos hablaban de sus respectivas comisiones y de lo bien que les iba en cada una.

—Esto es un error —gruñó tía Sangre.

—Disculpa, querida, ¿qué es un error? —Imo sacaba de la cocina una charola llena de empanadas de cuajo. Lisandro se acercó a ayudar y de paso se comió un par.

—Ese chisme del Día de la Liberación —aseguró la vampiresa—. Todo ese asunto de mover miles de soldados por el horrible Mundo Umbro. Cincuenta y no sé cuántas batallas al mismo tiempo... ¡Es tan aparatoso y poco discreto!

—Tendrás una propuesta mejor, ¿no, Lavinia? —preguntó Ariel.

—Claro que la tengo —aseguró la nosferatu—. La única manera de acabar con los depositantes es desde el interior.

—¿Hablas de los espías? —preguntó Puck.

—De los incrustados —anotó Lavinia con su voz áspera.

Lina recordó que los incrustados se consideraban también soldados de élite del Gran Concejo. Pero era un trabajo terrible. Los incrustados debían estar dispuestos a hacer todas las cosas horrendas de los numus y de los mismos depositantes; pasar por pruebas de confianza hasta infiltrarse durante semanas, meses o años para cumplir su misión. Lo más espantoso era su final.

—La mayoría no sobrevive —recordó Lina.

—¿Crees que no lo sé, lindura? —tía Sangre le dedicó una de sus crueles sonrisas—. ¡Yo lo haría con gusto!, si con eso encontrara a Titania y le diera su merecido.

Lina pensó que tía Sangre era perfecta para hacerse pasar por nigromante. Tenía el aspecto siniestro de dientes aserrados, una delgadez de pesadilla y era tan despiadada.

—Bueno, querida, nuestra traidora Titania recibirá su castigo, estoy segura —afirmó la abuela—. Además, está por acabar la guerra y no serán necesarios más incrustados... Y qué bueno, porque nunca sirvieron.

—Porque no eran buenos —rumió Lavinia, para agregar—: Y la guerra va a seguir, de mí se acuerdan.

—Estás equivocada —replicó Moth, convencido—. En nuestra historia nunca se había planeado tan bien una incursión militar de esta magnitud. Además, en cualquier momento los Once Sabios encontrarán Nuevo

Estigius.

—Escuché que descifraron no sé qué coordenada de Francia, algo del Ródano. ¿Me ayudan a pasar esto? —la abuela puso en la mesa una charola con copas—. Y están tan entusiasmados que dos de los venerables desean ir en persona. ¿Alguien quiere ponche Tres Sangres?

—¡Pero los sabios no pueden moverse! —respingó Lina—. ¿O sí?

—Claro que no, querida. Pero son tan tozudos como una garrapata en ayunas —suspiró Imo.

—Dicen que algunos fueron grandes guerreros —señaló Osric.

—Sí, excelentes, pero fue hace más de dos mil años —comentó Moth —. En la Guerra del Peloponeso.

—Dejemos de hablar de la guerra por un momento —sugirió Crésida. Llevaba una gran bandeja cubierta—. ¿O no quieren probar mi pastel de cuajo estilo Darmat?

—¿Es el que haces con especias? —preguntó Lisandro, muy interesado.

Y así pasaron a otro tema, hablar de platillos y recetas también estaba bien. Lina fue a otra mesa donde habían puesto comida para tibios. La variedad era limitada: tres latas de sardinas, galletas saladas, dos plátanos muy maduros y algo que parecía leche... quién sabe de qué animal.

—Ah, disculpa, adelante—le dijo el otro humano de la reunión. Parecía muy nervioso de estar frente a ella—. Eres la famosa Lina... ¡eres muchísimo más joven de lo que pensé! Tenía muchas ganas de conocerte. He escuchado mucho de ti.

—Espero que cosas buenas —sonrió Lina—. Porque también he hecho cosas espantosas. Se te quitaría el sueño si te las dijera...

Ray súbitamente parecía pálido.

—Es broma... bueno, no tanto —Lina carraspeó.

Hablaron brevemente. Ray le contó que venía de una agencia de red *intratibia*.

—Aunque en mi trabajo nunca nos contaron sobre esto —el soldado señaló alrededor—. De los nidos, de las razas, de los cuatro reinos. Supongo que guardan el secreto por seguridad. Cuando bajé quedé desconcertado; todo es... ¿cómo decirlo?

—Terrorífico e interesante, lo sé —asintió Lina—. Yo también estaba así cuando llegué hace pocos años. No podía creerlo, ¡los redis, la necromancia, las guerras secretas! Pero poco a poco te acostumbras. Por cierto, bienvenido a la familia...

—¿Yo? Gracias... ¿Por qué? —Ray tartamudeó, confundido.

—Bueno, eres el amor de tibio verano de tío Ariel, ¿no? Me encanta.

—¿Amor de qué? —repitió Ray de inmediato—. ¿Te lo dijo él mismo? Digo... por mí está bien, pero es que es tan serio. Nunca me responde

cuando le pregunto. O tal vez no interpreté bien las señales... ¿Será eso? ¿Qué más dijo?

—No dijo nada, solo lo asumí —aseguró Lina con verdadero bochorno —. Perdón, tal vez metí la pata... Eso debes saber de mí, siempre lo hago. ¡Es mi verdadero don!

Lina agradeció que en ese momento llegaran más parientes: Alessa, Hans, Urso, Lupo y Vulpino, los Pútridos. Su padre seguía sin aparecer. ¿Dónde estaría? Tal vez afinando cosas en los cuarteles.

Lina saludó a su prima y a su ruidosa comitiva. El banquete siguió entre charlas y quejas de tía Sangre. Puck sacó de algún lugar un violín y Moth un acordeón y entre los dos se pusieron a tocar algo que parecía una alegre mazurca; Duncan se animó a bailar —había sido campeón distrital — y ejecutó una contradanza con mamá Uyü (ella desde la cama, sus frágiles huesos no soportarían ritmos tan desenfrenados). Hans bailó también, pero se retiró cuando se le despegó una oreja y su suegra Gerta se ofreció a coserla. Abrieron varias botellas de licor de sanguina y Gundo tuvo que encerrarse en una bodega para no ceder al antojo. Por un instante, Lina volvió a sentirse casi feliz. Todo sería perfecto si Gis estuviera a su lado.

—Linda, ¿puedo hablar contigo un momento? —Ben tocó el hombro de Lina.

—Pa, ¿dónde estabas? La abuela te estaba buscando.

—Ahora la busco. Necesito comentarte algo. Acompáñame, será un minuto.

Lina supuso que sería algo de la Legión Alfa, alguna recomendación de cómo guardar la estaqueta o algo así. Fueron a una alacena al lado de la cocina.

—No quiero ocultarte nada —empezó Ben, visiblemente nervioso—. Porque cuando lo hice tuvimos problemas, como la vez que no te confesé los errores de mi juventud y los descubriste por otro lado. En fin, prefiero ser yo el que lo diga.

—Pa, me estás asustando —dijo Lina un poco en broma—. ¿Es otro secreto sobre Luna Negra?

—¡No! Claro que no. Tampoco tiene que ver con la guerra. No es tan importante, pero quiero compartírtelo porque la invité y es posible que venga.

—¿A quién? ¿De qué hablas? —Lina comenzó a ponerse de verdad tensa.

—Hay algo entre Ludmila y yo —confesó Ben al fin con una sonrisa temblorosa.

Lo primero que sintió Lina fue un golpe de furia. ¡Esa mosquita muerta! ¡Si la había salvado en Tierras Umbras! ¡Hasta se lo agradeció! ¡Y

así le pagaba! Con razón no le dijo nada después, ¡pero siguió con su plan! Sin embargo, de quien no lo esperaba era de su padre.

—Vaya, ni media sonrisa —comentó Ben—. Empezamos mal.

—¿Y cómo quieres que lo tome? ¿En qué momento sucedió? —la voz de Lina sonó más áspera de lo calculado.

—Bueno, luego de los entrenamientos a veces hablábamos de otras cosas, de nuestras vidas y luego... cuando volvimos de las Tierras Umbras, estuve con ella un tiempo en la enfermería del cuartel para revisarla y...

—Sin detalles —interrumpió Lina, cada vez más indignada—. ¿Y mamá? ¿No pensaste en ella?

—Marcia será siempre el amor de mi vida —repuso serio—. Pero falleció y...

—¡Mamá no está muerta! —replicó Lina y enseguida corrigió—: Quiero decir, es una rediviva. Si se enterara... ¡Ella dio todo por ti!

—¡Lo sé! —Ben se llevó las manos a la cabeza, desesperado—. Tu madre es extraordinaria, inteligente, hermosa. Me salvó cuando más lo necesitaba, le debo todo. Pero, linda, por favor, no estoy diciendo que voy a casarme con Ludmila. Solo que vamos a intentar algo después, cuando termine el Día de la Liberación. Ahora no es correcto, soy el instructor. Tal vez se llegue a dar algo entre nosotros... De verdad. No imaginé que lo tomarías tan mal, pensé que se llevaban bien.

—¿Qué? ¿Yo y Ludmila? —Lina se quedó sin aire—. Si es tan vanidosa, fría, arrogante. Es como un robot, un mal robot...

Sí, exageraba, Ludmila fue la menos indiferente con ella, le había ayudado en los entrenamientos, y de pronto Lina se sintió mal. Su padre no debía darle tantas explicaciones, y ella estaba armando la típica escena de adolescente alterada. Respiró. Necesitaba controlarse. Ben podía hacer lo que quisiera. Era un adulto de ciento setenta y un años. Y tampoco le podía pedir que le fuera fiel a una esposa zombi (ni siquiera sabían dónde estaba). Lina se dijo a sí misma que debía portarse madura, racional. Sin embargo, dijo una frase que no pasó por la razón:

—Siempre me decepcionas.

Benvolio parecía totalmente azorado. Comenzó a balbucear algo cuando llegó la abuela.

—¡Ben! ¿A qué hora llegaste? Ven, tú también, querida. Voy a dirigir unas palabras al clan. Es importante que estén todos.

Aliviada por la interrupción, Lina siguió a la abuela. Le costó concentrarse (a su mente llegaba la escena de Ludmila dando saltos para lucirse frente a su padre, en los parajes umbros). Imogene golpeó el borde de una copa para atraer la atención.

—Queridos todos —comenzó—. Lo más seguro es que mañana nos toque el Día de la Liberación. Será un día terrible para muchos, lo sé,

porque ninguna batalla es inofensiva, pero a veces la paz se obtiene luchando por ella. Yo lo haré, con todas las fuerzas que me quedan, y sé que ustedes también. La libertad de nuestra civilización está en juego.

El clan aplaudió y lanzó vítores.

—Les prometo que el siguiente banquete será en el nido de Ubus, en Cimeria, nuestro hogar —dijo la abuela—. Y cuídense, queridos míos, ¡porque espero a todos los que están aquí!, familia e invitados. Será el banquete de la victoria.

Y entonces Imogene hizo algo que se supone que no podía hacer o que había dejado de hacer siglos atrás: comenzó a llorar. Los Pozafría guardaron súbito silencio al ver a la jefa del clan con lágrimas en los ojos.

—Estoy bien, no pasa nada—aseguró Imo—. Los quiero mucho, amada familia. Todos son muy valiosos de una manera única y particular. Por su valor para sobreponerse a las desgracias —miró a Ariel y a Ben—; por su intachable lealtad —extendió la mano hacia la de tía Sangre que resopló, pero no retiró la suya—; por su ánimo y perseverancia —se dirigió a Moth y a Puck—; por su valor insospechado —le dedicó una sonrisa a Osric—. Y por ser nuestra leyenda e inspiración —fijó la vista en Lina y luego en el resto de sus parientes—. Todos aquí han demostrado ser ejemplares. Tenemos que estar a la altura de nuestra reputación hasta el final.

Lina sintió un nudo en la garganta. Se dio cuenta de que al día siguiente todos harían trabajos riesgosos, participarían en cruentas batallas. Se sintió mal por haber discutido con su padre (aunque si lo pensaba de nuevo, volvía a estar molesta con él y con Ludmila).

—No quiero que nadie se muera en la guerra —gimió Osric y se soltó a llorar.

Le siguió Duncan, Antífolo, Benvolio, Puck, Crésida, Gerta, Lisandro; la verdad es que había muchos llorones en el clan. De pronto parecía una epidemia de sollozos, hipidos, gemidos.

—¡Ay, qué ridículos! —se burló tía Sangre—. No es la primera ni la última guerra. ¡Morirá quien tenga que morir!

—Basta. Este debe ser un momento alegre —recordó Imogene—. Lisandro, Moth, Puck, queridos, ¡la música!

Y comenzaron de nuevo las mazurcas, los bailes, aunque todos parecían algo tristes. Lina vio como tía Sangre, con el pretexto de llevar a su mascota a dormir, sacaba un pañuelito de una manga del vestido para secarse una lágrima furtiva.

Todos en el nido sagrado de Anub y en los territorios libres estuvieron esperando noticias sobre el escondite de Nuevo Estigius hasta el último momento, pero después de rastrear entre varios pueblos mineros, sin ningún éxito, llegó la orden: todos debían estar listos para librar las

cincuenta y dos batallas del Día de la Liberación.

Arrancó una actividad frenética tanto en Anub como en los nidos libres y en las Tierras Umbras. Se prepararon miles de nosferatus, soldados profesionales y voluntarios, tibios umbrianos. Las Comisiones habían estado enviando guerreros, suministros, material de curación, armas tradicionales y alquímicas. Se dividieron los ciento sesenta y cinco batallones en tropas de apertura, ataque y cierre.

Toda esa noche, miles de soldados llegaron a las Tierras Umbras gracias a los espejos colocados en los puntos clave. La reina pálida y el rey pardo cumplieron sus promesas. Cada paso, cañada, hondonada y gruta estaba disponible para los ejércitos del Gran Concejo. Calibán había enviado mapas adicionales donde advertía de los peligros de cada zona: madrigueras, bichos carroñeros, ríos de lava o lagos sulfurosos. Ariel iba de un lado a otro para afinar detalles con los jefes de cada tropa, con Ray siempre cerca. Para muchos soldados, bajar a ese mundo penumbroso y salvaje era el inicio de un día que sería el más glorioso o trágico de sus vidas.

Todos sabían que era una apuesta de todo o nada. Estaban gastando todos los recursos del Gran Concejo: ejército, armas, alianzas, alimentos, suministros. Si perdían, se quedarían sin nada, jamás podrían recuperarse.

La noche previa al Día de la Liberación Vámbéry recomendó a la Legión Alfa que durmieran un poco, pues al iniciar las batallas no se sabía hasta cuándo podrían hacerlo. Se les preparó un té de sanguina con adormidera (a Lina solo un té de tila). Durmió poco y mal, pero consiguió ir hasta la Pensión Somnus y entrar en la habitación de Gis (aún había acceso). Le dejó un mensaje: "Querido Gis. Inician las batallas y voy a buscarte. Te encontraré, te lo prometo".

"Con un pacto los soldados se unen. Los soldados juntos avanzan, mismo paso, mismo triunfo", se repitió Lina desde temprano. Era la frase del oráculo, la que prometía la victoria. Debía aferrarse a ella.

—Linda, ¿puedo pasar? ¿Cómo estás? —Ben entró a la habitación de Lina, llevaba un estuche—. Vámbéry me dio esto para ti. Necesitas usarlo encima en todo momento, como protección y para que nadie te reconozca.

Lo abrió. Era un brillante casco yelmo, como de la diosa Palas Atenea. Le cubría la cara dejando rendijas verticales para los ojos y la boca.

—Hijita... conoces el riesgo que significa tu participación —Ben hacía un esfuerzo por no llorar—. Si ahora cambias de opinión y no quieres ir a las batallas, nadie te va a juzgar...

—Ya lo decidí frente a los Once Sabios. Estaré bien —Lina tomó el casco y lo puso al lado del estuche donde estaba su estaqueta Clontarf, le

había puesto como nombre Mundus, (luego se percató de que también venía de Gismundus).

—Claro, entiendo...—Ben parecía ansioso por decir tantas cosas, pero solo agregó—: Perdón por lo de ayer. Fue un mal momento.

—Ahora también lo es —señaló Lina—. Necesito ponerme la armadura y el uniforme.

—Claro, claro. Nos vemos luego en el patio de entrenamientos. Vámbéry está revisando el plan de nuestra participación.

Lina se dirigió al vestidor para estar lista, pero tuvo la mala suerte de que en ese momento Ludmila se estaba colocando la armadura, unas coderas y el peto de cristal de roca.

—Tus cosas están en el perchero —señaló la umbría—. Mirko las dejó desde temprano.

Lina asintió. Ludmila no llegó a la reunión familiar el día anterior. Ahora solo debía evitar el tema y las cosas estarían bien.

—Sé que Ben habló contigo —soltó Ludmila de pronto—. Fue su idea. Te dije que la atracción era mutua, luego de la visita a Tierras Umbras subió a noventa y cuatro por ciento.

—¿Podemos tener esta conversación después? —Lina se colocó las perneras y el chaleco afelpado que servían como soporte bajo la armadura —. No sé si no te has dado cuenta, pero estamos a punto de participar en una batalla histórica. No estoy interesada en tus dramas de vampira.

Sí, había dicho la palabra que se consideraba ofensiva. Lina odiaba portarse así, pero necesitaba tiempo para procesar el tema, que ahora solo la ponía de mal humor.

—Tu padre está muy triste por cómo lo tomaste —continuó Ludmila con tiento.

—Y yo estoy muy triste por Marcia, mi madre —Lina sintió cómo la rabia subía varios peldaños en su ánimo—. ¿Sabías que la convirtieron en redi? ¿Y que la torturan todos los días? Y ese dolor llega hasta donde está su alma, atrapada en entremundos. Ahí debe seguir ahora, esperando que su familia, que nosotros —hizo un esfuerzo para no sonar llorosa— la liberemos.

—Lo siento por tu madre —Ludmila dio un tímido paso hacia la joven —. De verdad, es horrible cómo terminó, pero Ben no es culpable de eso.

—¡Él tiene toda la culpa! —Lina no pudo contener un grito—. Si mamá no lo hubiera conocido, seguiría viva, con una vida normal.

—Pero con eso hay cero por ciento de posibilidades de que tú hubieras nacido.

Lina le lanzó la mirada más hosca de su catálogo personal.

Pero Ludmila era insistente.

—Lo que digo es que fue elección de tu madre amar a Ben. Tal vez

conocía algunas consecuencias, otras no, pero al ser desterrado por su clan había ochenta y dos por ciento de posibilidades de que el pasado volviera a él de la peor manera.

—Deja de darme tus porcentajes, me hartan.

—Lo que intento explicar es que los padres eligen y se equivocan, no son perfectos. Pero también tienen el derecho de reconstruir su vida. Mi padre se casó cincuenta veces en el último siglo. Sí, ¡tuve cincuenta madrastras! Las cosas en casa eran tan terribles que me refugié en las matemáticas, son perfectas, nunca traicionan...

—Me dijiste que no querías enamorarte de nadie, que la prioridad era el Día de la Liberación —recordó Lina—. Era mentira.

—En ese momento era verdad. Pero cuando me di cuenta de que yo también le gustaba a tu padre... Entonces todo cambió. Hicimos el trato de probar después de las batallas y ver a dónde nos lleva esta relación. Le dije a Ben que esperara para anunciarlo, pero es tan impulsivo que se adelantó. Lo siento, ojalá el corazón fuera tan perfecto como las matemáticas...

—De verdad, Ludmila, hablar de esto no me ayuda y necesito concentrarme. En un momento estaremos peleando contra los depositantes, monstruos y magos oscuros.

—Lo sé... pero es que no sé cómo ayudar.

—Yo sí. No te me acerques si vas a hablarme de este tema. ¿Puedes hacer eso?

Ludmila asintió, dio un paso atrás y las dos terminaron de vestirse en silencio. Lina se sintió culpable de nuevo. Si analizaba fríamente a Ludmila, no era una umbría desagradable. Era eficiente, gran matemática, fue amable con ella cuando nadie lo hizo, le ayudó a entrenar en la táctica de invasión de campo y le dio buenos consejos. Pero ¿por qué tuvo que fijarse en su padre? ¿Y Ben estaba tan solo como para iniciar... lo que quisiera iniciar? ¿No guardaba luto por su madre? ¿Realmente lo que vivió con Marcia Martín fue un amor de tibio verano y en su larga vida iba a quedar como un lejano recuerdo de juventud? Pensar en el tema la ponía furiosa. Lo mejor sería bloquear el asunto por ese día, le urgía.

Unos minutos después, en el patio de entrenamiento, la Legión Alfa se reunió completa, ya armada y lista.

—Si se sienten nerviosos, está bien —comenzó Vámbéry con los ojos verdes brillando por la emoción—. El temor activa los sentidos. Solo mantengan la atención y no se distraigan. Es posible que tengamos que dividirnos, pero Benvolio y yo siempre estaremos con ustedes.

—Somos los soldados de élite —Ben tomó la palabra—. Confían en nosotros, no podemos defraudarlos. Tenemos que ser impecables en aperturas, ataques y cierres.

—Y tengan mucho cuidado con los aberrantes, son altamente destructivos —recordó Vámbéry—. Mejor ni atravesarnos en su camino. Hay una comisión especializada en desactivarlos, déjenlos trabajar. Y si llegan a toparse con Luna Negra o Cerberus, de inmediato hagan retirada y daremos el reporte.

—Sobre todo tú, Lina, ten esto en mente —señaló Ben.

—Ya hay tropas de avanzada —Vámbéry mostró un gran mapa con las rutas de Tierras Umbras—. Pronto nos dirán en dónde entramos.

—¡Vamos a ganar! ¡Victoria y libertad! —gritó el enorme Dragomir y el resto de los talismanes lo imitó.

Ben se acercó a su hija.

—Linda, lo que vamos a vivir hoy será terrible —dijo en tono nervioso —. Habría deseado con todo mi corazón que no participaras en la guerra. Solo quiero decirte que estaré cuidándote, voy a estar cerca de ti en todo momento.

Lo ideal habría sido darle un abrazo, Ben lo esperaba, pero Lina solo asintió de manera obediente e impersonal, como soldado. Ya se le pasaría la rabia, pensó.

Unos minutos después recibieron la notificación, los primeros batallones entraban a liberar los nidos invadidos. Los talismanes debían salir a apoyar. Todas esas horas, días, tiempo de estudio y entrenamiento los llevaban a ese momento. Era su prueba final.

Capítulo XX

EL DÍA DE LA LIBERACIÓN, LAS PRIMERAS HORAS

Ese día, en la superficie de la tierra, más de siete mil millones de seres humanos hicieron su vida cotidiana: desayunaron, comieron o cenaron, en cientos de miles de ciudades, pueblos, rancherías. Millones de personas fueron a la escuela, otras al trabajo, algunas más sufrían una guerra y varias más se refugiaban en el sueño. Más de un millón y medio de personas nacieron, otras tantas se fueron. Muchas encontraron el amor, otras se embarcaron en un viaje, por gusto, negocios o para sobrevivir. Besos, risas, llanto, abrazos, dolor y placer. Un día igual de normal y complejo como los demás. Lo que casi nadie sabía (apenas un puñado) es que debajo de ellos, bajo las montañas y los mares, había otra civilización en guerra que ese día iba a librar la batalla que podría cambiar el futuro de todos los seres, de los visibles y los ocultos.

Lina salió de los cuarteles, junto a la Legión Alfa, que marchaba con los otros soldados. Dio un rápido repaso en su cabeza, esos esquemas la ayudaban a tranquilizarse.

> Bien, ha llegado el momento. No se pudo evitar. Hoy es el Día de la Liberación. Lo que voy a vivir hoy puede ser mil veces peor que lo que ocurrió en Tierras Umbras, pero yo pedí estar aquí. Más vale que sea valiente, lo mucho o poco que aprendí en los entrenamientos debo aplicarlo hoy. Lo bueno es que mi vórtice me protege y llevo la estaqueta Mundus. Lo malo es que no sé si soy buena guerrera, pero haré todo lo que esté en mis manos para ayudar al ejército

del Concejo. Necesitamos:

- OBJETIVO 1: Liberar todos o la mayoría de los cincuenta y dos nidos invadidos por el ejército depositante. Es importante rescatar a los umbríos esclavizados y a los humanos.
- OBJETIVO 2: Hallar el escondite de Nuevo Estigius, donde se encuentran Cerberus y Luna Negra. Su aniquilación detendrá esta guerra.
- DURACIÓN: El operativo está diseñado para usar todos nuestros recursos en veinticuatro horas. Debemos resistir por un día. Si fracasamos, todo habrá sido en vano.
- MI PROPIO OBJETIVO: Entrar a Ubus y descubrir qué pasó con Gis.

Y claro, sobrevivir y cuidar a los míos.

Luego de algunos cruces a través de portales reflejantes Lina llegó junto a la Legión Alfa hasta el Paso Mortal, una de las grandes cavernas salinas de las Tierras Umbras. Las paredes eran formaciones de sal comprimida y del techo colgaban cientos de estalactitas afiladas y blancas que lucían como colmillos gigantescos. El sitio era enorme, lleno de oquedades y en lo alto se conectaba con otras cuevas más pequeñas. En una de ellas Ariel había montado un centro de mando y de control. Era una especie de oficina y Ray corría de un lado a otro ordenando archiveros, sobres para mensajes con papel de Hermes y croquis de las rutas; había otros dos empleados de Anub como apoyo. En una mesa enorme estaban los mapas de los nidos, con pequeñas banderas rojas señalando los que había que liberar. Un gran reloj marcaba las horas de la batalla, apenas iban en la primera.

Justo al lado del centro de mando, en otro pasaje, se montó una oficina con murciélagos postales, entrenados para entrar y salir de los espejos con un nosferatu mensajero. Los portales reflejantes estaban al centro de la gran caverna, había una docena y cada uno conectaba con otra zona de las Tierras Umbras: el Desfiladero de la Locura, el Pozo de la Infamia, la Garganta de Orcus; sitios donde se habían montado los hospitales móviles, el centro de acopio de armas, las bodegas de suministros y otros espejos que llevaban a puntos estratégicos para acercarse a los nidos ocupados por los enemigos.

En la gran caverna del Paso Mortal circulaban cientos de soldados,

guerreros del Concejo y voluntarios, entre todos formaban los ciento sesenta y cinco regimientos. Había también brigadas especiales como las de los umbrianos, tibios aliados. Se les podía reconocer por los uniformes: muchos llevaban corsés de inspiración gótica, levitas o dramáticas capas de terciopelo rojo y cuello alto. "*Más vamps que los vamps*" era su lema. Eran los únicos que usaban armas de fuego, como escopetas y rifles, mientras que los nosferatu preferían sus armas tradicionales, aunque modificadas con alquimia. Entre los batallones corrían empleados de suministros, con comida, agua, globusodas, material de curación y municiones.

Había ruido, cánticos, emoción y ansiedad a partes iguales. Algunas batallas habían arrancado minutos antes y ya se esperaban noticias. En la multitud, Lina pasaba desapercibida gracias al yelmo que le cubría cabeza y parte de la cara; podía confundirse con un soldado bajito del Gran Concejo.

—Iré con Ariel para conocer nuestra primera misión —anunció Vámbéry—. Mientras tanto, revisen que todo esté listo.

Ben se encargó. Se cercioró de que los talismanes tuvieran todo en su lugar: uniformes con protecciones y armas. Tanto él como Vámbéry portaban auténticas estaquetas Clontarf; Ben, una con núcleo de fuerza, y la de Arminius tenía centro de filo. Lina llevaba otra: Mundus, con poder de velocidad. Para los ataques cercanos le dieron un hacha con filo mejorado alquímicamente con un baño de Marte. Por su parte, Ludmila había optado por un arco y en la espalda le colgaba el carcaj con flechas de punta de plata, entre otras; gracias a su vórtice matemático su tino era perfecto. Dragoslav, Dragomir y Chestibor portaban estaquetas sin núcleo pero reforzadas en los talleres alquímicos de Moth y Puck, además de una espada corta. Todos los miembros de la Legión llevaban una daga "de bota" oculta y una dotación de las tradicionales bombas de bromuro de plata, que resultaban corrosivas para los chupasangres.

Ben recordó a los talismanes que el uniforme los protegería contra cortes y golpes, mientras que la malla de tejido salamandrino aislaba del fuego intenso.

—Pero a veces todo falla —anotó—. Por eso, nunca, jamás se confíen.

Lina suspiró. Cómo olvidar esa horrible caída y la captura en las Tierras Umbras.

En ese momento Vámbéry volvió con un fajo de documentos, eran los datos de la primera misión.

—Iremos con el batallón de apertura de Duat —anunció exaltado—. ¿Alguien sabe algo de ese nido?

—Duat, también llamado Tohat, es un nido metalúrgico —soltó Chestibor, que había tomado un papel parecido al del pobre Ermo—. Es

una población clave por sus fábricas de acero, su trabajo en aleaciones de plomo y oro. Está a doscientos setenta kilómetros debajo de lo que ahora es el país de Egipto.

—Por su importancia debe estar lleno de soldados numus y, tal vez, depositantes —observó Ben—. Recuerden que para liberar un nido hay que entrar y atacar, al tiempo que se distrae; mientras un grupo da con el cuartel central y desactiva al jefe enemigo. Es lo que importa. Si cae el mando, el resto de los soldados será más fácil de someter.

—¿Y matamos a los jefes? —preguntó Ludmila.

Se hizo un pequeño y tenso silencio. Lina miró la estaqueta, el hacha. Comenzó a entender las repercusiones de su decisión. ¿Ese día se volvería asesina?

—Me temo que a veces será necesario —reconoció Vámbéry—. En situaciones extremas y en defensa propia.

—Pero es la última opción —subrayó Ben—. Lo primero es protegerse y luego desarmar o apresar enemigos, aunque con cautela; algunos usan artes oscuras, desconocemos sus trucos necrománticos. Y siempre estén atentos a nuestras órdenes.

—¿Y si encontramos un aberrante? —recordó Chestibor.

—Nos apartamos —indicó Vámbéry de inmediato—. No tiene caso enfrentarnos a esas bestias, ¿ven a esos soldados? —señaló a un grupo de guerreros vestidos de amarillo. Llevaban carritos llenos de artilugios.

—Son cazaaberrantes —explicó Ben—. Moth y Puck les diseñaron armas para eliminar redivivos. Contamos con diez unidades de cazaaberrantes como apoyo.

Se escuchó una serie de campanadas estridentes, procedían del gran reloj que marcaba el día de la batalla.

—Es tiempo de la siguiente oleada. ¡Nos toca! —Vámbéry señaló a un grupo de soldados que se formaban frente a un espejo—. ¡De prisa, vamos adelante!

—Hijita, ven conmigo —Ben le tendió la mano—. Te ayudaré a cruzar. ¿Estás bien?

Lina intentó esbozar una sonrisa tranquila, pero le salió una mueca temblorosa.

Después de varios cruces, los talismanes y ciento cincuenta soldados llegaron a una caverna más pequeña donde había una escalera, encima trabajaban Lupo y Urso, los colegas de Alessa. Terminaban de hacer los trazos con la peligrosa pasta de nusku.

—No se acerquen todavía —advirtió Urso—. Por aquí entrarán a Duat.

—¿A qué parte? —Chestibor dio un paso atrás.

—¡Eso les toca averiguarlo a ustedes! —rio Urso—. Supongo que traen mapas.

Sí los llevaban, entre los documentos que les pasó Ariel. Cada batallón cargaba con croquis y planos copiados directamente del gran salón de los mapas.

—¡Todos atrás y cúbranse! Tienen veinte segundos —gritó Lupo.

—Por la proyección del derrumbe, la pared norte es la más segura —calculó Ludmila.

—Excelente, gracias, Mila —asintió Ben.

"¿Mila?", Lina respingó. "¿Desde cuándo le decía así?" De nuevo sintió el chispazo de la rabia, pero recordó que debía concentrarse, había cosas más importantes ahora. Tomó aire y activó el modo zen. Dejaría pasar el tema. Sí, sería madura.

La pasta nusku hizo su trabajo. La roca se fracturó y se abrió un boquete con un rápido y sordo estrépito. La mayor parte de los escombros cayó en otro hueco que los Pútridos habían hecho previamente, nada se les escapaba.

—Todo suyo —señaló Urso—. ¡Buena batalla!

Ambos umbríos se retiraron para abrir otro nido cercano llamado Nun. Las incursiones tenían que hacerse lo más rápido posible para no perder el factor sorpresa.

—Esto parece una de las fundidoras —Ben observó alrededor.

Habían llegado a una gran galería con enormes contenedores de metal líquido y burbujeante. Ríos de plomo fundido corrían entre los hornos y por canales abiertos. El calor era infernal.

—Las únicas industrias de la ciudad son la minería y la fundición —recordó Chestibor—. Duat es famoso por sus chimeneas, eran miles, hasta que se reordenaron. Solo he visto ilustraciones, dicen que tiene un aspecto muy curioso.

—Ya lo veremos —Vámbéry estudió los mapas—. Si estamos en el nivel de las fundidoras, entonces los cuarenta y dos barrios quedan arriba. Tenemos que explorarlos hasta dar con el cuartel principal.

Entonces se escucharon murmullos y ruidos en la galería de fundición, el batallón completo se puso en posición de ataque.

—Están ahí —señaló Vámbéry en voz baja. Tras las calderas y maquinaria había al menos unos cien chupasangres—. Esperen, creo que son inofensivos.

Los umbríos iban en harapos, llenos de hollín y con la cabeza rapada, como se usaba en ese distrito. Parecían muy asustados, tenían cadenas en manos y pies.

—Deben ser trabajadores originales de Duat —observó Ben—. Pobres, los esclavizaron.

—Chestibor, explícales que venimos a liberarlos —pidió Vámbéry.

—Y también pregunta si saben dónde está el jefe depositante que

controla el nido —propuso Ben.

Chestibor lo intentó, conocía el idioma de Duat. Los esclavos respondieron con gritos y llantos. Farfullaban algo incomprensible.

—Qué idioma tan extraño. No entiendo nada —comentó Dragomir.

—Yo tampoco —confesó Chestibor, azorado—. No sé si es un dialecto raro.

Entonces uno de ellos mostró la lengua, tenía una horrible herida. Otros lo imitaron, era el mismo caso: piel lacerada, ennegrecida.

—Les quemaron la lengua con un tizón ardiente —señaló Vámbéry, apenado.

Los esclavos pedían ayuda, entre lágrimas. Lina captó una palabra que se repetía, sonaba como "Ape".

—Chestibor, diles que prometemos terminar con su sufrimiento. Hoy vamos a liberar su nido —aseguró Vámbéry—. Tenemos que seguir.

Ben señaló una gran escotilla y subió. Estaba bloqueada por tres cerraduras, pero bastó un toque con la punta de su estaqueta para romperlas.

—¿Puedo ir cerca de usted, señor talismán? —le preguntó un joven soldado—. Se nota que sabe mucho.

—No me digas señor talismán, soy Ben —sonrió y le hizo una seña para que lo siguiera.

Lina fue también de las primeras en cruzar, quedó asombrada. El nido estaba construido en una oquedad gigantesca con paredes porosas que emitían un brillo amarillento. Al centro se vislumbraba una pirámide recubierta con hoja de oro, y en círculos concéntricos se erigían algo parecido a rascacielos, desde medianos hasta otros con alturas que daban vértigo. Todos con forma del típico obelisco: base ancha y punta estrecha que remataba en una pirámide pequeña con rendijas. Eran los ductos que extraían el humo y los vapores de las fundidoras del nivel inferior. Todo se dispersaba entre los huecos de la caverna. Sí, era impresionante, pero Lina también sintió cómo se disparaba su *peligrómetro*. De algún modo supo que en ese lugar, a pesar de su extraña belleza, aguardaba la muerte.

—Tenemos que acercarnos a las torres —Vámbéry estudió el mapa.

—Aquí hay botes —Ben señaló unas barcazas.

Lina se sorprendió al ver que en los canales no había agua, sino una arena finísima; debía tener alguna propiedad electrostática porque las embarcaciones se deslizaban casi levitando. Rápidamente los soldados tomaron un bote con remos.

Conforme se acercaban a las altas construcciones, Lina vio más cosas extrañas: la gran pirámide había sido erigida al centro de un estanque de piedra líquida que asemejaba un lago de fuego. En la vereda había ¡árboles!, con hojas verdes azuladas; eso creyó hasta que notó que eran

turquesas engarzadas en ramas de bronce. En cada cruce había una gran estatua milenaria con cuerpo umbrío y cabeza de halcón o de chacal blanco.

—Tienen elementos inspirados en los antiguos egipcios —comentó maravillada.

—O tal vez los antiguos egipcios se inspiraron en este sitio —meditó Chestibor.

Algunos soldados se quedaban en sitios clave. Eran los llamados "circulantes". Cada uno llevaba una jaula con un murciélago postal, así podían comunicarse rápidamente con el acceso, por si era necesario adelantar el refuerzo o planear la retirada.

—¿Qué es eso que tienen los obeliscos? —Lina señaló las protuberancias que salían de las paredes, había de muchos colores y tamaños.

—Parece que son las casas —explicó el soldado joven que se había acercado a Ben—. Cada torre es un barrio.

Lina quedó maravillada. Los habitantes habían aprovechado los inmensos ductos para montar sus viviendas. Adosadas a las gruesas paredes se anclaban las casas, algunas pequeñas, otras enormes de varios niveles; había hasta un fabuloso castillo colgante. Además, cada obelisco tenía un sistema de rampas y escaleras, junto con ascensores externos. Ninguna torre era igual a otra: algunas eran marrones con un diseño de escamas de cocodrilo; otras, blancas, y en los muros tenían pintado un diseño de plumas; otras eran verdes e imitaban a un gigantesco junco. Solo un par de los inmensos obeliscos se comunicaba entre sí por puentes colgantes.

De pronto Lina tuvo un chispazo.

—Son símbolos de antiguas deidades egipcias —señaló—. Horus, el dios del cielo; Upuat, el funerario; Maat, la diosa de la justicia; Ammyt, la devoradora de los corazones de los muertos.

—Es verdad —confirmó Chestibor.

—Pero creo que los esclavos mencionaron uno: "Ape" —continuó Lina —. Debe ser "Apep". Es el otro nombre de Apofis, la deidad del inframundo. Si hay un obelisco o torre con su advocación, debe tener un diseño de serpiente.

—¿Como ese? —señaló el soldado joven.

Era un obelisco altísimo, cercano a la pirámide. Las paredes imitaban escamas amarillas, naranjas y grises. En el remate había adornos que parecían colmillos.

—Tal vez nos estaban diciendo que ahí está el cuartel principal del enemigo —dedujo Ben—. Bien hecho, hija.

Pero el orgullo que Lina sintió se desvaneció en el momento en que

pusieron un pie en la rampa que servía como calle principal del obelisco de Apep.

—¡Al suelo! ¡Todos pecho tierra! —gritó Vámbéry.

Lina no entendió por qué, solo escuchó un silbido. Entonces vio cómo un delgado y afilado hilo metálico recorría el acceso, y luego de un chasquido algo rodó cuesta abajo y pasó a su lado. Tardó en entender que era una cabeza cercenada, la del joven soldado que había dicho "señor talismán".

Se activó una serie de trampas, una tras otra. Más hilos cortantes, salían ráfagas de delgadas agujas de plata, tipo lancetas. Algunos soldados tardaron en reaccionar y recibieron heridas quemantes en piernas y brazos.

—¡Atrás! —gritó Ben—. Ludmila, ayúdame a desactivar las trampas. ¡Los que tengan escudos formen una barrera! ¡De prisa!

Rompieron una puerta para buscar resguardo en una casa. Ludmila detectó un barandal con un ondulante diseño de serpientes cobra que tenían las fauces abiertas y arrojaban lancetas de plata. De prisa y con tino perfecto, disparó flechas con punta gruesa de plomo hasta taponar las cabecitas. Mientras tanto, Ben destruyó el sistema de rieles con afilados hilos metálicos.

El acceso quedó despejado y el batallón pudo avanzar hasta que, tras la primera esquina, aparecieron los primeros soldados depositantes. Se quedaron atónitos al ver a los guerreros del Concejo.

Estalló una lucha cuerpo a cuerpo por tejados, plazuelas salientes y barandales. Algunos umbríos, ancianos y sanguazas con cabeza afeitada, salían corriendo, asustados. Eran los pocos habitantes que no habían sido esclavizados para trabajar en las fundidoras.

—Diles que estamos aquí para liberarlos, que busquen resguardo —recomendó Vámbéry a Chestibor—. Vamos por el jefe depositante.

Los umbríos nativos se sorprendían al oír su propia lengua en voz del joven talismán. Una vieja chupasangre comenzó a gritar algo desde una puerta entreabierta.

—Dice algo sobre el ojo de Apep —tradujo Chestibor—. ¡Que está más arriba!

Sonó una campana de alarma. En la calle empinada salieron más soldados numus, portaban insignias de escarabajos rojos.

—Si ven un espejo libre, asegúrenlo —gritó Ben—. Y procuren desarmar al enemigo. No lo olviden: matar es la última opción.

En la intensa lucha, cada talismán demostró lo que había aprendido en el entrenamiento. Ludmila volvió a usar la táctica evasiva con escalada. Iba de un lado a otro disparando flechas de plata a las manos de los enemigos. Era perfecto porque no los mataba, pero los dejaba impedidos

para empuñar armas. Chestibor se lució con bloqueos de estaqueta, solo hacía pequeñas pausas para volver a acomodarse el casco y alisar su inmaculado peinado de coleta. Gracias a su fuerza, Dragomir se convirtió en una máquina de demolición. Aprovechando el uniforme reforzado, se lanzaba contra soldados y construcciones. Derribó la torreta de vigilancia que daba la alarma, se vino abajo junto con el par de vigías que estaba arriba.

—Formen una barricada para frenar a los demás enemigos —Vámbéry señaló los escombros—. Dragomir, encárgate, monta una unidad de bloqueo mientras los demás subimos a explorar.

El enorme muchacho asintió y de inmediato tiró más muros para reunir material.

—El cuartel principal debe estar arriba —Ben miró hacia la cima.

Pero avanzar se volvió más complicado. En cada tramo de la rampa estallaba una nueva escaramuza. Solo Ben y Vámbéry tenían la ventaja de sus estaquetas. El resto de los soldados del Concejo tenía que pelear con todo su arsenal. En un descansillo lanzaron las cápsulas de bromuro de plata, algunas dieron en el blanco y varios enemigos retrocedieron con la cara cubierta de llagas. Hacia la mitad del obelisco, la rampa se volvió tan estrecha que había que luchar escalando al borde de las barandillas.

Mientras tanto, Lina corría de un lado a otro, confundida. ¿Ataque con evasión? ¿Bloqueo y contrafuerza? La violencia de la pelea había aturdido su memoria. Se le confundían las novecientas quince técnicas principales de la lucha de contrarios, con las doscientas doce secundarias y las quinientas nueve adicionales. Detectó una pequeña terraza voladiza y solitaria y fue a ese punto para intentar ordenar su mente. Casi de inmediato escuchó un chirrido y desde una canastilla colgante saltó un soldado numu. Quedó a un par de metros de ella. Los dos parecían sorprendidos, como si no esperaran encontrarse tan cerca de un oponente.

El guerrero numu empuñó una alabarda con tres picos y Lina buscó su hacha con filo mejorado. ¿Y ahora qué tenía que hacer? ¿Rebanarle el cuello? ¡No, no podía! Aunque al menos podría aparentar fiereza. Lina dio un golpe al aire con tal ineptitud que el hacha se le resbaló de las manos y se deslizó hasta caer entre los barrotes de la terraza. ¡Era un desastre! El soldado sonrió, como si no creyera su suerte, pero al dar un paso el suelo de la terraza se partió en dos. El numu cayó al vacío, aunque alcanzó a pescarse de unos cables metálicos que sostenían otra canastilla.

—Lina, hija. ¡Ven acá! —Ben la llevó a una zona segura—. ¿Qué estabas haciendo?

Lina se dio cuenta de que su padre había partido la terraza con su arma Clontarf.

—No puedes quedarte petrificada si alguien te ataca. ¡Usa tu estaqueta de velocidad! Al menos huye. ¿De dónde salió ese numu?

—De afuera... —la joven señaló los cables y cadenas. Había varias canastillas de metal. El numu ya se descolgaba a un nivel inferior.

—¡Están subiendo soldados por ascensores! —alertó Ben al resto del contingente.

Con la estaqueta de filo rompió cadenas y cables, mientras que Vámbéry usó la punta de filo de su arma. Entre los dos, rápidamente cortaron el sistema de elevadores.

—¿Quieres que me quede contigo? —Ben preguntó a su hija.

—Voy a estar bien, no te preocupes —Lina no quería frenar a Ben, era uno de los mejores guerreros del Gran Concejo—. Deben encontrar al jefe enemigo.

Benvolio asintió, con dudas, y volvió a la batalla, pero siempre buscando de reojo a Lina. La joven tomó aire. Sí, era un desastre para la guerra: había perdido el hacha mejorada y era incapaz de atacar, solo le restaba permanecer a salvo y buscar sitios apartados. Al menos recordaba cómo usar la estaqueta. Dio un golpe en el suelo para potenciar la energía y al sujetarla con ambas manos, se volvió tan liviana que podía moverse con gran rapidez junto al arma, solo había que darle dirección. Además, su vórtice la protegía. A escasos centímetros de la cara de Lina cruzaron escombros, flechas y la hoja de una estaqueta, pero por alguna razón perdían potencia o se desviaban y nunca recibía daño alguno (al menos no físico). Podría cruzar la batalla sin recibir un rasguño, aunque eso no era ningún mérito, se suponía que había ido a luchar, a ayudar.

Dragoslav consiguió subir por la torre saltando de azotea en azotea e hizo un gran descubrimiento: había una casa que parecía un pequeño palacio colgante con paredes recubiertas con coloridos jeroglíficos de mujeres aladas, hombrecillos de piel azul y símbolos de ojos, miles de ojos en línea. Pero aún más sorprendente era el interior, estaba repleto de armamento extraño, junto con tradicionales espadas y hachas. Había cuchillas de metal negro, unas flechas con la punta roja y delgadas estacas de madera que parecían vibrar dentro de una vitrina.

—Es una armería necromántica—comprobó Ben, cuando subió a explorar—. ¡Mucho cuidado! Hay flechas de Amazarac, puñales con hoja de Lul, que se afilan con la sangre, y varas de Nayla, que dicen que reaccionan a los latidos y se clavan solas en los corazones. ¿Quién trae cápsulas de fuego griego? Hay que quemar todo.

La batalla avanzaba, aunque faltaba lo principal: dar con el jefe enemigo. Los soldados del Concejo consiguieron llegar al último tercio del gran obelisco. Ahí encontraron otra curiosa construcción, parecía un templo esférico, como una gran gema incrustada imitando a un sol, con

láminas de cristal ámbar como aureola.

—El ojo de Apep —recordó Vámbéry.

Entraron casi todos, hasta Lina. Dentro del curioso templo de paredes curvas colgaban los pendones con el símbolo de Luna Negra y había un cargamento listo para transportarse: cientos de contenedores con joyas, lingotes de oro amarillo, blanco y rojo, y cofres repletos de óbolos. En una pared había un centenar de llaves colgadas en ganchos. Y en un recodo, un soldado hizo un horrible descubrimiento: una jaula con humanos apretujados, llenos de heridas y costras a medio curar; por su expresión ausente parecían enloquecidos. Al lado, había un gran espejo con un marco negro.

—Es el cuartel central —confirmó Ben, sin dudarlo—. Y este debe ser el espejo libre que enlaza los nidos ocupados.

Estaban decidiendo si era buena idea cruzarlo cuando la superficie del espejo tomó un aspecto líquido, como mercurio, y de entre sus ondas emergió una guerrera enorme con uniforme rojo e insignias de media calavera, que solo portaba el rango superior. Era una depositante encarnada en Timur Bromio.

—La jefa del nido —sonrió Ben—. A ti te estábamos buscando.

Ella no sonrió. Era claro que sabía qué sucedía en el nido porque lo primero que hizo fue desenfundar una estaqueta Clontarf y romper el espejo libre para inutilizarlo. Llevaba un chaleco del que pendían más armas. Empuñó un mazo ardiente. De un golpe al suelo levantó una cortina de guijarros incandescentes para alejar a los intrusos. Las Timurias tenían fama de ser letales.

—No tiene caso que luches. El ejército del Concejo los tiene rodeados —advirtió Vámbéry—. Y está por llegar un batallón más. Duat será liberado hoy mismo. Lo mejor es rendirse y lo sabes. ¿Cómo te llamas?

Lina notó que la voz de Vámbéry sonaba distinta, tenía una cadencia hipnótica. ¿Sería su famoso influjo? A pesar de esto la expresión de la Timuria se mantenía burlona y feroz. Exhibía en el rostro tatuajes necrománticos de calaveras, lunas y salamandras. Murmuró algo mientras sonreía con crueldad.

—Habla el idioma de Duat —advirtió Chestibor—. Dice que luchará si es necesario hasta la muerte, en honor a la pareja sagrada.

—Chestibor, traduce lo que digo —pidió Vámbéry al talismán—. Pero cada palabra debe ser exacta. Probemos.

No había emitido ni la primera frase, cuando la guerrera golpeó las baldosas con la estaqueta y dio un gran salto hacia la vidriera para escapar a la rampa exterior. Vámbéry fue tras ella.

—Tomen las llaves de los ganchos —alcanzó a ordenar Ben a los soldados—. Deben ser de las escotillas de las fundidoras. En cuanto

podamos, liberaremos a los pobladores de Duat. Mientras, saquen de las jaulas a los pobres tibios. Después vendré a curarlos. Voy con Vámbéry a capturar a la Timuria.

—Los acompaño —ofreció Ludmila.

Los dos salieron. A Lina le hubiera gustado luchar junto a su padre, pero solo estorbaría. Entonces vio a un par de soldados tomando las llaves debajo de la ventana rota. El marco de plomo estaba a punto de colapsar. Ni siquiera lo pensó, usó la estaqueta de velocidad para apartar a los soldados antes de que los afilados cristales barrieran la zona.

Lina lo entendió, podía ser útil, ¡al fin! Entonces tuvo una idea: reuniría a los heridos en el cuartel, para que su padre los curara después.

Eso hizo. Lina recorrió las zonas de batalla. Entre unos escombros detectó a un soldado con el uniforme azul del Concejo que tenía una fea herida en una pierna. La joven hizo varias veces la operación, transportando heridos. Además, comprobó que su vórtice era extensible para quien estuviera a su lado. Se convertía en una especie de escudo protector. Repetía casi lo mismo que hizo con Ludmila en Tierras Umbras, pero al menos era útil, se repitió.

Mientras, la captura de la Timuria se tornaba cada vez más complicada. La depositante tenía una estaqueta Clontarf con núcleo de velocidad, era demasiado rápida. Alertó a guerreros de un cuartel y subió hasta la parte alta del obelisco. Lo que de lejos parecían colmillos gigantes eran escaleras que conducían a una barandilla alrededor del respiradero. Al extremo había una jaula. Con el mazo ardiente la Timuria rompió las cadenas de la compuerta. Alguien, algo, gruñó desde el interior.

—¿Traemos cazaaberrantes? —Ben preguntó en voz baja.

—No... Hay que solicitarlos —reconoció Vámbéry—. ¿Ves alguna bestia?

La respuesta salió frente a todos. De la jaula emergió una criatura grotesca y enorme. Tenía un cuerpo musculoso recubierto con púas de plata que rompían su carne muerta y reanimada. La parte superior era lo más horripilante: le habían teñido la piel de negro, recortado las orejas en punta y roto la mandíbula para alargarla con varillas y tiras de piel para que se asemejara a un hocico cuajado de colmillos. El resultado final era una imponente cabeza de chacal. El grito de rabia y locura del monstruo reverberó por lo alto.

La Timuria, sonriendo, tomó de su chaleco una cápsula de cristal y la lanzó hacia Ben, Vámbéry y Ludmila. Restallaron chispazos blancos a sus pies.

Era solo una granada de estruendo, pero las consecuencias fueron inmediatas. La bestia reaccionó al estruendo y corrió directo hacia los talismanes.

No había modo de luchar con esa cosa. Todo seguía torciéndose y apenas iban en la primera hora del Día de la Liberación.

Capítulo XXI
EL TRIÁNGULO DEL DRAGÓN

A esa misma hora, en el resto del inframundo se libraban nueve batallas y nueve escuadrones más estaban a punto de entrar en combate. Alessa Pozafría era la líder de uno de ellos. Su batallón estaba compuesto, en su mayoría, por guerreras umbrías de distintas edades, desde sanguazas de tiernos noventa años hasta veteranas de más de quinientas primaveras. Les tocó liberar un nido en el remoto distrito cuatro. Se trasladó junto con sus guerreras y sus infaltables Vulpino y un novio redivivo.

—*Oh, mein Gott, das ist wunderbar* —observó Hans—. Esto ser maravilloso y qué suerte. ¡Pocos enemigos!

Las antorchas iluminaban una penumbrosa galería llena de antiguas y preciosas termas, a los costados había solitarias tinas talladas en mármol esculpidas con esmero.

—Todavía no llegamos —Alessa sacó un fajo de documentos y mapas —. Estamos en la vieja Berilius o Bejiu, pero tenemos que ir a la nueva, que está justo encima.

—¿Por qué dejar ciudad si *sieht gut aus*? ¡Bueno se ve! —Hans señaló las paredes con murales de coloridos mosaicos.

—El nuevo nido es mil veces más hermoso —explicó Vulpino, que estaba trepado en un viejo contenedor de agua. Desde ahí trazaba signos con pasta de nusku en el techo—. Los habitantes encontraron una veta de piedras preciosas. La nueva ciudad es de jade y esmeraldas. ¡A ver si podemos tomar algo de recuerdo!

Alessa explicó a Hans que Berilius, junto con Yin y Loy, formaba parte del triángulo del dragón. Eran nidos hermanos y compartían el símbolo de las fabulosas criaturas del tercer reino llamadas sanajh.

—Aunque nunca pudieron domesticarlas, la verdad —reconoció

Alessa—. Pero las adoran.

Señaló los murales, había representados decenas de alargados saurios curvos, blancos, verdes y marrones, con bigotes y largas barbas.

—Parecer *drachen*, dragones chinos —observó el redi—. ¡Pero qué bueno que no hay bestias! Entonces no ser nido *gefährlich*, no peligroso.

—¡Sí que lo es! ¡Es peligrosísimo! —advirtió Vulpino—. Recuerda que es el nido más rico del triángulo, apuesto que hay cuatro mil soldados numus protegiéndolo.

—*Was*... ¡Qué dices! —saltó Hans—. ¡Nosotros ser como ochenta!

Miró hacia donde estaban las guerreras umbrías revisando sus armas.

—Pero llevamos eso —Alessa señaló varios baúles metálicos de bronce —. Tú tranquilo, barbitas, todo saldrá bien, ya lo verás... o no —repuso pensativa—. Tal vez sea mejor que te quedes aquí, ¡no quiero que te descosas!

—¿Y qué? Más muerto yo no poder estar, *es ist unmöglich*, ¡imposible! —dijo el redivivo con valor—. ¡Iré!

Alessa acarició la cara de tono ligeramente verde de su amado. Le acababa de dar mantenimiento con sales de mercurio del doctor Sulz (ideales para redis). ¡Se veía guapísimo!

—El tercer símbolo de la pasta está listo —anunció Vulpino—. ¿Iniciamos?

En el centro de mando de la caverna salina del Paso Mortal, Ariel sacaba un archivo, daba un mensaje a un empleado de Anub y alistaba el expediente de un nido, mientras que revisaba con Ray el estatus de cada una de las ciento sesenta y cinco tropas: las que estaban en incursión, en espera y en traslado; todo ello sin que se le corriera el maquillaje. En la gran mesa esperaban los mapas desplegados de los cincuenta y dos nidos a liberar. Ya había uno en verde, aunque había sido suerte. Cuando los soldados del Concejo llegaron descubrieron que estaba siendo usado como bodega de material de construcción. Solo tomaron el control de los vigilantes y cerraron accesos. Pero ya era uno menos.

—¿Y bien? —preguntó Puck desde la puerta—. ¿Nos hiciste venir para verte correr de un lado a otro, como redi sin cabeza?

—Solo necesito que me tranquilicen —pidió Ariel, mientras daba una orden de suministro a Ray—. ¿Lo que van a intentar Alessa y Vulpino es seguro? Quiero que me digan la verdad, porque necesito tener un plan de respaldo.

Los siameses se miraron y al final Puck exclamó:

—¡Cómo puedes dudar de nuestra División de Equipamiento Alquímico! Solo diseñamos maravillas, aunque lo cierto es que... al final no tenemos idea.

—¿Qué? —Ariel parpadeó tan rápido que estuvo a punto de perder una de las pestañas postizas.

—No lo digas así, ¡que quedamos como sanguijuelas tontas! —suspiró Moth.

—Lo que quiero decir es que todo funciona en teoría —Puck remarcó la última palabra—. Pero confiamos totalmente.

Algo iba a agregar el hermano cuando un murciélago postal pasó entre sus cabezas.

—¡Por la capa de Christopher Lee! —se quejó Moth—. Estos murciélagos siempre con sus malos modales.

El animalito se posó en una base montada sobre una mesa y Ray le dio de comer una semilla, para luego retirarle la cápsula atada a una pata; se la pasó a Ariel.

—Es un mensaje del batallón de Duat —leyó.

—¿Todavía siguen peleando? —exclamó Puck—. ¡Pensé que ese nido ya estaba en cierre!

—Se toparon con un aberrante —siguió leyendo Ariel—. Ray, ¿hay cazadores disponibles?

—Tenemos dos unidades peleando en Karkaff —Ray estudió una pizarra, Ariel no lo había dejado usar la laptop, decía que necesitaban tecnología que entendieran todos.

—¿Por qué dos? —preguntó Puck, extrañado.

—Pidieron refuerzos, encontraron una infestación de esos monstruos —explicó el soldado humano—. Y otras dos divisiones están en lucha en el distrito tres, las cinco restantes están por entrar con la siguiente oleada. No hay unidades libres.

—Te dije que había que preparar más cazaaberrantes —reprochó Moth a su hermano.

—¡Se acabó el armamento especial! —se defendió Puck—. ¿Con qué iban a pelear? ¿Con un cuchillo y dos maracas?

—¿Qué vamos a mandar a Duat? —preguntó Ray a Ariel.

—Nada —el umbrío se mesó la cabeza, pensativo—. Si es un solo aberrante, ya conocen las reglas: contenerlo o evitarlo y seguir con la liberación.

—Hablando de eso, tenemos que volver a nuestra confortable cueva umbra —anunció Moth—. Tenemos que preparar otros juguetitos para los soldados.

—Y ponernos armaduras, ¡vamos a participar en una batalla! —agregó Puck emocionado—. De Alessa no te preocupes, es astuta, y Vulpino, un

chapucero profesional; justo lo que se necesita —un murciélago postal volvió a cruzarse por sus cabezas—. ¡Pero qué les pasa a estos bichos!

—¿Nosotros vamos a luchar? —Ray preguntó a Ariel, cuando los siameses se retiraron.

—Este trabajo es más que suficiente —miró alrededor, los mapas, planos, ordenes de traslado—. Es el mejor sitio de la batalla. Somos el cerebro del Día de la Liberación, junto con los Once Sabios, claro.

Ray sabía que en el Palacio de Anub tenían una réplica del centro de control y los ancianos del Concejo conocían cada movimiento. Lo analizaban con sus poderosas mentes, aunque al final era mejor saltárselos. A la pregunta de si era mejor llevar zapatos o botas en alguna misión, analizaban tanto que podían responder en dos semanas.

—Manda un mensaje a Duat —ordenó Ariel—. Diles que vamos a enviar el batallón de refuerzo y que la Legión Alfa debe salir ya. La necesitamos para abrir otros nidos —suspiró—. ¡Falta tanto! Este será uno de los días más intensos de nuestras vidas... Al menos estás conmigo.

Ray respingó.

—Porque eres buen ayudante —dijo Ariel de inmediato.

Ray no dijo nada, pero sonrió. En efecto, ese sitio era el mejor lugar para estar.

La buena noticia en Duat era que solo había un aberrante: el anubis infernal; la mala, que era sumamente agresivo. Destruía todo a su paso: puertas, muros, hasta un soldado numu de su propio bando. Liberarlos era un arma de doble filo, ni siquiera los jefes podían controlarlos. Se decía que solo Cerberus tenía dominio sobre ellos.

Sin embargo, sí se les podía engañar para darles cierta dirección. La Timuria lanzaba granadas de estruendo para mantenerlo cerca de los talismanes. Ludmila terminó colgada de una farola y desde ahí siguió peleando. Con las piernas consiguió sujetarse del poste y disparó flechas a los ojos de la bestia. Pensó que lo había cegado hasta que se percató de que tenía más ojos detrás de las orejas. Era común que esas criaturas tuvieran órganos extra: al ensamblarlos se usaban todas las partes de los cadáveres reanimados.

Por su parte, Ben peleaba con cuatro guerreros numus en la parte superior de la rampa, al borde del vacío. El umbrío hacía gala de sus increíbles dotes como maestro luchador. De un bloqueo pasaba al ataque y a la defensa. Era rápido para desarmar oponentes. Aunque no era lo mismo que practicar con sus alumnos, se enfrentaba a consumados

guerreros en lucha de contrarios.

Mientras tanto, Vámbéry aprovechó para acercarse a la barandilla donde estaba la Timuria. Se ocultó entre el denso humo de la boca del ducto y con la punta de la estaqueta rompió un soporte de metal, aún faltaba otro. Desafortunadamente, el movimiento y el ruido alertaron a la guerrera, que reaccionó lanzando un bumerán recubierto de púas de plata. En su recorrido elíptico el arma golpeó el hombro de Arminius, dejando enterradas varias púas en su carne. Del dolor, Arminius soltó la estaqueta; se aterró, no podía perderla, corrió hacia ella.

En el borde, Ben seguía peleando contra los cuatro numus. Cerca y trepada en la farola, Ludmila comenzaba a agotarse, apenas le quedaba una docena de flechas y el aberrante seguía sin morir (en realidad ya estaba muerto, ese era el problema) y seguía igual de agresivo. La talismán no sabía cuánto más podría resistir y no aparecían refuerzos.

Al otro lado de la infratierra, el nuevo batallón había ingresado a Berilius. En efecto, la capital del triángulo del dragón era de una riqueza apabullante. La ciudad verde estaba hecha de ónix, esmeraldas y jade. Sin embargo, los depositantes ya la habían saqueado, faltaban hasta las manijas de oro y piedra turmalina de las ventanas y casi todas las tejas de calcedonia. La mayoría de las casas ya no tenía muebles. Aun así, Berilius o Benjiu conservaba la belleza espectral de sus suntuosos palacios; la mayoría seguía resplandeciendo por un sistema de iluminación de gas que cruzaba algunas paredes traslúcidas. La ciudad era un laberinto perfecto de diez círculos concéntricos que se interconectaban; al centro presidía una suave colina llamada la Acrópolis de las Mil Columnas.

En realidad eran menos, en sus buenos tiempos todos los edificios sumaban ochocientas columnas de jade, aunque con la invasión depositante quedaba menos de la mitad. Muchos templos se habían desmontado para construir adoratorios necrománticos y se planeaba demoler las esculturas de las bestias sanajh para hacer réplicas del clan Bromio.

Fue en esa zona donde ocurrió todo. Un viejo matrimonio que cortaba jade, una pareja originaria, ahora esclava, avisó al capataz que se oían ruidos en el templo más famoso de la colina, el llamado Gran Verde. Como “murmullos”, explicaron. Eso era raro, porque estaba prohibido entrar. El capataz fue a revisar, pero una voz femenina lo detuvo en la entrada.

—No te acerques más —advirtió alguien desde el interior—. Somos

soldados del Gran Concejo. Queremos hablar con tu jefe.

Entre las columnas, en la penumbra, al capataz le pareció ver cientos de siluetas. Fue por otro de los numus que supervisaban la zona.

—Tú no eres el jefe —dijo la misma voz desde adentro e insistió—: Trae al mando superior de este nido.

Los capataces se miraron desconcertados, ¿cómo habían entrado esos intrusos? Parecían muchos, más de quinientos soldados. El primer numu corrió al cuartel principal y minutos después volvió con un feroz Timur, era el depositante que controlaba Berilius.

—Bien. Toma a tus soldados y salgan del nido —ordenó la voz de dentro—. Es por su bien. Traemos armas muy poderosas. Esta es la primera advertencia.

El jefe exigió ver a la umbría que hablaba. A lo que la voz repuso, tajante:

—No. No negociaremos. Abandonen el nido. Esta es la segunda advertencia.

Media hora después, el templo Gran Verde estaba rodeado por miles de soldados numus y guerreros Timures. Incluso llegaron escuadrones con armas necrománticas. El jefe ordenó a los intrusos que salieran a pelear, pero nadie respondió. Entonces preparó un ultimátum: si nadie salía para la batalla, acabaría con ellos de la manera más cruel. Tampoco hubo respuesta. Así que decidió enviar mensajeros, eligió a la pareja de esclavos. Aterrorizados, los umbríos cruzaron las columnas de jade. Iban llorando.

Trepada en una farola de Duat, en lo alto de un obelisco, Ludmila finalmente se quedó sin arsenal. Había lanzado al aberrante setenta y tres flechas, algunas con puntas de plata, de acero, plomo y explosivas; utilizó las bombas de bromuro de plata y hasta clavó en la frente de la criatura la daga de emergencia. Nada sirvió, el monstruo seguía luchando a pesar de tener la piel colgando en jirones. De algunas heridas brotaba ese compuesto de natrón y sal que servía para conservar la carne cadavérica. La talismán buscaba desesperadamente algo con qué defenderse.

—Ludmila, ¡no te muevas! No hagas nada —le susurró Vámbéry—. Creo que ya no puede vernos.

La talismán lo comprobó. Si bien el aberrante seguía en modo de ataque, daba vueltas algo perdido. Todos sus ojos habían sido cegados por flechas, los dos del frente y los seis adicionales.

Entonces ocurrió algo inesperado que lo definió todo. Más arriba, en la

barandilla, la Timuria preparó otra granada de estruendo, pero antes de lanzarla se le resbaló y estalló a sus pies. Enseguida ocurrió el segundo golpe de suerte: la guerrera intentó huir y el chaleco se le enganchó en los barrotes. Fue cuestión de segundos. Mientras se desataba las correas, el aberrante, guiado por el sonido, subió. Ni siquiera fue necesario que atacara, su enorme peso rompió el segundo soporte y la barandilla se desplomó ciento sesenta metros directo al abismo. La estructura de metal despedazó a la Timuria y una varilla decapitó al aberrante. Aunque la cabeza siguió revolviéndose, dispuesta a morder lo que se acercara.

En el fabuloso nido de Berilius, la pareja de esclavos salió del templo Gran Verde, ambos parecían confundidos. Le explicaron al jefe que dentro había muchísimas guerreras con el uniforme azul del Gran Concejo. Iban armadas y parecían listas para luchar, pero ninguna habló con ellos, ni siquiera los miraron, ni quisieron tomar el ultimátum, lucían algo raras, con una palidez extrema.

Entonces el jefe depositante dio la orden de tirar el templo Gran Verde con ellas dentro.

—Tercera advertencia —fue lo único que respondió la voz del interior —. Ustedes lo han querido.

La suposición era correcta. Con la muerte de la jefa depositante se aceleró la recuperación del nido de Duat. Sin líder ni dirección, algunos numus intentaron escapar a otras torres, otros simplemente se entregaron. Desde ese momento todo fue muy rápido. Ben curó a los soldados heridos que Lina había reunido en el templo esférico y aprovechó para quitarle las púas y cerrar las heridas de Vámbéry (por suerte era humano, así que la plata no era venenosa para él).

—Tenemos que irnos —Chestibor entregó un mensaje a los jefes—. Ariel nos necesita para abrir otros nidos.

La Legión Alfa se dio prisa en entregar el nido a un batallón de cierre, sería el encargado de poner orden y aprisionar a los numus. Mientras avanzaban a la salida, Lina pudo ver cómo se abrían las escotillas de las fundidoras. Miles de habitantes originarios salieron llenos de hollín, llorosos, desnutridos; abrazaron a los liberadores.

—Tardamos mucho en esta liberación —reconoció Ben—. En las otras

hay que ser más rápidos. Por cierto, querida, gran iniciativa. Es la coordinación que necesitamos.

Lina pensó que se refería a su idea de poner a salvo a los heridos. Iba a agradecer (tampoco era para tanto) cuando la voz de Ludmila sonó a su lado.

—Y así seguirá siendo —respondió la talismán, con la mirada brillante puesta en Ben.

Benvolio sonrió y Lina sintió un ardor en el estómago. ¿Ahora también le decía *querida*? Recordó que debía mantener el modo zen: tranquilidad y madurez. Eso sería, la hija más madura de la tierra y de la infratierra. Pero... ¿*querida*?

En el nido de Berilius, el templo Gran Verde fue derribado. Los guerreros numus tiraron muros, aleros curvos, viguetas, tejas y columnas; fue destruido hasta los cimientos. Sin embargo, cuando el jefe Timur registró los escombros no encontró cuerpo alguno. Tampoco escondites, ni un hueco por el que las guerreras del Concejo hubieran podido escabullirse. Simplemente se habían desvanecido.

Fue cuando un capataz numu señaló otro templo de la colina y otro más. Con asombro, los depositantes vieron guerreras del Gran Concejo en todas las construcciones de la zona. Lucían pálidas, ligeramente brillantes. Tal vez tenían alguna especie de protección. Era desconcertante.

El jefe Timur ordenó que se movilizaran para una magna batalla. Pero pronto se llevarían una sorpresa. El único templo ocupado era el más alejado. Desde ahí, Alessa, Hans y ochenta guerreras habían usado los inventos de Moth y de Puck. El arpón del eco proyectó la voz sin problemas, pero las linternas de Platón resultaron una genialidad. Gracias al juego de luces alquímicas, ochenta guerreras aparentaban ser ochocientas; y a Alessa se le ocurrió multiplicar también las proyecciones y obtuvo ocho mil réplicas que podía enviar a distintos puntos con las lentes. El resultado final era un poco pálido pero impresionante.

—*Das ist fantastisch* —reconoció Hans en un rincón—. ¿Pero qué hacer nosotros cuando nos encuentren y tengamos que luchar?

—Nada, porque no vamos a pelear —reveló Alessa—. No aquí. Iremos con Vulpino.

El Pútrido se había adelantado a liberar los nidos de Yin y Loy. Alessa encargó las linternas de Platón a una de sus guerreras.

—Mantén el truco solo un rato más —le pidió—. Y luego vengan.

Tomó a Hans y cruzaron el espejo libre. Resultó que los otros nidos del *triángulo del dragón* tenían muy pocos soldados numus, casi todos habían sido llamados para defender a la ciudad más rica. Fue entonces cuando Hans entendió la chapuza: el objetivo nunca había sido Berilius, sino los otros dos nidos. Cuando los enemigos descubrieron la trampa y quisieron volver, los accesos a las otras ciudades habían sido bloqueados.

Con Duat, Yin y Loy arrancó oficialmente la liberación de los nidos: estaban en marcha veintiún batallas. Todo parecía funcionar gracias a la planeación de Ariel y al sistema montado en las Tierras Umbras. La Comisión de Transporte, liderada por Gerta, Duncan y Calibán, mantenía el flujo de los doscientos doce espejos libres. Algunos eran tan pequeños que solo podían trasladar a una unidad de cazaaberrantes; otros, tan grandes que pasaban arietes y onagros, enormes máquinas de asalto. Mientras, Lisandro, Crésida y Gundo mantenían llenos los centros de abastecimiento; podían enviar de un lado a otro del planeta, en cuestión de minutos, una caja de globusodas, armas y reemplazos; cambiaban escudos rotos, hachas y estaquetas melladas. Además, para los uniformes contaban con un grupo de viejos sastres umbríos que cosían los desgarrones del tejido salamandrino. En la gran cueva llamada Pozo de la Infamia se montó la clínica de campo que comunicaba con el hospital de Anub, para casos más graves. Ahí, entre las camillas, Osric era voluntario de ayudante médico y se picaba el ombligo de aburrimiento. Llegaban pocos heridos, la mayoría era curada por Ben entre los traslados, aunque claro, faltaban muchas horas de batalla.

—¿Ya llevamos siete nidos liberados? —Vámbéry observó los mapas de Ariel, en la oficina central—. ¡No está mal para la primera hora!

—En realidad son seis —Ariel señaló, entre el bosque de banderas rojas, un punto con ambas señalizaciones: roja y verde—. Este nido prácticamente ya no tiene numus, pero se ha vuelto un problema por los aberrantes. Ya mandé tres unidades de cazadores a Karkaff.

—¿Karkaff? —repitió Dragomir, con ojos desorbitados—. ¡Nosotros somos de ahí!

—Podemos ir a luchar —propuso Dragoslav.

—Tranquilos, ya nos estamos encargando —aseguró Ariel—. A ustedes

los necesito en otras liberaciones. De hecho, la Legión Alfa debe entrar en estas dos misiones —le hizo una seña a Ray, que le pasó dos carpetas—. Salen en la próxima oleada.

—¿Dos? ¿Al mismo tiempo? —revisó Vámbéry.

—Exacto, se tienen que dividir, son incursiones simultáneas —confirmó Ariel.

Rápidamente, se hicieron dos equipos de talismanes. De un lado quedó Ben como líder, del otro Vámbéry, que eligió a Chestibor por su dominio lingüístico. Además un gemelo quedó en cada equipo. Lo curioso fue que ambos jefes querían a Ludmila.

—Es excelente para ataques a larga distancia —explicó Arminius.

—Pero Mila y yo hacemos muy buena mancuerna —dijo Ben a su vez.

—Veo que nadie menciona a Lina —Ariel clavó la mirada en la joven—. ¿Cómo estás? Supe que sufriste un bloqueo en Duat.

Lina sintió que le hervía la cara de vergüenza. Primero, nadie la elegía y ahora eso. ¿Cómo lo supo? Tal vez Ariel aún tenía dones adivinatorios o algún soldado mensajero le pasó el chisme.

—Puso a salvo a los heridos —explicó Benvolio a toda prisa.

—Bueno, para eso tenemos a la brigada de primeros auxilios —comentó Ariel—. Lina, escúchame. Si deseas puedes quedarte aquí, podría enviarte al hospital de campaña, es más seguro para ti. La guerra no es para todos. ¡Ya hiciste mucho!

—Muchísimo, te debemos esto —Vámbéry señaló la gran cueva llena de soldados—. Gracias a ti tenemos acceso a las Tierras Umbras.

Eso no consolaba a Lina, quería ayudar y le urgía tener pistas de Gis.

—Lina es de gran ayuda en las batallas —dijo entonces Ludmila—. Es poderosa como talismán y nos da suerte. Si quiere acompañarnos, la cuidaremos entre todos.

Lo que le faltaba, ¡que Ludmila la defendiera! Lina se sintió aún peor. Al final se integró al grupo de su padre, Dragoslav y la *querida Mila*. Al menos se estaba portando madura al no decir nada. Si por lo menos no le ardiera el estómago cada vez que los dos intercambiaban esas miraditas.

Ambos equipos de talismanes se prepararon a toda prisa. Sonó el reloj y salieron a la siguiente batalla.

Capítulo XXII
ENTRE BRUJOS Y LABERINTOS

Ariel había repetido varias veces que las primeras incursiones eran las más fáciles por el factor sorpresa, los enemigos no esperaban los ataques, ni que fueran simultáneos. Él decidía el orden y también dónde era mejor enviar a las brigadas especiales, como la Legión Alfa, los cazadores de aberrantes y Alessa y sus Pútridos. Nadie contradecía a Ariel, parecía prever todo, como cuando envió las clínicas móviles a los nidos recién liberados. Resultaron de gran ayuda, tanto para los umbríos esclavizados como para la multitud de humanos, encerrados en jaulas y "granjas", la mayoría en condiciones espantosas. Era mejor no moverlos.

Ahora, la orden era que la Legión Alfa trabajara dividida. Benvolio se trasladó con Lina, Dragoslav, Ludmila y un centenar de soldados al nido de Takal. Entraron a través de una penumbrosa bodega llena de frascos con trozos de huesos, espinas dorsales completas, piel curtida y manos cercenadas que flotaban en un líquido viscoso.

—Nunca me ha gustado el distrito seis —comentó Dragoslav, nervioso —. Dicen que está maldito.

—Claro que lo está —confirmó Ludmila—. Aquí se originó la magia negra y también de este distrito salieron los Bromio, se adueñaron de un nido.

—Balbá —anotó Lina—. El nido de los mil nigromantes.

Un escalofrío la recorrió al recordar las construcciones siniestras. En aquel sitio todo tenía que ver con cadáveres, hasta los puentes, las casas, el horrendo castillo. Y esos centinelas: los yasmas carroñeros. En ese sitio tuvo su primer enfrentamiento directo con Luna Negra, cuando le pasó la estaqueta Abismo y montó la trampa que derivó en la liberación de su hijo y en la guerra que todos estaban padeciendo.

—Balbá ya no existe, lo destruimos —anotó Ben, concentrado en estudiar el mapa de Takal—. Aunque en algo tienen razón, este es el distrito de los magos oscuros.

—¿Crees que por aquí se escondan Luna Negra y Cerberus? —preguntó Lina, tensa.

—Todo es posible, linda —suspiró Ben—. Y si así fuera, tendrías que salir de inmediato y buscar refugio en Tierras Umbras. Pero no nos preocupemos todavía. Por cierto, para esta misión tenemos equipo extra. Esto lo manda Ariel.

Mostró un cofre lleno de máscaras con pico largo, de las llamadas *doctor peste*, llevaban un filtro interior y debajo había unos raros cubretodo de tela gruesa y encerada.

—Según Ariel debemos usarlos en este nido —Dragoslav se acercó a revisar la nota—. Qué raro.

—Tal vez es para protegernos. Este sitio tiene una energía extraña —comentó Lina—. Afuera hay algo, es muy peligroso. Lo puedo sentir.

Todos miraron las paredes de ladrillo oscuro, tras las repisas llenas de huesos, piel y miembros cortados. No se oía nada.

—¿Y si vamos por ahí? —Ludmila señaló una pequeña puerta trasera.

—También. En todas direcciones —confirmó Lina—. No sé qué hay, pero siento que algo nos está esperando. Sabían que íbamos a llegar.

—Tal vez son trampas como las de Duat —meditó Ben—. Hay que extremar precauciones, pero sigamos. Recuerden que somos talismanes y debemos poner el ejemplo a los soldados.

Como todas las salidas eran igual de peligrosas, Ben abrió la puerta principal, listo para enfrentarse a lo que los estaba esperando.

Cientos de kilómetros abajo en un continente distinto, el segundo grupo de la Legión Alfa, encabezado por Vámbéry, Chestibor y Dragomir, llegaba a Érebus, en el distrito cinco, el mismo de Ubus (cuya incursión estaba planeada más adelante). Érebus era muy peculiar, se trataba de uno de los nidos más pequeños del Mundo Umbrío, técnicamente era una casa, que había crecido en el interior de una gruta.

Lo curioso es que como nido era pequeño, pero como casa, enorme. En el transcurso de los milenios se había expandido hasta llenar cada centímetro de la gruta. Los niveles se superponían en estilos y modas. Columnas frigias, patios romanos, arcos ojivales, pasajes góticos y extraños estilos propios de los umbríos. Todo se amontonaba en cinco mil habitaciones, cincuenta patios, quinientos comedores, kilómetros de

pasillos y escaleras, siempre llenos de bulliciosos chupasangres. En su mejor momento llegó a tener sesenta mil apretujados habitantes. Se decía que el nido solo contenía siete clanes y a sus descendientes.

Érebus era famoso por dos cosas: su hospital para umbríos con padecimientos mentales (al haber tantos parientes que se casaban entre ellos, los enfermos y locos eran comunes) y por la calidad de sus textiles. Los siete clanes manejaban el secreto de la seda roja, que era muy apreciada en los distritos, y gran parte de sus sótanos eran criaderos de gusanos. Ahora bien, fuera del pasaje comercial el nido era un enrevesado laberinto. El batallón del Concejo llevaba algunos mapas, pero ¿cómo encontrar el cuartel general y el espejo libre de los depositantes?

—¡Vamos a tener que recorrer miles de habitaciones! —se quejó Chestibor.

—Tal vez no. ¿Qué inventos de Moth y Puck traemos? —preguntó Vámbéry—. ¿Hay un arpón del eco?

El batallón había entrado a través de uno de los criaderos de gusanos de seda del sótano. Chestibor revisó el gran baúl metálico, había varias cajas. De una de ellas sacó lo que parecía un fonógrafo antiguo.

—Exacto, ¡eso es un arpón! —reconoció Vámbéry—. ¿Qué más tenemos?

—Algo que se llama caspa de eolo —Dragomir extrajo algo parecido a un reloj de arena, con polvo de dos tonos. Leyó el instructivo adjunto—. Dice que la tierra blanca se esparce por sí misma en una propiedad y la negra se coloca sobre un mapa.

—¡Es polvo rastreador! —sonrió Vámbéry—. Excelente. Esperen, voy a probar algo.

Mientras tanto, en el siniestro distrito seis Lina estaba atónita. Fuera de la bodega ¡había una selva húmeda y tupida! Su mente le dijo que era imposible, estaban a quién sabe cuántos cientos de kilómetros bajo la superficie. Entonces, al dar unos pasos notó que se trataba de setas enormes con pies o tallos gruesos, estriados, y el sombrero de la parte superior era de un color carnoso, con escamas. Cada seta medía hasta tres metros y entre ellas se abría un camino serpenteante que se perdía en una densa neblina verdosa.

—Esta bruma no es normal —murmuró Ben, preocupado.

El *peligrómetro* interno de Lina era como un zumbido agobiante. ¡Tenían que irse!

—Algo se aproxima —Ludmila señaló.

Era diminuto: un colibrí cruzó el banco de neblina aleteando con rapidez. El ave tenía un color verde oscuro y el pico larguísimo, plateado. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, comprobaron que era un cadáver de colibrí... Le faltaban plumas y piel, y entre los huecos se veía el frágil esqueleto, aunque por alguna razón se mantenía en el aire.

—¡Reanimantes! ¡Magia negra! —gritó un soldado.

Lina había visto animales revividos, aunque solo de adorno, como los cuervos posados en sombreros o esos abrigos con cabezas de zorros que se movían. Pero había una gran diferencia con las criaturas armadas por nigromantes.

En un parpadeo, el colibrí se lanzó al cuello del soldado y le clavó el pico de plata. Un vapor verde salió de la pequeña criatura, hasta que quedó inmóvil.

El soldado gritó, asustado; la voz se le iba ahogando y las venas del cuello se le amorataron. Esa era la diferencia: los magos negros siempre intentaban hacer daño, matar.

De entre la neblina aparecieron decenas, cientos de colibríes. Se dirigían a los recién llegados, aleteando, cargados de ponzoña. El soldado se desplomó y Ben lo arrastró a la bodega por la que habían entrado. Cerraron la puerta. Afuera se oían los repiqueteos de las aves reanimadas buscando un resquicio para entrar.

—No es posible —Ben revisó al soldado—. Lina, hijita, ¿puedes traerlo de vuelta?

—También es tarde para mí —observó la joven, asustada.

No solo estaba muerto, el soldado se pudría con rapidez. Su carne tumefacta despedía mal olor, las cuencas de sus ojos se habían vuelto nidos de larvas.

—Todos cúbranse bien —Ben señaló las máscaras y los gruesos impermeables—. No podemos dejar visible ni un trozo de piel. ¡Rápido!

—¡Hay que salir a aplastar a esos bichos! —Dragoslav empuñó su estaqueta.

—No, no sabemos cuántos son —Ben se ajustó la máscara—. Tal vez el nido esté lleno de criaturas reanimantes.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Lina, esforzándose por no mostrar miedo.

Afuera, los picoteos arreciaban, en las puertas, las paredes, el techo.

En el pequeño pero atiborrado nido de Érebus la voz de Arminius comenzó a recorrer las miles de habitaciones, los kilométricos pasillos e

interminables escaleras. El arpón del eco enviaba a cada rincón su mensaje, enunciado con tono cadencioso, hipnótico:

"*Atención, habitantes de* Érebus. *Los rumores son ciertos. El ejército del Gran Concejo acaba de reconquistar el Mundo Umbrío. Más de ciento cincuenta batallones han tomado el control de los nidos. Y, donde nunca imaginamos, dimos con el escondite de Luna Negra y Cerberus. En este momento están siendo condenados a la muerte definitiva. Su reino de locura necromántica ha terminado*". Guardó una pausa calculada. "*Esto es cierto, pueden comprobarlo. Si se entregan, el Gran Concejo tendrá piedad. Esto es verdad también. Tienen tres minutos para rendirse, después de eso, no habrá clemencia*".

—No sabía que encontraron el escondite de Luna Negra —murmuró Dragomir, emocionado—. Al fin termina todo esto. ¡Tengo que ir con mi hermano a Karkaff!

—Tranquilo... nada es verdad —respondió Chestibor en voz baja—. Es el influjo de Arminius. Lo dice de cierta forma que lo crees... ¿O es cierto? —lo pensó mejor—. No sé.

Vámbéry repitió dos veces más el mismo mensaje. Hasta los soldados del Concejo comenzaron a dudar. Se oía una agitación creciente entre los pasillos de la casa-nido.

—¿Eso es verdad? —quiso confirmar un soldado con el jefe—. ¿Encontraron a los Bromio?

—Claro que no —sonrió Vámbéry—. Pero miren esto.

Señaló el croquis general del nido, la tierra negra se agrupaba en ciertas zonas.

—La mayoría de los habitantes me creyó y esto marca su movimiento —mostró unas zonas casi negras—. Y algunos sitios se llenaron. ¿Saben por qué?

—Tal vez ahí se resguardan jefes y sus soldados numus —dedujo Dragomir.

—Exacto. Van hacia los espejos libres para intentar confirmar mis palabras —dijo Arminius.

—¡Y así nos muestran dónde están los cuarteles principales! —Chestibor observó, admirado—. Nos ahorró la búsqueda en miles de habitaciones.

Fueron directo hacia las zonas marcadas para iniciar la lucha. Fue algo complicado atravesar los pasillos llenos de umbríos que habían creído en las palabras de Vámbéry y se postraban agradecidos o llenos de arrepentimiento por su pasado numu.

La liberación de Érebus fue casi perfecta y hubiera acabado en minutos, pues los jefes escaparon destruyendo los portales reflejantes; pero, de nuevo, la aparición de aberrantes retrasó todo y, en esta ocasión,

se trataba de dos bestias.

—No conviene destruir a cada animal reanimado —repitió Ben en la bodega de Takal, mientras revisaba una caja con armas alquímicas enviadas por Moth y Puck—. Lo mejor es eliminar a los Tarios, los magos negros que los controlan.

—Pero ¿dónde están? La neblina no deja ver nada —recordó Lina—. Aunque puedo usar mi estaqueta de velocidad para explorar.

—También es riesgoso —negó Ben, tenso—. Tal vez convenga un ataque a distancia... esto puede servir —mostró una caja que decía "Flechas pesadilla".

—Si son flechas, yo puedo lanzarlas —ofreció Ludmila y leyó la etiqueta—. Se supone que producen terror y locura pasajera.

—Como la tierra Narok —recordó Lina.

Alguna vez había experimentado su aterrador efecto: aparecía frente a ti tu mayor miedo y eras incapaz de distinguir entre el delirio y la realidad.

—Eso es necromancia —aseguró Dragoslav, inquieto.

—Sí, parece que Moth y Puck solo le cambiaron el color a la tierra Narok —Ben abrió la caja y revisó las flechas. Estaban hechas de una tiza muy dura, roja—. Bueno, nuestros enemigos van a recibir una cucharada de su propia sopa. ¡Espero que esto no se sepa en el futuro, cuando se escriba la crónica de esta batalla! ¡El Concejo usando magia negra!

Unas tejas cayeron del techo. Las aves reanimantes habían conseguido hacer un hueco y comenzaron a entrar, listas para dejar su ponzoña.

—¡Todos a cubierto! ¡Pónganse las máscaras! —ordenó Ben—. Mila, sal y dispara las flechas, ¡apunta en todas direcciones!

Protegida de pies a cabeza, Ludmila se coló por el mismo hueco y, desde el techo de la bodega, disparó cubriendo el perímetro. Al principio, nada ocurrió, hasta que se empezaron a oír unas voces que pronto se convirtieron en gritos aterrorizados. Eran escalofriantes. El aire se tiñó de un polvo del color de la sangre.

Ben señaló el hueco por el que habían entrado y los miembros la Legión, junto con los soldados del Concejo, se refugiaron en la gruta y pusieron un baúl encima. Esperaron unos minutos hasta que se hizo el silencio.

—Veamos si funcionó —murmuró Ben y empujó el baúl—. ¡Nadie se quite las máscaras!

Lo primero que notaron fue que el suelo de la bodega estaba cubierto de colibríes, apenas se movían con débiles aleteos. Afuera estaba casi

despejado; comprobaron que la neblina era la que animaba a los bichos.

Lentamente, y con Ben a la cabeza, el batallón recorrió el camino entre la setas gigantes hasta topar con una cofradía de depositantes Tarios y Tarisas. Los magos oscuros estaban en el suelo, algunos en posición fetal o en cuclillas. Todos muertos, envenenados como el soldado. Sus cuerpos se descomponían entre fétidas miasmas.

Era evidente que, en el delirio, los magos se atacaron entre sí. Algunos tenían enterrados en la piel picos de aves, colas de escorpiones y colmillos de serpientes. Había también unas arañas de patas puntiagudas, aunque todos los bichos reanimados iban perdiendo movimiento.

El batallón soltó un suspiro de alivio. Lo habían conseguido.

Según las reglas, los cazaaberrantes entraban a cualquier nido que tuviera dos o más bestias. Casi enseguida llegó a Érebus una unidad de especialistas y preparó las trampas para enfrentarse a los monstruos. Eran horripilantes, como todos los de su clase. Se parecían a esas criaturas que salen en los naipes, partidas por la mitad y en reflejo. Cada una tenía dos cabezas y cuatro brazos, que al girar usaban como piernas.

Los cazadores desplegaron trampas adhesivas, cepos explosivos y charcos quemantes.

—Perdón por la pregunta, pero ¿a cuántos aberrantes han detenido? —les preguntó Vámbéry.

—De momento, a ninguno —reconoció una cazadora—. Estas bestias son muy resistentes. Hemos visto algunos que siguen andando sin cabeza y brazos sueltos con garras ponzoñosas que atacan soldados.

—¿Y no tienen algo más potente? —Vámbéry miró a las bestias con el pellejo chamuscado, lanzaban bramidos.

—Traemos granadas de pólvora roja —uno de los cazadores rebuscó en su caja de municiones—. Pero son demasiado destructivas y no nos gusta el resultado.

—¡Usen lo que sea! —ordenó Vámbéry—. Si no se dan prisa los monstruos van a acabar con nuestros soldados.

Bastó una sola granada para despedazar una docena de habitaciones. La detonación fue tan poderosa que la gruta entera se estremeció. Pero al final, de entre los escombros, salieron los aberrantes, se habían partido por la mitad y lanzaban rugidos de furia.

—Por eso no las usamos —señaló la cazadora—. Ahora tenemos cuatro bestias.

Con la muerte de los magos depositantes, Takal se convirtió en uno de los nidos más fáciles de reconquistar. Era siniestro, como casi todos los del distrito seis, con viejas construcciones adornadas con dagas filosas en los bordes. Los pobladores de raza yasma tenían distintivos cráneos alargados y ojos como de fiera. Curiosamente, no parecían felices por la liberación, apenas dijeron algo.

—Seguro estaban satisfechos con los numus —dedujo Ben—. Los dejaban practicar necromancia.

Mientras revisaban el nido, en uno de los edificios ceremoniales Ludmila encontró dos espejos libres que usaban los enemigos para entrar y salir.

—Cuidado, querida, tiene un sello nigromante de muerte —Ben detectó el brillo verdoso en la superficie—. Lo llevaremos con cuidado para estudiarlo o destruirlo si es demasiado peligroso.

Como siempre, Ludmila se había lucido. Primero lanzó las flechas y después encontró los espejos. Podría decirse que fue la heroína de la misión en Takal. Por su lado, Lina ni siquiera recogió a ningún herido. Suspiró en modo zen mientras veía cómo su padre le daba palmaditas a la querida Mila.

Un éxito y un fracaso fue el saldo de las misiones de los talismanes.

—Tenemos que regresar a Érebus —pidió Vámbéry cuando volvieron al centro de mando de Ariel—. Dejamos el nido infestado de trozos de aberrantes.

—Los cazadores se encargarán de eso —aseguró Ariel, aunque no sonaba muy convencido—. Además, necesito a la Legión Alfa completa. Viene la liberación de un nido muy importante.

Ray le pasó una carpeta con documentos y mapas.

—Y está por terminar el modo fácil —explicó Ariel.

—¿Llamas fácil a lo que hemos vivido? —Ben casi gritó, atónito.

—Bueno... solo sé que luego se pondrá más difícil —consideró Ariel—. Nuestros enemigos identificarán nuestros trucos y pasarán del modo defensivo al ataque directo.

—Podrían intentar recuperar los nidos —murmuró Ray preocupado—. O invadir otros sitios, como el nido sagrado, ¿no?

—Eso es imposible —aseguró Chestibor ajustándose la coleta—. Anub

no está fijo y flota sobre un río de piedra líquida, a novecientos sesenta grados centígrados... ¡no hay lugar más seguro en el inframundo!

—Como sea, hay algo que me preocupa más —Ariel les pasó los documentos a los jefes de la Legión Alfa—: Nuestros enemigos todavía no han echado a andar a sus guerreros más poderosos. Por alguna razón, nadie se ha topado con Luna Negra ni con Cerberus.

Se hizo un tenso silencio cuando mencionó sus nombres.

Las campanas del reloj de las batallas repicaron llamando a la siguiente oleada de misiones. La guerra seguía y cada minuto aguardaba una nueva y aterradora sorpresa.

Capítulo XXIII

VAMPS Y UN ARMA SECRETA

Ariel tenía razón, había que aprovechar las horas "fáciles". Atacar por sorpresa y de manera simultánea. Gracias a eso se liberaron catorce nidos, uno tras otro; por fortuna, con pocos muertos y heridos en el ejército del Gran Concejo. Pero también era verdad que seguía creciendo el número de nidos atorados con aberrantes. Además de Karkaff y Érebus, otros siete nidos seguían luchando contra los monstruos.

Los cazadores ya no sabían qué usar contra las criaturas de pesadilla y Ariel estaba tentado a ordenar que se retiraran de las batallas, aunque eso significara darse por vencidos y abandonar a su suerte a los habitantes de los nidos.

La que siguió funcionando más allá de lo calculado fue la *Brigada de Chapuzas*, como se bautizó a Alessa y a sus Pútridos. Aunque en la liberación del nido de Niflem, cuando los numus no se detuvieron ante la proyección de un ejército falso, los soldados supieron que era momento de guardar la linterna de Platón y seguir con la pasta nusku.

Fue el momento en el que Ariel ordenó que se activaran otras brigadas, como la de los umbrianos, humanos fanáticos de los chupasangres. Él mismo seleccionó a cuarenta y ocho tibios con experiencia en armas para que acompañaran a un batallón umbrío.

—¡Qué fieros se ven todos! —Puck se acercó a los umbrianos que llegaron a la gran caverna salina, maquillados y vestidos con sus mejores galas—. Ojalá no mueran hoy.

—¡Por el peinado de Gary Oldman! No digas eso —dijo otro chupasangre y se dirigió a los humanos—. Solo sigan las instrucciones de seguridad. Por cierto, nosotros somos los líderes de la misión. Soy Moth y este es Puck, mi hermano.

—¡Claro que soy tu hermano! ¡Qué otra cosa puedo ser! ¿Un tío que se te pegó?

Los umbrianos, atónitos y fascinados, miraban a los siameses: dos chupasangres unidos por la cintura y con un solo par de piernas. Vestían una armadura azul a la medida.

—¡Ostras! —se acercó un umbriano regordete engalanado con capa púrpura, maquillaje pálido, gafitas y un fusil AK47—. ¿Sois un tipo especial de umbríos?

—Somos de los umbríos a los que les dicen *cool* —Puck lanzó una risa rasposa—. A propósito, chaval, lindos colmillos. ¿De plástico?

—¡Resina! Mi amigo y yo los hemos comprado en paquete —respondió una umbriana guapa con labios pintados de negro intenso. Llevaba un vestido victoriano con polisón y un fusil de asalto AR15.

—Todos lucen fabulosos... para el carnaval del Mórtum —Puck los miró detenidamente—. No es por criticar, pero tal vez puedan luchar mejor si se quitan las capas y esas levitas con cola de pingüino.

—¡Pero es terciopelo de alta calidad! —exclamó Javi—. A todos nos ha costado un pastón esta ropa, ¡es un homenaje a vuestra historia!

—Cuánto daño le ha hecho el cine a nuestra raza —suspiró Moth—. En fin, como se sientan cómodos. El traslado será un poco complicado, tenemos que hacer varias paradas; pero no se preocupen, les ayudaremos a cruzar los espejos.

—Por cierto, les tenemos una sorpresa —adelantó Puck—. ¡No pregunten! Ya la verán.

—Ahora solo obedezcan las instrucciones si no quieren que un portal reflejante los rebane a la mitad —advirtió Moth.

Los umbrianos asintieron un poco temerosos y definitivamente emocionados.

Lina había leído que el famoso Darmat era uno de los nidos más bonitos y suntuosos del Mundo Umbrío. Doscientos noventa kilómetros cuadrados de una ciudad similar a Venecia, aunque con más chupasangres. El nido se había fundado dos mil años atrás, dentro de una bóveda que emitía una hermosa luz rosada. A los lados había cascadas de agua dulce y manantiales que formaban una plácida laguna. Darmat se erigía en un centenar de islas interconectadas con coquetos puentes amarillos. Parecía que cada tienda o casa competía para demostrar que era la más bella de su calle y los palacetes lucían formas curvas y caprichosas que imitaban caracolas, raíces, espirales. El nido era famoso por las fiestas, los casinos y

sus carnavales, que podían durar años.

—Tenían razón, es precioso —reconoció Lina, desde el escondite.

Llegar a Darmat fue algo complicado. Primero el batallón atravesó una gruta y luego una esclusa bajo la laguna. Después subieron rápidamente por un canal a una casona y se escondieron en las azoteas, tras las mansardas.

—Parece como de cuento de hadas —Lina seguía aturdida por la belleza del lugar.

—Y eso es raro —reconoció Ben y pasó paños secantes a los soldados —. Los nidos que hemos visto han sido saqueados. Darmat está intacto.

Pronto se dieron cuenta del motivo. Había banderas y pendones de Luna Negra en cada ventana, puerta y hasta en las coloridas barcazas con formas de sirenas y dragones, adornadas con listones púrpuras. Los habitantes se habían entregado al enemigo para evitar la destrucción de su ciudad. Hacían su vida cotidiana, iban por las aceras, en barcas, entraban y salían de las tiendas, y todos llevaban un broche de escarabajo. Y era tal su aceptación de los invasores que en la plazuela del oro, llamada así por el imponente teatro dorado en un extremo, habían permitido que se construyera un edificio necromántico con forma de una pirámide de huesos negros, que contrastaba violentamente con los demás edificios.

—Ahí deben estar los espejos libres —dedujo Vámbéry—. Y tal vez los cuarteles.

—No se le ven ni puertas ni ventanas —notó Ben—. Hay que hacer una inspección.

—Vamos nosotros —ofreció Dragoslav y su hermano Dragomir asintió —. Somos rápidos y fuertes. Si alguien nos ataca, podremos defendernos.

—Bien, pero esperen un momento —Ben saltó para tomar ropa que estaba puesta a secar en una ventana. Les pasó unas coloridas túnicas y disfraces. Nadie debía ver sus uniformes del Concejo.

El viaje con los umbrianos resultó bastante ligero y entretenido. Sobre todo porque Moth y Puck aprovecharon para hablar de uno de sus temas favoritos: novelas de romance paranormal.

—Las adoramos —reconoció Puck, sin pena—. En especial las de Susy Fang y su amor imposible por el conde Lord Beverleth.

La mayoría había leído la saga. Eran diecisiete libros, cada uno más cursi que el anterior.

—Aunque, ¿alguien me quiere explicar por qué en los triángulos amorosos siempre nos ponen a competir con hombres lobo? —reclamó

Moth—. Habiendo otros personajes interesantes como, no sé, los zombis.

—Pero, cariño, es que los zombis no son sexis —comentó la umbriana Lola.

—Depende el zombi, ya conocerás a Hans —aseguró Puck, divertido—. ¡Pero nada de coqueteos! Es novio de nuestra sobrina Alessa.

Los umbrianos también se presentaron. Los presidentes del Club Umbris Love eran Javi, de larga capa y gafitas, y Lola, de labios negros, ambos de Valladolid, España. Los demás venían de México, Colombia, Argentina y Estados Unidos.

—Por cierto, ¿alguien necesita un arma adicional? —ofreció Puck—. Tenemos hachas, picas y alabardas con resistencia y filo mejorado.

—Pero, che. ¡Si ya estamos más que listos! —respondió una umbriana bajita con acento porteño, que apenas podía cargar un fusil Barret.

—Sin ofender, pero vuestra raza lucha con armas un pelín medievales —comentó Lola—. Chulas, sí, pero esto, queridos, es más efectivo.

Todos levantaron sus armas: ametralladoras Browning, fusiles de asalto, pistolas 9 milímetros, granadas de fragmentación y hasta una bazuca.

—Bueno... vale, okey, chido, dale —reconoció Puck—. Llámenos anticuados, nosotros preferimos lo tradicional: estaquetas y alquimia. Cada quien con su cada cual.

—Estamos por llegar —Moth revisó el tablero del montacargas que comunicaba con el último portal reflejante.

Salieron a una caverna colosal, al fondo estaba la ciudadela fortificada, hecha enteramente con piedra calcárea: las escalinatas, los muros, la muralla, todo era blanco y con dimensiones para gigantes. Cerca, esperaba una sección del ejército umbrío.

—Tranquilos, todavía no es el nido que liberaremos —explicó Puck—. Esta es la última parada: Tierras Umbras, la capital de los pálidos; se pronuncia Kah'eek o Kaeh'iik.

—De ninguna de las dos formas —criticó Moth.

—¡Hago lo que puedo! —suspiró Puck—. Pero esta es la sorpresa: somos de los pocos batallones que va a conocer más del segundo reino, ya verán por qué.

En la puerta de la ciudadela los recibieron Calibán y Grubba, la gigantesca reina pálida, con sus brazaletes cuajados de orejas cercenadas. La seguía una corte compuesta por enormes guerreros albinos y algunos pardos (por suerte seguía la tregua). Uno de ellos montaba una fabulosa bestia sanajh.

—¡Esto es la leche! —exclamó Javi, con voz temblorosa—. ¡Es que flipo! ¡Qué pasada!

Todos los demás estaban igual de sorprendidos. Calibán escribió en su

máquina.

—Exacto, es lo que iba a explicar —aseguró Puck al leer el papel—. No vinimos aquí de paseo. Este poblado umbro tiene un paso que comunica con el nido a donde vamos a luchar.

Calibán les hizo señas para que lo siguieran, iban a atravesar la capital de los pálidos, una primitiva y colosal ciudadela perdida en las entrañas de la tierra.

—Recuerden, ¡nada de fotos ni selfies! Saben que está prohibido —advirtió Moth.

Los cuarenta y ocho umbrianos asintieron, resignados. Habían firmado cláusulas de confidencialidad. En el Mundo Tibio no podrían hablar de lo ahí vivido o caería una maldición alquímica contra ellos: enfermedad, peste y mal aliento hasta la séptima generación (al menos eso les decían).

Vestidos como arlequines, Dragomir y Dragoslav se mezclaron entre los pobladores de Darmat. La plaza, como el resto del nido, era preciosa, forrada por un mosaico ajedrezado; a los lados había columnas rosadas y torres con suntuosos relojes. Al principio nadie miró a los gemelos, en Darmat cada quien podía vestirse como le diera la gana, un poco como en el Mórtum. Así que había damiselas umbrías con vestidos de cerco y miriñaques, donceles con pelucones de medio metro. Eso sí, todos llevaban un símbolo visible de Luna Negra.

Tal vez fue lo que falló, porque alguien, una pequeña sanguaza que iba en compañía de su madre, hizo sonar un silbato. De pronto varios umbríos en la plaza la imitaron, desde vendedoras de sombreros y repartidores de empanadas de cuajo hasta un músico callejero. Todos ellos se detuvieron para hacer sonar la alarma. El sonido de los silbatos se replicó en aceras, embarcaderos y ventanas. Otros pobladores apuntaban con el dedo a los intrusos, incluso a los de la azotea. Los habían detectado.

Vámbéry saltó y se dirigió a la plaza, a toda prisa intentó explicarles a los habitantes. Ellos no eran enemigos, si no salvadores del Gran Concejo y estaban recuperando los nidos.

—¿De verdad creen que los numus van a conservar su bella ciudad? —señaló la pirámide de huesos—. La van a convertir en un infierno necromántico, ya han comenzado.

Pero el daño estaba hecho. Los pobladores corrieron a buscar refugio y cientos de soldados numus salieron del teatro de Darmat (ahí estaban los cuarteles). Escoltaban a dos feroces Timurias enfundadas con uniformes

rojos y estaquetas de poder en las manos. Sonreían, salvajes, como si ya los estuvieran esperando.

A través de una tortuosa gruta, Calibán conducía un ejército umbrío, a sus hermanos siameses y a cuarenta y ocho soldados umbrianos emocionados hasta la euforia.

—Para entrar a este nido no vamos a necesitar pasta de nusku —anunció Puck—. Existe una puerta que lleva más de dos siglos sellada, ya la verán.

—Por suerte, Calibán sabe la combinación —anotó Moth—. Lo contrataron para instalarla. Fue como hizo contacto con las Tierras Umbras e inició la aventura de su vida.

—Lo dejó sin palabras —remató Puck.

Tanto Moth como Calibán lo miraron juzgando el pésimo chiste.

—Esperad, momento —interrumpió Javi—. Pero ¿es que nos lleváis a Helhem?

Casi todos los umbrianos dominaban (en teoría) la geografía del inframundo.

—Dicen que es padrísimo, muy loco —comentó una umbriana de México que además llevaba dos machetes—. Toda la tecnología mecánica de los umbríos se desarrolla ahí.

—Bueno, alguna vez fue así. Helhem tuvo su momento de gloria —reconoció Moth—. Durante la moda de los mecas hace unos siglos. ¿Alguien sabe qué son?

Todos levantaron la mano. ¡Claro que lo sabían!

—Son protorobots o autómatas primitivos, con núcleo de alquimia y pistones con movimiento de vapor —se adelantó Lola—. ¡Si está chupado!

—Sí, algo así —Puck sonrió—. Los mecas eran increíblemente caros, ahora son de colección. Cuando se inventaron los redis, feos pero más baratos, esto dio al traste con el negocio de los mecas y Helhem se vino un poco abajo.

—La modernidad siempre echa a perder todo —suspiró Moth.

—Este nido sigue siendo muy importante, ¡los depositantes nos lo han quitado dos veces! —anotó Puck—. Es momento de recuperarlo definitivamente.

Luego de unos minutos llegaron a una colosal puerta metálica redonda de unos cinco metros de diámetro. Estaba cubierta de herrumbre y alrededor había un sistema de manijas. Mientras Calibán se puso a trabajar en ella, los umbrianos cargaron sus armas y prepararon las

municiones. Estaban listos, llevaban la vida entera esperando ese momento.

Durante la guerra, el bello Darmat se había mantenido intacto... hasta ese momento. La lucha se volvió encarnizada. En la gran plaza, Ben y una Timuria luchaban con estaquetas Clontarf. A un golpe del umbrío, la guerrera le asestó un contragolpe que lo envió al pórtico del teatro dorado, rompiendo a su paso dos columnas y una fuente. Del otro lado, Vámbéry se enfrentaba contra la segunda Timuria, que no dudó en hundir el famoso Puente de los Besos Dulces para cercarlo.

Los soldados del Concejo peleaban contra los numus. Al choque de espadas y estaquetas se sumaban las bombas de bromuro de plata. Desde un extremo de la plaza unos guerreros enemigos sacaron un ariete y lanzaron una granada de pólvora roja a una formación de soldados del Concejo. Ludmila detectó el proyectil y con una pesada flecha de plomo lo desvío. La destructiva bomba dio contra la pirámide de huesos. La plaza se estremeció. Mientras todo eso sucedía, Lina se mantenía a resguardo, al pendiente de los heridos.

—Lina, ¡ayuda a Dragomir y Dragoslav! —en la refriega, la joven escuchó a Chestibor—. ¡Llévalos a un sitio seguro!

Fue cuando Lina notó que con la explosión se había caído un muro de la pirámide sobre los gemelos. Gracias a la armadura y a su fuerza, Dragoslav parecía ileso, aunque Dragomir quedó atascado bajo una plancha de metal. Su hermano intentaba sacarlo.

Lina se trasladó a la plaza y al acercarse a la pirámide vio con agobio que la situación se complicaba: del interior de la construcción necromántica emergieron aberrantes. Alguien dio la alerta y soldados numus, e incluso las Timurias, se resguardaron en los cuarteles. Sabían que las enormes bestias se encargarían de los intrusos.

Eran tres bestias. Uno parecía ciempiés: habían unido varios torsos y juegos de piernas; podía subir y bajar cualquier edificio. Otro aberrante era un hombre enorme y parecía casi normal, excepto porque tenía tajos y aberturas en todo el cuerpo por donde salían largas lenguas con un aguijón en la punta. Y había una tercera criatura, al mismo tiempo macho y hembra: habían sido unidos dos cuerpos de manera opuesta, así que podía avanzar a ambos sentidos y estaba cubierto de tumoraciones con veneno. Fue esa criatura la que detectó a Dragoslav, que seguía forcejeando para ayudar a su hermano. Se lanzó directo hacia él.

Calibán se quedó vigilando el acceso abierto de Helhem mientras que el batallón liderado por Moth y Puck ingresaba al nido más profundo del tercer reino. Los cuarenta y ocho entusiastas umbrianos quedaron fascinados con la ciudad industrial. Calles, casas, edificios, aceras, todo era de metal y de aleaciones: cobre, bronce, latón, peltre, acero, alpaca, oro blanco (todo menos plata). Aunque la verdad era que el lugar se veía un poco oxidado y corroído. Entre rechinidos funcionaban aceras mecánicas y puentes peatonales que se movían de un lado a otro. Había tranvías que avanzaban vacíos entre chorretones de vapor. El nido funcionaba gracias a una fuente geotérmica.

—Recuerden, venimos a recuperar el nido, no a hacer turismo —anunció Moth.

—Ese lo haremos luego —prometió Puck—. Dicen que hay una tienda de relojes cucú preciosos.

—¡Concentración! —amonestó Moth—. Debemos atrapar a los jefes y desconectar el nido de la red de los depositantes.

—Plan bárbaro, pero ¿y los numus? —preguntó la umbriana porteña que sostenía su fusil Barret, ya listo.

Era cierto. Aunque el nido sí estaba habitado, no había nadie en las calles, ni siquiera soldados enemigos patrullando. Algunos pobladores de Helhem se asomaban por las mirillas de las puertas y a través de algunas ventanas entreabiertas. Varios tenían una mirada intensa, rara, como si quisieran avisarles algo. Sin embargo, cuando Moth y Puck se dirigieron a ellos, todos cerraron postigos y echaron llave.

—Pobrecillos. Se nota que son tímidos —observó Lola.

—Tal vez los numus se han marchado —repuso Javi de buen humor—. Nos vieron entrar con estas poderosas armas de fuego de Dios Padre y ¡hala! Se acojonaron.

—¿Alguien oye eso? —Moth hizo una seña.

Era una música hermosa y espectral que provenía de alguna parte del nido.

—¡Con cuidado! —advirtió Puck—. ¡Todos en guardia!

Por precaución, se separaron en dos grupos: umbríos por un lado, umbrianos por otro, y lentamente recorrieron las calles oxidadas. Las dos secciones se volvieron a encontrar en una imponente escalinata que comunicaba con la parte baja del nido. Todo era metálico. En uno de los descansillos estaba la fuente de la música, que era justo eso: una fuente de bronce y níquel. Chorros de vapor caliente cruzaban por un sistema de tubos estilo órgano produciendo la extraña melodía.

—En Cimeria teníamos algo parecido —recordó Puck, maravillado—. Aunque nunca había visto un hidrófono mecánico tan grande. Este debe medir cinco metros.

—¿Pero y los numus? —Lola echó una ojeada, impaciente. Salvo por ellos, la escalinata monumental estaba vacía—. Gasté lo de la hipoteca en comprar munición y al final resulta que no voy a soltar ni un tiro.

De golpe, la música se detuvo y en su lugar se escuchó el traqueteo mecánico de unos engranes. La escalinata comenzó a vibrar y los edificios cercanos soltaron vapor por las chimeneas.

—Esto no me gusta —masculló Puck—. Busquemos un sitio más seguro.

—Pérate... ¡No puedo moverme! —exclamó la umbriana de México. Sus botas con casquillo de metal se habían adherido a un escalón.

Se oyó el clac de cientos de objetos. Eran las ametralladoras Browning, los fusiles de asalto AK47 y AR14, las pistolas 9 milímetros, las granadas de fragmentación, las bazucas y las municiones, pero también las hachas, alabardas, estaquetas y los machetes, el par de cofres de Moth y Puck, y hasta un par de dientes que Javi perdió. Todo lo que contenía metal quedó adherido a la escalinata.

—¡Un magneto gigante! —observó Moth—. ¡Qué ingenioso!

—Luego admiras a nuestros enemigos, ¡larguémonos! —señaló Puck.

—¡Pero las armas! —Javi intentaba, sin éxito, liberar su fusil.

La umbriana se quitó las botas para escapar. Fue cuando aparecieron los soldados numus en la parte alta de la escalinata y un guerrero Timur abajo. Todos iban armados con afiladas cuchillas de cristal de roca, obsidiana y materiales inmunes al magnetismo.

Umbrianos de España, México, Colombia, Argentina y Estados Unidos intercambiaron una mirada de terror. Al parecer no solo no estrenarían sus "poderosas armas de fuego de Dios Padre", sino que morirían degollados con simples cuchillas de pedernal.

En el bello Darmat las cosas seguían complicándose. Lina estaba aturdida por los gritos, el zumbido de su *peligrómetro* y los bramidos de los aberrantes. Lo único que se le ocurrió fue acercarse a Dragoslav y Dragomir, tal vez podría extender su protección a ellos... tal vez.

—¡Lina, aléjate! —escuchó a su padre—. Déjamelo a mí.

Un soldado del Concejo había tenido la misma idea. Atacó a un aberrante con una pica, pero cometió el error de acercarse demasiado a la bestia de las aberturas. La criatura lo apresó con un montón de resbalosas

lenguas y le inyectó ponzoña tan potente que cuando el umbrío cayó al suelo ya estaba muerto.

Lina no lo vio, había decidido proteger a los gemelos y en ese momento se elevaba unos metros encima de la plaza. El monstruo dual la detectó y lanzó un zarpazo con la mano llena de cuchillas de plata incrustadas entre las uñas. Lina movió la estaqueta hacia el frente. Pensó que tal vez, de alguna manera, podía usar al monstruo como punto de apoyo y saltar en otra dirección, pero no calculó que la piel muerta era demasiado pastosa. Su estaqueta Mundus se clavó en medio del pecho del aberrante, entró por el costillar y se quedó atascada en la carne reanimada. Al borde de un ataque de terror, Lina intentó liberar su arma y ocurrió algo extraño.

Realmente no lo pensó, puso la mano en uno de los rostros que lanzaba dentelladas y el mundo se oscureció.

—Tranquilos, ¡calma! —gritó Puck en las escalinatas de Helhem—. Lo importante es no perder la cabeza... en ningún sentido.

Los siameses habían conseguido retrasar el ataque gracias a que Moth encontró en un bolsillo una bomba de lluvia alquímica. Sobre la escalinata estalló lo que parecía una densa tormenta, que no mojaba pero tampoco dejaba ver.

—¿Cuál es el plan? —tosió Javi entre el estruendo.

—De momento, salir con vida —propuso Moth—. Recomiendo avanzar pecho tierra para encontrar algún resquicio y salir de aquí. Tenemos que volver al acceso de la gruta.

Escapar no parecía nada heroico, pero era mejor que morir con una daga de cristal de roca enterrada en el pecho.

—¿Y si buscamos cómo desactivar el magneto? —propuso Puck.

—Genial. El plan es todo tuyo, te acompaño —respondió su hermano.

—¿De verdad te gusta la idea? —confirmó Puck.

—¡Por el peinado de Bela Lugosi! ¡Claro que no! Estamos sin armas, rodeados, y te recuerdo que la lluvia alquímica dura tres minutos.

Mientras tanto. Los umbrianos subían y bajaban de un lado a otro, tropezando con las capas y las largas colas de las levitas, tal como fueron advertidos. Cuando todo parecía perdido, resonaron fuertes rugidos, voces y gritos en una lengua extraña.

La tormenta se disolvió y en Helhem se hicieron visibles unas portentosas siluetas. Eran Calibán, su amada Grumma y un escuadrón de umbros albinos y pardos. Todos portaban armas de roca y cuchillas de cristal. Al ver que el batallón de umbríos y tibios estaba desarmado, les

lanzaron hachas de granito, garrotes con espinas y dagas de hueso de sanajh. Javi, Lola y los demás las tomaron a toda prisa.

El espectáculo resultó colosal. Enormes criaturas de las profundidades del segundo reino luchando en Helhem. Umbros, umbríos y umbrianos, todos unidos como una sola tribu en una batalla (ni siquiera medieval, tal vez neolítica). No se había visto una lucha entre varias razas subterráneas en siglos. Fue una de las liberaciones más gloriosas.

Lina intentó no caer en pánico. Pero... ¿y si la bestia la había mordido? ¿Por qué todo era tan oscuro? Entonces se percató de que su consciencia no estaba en la plaza de Darmat. Frente a ella apareció un páramo árido y lleno de puertas enterradas. Lo reconoció: se trataba del reino de Alatu, donde los muertos se van y donde esperan. De entre las colinas neblinosas destellaron dos puertas llamándola. Se desplazó hacia ellas. La primera parecía una salida de emergencia y comunicaba con una sala de espera de un aeropuerto. Entre las filas de sillas vacías había un hombre solitario, con el típico traje de negocios, miraba el reloj y hacia un gran ventanal que daba a la oscuridad total.

—Al fin alguien. ¡Ya era hora! —el hombre, presuroso, se acercó a Lina —. ¿Sabes cuándo sale mi vuelo? Tengo una junta a las cinco. Aquí nadie me informa y este dolor de espalda me está matando.

Lina no dijo nada, solo avanzó hacia la salida y sintió que el hombre la seguía, desesperado. De pronto se vio frente a otra puerta que conducía a un ascensor; dentro, varias personas impacientes miraban la pantalla que indicaba los niveles; no se habían dado cuenta de que estaban muertas. Entre ellas, una mujer sostenía su bolso con fuerza. De alguna manera Lina supo que estaba nerviosa, debía recoger a sus hijos, que esperaban solos en casa.

—¿De dónde saliste? —la mujer parpadeó confundida y miró a Lina—. ¿Sabes cómo salir? Presioné el botón de emergencia pero nadie responde.

Lina abrió los ojos. Había vuelto a la plaza de Darmat, se encontraba a los pies del aberrante dual. Pero el monstruo ya no la atacó, de hecho su expresión había cambiado y se miraba a sí mismo, con horror creciente. Con angustia se palpó los rostros, cortándose. Observó sus dedos con dagas implantadas, su piel muerta y curtida llena de remiendos y tumoraciones. Se giró, intentando adivinar qué sitio era aquel. Las dos bocas intentaron hablar, pero sus lenguas estaban cercenadas. La mujer gritó, el hombre lloró. Fue cuando se dieron cuenta de que estaban unidos y con angustia intentaron separarse, entre chillidos. La criatura se golpeó

a sí misma, se desgarró, se atacó hasta desmontarse y romper los remaches, las costuras, los huesos y refuerzos. Gritó hasta que pudo abrirse y de su interior brotó una perla negra, que al romperse liberó un denso vapor violeta. Solo hasta entonces la bestia se detuvo inerte, destrozada.

Dragomir y Dragoslav ni siquiera se habían movido de su sitio, parecían hechizados con el macabro espectáculo.

—Salgan de aquí, ¡rápido! —ordenó Lina—. Yo me encargo.

Se alistó para repetir el procedimiento con el aberrante de las lenguas con ponzoña y con el que parecía ciempiés.

En ese momento todo encajó y tuvo sentido: su escudo protector que impedía que recibiera daños, el entrenamiento y la única táctica que le salía bien: la de invasión de campo, el hallazgo de la estaqueta Mundus.

Lina se desplazó con rapidez sobre los soldados hasta aterrizar a espaldas de las bestias. Bastaba un par de toques en esa piel áspera y revivida para ir a las puertas de entremundos y buscar las almas que habitaban esos cuerpos. Lo que para ella parecían minutos, en la vida real era un parpadeo. Ya lo había hecho antes, con aquel pobre redi para abrir el puente necromántico; luego con Hans, que era un simple redivivo con cuerpo casi entero. Pero en estos casos, cada aberrante era una suma de criaturas y al devolverles la consciencia perdían la coordinación y se atacaban, aterradas, hasta destruirse.

Cuando Lina desactivó al último monstruo, todos en la plaza parecían impresionados, hasta los soldados depositantes que habían presenciado el prodigio: ¿quién era ese pequeño soldado con un yelmo en la cabeza? ¿Cómo hacía lo que hacía? Para los del Concejo solo había una respuesta: Lina lo había vuelto a hacer. La joven dio unos pasos y se desplomó exhausta.

Capítulo XXIV
LA CAZAABERRANTES

Hija, ¡lo que hiciste fue extraordinario! —Ben se dirigió a los demás, irradiaba orgullo—. ¿Se dan cuenta de lo que significa esto?

Todos estaban igual de impactados. El batallón cruzaba de regreso por la gruta. Luego del prodigio de Lina, la reconquista de Darmat fue rápida. Una Timuria huyó, apresaron a la otra y un batallón de cierre se estaba encargando de poner orden.

—Tanto tiempo buscando cómo destruir a los aberrantes —recordó Vámbéry—. ¡Y la solución eras tú, Lina!

—Fue impresionante cómo saltaste de uno a otro para desactivarlos —reconoció Chestibor.

—Por cierto, gracias por salvarnos —agregó Dragomir, todavía emocionado.

—Te dije que nos servirías mucho en batalla —Ludmila casi sonrió.

Lina nunca sabía qué hacer con los halagos y ahora solo necesitaba descansar. La sed le quemaba la garganta y un intenso dolor de cabeza la golpeaba en oleadas, hasta veía destellos. Aunque lo peor era la culpa. Le parecía cruel volver a unir el alma con el cuerpo de esas criaturas. Tenía que ser espantoso morir de manera traumática para después recobrar la conciencia cosido a un montón de cadáveres reanimados, en medio de una guerra subterránea. Entendía que los pobres enloquecieran de pavor.

Cuando la Legión Alfa llegó al centro de operaciones en la cueva salina, Ariel ya sabía los detalles de lo que había hecho Lina en Darmat.

—¿Cómo te sientes, querida? —le señaló una silla—. Ven, toma aire.

—No aguanto la cabeza —Lina se quitó el yelmo y se masajeó las sienes.

—Claro. ¡No es cualquier cosa ir y venir del reino de los muertos! Espera, tengo por aquí un botiquín para tibios —Ariel hizo una seña—. Ray, por favor, busca un par de analgésicos y una botella de agua. Querida, escúchame, ¿estás lista para seguir?

—Claro que no... ¡Lina debe descansar! —se acercó Ben.

—Eso será luego, lo prometo —repuso Ariel—. ¿Recuerdan lo que dije sobre que todo se volvería más difícil? Me equivoqué. Nunca imaginé que llegarían dos milagros. ¡Estamos en racha!

Señaló la pizarra con el estatus de los batallones.

—Primero, los umbros se nos han unido, ¡pardos y pálidos! Participaron en la liberación de Helhem con Moth, Puck y los umbrianos. Les gustó tanto que quieren estar en más batallas. Pero lo que hizo Lina es el empujón que nos hacía falta, ¿ven eso?

Había otra pizarra más pequeña, con nombres.

—Es la lista de muertos y heridos —confirmó Ariel—. La mayoría es de unidades de cazaaberrantes. Pobres, se llevaron la peor parte y no han conseguido nada. Además tenemos un montón de nidos atascados. Pero si Lina repite lo que hizo en Darmat... todo se solucionaría —repitió la pregunta—. ¿Estás lista para seguir?

Esta vez Ben no dijo nada y todos miraron a la joven humana.

—Denme unos minutos y lo intentaré —repuso.

Claro, si es lo que tanto quería, ¡ayudar!

—Yo voy contigo —ofreció Ludmila.

—También yo, ya lo sabes —completó Ben.

De hecho, toda la Legión Alfa quería acompañarla, pero Ariel anunció que necesitaban dividirse de nuevo para cubrir más misiones.

—Si aprovechamos esta racha de suerte, el Día de la Liberación puede terminar antes de lo calculado —le pasó los analgésicos a Lina—. Querida, tómalos en el camino. Disculpa, pero ¡se acabó tu descanso!

Las llamaron “incursiones de limpieza”. Lina, su padre, Ludmila y un selecto grupo de soldados del Concejo entraban lo más rápido posible a un nido azotado por abominaciones necrománticas; ponían a Lina en posición para que hiciera su famosa táctica de invasión de campo y saltara directo a los aberrantes. Bastaban unos pocos segundos, un toque en la carne muerta y podía rastrear en entremundos las almas atadas a la

aberración (llegó a encontrar un monstruo que contenía dieciséis trozos de distintos cuerpos).

En algún momento Lina tuvo la esperanza de volver a ver a Marcia, su madre, pero, al no tener su cuerpo redi (y martirizado) a la mano, era cuestión de azar, ¡y había miles de puertas! Visitó algunas de autos, de casas, de despachos. Encontró un acceso que conducía a un avión con espíritus atrapados en el vuelo 338 de Nova Pacific rumbo a Australia (o eso creían ellos). Visitó lo que parecía un aula escolar en Hunhukwe; una aldea de Botsuana; un hospital de enfermedades mentales a las afueras de Guatemala; un barco pesquero de Alaska rumbo a las islas Aleutianas, donde un pobre pescador llamado Salomón lloraba asustado porque nunca amanecía. A veces los espíritus llegaban a espacios comunales semejantes a una sala de inmigración o a la fila de un banco. Cualquier sitio donde hubiera turnos parecía servir para confundirlos.

Algunos nidos eran rápidos de "limpiar" como Karkaff. Sí, había muchos monstruos, pero ya estaban muy destrozados cuando llegaba Lina. Érebus resultó más complicado con los aberrantes dobles seccionados. Y en un curioso nido con trazo de hormiguero llamado Dauratus, donde se extraía el oro rojo, Lina se enfrentó a quince monstruos.

Pero ya fuera una simple cabeza reanimada o una bestia semejante a la diosa Kali con diez brazos, el resultado era siempre el mismo: los aberrantes colapsaban, aterrados, al recuperar la consciencia en una situación infernal. Eso era lo más espeluznante del proceso, cuando enloquecían, lloraban, intentaban huir, pedir ayuda y se atacaban a sí mismos. Al menos al final descansaban (tal vez). Ese era el consuelo de Lina.

Varias veces Lina se desmayó, de cansancio y conmoción cuando terminaba una limpieza. Ben la sacaba del nido al paso subterráneo y le ponía las manos en la frente, eso le ayudaba a calmar la migraña. En uno de esos momentos, Lina escuchó una conversación.

—Eres un padre increíble —murmuró Ludmila.

—Oh, no. Soy un desastre —rio Ben por lo bajo—. Dices eso porque no me conoces.

—Ya he visto lo suficiente de ti. Al principio solo noté que eras muy guapo, pero ahora, luego de estas semanas... —Ludmila soltó algo sin pensar—: Creo que te amo —hubo un pequeño silencio y agregó abochornada—: Disculpa, yo... no debí decir eso.

—Está bien, Mila —repuso Ben—. No te disculpes por algo que es mutuo.

—¿Lo es? —preguntó, nerviosa.

—Creo que sabes la respuesta. Seguro ya la has calculado al milímetro

con mis gestos y palpitaciones.

En el suelo de la gruta, Lina oía semejante diálogo y no podía creerlo. Como si el día no fuera lo suficientemente tenso y espantoso. Ella hacía el trabajo más horripilante del mundo (y posiblemente de los cuatro reinos), mientras esos dos se entregaban al tonto coqueteo. ¡Era inaudito! Intentó ser madura, pero había un límite.

Mientras tanto, en el nido sagrado de Anub, en el gran palacio del Concejo, los Once Sabios habían seguido, en efecto, cada paso del Día de la Liberación. Odo, el coordinador de audiencias, junto con los escribanos, corría de un lado a otro para replicar la mesa con los mapas, banderines y las pizarras de batallones que se iban actualizando gracias a los murciélagos postales. Contaban además con la presencia de las directoras del Pequeño Concejo: Imogene y Lavinia, ambas tenían un aspecto tenso y despeinado.

En general, era un engorro trabajar con los sabios más sabios del inframundo. Nunca se sabía si estaban meditando una respuesta o si simplemente estaban durmiendo. A veces se ponían a farfullar en su mezcla de idiomas y era fácil que se perdieran entre una docena de temas. Comenzaban hablando del triángulo del dragón y de ahí se iban a trigonometría, colorimetría, a alguna receta de fideos de morcilla.

Unos mensajes terminaron por sacudir a los umbríos de la gran cámara. Primero llegó la noticia de que Lina Pozafría resultó ser el arma secreta para desactivar a los aberrantes.

—Ha limpiado más de once nidos —Imogene leyó el comunicado—. ¡Y sigue con otros! Disculpen mi emoción; esa sanguaza es extraordinaria, y además es mi nieta...

—A ver si no aparece su amorcito Cerberus, se acaba la racha y perdemos todo —comentó Lavinia.

—Siempre tan optimista, querida —suspiró Imo—. Además, nadie la puede reconocer, va cubierta. Y si aparecen los Bromio, yo misma voy por ella y la traigo aquí. Como sea, es una gran noticia. ¿Venerables sabios? ¿Escucharon?

—Oh, sí... claro, enterados, lo sabemos todo —dijo el sabio pequeñito con la dentadura floja—. Es una noticia... agradable.

—Claro, su entusiasmo es desbordante —señaló Lavinia.

Odo, el asistente, siempre se ofendía cuando alguien se dirigía así a los sabios.

—Es buena noticia, pero hemos recibido otra aún mejor —la vieja

sabia mostró un documento—. Al parecer se ha localizado lo que tanto hemos buscado. Al fin, ya era hora.

Hubo un instante de pasmo.

—Hablan de... ¿Nuevo Estigius? —Imogene se acercó.

—No puede ser —dudó Lavinia—. ¿Por qué dicen eso? ¿Dónde está?

—Ahí vienen las respuestas —la sabia señaló el camino que se abría entre los millones de objetos amontonados de la galería.

Entraba a toda prisa la enorme Corydia, seguida por otras hermanas esiartis: Céfiro, la de suave voz y gran bigote, y Thyrsis, con su cabello naranja cuajado de cascabeles. Entre las tres llevaban un montón de mapas y documentos enrollados.

—Adelante, muéstrenos —la sabia las invitó a subir a la plataforma, aunque, con un cuerpo compartido por once sabios, apenas había espacio. Aun así, todas subieron a ver lo que llevaban las esiartis.

—¡Al final todo coincide! —decía la de los cascabeles.

—Thyrsis, tranquila, permíteme explicarlo —pidió Corydia—. Primero que nada, quiero advertirles que la noticia hay que tomarla con cuidado —abrió un mapa con sus uñas pintadas de azul y dedos cuajados de anillos —. Comenzó hace una hora, cuando se activaron los detectores tibios que llevaban los cadáveres robados.

—Se llaman transmisores —anotó Céfiro.

—El caso es que apareció una coordenada exacta —continuó la madre de la cofradía—. La señal sale, en efecto, de la región de Ródano, Francia.

—Se llama Saint-Médard —agregó Thyrsis y mostró varias ilustraciones.

—Es una ciudad modesta y antigua —retomó Corydia—. Vivió del carbón por siglos hasta que se agotó, dejando una inmensa red de pasajes subterráneos. Gran parte de estos está inundada, pero, gracias al oráculo, y aquí está lo interesante, pudimos detectar en uno de los huecos grandes algo extraño.

—Hay una construcción masiva, como un castillo inmenso —aseguró Céfiro y le tembló su hermosa voz—. También lo vieron las sibilas.

—¿Nuevo Estigius? —Imogene estaba atónita—. Pero ¿cómo hicieron un castillo tan rápido?

—Con magia negra, ¿de qué otra manera? —señaló Lavinia—. Apuesto que ahí se esconde Luna Negra y su infame hijo.

—Suena sorprendente, pero en el fondo tiene sentido —repuso la vieja sabia—. Al esconderse en el Mundo Tibio, los Bromio se ocultan mejor de los oráculos del Mundo Umbrío.

—Y además están los puntos de llamado —agregó el sabio pequeñito.

—¿Puntos de qué? —repitió tía Sangre.

Los Once Sabios intercambiaron algunos balbuceos, como decidiendo

si debían compartir la información.

—Los extremos se tocan —reveló la sabia, al fin—. Casi todos los puntos de llamado al primer reino están en el lado humano. Son sitios muy antiguos, de la época de los viejos dioses, y están cerrados. Pero si los Bromio quieren obtener el poder del elemental al que está atado Abismo, necesitan estar cerca de uno de estos puntos para activar el arma.

Imogene suspiró, al fin daban información importante.

—Podemos mandar a algunos soldados a revisar las minas —propuso Imo—. Además, si el sitio está bajo un pueblo humano, puedo tramitar apoyo del Concejo Tibio...

—Calma, Imogene Pozafría, modera tus ímpetus —espetó la sabia—. Que no estás dando órdenes en un banquete familiar.

—¡Lo sabemos todo! —completó el sabio pequeñito y el resto de los sabios rio—. Ya tenemos una brigada especial para ese trabajo.

—Debe hacerse con mucho cuidado —recordó Corydia.

—¿Qué brigada? —quiso saber Lavinia.

—Lo sabrán a su tiempo —zanjó la sabia y señaló el mapa con un arrugado dedo—. Lo que importa es que si de verdad está ahí el escondite de los Bromio, la guerra habrá terminado, no solo por hoy, sino para siempre.

Tal como lo mencionó Ariel, gracias a Lina y a sus "incursiones de limpieza" la racha de suerte aceleró todo. Para cuando inició la sexta hora del Día de la Liberación se habían reconquistado veintinueve nidos y el número seguía creciendo. Desde el más humilde de los mensajeros hasta el más rudo de los soldados del Concejo tenía la misma sensación: la victoria estaba cerca, casi podía tocarse.

En un pequeño descanso Lina volvió a la caverna Paso Mortal. Las brigadas, unidades y batallones la recibieron con gritos exaltados y aplausos.

—¡Den paso a Lina, la Mataaberrantes! —gritó alguien.

Era su prima Alessa. Lina la reconoció entre la multitud, junto a Hans y los Pútridos. También estaban sus tíos Moth y Puck, con algunos umbrianos ¿usaban colmillos falsos? Osric se abrió paso entre empujones para abrazar a Lina, sollozando de emoción. Lina se sentía tan aturdida y débil que solo atinó a murmurar borrosos agradecimientos.

—Gracias por su entusiasmo, pero Lina tiene cosas que hacer —Vámbéry la pescó de entre la multitud.

—Y todos ustedes vuelvan a sus tareas —recomendó Ben—. Esto no ha

terminado.

La Legión Alfa escoltó a Lina hasta el centro de control. La recibió Ariel.

El umbrío estaba de muy buen humor y tenía excelentes noticias: el Gran Concejo había recuperado el control de la mayor parte de los once distritos, incluyendo el triángulo del dragón.

Mientras todos se ponían al tanto, Lina aprovechó para sentarse en un rincón.

—Ahora entiendo todas las cosas fabulosas que dicen de la célebre Lina Pozafría —Ray le pasó una botella de agua y más analgésicos—. Eres extraordinaria, tu talento es alucinante. Esto es gracias a ti.

Ray señaló la mesa, un bosque de banderitas verdes sobre los mapas

—Y gracias a ti también —aseguró Lina, con voz rasposa por el agotamiento—. Y a Ariel, a las brigadas, unidades y batallones, a los mensajeros y a los que se sacrificaron. Tengo suerte de hacer lo que hago, pero solo soy una parte.

—¡Y además modesta! —Ray suspiró, emocionado y lloroso al estilo Osric.

Lina observó las señalizaciones rojas, quedaba una docena.

—¿Cuándo vamos a liberar Ubus? —preguntó en voz alta.

—Todo lo tengo planeado, no te preocupes —se acercó Ariel—. Todavía necesito que nos apoyes con otra ronda de limpieza. Te prometo que es la última, creo.

—¿Otra ronda? ¡No, ya no! —intervino Ben—. Es demasiado peligroso. Si quedan tan pocos nidos, seguro que en uno de ellos está el escondite de Luna Negra y Cerberus.

—Oh, no. Nuevo Estigius se encuentra en el Mundo Tibio —repuso Ariel.

La noticia causó conmoción en el centro de mando. Todos los talismanes pidieron detalles. Entonces Ariel y Ray les hablaron sobre el mensaje que recibieron de los sabios, sobre el asunto de los transmisores, oráculos y las minas abandonadas con un castillo oculto.

—¿Pero están seguros? —preguntó Vámbéry, abrumado—. Es que no sé. Todo es muy raro. ¿Y por qué Luna Negra y Cerberus no entraron a la guerra? Ni siquiera ahora, cuando les estamos dando una paliza a sus ejércitos.

—Tal vez sea justo por la paliza —meditó Ariel—. Posiblemente la estrategia es esconderse. Todos saben que si mueren los últimos Bromio acaba la profecía del dominio de los reinos.

—Todos tenemos dudas —reconoció Ray—. Por eso una brigada hará un viaje exploratorio a la ciudad de Saint-Médard, así se llama el sitio de las minas.

—¡No nos han dicho nada! —respingó Chestibor.

—No van a ir ustedes. Se trata de una brigada secreta que tenían preparada los Once Sabios —Ariel comenzó a alistar planos y documentos —. Tal vez sea un grupo de esiartis, Corydia y otras hermanas. Como sea, nosotros tenemos que seguir —les pasó más expedientes—. Es el esfuerzo final... o casi. ¿Lina?

La muchacha asintió.

—Llevaré agua extra y fruta —prometió Ben—. Necesitas reponer energías.

—Gracias, aunque esta vez preferiría ir con Vámbéry —pidió Lina.

—¿Qué? —Benvolio, parecía desconcertado. No sabía qué decir—. Pero... hijita...

Hubo un momento de incomodidad que Ariel se apresuró a romper.

—Hay trabajo para todos —intercambió los expedientes de los nidos —. Arminius es de los mejores guerreros, cuidará muy bien de Lina.

Ben seguía confundido. Sin embargo, Ludmila, que era tan lista, sí captó el motivo.

—Lina, de eso que oíste, quiero aclararte algo —intentó alcanzarla.

—Ahora no. Hay una guerra que terminar —Lina se abrió paso y siguió a Vámbéry y a los gemelos.

Eso era cierto, necesitaba concentración y le daba una inmensa tranquilidad no tener a ese par de tortolitos haciendo el ridículo por ahí. La "limpieza" debía terminar y el modo zen también.

Imogene no lo podía creer. En su larga y centenaria vida había visto cosas extrañas y disparatadas. Pero aquello iba directo a los primeros lugares de su lista.

—¿Ustedes son la brigada que va a ir a Saint-Médard? —volvió a preguntar a los Once Sabios—. Si saben que... bueno, están... así.

Señaló su cuerpo en común, una gigantesca masa de carne con once umbríos fusionados. En ese momento Odo, junto con varios médicos chupasangres, desnudaba a los ancianos.

—Están locos, siempre lo dije —murmuró Lavinia.

—Pero no vamos a ir todos —reconoció la sabia—. Ya lo hablamos entre nosotros, solo iremos dos.

Los médicos rebuscaron en sus maletines y sacaron unas pinzas metálicas. Luego se acercaron a estudiar los extensos pliegues de piel cubiertos de arrugas y manchas.

—¡Somos sabios entre los sabios! —dijo el pequeñito—. Líderes del

Gran Concejo, es injusto que no participemos activamente en la guerra más importante de los últimos siglos. ¡Ay... con cuidado!

El regaño era para un médico que intentaba sacar de entre el montón de pellejo algo que parecía una mano enterrada. ¿O era un pie?

—Pero no es necesario que se molesten —repuso Imo, con tacto—. Contamos con soldados muy bien preparados.

—¿Y crees que nosotros no lo estamos? —exclamó la sabia—. Fui espía en diez guerras de Persia. Sé hablar francés moderno, medieval y provenzal. Domino cien artes marciales y mil artes culinarias.

—Además nos hará bien tomar un poco de aire fresco —siguió el pequeñito—. Y solo será una expedición de reconocimiento.

—Entonces... ¿no es que vayan a luchar? —preguntó Imo con alivio.

—No directamente —reconoció la sabia—. Si damos con algo interesante volvemos con guerreros y batallones. ¡Creo que ese es mi hombro! A ver, jalen.

Los médicos intentaron mover una articulación y salió una rodilla, por desgracia nadie de los viejos la reconoció. Odo, comedido, se acercó a untar un espeso aceite para ver si con eso aflojaba el amasijo de cuerpos de sabios.

—Como sea, la decisión ya está tomada y ya está firmado el edicto —finalizó la anciana—. ¿Van a seguir mirándonos? ¡Dense prisa, que nos urge salir!

Uno de los médicos, sudoroso, abrió otro estuche que contenía escalpelos y varillas cauterizantes. Era la opción dolorosa pero rápida.

Lina apenas podía ponerse en pie, esa "incursión de limpieza" estaba resultando atroz. Entre los nidos que visitó, volvió a pisar el devastado Plumberium, la ciudad de plomo que conoció en un trasbordo, donde por primera vez vio a un terrorífico aberrante. Luego, Vámbéry la llevo a Irij, un precioso nido reconocido por sus antiguas escuelas y universidades. Tenía una biblioteca fenomenal con millones de ejemplares. La visita hubiera sido perfecta si no fuera por la docena de aberrantes que había que neutralizar. Una de las bestias prácticamente se despedazó frente a Lina. La joven terminó empapada en pus, miasmas y trozos de cadáver.

—De verdad, ya no puedo más —suspiró Lina, débil.

—Aguanta. Solo queda un nido —Vámbéry estudió los documentos—. Cuando salgamos del distrito seis podremos tomar un buen descanso.

—¿Volvemos al distrito de los nigromantes? —a Lina se le encogió el estómago.

—Sí, pero según el reporte solo hay dos monstruos —Arminius intentó tranquilizarla—. Si lo haces rápido, será cosa de minutos y el batallón de cierre se encargará del resto de la liberación.

Lina tomó un puñado de analgésicos y se miró las manos temblorosas. Asintió, ¿qué más podía hacer?

—Eres muy valiente —reconoció Dragoslav y le quitó un ojo de cadáver que llevaba en el hombro.

Lina, custodiada por Vámbéry, los gemelos y un pequeño grupo de soldados del Concejo llegaron al remoto Xux. De inmediato tuvo una sensación familiar, era muy parecido al nido maldito de Balbá. Varias pilastras sobresalían de entre desfiladeros y se unían a través de puentes. Las antorchas daban una visión aún más espectral a las callejuelas sombrías. Para colmo, las construcciones rotas y los escombros eran señal de que acababa de tener lugar una intensa batalla.

—No se ven soldados ni pobladores —observó Dragomir.

—Eso es normal, casi todos huyen cuando detectan aberrantes —Arminius anotó.

La misión era peligrosa pero simple: dar con los monstruos. Por lo general, solo había que seguir el rastro de gritos infrahumanos; y eso hicieron. Fue relativamente rápido, cruzaron un par de pilastras hasta que oyeron el típico bramido de los aberrantes.

—Viene de ahí —Vámbéry señaló un amasijo de escombros cerca del borde.

Lina se asomó y los vio. Se había derrumbado el soporte de un puente y entre los cables estaba enredada lo que parecía una pareja de deidades primitivas, con la cabeza alargada y la piel cubierta de costurones. Estaban unidas por un trozo de carne pálida que asemejaba un cordón umbilical, ¿quién diseñaba esas cosas espantosas? Era justo lo que los frenaba. Un monstruo hacía el esfuerzo por trepar y lo estaba consiguiendo.

—¿Qué hago? ¿Voy por ellos? —preguntó Lina.

Vámbéry se acercó y sacó su estaqueta de filo. Con un solo toque rompió los cables y el trozo de puente se perdió en la negrura del fondo, junto con los aberrantes. Lina sintió alivio inmediato.

—Parece que te ahorraste este trabajo —Dragomir le dio un suave codazo.

Pero ocurrió lo que solía pasar cuando un nido quedaba "limpio". Salieron los soldados de sus escondites para seguir con la batalla. De una torre cercana se descolgaron guerreros numus atados con cuerdas.

—Podemos luchar mientras llega el batallón de cierre —propuso Vámbéry.

Los gemelos nunca rechazaban una buena pelea, pero pronto el grupo notó que había algo raro. Con la pelea de por medio, los numus los fueron

empujando hasta una explanada llena de templos. En la construcción más grande había dos guerreros vestidos con túnicas negras y caretas de calavera. El aire se comenzó a calentar de manera extraña.

—Al suelo, ¡todos! —gritó Vámbéry.

Un resplandor azul recorrió la explanada. Un soldado del Concejo tardó en reaccionar y quedó con medio cuerpo carbonizado. Al fondo, un templo se prendió en llamas azules; eran tan intensas que la piedra comenzó a derretirse.

—¿Qué fue eso? —gimió Dragomir.

—Un arma necromántica, seguro —dedujo Dragoslav—. Son Tarios.

—No visten uniformes de hechiceros —Vámbéry observó a los guerreros con las máscaras de calavera, llevaban estaquetas Clontarf—. Nunca había visto a ese tipo de depositantes.

—¿Y si son de la comitiva de Cerberus? —preguntó Lina, con la boca seca—. ¿Y si está aquí?

Solo de mencionarlo sintió que se quedaba sin aire. Todos sabían que Cerberus tenía un vórtice de guerra con el que desencadenaba caos y destrucción. Ese par podía ser parte de su escolta personal.

—Dragomir, busca un escondite para Lina —ordenó Vámbéry de inmediato—. Lina, ocúltate bien. Iremos a buscarte cuando acabemos con los depositantes y comprobemos que todo está despejado.

A toda prisa, Dragomir llevó a Lina por un costado de la explanada y cruzaron varios templos en ruinas hasta que dieron con unas escaleras que se perdían bajo las baldosas.

—Ve a ayudar a los demás. Esperaré aquí abajo —señaló Lina—. Voy a estar bien, no te preocupes.

Dragomir parecía preocupado, pero aceptó. Cuando Lina bajó, seguía oyendo los gritos y el choque de las estaquetas. Finalmente llegó a un sótano, debía estar bajo la explanada de los templos. Salvo por algunas lámparas de aceite que colgaban de las columnas de soporte, el sitio permanecía en penumbra. Cuando se acostumbró a la oscuridad consiguió ver un pasillo flanqueado por estatuas: era guerreros yasmas esculpidos en piedra gris, todos excepto uno que vestía una túnica negra y llevaba una máscara de calavera.

Lina sintió cómo las entrañas se le congelaron. ¡Un depositante! Empuñó la estaqueta Mundus. El guerrero necromántico también la había visto. Sacó de entre la túnica otra estaqueta y golpeó el suelo. Una onda expansiva recorrió el sótano, los muros de soporte se agrietaron y una columna cercana a Lina se vino abajo.

Eso confirmó que el depositante contaba con una estaqueta Clontarf, posiblemente de fuerza. Lina se preguntó si sería el primer enemigo que tendría que matar. “Solo si es la única opción”, recordó. Tomó aire, se

estaba mentalizando.

Por segundos, los dos se miraron, como estudiándose. Curiosamente Lina se sentía más vulnerable frente a un guerrero que frente a un monstruo aberrante de tres cabezas y garras con cuchillas. A las bestias ya sabía desactivarlas.

Lina dio un paso hacia la salida, el depositante dio otro golpe leve con la estaqueta y cientos de grietas corrieron por el techo. Un toque más y se vendría abajo. Lina contempló la salida, estaba a unos diez metros. Aunque el techo era bajo, no sabía si podría maniobrar bien a Mundus. Entonces tuvo una idea temeraria: cuando el enemigo se preparaba para volver a dar un nuevo golpe, Lina se impulsó con la estaqueta y avanzó en dirección opuesta a la salida, hacia al nigromante; el plan era tomarlo por sorpresa para desarmarlo.

El depositante consiguió evadirla, pero Lina lo pescó de un brazo y terminaron en el suelo forcejeando entre gruñidos y gritos. Lina se dio cuenta de que su oponente no era tan buen guerrero, o al menos no aplicaba técnicas de lucha de contrarios. La joven tanteó su bota y consiguió tomar su daga. Rodaron en un apretado abrazo que pronto sería mortal, cuando un olor atravesó las rendijas del yelmo. Era un aroma familiar que al instante alteró su sentido de la realidad.

Era un olor a almizcle, a una deliciosa resina aromática. Solo había una piel capaz de emanar ese perfume natural. Lina dejó de luchar, se quedó sin aire. El corazón le latía tan fuerte que pensó que le iba a romper una costilla. Extendió el brazo y le arrancó la careta de calavera al enemigo.

Pero no podía ser, era imposible. Rápidamente Lina se quitó el yelmo para que él pudiera verla.

Estaba frente a Gismundus Tarmelán... su Gis.

Capítulo XXV
LA HISTORIA DE GIS

—¿Estoy muerto? —preguntó Gis, asustado—. ¿Eres mi alucinación de moribundo?

—¿Y tú eres la mía? —Lina estaba maravillada.

Se tocaron, como para comprobar que no era un espejismo, y volvió a suceder, como en la Pensión Somnus. Sus labios necesitaban reconocerse, probar su sabor. Se besaron con un hambre que llevaba meses hibernando dentro de ellos.

Luego vinieron los reclamos.

—Pero, Gis, por Dios, ¿qué haces luchando con los depositantes? —exclamó Lina, tenía tanto que decir—. Te estuve esperando en el Mercado del Colmillo. ¡Y Alessa dijo que habías muerto en Ubus! ¡Que Felia Torreflaca vio cuando te atacó un aberrante! —Lina lloró; al fin tanta angustia contenida encontraba una salida—. ¿Por qué no me buscaste en la pensión? ¡Ni un mensaje! ¡No tienes idea de lo que he sufrido sin saber nada de ti! Por Dios, Gis, ¿qué haces vestido como un mago oscuro? ¿Traes una insignia de escarabajo carroñero? ¡Cómo te atreves!

Gis solo reía, feliz, eufórico. Quería volver a besarla una y otra vez.

—¡Te estoy hablando! —insistió la joven, aunque aceptó un beso—. ¡No vuelvas a hacer eso! No desaparezcas.

—¿Ya terminaste? —Gis la tomó de la mano y señaló su extraña túnica —. ¿Crees que visto así por gusto? No sabes lo que he hecho para sobrevivir, pero todo lo hice con la esperanza de volver a verte.

Lina aún no lo podía creer, Gis estaba tan absurdamente guapo como siempre, aunque más delgado, con ojeras y un corte de pelo espantoso, como cortado con un cuchillo (lo más probable).

El santuario subterráneo se cimbró. La batalla se había trasladado a esa

parte de la explanada y estaba encima de ellos. Cayó un montón de polvo y se desprendió un trozo del techo. Gis señaló una arcada lateral reforzada con gruesas vigas, ese rincón se veía seguro. Alcanzaron a llegar a tiempo, con un poco de polvo encima.

—Están liberando el nido, los del Concejo —explicó Lina—. No sé cuánto dure esta batalla, dicen que es imposible vencer a Cerberus.

—Cerberus no está aquí —dijo Gis de inmediato.

—¿Cómo sabes? —Lina sintió una punzada en el pecho.

—Porque vengo con ellos. ¡No pongas esa cara! Tengo tanto que contarte. Para empezar, no llegué al Mercado del Colmillo ese día porque Vania me denunció.

—¡Cómo odio a esa vampira chuparratas! —Lina casi escupe al recordarla—. Pero ¿de qué te acusó?

—De todo. Fue una serie de horribles casualidades. Leobardo mencionó que te habían visto en el Mercado del Colmillo y Vania ató los cabos. Supo que la estaba engañando para escaparme contigo. Luego Dorina, su nana, se enteró de que subía para ver a tu bisabuelo Basanio. En fin, todo se descubrió y terminó de una manera horrible.

Gis le contó a Lina sobre la inmolación de Basanio, sobre el incendio que destruyó los mapas del pasaje y sobre la muerte de Leobardo Villaseca, que terminó calcinado al querer robar los óbolos del Doctor Peste.

—Ese día fue muy intenso —suspiró el chico—. Terminé encadenado en el tranvía. Me habían golpeado e iban a entregarme a Tirso el Rojo, mientras que los monstruos modificados destruían las calles de Ubus... Luego los esclavos de Plumberium aprovecharon para iniciar la revuelta. ¡Pero a mí lo único que me importaba era que tu clan pudiera escapar de la ejecución!

—Lo conseguimos, ¡gracias a ti y a mi abuelo! —a Lina se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Estuviste en el templo necromántico?

—No alcancé a entrar, pero lo que dijo Felia es verdad. Vino la explosión, el templo colapsó y yo quedé afuera, encadenado dentro de un vagón. Unos esclavos hambrientos me confundieron con un tibio y estuvieron a punto de devorarme. ¡Pero Felia se equivocó en una cosa! Al final, quien se acercó al tranvía no era una abominación, era tu prima Larcia, mi querida Galleta. Ella me rescató y me llevó a Brandán, mi casa.

—¡El instante de suerte de los talismanes! —exclamó Lina maravillada —. Entonces estuviste bien.

—Bueno, bien... lo que se dice bien.... —suspiró el muchacho.

Hizo un resumen de esos días: la lucha por sobrevivir en las ruinas de su casa, el nido sitiado, la hambruna; el suicidio de sus tías las Secas, aunque la mayor sobrevivió y pudieron hacerse algo de compañía; la cardiaca visita al Mercado del Colmillo, donde descubrió que ya habían

desmontado el pasaje Fíbula; luego la desaparición de sus padres.

—Con la destrucción del hospital no supe si sobrevivieron —el sótano se cimbró. Cayó una de las estatuas de los guerreros yasmas. Después de un momento, el chico continuó—. Lo que me urgía era conseguir corium para volver a la Pensión Somnus y verte.

—El anillo del bisabuelo Basanio se perdió en el incendio —dedujo Lina.

—Exacto. Y fue imposible conseguir más corium. En fin, el nido fue un caos luego de la muerte de Tirso el Rojo.

—¿Supiste que Luna Negra lo eliminó? ¡Y a Winefrida!

—¡Todos hablaban de eso! Ojalá me hubiera tocado verlo —confesó Gis, sincero—. Ese clan robó toda la fortuna a mi familia y planeaban matarme.

—¡Espero que también hayan ejecutado a Vania! —se le escapó a Lina —. Perdón, pero no he conocido criatura más irritante que ella.

—¡Se salvó! Después la volví a ver. Ya llegaré a esa parte —sonrió Gis con amargura—. El asunto es que nombraron a Siward como nuevo intendente numu, y para pacificar al nido llamó a la "comida de la paz".

Gis le contó a Lina de la trampa montada por Siward, la matanza espantosa en la Plaza del Colmillo —el chico se estremeció al recordarla —. De las denuncias y castigos, Gis relató un poco más, aunque se ahorró detalles como las aceras llenas de sangre, los colgados en los cruces de las calles, los buzones de denuncia, el mercader con la estaca.

—Ay, Gis, ¡al menos estabas con tu tía! —suspiró Lina.

—Bueno... un día se ahorcó. Era su mayor anhelo. ¡Sé que suena espantoso!, pero a su manera descansó. Estaba harta de perderlo todo y no quiso quedarse conmigo.

Lina se llevó la mano al pecho. ¡Y ella que creía que había padecido en el entrenamiento con los otros talismanes! No se comparaba con el sufrimiento del pobre Gis.

—Después un vecino me denunció —siguió el muchacho—. En mis pesadillas me ponía a gritar y eso lo alertó. Unos soldados me apresaron y llegó lo más fuerte.

—¿Cómo que más fuerte? —Lina saltó— ¡Pero si lo que has dicho es espantoso!

—No, no... Lo que viví en el templo de las sibilas fue lo peor de todo. En las granjas de bolsas de alimento, así llaman los numus a los humanos... vi cosas terribles.

Hizo un resumen de lo principal, le contó de los tibios que no tenían derecho a nada, de las jaulas, del drenado, de las fichas y de los broches de clasificación: para alimento, para sacrificio en rituales de necromancia y para la construcción de aberrantes.

—Vi cómo separaban a las madres de sus hijos —a Gis se le rompió la voz—. Dicen que la sangre de lechón es la más dulce, a los pequeños los cuelgan de cabeza para...

Gis se echó a llorar, no pudo seguir con esa parte. Lina lo abrazó, también tenía los ojos arrasados.

Arriba, en la batalla de la explanada se había desatado un incendio; el techo comenzó a calentarse y se despegaron varios mosaicos.

—¿Crees que sea seguro estar aquí? —Lina miró alrededor, preocupada.

—No, ¡para nada!, pero debe ser peor si subimos.

Esperaron un poco, la ráfaga de calor cesó. Los dos muchachos se escondieron más al fondo, por si se derrumbaba el techo. Gis siguió con su recuento: en el templo de las sibilas se metió en un montón de problemas, hasta que, por suerte, se topó con Guntrodo.

—No lo podía creer, fue el mismo doctor que una vez contrataron para matarme —sonrió Gis—. Y gracias a él me trasladaron a los cuarteles del Teatro del Hueso, donde estaban haciendo pruebas para encontrar talismanes. Ahí fue donde volví a ver a Vania. Ya imaginarás lo que pasó: me gritó, me culpó de la muerte de sus padres. Después aseguró que me amaba... Según ella, el destino quería que estuviéramos juntos.

—¡Igual de loca que siempre! —Lina suspiró—. Ay, Gis, ¿qué hiciste?

—Nada. Lo bueno es que me habían aislado en una celda. Vania le dijo a los soldados que ella era la talismán más poderosa de Ubus y exigía estar conmigo, su esposo. Por suerte se la llevaron.

—Pero, si sus padres cayeron en desgracia, ¿cómo sobrevivió ese bicharraco?

—Creo que haciendo denuncias. Al final hasta a mí me denunció. Lo sé, ¡está loca! Me acusó de ser un espía, un traidor, de que ayudé a escapar a tu clan, en fin de todo... quería que Siward me ejecutara, pero mira, ¡sigo vivo!

—¡Otra vez el instante de suerte de talismán!

—En realidad fueron dos cosas: primero, Vania tiene fama de mentirosa, todos la conocen, dice una cosa, luego otra; segundo, Pytia, la vidente oscura de Luna Negra, aseguró que yo era un talismán verdadero... demasiado valioso para ser asesinado por un chisme. Ordenaron sacarme de Ubus.

—¿Y a Vania?

—A ella no. No la volví a ver, ¡y qué alivio! Supongo que anda por ahí causando desastres. Es su especialidad, no sé.

Lina miró de nuevo hacia el techo. Se habían abierto algunos agujeros. En cualquier momento podría desplomarse, debía seguir la batalla. Dragomir no había vuelto, esperaba que estuviera bien.

—Me trasladaron encadenado y con los ojos vendados hasta unos cuarteles —continuó Gis—. Reunieron a los talismanes que encontraron en los nidos conquistados. Ahí me devolvieron esto, ¿te acuerdas? La que encontré en Balbá —mostró su estaqueta Clontarf—. ¡Nadie más pudo manejarla! Me dijeron que iba a necesitarla en mi nuevo trabajo.

Lina no lo podía creer. ¡Los depositantes habían copiado el proyecto de la Legión Alfa!

—El entrenamiento fue muy duro —reconoció Gis—. Casi todos los talismanes murieron, otros se suicidaron. ¡Yo me salvé porque soy sombrío! Solo recibí entrenamiento básico y no participo en las luchas como los otros. Para los depositantes solo soy útil para hacer búsquedas. Gracias a mi vórtice los jefes pueden ubicar los tesoros. Por eso estoy aquí: Xux tiene la mayor reserva de oro del distrito seis. Los depositantes quieren sacarlo todo por si pierden el nido.

Lina sonrió.

—¿Qué? ¿Qué es lo divertido? —preguntó Gis.

—Que también tengo una Clontarf y un uniforme, ¿ves? —mostró Lina —. Estamos en una legión similar, ¡pero en bandos contrarios! A mí me entrenaron mi padre y Vámbéry, un talismán tibio.

—Seguro te tratan mejor que a mí. Yo me la paso fatal con mi jefe, Lafcadio, un guerrero depositante. Es quien dirige las peleas ahora. A veces nos visitan otras tutoras en los cuarteles, como Pytia y la otra maestra, no vas a creerlo... es Titania Labios Sangrantes.

—¿Qué? —respingó Lina.

—Al principio no la reconocí porque siempre trae un sombrero con un velo, tiene algo en la cara, pero no se ve bien. Eso sí, va tan arreglada como siempre: ahora usa collares de oro con dijes de escarabajos y calaveras. Dicen que es la jefa de la casta de los Tarios.

—¡Eso son los magos oscuros! ¿Es la líder de los nigromantes?

—Supongo. Casi todos los soldados numus le tienen miedo, creen que puede hechizarlos con una mirada o envenenarlos con un toque. Escuché que es muy cercana a Cerberus.

—Y... ¿te reconoció?

—Sí, ¡y fue escalofriante! Titania me saludó con gusto, como si nada hubiera pasado. Sigue siendo dulce y amable, pero ya sabemos que está loca y que es peligrosa. Lo bueno es que la he visto poco. Ella no va a las batallas, ningún jefe de casta lo hace. Y es mejor, así puedo explorar por mi cuenta. Mi plan de hoy era buscar un trocito de corium para hacer otra brújula onírica y verte, ¡pero al final te encontré en persona!

La volvió a besar, era inevitable.

—Ha sido un milagro —reconoció Lina.

—¡No he dejado de hablar!, discúlpame. Ya que estás en el ejército,

supongo que el Gran Concejo aceptó trabajar con tu clan, ¿no es así? Pero espera, antes dime cómo están Moth y Puck. ¿Osric sigue llorando por todo? ¿Y tu padre? ¿Y tu abuela? ¿Dónde vives?

—¡Son muchas preguntas! —Lina rio—. Están bien. Los verás cuando salgamos de aquí.

Gis puso una expresión rara.

—¡Pensé que lo habías entendido! ¿Por qué crees que no he dejado de hablar? No sé cuándo nos volveremos a ver.

—Gis, ¿qué dices? Si vas a venir conmigo. Cuando acabe la batalla saldremos, ya verás. Para movernos entre los nidos usamos algo parecido al Pasillo Basanio pero a lo bestia.

—No, no puedo seguirte —Gis parecía desesperado—. Cuando me aceptaron como talismán me hicieron un oribo, es como un primordial. Lo hacen con una muela, cabello y magia negra. Lafcadio sabe dónde estoy todo el tiempo. Si me voy contigo me van a rastrear, y lo que es peor, ¡podrían encontrarte a ti y a tu familia!

—¡Pero, Gis! —Lina se puso pálida—. No puedo dejarte aquí. ¡Después de todo lo que has pasado!

—¿Crees que yo quiero separarme de ti? —la tomó de las manos—. Al menos sabemos que los dos estamos bien. Solo hay que mantenernos con vida hasta que termine la guerra.

—¡Eso será hoy! —dijo Lina con alivio—. Estamos reconquistando los nidos y, además, ya encontraron Nuevo Estigius, el escondite de Cerberus y Luna Negra.

—¡Pero si es secreto! —el chico parecía de verdad maravillado—. Ni siquiera los numus saben dónde está, solo lo saben las castas altas. Dicen que usan magia negra para ocultarlo. ¿Cómo lo encontraron?

—No sé bien, algo de unos transmisores y el oráculo de las esiartis, pero ya están preparando una expedición a unas minas abandonadas de Saint-Médard, una ciudad humana.

Lina vio cómo a Gis se le borraba la sonrisa.

—No. ¡Eso es una trampa! —exclamó—. ¡No vayan ahí! No van a encontrar Nuevo Estigius en esas minas.

—Pero si me acabas de decir que no sabes dónde está.

—No lo sé, ¡pero yo vivo en las minas de Saint-Médard!

Un trozo de techo cayó, se podía ver parte de la explanada, estaba llena de humo.

—Debajo de esa ciudad está el Castillo de las Minas —siguió Gis a toda prisa—. Pero ahí no están Luna Negra ni Cerberus. Es un depósito de armas, cuarteles y una cárcel. Es un sitio extraño, a veces pasan cosas, creo que tiene protección necromántica; pero no es Nuevo Estigius. Si no fuera por el oribo, ya habría escapado por los túneles.

—¿Entonces las esiartis solo descubrieron esos cuarteles? —Lina sintió un pinchazo de desilusión.

—Tal vez, aunque aquí hay algo muy raro. Los depositantes son extremadamente inteligentes, no se confíen. Tienes que advertir al Gran Concejo, ¡promete que lo harás!

Lina oyó que gritaban su nombre. Vio a dos grandes figuras saltando por el agujero del techo, arriba el aire brillaba como si se hubiera encendido. Entonces reconoció a los enormes hermanos, estaban llenos de tierra y sangre. Dragoslav tenía una larga herida en un brazo.

—Son los gemelos, vienen conmigo, no te harán nada —explicó Lina.

Pero cuando se giró, Gis había escapado. Miró a todos lados, el techo se llenaba de más grietas, otra estatua se vino abajo. No había rastro de Gis. Si no fuera por el aroma a almizcle que tenía adherido a la piel, Lina habría creído que fue una alucinación.

—¡Ahí estás! —Dragomir se acercó—. Tenemos que salir, Vámbéry sigue peleando. Hay más soldados de lo que calculamos.

—Y muy poderosos —agregó Dragoslav, con voz entrecortada—. ¡No son como los demás!

—Porque son talismanes como nosotros —declaró Lina.

La miraron, atónitos, pero no había tiempo para pedir explicaciones. Después de un momento, Lina salió del sótano junto con los gemelos para reunirse con Vámbéry.

Seguía impresionada por el encuentro con Gis, por las cosas que le contó, por haber tenido que dejarlo. Ahora debía avisar que la señal de las minas de Saint-Médard era una pista falsa. Y si veía a Alessa, también podría decirle que Felia Torreflaca se equivocó.

Gis estaba más vivo que nunca.

Capítulo XXVI
EL TRASLAPE

En la galería del castillo de Nuevo Estigius el aire estaba tan tenso que se podía cortar con una estaqueta. Desde muy temprano, Luna Negra y Cerberus mandaron llamar a los líderes de las castas. En el encierro estuvieron Siward Lamprea, jefe de la milicia (ascendido gracias a su feroz y brillante actuación en Ubus); Athanasi el Afilado, director de construcciones necrománticas; Bogdana, la dulce viejecilla umbría que diseñaba aberrantes y armas de crueldad extrema; Titania, la jefa de magos negros y consejera personal del Destinado; la esiartis Pytia, vidente principal y experta en alta magia, y Rutko, jefe de servicio y encargado de la sangrienta alimentación numu. Cada uno era encarnado de un Bromio y, a ojos de Luna Negra, todos eran unos ineptos.

—¿Qué falló? ¿Por qué los oráculos de Pytia no alertaron de semejante ataque? —Luna Negra reprochó.

Nadie había previsto la incursión masiva del ejército del Gran Concejo. Y mientras se organizaban las defensas, varios nidos más caían. ¡Incluso con ridículas trampas! Hubo un momento en que las monstruosas creaciones de Bogdana parecían ser el dique que salvaría los territorios numus, hasta que un pequeño soldado del Concejo, tan rápido que apenas se podía ver, comenzó a desactivar a las criaturas.

—¡No sé cómo lo hace! ¡Es tan injusto! —se quejó la venerable Bogdana —. Hago cada criatura con tanto amor y cuidado.

—Pues ya no sirven —una mano metálica golpeó la mesa, era la prótesis de Luna Negra. Sus ojos amarillentos destellaban de rabia—. Llevamos treinta y seis nidos perdidos y cada vez son más. ¿Qué tienen que decir a eso?

Los jefes de castas parecían azorados. Sabían que si daban una mala

respuesta Luna Negra los mataría con sus carroñeros.

—Que está bien —dijo entonces una voz.

Los jefes guardaron un silencio de terror gélido. Quien había hablado estaba sentado del otro lado de la mesa: era un imponente chupasangre de largo cabello rubio pálido y ojos lechosos, era Cerberus.

—Es una prueba para nuestros intendentes, soldados y guerreros —siguió el temible chupasangre—. Es una purga, solo los más capaces podrán vencer a los enemigos. Los que sobrevivan son los que vale la pena conservar en el Nuevo Orden.

—Pero, alma mía —interrumpió la chirriante voz de Luna Negra—. ¿Y si no queda ninguno?

—Quedarán, porque no vamos a perder. No hoy —repuso el nosferatu.

—Destinado..., nuestro ejército ha peleado duras batallas —comentó Siward, con cuidado. Nervioso, giraba la nariz de oro que llevaba al cuello como colgante—. Pero falta usted. Si pudiera guiarnos, sin duda tendríamos las victorias que necesitamos.

—No. ¡No entienden! El secreto de hoy está en dejar de luchar —aseguró Cerberus.

Todos guardaron silencio, expectantes. Los jefes sabían que el Destinado, en duermevela, se conectaba en el Cruxos con una pavorosa criatura elemental que solía aconsejarlo. En el dedo anular llevaba la marca de esa alianza, un aro luminoso bajo la piel.

—¿Qué es lo que quieren los enemigos? ¡Encontrarnos! —Cerberus continuó—. Pues dejemos que eso pase.

—Alma mía —Luna Negra lanzó una asibilación por el tajo de la garganta—. ¿Hablas de mostrar Nuevo Estigius?

—Justo eso —sonrió el umbrío—. Nos pondremos a su alcance. Pero entre más se acerquen, más peligroso será para ellos. En este sitio tenemos total dominio.

—El Destinado tiene razón —Pytia escudriñó el humo que salía de la grieta del cráneo que sostenía en sus manos—. Hay una oportunidad. Quien gane la batalla de hoy no lo hará con mil golpes. Basta uno solo, pero asestado en un punto mortal.

—¡Eso es dejarlo al azar! —reprochó Luna Negra, intranquila—. Es como lanzar un cepo sin saber si caerá la presa o el cazador.

—Dejemos que nuestros ancestros muevan esa trampa —propuso Cerberus.

Todos miraron a la Dama Oscura.

—Bien, preparen todo —dijo al fin—. Si nos han engañado, tal vez debemos responder con lo mismo. Pero no lo olviden, tenemos solo una oportunidad. Es todo o nada.

En la caverna del centro de control de Ariel, la Legión Alfa se volvió a reunir y todos estaban atónitos ante lo que Lina les contaba.

—¡Gis! ¡Gismundus Tarmelán! —repitió Ben, mientras le curaba el brazo a Dragoslav—. Es un prodigio. ¡Qué gusto que esté bien!

—Bueno, no tanto —acotó Lina—. Está esclavizado en una legión oscura de talismanes.

—Son muy fuertes —reconoció Vámbéry. Un sastre le cosía los agujeros del tejido salamandrino del uniforme—. Llevaban caretas de calaveras y armas necrománticas. Supongo que su misión era matarnos y casi lo logran.

—Pero uno se portó bien —recordó Dragoslav—. Un talismán numu nos hizo una seña para que nos metiéramos al agujero del sótano justo antes de que lanzaran el polvo de plata venenoso.

—Qué raro, los enemigos nunca ayudan —Ben terminó con la curación —. Tal vez preparaba algo peor, una trampa.

—Hablando de eso, sí hay una trampa —a Lina le urgía comentar algo —. Gis me hizo una advertencia.

Contó todo lo que le dijo: lo de las minas humanas, el castillo con los cuarteles y la prisión. En ese lugar había cierta protección necromántica, aunque al final solo eran barracas militares.

—Pero las esiartis vislumbraron a Nuevo Estigius —recordó Ariel.

—Pues Gis sospecha que puede ser un engaño —insistió Lina—. Hay que avisar al grupo de la expedición, ¿quién va a ir?

—No sabemos —reconoció Ray—. Es una misión secreta.

—Ray, por favor envía un mensaje a Anub —pidió Ariel—. Explica exactamente lo que Lina dijo. Hay que detener ese viaje hasta volver a verificar.

—Y si los sabios tienen dudas, yo hablaré con ellos en persona — agregó Ben—. En un rato saldré al nido sagrado. Debo llevar a los cazaaberrantes al hospital central, están demasiado heridos, pobres.

—Si quieres voy contigo —ofreció Lina.

—No tan deprisa, querida. Necesito talismanes para una liberación — Ariel sacó un expediente—. Es turno de reconquistar Ubus. Pensé que te interesaría.

Lina saltó. ¡Era el nido de su clan!

—Es la última oleada. Ven con nosotros —propuso Vámbéry—. ¡Casi terminamos!

En la mesa la mayor parte de las banderas era de color verde. Lina aceptó.

En la gran caverna, la Legión Alfa se volvió a dividir. Una sección iría a Anub, mientras que a Lina le tocaba ir a luchar con Vámbéry, Chestibor y Dragomir. Estaba a punto de reunirse con ellos cuando sintió un suave tirón en el brazo.

—Linda, espera un momento —era Benvolio—. ¿Estamos bien?

Lina suspiró, no quería regresar a lo mismo.

—¿De qué hablas? —replicó. Claro que sabía.

—Hijita, no sé qué pasó o qué oíste —repuso Ben con paciencia—. Pero tú eres la criatura que más amo en este mundo.

—Seguro también se lo dijiste a mi mamá —murmuró Lina—. Y ya ves.

Benvolio boqueó, azorado.

—Pero no pasa nada —remató Lina, gélida—. Date prisa, Mila te está esperando. En serio, haz lo que quieras, me da igual.

No lo decía de verdad, ¡sí que le importaba! Estaba perdiendo todo rastro de modo zen y madurez. No quería ser tan hiriente, pero al mismo tiempo se sentía bien decirlo y ver la cara de agobio de Ben.

El reloj dio la señal anunciando la última oleada de liberaciones. Lina fue a reunirse con los demás talismanes.

—Hija, espera, no te vayas así —Ben intentó detenerla en medio de los soldados, pero Lina no se detuvo—. ¡Nos vemos en Ubus! ¡Cuídate! Te quiero tanto.

Lina ni siquiera se giró. ¿Por qué se sentía tan bien hacerlo sufrir?

Gismundus no podía creerlo, ¡había visto a Lina! Hizo un esfuerzo para que nadie notara su enorme sonrisa, ningún esclavo podría mostrarse feliz en el Castillo de las Minas. Era tal como lo había descrito: una enorme mole de piedra de diseño necromántico, con torreones en forma de cervicales y detalles cadavéricos. El piso inferior era una pocilga con rejas metálicas, cuarteles, bodegas y patios infectos; en uno había un estanque de aguas sulfurosas e hirvientes que usaban para deshacerse de los soldados muertos. En los pasillos había enemigos encadenados y del techo colgaban jaulas con bolsas de comida: los humanos que servían de alimento. A Gis no le permitían subir al segundo nivel, donde vivían los jefes. Él sabía que había un pequeño hospital de campaña solo para depositantes, una bóveda para botines de guerra, celdas para prisioneros importantes y un sitio donde llevaban cadáveres de tibios. Debía ser un

almacén enorme porque no dejaban de subir cuerpos.

Al término de la incursión a Xux, Gis fue a la armería a dejar su estaqueta Clontarf, pues solo podía usarla en las batallas. De vuelta al cuartel cruzó un pasillo lleno de heridos que lanzaban gritos. Eran soldados numus, siempre los dejaban al final. La prioridad era atender a los miembros de las castas depositantes. El mismo Gis y la mayoría de los talismanes eran tratados como objetos: útiles pero sin rango; aunque el jefe Lafcadio les prometió que si hacían méritos en la guerra luego podrían ingresar a una casta de encarnados (Gis no, por su condición de sombrío). El chico entró al cuartel donde estaban reunidos los demás talismanes. En su mayoría eran viejos y hoscos. Nadie le dirigía la palabra, excepto Ova, del nido de Karkaff. Era amable y tan joven que parecía casi una niña.

Al frente estaba el enorme jefe Lafcadio. A Gis le impresionaba su piel gris como una piedra, sus mil cicatrices y su media nariz. Casi siempre estaba al lado de Cyneburga, una talismán alta, dura y leal como una bestia entrenada. Quaren, el más viejo de los talismanes y un experimentado asesino, daba el reporte de la incursión: se enfrentaron a guerreros de élite del Gran Concejo, no mataron a ninguno, aunque al final consiguieron sacar el tesoro del nido de Xux, cien mil lingotes de oro, completaron con éxito la misión principal.

—¿Y ya? ¿Es todo? —Lafcadio resopló por su media nariz—. Me parece que al reporte le falta la incidencia.

"Incidencia" era la palabra clave para señalar un error o falla de los talismanes. Quaren balbuceó confundido.

—Escuché que uno de ustedes cometió traición y pasó información al enemigo —reveló Lafcadio, feroz.

Gis sintió que el corazón se le llenaba de agujas de hielo. ¿Y si algún talismán lo vio hablando con Lina? Tal vez con el oribo se habían enterado de que permaneció demasiado tiempo en el sótano. Los talismanes se miraron entre ellos, tensos.

—¿Y bien? —Lafcadio chasqueó la lengua—. Daré un minuto al culpable para que dé un paso al frente o le irá peor.

Gis hizo cálculos. Tal vez podría correr a la armería para recuperar su estaqueta Clontarf y defenderse, pero antes tendría que pasar por un pasillo lleno de soldados. Con una orden del jefe lo matarían.

—Ova, pequeña, ¿tienes algo que decir? —la voz de Lafcadio rechinó.

—No hice nada malo —respondió al momento la joven talismán.

—¿Entonces te parece bien ayudar a guerreros enemigos? —Lafcadio se acercó lentamente a la sanguaza, que empezó a temblar.

—Yo lo vi —intervino Cyneburga—. Fue antes de que estallara la bomba de gas de bromuro de plata, les dijiste que se escondieran. Es mi

deber denunciar cuando alguien comete traición.

—Es que eran Dragoslav y Dragomir —confesó Ova, entre murmullos.

—¡Habla más fuerte! —gritó Lafcadio.

—Crecimos juntos en Karkaff —la sanguaza comenzó a llorar, desesperada—. Son como mis hermanos. Pensé que merecían otra oportunidad. No volveré a hacerlo.

—No, claro que no. Cometiste delito de traición —Lafcadio le pasó su mano sucia sobre el rostro—. No sabes cuánto me has decepcionado. Eras tan bella y prometedora, de mis preferidas.

Ova se echó al suelo pidiendo clemencia y Gis sintió cómo la rabia le subía por la garganta.

—Ova no tiene toda la culpa —no pudo evitar decir—. Esos soldados descubrieron el agujero antes. Vi todo desde abajo.

La mano enorme y brutal de Lafcadio se estrelló contra la cara de Gis, el chico terminó en una esquina del cuartel con el labio roto.

—¿Qué te he dicho sobre hablar sin permiso? —bramó el entrenador.

—Sucio sombrío —musitó Cyneburga, con asco.

Gis se limpió la sangre. Ya sabía que no debía hablar y menos mentir para proteger a Ova, pero ¿cómo guardar silencio? Intentó consolarse, no podían matarla ¿o sí? Valía mucho como talismán.

—Esto será una lección para todos —señaló Lafcadio—. La traición se considera una ofensa a la pareja sagrada, quien la comete recibe un escarmiento.

En ese momento se estremeció el Castillo de las Minas. Los muros de piedra se llenaron de líneas violetas, varias telarañas luminosas anidaron en las esquinas.

—No toquen la pared —advirtió Lafcadio sin prestar mayor atención, en tanto hacía una señal a Cyneburga.

—Un traslape —comentó la fiera talismán, mientras esposaba a la llorosa Ova.

Era a lo que se refería Gis, las cosas raras que a veces ocurrían en el Castillo de las Minas, pero estaba prohibido preguntar. Si lo hacía, podía terminar con el resto de la cara rota. Algo estaban preparando los magos oscuros, eso era un hecho.

En Anub, en la antecámara de los ancianos del Gran Concejo, Benvolio intentaba tranquilizarse.

—¿La brigada ya partió a Saint-Médard? —preguntó, incrédulo, a Imogene.

—Querido, tranquilo, pareces más tenso que una momia —suspiró la dama nosferatu—. Se fueron hace un rato, tal vez ya estén allá.

—¡Pero si Ariel envió un mensaje para advertir que cancelaran la expedición! —casi gritó Benvolio.

—Sí lo recibimos, querido —reconoció Imo—. Pero sabes que aquí se hace lo que los Once Sabios dicen.

—Además firmaron un edicto —anotó Odo, el asistente yasma.

—Ya me perdí. ¿No queríamos encontrar Nuevo Estigius? —comentó tía Sangre—. ¿Cuál es el problema? Si ahí está su escondite, eliminaremos a esas sanguijuelas necrománticas.

—No es Nuevo Estigius, es otra cosa —explicó Ben—. Lina nos advirtió... es largo de explicar. Debo hablar con los ancianos, tal vez puedan cancelar la misión...

Sin esperar la respuesta de su madre, Ben atravesó la gran puerta que llevaba a la cámara de audiencias. Se detuvo, atónito, al ver las gasas, bandejas con vendas y la masa comunal de sabios que quedaban en la plataforma.

—Solo son... nueve —exclamó Ben, sin entender nada—. No están todos.

—Oh, querido, es lo que he tratado de decirte —se acercó Imo, detrás la seguían Lavinia y Odo—. La sabia principal y el pequeñito parlanchín se separaron para ir a la expedición.

—Y no creo que esos vejestorios se hayan llevado las piernas que les correspondían —opinó tía Sangre.

—Pero ¿por qué los dejaron? —preguntó Ben al resto de los sabios.

Los viejísimos umbríos farfullaron en una jerga incomprensible.

—Nadie les entiende a estos —reconoció Imo—. Se marcharon los únicos con dicción. Como sea, no te preocupes, querido, los acompaña Corydia y varios guardias personales. Además, llevan ese invento de Moth y Puck, el telón de Polifemo.

—Como sea, ¡no es seguro! —Ben tomó aire—. Madre, tía Lavinia, escúchenme con atención: tienen que ordenar que las esiartis disponibles rastreen a los sabios. Hay que enviar más soldados para su rescate.

—Hijo, me estás asustando. ¿Hay algo malo que debamos saber?

—Espero que no, es solo un presentimiento... pero es espantoso —reconoció Ben.

Tal como lo dijeron los esiartis, dentro de las minas abandonadas de Saint-Médard estaba el majestuoso y tétrico castillo Nuevo Estigius, con

innumerables torres, un gigantesco santuario necromántico, bibliotecas con grimorios de magia oscura y miles de habitaciones recubiertas de mármol rojo y negro. Sus cimientos estaban apuntalados con cadáveres producto de sacrificios; colgaban los pendones con imágenes de escarabajos y calaveras.

—Es más grande y terrible de lo que imaginé —señaló la vieja sabia con una mano de cuatro dedos (quien sabe dónde dejó el otro)—. Es el símbolo del ego y la locura de los Bromio.

—Menos mal que los mandamos a asesinar a casi todos —recordó el pequeñito, asomándose entre los soportes. Estaba montado en una especie de sillín para bebé sanguaza; ninguna de las piernas que traía servía, así que un guardia lo empujaba—. Corydia, te felicito, está justo donde dijiste.

—Pero es muy raro —reconoció la esiartis—. Imaginé que estaría en construcción. Es imposible que lo hayan hecho tan rápido. ¿Y por qué antes no lo detectamos?

—Ya descubriremos sus secretos. Oh, esto es tan emocionante —la sabia dio brinquitos, que también le servían para mantener el equilibrio —. Con esta batalla vamos a aplastar la profecía de los Bromio. Necesitamos armas de asalto para tirar esos muros. Podemos montar los portales reflejantes allí —señaló con el bastón a una oquedad.

—Aquí no. Conviene mejor en la ciudad tibia de arriba —propuso el sabio—. Por donde llegamos.

—Excelente idea —convino la sabia—. Vamos a traer a todas las brigadas de élite, a los mejores guerreros. Y voy a necesitar un uniforme. ¡Esta pelea no me la pierdo!

—...algo pasa —interrumpió Corydia. Los amuletos de cuarzo que llevaba al cuello se estaban volviendo opacos—. Hay una presencia necromántica.

—¡Ese castillo es pura magia negra! —rio la sabia con la boca desdentada.

—No es eso. Alguien nos observa —la esiartis sacó su estaqueta.

—Eso es imposible, nos oculta el telón de Polifemo —presumió el pequeño sabio, confiado.

Los guardias llevaban un gran biombo circular con tela llena de pequeños microespejos alquímicos. Se habían estado moviendo así. Era algo lento, pero desde el otro lado eran invisibles, apenas unas siluetas borrosas.

—De alguna manera nos perciben —insistió Corydia—. O nos escuchan.

En ese instante un zumbido agudo traspasó las cavernas y cada uno de los amuletos de la esiartis se hizo añicos. El telón de Polifemo se pulverizó

y al momento la comitiva completa se hizo visible. Algunas líneas de luz se desperdigaron por el suelo y todas las paredes se conectaron con el resplandor violáceo del fondo.

—¡Saquen a los sabios de aquí! —ordenó Corydia a los guardias. Se puso en posición de defensa, lista para luchar.

De la grieta luminosa salió el Destinado, vestía armadura roja y el largo cabello ondeaba en el aire. Cerberus parecía flotar, sostenido por la energía de la legendaria Abismo. Bajó con suavidad y se le acercaron dos aberrantes albinos enormes, con una boca desmesurada llena de punzones de plata. Ambos tenían alas, que estaban llenas de lodo y sangre.

—¡Saquen a los sabios! —repitió Corydia, agitando la estaqueta.

Pero los guardias no encontraron una salida, estaban rodeados por un centenar de guerreros Timurios y Nuevo Estigius había desaparecido, en su lugar había otra cosa.

Con un gesto de Cerberus los aberrantes se lanzaron contra Corydia. En su último momento, la esiartis recordó una incomprensible visión que tuvo años atrás: un abrazo de unos seres alados. Ahora lo entendía, iba a morir en los brazos de esos ángeles de la muerte.

Capítulo XXVII
EL TRIUNFO... O CASI

De todas las liberaciones en las que Lina participó, la del nido de Ubus fue la más sencilla. Los soldados del batallón de apertura estaban desconcertados. Habían entrado a través del sótano de una vieja casa del Barrio de las Ánimas y en las calles no encontraron soldados numus ni guerreros depositantes, solo a vigilantes de bajo rango custodiando cuarteles y depósitos de armas ya vacíos. El intendente había desaparecido también y, según testigos, los líderes se habían llevado todo el oro de las bóvedas del Mercado del Colmillo y los óbolos de los bancos gremiales.

—Solo robaron. Ni siquiera se quedaron a defender el nido —observó Vámbéry.

—¡Claro que no! Saben que a estas alturas ganamos la guerra —exclamó Alessa. La umbría se había unido al batallón cuando supo que iban a su nido natal.

—¡*Feiglinge*, cobardes! —sonrió Hans.

—Hay que revisar bien —recomendó Vámbéry—, ver si hay espejos libres por donde puedan llegar depositantes. No nos confiemos, tal vez dejaron trampas o aberrantes escondidos. Lina, ¿detectas algún riesgo?

Lina no sabía cómo decirlo. Llevaba horas con ese zumbido dentro de su cabeza, pero ahora nada... o su *peligrómetro* había colapsado luego de tantas batallas o, en efecto, Ubus era seguro.

—No siento nada malo —confirmó.

—Siempre escuché que este nido era muy bello —mencionó Chestibor —. Qué lástima.

—Lo vamos a reconstruir, ¡será como antes! —aseguró Alessa.

Pero Lina calculó que eso sería casi imposible. Gis le había hablado sobre la destrucción de Ubus, pero verlo en persona hizo que se le saltaran

las lágrimas. Varias zonas habían desaparecido por completo, como el Barrio Tibio, el Barrio de las Costras y el de la Estacada del Sur, con todo y el hospital Hotep. Los invasores usaron las piedras para hacer edificios nigromantes con torres de clavículas talladas y templos en honor a los Bromio. La comitiva pasó cerca de la antigua casona de los Villaseca, la Finca Abadón. Estaba igual de destartalada que siempre, ahora invadida por cientos de umbríos esqueléticos y sucios. Más adelante, Lina tardó en reconocer la montaña de escombros y cristales rotos. Se trataba de los restos de Brandán: el hermoso castillo propiedad de los Tarmelán, clan de Gis; ya no quedaba nada. A la estación de transportes reflejantes no le había ido mejor, solo permanecía una estructura abandonada de metal retorcido. Había por aquí y por allá tranvías abandonados y en la Plaza del Hueso permanecían los cadalsos para las ejecuciones. El Teatro del Hueso tenía la fachada irreconocible, al parecer lo estaban reconvirtiendo en un edificio militar necromántico, pero se quedó a la mitad del proceso. Mientras tanto, los pobladores quemaban pendones y banderas de Luna Negra a toda prisa para borrar su pasado numu; otros liberaban a sus esclavos y muchos salían para arrodillarse ante los soldados del Gran Concejo.

—Avísale a Ariel —ordenó Vámbéry a un mensajero—. Dile que no es necesario mandar más batallones a Ubus, pues parece que los enemigos huyeron.

—Y que mande asistencia médica —recordó Lina—. En el viejo templo de las sibilas tienen encerrados a los tibios.

—¿Podemos ir a casa? —propuso Alessa—. Quiero ver cómo está Cimeria.

Avanzaron hacia la colina más alta de la ciudad y pronto vieron el gigantesco castillo familiar. Salvo las huellas de un incendio en el nivel seis, la propiedad se veía casi bien, con los postigos y puertas cerradas.

—Tal vez el domovoi volvió para hacer su trabajo de guardián —Alessa aceleró el paso.

Al llegar al acceso, el grupo escuchó un extraño gruñido que provenía del gran jardín posterior, lleno de abundantes matojos, estatuas salitrosas y estanques azufrados.

—Suena a Larcia Pozafría, ¡es Galleta! —sonrió Lina, sin miedo—. Sigue aquí y parece que está cantando.

Eso, sin duda, era excelente señal.

En el Castillo de las Minas, Gis permanecía encerrado en el cuartel. Tenía

prohibido salir cuando saltaban esas extrañas líneas de luz, los traslapes. Normalmente duraban poco tiempo, pero las telarañas de luz violeta llevaban más de una hora en las esquinas. ¿Qué eran? ¿Para qué se usaban? Quaren y los otros talismanes estaban echados en los jergones, exhaustos luego de la última batalla, parecían dormir. Gis aprovechó para asomarse por la puerta entreabierta. Lo que vio lo dejó más confundido. Era una imagen doble, superpuesta: dos escaleras, dos ventanas ojivales, dos muros. De pronto, alcanzó a ver una gran explanada con estatuas, lo que era imposible, eso no estaba en el Castillo de las Minas. Instantes después, la visión se alineó y desaparecieron las líneas de luz, todo parecía normal, excepto por la gran agitación y las voces.

Gis salió al pasillo y se acercó hacia un rellano desde donde se veía el patio grande de entrenamiento. Lo que descubrió lo dejó atónito: habían capturado a unos umbríos, debían ser importantes porque el lugar estaba lleno de vigilantes y soldados. Una veintena rodeaba a un par de chupasangres muy arrugados, casi sin cabello, con cuerpos bulbosos y deformes; uno de ellos ni siquiera podía caminar, lo llevaban arrastrando. Momios, así les decían a esos umbríos milenarios. Ambos iban amordazados y con cadenas de plata. Un poco más atrás, un numu empujaba una carreta con cuerpos de soldados con el uniforme azul del Gran Concejo, uno de ellos era una esiartis, la pobre estaba destrozada. El militar los conducía al estanque de aguas sulfurosas para deshacerse de los despojos.

Lo que ocurrió a continuación dejó a Gis aún más desconcertado. Por la escalera bajaron tres umbrías: la verrugosa Pytia, con su larga barba de perilla y andrajosa túnica naranja; la seguía Titania Labios Sangrantes, con un enorme sombrero lleno de cuervos reanimados y un velo sobre el rostro, y al final descendió una chupasangre yasma, con un gran tajo en el cuello y túnica púrpura. Todos los soldados y depositantes se postraron. Era Luna Negra.

Gis nunca la había visto en los cuarteles. ¿Cómo llegó? ¿Qué hacía ahí? Llevaba en la mano una jambia, la daga curva; se acercó a los ancianos que se agitaban entre las cadenas, desesperados. La Dama Oscura acarició sus manchadas pieles con el filo el arma.

—Y el cepo se cerró sobre la presa —murmuró con cruel sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —Gis escuchó una voz, era el viejo Quaren—. ¡No tenemos permitido estar aquí!

Se lo llevó al cuartel. A Gis le rebullía la cabeza. ¿Qué ocurría? ¡Esos no podían ser los sabios! Se supone que no podían salir de su cámara; además, él le había avisado a Lina de la trampa del Castillo de las Minas. Minutos después, Gis escuchó el ulular de los silbatos de hueso humano, había que prepararse, era el anuncio de una próxima batalla.

Salieron los talismanes del cuartel y el Castillo de las Minas se puso en movimiento: vigilantes, soldados, guerreros, Timures y Timurias, esiartis y Tarios, los magos oscuros. ¿Qué hacían ahí las castas superiores? Gis vio en los patios a cientos de escuadrones formándose. Los armeros distribuían estaquetas Clontarf, armas cortaniebla, flechas de Amazarac, varas de Nayla, puñales con hoja de Lul. El mismo Siward Lamprea supervisaba, ya listo con su uniforme negro de guerra; el peto de protección le quedaba muy ajustado y alrededor se desparramaba la carne bofa y amoratada.

En cada patio habían montado portales reflejantes y los soldados nosferatu esperaban, listos para cruzar. Gis descubrió a varios aberrantes encerrados en jaulas metálicas. ¿Cómo los habían trasladado hasta ahí? ¿A dónde los llevaban?

Gis estaba seguro de que pronto sabría las respuestas. Corrió a los vestidores para ponerse la túnica y la careta de calavera antes de pasar a la armería.

—¿Qué haces aquí? —lo detuvo Lafcadio al verlo—. Vuelve al cuartel. En la primera fase solo van guerreros.

¿Fase de qué? ¿A qué nido iban? Gis moría por hacer esas preguntas, pero tuvo que volver al cuartel, con la certeza de que algo espantoso estaba ocurriendo.

Las esiartis Céfiro y Thyrsis estudiaban el fondo de un cuenco lleno de humo blanco.

—No vemos nada —confirmó Céfiro, preocupada.

—Queridas, por favor, no me digan eso —gimió Imogene—. ¿Están seguras?

—Todo desapareció —confirmó Thyrsis—. Las huellas de los sabios, de Corydia y los guardias; ni siquiera aparece Nuevo Estigius. Vean esto.

La esiartis arrojó un puñado de arena sobre un mapa, cada grano resbaló, no quedó ni uno encima del pergamino.

—Eso significa que están en ningún lugar y en ningún tiempo —explicó Thyrsis—. Por imposible que parezca.

—Cayeron en la trampa —resopló Ben—. ¡Fuimos advertidos!

El Pequeño Concejo y el resto de los sabios estaban en una reunión de emergencia en la cámara de audiencias.

—Maravilloso, ahora estamos en peligro mortal —gruñó tía Sangre.

—Odio cuando eres tan pesimista, querida, pero me temo que tienes razón —Imo tomó aire—. Sin embargo, hay que enfriar la cabeza.

Avisemos de todo esto a Ariel.

—¿Cuántos soldados hay apostados en Anub? —preguntó Ben al secretario yasma.

—Ninguno —reveló Odo—. Todos están participando en el Día de la Liberación. ¡Hay mucho trabajo por hacer en los nidos recuperados!

—Entonces urge traer batallones —Ben iba de un lado a otro—. Y también hacer una lista de cada portal reflejante de Anub. Le pediré a Ludmila que me ayude con el desalojo, hay que sacar a los habitantes, vaciar el hospital, el centro de refugiados. Los llevaremos a Tierras Umbras.

—Ustedes no tienen autoridad para ordenar nada de eso —replicó Odo —. Se necesitan edictos y órdenes.

—Somos el Pequeño Concejo —Imo mostró su anillo de mando.

—Exacto, solo pueden ordenar cosas domésticas, pero aún están a cargo los sabios más sabios del tercer reino —Odo señaló a los nueve ancianos restantes, que farfullaban en duermevela.

—Esas momias no pueden ni limpiarse la nariz —aseguró Lavinia.

—¡Más respeto! —Odo le lanzó una mirada llena de indignación.

—¿Y las puntas de argén? —preguntó Benvolio, con cierto temor—. Supongo que siguen aquí, ¿verdad?

—Están en la bóveda —Odo señaló una pequeña puerta detrás de la plataforma donde estaban los ancianos—. Pero se necesita un permiso por triplicado para abrirla.

—¿Y a quién se le pide ese maldito permiso? —intervino tía Sangre.

—A la sabia suprema, claro —aseguró Odo, molesto por las malas palabras.

—¿Sí sabes que está desaparecida en el espacio y tiempo? —gritó Ben exasperado.

—Como sea, solo ella da el permiso, es el protocolo —recordó el secretario.

Atrás los viejos sabios volvieron a farfullar.

—De verdad, todos deben relajarse —aconsejó el yasma—. No va a pasar nada. Anub es el nido más seguro del inframundo.

—¿Qué no te das cuenta? —Ben tenía ganas de tomar al asistente por las solapas—. Los sabios tienen cuerpos compartidos, eso quiere decir que los ancianos que se fueron dejaron trozos de ellos mismos aquí.

—Pueden servir como primordiales —anotó Céfiro.

—Exacto —continuó Ben—. Si los enemigos los capturaron, podrían rastrear los demás cuerpos y, por consiguiente, a Anub. No importa que estemos en movimiento, los depositantes conocerán nuestra trayectoria exacta.

—Y basta con que un portal reflejante esté abierto para que entren —

dijo Imo, en un susurro.

Odo palideció, pero negó con la cabeza. Y volvió a insistir:

—No podemos romper las reglas, lo son todo en Anub, así ha sido por milenios. Lo mejor será esperar a que se reporten los sabios, ellos nos dirán qué hacer.

En ese estado de crispación los encontró Vámbéry, llegaba al nido sagrado con Chestibor para dar el reporte de Ubus. Ben les hizo un resumen de la angustiosa situación.

—¿De cuánto tiempo disponemos? ¡Hagamos algo! —urgió Arminius —. ¿Qué tan grave es la amenaza?

En ese momento el humo blanco del cuenco de Céfiro y Thyrsis se tornó gris y fétido. Al mismo tiempo, en las casas oraculares de las esiartis se agrietaron los ónfalos de las lecturas y se oscurecieron los estanques de mercurio. El mal estaba en marcha.

Ariel y Ray llegaron a Ubus para participar en el último cierre del Día de la Liberación. No había lucha de por medio, pero sí mucho por hacer, como ayudar a cientos de esclavos a regresar a sus nidos de origen y montar comedores. Alessa se ofreció como voluntaria, junto con sus amigos los Pútridos, para rescatar a los tibios en el templo de las sibilas. Las escenas que encontraron fueron aterradoras, Hans salió muy impresionado, llorando lágrimas de cloroformo.

Ariel hizo una lista de todo lo que era urgente: medicamentos tibios y alimentos para humanos. Mandó abrir las bodegas de los Pozafría en el Mercado del Colmillo y encontró cajas con galletas rancias, pero que aún servían.

Poco a poco llegaron otros miembros del clan Pozafría, como Gerta, Duncan y Crésida, con sus hijos Dromio y Antífolo. Gundo entró arrastrando una cama donde iban mamá Uyü y los viejísimos Augustus el Romano y Abasi el Egipcio. Al entrar a Cimeria, todos se apeñuscaron en la primera planta.

—Pero qué sucio está todo —observó Crésida al recorrer los pasillos.

—Y saquearon algunos salones —señaló Gerta, indignada—. Se llevaron muebles, alfombras, cuadros.

—Una parte está afuera —descubrió Dromio.

En uno de los viejos invernaderos había montones de libros, retratos de ancestros, cartas, banderines con escudos, miles de objetos apilados como basura.

—Espero que hayan respetado mis casacas de seda y mis mejores

peluquines —suspiró Duncan—. Son de la mejor calidad.

—Y más vale que nadie haya tocado mi cava de licores de sanguina —rumió Gundo y de inmediato miró a su mujer—. Solo me lo pregunto, no es que se me antoje beber.

Pero nadie pudo subir a su respectiva habitación. La escalera no giraba sobre los engranes. Gundo lo intentó, pero al llegar arriba de inmediato apareció de nuevo en la parte inferior.

—¡Necromancia! —chilló Crésida.

—No, tranquila. Es un escudo alquímico —rio alguien—. Sigue funcionando.

—¡Fue mi idea! —agregó otra voz—. Para proteger la casa de los Villaseca.

Eran Moth y Puck. Aún llevaban el uniforme militar y en el pecho lucían pines y broches que decían "Más vamp que los vamp", "Nosfe Love", "Amor chupasangre"; eran regalos de sus nuevos amigos umbrianos. Los siameses cargaban un cofre lleno de frascos con polvos y curiosos instrumentos.

—Vamos a retirar el sello, hagan espacio —Puck sacó un sextante.

A todo esto Lina se mantenía un poco apartada. No quería otra ronda de felicitaciones por su trabajo en las batallas, además se sentía rara. Una incómoda sensación le punzaba en el pecho. ¿Un peligro? ¿Pero de qué? Si el nido de Ubus era libre.

—¡Lina, la Mataaberrantes! ¡Estás aquí! —escuchó un gritito.

Osric se lanzó a trote para colgarse del cuello de su adorada prima. El pequeño sanguaza se veía muy profesional con su uniforme de asistente médico.

—¿A cuántos monstruos mataste? —preguntó ansioso—. ¡Dicen que salvaste la vida de otros talismanes! ¡Y que tú sola liberaste varios nidos! ¡Oí que puedes volar con la estaqueta!

Lo curioso era que, por primera vez, Osric no exageraba, todo lo que había mencionado era casi verdad. Lina solo asintió, agotada; ya habría tiempo de contar los detalles para que su primito escribiera varios tomos adicionales de su biografía.

—Osric, ¿vienes con la abuela Imo? —era lo que le urgía saber—. ¿Sabes algo de mi papá?

—No, nada. Me trajo el tío Calibán, quiere ver si Galleta está bien... ¿Y sabes a cuántos heridos atendí? ¡A mil! Bueno, menos. Pero mira —mostró un frasco mugriento—, tengo un dedo que guardé para enseñárselo a mi novia Mildred. ¡Creo que es de un aberrante! Puede matarte si te descuidas.

Lina apenas prestó atención a la cháchara de Osric. Cada vez se sentía más mal, tenía esa sensación como si el aire se cargara de electricidad. Vio

a Ariel y a Ray entrar a Cimeria, se acercó para preguntar por su padre.

—Quedamos de vernos aquí —declaró ansiosa—. No sé por qué tarda tanto.

—Debe seguir con tu abuela en Anub —aseguró Ariel—. Pero tranquila, en un rato iré al palacio del Gran Concejo para presentar a los Once Sabios el informe final del día —sonrió levemente, no podía ocultar su orgullo—. Si quieres puedes ir con nosotros.

—Sí, por favor —agradeció Lina con alivio.

—¿Pasa algo? —preguntó Ray.

Sí, pero la joven no sabía cómo explicarlo. Solo era ese zumbido, algo no estaba bien. En ese instante escucharon gritos y aplausos en la base de la escalera. Moth y Puck habían roto el sello alquímico.

Casi todos subieron a sus habitaciones (estaban intactas). Hasta Ariel aprovechó para mostrarle a Ray sus antiguos aposentos. El buen humor recorría Cimeria, aunque la única que parecía tensa era Lina, le urgía ir a Anub.

—Hagamos una fiesta —propuso Crésida—. El banquete de la victoria.

—Tenemos que esperar a Imogene —observó Gerta.

—Mientras un brindis —propuso Gundo—. Voy a ver qué hay en las alacenas.

Pero si algo les encantaba a los Pozafría eran las fiestas, y entre una cosa y otra sacaron una pianola y un par de salterios. Convencieron a Moth y a Puck de que tocaran un poco (podían interpretar a cuatro manos), otros parientes se quitaron los uniformes del Concejo para cambiárselos por ropajes más coloridos. Después de mucho tiempo volvieron las risas al castillo. Todo ese entusiasmo le crispaba los nervios a Lina. Fue a buscar a Ariel y a Ray para ver si ya podían irse.

—¡Ya llegaron! —gritó entonces Osric— ¡La abuela Imo y los demás!

—Ya era hora —exclamó Crésida—. No encuentro los cubiertos buenos y creo que había morcillas enlatadas en algún lado.

De pronto las conversaciones se detuvieron. Moth y Puck dejaron de tocar el salterio. Lina quedó como todos: helada. En la puerta estaba la abuela Imo, temblorosa; se sostenía trabajosamente entre Vámbéry y Lavinia. Arminius estaba lleno de barro seco y con la armadura estrellada. Lavinia llevaba consigo a su última furia, que tenía una pata machacada. Pero la que lucía peor era Imogene, con el vestido salpicado de sangre; su cabello gris, siempre inmaculado, parecía un nido. Traía un gran bolso de tela gruesa que apretaba contra su pecho. Su sonrisa, siempre serena, era ahora una expresión de horror.

—Abran paso... ¡sillas! Necesitamos sillas —gritó Puck.

—¡Y vendas! —Moth manoteaba asustado—. ¡Hay que traer un médico!

—¿Qué ocurrió? ¿Quién los hirió? —se acercó Ariel.

—Tranquilos, no estamos heridos —Imogene extendió los brazos llenos de raspones—. Bueno, no de gravedad.

Le dieron agua a Vámbéry y una copa de licor de sanguina a Imo y a Lavinia.

—Ha caído —comenzó a narrar la jefa del clan, visiblemente consternada, ni siquiera tocó la copa—. El nido sagrado de Anub... lo invadieron los depositantes.

—Cientos, miles, todas las castas superiores —agregó Vámbéry—. Guerreros, magos negros. Llevaban armas necrománticas, aberrantes, a sus propios talismanes.

—¡Dios! Te lo dije —Ray se giró hacia Ariel—. ¡Anub no estaba protegido! ¡No tenía un sistema de defensa!

—Pero nadie puede invadir el nido sagrado —respondió Puck.

—Sí que se puede —repuso Vámbéry, tenía una fea herida en el brazo —. Nuestros enemigos capturaron a los sabios y los usaron como rastreadores.

—¿Sí fueron? —Lina interrumpió, desesperada—. ¡Les dije que era una trampa!

—Por desgracia, un par consiguió separarse del resto —suspiró Imo con agobio—. Pensaron que no habría peligro si hacían una visita rápida y se ocultaban tras el telón de Polifemo. Pero algo debió fallar. Morían por participar en alguna misión.

—Pues sí murieron, seguro —señaló Lavinia y miró a Ariel—. ¡Te avisamos de todo esto! ¡Te pedimos ayuda!

—El mensaje debió llegar cuando vine a Ubus —el alto umbrío se sentó en una silla cercana, rebasado—. Apenas íbamos al nido sagrado.

Era, pues, una suma de errores, omisiones y desencuentros fatales.

—Intentamos proteger Anub —reconoció Imogene—. Pero, queridos, fue tan difícil.

—¡El asistente de los sabios no nos dejaba hacer nada! No podíamos abrir ni una maldita puerta sin un permiso por triplicado —gruñó tía Sangre.

—Tuvimos que desobedecer, claro —reconoció Vámbéry—, pero no teníamos soldados ni armamento. Había dos opciones, destruir cada uno de los portales reflejantes de Anub o usarlos para desalojar a la población.

—Pero luego descubrimos que era imposible destruir todos —se lamentó Imo—, porque Odo se negó a darnos el listado completo, se necesitaba la firma de los Once Sabios. Entonces ordenamos desalojar.

Explicó que Ben se coordinó con Chestibor y Ludmila para llevar a los habitantes a las cavernas de Tierras Umbras. Iniciaron con los refugiados, las sanguazas y los mayores.

—Pero ocurrió lo que tenía que pasar —tía Sangre sonrió con

amargura—. Los depositantes localizaron portales reflejantes abiertos y comenzó la invasión.

—Fue espantoso —se estremeció Imogene—. Ver entrar a esos aberrantes. Los Timures hicieron una masacre en la estación central, en la gran sala de aduanas, solo para demostrar, no sé... su crueldad. A pesar de eso, mi Ben siguió desalojando el nido. Buscó escondites, curó a los heridos, reunió lo que servía como arma: cuchillos de cocina, hachas del museo del Concejo; incluso intentó hacer un agujero para usar el magma, pero ya no había tiempo, era muy tarde...

Los Pozafría estaban petrificados, Osric no dejaba de llorar.

—Pero ¿y los otros sabios no hicieron nada para defender el nido? —anotó Puck, desesperado.

—Ellos son sabios, ¡tienen todas las respuestas! —Osric sorbió la nariz.

Tía Sangre lanzó una risita amarga, cruzó una mirada con Vámbéry, el humano estaba cada vez más pálido.

—Oh, queridos... no hemos dicho lo peor —la abuela no dejaba de abrazar el enorme bolso verde manchado—. ¿Quiénes creen que eran los líderes de la invasión?

—Seguro ya lo imaginan —murmuró Vámbéry—. Aparecieron Luna Negra y Cerberus.

Arminius describió la terrorífica visión del Destinado: entró empuñando la estaqueta Abismo, parecía flotar por las calles del nido sagrado. A su paso las vías elevadas de los trenes se doblaban, como respondiendo a un poderoso magnetismo. Muchos pobladores, incluso algunos esiartis, prefirieron cometer suicidio ritual que entregarse al enemigo. Dragoslav, el talismán que había acompañado a Ben, luchó contra un aberrante para proteger a otros heridos, pero al final la bestia lo partió en dos.

—¡Debí estar ahí para desactivar a los monstruos! —se reprochó Lina, desesperada.

—No, querida, hubiera sido muy peligroso para ti —anotó la abuela—. Si los Bromio te hubieran encontrado, habría sido el fin.

Lina se llevó las manos a la cabeza. Ahora entendía el zumbido y el malestar. En ese preciso momento ocurrían las matanzas en Anub.

—Luego todo empeoró más... —reconoció Imo—. Luna Negra se dirigió al palacio del Gran Concejo. Iba con su adivina oscura y con nuestro Siward, ya enloquecido por el poder y la sangre. Luna Negra le dio una orden y... bueno... fue espantoso.

A la abuela se le cerró la garganta ante el recuerdo.

—Imogene, ¡solo dilo! —interrumpió tía Sangre—. Siward Lamprea degolló a los nueve sabios que quedaban, incluso al asistente. Y Luna Negra alimentó a sus carroñeros con sus cadáveres, solo quedaron unos

huesos amarillentos. Ya no existe el Gran Concejo.

Estallaron las exclamaciones de horror. Lina sintió que el corazón se le detenía, era demasiado.

—Lavinia y yo nos ocultamos entre las montañas de papeles y trebejos de los sabios —reconoció Imogene—. ¡Qué bueno que tienen tanta basura! Así pudimos salir de la cámara. Luego Ben nos ayudó a pasar por un espejo abierto.

—¿Y dónde está mi papá? —preguntó Lina, ansiosa—. ¿Por qué no viene con ustedes?

—Benvolio ya no alcanzó a salir —explicó Vámbéry, taciturno—. Cuando los magos negros tomaron control de Anub, bloquearon las salidas.

—Pero... ¿pero mi papá está bien? —insistió Lina, desesperada.

—¿Bien? —tía Sangre se burló—. Lindura, en este momento tu padre está en manos de Luna Negra y Cerberus. Dime, ¿crees que pueda estar bien?

Capítulo XXVIII
EL OCASO DEL NIDO SAGRADO

Los depositantes usaron uno de los antiguos cuarteles de la Legión Alfa como celda para Benvolio Pozafría. Lo sujetaron a la pared con cadenas. La plata le quemaba las muñecas y los tobillos, aunque eso no le preocupaba al umbrío, ni la pierna fracturada, ni siquiera el boquete en un costado del pecho; todas las heridas sanarían rápido gracias a su vórtice. Lo que le dolía era haber visto la caída de Anub justo el Día de la Liberación. Luchar tanto, tan duro, para perder la capital del Mundo Umbrío. No era justo.

¿Y si los sabios hubieran hecho caso a la advertencia de Lina? ¿Y si él hubiera llegado unos minutos antes para detenerlos? ¿Y si los ancianos no se hubieran podido separar? ¿Y si Ariel hubiera previsto una posible invasión y preparado un batallón de defensa para Anub? ¿Y si Odo no los hubiera retrasado con sus negativas? Eran demasiados *hubiera*, todos frustrantes.

Un guardia abrió la puerta y dejó entrar a una nosferatu con una túnica marrón recubierta con bordados de calaveras y escarabajos. Sobre su generoso escote colgaban collares con símbolos de lunas, huesos y salamandras. Portaba un sombrero con cuervos reanimados y el rostro iba oculto tras un espeso velo. Su perfume y la manera de caminar le indicaron a Ben quién era.

—Titania Labios Sangrantes —murmuró.

—Corazón, supe que estabas aquí —se acercó la vampiresa, casi con alegría—. Quise comprobarlo yo misma. Pero, cariño, ¿por qué esa cara? Esto no es una tragedia.

Benvolio se mordió los labios, estaba tan molesto.

—Sé que todavía no lo aprecias, pero tuviste un golpe de suerte —la

vampiresa se acomodó el velo—. Date cuenta, ¡estás del lado ganador! Hay muchos planes para ti. Te espera un gran futuro, te lo prometo.

—¿Gran futuro? —Ben sonrió con amargura—. Titania, que te quede claro: nunca entregaré a mi hija ni usaré mi vórtice para ayudar a los Bromio. Jamás lo haré, no me importa lo que me hagan. No soy un traidor, como tú.

La vampiresa se quedó en silencio un instante y después lanzó una risita.

—¿Es lo que piensas de mí? No, corazón. Yo soy totalmente fiel a mí misma y la única vez que fallé fue cuando me porté bien y perdí a mi primer y más amado marido —su voz flaqueo un poco— y a mis adoradas hijas. Los vi morir.

—Todos perdimos seres queridos en esa epidemia.

—Oh, cariño, lo sé. ¡Pero yo hubiera podido evitarlo, si me hubiera entregado a las artes oscuras! —suspiró—. Ahora mírame, ya he recuperado el tiempo. ¡Soy líder de casta!

—Y dime, Titania, ¿ha valido la pena? —Ben la miró fijamente—. Tu clan te odia, yo en especial. ¿Cómo pudiste usar a mi hija? La manipulaste para que practicara necromancia, para que liberara a Cerberus...

—Momento, cariño. ¡La salvé! —replicó la umbría—. Si está viva es por mí —bajó la voz—. Moví los hilos para que Cerberus no la matara, ese era el plan. Le di una oportunidad a tu hija, ¿lo sabías? No, claro que no. Nadie se da cuenta ni me lo agradece.

Los cuervos reanimados aleteaban más rápido. Tomó aire para tranquilizarse.

—En fin, solo vine a darte la bienvenida y algunos consejos, porque eres de mi sangre. Esto no lo hago por cualquiera, corazón —se acercó—. Benvolio, cariño, escúchame, vas a estar aquí un tiempo; después, lo más seguro es que te lleven al Castillo de las Minas; así que en ningún momento intentes escapar ni hagas enfurecer a los depositantes. Eso solo te traerá problemitas muy dolorosos. Es más, yo aprovecharía el pasado que tienes con la Dama Oscura, sí, cariño, ¡sabes de lo que hablo! —le dio una palmadita en el hombro—. Si sigues mis consejos, estarás muy bien. Querido sobrino, ¡no sabes el gusto que me da tener a alguien del clan junto a mí!

—No estamos juntos —gruñó Ben, desesperado—. Ni ahora ni después. Si eso es todo lo que venías a decir, puedes irte.

Titania suspiró.

—Como quieras, corazón. Piensa en lo que te he dicho y recuerda: este puede ser el principio de una nueva vida o el final de la que tienes, depende de ti.

En el Castillo de las Minas había una gran expectación. Gis no daba crédito a lo que oía en los pasillos. Los soldados numus hablaban de la conquista del nido sagrado, ¡Anub ahora era territorio depositante! Gis entendió muchas cosas: ¡los viejos encadenados eran sabios del Gran Concejo! Pero ¿cómo era posible si le había advertido a Lina de la trampa? Y, por cierto, ¿dónde estaba Lina ahora? ¿Los sabios capturados seguirían vivos? Las dudas lo desquiciaban, y lo peor es que debía limpiar en silencio mientras los militares brindaban con cerveza de plasma por sus crueles hazañas en la invasión.

—Ahí estás —una mano lo tironeó.

Gis se giró. Era el inmenso Lafcadio, con las botas manchadas con sangre y la mirada brillando de euforia.

—Prepárate, vienes a Anub con nosotros —avisó.

—¿Hay que pelear? —se animó a preguntar.

—¿Tú? No digas tonterías —se burló el entrenador—. Te necesitamos para lo único que sabes hacer. Salimos en unos minutos, ponte el uniforme.

Gis asintió, al menos vería con sus propios ojos qué había ocurrido.

En Cimeria, el clan Pozafría no dejaba de repasar una y otra vez los trágicos eventos de la caída de Anub.

—Si tan solo hubieras dejado un batallón de defensa —recordó Ray.

—¿Me vas a repetir mi error para siempre? —reprochó Ariel, irritado.

Ray balbuceó algo y bajó la cabeza.

—Fueron muchas cosas —intervino Moth—. Era imposible saber lo que pasaría.

—Pero sí lo sabíamos —recordó Lina—. Solo que no era claro. Las esiartis lo advirtieron en aquel oráculo —y citó de memoria—: *Los soldados juntos avanzan, mismo paso, mismo triunfo. Cuando uno intenta adelantarse rompe la formación y el mundo. ¡Oh, desgracia! Trampa doble, trampa mortal.*

—*...la desgracia se abate sobre la raíz con la estrella* —completó Ariel, abatido—. *Lo sagrado se profana, lo profano se vuelve sagrado. Muerte y destrucción.*

—¡Ahora tiene sentido! —reconoció Puck, con pesar—. Los sabios adelantándose, el nido profanado, la raíz con la estrella es Anub; vaticinaron su caída.

—¡Los oráculos son horribles, nunca ayudan! —furioso, Osric agitó sus manitas.

—Ayudan al que atento está —repuso Ariel y de reojo miró a Ray—. Y mi atención no fue perfecta, lo reconozco. Todo se arruinó por eso.

—Pero luchamos tan duro. ¡Es injusto! —agregó Lina, molesta.

—Entonces... ¿el Día de la Liberación no sirvió de nada? —saltó Crésida.

—¡Nunca en mi vida había trabajado tanto! —se quejó Duncan.

—¡Yo hasta dejé de beber! —Gundo abrió una cerveza de plasma, molesto.

—Como sea, les advertí que este plan del Día de la Liberación era absurdo —recordó tía Sangre.

—Momento, queridos. Tranquilos —pidió la abuela—. ¿Saben cuántos nidos liberamos hoy? Ariel, querido... dinos.

—Cincuenta —reconoció el umbrío—. Solo faltaron dos, y fue por culpa de pobladores que se aliaron con los depositantes y rechazaron la ayuda del Concejo.

—¡Cincuenta es un triunfo colosal! —señaló la abuela—. En un día se liberaron miles de esclavos y tibios. Erradicamos la necromancia de casi todo el Mundo Umbrío. Recuperamos nuestro hogar. El trabajo de las brigadas fue impecable, la planeación. Todos fueron excepcionales, desde el más humilde de los mensajeros hasta las guerreras más veteranas. ¡No se atrevan a decir que este esfuerzo no sirvió de nada!

—Madre..., gracias por querer levantarnos el ánimo —Moth carraspeó —. Sabemos que siempre buscas el mejor ángulo de las cosas, pero también gastamos casi todos los recursos: armas, escudos, provisiones, bombas. ¿Cómo vamos a defender los nidos liberados, ahora? Muchos están en ruinas. ¡Y la guerra sigue! No conseguimos detenerla.

—En esta ocasión coincido con mi pesimista hermano —agregó Puck —. Ganamos cincuenta nidos, pero perdimos el nido más poderoso del inframundo.

—*Quien domina a Anub, el tercer reino controla* —Lina recordó el lema de Anub—. Ahí están los mapas de los demás nidos, bóvedas con riquezas, bibliotecas con todos los secretos de las ciencias alquímicas. Con esa información los depositantes van a tener una gran ventaja sobre nosotros. ¡La que antes teníamos nosotros!

El lugar se llenó de quejiditos y suspiros.

—Y lamento recordarles esto —Ray se aclaró la garganta—, pero el Concejo Tibio marcó el Día de la Liberación como el límite para acabar con la guerra umbría. Ahora va a intervenir... y todo será peor.

Los quejidos subieron de intensidad, hasta Dromio Gusanos ocultó la cabeza bajo su funda.

—Tal vez la profecía de los Bromio es cierta —Gundo destapó la segunda cerveza de plasma del día—. Este es el final.

—¡Por favor! Voy a tener que detenerlos de nuevo —pidió Imogene—. ¡Alto a este drama de folletín! ¿Qué son? ¿Coleópteros sin seso? Hay que tener dignidad, somos nosferatus pensantes. Bueno, seres pensantes —miró a Vámbéry, Ray y Lina.

—Imogene, ¿por qué insistes? Sabes que todo está perdido —sentenció tía Sangre—. Dar falsas esperanzas es todavía más cruel.

—Para crueldades, tus modos, querida —reviró Imogene—. Y no, no todo está perdido. Seguimos contando con las ciento sesenta y cinco tropas y el acceso a los pasajes subterráneos del segundo reino, con la alianza con las tribus umbras. ¡Yo misma intentaré hablar con el Concejo Tibio! No hemos perdido todo, todavía contamos con una ventaja clave.

Imogene cruzó una mirada con Vámbéry, algo se traían entre manos.

Gis parpadeó, atónito. Estaba en el fabuloso Anub, el nido sagrado. Aunque había cadáveres en las calles y algunos escombros, en general, la mítica ciudad subterránea parecía entera. Aún lucía en toda su majestuosidad y belleza, con su trazado de panal perfecto, sus setecientos setenta edificios con forma de pirámide de zigurat, dispuestos en once sectores o barrios. Por lo visto, Luna Negra había ordenado conservar el nido.

El proceso de invasión era siempre igual. Los pobladores originarios eran llevados ante los depositantes. Si prestaban juramento a los Bromio y daban un pago, serían numus; si se negaban, se convertirían en esclavos. Los tibios eran despachados directamente a las granjas de extracción. Se colocaban banderas y pendones necrománticos sobre los edificios principales. Gis vio algo de eso mientras Lafcadio lo llevaba a un enorme edificio piramidal luminoso. El interior era espectacular, con estatuas, fuentes y un vestíbulo con un montón de puertas forradas de hoja de oro. Lo curioso es que los pasillos estaban llenos de objetos: lámparas, bacines, candelabros, hornillas. Los soldados sacaban de las habitaciones todo lo que fuera metálico. En una antecámara, Lafcadio y Gis se encontraron con los otros talismanes numus.

—Traigo al sombrío —señaló el entrenador—. Muéstrale lo que debe encontrar.

Cyneburga desenvolvió un trozo de cuero; dentro había una daga plateada, ligeramente amarillenta, con empuñadura de acero.

—¿Es hoja de plata? —la estudió Gis.

—Venenosa plata —confirmó Lafcadio—. Necesitamos que busques dos piezas similares, creemos que están en este palacio. Puedes romper puertas, candados, cerraduras, lo que sea necesario. Cyneburga te acompañará para que no se te ocurra robar nada.

Gis se extrañó, normalmente su trabajo consistía en dar con fastuosos tesoros; esas dagas ni siquiera eran tan costosas. Algunos filos de plata se consideraban solo armas funerarias, creaban lazos argentos. Entonces tuvo una sospecha. No era posible...

—¿Qué esperas, sombrío? —gritó Lafcadio—. ¡Esto urge!

En Cimeria, el clan Pozafría miraba con asombro las dos pequeñas dagas de plata que había extraído la abuela de un estuche de plomo que guardaba en el bolso. Una de ellas estaba unida con remaches, como si hubiera vuelto a ser ensamblada.

—¿Son las puntas de argén? —Lina las miró, atónita.

—Así es, querida —asintió la abuela—. Estas son las armas que hirieron de muerte a Luna Negra y a Cerberus. Estaban en una bóveda de la cámara del Gran Concejo.

—No teníamos permiso para sacarlas, claro —reconoció Vámbéry—. Así que Ben rompió la cerradura con su estaqueta, fue un escándalo, pero aquí están.

Lina empuñó una daga, ambas parecían normales; Ray se animó a tocar la otra.

—Perdón, solo para confirmar —preguntó el soldado humano—. Entonces, ¿estas son las únicas armas que pueden matar a Luna Negra y a Cerberus?

—Exacto, ¡pero no apuntes para acá! —pidió Moth, tenso.

—Para nuestra especie la plata tiene un efecto curioso —explicó Puck —. Si un umbrío recibe una herida con esto, la lesión nunca cerrará y quien haya sido lastimado de gravedad quedará atado a ese filo. Por eso se usan los punzones de plata para crear el lazo o sopor argento, la agonía eterna.

—Y si quisieras matar a ese umbrío herido, necesitarías forzosamente el arma que causó el daño originario —Moth señaló las puntas de argén.

—Pero ¿qué pasa si a ese umbrío lo decapita alguien con otra arma? —Ray dejó la daga en su lugar—. O si le atraviesan el corazón con una estaca, ¿no se muere también?

—Claro, también te pueden arrojar a una trituradora de carne y hacerte empanadas —opinó tía Sangre—. Pero no vas a morir, no del

todo.

—A pesar del burdo ejemplo, Lavinia tiene razón —reconoció Puck—. Si hay un umbrío atado a un filo de plata, pero alguien lo destruye de otro modo, el resto del cuerpo queda con vida latente y sigue enlazado al primer filo de plata.

—Un mago negro podría recoger un hueso, la cabeza, un dedo de ese umbrío —siguió Moth—, e invocar su esencia para depositarla en otro recipiente. En fin, una asquerosidad.

—Pero muy práctica —aseguró Puck—. Dicen que algunos nigromantes de la antigüedad usaban esto para mudarse de un cuerpo a otro, y no podías detenerlos hasta que encontraras su filo de plata originario. Claro, estamos hablando de alta magia negra.

—Sí que es extraño —reconoció Ray.

—Qué miedo... —gimió Osric.

—Pero esto no va a ocurrir —mencionó Ariel, que parecía de mejor ánimo—. Fue una gran idea sacar las puntas de argén. Esto es lo único que puede detener a los Bromio.

—Luna Negra y Cerberus darían lo que fuera por ellas —Vámbéry miró las armas, pensativo.

—Querido, lo dices como si estuvieras pensando devolverlas —dijo Imo, nerviosa.

—Solo si hay un buen pago, como Ben y los prisioneros —repuso Arminius.

Todos lanzaron algunos gritos y sonoras exclamaciones.

—A ver, momento. Es solo una idea, escuchen —los ojos verdes de Vámbéry destellaron—. Imaginen que me acerco a los Bromio y les digo que puedo darles una daga, solo una, y que la entregaré a cambio de Ben y de los prisioneros de Anub. Sería un intercambio justo.

—Pero, querido, ¿de verdad darías una de las puntas de argén? —murmuró Imo.

—Tal vez no sea necesario —interrumpió Moth—. ¡Nosotros podemos hacer una réplica exacta!

De pronto todos guardaron silencio, como sopesando la posibilidad.

—No, olvídenlo. Es demasiado riesgo —comentó la abuela—. ¡Es imposible engañar a los Bromio!

—Pero Vámbéry tiene el poder de influjo —recordó Lina, interesada en el plan—. Puede convencer de lo que sea a quien sea. ¡Es su vórtice!

—Lo usaste en las batallas —recordó Ariel, pensativo—. Y con éxito.

—Pero esto es distinto —insistió Imogene—. Tendrías que entrar a Anub de nuevo y hablar con Luna Negra o Cerberus, ¡no son cualquier soldado!

—Déjenme intentar —insistió Vámbéry—. Iría sin armas, solo como

negociador. Tenemos poco tiempo antes de que se entere el Concejo Tibio y tome cartas en el asunto.

El último comentario lo definió todo. Podría ser su última oportunidad.

—Pues a mí ya me convenció —aseguró Duncan—. ¡Y no sé si usaste el influjo que dices!

—Arminius, trae a mi papá a casa —pidió Lina—. ¡Está en peligro!

—¿Quién está en peligro? —preguntó una voz. Era Alessa, llegaba a Cimeria con Hans y sus amigos: Lupo, Urso y Vulpino—. ¿Comenzaron la celebración sin nosotros? Qué pasa, ¿y esas caras? ¿De qué nos perdimos?

Capítulo XXIX

ORBIS TOTALLUM

Cientos, miles de años tardaron los sabios del Gran Concejo en acumular objetos y documentos en la cámara de audiencias. Tesoros, actas, reportes, crónicas, registros, permisos, reglamentos y acuerdos establecidos hacía centurias, todo se guardaba obsesivamente. Y bastó un solo día para que desapareciera. La casta depositante de los dulianos se encargó de hacer la limpieza. Cada documento, sin excepción, fue a parar a los ductos de desperdicios, directo al magma. Los umbríos de servicio tardaron un poco más al revisar los objetos, entre los que encontraron un sarcófago egipcio que contenía otros cinco; era de un antiguo sabio llamado el Faraón Chupasangre. También hallaron baúles con doblones españoles, pequeños autómatas musicales, esculturas de Praxíteles y Lisipo, tres guajes que aseguraban contener fantasmas y óleos de una pareja de artistas llamados Frida y Diego. En general, todo se consideraba casi basura, salvo que tuviera oro o piedras preciosas. Además, los dulianos tenían la consigna de apartar celosamente cualquier cosa con forma de daga o punzón de plata.

Mientras tanto, en una de las antecámaras, los sirvientes montaron una habitación para que el Destinado tomara sus siestas. Era sabido que tenía una vida alterna con la peligrosa entidad en el Cruxos. Las puertas estaban al cuidado de sus escoltas de aberrantes, los ángeles albinos llenos de manchones de barro y sangre.

—Amo..., ¿puedo pasar? —preguntó Titania en el umbral.

Al no recibir negativa, Titania se animó a entrar. Los aberrantes apenas lanzaron un leve resoplido. La vampiresa encontró a Cerberus de pie en la penumbra, aún vestía la armadura de guerra negra con motivos dorados, estaba impecable.

—Disculpe por interrumpirlo, pero su ejército lo espera para celebrar... —la nosferatu detectó esa energía melancólica común en el Destinado—. Amo, ¿está todo bien?

—Fue aquí, en Anub —señaló Cerberus—. En este sitio mataron casi a todos mis ancestros. Aquí los envenenaron.

Titania abrió una cortina para que entrara la luz.

—Fue en el patio central del edificio —reconoció la umbría—, durante la ceremonia del *Orbis Totallum*; pero mejor piense en el presente. Hemos llegado aquí gracias a usted, su plan resultó perfecto, mejor de lo que todos imaginaron.

—¿Mi madre está feliz?

—Sí, y tan orgullosa de usted, ¡todas las castas lo están! Amo, ¿se da cuenta? Con un solo golpe ha conseguido vengar a su clan. Y el nido donde fueron martirizados sus ancestros ahora es suyo. Por cierto, todos debemos prepararnos. Será hoy.

Cerberus guardó silencio.

—¡Para terminar lo que quedó pendiente hace más de un siglo! —explicó Titania—. La Dama Oscura ha ordenado que se retome la ceremonia que le dará el nombramiento a la pareja sagrada. Un solo mando para controlar el tercer reino.

El enorme umbrío no parecía entusiasmado, al contrario. Se sentó en la cama.

—Disculpe, Destinado... si he dicho algo que lo incomode...

—¿No te cansas, Titania? —interrumpió Cerberus.

La vampiresa se retiró el sombrero con el velo. Solo se atrevía a hacerlo frente al amo, quien no podía verla a detalle.

—De esto, de la guerra —explicó Cerberus—. Yo sí, me canso de estar atado a una venganza que comenzó antes de mi nacimiento.

—No se le ocurra decir eso delante de la Dama Oscura —recomendó Titania y escudriñó su hermoso y atormentado rostro—. Debe estar agotado. Es normal, nadie esperaba este día. Por cierto, le tengo una noticia que seguramente le dará ánimos —se acercó, confidente—. ¿Sabe a quién tenemos preso? —se regodeó un segundo más con la noticia—. A Benvolio Pozafría, el primer amor de su madre.

—Sé quién es —Cerberus se giró, con súbito interés—. ¿Dónde está? Necesito reunirme con él. ¡Es el padre de Lina!

—Espere un poco —exhortó Titania—. Yo ya lo vi y está muy agitado, tiene que asimilar su nueva situación. Tuvimos suerte de capturarlo, Benvolio tiene dones asombrosos y algunos los heredó a su hija. Ya lo conocerá, amo, lo prometo.

La noticia despejó el ánimo de Cerberus, como cualquier cosa que tuviera que ver con Lina Pozafría. Volvieron las esperanzas a su corazón.

El palacio del Gran Concejo era casi una ciudad en sí misma, con cientos de galerías, cámaras, antecámaras y cuartos, y Gis los recorrió todos. Para cumplir con el encargo registró también el salón de las banderas, el de los mapas, las inmensas bibliotecas. Un batallón de sirvientes hacía lo mismo, pero no tenían el don de Gis, el cosquilleo que se activaba al estar cerca de metales preciosos. Al final de la jornada localizó doscientos treinta y dos dagas de plata. Las llevaron a un patio.

—Ninguna es la que buscamos —aseguró Lafcadio luego de estudiarlas.

—Tal vez están en las bóvedas o en alguna casa gremial —comentó Cyneburga—. Falta ir al barrio de las esiartis y a la aduana. Podrían estar en cualquier parte de la ciudad.

—Pero nos llevaría meses revisar todo —murmuró Gis, desfallecido.

—¿Tienes otra cosa qué hacer? —se burló Lafcadio—. Escucha, sombrío, no vas a dormir ni a comer hasta que aparezcan, ¿quedó claro?

Gis no podía negarse, estaba condenado a obedecer, aunque algo le decía que esas dagas ya no estaban en el nido. Salió a la calle con Cyneburga y en las aceras vio a miles de ancianos empleados del Concejo, los antiguos empleados de Anub, todos de rodillas y encadenados. ¿Qué les iban a hacer?

Cien guerreros vigilaban el cuartel donde estaba preso Ben. Se apostaban en los patios de entrenamiento, en el antiguo comedor, en las azoteas y hasta en los sótanos (ya conocían a los Pozafría, eran expertos en escapes espectaculares). Pytia se acercó para hablar con el jefe de vigilancia y, minutos después, los soldados numus se postraron al descubrir quién se aproximaba.

Dentro del cuartel, Ben escuchó que descorrían las cerraduras. Entonces entró una vampiresa de andar extraño y respiración sibilante; debajo de su túnica emanaba un ligero zumbido. Benvolio supo de inmediato quién era. Luna Negra se descorrió la capucha y quedó al descubierto su rostro colmado de cicatrices, los ojos alargados, amarillentos y el gran tajo en la garganta. Irradiaba una intensa aura oscura, pero Ben la miró sin miedo, furioso.

—Benvolio... —sus labios esbozaron una mueca parecida a una sonrisa, sus dientes eran negros—, qué distinto me recibías antes.

—Eso fue hace siglos —Ben reconoció a su pesar.

—Solo uno, pero sí que éramos jóvenes e ingenuos —la vampiresa lanzó un resoplido por la herida abierta—. Mírate, estás casi igual. En cambio yo... —movió el muñón, no llevaba la prótesis—. Qué poco me duró la belleza. Era prodigiosa, ¿no es verdad?

Ben no respondió, nunca iba a olvidar cuando vio a Luna Negra por primera vez; fue mientras estudiaba en la biblioteca del castillo Estigius. Sabía que era la hija del poderoso Fiers y que estaba comprometida con su propio hermano, Fedro. Luego, todos los sentimientos se enredaron, Ben le prometió que la salvaría, que se la llevaría lejos. ¡Prometió tanto! El nosferatu sacudió la cabeza, sonaron las cadenas.

—Ahora soy todo un monstruo, lo sé —la Dama Oscura se acercó unos pasos—. ¿O te sigo gustando, Benvolio? ¿Un poco?

Lanzó una risita ronca, que se mezcló con asibilaciones de la abertura del cuello.

—Hacíamos una gran pareja —continuó—. Nunca entendí por qué te enamoraste de la humana. Por cierto, mi pésame, una lástima que ese amor durara tan poco.

—Tú ordenaste que la mataran —soltó Ben, irritado.

—Pero te hice un favor —repuso la umbría, divertida—. Con el tiempo te habrías aburrido de ella. Los tibios son tan simples... Los viejos amores son los mejores, a que sí.

Estaba tan cerca que Ben podía oler su aliento, era como aspirar el aroma de un cadáver en descomposición. Llevaba un siglo en agonía suspendida.

—¿Qué quieres? —preguntó impaciente Ben.

—Tú dímelo.

—Vas a pedirme que trabaje para ti, que ponga a tu disposición mi vórtice, que te entregue a mi hija...

—Tienes todo tan claro, Benvolio —asintió la nosferatu, complacida —. ¿Podrías hacer eso por mí?

—Nunca voy a traicionar a mi gente.

Luna Negra estalló en pedregosas carcajadas.

—Si ya lo hiciste. ¡La traición es parte de tu naturaleza! —su voz se volvió afilada—. ¡No te hagas el bueno conmigo! Sabes que esta guerra, las invasiones, cada muerte, todo ha ocurrido en parte gracias a ti, amado mío.

Azorado, Ben negó con la cabeza.

—Salvaste mi vida dos veces—recordó la Dama Oscura.

A Ben se le llenaron los ojos de lágrimas, estaba furioso. Era verdad: después de la matanza de los Bromio, Luna Negra escapó con su padre y Ben les encontró un escondite en el Mundo Tibio. Sirvió hasta que su

abuelo Basanio los localizó y mató a Fiers; a ella no pudo terminar de degollarla porque Ben lo impidió atacando a su querido abuelo. Y de nuevo la salvó al poner las manos sobre su herida, que no cerró por el corte de plata, pero contuvo la hemorragia gracias a un don que ni siquiera conocía. Años después intentó hacer lo mismo con Marcia, aunque con ella fue demasiado tarde. Esa era su mella: perder lo que más amaba.

—Era joven y soberbio —reconoció Ben—. Cometí un error tras otro en nombre de lo que yo creía que era amor.

—Amor... —repitió Luna Negra, fascinada—. No tienes por qué culparte de haber sentido eso por mí.

La vampiresa se inclinó sobre el preso. Con la mano que le quedaba le acarició suavemente el rostro.

—Benvolio Pozafría, solo tú me has amado de verdad —en su voz había un rastro de sentimiento, una emoción real—. Para mi padre fui el instrumento de una profecía; para mi hermano, un deber qué cumplir; para mi ejército, temor y obediencia. ¡Ni siquiera mi hijo me ama!, hay tanto resentimiento en sus afectos. En cambio tú, amado mío, a ti nunca te interesó la riqueza ni el poder de mi clan. Me quisiste porque era yo. ¿Recuerdas esas cartas preciosas que me enviaste? ¿Cómo te llamaban entonces? ¡El ingobernable Escrápula! —contuvo el aliento—. Estuviste a mi lado y me salvaste la vida solo por amor, sin saber qué recibirías a cambio.

A Ben le ardía la cara de vergüenza, llevaba un siglo atormentado por esa culpa.

—Sé que no me quieres ahora y está bien —respondió Luna Negra, antes de que Ben pudiera decir algo—. Pero te tengo una buena noticia. Escúchame, solo necesito que dejes a un lado esa falsa máscara de mártir: por los servicios que brindaste a la heredera del Nuevo Orden, te recompensaré con creces.

Ben estaba atónito. ¿Había oído bien?

—Te ofrezco un lugar a mi lado —continuó Luna Negra—. Compartiré contigo las riquezas que tengo, mi inmenso poder. Y tal vez, si seguimos el camino que comenzamos, volveremos a encontrarnos con quienes fuimos —lanzó un resoplido por el tajo de la garganta—. Lo sé, tal vez no sea tan hermosa como antes, pero esto es una envoltura temporal. Tengo a magos nigromantes trabajando y recuperaré lo que antes tuve, mejor tal vez —con el muñón hizo un círculo sobre su rostro desfigurado—. Seré hermosa de nuevo. ¿Qué dices, Benvolio? ¿Por nuestro viejo amor?

Ben no podía creerlo. ¿Cómo se atrevía a pedirle eso? Ella, que había desatado epidemias y guerras, que corrompió a Siward, a tía Lucinda y a Titania; que ordenó perseguirlo y asesinar a su esposa Marcia; que puso

un sello necromántico en Lina para años después usarla y liberar a su propio hijo. Pero también recordó el consejo de Titania, tal vez convenía engañarla, usar ese resquicio de afecto.

—Tienes razón en una cosa —Benvolio se irguió todo lo que le permitían las cadenas—. Te amé sin ningún interés, a la umbría que eras entonces...

La vampiresa estaba muy quieta, atenta a sus palabras.

—Pero entre nosotros ahora existe una diferencia —Ben no pudo contener esa furia—. No intentes hacerme responsable de algo que no hice. Desde hace un siglo me he dedicado a remediar el desastre que causé, mientras tú te convertiste en esto. Y no hablo de tu aspecto, sino del despojo que te habita. Has borrado todo rastro de lo que fuiste. Eres solo venganza, destrucción, hiedes a podredumbre. Me arrepiento de haberte amado; me arrepiento tanto que si pudiera regresar el tiempo cien años atrás, en lugar de protegerte, yo mismo habría terminado contigo.

Hubo unos minutos de silencio absoluto. Una lágrima solitaria cruzó el rostro de la vampiresa.

—Tomaré eso como un no —dijo con suficiencia y enseguida esbozó una sonrisa enorme, tensa—. Qué lástima, Benvolio. Ahora solo te queda el camino duro.

—¿Contigo hay otro?

—¡Tan digno como siempre! —exclamó irónica—. Veremos cuánto te dura el orgullo después de soportar el dolor —se dirigió a la puerta y, antes de salir, lo miró con fijeza—. Tal vez este es el mejor regalo que pudiste darme, Benvolio, gracias.

El nosferatu estaba desconcertado.

—No necesito tu amor —señaló la Dama Oscura—. Será más divertido sentir tu odio. Tú me hacías débil, Benvolio, pero no más. Te lo agradezco.

La umbría mantenía la sonrisa cruel, pero Ben pudo captar un destello de algo más, una mirada dolida, otro rastro de un sentimiento real: el último resplandor de una vela que se consume.

Vámbéry puso a trabajar como nunca su vórtice de influjo. Envió un mensaje a los depositantes, tenía algo importante que comunicar a la pareja sagrada. Aseguró que iba solo, sin armas. A pesar de lo abrupto de la petición, convenció a un vigilante de ayudarlo a cruzar el portal, luego a un soldado de que llamara al jefe y finalmente pidió una audiencia con el líder de los Timures.

—¿Tú mandaste el mensaje? —Siward se detuvo sorprendido, al verlo

—. ¡Eres un tibio!

—Espero que no tengas hambre —repuso el humano, tranquilo—. Seguro has oído sobre el talismán tibio del Gran Concejo. Pues bien, soy yo: Arminius Vámbéry.

—No hablo con bolsas de sangre —dijo Siward con desprecio y se dispuso a irse.

Arminius miró el caos a su alrededor, los miles de objetos dispersos en los pasillos.

—¿Siguen buscando las dagas de plata? —el humano sonrió—. Es inútil. No van a encontrar las puntas de argén, ya no están en Anub.

Siward se detuvo, se giró para ver al tibio.

—Sé dónde están, por eso vengo. Pero solo se lo diré a los Bromio —aseguró Arminius.

Con Vámbéry negociando, la abuela Imo recomendó a Lina que se mantuviera a resguardo. Ni siquiera era recomendable que ayudara en Ubus ni en ningún otro nido. Lina se encerró en su antigua habitación en Cimeria. Era justo como la recordaba: veintiún cuartos de paredes blancas, candiles de vidrio ámbar, una biblioteca, el lujoso baño con tina de mármol verde, la terraza con vista a la siniestra Torre del Este. Como de costumbre, Osric la acompañaba, hablando sin parar sobre las batallas.

—¿Por qué lloras? —Osric se detuvo, asustado—. ¿Dije algo malo?

—No es eso—la joven se limpió las lágrimas—. Es que no puedo dejar de pensar en mi papá.

—Pero Vámbéry lo va a traer, ¡vas a ver! Lo que tiene de feo, lo tiene de listo. ¡Es inteligentísimo!

Lina sonrió, a veces se le olvidaban los parámetros de belleza umbríos.

—Lo sé, pero me siento mal porque discutí con él —reconoció—. Le dije cosas horribles y lo peor es que disfruté hacerlo. Todavía me da gusto, pero también culpa...

Osric la miró desconcertado.

—Papá inició una relación con Ludmila, una de los talismanes —reveló Lina—. Para mí es como si traicionara a mi mamá. Ya sé que está medio viva o medio muerta... ¡Esto es tan confuso! Pero ahora me siento inmadura y mala... ¿estoy mal?

El pequeño nosferatu evaluó la situación.

—Los padres nunca se portan como deberían —dictaminó—. A veces son una vergüenza; por ejemplo, siempre he pensado que mi papá quiere más a sus pelucas que a mí.

Lina no pudo evitar reír, se sentía tan bien hacerlo solo porque sí. Abrazó a Osric.

—Te extrañé tanto, no puedes ni imaginarlo.

—¿De verdad? —el pequeño nosferatu sonrió radiante.

—Eres mi primo consentido y mi mejor amigo —aseguró Lina—. Oye, ¿ya le enviaste el regalo a tu novia Mildred?

—Muchos. Ya le estoy preparando otro paquete —Osric corrió a abrir un pequeño morral y sacó un cuaderno—. También le hice una crónica de mis hazañas en la guerra. ¿Puedo leértela? ¡Solo son veinte hojas!

Lina asintió. Claro que quería. Era lo que más deseaba en ese momento: distraerse con el romance de un pequeño nosferatu.

Vámbéry pasó por una minuciosa inspección, revisaron que no llevara armas ocultas o artilugios alquímicos; iba limpio, aun así, los soldados lo esposaron. Lo primero que hizo Pytia al verlo fue extraer una gota de sangre para quemarla en la flama de una vela.

—Dice la verdad —leyó la esiartis, con sorpresa—. El tibio sabe dónde están las dagas.

—Puntas de argén —repuso Vámbéry—. Así les llamamos ahora.

Lo habían llevado a la cámara de las audiencias del Gran Concejo. Sin todos los objetos y archivos de los ancianos el lugar lucía inmensamente grande. Al frente, en la plataforma donde los sabios más sabios dirigieron el Mundo Umbrío, se encontraba Luna Negra, sentada en una gran silla de oro rojo. Debajo estaban Pytia, Siward Lamprea y, distribuidos en los accesos, treinta guerreros, todos armados con estaquetas. Vámbéry sabía que cualquiera ahí podía matarlo en segundos.

—¿Y Cerberus? —Arminius miró alrededor—. Esto también le interesa.

—Yo decido si lo que vienes a decir interesa —espetó Luna Negra.

—Si este asqueroso tibio sabe dónde están las dagas, solo hay que torturarlo y ya —urgió Siward—. Yo me ofrezco, será rápido.

—Bien. Así están las cosas —comenzó Vámbéry, con voz cadenciosa y perfecta dicción—: Si me matan, nunca sabrán dónde están las puntas de argén. Si vuelvo herido o no regreso, mis soldados tienen órdenes de esconder las dagas en el fin del mundo; pero si me escuchan, tal vez lleguemos a un acuerdo que nos convenga a ambas partes.

—Eres muy descarado para ser solo un humano —observó la Dama Oscura.

—Es que no soy un humano cualquiera —se irguió Vámbéry.

—No sé si eres osado o simplemente estúpido —Luna Negra lo miró con cierto interés—, pero te advierto que nunca negocio.

—Tal vez porque no ha encontrado algo que sea de su interés —sonrió Vámbéry.

—Cuidado con la lengua del tibio —advirtió Pytia—. Dicen que es peligrosa.

—Eso es porque digo la verdad —puntualizó Arminius—. Pues bien, el asunto es sencillo: como seguro ya han comprobado, conseguimos sacar las puntas de argén de Anub... Pero estamos dispuestos a devolver una.

—¿Cuál de ellas? —preguntó Pytia.

—Esa es su elección —aseguró Vámbéry—, pero la que elijan tiene un costo: quiero que ponga en libertad a Benvolio Pozafría y a los prisioneros de Anub.

—Por prisioneros, ¿a quién te refieres? —interrogó Siward, molesto.

—A todos —los ojos de Arminius parecían más verdes—. Apuesto que ningún empleado del Concejo ni una sola esiartis ha logrado ser parte del Nuevo Orden. En este nido prefieren la muerte a hacer eso. En el mejor de los casos serán esclavos que hay que alimentar. Por lo tanto, será más ventajoso que me los lleve.

—La vida de miles de umbríos por una vieja daga —gruñó Siward.

—Esa daga lo vale, ¿no lo cree, Dama Oscura? —Vámbéry miró a Luna Negra.

Pytia se acercó al humano y volvió a picarle la mano con un punzón, la sangre la roció sobre un montón de dientes con símbolos, hizo una tirada.

—El tibio dice la verdad, pero no lo dice todo —estudió la adivina.

—Nadie dice todo, ¿o tú lo haces, Pytia? —reviró Arminius.

—Primero necesitamos ver la daga —propuso Siward, casi convencido.

—Desde luego. Haremos un protocolo para el intercambio —asintió el humano—. Siempre y cuando se acepte el trato. ¿Dama Oscura?

Luna Negra entrecerró sus ojos amarillentos.

—Suena interesante —reconoció la vampiresa—. Aunque me daría pena perder a Benvolio, tengo planes para él.

—Dama Oscura..., disculpe por interrumpir —intervino un depositante contrahecho de túnica rosada—, pero es tiempo.

—Cierto, Rutko —Luna Negra se dirigió al humano—. Seguiremos con esta charla después. Debo completar la ceremonia que quedó pendiente hace cien años y cien días.

—El *Orbis Totallum* —murmuró Vámbéry, atónito.

—Exacto y lo verás por ti mismo —Luna Negra le hizo una seña a Siward—. Retírale las cadenas y procura que tenga buen lugar, que nadie se alimente de él. Arminius es ahora mi invitado —lo señaló con la mano de metal—. Y descuida, pensaré en tu interesante ofrecimiento y te haré

llegar mi decisión.

Gis no supo qué ocurrió, pero le exigieron suspender la búsqueda de las dagas de plata. Como ya no era necesario, Lafcadio ordenó su regreso al cuartel del Castillo de las Minas. A toda prisa, Cyneburga lo llevó al portal reflejante, pero un vigilante avisó que todos los accesos del nido estaban bloqueados por la ceremonia.

—Ve a la sección de esclavos en la explanada —le ordenó la talismán—. No te muevas de ahí. Cuando termine el ritual te llevaré a los cuarteles.

Gis se colocó la careta de calavera y se dirigió al patio principal donde preparaban el rito necromántico. Le había tocado ver un par y los odiaba, siempre eran bárbaros y crueles, pero ahora no podía irse. El chico subió hasta los últimos niveles de las gradas.

Pronto se dio cuenta de que no era una ceremonia cualquiera. Los dulianos habían montado un estrado sobre la fuente de oro y alrededor se disponían unas mil sillas. Los umbríos se iban sentando según su importancia. En las primeras filas estaban las castas depositantes y sus líderes, incluyendo a un umbrío jorobado, a otro nosferatu muy alto con túnica azul oscuro, a una adorable anciana chupasangre (acompañada de una aberrante terrorífica disfrazada de muñeca, con colorete en las mejillas, pero con garras de metal por manos). Gis reconoció a la esiartis Pytia, a Titania con su infaltable sombrero con velo, al repulsivo Siward Lamprea. Atrás estaban los encarnados, luego los numus y finalmente los esclavos. Cuando se ocuparon los lugares, unos guerreros hicieron sonar unas trompetas y Luna Negra y Cerberus hicieron su aparición. Todos se postraron.

—¡Inclinen la cabeza! —gritó un soldado a los esclavos.

La Dama Oscura lucía como siempre: terrorífica, con una mano de bronce articulada, en su túnica púrpura brillaban los bordados de calaveras. A su lado, marchaba su hijo Cerberus, más musculoso de como lo recordaba Gis. El cabello largo y de un rubio casi blanco le caía a la espalda, vestía un exquisito uniforme rojo y dorado y llevaba a la cintura un arma con una funda de cuero con marcas necrománticas. Debía de ser Abismo. La piel del vampiro emitía un tenue brillo, decían que era por los pactos que tenía con una entidad oscura del primer reino. Gis no pudo evitar sentir celos. Recordó que ese umbrío besó y bebió sangre de Lina, *su* Lina. Incluso la marcó como suya.

Ya en el estrado, Luna Negra comenzó con un discurso y Gis se enteró, con horror, de que estaba a punto de presenciar el *Orbis Totallum*: la

ceremonia que les daría el poder a los Bromio para controlar el Mundo Umbrío. Por ahora, al menos tendrían el nombramiento. Un siglo atrás los sabios del Gran Concejo y varios clanes lo impidieron al asesinar a casi todos los miembros de la familia maldita. Ahora no había nadie que los pudiera detener.

El rito era abominable. Dirigidos por Titania, los magos oscuros subieron al estrado para trazar signos necrománticos con sangre, sal y una pasta que ardió al contacto con el aire. En un retablo, Pytia colocó una pila de huesos amarillentos y torcidos, para después prenderles fuego. Gis vio cómo algunos esclavos lloraban. "Los sabios más sabios", murmuraron atónitos. Después, los encarnados rompieron el escudo de Anub, la imagen de una raíz con once ramales y la estrella; y presentaron el nuevo símbolo del nido, era el mismo de Luna Negra: la media calavera, la señal de los Bromio.

—Tardé cien años y cien días en llegar aquí —confesó la Dama Oscura —. Pero hoy cumplo la promesa hecha a nuestros mártires y ancestros. Mi hijo y yo tomamos el control de este reino. Desde aquí se dictarán las nuevas leyes, cada acuerdo y declaración de guerra. El *Orbis Totallum* se sella con una ofrenda de sangre y que así sea.

Gis ya había visto que esas ceremonias terminaban con el sacrificio, casi siempre, de un tibio. Era horrible, no lo quería ver.

—¿A dónde vas? ¡Vuelve a tu sitio! —le gritó un vigilante al verlo de pie.

Unas gradas más abajo, Cyneburga se giró para ver qué ocurría. Gis se sentó.

Todos guardaron silencio y unos guardias sacaron al patio a la ofrenda de sangre: era un prisionero encadenado de manos y pies, llevaba la cabeza cubierta con una capucha púrpura. Solo gemía, iba amordazado. Lo ataron a una base metálica.

—Que la sangre que derramemos sea alimento para nuestros ancestros —pidió Luna Negra—. Que con esto recuperemos los nidos perdidos y se abra el camino a la victoria. Que cada reino conquistado sea campo para recibir su palabra: el Nuevo Orden.

Pytia mostró un largo puñal de hierro, un estilete, y se acercó al prisionero.

—Espera, este sacrificio lo hará el Destinado —anunció Luna Negra—. Él nos trajo a Anub, por él tomamos este nido, merece el honor. Adelante, alma mía, dale de comer a tus ancestros.

Pytia entregó el estilete a Cerberus. El nosferatu parecía sorprendido por el cambio en el protocolo, Luna Negra se acercó a él.

—Demuéstrales a tus soldados que eres capaz de dar muerte con tu propia mano —lo animó—, que eres digno heredero de la profecía.

Empujado por la presión y los murmullos, Cerberus se acercó al

prisionero encapuchado. Desde su lugar, Gis alcanzó a ver que los ojos del temible nosferatu aún estaban cubiertos como por un velo. Decían que solo percibía borrosas siluetas.

—Tu vida dará de comer a mis ancestros y sellará esta ceremonia —anunció el Destinado, la mano le temblaba un poco—. Hoy los Bromio y sus hijos depositantes, todas las castas, hacemos válido el *Orbis Totallum*. Quien domina a Anub el tercer reino controla.

Y sin pausa, para no dar tiempo a la duda, Cerberus hundió el estilete de hierro en el pecho de la ofrenda de sangre. El prisionero lanzó un gemido ahogado y la sangre comenzó a manar, aunque era poca. Pasaron unos minutos, algo raro ocurría.

—Le he atravesado el corazón —aseguró Cerberus—. No sé cómo sigue con vida.

—Entonces hazlo otra vez, las veces que sean necesarias —ordenó Luna Negra.

Gis quería cerrar los ojos, a cada momento todo se volvía más horrible. Fueron trece las veces que Cerberus hundió la hoja del estilete en el encapuchado. Le atravesó el pecho rompiendo varias costillas, le cruzó el cuello, abrió su espalda, descerrajó el estómago. Bajo la capucha, el prisionero seguía gimiendo.

—¡Qué ensalmo es este! —Cerberus se limpió el sudor, su bonito uniforme estaba batido en sangre—. ¿Por qué no muere esta criatura?

Todos comenzaron a murmurar desconcertados, desde los esclavos hasta los líderes de las castas nigromantes. Titania intentó subir al estrado, pero Pytia la sujetó de un brazo. Algunos viejos criados lloraban. Por su lado, Gis quería bajar y detener ese martirio.

—¡Sigue! —ordenó Luna Negra cuando Cerberus arrojó el estilete al suelo—. Debes entregar su vida a nuestros ancestros y sellar la ceremonia. Usa la estaqueta Abismo y termina de una vez.

Cerberus extrajo la estaqueta de su funda. Las tres hojas, filo, fuerza y velocidad, se desplegaron alternándose, listas para el toque mortal. Bastó un roce del arma para abrir un gran boquete en el pecho del prisionero. Su corazón salió despedido y finalmente la ofrenda de sangre lanzó un grito agónico y quedó quieto, despedazado.

—Bien hecho, alma mía —sonrió Luna Negra e hizo una seña a Pytia y a Titania. Ambas subieron, temblorosas, y usaron la sangre del sacrificado para trazar signos necrománticos en la frente y las palmas de la pareja sagrada.

—Con esta ofrenda se completa la ceremonia —anunció Luna Negra —. Esta muerte es el sello y, al mismo tiempo, un mensaje para que llegue a quien tenga que llegar.

La vampiresa se acercó al cuerpo del sacrificado y le quitó la capucha.

Su rostro estaba intacto; Gis se llevó la mano a la boca para ahogar un grito, lo había reconocido.

El sacrificado era Benvolio Pozafría. Luna Negra acarició el rostro del cadáver.

—No más debilidad —dijo con voz apenas audible.

Algunos depositantes también lo reconocieron. Siward Lamprea lanzó la risotada de un desquiciado. Titania apenas se movía, seguía temblando. Algunos esclavos vomitaron y un invitado de las primeras filas se puso de pie gritando algo sobre traición. El único que no parecía entender qué ocurría era Cerberus. Nadie se atrevía a revelarle la identidad del sacrificado.

Se oyó un zumbido. Del interior de la túnica de Luna Negra salió una nube de insectos carroñeros que formaron una espiral colosal, un poderoso halo sobre la nosferatu.

—El Destinado ha cumplido su parte —anunció Luna Negra—. Tiene ya la muerte en las manos y no se detendrá hasta llevar su ejército a la victoria, a la conquista de los cuatro reinos. No hay perdón ni clemencia para nadie.

Luna Negra tomó el estilete de hierro ensangrentado y bajó cojeando del estrado. Lo único que se oía era el zumbido de los escarabajos carroñeros sobre ella. Los asistentes se debatían entre la devoción y el terror absoluto.

—A quien no me quiere, no lo quiero —gritó la Dama Oscura—. Yo no negocio, ordeno. Yo no pido, tomo. Si algo quiero, es mío.

Se detuvo frente al soldado que había gritado traición. Sus ojos verdes se abrían, atónitos. Gis se dio cuenta de que era un humano y vestía como los del Gran Concejo, con armadura azul.

—No caeré en trampas —sentenció Luna Negra—. Tendré lo que quiero por mis propios medios. Dile eso a tu ejército, tienes buena lengua, pero yo mal oído. Esta es mi respuesta a tu ofrecimiento, aquí va mi negociación.

Y acto seguido enterró el estilete en el vientre de Vámbéry, que lanzó un gemido de dolor y de sorpresa. Varios esclavos intentaron impedirlo, pero los soldados formaron una barrera. Algunos umbríos comenzaron a sacar las estaquetas para rematar al humano, que hacía un esfuerzo por contener la hemorragia.

—¡Atrás! —ordenó Luna Negra—. Abran un portal para que cruce y déjenlo ir. Que lleve el mensaje, que en sus últimos momentos de vida cuente lo que vio aquí.

El humano avanzó dejando un reguero de sangre tras él.

En el podio estaba el cuerpo de Benvolio Pozafría. Los sirvientes le quitaron las cadenas y lanzaron su cuerpo y su corazón a la pira donde se

calcinaban los huesos de los sabios.

Ben había muerto, y con él, cualquier esperanza de paz.

TERCERA PARTE
La profecía de los tres talismanes

Capítulo XXX
TANTO DOLOR

Xibá, en el remoto y antiguo distrito seis, fue de los primeros nidos en entregarse voluntariamente a los depositantes cuando apareció Luna Negra para reclamar venganza, y también fue de los pocos nidos que se negaron a ser reconquistados por el Gran Concejo en el famoso Día de la Liberación. Era un nido modesto, olvidado durante siglos, no era rico ni demasiado bello; pero, al permanecer como uno de los poco nidos nigromantes, Xibá tomó una importancia inusitada en días.

Al principio llegaron decenas, después cientos de umbríos que huían de los nidos liberados por el Concejo. Aparecían desde numus solitarios hasta clanes completos. Cierto es que muchos habían cometido excesos, un poco de magia negra por aquí, esclavitud y robo por acá, devorar a un vecino tibio más allá, ¡pero fue en nombre de la pareja sagrada! A finales de esa semana miles de refugiados llegaron a Xibá cargando sarcófagos con fortunas o ancestros, todos con la fe intacta en los Bromio y su profecía.

Mientras, la muerte de Benvolio Pozafría conmocionó a los nidos libres. Los soldados del Concejo no podían creerlo, tampoco los que lo vieron luchar ni los cientos de pacientes a los que salvó. Tras salir de Anub, Arminius Vámbéry vivió apenas una hora, su herida era irreparable, aunque alcanzó a relatar el martirio y la muerte de Ben.

Pero si con esos asesinatos Luna Negra intentaba minar el ánimo de los rebeldes, el resultado fue lo opuesto. Ninguno de los cincuenta nidos

liberados reconoció la autoridad del *Orbis Totallum*, ni a los Bromio como regentes del tercer reino. Incluso en ciertos nidos, como Niflem y Darmat, surgieron los soldados *benvolianos*, llamados así en honor a Benvolio Pozafría, ejemplo de justicia, lealtad, rectitud y valor. Durante un siglo, Ben fue considerado un vergonzoso desterrado, pero ahora su nombre era sinónimo de heroísmo, una inspiración para cualquier umbrío. Aunque ninguno de esos halagos le servía a su hija Lina.

Cuando la noticia de la muerte de Ben llegó a Cimeria, Lina simplemente la desechó. Estaba segura de que se trataba de un malentendido, como en el caso de Gis.

—Pero, pequeña, hay testigos —murmuró Moth, con la cara enrojecida por el llanto—. Usaron a Abismo para matarlo y sus restos los incineraron en el *Orbis Totallum*. Sé que es horrible.

—Mi papá es talismán —recordó la joven—. Ustedes mismos me explicaron el último instante de suerte, llega en el momento más desesperado.

—Tal vez Ben gastó todos sus instantes de suerte —Puck se sorbió la nariz.

Fue imposible convencer a Lina, ella sostenía que los talismanes eran demasiado valiosos para eliminarlos. ¡Y alguna vez Luna Negra amó a su padre! Moth y Puck se dieron por vencidos. Osric, que no hacía otra cosa que llorar, fue incapaz de consolar a su prima. Una noche, Lina recibió la visita de Ariel. Raro en él, llevaba la cara lavada, sin rastro de maquillaje.

—Lina, siempre estuviste preocupada por algo que dijo el oráculo, ¿lo recuerdas? —Ariel, con voz suave, citó textualmente—: *Uno de los de visitantes que llegó hoy morirá antes de que se completen diez lunas. Su sacrificio será combustible de guerra.*

Dejó que las palabras encontraran sitio dentro de la cabeza de la joven.

—Ahora sabemos que se trataba de Ben —agregó con la misma voz—. Lina, lo siento tanto, tu padre murió. Y no podemos hacer nada para remediarlo.

—¿Y si no era él? —Lina se resistía con todas sus fuerzas—. Tal vez fue un engaño.

—Tenemos un primordial de Ben en Cimeria —explicó Ariel, paciente —. Lo hice funcionar y no puede encontrar a tu padre, los mapas se quedan en blanco. Eso, querida, solo ocurre cuando alguien muere.

La joven se levantó. ¿Por qué todos se empeñaban en decir algo tan absurdo? Sin embargo, dentro de su cabeza anidó por primera vez la posibilidad. ¿Y si era verdad? Luna Negra y Cerberus eran capaces de eso. Usaron a Abismo, el arma que Lina tuvo bajo la cama, en una caja de galletas. No, imposible.

Ese día Lina se encerró en su habitación de Cimeria y dejó de comer y

de hablar con su familia. No quería ver a nadie.

"Siempre me decepcionas", le dijo a su padre antes de la batalla. "Haz lo que quieras, me da igual", fueron las últimas palabras que le dirigió. Se negó a despedirse, evitó su abrazo, ni siquiera se giró mientras él le decía "Te quiero tanto". Ahora, cada frase se repetía en ella como fuego vivo. Ya no habría disculpas ni más oportunidades de abrazos. Era un malentendido absurdo que ahora jamás podría aclararse.

Tal vez debió insistir en acompañarlo a Anub, o tal vez no debió preocuparlo con el asunto de la trampa, quizá así Ben no hubiera querido ver a los sabios. Tal vez debió parar a Ludmila a tiempo, ¡la culpa era de esa resbalosa talismán! Si ella no hubiera estado con sus coqueteos, Lina jamás se habría despegado de su padre en el Día de la Liberación. Decían que Cerberus lo había asesinado, aunque quien liberó a ese nosferatu fue la propia Lina. ¿Entonces ella también era culpable? No. La culpa era de los sabios, que no fueron tan sabios y cayeron en una trampa, y de las esiartis, que tampoco pudieron preverlo. ¡Y de los médicos que los separaron! ¡Y de la burocracia del nido que se negó a ayudar! ¡Todos eran culpables!

Lina se sumergía en una neblina de pensamientos obsesivos. Buscaba, desesperada, a dónde dirigir su rabia. Desde el asesinato de su madre no había sentido un dolor tan grande. En términos umbríos, Ben era muy joven, tenía siglos de vida por delante. Si ahora pudiera reunirse con él, le diría lo que en verdad sentía, le agradecería cómo la cuidó, las veces que la salvó, sus enseñanzas en el entrenamiento con los talismanes. ¡Lo que daría por tener cinco minutos con él!

Alessa intentó hablar con su prima, pero Lina no abrió la puerta, no lo hizo ni siquiera para tomar la comida que dejaban fuera. El clan estaba cada vez más preocupado.

—Hay que dejarla purgar el dolor —convino Imogene, vestida de negro absoluto.

Se prepararon los ritos fúnebres en honor a Benvolio Pozafría. A falta de cuerpo, usaron la pequeña efigie de cera del Círculo de Ancestros para el funeral en la cripta familiar. Hubo otra ceremonia para Vámbéry. Por órdenes de la abuela se envió la urna con sus cenizas a la Ciudad de México, a la casa de Santa María la Ribera. Como era costumbre en Ubus, iba con un cofre lleno de óbolos de oro y un mensaje para sus deudos:

> Fue el humano más valiente que hemos visto en estas tierras: Roberto Iván, llamado Arminius Vámbéry en los nidos. Héroe de muchos, maestro de talismanes, amigo y consuelo de familias disanguíneas. Nunca te olvidaremos. Honraremos tu valor.

Mientras tanto, la guerra seguía. Los Bromio intentaron hacer valer la

autoridad de Anub sobre el Mundo Umbrío y dictaron nuevas leyes, pero los nidos libres las rechazaron también. Además de discutir la reconstrucción y las defensas, una comitiva de jefes de clanes se reunió para resolver algo urgente: necesitaban otra capital del inframundo y nuevos sabios. Llegó una comitiva a Ubus para hacer un ofrecimiento a Imogene Pozafría. Todos recordaban su buen juicio, querían que fuera parte de un nuevo Concejo. Por principio y por urgencia, Imo aceptó el puesto. Aunque avisó que debía resolver algunas cuestiones familiares antes de iniciar las reuniones.

Lina había perdido la cuenta de las horas, o días, que llevaba encerrada en su habitación. Incluso pensó que estaba alucinando cuando vio al pie de la cama una figura vestida con un gran vestido de seda negra.

—Disculpa, querida, por aparecer como espantajo —murmuró una voz —. Tuve que usar la llave maestra para entrar a tu habitación. Me urge hablar contigo.

Se encendió una lámpara y Lina vio a su abuela nosferatu.

—Por favor, abuela, por favor... —gimió Lina desde la cama—. Ahora no, me siento muy mal.

—Querida mía —la abuela suspiró y se sentó a su lado—. ¿Cómo crees que me siento yo?

Lina observó con atención a su abuela, la dama umbría estaba muy demacrada.

—Mi cabeza no deja de martirizarme —reconoció Imo—. Siento que todo ha sido mi culpa. Yo estaba ahí cuando los sabios se separaron, cuando llegó tu advertencia, cuando los ancianos se marcharon tan confiados, en el momento en que Ben, mi Ben... —un intenso dolor le golpeó el pecho—. Y no impedí nada. ¿Hubiera podido? No lo sé, Lina. Sé que perdiste a tu padre, pero yo perdí a mi hijo, mataron a mi Benvolio.

Lina comenzó a llorar desconsolada y se dejó abrazar por la abuela, estuvieron así un largo tiempo.

—Toma, querida —le pasó un pañuelo de seda que sacó de un bolsillo —. Llevo como veinte encima. Sé cómo te sientes, pero entiende que mientras estás culpándote aquí, afuera el mundo sigue con sus miles de problemas y la guerra continúa. Nos necesitan.

—Pero ya no puedo —Lina gimió, el dolor la ahogaba.

—No se trata de poder, querida, hay que hacerlo. Así sea llorando y con un puñado de pañuelos en los bolsillos, debemos continuar —su voz era débil, quebradiza—. Tenemos una mayor responsabilidad: haremos

justicia en honor de tu padre.

—Lo sé, pero no tengo fuerzas.

—Ni yo, pero con las pocas que tienes y las pocas que yo guardo, vamos a ayudarnos, ¿te parece?

La abuela Imo buscó en un bolsillo de su vestido, le tendió algo a Lina:

—Dice Osric que estas cosas se llaman *chocolentes* y que te darán fuerzas.

Lina sonrió. Era un chocolate, lo aceptó.

—Mañana habrá una reunión importante en el Círculo de los Ancestros —explicó la abuela—. Quiero que estés ahí, haremos algunos anuncios importantes. Todos te necesitamos, querida. Ya perdimos a tantos... no podemos perderte a ti también.

—Intentaré ir... Aunque no sé si pueda, me siento mal. No sé si soportaré ver a los demás...

—No te agobies, querida —Imo abrió el chocolate—. Un bocado a la vez.

Raymond Aguirre, Ray, ya no tenía nada qué hacer en el inframundo. Después del Día de la Liberación se desmontó el centro de operaciones para las batallas, y Ariel se estaba portando especialmente frío con él.

—Pero quiero ayudar —insistió el humano—. Todavía debo encontrar a mi jefa, Carine.

Ariel prometió ver si podía integrarlo en algún plan, pero no lo hizo. Desesperado, Ray se ofreció como voluntario en los comedores del Mercado del Colmillo, y en un pasillo encontró a un grupo de umbrianos que iban de regreso a sus ciudades. Ray lo pensó, ¿y si se daba una vuelta para ver cómo estaban las cosas en su casa?

Fue muy raro volver a McAllen, Texas. Los humanos seguían con sus vidas normales, sin sospechar de los enfrentamientos que se habían librado en el subsuelo. Ray fue a su antiguo trabajo, la agencia de información (o folclor), pero las oficinas habían desaparecido. No había cubículos ni compañeros, solo un letrero de "For leasing". Y las cosas estaban por ponerse más raras. Al salir a la calle, lo estaba esperando un gran auto negro. Un cristal polarizado bajó y una mano le hizo una seña. Ray lo supo al momento: debía subir, no había opción.

Las redes subterráneas de las Tierras Umbras seguían funcionando, aunque no para batallas, ahora se usaban para llevar alimentos, distribuir vigilantes y mover heridos. Duat, Berilius, Yin, Loy, Niflem, Érebus, Darmat, Helhem, Irij, Takal, Xux y el resto de los nidos liberados intercambiaban alimentos y armas, lo que fuera para subsistir y protegerse. Sin embargo, sabían que ese equilibrio era frágil, todos temían un ataque de los depositantes. Lo que nadie previó fue ese extraño fenómeno que se originó en Kah'eek o Kaeh'iik, la impronunciable capital de los pálidos. Comenzó con un guerrero quejándose de un intenso dolor de cabeza. Cuando el curandero local lo revisó, vio que su piel se había vuelto aún más gruesa y dura. Bastó un movimiento para que al guerrero se le desprendiera la nariz: con eso inició la pesadilla.

Lina no recordaba que el dolor cansara tanto. Sus días transcurrían del llanto al sueño y, como nunca se quitaba el anillo de corium, llegaba directamente a la Pensión Somnus. Solía ponerse un rostro falso y anodino para quedarse en el vestíbulo, por horas, sin hacer nada. No podía entender por qué el mundo seguía para los demás, si el suyo estaba roto. Ese día contempló a las parejas que se dirigían a los bailes, a las extrañas criaturas terrosas que caminaban con su paso líquido. En una mesa de *bridge*, un grupo de damas umbrías jugaba cartas. Nuevos huéspedes arrastraban sus pesados equipajes. Uno de ellos iba sin fijarse y colisionó contra un viejecito que parecía profesor. Se abrieron las maletas y a los pies de Lina llegó un llavero con llaves doradas diminutas. Los pensionistas comenzaron a discutir.

—Creo que esto es de alguien —murmuró Lina.

El ancianito se acercó. Explicó que eran sus llaves de la biblioteca.

Después de terminar la discusión, los pensionistas se marcharon sin más. De pronto, Lina recordó que tenía una llave así de pequeña, la había dejado el abuelo Basanio, aunque nunca supo de dónde era. Metió la mano en el bolsillo, la tenía ahí mismo. La estudió, tenía una borrosa inscripción que decía DP99. Casi contra su voluntad, Lina se levantó. No tenía ganas de hacer nada, pero algo parecido a la curiosidad se había despertado en ella.

Entró a la biblioteca, era tan antigua y extraña como el resto de la pensión. Estaba montada en lo alto, por niveles a los que había que llegar por unas escalerillas. Con sorpresa, Lina vio a una mujer que llevaba en la mano una llave diminuta y se dirigía a una sección con gabinetes, cada uno con puertitas numeradas. Era como esas cajas de los apartados

postales.

Lina lo entendió: los libreros eran públicos, pero las llaves abrían estantes privados. DP99 debía ser el apartado. No tuvo que buscar mucho, en el cuarto nivel encontró el estante. Metió la llave en la cerradura y giró sin problema.

Dentro había dos cartapacios. Buscó una mesa para examinarlos. El primero guardaba un mapa muy intrincado recubierto con cientos de coordenadas y señalizaciones topográficas; decía: *Ánima Mundi*. ¿Qué lugar era ese? El segundo cartapacio contenía recuerdos personales de Basanio: recortes, dibujos, notas y varias cartas de su nieto favorito, Benvolio Pozafría. El Doctor Peste había conseguido extraer los documentos de otros sueños para luego guardarlos con devoción. Había una carta que le escribió Ben, cuando era pequeño.

> Abuelo:
> ¡Gracias por perdonar mi travesura! Sé que siempre te decepciono y reconozco que no soy la sanguaza perfecta que esperas, y además te aviso: seguiré decepcionándote un rato más. ¡No es cinismo!, es sinceridad, porque es inevitable que me siga equivocando... Pero he descubierto que así aprendo a ser mejor: con errores y no con lecciones. La última vez que me llevaste al oráculo saliste preocupado porque las esiartis dicen que soy bueno pero también malo, que mi corazón es grande pero impulsivo, que soy muy listo pero algo tonto. No te preocupes por esas contradicciones, es lo que me hace interesante, ¿no crees? Tal vez uno de mis defectos me haga un héroe y tal vez uno de mis dones me destruya, pero viviré mi vida intensamente y mi mayor tesoro será dejarles a los demás buenas historias. Yo te quiero mucho, nunca lo olvides.
>
> ¡Tu desastroso nieto!
> Benvolio Escrápula

Lina calculó que Ben había escrito la carta como siglo y medio antes de volverse padre. Esas palabras no eran para ella, o lo eran de algún modo: le hacían bien... Miró el mapa, repasó la carta, pensó en sus propios defectos y dones. Entonces se le ocurrió una idea extrema y enloquecida, digna de Escrápula.

Capítulo XXXI
INVOCAR LA FLAMA

Imogene mandó abrir el espectacular Círculo de los Ancestros, la enorme habitación redonda y escalonada de Cimeria. Era famosa por contener millares de efigies en miniatura de cada miembro Pozafría. Desde hacía siglos ahí se llevaban a cabo las reuniones familiares importantes. La alerta sonora hizo el llamado.

El tema a tratar era, claro está, la guerra. Había que hacer planes para darle fin. Además de los Pozafría, estaban presentes otros invitados, como el redivivo Hans (ya se consideraba parte de la familia) y Ray, el soldado humano, que llegó justo a tiempo para la reunión. Se había relajado el protocolo, por lo que a las sanguazas —Alessa, Gusanos, Gargajo y Osric — les permitieron sentarse dentro del círculo. Habían demostrado ser tan valientes como cualquier adulto.

Ariel pasó al estrado e hizo un recuento de la situación. Había mucho nerviosismo en los nidos libres. La venganza de los Bromio era inminente.

—De hecho, creemos que ya comenzó —reconoció Ariel con pesar.

—No he escuchado de ninguna batalla —comentó Imogene.

—Porque el ataque es silencioso. Calibán, por favor —Ariel hizo una seña.

El enorme umbrío pasó al estrado, llevaba algo envuelto entre varios paños, parecía una gran piedra; lo lanzó al suelo. Tenía el aspecto de una roca alargada y granulosa, muy pálida. El umbrío escribió en su máquina "brazo". Todos se asomaron, confundidos.

—En efecto, esto es un brazo umbro —explicó Ariel—. Se desprendió de un guerrero hoy mismo. Otros han perdido pies, orejas y nariz. Las Tierras Umbras están llenas de casos.

—Litolepra —exclamó Puck—. La enfermedad que convierte la carne

en piedra.

—Necromancia pura —indicó Moth.

—Creemos que es un castigo que mandaron los Bromio a los umbros por ayudarnos —reconoció Ariel, con agobio.

—¿Y esto es contagioso? —Imogene estudió el miembro.

—Solo si estás cerca de un enfermo —aseguró Puck.

—Bueno, queridos, que nadie toque esa cosa —Imogene hizo una seña a Calibán para que envolviera el miembro petrificado—. Busquemos a los médicos de Hotep, deben saber cómo remediar este horrible asunto.

—El problema es que los umbros están cerrando sus pasos —explicó Ariel—. Dieron aviso y van a retirarnos el acceso a sus grutas, cuevas y gargantas.

Se oyeron varios murmullos en el Círculo de Ancestros.

—¡No pueden hacer eso! Los necesitamos, Calibán, querido —Imogene se dirigió a su hijo—. Tienes que convencer a la reina pálida de que nos dejen usar la cavernas, al menos para los portales reflejantes.

—Y hay más problemas —Ariel se limpió la frente con un pañuelo—. El Concejo Tibio se ha enterado de todo, de que fallamos en atrapar a los Bromio.

—Les escribí pero no me han respondido —Imogene agregó.

—A mí me anunciaron que enviarían un mensaje —reconoció Ariel.

—Yo lo tengo... —intervino el humano Ray—. El mensaje, ¿puedo hablar?

—Pasa, ¡adelante, querido! —Imogene invitó al humano al estrado.

Ray comenzó explicando que, como todos sabían, los Once Sabios eran los informantes oficiales ante el Concejo Tibio, el punto de contacto con el tercer reino.

—Pero con su muerte, el Concejo buscó a los testigos humanos que hubieran estado en el Día de la Liberación —anotó Ray—. Han entrevistado a varios, entre ellos... a mí. Hace unos días conocí a un señor mayor de cabello canoso.

—Debe ser el señor Olivenza —dedujo Ariel—. Es el director del Concejo Tibio. La sede está en Londres.

—Pues... va de un lado a otro y está muy molesto —Ray se pasó la mano por la barba—. Ya se venció el plazo y la guerra no ha terminado. Escuché que van a comenzar con la primera fase y van a cortar los suministros del convenio de alimentación.

Una oleada de voces estalló en el Círculo de Ancestros.

—Querido, ¿tienes idea de qué significa eso? —Imogene se estremeció —. Ese convenio tiene siglos. Nos hacen llegar cuotas de sangre y a cambio damos oro y riquezas. No intervenimos, no hay ataques; los reinos están en paz.

—Quieren matarnos de hambre, aniquilarnos —exclamó Lisandro.

—Escuché que pueden hacer eso porque los Bromio rompieron los pactos *intratibios* —explicó Ray, agobiado—. Tienen como prueba los videos que se tomaron en Alaska. Y advirtieron que con un ataque más pasarán a la fase dos, que es la intervención.

—Una manera de llamar al exterminio del Mundo Umbrío —dijo alguien desde el acceso al Círculo de Ancestros, era Lina.

—Querida, ¿desde cuándo estás ahí? —reaccionó la abuela—. Adelante, pasa.

Todos murmuraron. Osric levantó las manos para invitarla a sentarse a su lado. Moth y Puck hicieron lo mismo.

—Gracias, aquí estoy bien —murmuró Lina. Llevaba una mochila en los brazos.

—Claro, como gustes, querida —retomó Imogene—. Respecto al problema con el Concejo Tibio, primero que nada, intentaré hablar con ellos. Ray, tienes que explicarles que se está formando un Gran Concejo provisional... Y que yo soy parte de él.

—Si nos cortan los suministros, hundirán al Mundo Umbrío en la hambruna —comentó Puck—. Y será peor, porque los umbríos pueden subir a atacar a los tibios para alimentarse, como lo hacían nuestros primitivos ancestros.

—Tal vez es lo que quieren —razonó Ariel—, provocar un ataque desesperado. Así el Concejo Tibio tendría el derecho de intervenir y exterminarnos, como dice Lina. De esa manera los humanos eliminarían para siempre el problema de las razas subterráneas.

—¡No es tan fácil! No saben del alcance de las armas de los Bromio —anotó Moth.

—Hablaré con ellos —insistió Imogene—. Soy buena para negociar.

—Ya sabemos qué te van a decir —anotó Ariel, taciturno—. Todo se soluciona si eliminamos a los Bromio. Ellos rompieron los pactos y ahora toda nuestra raza pagará por su locura.

—¿Y qué esperamos para eliminar a esas sanguijuelas? —saltó Alessa —. Reunamos a las tropas. ¿Sobrevivieron más talismanes? Haremos un ataque masivo para acorralar a Luna Negra y a su hijo. No tendrán a dónde huir. ¡Anub se volverá su trampa!

—¡Y *kaputt*! —Hans hizo un gesto de guillotina en el cuello.

Algunas voces entusiastas apoyaron la idea. A todo esto, Lina seguía hundida en sus pensamientos, sostenía la mochila con fuerza.

—Perdón, Alessa, ese plan es imposible —aseguró Ariel—. No hay coordenadas para acceder a un espejo de Anub, si movemos a los batallones, dejamos desprotegidos a los nidos. Además, desconocemos si Luna Negra y Cerberus siguen en el nido sagrado.

—Seguro volvieron a Nuevo Estigius —reconoció la abuela—. ¡Y todavía no sabemos dónde está ese condenado lugar!

—Tenemos que pensar en algo mejor —sugirió Ariel.

—Yo tengo una idea —repuso una voz rasposa—. ¡Y la dije desde el principio!

Se levantó una mano huesuda de largas y afiladas uñas, era Lavinia tía Sangre.

—Les advertí que el chisme de las batallas no terminaría con los Bromio —recordó—. La única manera de destruir a los depositantes es desde el interior.

—Querida, disculpa —interrumpió Imo—. Espero que no sigas con el asunto de infiltrarte como incrustada.

—¡Es el mejor plan! —insistió tía Sangre—. Puedo hacerme pasar por nigromante, adivina o un bicho así... Investigaré dónde está Nuevo Estigius, el real, y usaremos las puntas de argén para despanzurrar a esas garrapatas de Luna Negra y su asqueroso vástago. Y de paso, le daré una lección a Titania.

—Lavinia —intervino Ariel—, no es que dude de ti, pero todos sabemos lo que sucedió cuando los sabios exploraron terreno numu.

—No es lo mismo. ¡Esos momios fueron por soberbia! Sin ningún plan —recordó Lavinia—. ¿Sabios? ¡Ya lo creo! ¡Mi pequeña furia canina es más inteligente!

—Por favor, querida, gobiérnate —sugirió Imo, aunque sonreía.

Se oyeron otras risas, era agradable reír luego del desastre.

—Lavinia, entiendo tu punto —Imogene intentó ser paciente—. Pero sabes que la mayoría de los incrustados no sobrevive y, además, sería imposible introducir las puntas de argén en Nuevo Estigius, las detectarían de inmediato.

—Y solo los círculos más íntimos pueden acercarse a Luna Negra y a Cerberus —anotó Ariel—. Ganarte su confianza llevaría años.

—Lo sé, no soy un tonto redi —exclamó tía Sangre.

—No insultes a los redis, por favor —pidió Alessa.

—Hans no es tonto, creo —comentó Lavinia—. ¡Pero me estoy ofreciendo a intentarlo! Prefiero eso a quedarme aquí y ver cómo el Concejo Tibio nos mata de hambre o los desquiciados Bromio vuelven para reconquistar los nidos y esclavizarnos.

El Círculo de los Ancestros se volvió un hervidero de opiniones. Todos coincidían en que la propuesta de Lavinia era complicada, tardaría años en concretarse. Entonces se levantó otra mano, era Lina.

Todos miraron a la pálida y bella tibia, tenía una expresión triste y desencajada.

—El plan de Lavinia es bueno —aseguró la joven—. Además, su

aspecto y personalidad se prestan para fingir ser incrustada; pero... no es el elemento ideal para esto.

—Gracias, lindura, por considerar mis talentos —ironizó tía Sangre—. Y ya que estás tan comunicativa, dinos quién podría cumplir mejor el trabajo de infiltrada.

—Yo —contestó Lina.

Se hizo un súbito silencio en el Círculo de los Ancestros. Varios parientes quedaron con la quijadas sueltas, a Osric se le pasmó el llanto. Lina aprovechó para explicar:

—Soy la persona perfecta para esta misión. Los Bromio me necesitan para completar el poder de Abismo. Entraría a Nuevo Estigius sin problema.

Lina esperaba una reacción apocalíptica de gritos, pero sus parientes estaban tan confundidos que seguían sin reaccionar. Finalmente, Ariel preguntó con calma:

—Lina, ¿te sientes bien?

—Perfectamente —aseguró la joven—. Y soy consciente de lo que estoy diciendo. En un oráculo dijeron que soy el arma para eliminar a Cerberus, soy su debilidad. Pues bien, es el momento de que me usen.

Recomenzaron los murmullos:

—Pobrecilla, debe tener fiebres cerebrales por la pena —dijo Gerta.

—Pues, ¿no que era inteligente? —preguntó Lisardo.

—No te mates, Lina, ¡no es la solución! —comenzó a llorar Osric.

—Silencio, por favor —pidió la abuela—. Les recuerdo que estamos en sesión plenaria. ¡Orden!, que esto no es un pasillo del mercado.

Cuando todos consiguieron serenarse, Ariel se dirigió a la muchacha.

—Lina, ¿te das cuenta de los esfuerzos que hemos hecho para protegerte? Te dimos leche de ambrosía para que no durmieras, conseguimos pájaros Sagi para proteger la casa de tu tía humana, los falsos primordiales, la brújula de corium para que pudieras atravesar Cruxos y llegar a la Pensión Somnus, la sombra de Proteo. Todo ha sido para que los Bromio no te localicen. ¡Y ahora quieres entregarte a ellos!

—La protección sirvió en su momento —reconoció Lina—. Pero ahora las cosas son distintas. Ya pasé por entrenamiento militar, tenemos las puntas de argén y como incrustada entraría de inmediato al círculo íntimo de los Bromio.

—Querida, ¿sabes qué pienso? —Imogene suspiró largamente—. Por desgracia, tu idea es buena.

La aseveración de la jefa dejó estupefacto al resto del clan.

—Pero habría que aclarar algunas cosas —Imo extendió el brazo para invitarla a su lado—. Porque ahora todos creen que estás más loca que un momio, y de paso yo también por decir lo que acabo de decir...

Lina avanzó al estrado.

—Después de lo que ocurrió en Anub, todos odiamos los oráculos —explicó Lina—. Porque la advertencia fue comprensible hasta después de perder el nido, pero ahora podemos prepararnos con antelación. La profecía dice: *Si quieres quemar la fortaleza que no existe, desde el interior debes invocar la flama. Pero tendrás que ser la tea, prepárate a arder.*

—La fortaleza que no existe sería Nuevo Estigius —dedujo Imogene.

—Pero la tea que va a arder serías tú, Lina —comentó Ariel—. ¿Te das cuenta de qué significa eso? Posiblemente tu sacrificio.

—Es posible —reconoció la muchacha—. En el oráculo se mencionó el riesgo.

—Lindurita, ¿se te salieron los sesos en una batalla? —rio tía Sangre—. ¿Cómo vas a ser incrustada? Cuando los Bromio te vean, te mataran de inmediato, ¡es lo que siempre han querido! Así tendrían el control absoluto de la estaqueta Abismo.

—Luna Negra sí que me mataría al instante —reconoció Lina—. Por eso necesito llegar a través de Cerberus, soy su mella. Me ama de una manera extraña y retorcida. Cuando lo veía en sueños decía que iba a protegerme. Sé que lo cumplirá, ya desobedeció a su madre al no asesinarme en el laberinto. No dejará que me haga daño.

—Lindura, ¿eres lerda de vocación? —tía Sangre perdía la paciencia.

—Sin insultos, Lavinia —advirtió Imogene.

—¡Solo digo la verdad! —la mirada de la vampiresa era dura como una estaqueta—. Viva o muerta es lo mismo. Al tenerte, esa pareja de dementes tendrá el poder total de Abismo, podrán abrir el acceso al primer reino.

—Perdón, perdón que interrumpa en este momento tan importante —carraspeó Ray—, pero es que no puedo más. Llevo mucho escuchando sobre esa dichosa arma, que Abismo esto, que Abismo lo otro, y sigo sin entender. ¿Cómo es que es tan poderosa?

—Es algo largo de explicar —repuso Ariel, de inmediato.

—Además, ¡la historia de Abismo es un anatema! —anotó Gerta, escandalizada—. Hay menores en el Círculo. Debemos esperar hasta que pasen de los noventa y nueve años para hablar de eso.

—¡Pues yo ya me sé toda la historia! —sonrió Alessa—. Y soy sanguaza.

—Es verdad, ¡estos menores han visto y oído demasiadas cosas! —afirmó la abuela—. Pueden oír lo que sea —animó a Alessa—. Adelante, querida, explica a nuestro invitado tibio lo que sabes.

—Intentaré hacer un resumen. Todo empezó con un armero en Helhem hace como mil años que estaba obsesionado con hacer el arma perfecta, él diseñó las estaquetas Clontarf —comenzó la joven umbría—. Con núcleos de filo, fuerza y velocidad, poderosas como ninguna. El

secreto era que al fundir cada estaqueta sacrificaba a un guerrero o guerrera.

—Exacto, por eso esas armas tienen distinta personalidad —asintió Puck.

—Construyó noventa y nueve Clontarf —siguió Alessa—, pero la última estaqueta debía ser la más poderosa de todas. Dentro no llevaría a un guerrero umbrío, sino a un poderoso espíritu elemental; para atarlo al arma, el armero hizo tratos con otro espíritu menor, de nombre Ghul, para que le ayudara a engañarlo.

Todos los umbríos mayores lanzaron una exclamación y cruzaron los dedos.

—Querida, ¡no digas ese nombre! —pidió la abuela—. ¡Es de mal agüero!

—Perdón, cierto, también le dicen la Desterrada —siguió Alessa—. Gracias a ese bicho, engañaron al espíritu elemental y el armero nigromante consiguió atrapar una parte.

—A su sombra —detalló Moth—, pues el espíritu se percató de la trampa y escapó. Sin embargo, hete aquí que el armero consiguió contener su sombra, y con eso bastó para obtener el arma más poderosa de todos los reinos. No obstante, hubo consecuencias terribles...

—¡Quiero contar esa parte! —pidió Alessa—. Lo primero que hizo Abismo fue asesinar al armero. Dicen que con su pellejo se hizo la funda que llaman piel de mono. Ya que el umbrío quería estar al lado del arma, lo estaría por siempre, ese fue su castigo.

—A ver, momento... —pidió Ray—. Es mucha información. Entonces el arma se llama así porque contiene a un ser de los abismos del planeta, bueno, a su sombra. ¿Y qué pasó con el otro? Con... —consiguió detenerse a tiempo—. La Desterrada.

—Pues eso, que lo expulsaron del mundo de las fuerzas elementales —explicó Puck—. Y se sellaron los accesos al primer reino. Ese espíritu quedó vagando en la frontera, llorando; también se le conoce como la Devoradora de Lágrimas.

—Abismo ha tenido una historia larguísima —Alessa retomó—, de guerras y destrucción. Los nigromantes la acostumbraron a afilarse con sangre y la han usado para cosas terribles. El arma pasa de un dueño a otro, elige al siguiente y casi siempre mata al anterior.

—Hasta llegar a mí —Lina entró en la conversación—. Luna Negra me la dio... pero todo fue una trampa, me necesitaba para liberar a su hijo y romper el laberinto.

—Cuando Cerberus escapó, debía matar a Lina, ¡pero no lo hizo! —anotó Alessa—. Y es la primera vez que el arma tiene a tres dueños vivos. Por eso se necesita a los tres para hacer el llamado...

—Al primer reino —recordó Ray.

—Exacto. ¡Recuerda que dentro solo está la sombra del elemental! —anotó Alessa—. Una hechicera oscura tan poderosa como Luna Negra seguro ya tiene el conocimiento para completar el rito y traer consigo al espíritu. Se volvería tan fuerte que podría mover montañas, despertar volcanes, tener los dones de... no sé, ¡una deidad!

—Y además, está la vieja profecía *del que camina bajo el sol* —murmuró Moth.

—Por favor, ¡ese es otro anatema! —advirtió Gerta, sudorosa.

—Sí, también me lo sé —reconoció Alessa—. Se cree que podrá llegar *el umbrío que camine bajo el sol* y al que todo le pertenezca. El poder completo de Abismo daría a un chupasangre la capacidad de pisar el Mundo Tibio durante el día. Por eso Fiers Bromio le puso ese nombre a su hija: Luna Negra.

—¡Es la luna que no se ve, porque brilla el sol! —exclamó Ray—. Ahora lo entiendo. ¡Ya veo por qué esto es un secreto! Es alucinante...

—*Und schrecklich*! ¡Es aterrador! —reconoció Hans y miró a su novia—. ¿Sabías toda historia espantosa y no me la contaste?

—Perdón, Barbitas, no quería causarte pesadillas —reconoció Alessa.

—Ay, hija, ¡ya imagino las amistades que tienes! —la regañó Duncan.

Ciertamente, Gusanos, Gargajo y Osric parecían muy asustados por las revelaciones.

—Yo sí voy a tener pesadillas por años —anunció Dromio bajo su funda.

—No es que vaya a suceder, es solo una leyenda —advirtió Ariel—. Los Bromio montaron su profecía familiar sobre el mito de Abismo, pero nunca contaron con que una humana sería codueña del arma... por eso es que tu plan es absurdo, Lina.

—Desconocía algunos detalles espeluznantes de Abismo —reconoció la muchacha—. Gracias, Alessa, por eso... pero sigo creyendo que mi idea es buena. Si también soy una de las propietarias de la estaqueta y participo en el ritual para llamar al primer reino, podría darle órdenes al elemental y usarlo a mi favor.

—¡Esta criatura es una babieca! —se burló tía Sangre—. Luna Negra y Cerberus nunca lo permitirían. ¿Además, para qué quieres poder sobre un elemental? ¿Vas a ser una deidad?

—No, no, estoy pensando en un plan, presten atención —Lina abrió la mochila, rebuscó algo—. Tenemos las puntas de argén, las únicas armas que pueden matar a Luna Negra y a Cerberus, pero si las llevamos a Nuevo Estigius corremos el peligro de que las descubran y nos las quiten. Entonces... lo mejor es llevar estas dagas de plata al sitio más recóndito posible... Un momento, aquí está.

Lina sacó un papel con trazos y anotaciones. Explicó:

—Esta es una copia simplificada de un mapa que encontré en la Pensión Somnus, era del bisabuelo Basanio, quien siempre estuvo obsesionado con eliminar a los Bromio. Entre sus objetos más preciados tenía esto, la ruta del *Ánima Mundi*.

—Espera, pequeña, ¿sabes qué es? —saltó Moth—. Estás hablando de lo que hay bajo las Tierras Umbras... es el mapa para llegar al primer reino.

—Así es, ya investigué. El viaje no se hace en cuerpo sutil, sino en plano físico —indicó Lina—. Resulta que hay una ruta para llegar al Cruxos real.

—A esas profundidades los peligros deben ser inauditos —exclamó Ariel.

—Tal vez, pero se puede llegar porque existe esto —Lina volvió a mostrar el mapa—. Alguien bajó y elaboró una ruta, marcó las zonas peligrosas y las seguras.

—Bueno, sí, como sea, lindurita —resopló tía Sangre, impaciente—. ¿Y para qué quieres esconder tan lejos las puntas de argén?

—En realidad no quiero esconderlas, solo llevarlas hasta las puertas del primer reino —señaló la joven.

—¿La que está cerrada desde hace más de mil años? —Lavinia lanzó una risita.

—Exacto, ese es mi plan —Lina repuso, lentamente—. Yo, como incrustada, desde arriba ayudaré a abrir la puerta, y quien suba lo hará armado.

—Por todos los dioses, viejos, nuevos y por existir, ¡el plan es genial! —estalló Puck—. ¡Es sencillamente genial!

—Y peligrosísimo —reconoció Moth.

—Escuché que eras una genio —comentó Ray—. Ahora veo que es verdad, Lina, con razón te admiran tanto.

—Disculpen, pero me estoy perdiendo de algo —murmuró Lavinia de mal humor—. Solo escucho zarandajas sin sentido.

—El plan de Lina es perfecto —explicó Puck—. Todos sabemos que Cerberus y Luna Negra planean llamar al poderoso elemental ligado a Abismo para usarlo como esclavo.

—...pero ojo —indicó Moth—, este poderoso esclavo, cuando suba, tendría en su poder las armas para matar a sus amos.

—Exacto, yo le daría las órdenes exactas para que lo haga —confirmó Lina—. Luna Negra no sabrá nada porque ¡ella misma puso un sello en mi destino! Usaré eso en su contra, pero, para que al final tenga éxito, una comitiva debe llegar antes y poner las puntas de argén en las puertas del primer reino.

Todos se quedaron en silencio un instante, abrumados y atónitos ante la posibilidad.

—Es un plan colosal —reconoció la abuela Imogene— y peligroso en muchos niveles. Para empezar, querida, y escúchame con atención, ¿tienes idea de lo que significa ser una incrustada? No solo es infiltrarte con el enemigo, tendrás que pasar por pruebas terribles, usar tus dones para beneficio de ellos.

—Convertirte en numu y luego en depositante —comentó Ariel.

—Tendrías que hacer prácticas necrománticas, magia negra —señaló la abuela, con pesar—. Lo que se necesite para ganar su confianza. Es la única manera en la que van a permitir que compartas el mando de Abismo.

Lina sintió un frío de muerte en los huesos.

—Sé qué hacen los incrustados —aseguró la joven—. Aquí tuvimos a Titania. ¡Y vaya que aprendí! Haré lo que tenga que hacer, hasta podría fingir que amo a Cerberus.

—¡El amor es lo de menos! —observó Ariel—. Recuerda, lo acabamos de decir. La mayoría de los incrustados no sobrevive. Si te descubren, te matarán o tendrás que destruirte tú misma en un caso extremo. Es una misión suicida.

—Si me quedo aquí, es posible que tampoco sobreviva —Lina sonrió con tristeza—. Ni nadie de nosotros si el Concejo Tibio decide exterminar el Mundo Umbrío.

—Lina, sabes que te apoyo —Alessa levantó la mano—, pero ¿estás segura de que no haces esto para vengar la muerte de tu padre?

—No solo es por eso —reconoció la joven—. También es por el clan, por ustedes, son la familia que me queda.

—Si vamos a llevar a cabo esta misión, tenemos que ponernos a trabajar —Ariel parecía cada vez más emocionado—. Hay que planear la entrada de Lina al territorio numu, de manera que sea creíble para los Bromio. Tener completo el mapa de *Ánima Mundi*, ver qué comisión está capacitada para hacer ese viaje.

—Ay, querida, ¡quiero llorar! Tu valor me impresiona —Imogene se giró hacia su hermana—. Lavinia, ¿ya no tienes una de tus corrosivas observaciones?

—Sí, tengo una —reconoció tía Sangre—. Lina, lindurita, ten en mente que vienen días terribles para ti, pero cuenta conmigo, te ayudaré en lo que pueda.

Lina no sabía cómo tomar eso, Lavinia nunca era amable con ella. La nosferatu siguió:

—Siempre pensé que traerías problemas a la familia, ¡y así fue!, pero libraste todas las pruebas y has demostrado ser fuerte, astuta y valiosa:

una verdadera Pozafría.

Y entonces sucedió algo que Lina nunca imaginó: todos en el Círculo de Ancestros comenzaron a golpear con un pie el suelo, *pum-pum.* Hacían ese gesto en el teatro cuando se emocionaban por algo, para demostrar su absoluta devoción. *Pum-pum.* Imogene, Ariel, Calibán, Lisandro, Gerta, Crésida, los invitados Ray y Hans, la sanguaza Alessa, Gusanos, Gargajo, Osric no, en algún momento de la reunión se había desmayado, todos repetían el gesto de respeto. Lina pensó en su padre, si hubiera estado vivo, ¿qué habría dicho? Jamás la habría dejado embarcarse en esa misión suicida.

Al término de la intensa reunión en el Círculo de Ancestros, el clan se dispersó, todos parecían emocionados y tensos a partes iguales. Moth y Puck se llevaron a Osric a la cocina para intentar despertarlo con alcanfor. Antes de salir, Ariel llamó a Ray.

—Necesito hablar contigo —avisó el umbrío.

—¡Yo también te iba a pedir eso! —suspiró Ray—. Por cierto, me queda clarísimo que todo lo que se dijo aquí es súper secreto y te doy mi palabra, ¡no diré nada!

—Sé que así será —reconoció Ariel—. Si algún poder esiartis me queda, puedo ver que eres leal.

—Puedes jurarlo —Ray sonrió—. Qué bueno que ya estamos bien, no quería seguir lejos de ti. Me disculpo si fui algo pesado, lo importante es estar juntos...

—Es justo de lo que quería hablar. Por favor, no vuelvas a Cimeria —interrumpió Ariel—. Cualquier comunicado del Concejo Tibio hazlo llegar a Imogene, ella será tu contacto.

Ray se quedó tan tieso como las figuras de cera de las vitrinas.

—¿Por qué haces esto? —reaccionó. Se pasó la mano compulsivamente por la barba—. Pensé que trabajábamos bien juntos... que también te gustaba.

—Me distraes. El error que cometí fue a causa de eso —aseguró Ariel —. Disculpa, pero no quiero que suceda de nuevo.

—¿No me quieres volver a ver nunca? —preguntó el humano.

—Ray, entiende algo: estamos viviendo un momento crucial. Esto es más importante que tú o que yo mismo. Es absurdo perder el tiempo en tonterías y coqueteos ridículos —suspiró—. Es mejor terminar esto ahora, antes de que empiece de verdad.

Ray balbuceó, reiteró su promesa de discreción y salió de Cimeria. Ya le

habían roto el corazón varias veces, pero esta vez no sabía por qué dolía más.

Los refugiados numus y seguidores de los Bromio no paraban de llegar al nido de Xibá. Eran tantos que muchos debían dormir en sarcófagos amontonados; peleaban por la comida, comenzaron las quejas por el espacio. Casi todos exigían el traslado a Nuevo Estigius y a Anub, ser parte de una casta depositante. Finalmente, sus ruegos fueron escuchados y llegó una comitiva enviada por la misma Luna Negra para evaluar y seleccionar a los numus.

—No merecen un premio, sino un castigo —advirtió Pytia a la multitud, era una de las encargadas de la selección—, ¡por no saber defender los nidos!

—Y como la lealtad se demuestra, lo primero que harán será entregar las riquezas que traen —completó la otra vampiresa que llevaba un sombrero con un espeso velo—. Solo quien reciba el perdón será ascendido.

Algunos nosferatu se horrorizaron e intentaron esconder parte de sus caudales. Los soldados rápidamente los detectaron y esos umbríos fueron esclavizados como castigo. Otros más acataron las órdenes, entregaron sus riquezas y ofrecieron sus "dones" al Nuevo Orden. Aseguraban manejar la necromancia, tener poder de adivinación o contar con lunares de sangre. En un viejo templo, Pytia y Titania montaron el campamento para hacer las entrevistas y pruebas. A veces, con un sencillo conjuro necromántico podían evaluar el potencial y ver la personalidad del refugiado. Todo aquel que era sorprendido mintiendo era castigado.

Era tanto trabajo que al final del día Titania terminaba con dolor de cabeza.

—Su eminencia —la llamó un guardia, temeroso—. Hay alguien en las barracas de los refugiados de primer ingreso que desea verla.

—Por el rabo del minotauro, estoy exhausta —repuso molesta—. Llama a Pytia, que ella lo atienda.

—Disculpe, su eminencia, pero debe ser usted —insistió el guardia—. Y si me lo permite, creo es que es importante, venga y eche un vistazo.

De mal humor, Titania se ajustó el velo del sombrero y salió a las barracas. Ahí se amontonaban los recién llegados antes de pasar por los filtros de seguridad; era importante confirmar que no llevaran armas, conjuros o enfermedades. Tras la alambrada el guardia señaló a una delgadísima y vieja Nosferatu que estaba sentada encima de su valija y

tenía en las rodillas un pequeño perro pequinés con una pata vendada.

—Dice que es su hermana mayor —murmuró el guardia—. Presentó pruebas.

Titania no lo podía creer, en efecto, era Lavinia tía Sangre. Pero ¿qué hacía ahí? Lucía demasiado tranquila para estar presa. La vampiresa retiró la venda de su furia y rascó la costra de la herida, el perro se quejó débilmente. Luego chupó sangre del animal, con calma, como si bebiera de una globusoda, parecía estar en casa.

Capítulo XXXII

TRAMPA DOBLE

—Por la pata de Hefesto, ¿qué haces aquí? —Titania interrogó a Lavinia.

—¿Así recibes a tu hermana mayor? Ni siquiera me has dicho "corazón". ¿Dónde quedó tu amorosa personalidad? ¿Y por qué traes ese velo?

—Llevo un... tratamiento de belleza —Titania dio un paso atrás, tensa.

La líder de los nigromantes había ordenado que llevaran a Lavinia al viejo templo para entrevistarla en privado. Tuvo que ordenarle al vigilante que las dejara a solas y comprobar que Pytia no estuviera cerca. Nadie debía oírlas. Toda la situación era tan... irregular.

—Ni siquiera eres numu —reprochó Titania—. Este sitio es para los leales a la pareja sagrada, los seguidores del Nuevo Orden.

—Entonces solicito ser seguidora —Lavinia mostró sus dientes afilados de sierra—. Sé que los Bromio perdieron casi todos los nidos, pero estoy segura de que al final ganarán la guerra. Solo quiero estar en el lugar correcto cuando eso suceda.

—¿Y por qué no entraste antes al Nuevo Orden? —Titania la miró con desconfianza.

—¿Y empezar como sirviente? ¡Por quién me tomas! Prefiero hablar con mi hermana, dicen que eres muy importante, líder de casta. Lindura, ¡ve a dónde has llegado!

—No es tan fácil como crees —musitó Titania—. Este sitio es muy peligroso, lo fue para el pobre Benvolio.

—No me compares con ese sucio *amatibias* —tía Sangre puso los ojos en blanco—. Seguro que se negó a cooperar... Yo haré lo que sea. Dicen que los nuevos muertos deben hacer un pago para probar su lealtad. Yo pagaré, es más, llévame con tu amo, dicen que eres cercana a él.

Titania lanzó una risa, incrédula, ante la desfachatez de Lavinia.

—No sé qué planeas, pero, por tu bien, pediré que te expulsen de Xibá —fue hacia la puerta.

—Lindura, ¡espera! —tía Sangre se le fue encima—. Si vas a echarme, al menos veme a los ojos.

Y de un fuerte tirón, Lavinia arrancó el velo del sombrero de su hermana. Titania lanzó un chillido e intentó cubrirse el rostro con las manos. La visión era terrible: Titania Labios Sangrantes tenía por rostro una plasta de cera, y a través de algunas grietas y agujeros se traslucía un caos de fibras musculares resecas y huesos carcomidos.

—Lindura, ¿qué pasó con tu hermosa cara? —le devolvió el velo—. No lo sabía... ¿Fue un accidente?

—Fue veneno —murmuró Titania mientras enganchaba el velo a toda prisa—. Tengo enemigos. Alguien me dio un estuche de productos de belleza que contenían una poción.

Titania se ahorró el detalle de que había sido regalo de su último marido, Carolus Fogg, justo antes de morir, y tampoco confesó que, antes, ella misma lo mandó matar.

—Parece que te dieron ponzoña comecarne —observó tía Sangre.

—No quiero hablar de eso, ya lo estoy remediando —repuso Titania con tono irritado—. Tengo a varios nigromantes trabajando en eso.

—Lindura, nunca lo vas a remediar con magia negra. ¿Me permites? —con mucho cuidado, Lavinia volvió a descorrer el velo y estudió con cuidado el rostro de su hermana—. La muerte solo trae más muerte. Si en algo soy experta es en ponzoñas del inframundo, te buscaré un contraveneno para que se regenere tu bello rostro.

—¿Puedes hacer eso? —Titania se quedó sin aliento.

—Lo intentaré, hermana, si tú me ayudas. Necesito ser parte de los numus, pero en una buena posición. Y para probar mi lealtad, develaré un gran secreto. Algo que te hará quedar también bien a ti. Lo prometo, lindura.

Titania intentó sonreír esperanzada, pero no pudo, la máscara de cera lo impedía.

En el salón verde, Osric no se cansaba de llorar. Durante horas le imploró a Lina que pensara en otro plan, ¿por qué haría algo tan horrible como convertirse en una incrustada, una espía con los Bromio? Lina intentó convencerlo de que todo saldría bien y de que tal vez no moriría.

—Lina, te busca alguien —anunció Alessa y bajó la voz—. Es esa

talismán, la que era tu compañera de la legión.

—¿Ludmila? —saltó Lina—. ¿Está aquí? ¿Sobrevivió?

—Sé que ha estado ayudando en los nidos —reconoció Alessa—. Pasó por Ubus y quiere verte, pero si dices que no, la saco a patadas.

Lina aceptó (no las patadas). ¡Claro que quería verla! Tenía tanto que reclamarle: por su culpa se alejó de su padre y le dijo esas cosas tan horribles; pero cuando vio entrar a la joven talismán, pálida, ojerosa, tan desecha como ella, se quedó sin voz.

—Lina, solo quería decirte que lo siento mucho —consiguió decir Ludmila—. Aún no lo creo... es espantoso que todo terminara así... Debes extrañar tanto a tu padre. Siento tanto haber ocasionado problemas entre Ben y tú...

—Basta, ¡deja de hablar! No es justo que te disculpes antes de mi reclamo —advirtió Lina.

—Está bien, me merezco lo que tengas que decirme —Ludmila intentó mostrarse dura, pero comenzó a llorar.

Lina no soportó más, la abrazó y terminaron llorando un buen rato las dos.

—Me parece que no habrá golpes —reconoció Alessa. Desde la puerta miró detenidamente a Ludmila—. ¿Por qué llevas el uniforme del Concejo?

—Ah, ¿esto? —la talismán se enjugó las lágrimas—. Estamos en alerta. Algunos informantes han dicho que habrá ataques depositantes. Estamos intentando reunir a la Legión Alfa, aunque solo quedamos Chestibor, Dragomir y yo —vio a Lina—. Supongo que no vas a volver.

—Tal vez, no sé. Estoy ayudando a mi familia con otro asunto —explicó la joven.

Detrás, Osric lanzó un agudo lamento y casi se desmaya.

—¿Está bien? —preguntó Ludmila, preocupada—. ¿Por qué llora tanto?

—Es su estado normal —respondió Lina.

Se despidieron y Lina no recitó su lista de reclamos, ¿para qué? Eso no aliviaría su dolor ni traería a Ben de vuelta. "Cuídate, que te vaya bien", fue lo que le deseó a su antigua amiga. ¡Maldita madurez y modo zen!

Las sospechas del ejército del Concejo eran correctas, en Anub ya se preparaba una contraofensiva. Luna Negra había mandado sacar una copia de los mapas de los nidos y pidió un censo de los soldados numus y guerreros depositantes, del armamento y las provisiones. De todo lo

perdido, lo que más dolía a los numus eran las granjas de alimentación con bolsas de sangre.

—¿Dónde está el Destinado? —Luna Negra se dirigió a Siward.

—Durmiendo —confirmó el nosferatu—. Ha pedido que nadie lo moleste.

—¿Sigue molesto por eso? —la Dama Oscura lanzó una asibilación por el tajo en el cuello.

Siward asintió y el resto de los encarnados de la galería guardó silencio. "Eso" era el hecho de que Luna Negra usara a su hijo para matar a Bevolio. Cerberus no podía perdonárselo. Además, el humor del umbrío se complicó cuando se enteró de que perdieron la oportunidad de obtener una de las dagas de plata.

—Debe entender que los Bromio no pactamos ni tenemos piedad —rumió Luna Negra—. ¡Y hay una guerra que terminar!

Pero nadie se atrevía a hablar con Cerberus. Llevaba varios días sumergido en Cruxos, y, con ello, la Desterrada estaba feliz por su visita. La entidad había alcanzado algo cercano a una felicidad doméstica, como si las habitaciones que montaba fueran parte de una casa y no solo espejismos.

—...lo hizo por rabia, por despecho —se quejaba Cerberus, con amargura—. No me consultó, no pensó en mí, ni siquiera en la profecía. Si hubiera podido hablar con ese nosferatu, en este momento sabría el paradero de Lina.

—Oh, Destinado —replicó la voz acuosa—. Pero si ya lo sabes, estoy aquí.

De entre las paredes emergió Lina, una copia de ella extraída con detalle de la memoria de Cerberus, como todo lo que estaba ahí: las sombras borrosas, los salones con muñecas, las criptas y los cortinajes.

—¿No has sido feliz conmigo? —preguntó la entidad.

—Tu ayuda ha sido inmensa —reconoció el umbrío y destelló el aro violeta en el anular—. Pero a veces siento que todo lo que he hecho no ha sido suficiente.

—¿Lo dices por tu madre? Destinado, le prestas demasiada atención —la criatura gorjeó con una especie de chapoteo que subió por la garganta —. Algún día ella será un lejano recuerdo para ti. Regirás sobre todos los reinos; te esperan cientos, miles de años por delante —corrigió—: nos esperan, juntos.

La criatura estaba a su lado. Era tan parecida a Lina, a la única imagen que Cerberus pudo ver cuando la tuvo tan cerca. Subió la mano por un brazo, acarició el delgado cuello, ese rostro perfecto y helado. Sabía que solo era una ilusión, pero ¿no lo es también el amor? La besó. La Devoradora de Lágrimas emitió un ronroneo de satisfacción que se

rompió cuando una gran onda agitó el espejismo del salón. El decorado se esfumó para mostrar solo una masa de agua oscura, algo parecido a un pantano. La criatura perdió, por un instante, su hermoso disfraz de humana; por fortuna, el umbrío no podía distinguir lo que había debajo.

—Algo se acerca —la criatura intentó recomponer el escenario—. Destinado, ¿has visto a alguien desconocido? ¿Has estado en contacto con alquimistas?

Cerberus negó con la cabeza.

—Recuerda tu promesa —pidió la Devoradora de Lágrimas. Tomó la mano de su amado—. Nuestra alianza. No me dejes nunca.

—Lina, sabes que nunca te dejaré de amar —aseguró el nosferatu.

La criatura sonrió y murmuró casi con timidez:

—...Ghul. A veces me gustaría escuchar mi nombre.

Gis no podía con la angustia. ¿Cómo estaría Lina? La muerte de Ben debió ser un golpe terrible, ¡ojalá pudiera estar cerca de ella para consolarla! Pero ahora no tenía idea de cuándo volvería a verla, estaba atado a su vida de esclavitud.

Lo llevaron un par de veces a Anub y ayudó a encontrar las bóvedas con caudales de oro; una parte de este fue llevada a Nuevo Estigius. Como siempre, al terminar el trabajo, enviaron a Gis a los destartalados cuarteles, pero a partir del día del traslape y la captura de los ancianos el chico decidió poner mayor atención en los detalles.

Sabía que el Castillo de las Minas estaba conectado a una ciudad humana, Saint-Médard, pero era posible que también se comunicara con Nuevo Estigius. Debía existir algún tipo de portal; lo más probable es que estuviera en el segundo piso.

En una ocasión que encontró la escalera despejada, Gis subió, aunque no llegó muy lejos, la habitación de Lafcadio estaba justo en la primera puerta. De nada le valieron las excusas (estaba haciendo limpieza y necesitaba trapos), al final, el muchacho confesó que buscaba a su amiga Ova, la extrañaba desde que se la llevaron. Eso resultó más creíble, pero no salvó a Gis de los azotes. El entrenador lo envió a trabajar en el vertedero del patio de servicio. Ese sitio era terrible, siempre había esclavos lavando ropa en una pileta, mientras que otros lustraban botas. Lo peor era cuando tocaba arrojar cadáveres al estanque de aguas sulfurosas hirvientes.

En su rápida incursión en el segundo piso, Gis solo tuvo tiempo de ver el cuartel del jefe y un pasillo de muros de piedra con puertas cerradas.

Debía fijarse mejor cuando hubiera un traslape.

Luego de un duro día de trabajo, el chico fue a recostarse en un tablón. Tenía tos, la humedad lo estaba destruyendo, apenas tenía un puñado de setas para comer. Debía concentrarse en sobrevivir un día a la vez.

Lo que había dicho Ray sobre el Concejo Tibio resultó ser cierto. De un día para otro cortaron los suministros de los bancos de sangre, con lo que se rompía un pacto *intratibio* de cuatro siglos de antigüedad. De inmediato, Ariel pidió un inventario de comestibles por nido. Cajas con globusodas, empanadas de cuajo, morcillones de Elis, todo servía y sería racionado. Los humanos rescatados podían subir al Mundo Tibio, no eran alimento, eran personas. Con ese gesto de buena voluntad se esperaba llegar a un nuevo acuerdo con los líderes humanos. El problema, como siempre, eran los depositantes. Nadie sabía cómo iban a reaccionar ante el corte de suministros, ni qué pasaría cuando se terminaran las provisiones: todo podía suceder. Urgía acelerar el plan.

Ningún sirviente se atrevía a molestar a Cerberus mientras estaba en el sopor de la duermevela. Solo Titania, su consejera, y lo hacía con extremo cuidado.

—Destinado, ¿me permite entrar? —preguntó en la puerta—. Traigo una buena noticia.

Los aberrantes de la puerta se movieron, supo que esa era la señal de aprobación. Hizo una seña a la otra umbría que la acompañaba.

—¿Ha comido bien? Sé que ha estado indispuesto —comenzó Titania. Dentro, todo estaba en penumbras—. Sé que tal vez no está de ánimo, pero deseo presentarle a mi hermana: Lavinia Pozafría.

—Puede llamarme tía Sangre, si le complace —repuso la reseca umbría de aspecto feroz.

—Mis magos la han revisado, está limpia —Titania le dio un codazo a su hermana mayor—. Debes hacer una reverencia. ¡Estás ante el Destinado!

Lavinia apenas obedeció. ¡Si era ciego! No tenía caso tanto protocolo. Lo miró con detenimiento. Sabía que Cerberus poseía una belleza nosferatu sobrenatural, pero en ese momento no parecía muy poderoso: llevaba una bata sucia, nada digna, y un parche mugriento sobre la herida

eterna de la clavícula. Le brillaba la piel con un resplandor violeta, tenía la marca de un primordial en el dedo anular.

—¿Esa es la buena noticia? —gruñó Cerberus—. ¿Me despertaste para presentarme a una de tus viejas hermanas?

—Es que me gustaría tener un lugar entre los depositantes —comenzó Lavinia—. No tengo riquezas que ofrecer, ni grandes talentos, pero sí poseo cierta información.

—No me molestes a mí con eso —Cerberus se llevó la mano a la cabeza, le dolía—. Que te atiendan los magos oscuros.

—Si me deja terminar, podría enterarse de qué vengo a decir —advirtió Lavinia.

—¡No puedes hablarle así al Destinado! —exclamó Titania—. Tampoco te acerques tanto, ¡dijiste que te comportarías!

—¡Silencio! —exigió Cerberus y se dirigió hacia donde estaba tía Sangre—. Habla, pero toma en cuenta que si lo que vas a decir no es importante, te mandaré castigar.

—Me parece justo —repuso Lavinia, sin miedo, y continuó—. Sé dónde está Lina Pozafría. Supongo que es importante, ¿no?

—Por favor, Lavinia, modérate —murmuró Titania, mortificada por la actitud de su hermana.

—La acabo de ver en Ubus —continuó tía Sangre—. Aunque seguro ya la sacaron de ahí. Ariel e Imogene tienen varias casas seguras en el Mundo Tibio, todas con protección alquímica.

—¿Y a mí eso de qué me sirve? —Cerberus no parecía impresionado por la información—. ¿Crees que no lo sé? Sabemos que también tiene manera de entrar a un refugio en Cruxos, ninguno de mis rastreadores pudo dar con ella.

—Es que ese es el error —señaló Lavinia—. No tiene caso encontrar el escondite de esa tibia, hay que obligarla a salir de él.

Cerberus se irguió, interesado por primera vez.

—Seguramente se sorprendió al descubrir que en las pasadas batallas algunos de sus juguetes no sirvieron para defender los nidos —tía Sangre miró a los aberrantes.

—No seas insolente, Lavinia, modérate —suplicó Titania en voz baja.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó Cerberus, hosco.

—Lina Pozafría desactivó a sus monstruos —explicó tía Sangre—. Ella era ese pequeño soldado con yelmo y estaqueta de velocidad que iba de batalla en batalla. Tiene un poderoso don que usa para despertar a los muertos; fue la pieza clave del Concejo. Es una gran cazadora, pero también puede ser cazada.

—Espera, déjame entender —la voz de Cerberus tembló—. Dices que si atacamos un nido con aberrantes, podríamos atraer a Lina... ¿y atraparla?

—Es probable —reconoció tía Sangre—, pero la tibia no debe sospechar que usted estará cerca o jamás irá. Mande a sus guerreros y a sus bichos, monten varias trampas, en alguna caerá. Le recomiendo usar tibios o sanguazas como ganchos, Lina tiene debilidad por esas criaturas.

—¿Y cómo sé que no es una trampa para mí? —reviró Cerberus.

Tía Sangre se estremeció, pero nadie lo notó.

—¿Qué trampa? Usted ni siquiera se va a exponer —Lavinia lanzó una risa rasposa.

—¿Y qué ganas con todo esto? —los ojos glaucos de Cerberus brillaron.

—Ya lo he dicho: ¡un buen lugar entre los depositantes! —aseguró tía Sangre—. Y de paso vengarme de mi hermana, la Comadreja. Es un viejo pleito personal.

—Es verdad, soy testigo de eso —admitió Titania.

—Bien, haremos lo que dices —repuso Cerberus, visiblemente emocionado—. Planearemos ataques y batallas. Si todo sale como dices, te premiaré y estarás bajo mi protección, nadie podrá tocarte; pero si detecto cualquier tipo de engaño recibirás el suplicio de los mil cortes con plata y el gran martirio —se giró hacia Titania—. Y esto, estimada consejera, también va para ti.

A Lavinia le costó trabajo sostener su sonrisita impasible.

En Cimeria, Imogene no había podido dormir desde que Lina se había marchado para prepararse para la misión (y también porque era imposible callar los llantos y alaridos de Osric). Su nieta no tenía preparación como incrustada y, en el mejor de los casos, estaría rodeada de nigromantes. ¡Por todos los dioses del inframundo! ¿Cómo la dejó ir? ¿Por qué apoyó ese disparatado plan? ¿Podría detener esa misión?

El contraataque de los depositantes comenzó donde todos lo esperaban, en el distrito seis, que era yasma y de tradición nigromante. El paso a Tierras Umbras estaba limitado, aun así, Ariel consiguió enviar batallones que sostuvieron una férrea defensa; participaron muchos *benvolianos*. En uno de los nidos, los magos oscuros usaron ataques intrabestiales: ese extraño conjuro que intercambiaba el cuerpo de los umbríos con animales. En todas las invasiones hubo aberrantes. Los botines ahora no eran el oro rojo o las piedras preciosas, sino reservas de comida.

Luego de intensos días de lucha, los depositantes consiguieron recuperar dos nidos: Takal y Xux, aunque este último estaba prácticamente en ruinas. Luna Negra estaba furiosa por la lentitud de la reconquista, sin embargo, otra cosa la tenía de peor humor: era el Destinado, que se negaba a salir de sus aposentos.

—Habrá una reunión general con los jefes de casta —la Dama Oscura avisó a Titania—. Si mi hijo no llega, tú lo pagarás, ¿entendiste?

Para la hora acordada, la antigua cámara de los sabios estaba casi llena. Al frente se colocaron Siward, Pytia, Bogdana y Athanasi, mientras que detrás iban otros encarnados, guerreros depositantes y soldados numus. Sobre el escenario, Luna Negra esperaba.

Cinco minutos después apareció Cerberus, limpio, con una bata de seda negra, seguido por su comitiva: su concejera Titania, con el rostro oculto; algunos soldados, y sus infaltables aberrantes, los ángeles sangrientos, sus favoritos recientes.

—¿Qué se te ofrece, madre? —preguntó el Destinado—. ¿Quieres que mate a otro de tus prisioneros?

Un silencio glacial se extendió en la cámara. Solo Cerberus podía confrontar a la Dama Oscura.

—¿Es por eso que te niegas a participar en las batallas? —la furia de la vampiresa comenzó a escalar.

—Lucho en las batallas que considero dignas —repuso Cerberus, tranquilo—. Ya lo dije, no tiene sentido rescatar esos nidos que no supieron defenderse.

—¡Las reservas! —Luna Negra estaba pálida de furia—. Perdimos todas las granjas de bolsas de sangre y los tibios han cortado los suministros.

—Entonces tomemos el alimento que necesitamos, como tomamos los cuerpos que hicieron falta —Cerberus señaló a sus aberrantes.

Luna Negra esbozó una sonrisa burlona.

—No pudiste mantener cincuenta nidos en tu poder y ahora quieres desafiar al Concejo Tibio —los insectos bajo la túnica de la nosferatu comenzaron a vibrar.

Nadie se atrevía a intervenir, la ira de la Dama Oscura podía ser brutal.

—Tal vez lo haga —asintió el Destinado, con suficiencia—. Tal vez ya pueda hacer lo que me apetezca.

Cerberus hizo una seña a un grupo de guerreros que jalaban una jaula de las que se usaban para trasladar aberrantes.

—Madre, que no participe en alguna de las recientes batallas no significa que no esté haciendo nada —levantó la voz para que todos lo escucharan—. Hoy mismo dirigí el mayor triunfo en esta guerra. Dama Oscura, esposa mía, ¿tienes idea de qué hablo?

Luna Negra miró a Pytia, que parecía igual de desconcertada que los demás.

—Con lo que hice hoy, ¡todo va a cambiar! —aseguró el Destinado, triunfal—. Madre, pon atención. Quiero que las castas de depositantes y nuestro ejército sean testigos de esto. ¿Recuerdas el juramento que me hiciste?

—¿Qué juramento? —la rabia de Luna Negra había dado paso a la franca curiosidad. Miró cómo los soldados movían la jaula al centro del salón.

—Sobre alguien importante para ambos —recordó Cerberus—. El trato era que esta criatura le pertenecería a quien la encontrara primero.

La inquietud crecía entre los chupasangres de la cámara de audiencias. Los guerreros abrieron la jaula y sacaron a un pequeño soldado vestido con el uniforme del Concejo, maniatado a pesar de estar inconsciente, un gran yelmo le cubría la cabeza. Lo depositaron a los pies de Cerberus.

—Y como yo la encontré, no puedes ponerle un dedo encima —Cerberus tomó el yelmo con ambas manos—. Sean testigos.

Cuando lo descubrió, estalló la conmoción en la cámara. El prisionero era una tibia particularmente hermosa, con perfectos rasgos de nosferatu. No era posible. Alguien la reconoció, era la célebre talismán, la tercera dueña de la estaqueta Abismo: Lina Pozafría.

La misión ya estaba en marcha.

Capítulo XXXIII
LA PRISIONERA TIBIA

Gis se sentía desesperado, impotente. Solo veía entrar y salir soldados de los cuarteles. Hubo un par de traslapes, pero Lafcadio, como de costumbre, lo obligó a permanecer encerrado en el barracón. Lo que más le intrigaba era la presencia de guerreros Timures y Tarios, los magos oscuros. Significaba que estaba sucediendo algo muy importante. Tenía que investigar qué sucedía exactamente en el Castillo de las Minas.

Por primera vez en mucho tiempo, Lina tuvo sueños, eso quería decir que estaba fuera de la Pensión Somnus. Volvió a la High School de California, a su casa de San Ysidro; incluso soñó con los irritantes de tía Bety y el primo Bobby. Despertó con un mareo y un raro dolor de cabeza, debían haberla narcotizado con alguna poción de adormidera. Notó que ya no llevaba en la mano el anillo de corium con las serpientes trenzadas. Estaba en una pequeña celda con paredes de piedra, había una puerta grande y otra más pequeña, un catre y una tabla que sobresalía de la pared, que servía como repisa.

—Lindurita, ¿cómo estás? —tía Sangre estaba de pie, al otro lado de la habitación.

—Alguien me golpeó la cabeza —reconoció Lina, aturdida—. Tengo una herida.

—Yo te la hice para añadir dramatismo a tu llegada —sonrió orgullosa. Lina no supo si era broma. Lavinia le mostró una medalla con un listón púrpura—. ¿Ves esto? Soy una numu condecorada, por ayudar a

capturarte. Luego te la muestro mejor, ahora come.

Apuntó a la repisa. Había una charola con un pan duro y un bote de jugo de uva. Lina avanzó y se dio cuenta de que tenía cadenas en pies y manos.

—Tía, gracias por acompañarme en esta misión —Lina bajó la voz, luego bebió el jugo.

—Te dije que contabas conmigo, pero no agradezcas que te ves ridícula —bajó la voz también—. Tuvimos un golpe de suerte, me ofrecí a ser tu guardiana y no vieron nada malo en ello —miró hacia la puerta grande—. Pero hay que irnos con cuidado. Este lugar debe tener espías debajo de cada baldosa.

Repasaron el plan. Lo primero que Lina tenía que hacer era actuar como la prisionera que era.

—Puedes portarte todo lo furiosa y agresiva que quieras; no te costará trabajo, pero cuidado —advirtió la umbría—. Tampoco hartes a Cerberus, es tu protector. Si fuera por Luna Negra, ya te habría dado de comer a sus asquerosos bichos.

—Dicen que Cerberus fue quien mató a papá —los ojos de Lina comenzaron a arrasarse en lágrimas.

—¡Esta no es una misión personal de venganza! —advirtió tía Sangre —. Esto es más importante que tu propia historia; es por todos, no lo eches a perder.

—Lo sé. Yo me ofrecí a esto y lo haré hasta el final.

—No hables antes de tiempo, lindura. Todos los incrustados se arrepienten en algún momento. Te obligarán a hacer cosas terribles. En fin, no quiero asustarte todavía. Termina de comer que debo avisar que despertaste... o tal vez ya se enteraron, afuera hay un ejército de guardias.

—¿Estamos en Anub?

—¡Espabila esa cabeza! ¿Esta cosa horrenda se parece al nido sagrado? Se supone que aquí es más seguro, por eso te trasladaron; se llama Castillo de las Minas.

Lina sintió un vuelco de emoción.

—Tía, necesito que busques a alguien.

—Claro, lindurita, ¿y no quieres un masaje y vestidos de seda?

Lina suspiró. Tía Sangre se comportaba como siempre, sin duda estaba en el sitio perfecto, entre los crueles depositantes.

—Es el único favor que te pediré —la joven bajó la voz, intentó controlarse—. Es posible que aquí esté Gismundus Tarmelán. ¿Puedes traerlo? Por favor, tía Livi.

Hacía mucho que no la llamaba así.

—¿Qué acabo de decir sobre misiones personales? —recordó indignada—. Y ahora quieres cumplir una lúbrica fantasía adolescente.

Lina reconoció que eso de "lúbrica fantasía" tenía algo de verdad, pero explicó:

—Debo sacar a Gis de aquí. Necesito intentarlo. Por favor, tía, si amaste alguna vez, debes entenderme.

—Bueno, sí que amé —reconoció la chupasangre. Lina la miró con sorpresa—. ¡No esperes que te haga confesiones!, ¿eh?, no somos íntimas.

En ese momento se abrió la puerta.

—¿Por qué no avisaste que la tibia despertó? —preguntó una voz rasposa.

—¡Estaba a punto de hacerlo! Pero mírala, ¡chilla como garrapata en ayunas!

Tía Sangre se acercó a Lina y le dio un golpe en el estómago (demasiado convincente), la dejó gritar un poco y luego le colocó la mordaza. Lina pataleó hasta donde le permitieron las cadenas.

—¿Tú quién eres? —Lavinia miró al nosferatu jorobado que vestía una túnica rosada.

—Rutko, líder de la casta de servicio. El Destinado ordenó traer servidumbre para la prisionera. La ayudarán con la higiene y el arreglo, las necesidades básicas.

Rutko hizo una seña y entraron cuatro chupasangres, todas vestidas con harapos, descalzas y sin cabello.

—¡Por mis furias! ¿No tienes algo mejor? —espetó Lavinia—. Estos son despojos.

—¡Son perfectas! —aseguró el vampiro, indignado—. Son las esclavas que han sido castigadas por herejía y mentira. Con el gran martirio se les extirpó la lengua, así que son discretas; también les quitamos los colmillos para que no se alimenten por su cuenta.

—Qué práctico—reconoció tía Sangre—, pero... se ven algo lerdas.

—Fueron entrenadas para obedecer —explicó Rutko—. Se pueden golpear si es necesario. Soportan más de lo que parece. Si una se niega a cumplir una orden, me avisan para eliminarla y enviar al reemplazo —se dirigió a las cuatro esqueléticas umbrías—: Atiendan a la prisionera y a su cuidadora, lo que necesiten.

Las cuatro nosferatus asintieron con torpeza, como zombis. Lina sintió pena al verlas llenas de cicatrices, embrutecidas por los golpes y maltratos; a una de ellas le faltaba un ojo, era solo un hueco chamuscado. Lina la estudió con detenimiento, se estremeció, ¡no podía ser! Debajo de la mugre, de las heridas, reconoció ese rostro. Lo había visto tantas veces, en muchos retratos, había hasta un salón para ellos.

Era Vania Villaseca.

La aparición de Lina causó una conmoción entre los jefes de las castas depositantes, pero sobre todo en Luna Negra, quien ordenó a Titania y a sus nigromantes que examinaran a la joven humana para ver si tenía algún primordial escondido, o si estaba atada a algún tipo de rastreo. Se le revisó debajo de las uñas y en cada pieza dental, por si llevaba alguna cápsula con veneno o armas alquímicas. No encontraron nada, aun así la Dama Oscura no se conformó. Al llegar a Nuevo Estigius, le ordenó a Pytia que realizara una lectura con dientes de muerto y la sangre que le extrajeron a la humana. La sesión fue en el Corazón de los Mártires, el santuario dedicado a los Bromio muertos. Estaba esculpido en piedra roja: columnas, pedestales, sillería y las estatuas de los ancestros como Fiers, Taria, Germanta, Fedro, Timur y Dulia.

—En el futuro de esta tibia hay dolor y muerte, pero no hay detalles... —la esiartis estudió los dientes con símbolos. Se pasó unos huesudos dedos por la larga barba—. Todo es impreciso, borroso.

—Es por el sello que le puse —reconoció Luna Negra—. Su destino está velado.

—Entonces rompa el sello, mi señora —aconsejó la adivina.

—Solo mi muerte puede deshacerlo —aseguró la vampiresa—. Así fue el atado.

—Parece que no te da gusto tener a Lina con nosotros —intervino Cerberus. Estaba recargado en la estatua de Fedro, su padre y tío—. ¡Es a quien tanto buscábamos!

El Destinado estaba exultante, hacía mucho tiempo que no se veía tan eufórico.

—Al fin podremos convocar el poder total de Abismo —sonrió el umbrío.

—Si la tibia estuviera muerta... —comentó Pytia, por lo bajo.

—Nadie va a tocar a Lina, es mía, ¡ese fue el trato! —advirtió Cerberus.

—Pero entiende, alma mía —Luna Negra se acercó, renqueante—. Es imposible compartir el poder con esa criatura. ¿Te das cuenta del odio que nos tiene? No permitiré que toque a Abismo, sería demasiado peligroso.

—Y si no se puede hacer el llamado, de nada sirve su captura —opinó Pytia.

—A menos que usemos cierto remedio. Escucha, alma mía —la Dama Oscura,habló con tono suave—: Conozco una poción que hará que la tibia quede con la cabeza podrida por dentro, pero seguirá bella por fuera y tan dócil como un redivivo. Todos ganamos.

—Espero que no hables en serio —amenazó Cerberus, feroz—. No te lo perdonaría. Además, solo hay que esperar un poco.

—¿Esperar qué? —Luna Negra perdía la paciencia.

—A Lina, ella me ama —aseguró Cerberus, feliz—. Lo supe desde que

estuvimos en el laberinto. Es posible que ahora esté confundida, pero será una digna Bromio.

—Demuéstralo —lo retó Luna Negra—. Si muestra lealtad y abraza el Nuevo Orden, yo misma celebraré su llegada. Pero si es un freno a nuestros planes, entonces tú tendrás que deshacerte de ella, por el bien de tu clan, por el futuro de tu legado. No nos decepciones, alma mía.

Parecía que los ancestros los miraban desde las efigies de piedra roja.

Ese día la Desterrada esperó a Cerberus, como lo hacía a diario. Su existencia giraba alrededor de esas visitas. Montó en Cruxos el más hermoso de los espejismos: escenarios de los cuentos de Nana Buba, el de "Los tres hermanitos", el favorito del Destinado. Pero su amado no llegó. Debía estar ocupado, en alguna batalla tal vez, o en una de esas enojosas reuniones con su madre. La criatura intentó calmarse, pero no lo conseguía; además estaban esas interferencias. Unas oleadas que deshacían en humo sus espejismos. Y por primera vez en cientos de años, la criatura sintió algo parecido al temor.

Gismundus había estado todo el día limpiando armaduras en uno de los patios. Desde su posición pudo ver a los guardias numus apostados en el castillo, eran demasiados, eso confirmaba que había un prisionero importante por ahí. Al ir a entregar las armaduras al almacén, escuchó que lo llamaban desde una alacena.

—Sombrío, necesito que me ayudes con algo —era una voz chirriante, familiar—. ¿Qué esperas? ¿Una invitación?

Gis se asomó, dudoso. Al cruzar, alguien cerró la puerta tras de él y quedó paralizado al ver a una umbría delgadísima. No podía ser. Cargaba un perro pequeño.

—Sí, soy yo, sombrío —tía Sangre ahogó una risita rasposa—. ¿Te sorprende?

—La verdad es que no —el chico notó que llevaba insignias numus—. Siempre pensé que algún día traicionarías a tu clan.

—Igual de impertinente —Lavinia mostró sus dientes aserrados—. Ni los golpes han conseguido educarte. En fin, ponte esto —le lanzó una túnica rosada—. Debo llevarte al segundo piso. Sin preguntas.

¿Había dicho segundo piso? Gis obedeció, se puso el ropaje, era el

uniforme de los sirvientes dulianos.

—¿A dónde vamos? —intentó sondear.

—Dije que sin preguntas —advirtió la vampiresa—. Te llevaré a un acceso de servicio, dirígete hasta el final, ya quité la llave. Me quedaré fuera. Tienes tres minutos.

Sin perder un minuto, tía Sangre se lo llevó escaleras arriba. Cruzaron el largo pasillo de piedra. Había muchos guardias. En un recodo dieron con una puerta pequeña y Lavinia le puso a Gis en la manos una charola con una jarra de agua.

—¿Qué esperas? Lleva esto —lo empujó.

Gis caminó en la penumbra, reconocía esos pasajes estrechos, los usaban los criados. Al final, en efecto, había una puerta pequeña, sin cerrojo. Gis entró a una celda estrecha. Al fondo, sobre un catre, había una joven encadenada de pies y manos. El muchacho se acercó y el corazón se le vino abajo al descubrir que era Lina, ¡su Lina!

Dejó la bandeja y corrió hacia ella.

—No, no puede ser —la abrazó, desesperado—. ¡Lina! ¿Cómo te atraparon? Seguro te entregó Lavinia.

—Fue mi culpa. Me descuidé en una batalla —la joven intentó tranquilizarlo—, pero está bien.

—¡Esto no está nada bien! —Gis estaba desesperado—. Los Bromio te van a hacer lo mismo que a Ben. ¡Esto es horrible, Lina! ¡Tienes que escapar!

—Gis, cálmate, déjame hablar.

Lina llevaba pensándolo un rato. No podía decirle la verdad, que era una incrustada en una misión suicida. Gis intentaría impedirlo o no se movería de su lado, y si eso pasaba la vería hacer cosas horribles. Había tomado una dolorosa decisión.

—Claro que voy a escapar —comenzó Lina—, pero tienes que ayudarme...

—¡Sí, haré lo que sea! —al chico se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No tardan en moverme a otro sitio. Por eso necesito que salgas primero y lleves algo mío al ejército del Concejo para que puedan rastrearme.

—¿Hablas de un primordial?

—Sí, sé que la ropa sirve... sobre todo si tiene sangre. Puedes tomar algo. Rápido.

—¿Ahora? —preguntó Gis.

Lina asintió. El chico arrancó un trozo de la manga de la camisola de su amada. Gis notó que por culpa de las cadenas tenía llagas con sangre. La limpió, no podía dejar de llorar.

—Bien, ahora debes llevar eso arriba, a Saint-Médard —explicó Lina

—. Sube por uno de los viejos túneles de la mina. Cuando llegues, busca a algún soldado del Concejo.

—Pero me van a rastrear —advirtió Gis—. Con el oribo siempre saben dónde estoy.

—Cierto. Hay que deshacerse de él. ¿Lo guardan aquí?

—Creo que en la habitación del entrenador Lafcadio, pero es imposible entrar, hay una puerta de hierro.

—¿Y si la rompes con tu estaqueta de fuerza?

—No me dejan portarla en el castillo. Está en la armería, y ese sitio lo cuida Cyneburga, la otra talismán. De verdad, Lina, ¡no es tan fácil! Ya me habría escapado.

—Sí es fácil, ya verás —Lina pensó a toda prisa—. Hay que distraer a esa talismán que dices y recuperar tu estaqueta.

—¿Y si vengo por ti? —propuso Gis, entusiasmado—. ¡Podemos salir juntos!

Lina sintió un vuelco en el pecho, eso echaría a perder su plan.

—No, Gis, ¡no te arriesgues! ¿Has visto todos los guardias que están cuidándome? Son como cien. ¡Tendrías que luchar contra todos! En unos días los soldados del Concejo enviarán un batallón, pero primero debes salir tú y tienes que hacerlo lo más rápido posible. Hay que distraer a esa umbría, te ayudaré. Por suerte, tengo un aliado en este sitio.

—Es tía Sangre, ¿no? —dedujo el chico—. Ella me trajo aquí. Pero no me da buena espina.

—No te preocupes, Gis, confía en mí.

—Siempre, siempre —respondió el chico.

Lina se desconcentró: ¡por Dios, qué guapo era!

—Por cierto, debo pedirte otra cosa —recordó algo—: Si puedes, llévate a Vania.

—¿Vania... Villaseca? —preguntó sorprendido.

—Está en este castillo. Búscala y, si puedes, llévala contigo.

—¡Pero la odias! Los dos la odiamos. Nos hizo cosas horribles. Seguro llegó hasta aquí con algún engaño.

—Ahora es una esclava. Ya la verás, ¡pobre! —Lina se estremeció—. Le hicieron cosas espantosas. ¡Ni siquiera me reconoció! Gis, hay que ayudarla.

—Eres demasiado buena —se acercó, emocionado—. No descansaré hasta que escapes, lo prometo.

Se volvieron a besar. En ese momento se abrió la puerta, era tía Sangre.

—Adolescentes en celo, detengan lo que están haciendo —gruñó—. Se acabó el tiempo. ¡Sombrío, largo de aquí!

Lina y Gis se despidieron entre besos y lágrimas; él de esperanza, ella de tristeza absoluta. Era devastador, no podían dejar de llorar.

—Los dos estaremos afuera muy pronto —el chico volvió a usar la tela que había cortado, le dio la vuelta para secar las lágrimas de Lina—. Todo saldrá bien.

Lina asintió. Eso era lo que la destrozaba, si su plan salía bien, entonces no volvería a ver a Gis, jamás.

Imogene no podía dejar de pensar en su nieta Lina, ya debía estar metida con los Bromio; al menos la acompañaba Lavinia, que tenía ese horroroso carácter, pero era leal. Ese día, la abuela Imo tenía varias reuniones con jefes de nidos libres, era parte del Nuevo Concejo. Intentaron instalarse en el Teatro del Hueso, pero olía fatal, había demasiada sangre seca de las ejecuciones, así que volvieron a Cimeria.

Repasaron el problema del alimento. Los nidos aún tenían reservas, pero alcanzarían solo para un par de semanas. Imogene estaba desesperada, si el Concejo Tibio no le respondía, sería capaz de buscarlos en persona. Necesitaban reestablecer relaciones diplomáticas y prepararse para lo que podía venir.

Lina se portó fatal, como se esperaba de una prisionera. Amenazó a los guardias, gritó que pronto la rescatarían los Pozafría, dejó de comer y rechazó el baño que le ofrecían las esclavas. Solo se detuvo cuando volcó con el codo una jarra de leche, un alimento caro y exótico en el Mundo Umbrío. Vio que la criada encargada era Vania, Lina todavía no podía creerlo. La pobre estaba tan esquelética, y como casi siempre tenía la boca entreabierta se veía el trozo chamuscado de lengua. También le faltaba un trozo de oreja y tenía unas marcas de aspecto purulento en la nuca.

—Disculpa —dijo Lina, de verdad arrepentida, miró alrededor y bajó la voz—. Vania, ¿sabes quién soy?

La nosferatu no respondió. En su único ojo no había rastros de inteligencia. Tomó un trapo y limpió mecánicamente el suelo, le costaba algo de trabajo porque en la otra mano llevaba un peine de nácar, lo apretaba con tanta fuerza que parecía casi enterrado en la carne. A Lina le dio tanta pena ver así a su antigua enemiga.

Mientras, en uno de los pasillos del castillo, Rutko, el jefe de servicio, se quejaba de la prisionera frente a Lavinia. La tibia tenía que estar presentable y no se había dejado bañar ni vestir.

—Lo peor es que no podemos golpearla, lo prohibió el Destinado —rumió el nosferatu, frustrado—. Tienes que ayudarme con eso.

—¿A qué? ¿A bañarla? —exclamó tía Sangre—. Soy cuidadora, no criada.

—Yo hablaré con ella —otra umbría se acercó con paso decidido—. Seguro le dará gusto verme.

Lina vio entrar en la habitación a una vampiresa con un gran sombrero de cuervos redivivos y un velo sobre el rostro. Debía ser Titania, vestía como la describió Gis. La umbría pasó una mano por un cambio de ropa que estaba en una silla, un vestido blanco muy sencillo, corsé, medias y zapatos; todo lo que Lina no había querido ponerse.

—Hola, corazón. Escuché que te estás portando un poquito mal.

Lina se quedó en tenso silencio. Titania se le acercó.

—Por la espuma de Afrodita, ¡si estás más guapa que antes! Te estás volviendo un bellezón, como la Lamia Azul de los cuentos de la Nana Buba. Pero no creo que quieras que el Destinado te vea sucia —vertió agua en una jofaina—. Tengo que prepararte, así que más vale que te tranquilices. ¡No me veas con esos ojos de estaca! Si ya sabes quién soy: ¡tu tía favorita!

Lanzó esa risa que a Lina antes le parecía alegre y que ahora le resultaba escalofriante.

—Si quieres culpar a alguien, habla con Lavinia, que te entregó. Solo espero que seas más inteligente que Benvolio. Una lástima, pobrecillo.

—¿Te da lástima? —Lina preguntó indignada, ya no pudo más guardar silencio—. Seguro participaste en su muerte. Eres una asesina, como todos los depositantes.

—En eso te equivocas, corazón —humedeció un paño y lo pasó por los brazos de Lina—. Intenté ayudar a Ben, lo aconsejé, pero fue tan orgulloso. Si me hubiera hecho caso, estaría vivo. No pensé que terminaría así. Fue una horrible sorpresa, hasta para mí.

—No te creo nada, vete —Lina golpeó con un pie la jofaina y derramó el agua—. Te odio.

—Criatura ingrata —la voz de Titania se volvió áspera—. Sin mi ayuda, Cerberus te habría matado al salir del laberinto. Conseguí que te amara. ¡Me debes la vida!

—Si estuve en peligro mortal, ¡fue por tu culpa! —replicó Lina—. Entré al laberinto porque me empujaste a hacerlo, me manipulaste, incluso hice necromancia.

—¿Y no te gustó? —Titania lanzó una risita—. Pudiste ver el espíritu de

tu madre. Dime, cariño, ¿no te gustaría volver a buscarla?

Lina guardó silencio, confundida. Sí que lo deseaba intensamente.

—Yo era un poco como tú... siempre buscando hacer el bien, pero al final quedaba del lado de los que perdían —Titania mojó el trapo con el agua del suelo y tranquilamente siguió limpiando la cara y el cuello de Lina—. Tantos años lo mismo aburre... no tienes idea de lo divertido que es ganar al fin, tener el poder.

Lina tenía tantas ganas de decirle cosas hirientes. Se preguntaba qué había ganado ahora, si solo era temida y despreciada. Era evidente que perdió hasta la belleza que tanto presumía, ¿o por qué ocultaba la cara? Tuvo que morderse los labios para no hablar.

—Esto es como un juego —continuó Titania—. Si sabes jugar, al final tendrás un poder inmenso. Yo sé cómo se hace, solo tienes que escucharme —usó otro paño para secarla—. Pero ya verás, pronto volveré a ser tu tía favorita, como en los viejos tiempos. Será muy divertido.

Titania tomó el vestido.

—Debes lucir preciosa —aconsejó—. Cerberus no tarda en venir y necesitas mantener viva la hoguera del amor, ¿me entiendes? Sé que debes odiarlo ahora, pero aquí va la primera regla: pórtate serena y prudente. De él depende que sigas con vida.

Gis encontró a Vania en las cocinas del Castillo de las Minas. La umbría había ido por otra jarra de leche para la prisionera. Sintió un escalofrío al verla, le habían aplicado el castigo más terrible que la muerte: el gran martirio. Tenía el pecho y la espalda llenos de cicatrices, con cortes y llagas abiertas. Le habían sacado el ojo con algún metal al rojo vivo y las quemaduras se extendían por la piel hasta las manos. En una sostenía con todas sus fuerzas un absurdo peine. El chico tomó aire y se acercó.

—¿Vania? —murmuró—. Soy yo, Gismi, tu... —le costaba trabajo volver a decir esa palabra— esposo.

La umbría lo miró fijamente con su único ojo y con la boca abierta, parecía perdida. A pesar de todo el caos que causó en su vida, Gis no se alegró de verla así.

—Te voy a ayudar a salir —prometió—. ¿Entiendes algo de lo que digo?

Vania seguía sin reaccionar. De pronto, Gis escuchó una risita, era Lafcadio, el entrenador, que estaba mirando la escena.

—¿Eres imbécil, sombrío? —se acercó y puso su manaza sobre la cabeza de Vania—. ¡Estas esclavas no hablan! Son como redis. Deja de perder el tiempo y ve a los vestidores. Los talismanes llegaron de un

combate y hay cosas que limpiar.

Gis obedeció, tenía que hacerlo. En el galerón encontró una pila de uniformes, petos, coderas, manoplas, todo lleno de barro y sangre. Entonces, al pasar por el tablón donde siempre dormía, bajo la raída manta que usaba para cubrirse, vio la esquina de un sobre. Después de cerciorarse de que no hubiera nadie cerca, Gis lo miró mejor, tenía escrita la letra *G*. Al abrirlo reconoció la letra de Lina:

> Adorado Gis:
>
> ¿Recuerdas los horribles polvos de kilasa de aquella vez en Ubus? Aquí tienes un paquete. Úsalos para la distracción que necesitas. Si es posible intenta ser discreto, aunque lo que importa es que salgas. Y debe ser ya, ¡hoy mismo! En Saint-Médard vas a encontrar a alguien del Concejo, dale ese primordial que improvisamos. No tardan en moverme de aquí.
> Te amo siempre, siempre. Nunca lo olvides.
>
> L

El papel se volvió transparente, quebradizo, hasta hacerse polvo. Dentro del mismo sobre estaba otro más pequeño y abultado.

Gis sintió una oleada de tensión. Iba a escapar, sería muy peligroso, pero lo haría por Lina. Metió la mano al bolsillo y sostuvo con fuerza la tela con sangre y lágrimas de su amada. Esa pesadilla iba a terminar, se lo prometió. Tomó aire y se lanzó a la misión.

Capítulo XXXIV
LAS MINAS DE SAINT-MÉDARD

"Serena y prudente", Lina se repetía las palabras de Titania. Así debía portarse con Cerberus. Ser dócil y mantener encendida la hoguera del amor. Necesitaba "jugar el juego." Al final aceptó bañarse, vestirse, estuvo lista a tiempo.

Momentos después, cuando se abrió la puerta de la celda, Lina sintió un espasmo de horror. Entraba el umbrío de sus pesadillas. Cerberus también se había esmerado en su arreglo, lucía radiante: llevaba un ajustado uniforme tejido en hilo de oro, con brillantes engarzados de color púrpura. Su cabello largo y de color rubio cenizo estaba perfectamente peinado. Una extraña luz resplandecía en su dedo anular. Lina comprobó que sus ojos seguían nublados. Era terrorífico, aunque de cierta manera hermoso, como podían serlo ciertos depredadores.

—¿Estás bien atendida? —preguntó, con voz ligeramente temblorosa.

—Y encadenada de manos y pies —Lina hizo sonar el metal—. Nunca había estado mejor.

"Prudente", se repitió Lina. Debía ser agradable, no irónica. El nosferatu se acercó para reconocerla con el tacto. Le pasó los dedos por la cara.

—Eres tan hermosa. Irradias calor —murmuró fascinado—. La otra Lina es distinta a ti. Tú eres perfecta.

Lina no supo a qué se refería, y esas caricias le produjeron algo cercano a la repulsión.

—No me toques, por favor —las palabras le salieron sin pensar.

El Destinado rio de buen grado.

—Agradece que estás bajo mi protección. Sin mí te habrían ejecutado.

—Entonces ahórrate los trámites y mátame, como lo hiciste con mi

padre.

"Serena y prudente", se repitió Lina. Pero es que al pensar en Ben perdía toda compostura.

—Ya entiendo, por eso estás así —suspiró el nosferatu—. Es verdad, tuve que sacrificarlo, pero lo hice sin conocer la identidad de la ofrenda de sangre.

—Benvolio —exclamó Lina, cada vez más irritada—. Ese era su nombre y no era una ofrenda. ¡Era mi papá! —tuvo que detenerse, estaba gritando.

—Ya te dije que no sabía quién era —respondió el Destinado, seco—. Como sea, está muerto. Mejor hagamos planes para nuestro futuro. Sé que me amas.

Lina sintió como si hubieran encendido una pira dentro de su cabeza. ¡Cómo se atrevía a minimizar la vida de su padre! Lo sacrificaron como a un animal, y ahora estaba frente a su asesino. No podía estar "serena", no era normal; lo normal era la furia.

—¿Quién te dijo que te amo? —ya era incapaz de controlarse—. Te odio, Cerberus. Odio lo que eres y lo que representas, tus actos, a tu espantosa madre, a tu familia enferma de poder. Odio el día que te conocí. Me odio a mí misma por ayudarte y por ser tan tonta como para no darme cuenta del monstruo que eres.

Lina se detuvo. Seguramente Lavinia y Titania se espeluznarían al ver cómo desobedecía sus consejos. Aunque Cerberus no parecía impresionado.

—Cuando te calmes, verás todo en su justa proporción —acarició la cabeza de Lina, como si fuera un animalito sin domesticar.

—¡Te dije que no me tocaras!

El vampiro le dio un bofetón tan fuerte que la dejó aturdida y un hilo de sangre comenzó a manarle por la nariz.

—¡Basta! —advirtió molesto—. ¿No entiendes que eres mía? Cada segundo que respiras es por mí. Me debes agradecimiento y obediencia. Estás frente al Destinado, tu amo. Vas a respetarme.

Lina apenas lo oía, un zumbido se había instalado en sus oídos. Entonces sintió un mareo de terror. ¿Cómo pensó que podría cumplir esa misión? Quería llorar, correr, gritar. El umbrío se calmó al oler la sangre de la joven y se acercó, extasiado. Lamió el hilillo que le escurría y luego comenzó a besarla. Se trepó en ella, su peso la inmovilizó. Entre los besos, Lina sintió cómo se abría la antigua herida del interior de su labio, donde el vampiro la marcó. El Destinado bebió de ella, con profundo deleite; Lina comenzó a llorar.

—Perdóname, no quise asustarte —murmuró Cerberus. Sus labios escurrían sangre—. Es solo que... este amor que me sobrepasa. Tranquila,

te cuidaré siempre.

Lina necesitaba otro baño para quitarse esa sensación de suciedad y humillación.

En el patio de servicio del Castillo de las Minas, Gis terminó de limpiar las armaduras y uniformes de los talismanes. Al sacudir algunas prendas se dio cuenta de que del otro lado estaba Vania con otras esclavas lavando ropa de cama. Gis se acercó.

—Vania, necesito que me esperes aquí —murmuró—. ¿Entiendes lo que digo? Vamos a escapar. Nos iremos por el túnel que lleva a la ciudad tibia.

Gis ya tenía el plan de su huida, se esforzaría en ser discreto. Miró alrededor. Todos estaban ocupados, sirvientes y esclavos en la limpieza; un soldado deshacía un cuerpo en el foso de aguas sulfurosas. De pronto, sintió el contacto de una mano áspera en su mejilla, era de Vania. Lo miraba con pasmo y curiosidad, como si intentara recordarlo.

—Soy yo, soy Gis —explicó el chico—. Sé que has sufrido mucho, pero te prometo que eso va a terminar. Espérame por aquí, vendré por ti.

Pero Vania volvió a tener la mirada perdida. Gis se puso en marcha, tomó dos canastas con ropa y armaduras, buscó un rellano solitario y con muchísimo cuidado abrió el sobre con los polvos de kilasa. Después se dirigió a la armería, que tenía una puerta gruesa que se abría por la parte superior, a modo de mostrador. Gis respiró aliviado, estaba Cyneburga sola.

—Ya están limpias estas armaduras —el muchacho señaló unos petos y chalecos—. Pero hay un problema con las manoplas, tienen algo pegado.

—Por eso tienes que limpiarlas —resopló la umbría.

El chico vio al fondo las vitrinas donde se guardaban las armas: los mazos, los martillos de Lucerna, las ballestas y una sección con estaquetas Clontarf.

—No, no me entiendes. Es algo raro, no sé qué sea —Gis colocó una de las charolas—. ¿Sabes qué es esto?

De mal humor, Cyneburga se inclinó sobre las manoplas, tenían un polvillo. Gis sopló y se replegó a toda prisa. Funcionó mejor de lo esperado: la umbría lanzó un agudo chillido y, en segundos, su nariz se tornó de un rojo intenso, mientras que sus labios duplicaron su tamaño. Gis sabía que esos polvos escocían como fuego y que si no se daba prisa en enjuagarse, la talismán podría quedar con unos feos agujeros en la piel.

Sin perder un segundo, Gis saltó del otro lado, donde estaban las

armas. Escuchó un ligero golpeteo, era su estaqueta, lo reconocía desde una vitrina. Con un codo Gis rompió el cristal y, a su contacto, el arma se volvió ligera y compacta. El chico buscó en la canasta de ropa, había guardado la túnica rosada. Vestido como criado sería más fácil cruzar el castillo. Mientras tanto, Cyneburga seguía chillando, con las manos en la cara.

A medio pasillo Gis se topó con un par de guardias, alertados por los gritos.

—¡Rápido! ¡Algo le pasa a la talismán! —señaló la armería.

Subió a toda prisa. Debía ser su día de suerte, porque Lafcadio tampoco estaba en su habitación. Bastó un toque con la estaqueta para romper la cerradura. Gis revisó el interior, había un escritorio, un soporte para una armadura, un perchero con un uniforme y en la esquina un sarcófago para dormir (Lafcadio era de los puristas que no creían en las camas). Los oribos debían estar ocultos, ¿pero dónde? ¡Debía darse prisa! Gis revisó sin éxito los cajones, incluso el féretro. Entonces se fijó en la pared, había un diploma enmarcado, el nombramiento de Lafcadio como entrenador. Gis notó que el cuadro no estaba totalmente recargado. Al retirarlo descubrió una caja fuerte empotrada en el muro.

Con otro toque de la estaqueta rompió la compuerta. Dentro había sacos con óbolos de oro, rapiñaje de las invasiones (eso era un delito) y un estuche. Gis sonrió al ver ahí las cabezas de cera de los talismanes, los oribos. Reconoció el de Cyneburga, el de Quaren, no estaba el de Ova, ¡pero sí el suyo! Se lo guardó bajo la túnica.

Cuando Gis cruzó los pasillos de regreso, vio vigilantes corriendo de un lado a otro. Se propuso ser discreto, no llamar la atención ni apresurarse, solo debía ir por Vania y escapar. Al llegar al patio confirmó que Vania había obedecido y seguía en su lugar. ¡Lo iba a conseguir! Debía aprovechar la agitación.

De pronto, a medio patio alguien lo golpeó. Gis sintió la patada en el pecho, fue tan fuerte que lo derribó; luego le arrancaron la capucha de un tirón. Desde el suelo vio al enorme Lafcadio, junto con Cyneburga, que tenía los ojos tan inflamados que apenas los podía abrir. Olía a parafina y vinagre, que se usaban para detener el efecto de los polvos de kilasa.

—¿Te volviste loco, sombrío? —bramó el entrenador—. ¡Qué carajo haces! ¿De dónde sacaste los polvos?

Lafcadio registró a Gis y de un bolsillo salió rodando el oribo. El chico intentó atraparlo, pero Cyneburga lo apartó rápidamente. Para que no se moviera, Lafcadio le encajó un pie en la espalda, tan fuerte que dejó al muchacho sin resuello.

—¿Intentas escapar? ¡Nadie se va de aquí! —advirtió furioso—. Mereces un escarmiento. Quaren, ¡sostenlo! Le voy a dar una lección.

Gis sabía que Lafcadio era capaz de cualquier cosa, de sacarle los ojos o desprenderle un brazo. Para ese momento el patio estaba lleno de vigilantes. Los esclavos y criados, asustados, se replegaron contra el muro.

Pero Gis aún tenía la estaqueta bajo la túnica. Cuando Quaren se acercó le lanzó un golpe, por suerte el talismán llevaba la armadura o lo habría partido a la mitad. Lafcadio intentó quitarle el arma, pero Gis lo golpeó en un costado. Fue como darle a una roca, el entrenador era durísimo, aunque al segundo golpe Gis lo lanzó hacia el soporte de una techumbre.

—Llamen a los guerreros —gritó Lafcadio, semienterrado en escombros.

Gis se aterró, sabía que no podría luchar contra Timures armados con sus propias Clontarf, ellos dominaban la lucha de contrarios. En ese momento el patio se había vuelto un hervidero de curiosos, vigilantes y personal de servicio. Vio que estaba despejado uno de los accesos, pero no podía irse sin el oribo ni sin Vania.

Miró el suelo de tierra, ¡ya no estaba el rastreador! Escuchó el ruido de pasos y espadas que salían de sus fundas. Desesperado, Gis no dejaba de agitar la estaqueta para mantener alejados a los vigilantes; mientras, seguía buscando el oribo, sin éxito, hasta que apareció.

Alguien sostenía en una mano la diminuta efigie de cera con su rostro y en la otra llevaba un peine de nácar. Era Vania, que le dedicaba una intensa mirada a Gis, como si al fin lo hubiera reconocido. El chico sintió terror, Vania había ocasionado los peores desastres de su vida. Imaginó que entregaría el rastreador a Lafcadio.

A lo lejos, Vania dijo algo con su boca sin lengua: “Gismi”, señaló la puerta y esbozó una sonrisa mutilada. Después avanzó unos pasos y se detuvo al borde del estanque de aguas sulfurosas. Sin dejar de sostener el oribo de Gis en una mano, y el peine de nácar en la otra, Vania Villaseca se arrojó al estanque.

Estallaron los gritos en el patio. Se oyó un chapoteo, y una columna de vapor sulfuroso emergió cuando Vania se hundió en el líquido. Quaren intentó sacar a la umbría, al oribo, pero era imposible, las aguas hirvientes lo consumían todo. Entre las voces, los chillidos, Gis aprovechó para escapar. Corrió sin detenerse, con el corazón desbordado por el horror y el agradecimiento. No podía creerlo, ¡Vania se había sacrificado por ayudarlo!

En Ubus, Imogene, como presidenta provisional del Nuevo Concejo, se la pasaba recibiendo visitantes. La nueva noticia era que los umbrianos se

habían enterado del corte del suministro y estaban dispuestos a donar su sangre y mandarla a sus adorados umbríos.

—Es un gesto lindo, pero no va a alcanzar para alimentar a una civilización de chupasangres —reconoció la dama nosferatu—. Si el Concejo Tibio sigue con esta locura del corte, vendrá una escalada de ataques. Querido, dime, ahora que estamos solos tú y yo, ¿de verdad quieren exterminarnos?

Estaba en junta con Ray, el soldado humano.

—Todavía no —reconoció Ray—. Pero oí que van a intentar algo. Buscan un pretexto para intervenir en el Mundo Umbrío, quieren aprovechar para eliminar la alquimia y la necromancia. El Concejo Tibio está muy nervioso de que existan esas armas bajo sus pies.

—¡Pero es demasiado tarde para eliminarlas! —suspiró Imogene—. Y no tienen idea de lo peligrosa que es la necromancia. Ningún remedio humano va a funcionar, solo nosotros podemos acotarla. Escucha, Ray, querido, debes conseguirme una audiencia con Olivenza, le explicaré todo, iré a donde me diga.

Ray prometió que lo haría. Al término de la reunión se despidieron. Imo captó cierta mirada de ansiedad en el tibio.

—¿Buscas a Ariel? No está aquí, fue a cumplir una misión especial. Pero si lo deseas puedo pasarle algún mensaje de tu parte.

—No, no quiero distraerlo —suspiró el humano—. No es necesario.

—Pues, por esa mirada que tienes, parece que urge —observó Imo.

Gis corría por el túnel de la mina. Sentía el corazón trepado en la cabeza y le dolía hasta respirar, pero era imposible aflojar el paso. Había visto de reojo a los chupasangres que le daban caza: tres guardias, el talismán Quaren y dos guerreras Timurias.

Al llegar a una zona estrecha, Gis golpeó las paredes del túnel con la estaqueta y un montón de piedras bloqueó el paso. Eso los detendría un poco.

En su huida Gis había tomado una lámpara, pero pronto se agotó el aceite y tuvo que tantear en la oscuridad hasta que detectó unos rieles. Se guio por ellos hasta llegar a una zona iluminada con un ligero resplandor, ahí vio una escalerilla metálica; subió a toda prisa. Le dolían las piernas y el pecho (esperaba que la patada de Lafcadio no le hubiera roto alguna costilla). Llegó a una pasarela cerrada con una reja, que abrió con un golpe de estaqueta y salió a otro túnel, más moderno, iluminado por luz eléctrica. Había torres de cajas, era una bodega. Subió otro tramo de

escaleras, ahora de caracol. Cruzó otra puerta y llegó a un cobertizo con un techo de unos diez metros de alto y paredes recubiertas con largos ventanales.

¡Estaba afuera!

El lugar parecía una fábrica. Al centro había un enorme brazo mecánico extractor y a los extremos, máquinas más pequeñas con tableros de mando; detrás de cada una había un tibio, muy quieto. En total eran unos diez hombres. Gis se acercó a uno para pedirle ayuda, pero al tocarlo el cuerpo se vino abajo, en una pieza.

Era, claro, un maniquí, como los demás. ¿Qué era ese sitio? El ruido de los pasos y las voces alertó a Gis. Sus perseguidores le habían dado alcance. Vio salir por el pasillo a una guerrera Timuria y al talismán Quaren. Al detectar al sombrío sonrieron, triunfales.

El muchacho empuñó su estaqueta, lucharía contra ellos como pudiera, no tenía otro remedio. Quaren fue el primero que se lanzó contra él, pero a la mitad del camino emitió un horrible chillido y se arrojó al suelo. La piel pálida se le llenó de llagas cada vez más grandes. El vampiro se arrastró hasta guarecerse en el pasillo, junto a la guerrera.

Gis supo lo que ocurría: estaba amaneciendo y el cobertizo se llenaba de rayos del sol. Ningún nosferatu podría cruzarlo y mucho menos salir a cielo raso. Gis, aunque pálido y sensible, soportaba la luz solar. Se acercó a un maniquí que llevaba un casco con un visor de cristal opaco, como los de los soldadores. Se lo puso para protegerse de la luz. Cerca de la salida vio otro sobre con la letra *G*. ¡Debía ser para él! El mensaje del interior decía simplemente: "La Grand'Église". Luego, el papel se desintegró.

Cuando Gis salió aún se oía a los nosferatus, furiosos. Atravesó un saloncito con el cartel: "La figure du mineur", contenía mapas y maquetas. Un croquis del lugar le indicó el sitio donde estaba: "Musée de la Mine", un museo. Por una salida de emergencia llegó a un patio con árboles sin hojas que rodeaban un monumento funerario dedicado a los soldados de la Gran Guerra. Gis dio unos pasos y al levantar la cabeza casi perdió el equilibrio. Estaba acostumbrado a las cuevas y a los nidos con las bóvedas, así que al contemplar el cielo del mundo humano, tan vasto e infinito, el vértigo era casi inevitable. Avanzó con cuidado por el suelo de gravilla hasta que detectó una especie de tierra húmeda y blanca, muy esponjosa. En el Mundo Umbrío no existía algo similar. Al tocarla la encontró muy fría, entonces recordó que una vez probó una versión comestible de eso. Se llamaba "nieve" y estaba en todas partes, brillante y blanca: encima de una torre de vigilancia, de una grúa, de los árboles, de los postes.

Alguien gritó:

—*Eh, Garçon! Que faites-vous ici*?

Era un humano, desde una caseta, el guardia local. Gis corrió hasta salir de las instalaciones del museo, hacia la carretera. Avanzó sin detenerse, el frío era terrible y le pulsaban las heridas. En su retina aún podía ver esa imagen: Vania arrojándose al estanque hirviente con su oribo. Jamás lo olvidaría.

Luego de un par de kilómetros llegó a un poblado de aspecto antiguo, debía ser el famoso Saint-Médard. Como era temprano había poca gente en la calle. Por un momento Gis no supo bien qué hacer, estaba afuera y era libre, ¿ahora qué? Se acercó a una esquina donde había algunos letreros con flechas: "*École de Conduite de la Prefecture*", "*Centre Comunal*" y uno más que decía: "*La Grand'Église*". ¡El mensaje! Eso renovó sus energías.

Fue hasta una plazuela llamada Place du Peuple, en la que sobresalía una severa construcción de piedra gris con una torre con tejadillo, era una iglesia. Por una puerta de arco salían algunas ancianas tan abrigadas como para cruzar el ártico. Gis se escondió tras un pilar, no era buena idea que lo vieran con una túnica rosada llena de tierra, la estaqueta en la mano y un casco de soldador. Cuando el acceso quedó despejado, entró. La penumbra le resultó un alivio. La iglesia tenía ventanas demasiado estrechas y en forma de ojiva. Un sonido impresionante hacía vibrar el aire mismo. Era música preciosa, brotaba de un mueble con muchos tubos. Gis pasó cerca de varios contenedores metálicos que decían: "*collecte de donées*"; uno se rompió a su paso: salieron monedas y billetes. Eso siempre le sucedía en el Mundo Tibio, el dinero lo seguía. Gis tomó algunos billetes al azar, solo para que no volviera a ocurrir y enseguida oyó que alguien murmuraba su nombre.

Al fondo del pasillo lateral había un alto y delgado nosferatu vestido con un abrigo y gafas oscuras.

—Gismundus Tarmelán, ¡lo conseguiste! —dijo con simpatía—. Ven conmigo, te llevaré a un lugar seguro.

—¿Quién eres? —el chico no se movió.

—¿No me reconoces? —se quitó las gafas—. Soy yo.

Gis quedó atónito, era Ariel Pozafría y se veía tan... masculino. Solo llevaba los ojos ligeramente delineados, pero su ropa era tan discreta, tan aburrida.

—Aquí la traigo —Gis se llevó la mano al bolsillo, sacó la tela con rastros de sangre de Lina—. Seguro sirve como primordial.

—¿De quién? —Ariel frunció el ceño.

—¡De Lina! —Gis miró alrededor—. ¿Cuándo van a ir los soldados a rescatarla?

—Creo que estás confundido —carraspeó Ariel—. Nadie va a ir por Lina ahora, su misión apenas está comenzando.

Gis buscó dónde sentarse, el vértigo lo había golpeado.

Capítulo XXXV
LAS PRUEBAS

El escape de Gis dejó al entrenador Lafcadio con ambos brazos rotos, pero algo quedó todavía más destrozado: su reputación. Para colmo la comitiva que salió tras el sombrío no pudo atraparlo y ya no contaban con el oribo para hacer ningún rastreo. Una esclava loca lo había tomado para arrojarse con él al estanque de aguas sulfurosas.

—Pero, entonces Vania... ¿está muerta? —preguntó Lina, cuando tía Sangre le contó todo.

—Muerta, cocida y disuelta, ¿no me oíste, lindura? En el castillo no se habla de otra cosa.

—Pobre Vania, qué horrible final, no merecía eso —Lina se estremeció —. Al menos Gis escapó. ¿Crees que intenten buscarlo?

—Tal vez, pero tampoco se van a esforzar, no es tan valioso. Solo espero que, sin ese sombrío por aquí, te concentres en la misión y dejes de lado tu fiebre adolescente.

Lina sonrió, ¡ojalá hubiera tenido tiempo para desquitar un poco de fiebre adolescente!

—En fin, ahora lo que nos interesa —retomó la vampiresa—. Todos saben que te portas fatal, ahora tienes que detenerte. No te excedas. Aquí cualquier afrenta se paga y en este castillo solo alguien te aprecia.

—Lo sé y te lo agradezco, tía Livi.

—No, lindura. Me caes fatal —Lavinia lanzó una risa burlona—. Pero nos tocó trabajar juntas y le hice un juramento al clan. ¡Hablo de Cerberus! Después de cómo te has portado, cualquiera hubiera recibido un castigo atroz. No acabes con su paciencia y dale un poco de lo que quiere. ¿Me entiendes? No descuides su retorcido corazón.

—Lo haré, aunque va a ser difícil —reconoció Lina. Le dolía la herida

del labio y seguía llena de magulladuras. De pronto notó algo—. Tía... ¿estás herida?

—Ah, ¿hablas de esto? —Lavinia señaló unas manchas de sangre en su túnica—. Son rastros de mi pequeña furia... No es importante, ya descansa.

Lina no preguntó más, sabía que tía Sangre era capaz de comerse a sus mascotas cuando las consideraba débiles. Esperaba que no le sucediera algo parecido a ella.

En Saint-Médard, Ariel llevó a Gis a un hostal que estaba al lado de la iglesia. En la cama había un montón de ropa humana y unas gafas.

—Conseguí esto, busca algo que te quede —señaló Ariel.

—¿Pero cuál es la misión de Lina? ¿Hasta cuándo van a rescatarla? —Gis estaba desesperado por obtener respuestas—. ¿Has podido comunicarte con ella?

—Solo supe de tu posible salida. Ahora estoy coordinando un envío de armas para ocultarlas en las criptas de La Grand'Église —el nosferatu sacó un teléfono móvil—. El Nuevo Concejo quiere instalar un destacamento en esta ciudad, estoy ayudando.

—¿Por Lina?

—Entre otras cosas. Estaré ocupado unas horas en varias llamadas. Haz lo que quieras, duerme o sal a dar una vuelta. Es de día, no creo que corras peligro.

Gis decidió hacer lo último. Tal vez eso lo tranquilizaría, además adoraba el mundo humano: las calles, la gente, la comida. Primero se limpió (las duchas humanas eran una delicia) y luego salió a pasear un poco. Entró a algo llamado *boulangerie-pâtisserie* y comió tantos panecillos dulces que le dolió el estómago. Era la primera vez que salía solo, siempre lo había hecho con Lina. La tristeza comenzó a devorarlo. ¡Ella estaba justo debajo! ¡En ese castillo, rodeada de nigromantes!

—*Pourquoi pleurez-vous*? —preguntó la voz de un joven en la pastelería.

Gis no se había dado cuenta de que estaba rodeado de algunos chicos, además de dos señoras y las dependientas. Todos lo veían con estupor, como si se hubieran encontrado a una estrella de cine. Recordó el efecto que causaba en el Mundo Tibio, se disculpó y salió huyendo. Dio unas vueltas por ahí, se cubrió la cara con una bufanda y volvió al hostal. Ariel había terminado de hacer llamadas y hacía el equipaje.

—Ahí estás —lo miró de reojo—. Prepárate, es invierno y el sol se oculta pronto. Tenemos que cruzar un portal reflejante.

—¿Nos vamos? ¿Pero qué va a pasar con Lina? ¡Sigue presa!

—Gismundus, escúchame bien —Ariel tomó aire—. A Lina no la atraparon, los hizo creer eso, pero era parte del plan.

Gis parpadeó atónito, confundido.

—¿Pero qué plan? ¡No me has dicho nada!

—Ahora no hay tiempo, lo sabrás llegando a Ubus —Ariel cerró la valija.

Luna Negra citó a sus consejeras más cercanas, Pytia y Titania, en el santuario del Corazón de los Mártires, en Nuevo Estigius.

Las tres vampiresas analizaban la compleja situación. Tenían prisionera a Lina Pozafría, pero no podían usarla para completar el ritual de Abismo y tampoco era posible matarla.

—Sería fácil, pero implica un riesgo —reconoció Pytia—. Al hacerlo, mi señora, podría ganar la guerra, pero perdería a su hijo.

—Tal vez no haya mal en dejar que abrigue un rato la ilusión —meditó Titania—. Todos dicen que el Destinado está de mejor humor; por alguna razón ama a esa criatura.

—¡Pero no hay tiempo para perder con ensoñaciones! —reprochó Luna Negra y sus ojos amarillentos brillaron—. O tal vez ahí está la respuesta. Si lo que nos frena es el amor que siente mi hijo por esa tibia, entonces todo se resuelve si deja de amarla, si rompemos esa ilusión.

—Es una idea brillante, Dama Oscura —reconoció Pytia—. ¿Ha pensado en algo?

Luna Negra asintió, siempre tenía algo en mente.

Gis conservaba horribles recuerdos de sus últimos días en Ubus: hambre, muerte, guerra, monstruos y prisiones. Por eso se sorprendió al volver al nido y descubrir que estaba en paz y en proceso de reconstrucción. Habían desmontado los templos necrománticos, no existían más las granjas de humanos y donde estuvieron los cadalsos había pinturas y flores de cera. Eran ofrendas en memoria de los ejecutados. Tampoco había esclavos, y patrullaban los accesos un montón de soldados de uniforme con una letra B (luego se enteraría de que eran los *benvolianos*). Es verdad que faltaba muchísimo por hacer, todo estaba en proceso, pero algunas cosas ya servían, como un servicio básico de transporte con tranvías. Lo que más

impactó a Gis fue ver a un par de seres gigantescos ayudando con los travesaños para reconstruir el viejo templo de las sibilas.

—Son umbros de la tribu de los pardos —explicó Ariel—. Vienen a atenderse por la litolepra y luego se quedan a ayudar a reconstruir la ciudad.

—¿Atenderse qué cosa? —repitió el chico.

—Hay muchas cosas que tienes que saber. Ten paciencia —recomendó Ariel.

Finalmente llegaron a Cimeria. Se había convertido en el epicentro del nido. Ahí estaban las oficinas administrativas, las salas de juntas, los refugios y el hospital provisional. Dirigiendo todo, como siempre, estaba la abuela Imogene, vestida de negro absoluto.

—¡Por los viejos dioses! ¡Gismundus del clan Tarmelán! —la dama nosferatu le dio un gran abrazo—. ¡Pudiste escapar, qué maravilla! ¡Tienes que contarnos tantas cosas! Adelante, querido, pasa. Te vamos a preparar una habitación.

—¿Quieres estar en una alcoba individual o con tus padres? —preguntó Gerta.

—¿Mis padres están aquí? —repuso Gis, atónito—. ¿...vivos?

—Sí, querido. Los rescataron de los escombros del hospital Hotep, aunque quedaron algo mal de las tejas —Imo se señaló la cabeza—. ¡Pero mírate! Si estás hecho un hueso de cripta. Te conseguiré comida, por suerte tenemos para tibios.

—¡Gis!—se escuchó un gritito del otro lado del pasillo—. ¿Cuándo llegaste?¿Viste a Lina? ¿Cómo está? ¿Verdad que está bien? ¿Te dijo algo de mí?

Era Osric, todo ansiedad y ojos húmedos.

—Apenas la vi una vez, unos minutos, es prisionera —reconoció Gis.

De inmediato, Osric se soltó a llorar.

—¡Pobrecita! ¡Es una mártir! —el pequeño nosferatu se estremeció.

—¡Por mis colmillos! Deja esos berridos aunque sea por un minuto —Alessa se asomó también—. ¡Gis! ¿Vienes del Castillo de las Minas? ¿Es verdad que está bajo esa ciudad humana? Tienes que explicarnos su sistema de defensa.

Se unieron a la conversación Crésida, Gusanos y Gargajo. Todos hacían preguntas.

—¡Atrás, chupasangres! ¡Dejen en paz al muchacho! —gritó Puck.

—No viene de una fiesta a repartir chismes —agregó Moth—. ¡Es un esclavo recién liberado!

Gis se emocionó mucho al abrazar a sus amigos siameses. La última vez que los vio agonizaban por la tortura. Ahora parecían sanos y salvos (aunque tal vez con las narices más torcidas que antes).

—Todos me hacen preguntas, pero nadie me explica por qué Lina está presa con los depositantes —les dijo Gis.

—No te preocupes, muchacho, nosotros te contaremos todo —Puck intercambió una mirada con su hermano—. Pero te advierto, tal vez no sea agradable de oír.

Esa semana ocurrió algo extraño en el Mundo Tibio. Miles de personas despertaron aterradas, la mayoría llorando. Niños pequeños, adultos, ancianos, desde Pretoria hasta Berlín, pasando por Guayaquil, Osaka, Puebla, Denver y Wellington. Si alguien hubiera puesto atención se habría dado cuenta de que todos habían tenido exactamente la misma pesadilla: un bosque, un lago de aguas oscuras y una criatura desesperada llamando a su amado.

Un aterrador fenómeno que rápidamente quedó sepultado en un montón de noticias extrañas de internet, bajo el manto del folclor de redes. Se pudo ocultar... de momento.

—¿Lina incrustada? —exclamó Gis, atónito, después de oír a Moth y Puck, en su habitación—. ¡Pero eso es una locura! ¿Cómo se va a hacer pasar por depositante? ¿Cómo va a convencer a los Bromio? ¿Y si no consigue acercarse a Abismo?

—¡Todos nos hacemos las mismas preguntas! —reconoció Moth—. Pero la misma Lina propuso el plan. Mientras, nosotros nos encargamos de la otra parte de la misión.

—Aunque también está difícil —aseguró Puck—. Imagina que debemos llevar las puntas de argén a las puertas del primer reino, hasta las profundidades de la tierra.

—¿No hay soldados para ese viaje? —Gis preguntó.

—Oh, sí, hay voluntarios muy valientes —asintió Puck—. Dragomir, Ludmila, Alessa y los Pútridos, pero el problema es otro. Moth, muéstrale.

El hermano sacó un mapa increíblemente intrincado: una red de números, indicaciones, grados, líneas de convergencia.

—Lina nos dejó este mapa —mostró Puck—. Lo copió de memoria de una estantería privada de Basanio, en la Pensión Somnus. El asunto es que ¡no lo entendemos!

—¡Ni una pizca! Ya lo revisaron los mejores cartógrafos y nada —

aseguró Moth, frustrado—. Hay paralelos y grados que se contradicen. No sabemos ni siquiera dónde comienza. ¿Te imaginas, enviar a una comitiva con las puntas de argén y que todos se pierdan? El plan de Lina sería un sacrificio inútil.

Gis estudió el mapa, era un enredijo de números y coordenadas.

—Revisemos el mapa original —propuso—. Yo puedo ir a la Pensión Somnus y ver si hay algún error en algo. Solo necesito una brújula de corium.

—Espera, por aquí está —Puck revisó entre sus bolsillos y sacó un anillo traslúcido—. Lo rescatamos de entre las ruinas de la habitación de Basanio. ¡Es tuyo!

—Excelente. Iré hoy mismo, ayudaré todo lo que pueda —Gis tomó el anillo—. Entre más rápido llevemos a cabo el plan, más pronto volveremos a ver a Lina.

—Oh, Gis, creo que no te quedó claro —carraspeó Puck y, nervioso, miró a su hermano—. Dile tú...

—¡Siempre me dejas la peor parte! —Moth tomó aire—. Gis, muchacho, escucha. Las probabilidades de que Lina salga viva de esta misión son mínimas. En cuanto los Bromio sepan de su traición, pues... van a acabar con ella. Es el destino de los incrustados.

—Lina sabía de todo esto —reconoció Puck, con pesar.

De pronto Gis entendió por qué Lina se puso así cuando se despidieron. ¿Era la última vez que se verían?

—Lina va a sobrevivir —Gis intentó mostrarse fuerte, aunque tenía tantas ganas de llorar; ahora entendía a Osric.

Titania comenzó el tratamiento prometido por Lavinia. Normalmente la citaba en una habitación amplia del Castillo de las Minas, donde tuvieran privacidad.

—¿Lo percibes, lindura? —Lavinia llevó una mano de su hermana al desastre que era su rostro—. Ya está funcionando. Esto es carne nueva, al fin brota sobre tus huesos.

—Hay algo, es verdad —reconoció Titania—, pero no siento el tacto de mis dedos.

—Eso es porque los nervios se tejen al final. Ha sido muy complicado reunir los ingredientes —la miró de reojo—. La recuperación de tu belleza sería más rápida si tuviera acceso a Nuevo Estigius. He escuchado que hay laboratorios llenos de pócimas.

—Uy, corazón, solo las castas superiores pueden pisar Nuevo Estigius.

—¿Y qué soy yo? ¿Inferior? —resopló Lavinia.

—¿Cómo te explico? El ascenso depende de cómo se porte nuestra querida Lina.

—Ya hablé con ella. Prometió ser más receptiva con Cerberus.

—No me refiero a eso, es que se aproxima algo. ¡Corazón, no me pidas que te cuente! —Titania se corrió el velo—. No puedo revelar conversaciones de la Dama Oscura. Aunque intentaré prevenirla, pero no sé... fallé con el padre, temo que se repita.

Gis estaba feliz de volver a la Pensión Somnus. Estaba igual de bella y extraña, con misteriosos pensionistas, bailes interminables y teleféricos cruzando el atrio. Entró sin problema a su antigua habitación, que conectaba con la de Lina. Volvió a ver sus libros, su ropa, los dibujos que hizo de Lina. Gis hizo un esfuerzo por no llorar, no debía; se concentró en trabajar. En una mesita llena de papeles encontró una llave diminuta, de inmediato bajó a la biblioteca. Por suerte estaba casi vacía, solo había un anciano organizando libros. Después de revisar los gabinetes numerados dio con el DP99.

Dentro había dos cartapacios. Uno con documentos personales de Basanio y otro con el mapa llamado *Ánima Mundi.* Gis estaba atónito, la memoria de Lina era un prodigio. Consiguió aprenderse las líneas, coordenadas, cientos de anotaciones y números superpuestos para hacer una copia en el mundo real. Gis reconocía que su memoria era normalita. Tendría que dividir el mapa por secciones y al despertar ir comparando hasta dar con alguna clave o detectar el error.

—Vaya, un mapa acumulado —dijo alguien tras su hombro. Gis levantó la vista y se topó con el viejo bibliotecario. Notó que era de los que tenían la piel terrosa.

Sus ojos eran grandes y jaspeados, como un cristal mineral. En lugar de barba, le salía un musgo tierno.

—Hace mucho que no veía uno —su tono era amable—. ¿Por qué lo estudias al revés?

Gis giró el mapa, lo puso en vertical.

—No, así no —el anciano terroso dio la vuelta al documento, a la parte que estaba en blanco—. Se tiene que leer así, ahora pasa la mano.

Gis obedeció y aparecieron unos primeros trazos, unas coordenadas oceánicas.

—Lo que veías era la ruta acumulada —explicó—. Son varios mapas en un solo documento; para leerlo en secuencia tienes que pasar la mano

para abrir cada sección.

Gis deslizó la mano sobre el papel y el mapa volvió a cambiar. Aparecieron unas grutas con nombres extraños, luego unas notas. Se dio cuenta de que si barría con la mano hacia el otro lado, regresaba a la sección anterior, pero había un detalle.

—Ya no es igual. Cambiaron las coordenadas —murmuró extrañado.

—Claro, es un mapa alquímico que se actualiza al momento. Si la marea baja, sube, o si se cierra un paso, muestra otro camino. Es otra gracia de los mapas acumulados —el anciano miró más de cerca y leyó—: *Ánima Mundi*. ¡Esto es muy peligroso!

—Sí, lo sé... solo lo estoy estudiando —Gis enrolló el mapa.

Después de guardar los cartapacios, Gis subió a la habitación para dejar la llave. Con la prisa, no se había dado cuenta de que entre los papeles había un sobre hasta arriba que decía "Gis". Temblando, el muchacho lo abrió. Era una carta de Lina.

Amado Gis:

Esta no es una carta triste, al contrario, es de absoluta felicidad, porque si puedes leerla, quiere decir que llegaste a Somnus, que estás libre, y no existe mejor noticia para mí. Gismundus, mi querido Gis, no tienes idea de todo lo que te amo.

Amo todo de ti, no solo tu fabuloso aspecto (que, confieso, fue lo primero que me impresionó). Era absurdo lo guapo que eras. ¡Y cuando me dijiste que me veías hermosa fue como ganar la lotería! Pero luego descubrí que eres mucho más fabuloso por dentro: leal, inteligente, con un sentido absoluto de la justicia. Al final, querido Gis, no me importa tu aspecto, o si eres humano, vampiro o duende. Gis, te amo no por lo que eres, sino por cómo eres. Y por eso amo cada instante que pasé contigo, los sueños compartidos, las horas en la biblioteca de Cimeria, nuestras investigaciones, los éxitos y hasta los desastres. Amo los paseos que dimos en las ciudades humanas; la vez que fuimos al cine, a ese restaurante de hamburguesas; nuestro primer y torpe intento de llegar a tercera base, cuando estuviste conmigo en entremundos y conociste a mi madre; nuestra segunda cita, cuando llegamos a tercera, cuarta y quinta base (¡me quedé con ganas de más!). Amo los momentos en que nos permitimos ser cursis. Amo incluso tus defectos (¡eres tan necio!), aunque al principio me desesperaran tu poca autoestima y ciertos celos infantiles. Amo las veces que peleamos porque siempre nos quedaba la dulce reconciliación.

¡Dios! Ya estoy llorando y dije que esta era una carta feliz. Te juro que me estoy esforzando. No sé cuándo leerás estas líneas. Ahora me preparo para una misión, con suerte podré verte. Querido Gis, no sé qué pase conmigo, pero como equipaje me llevo todos esos momentos que viví contigo. Los pocos años que estuvimos juntos ahora me saben a eternidad. Y solo por haber vivido eso, todo valió la pena.

Te amo y te amaré siempre, siempre.

Tu Lina

El muchacho dejó caer la carta. Estaba temblando. Y las lágrimas que

tanto había evitado salieron en torrentes.

En su celda del Castillo de las Minas, Lina se dejó bañar por las esclavas, después le colocaron un bonito vestido de gasa. La atendían sin mirarla a los ojos, temerosas. Cuando terminaron de peinarla, entró Titania con su infaltable sombrero.

—¡Por las burbujas de Venus! Qué hermosa te ves —se acercó al catre donde Lina seguía encadenada. La tía llevaba en las manos una corona de flores de cera y un frasco de cristal verde—. Corazón, espero que hoy te portes mejor.

—¿Tengo cita con Cerberus? —preguntó con agobio.

—¿Tú que crees, cariño? —Titania le colocó la tiara de flores en el cabello. Al destapar el frasco derramó un poco del líquido sobre el pecho de Lina—. Disculpa, qué torpe. ¡Y con lo caro que es este perfume! —la secó con un paño y aprovechó para hablarle al oído—. Lina, escúchame, ten cuidado, ¿me entiendes? Solo ve más allá.

—¿Cuidado de qué?

—De todo, corazón. Bien —Titania retomó el tono de voz normal—, te voy a liberar un momentito, ¡espero que te comportes y no hagas nada absurdo!

La nosferatu sacó una llave y abrió los candados. Lina se incorporó y se pasó la mano por las llagas, era un alivio moverse. En ese momento entró Cerberus, iba vestido con un uniforme negro con bordados rojos.

—¿Está lista? —preguntó ansioso.

—Lo está, amo. Debe darse prisa —aconsejó Titania—, si la Dama Oscura se da cuenta de lo que está haciendo, se pondrá furiosa.

—Cuando necesite tus consejos, los pediré —replicó el nosferatu—. Ahora fuera.

Titania y las esclavas salieron por la puerta de servicio. Lina se quedó a solas con el chupasangre. Notó que portaba a un costado la estaqueta Abismo, dentro de su macabra funda de piel con tatuajes. Lina se puso nerviosa, ¡la poderosa arma parecía estar a su alcance! ¿Y si intentaba robarla?, pero lo pensó mejor. No podía ser tan fácil. Seguro se trataba de una prueba. Recordó: debía tener cuidado y "ver más allá", lo que fuera que eso significara.

—Me porté fatal la última vez, te debo una disculpa —comenzó Lina.

—Es raro que estés tan sumisa —comentó Cerberus.

—No tanto. Sigo molesta, a nadie le gusta estar preso.

—¿Crees que no lo sé? Estuve un siglo encerrado en el laberinto de tu

clan —anotó Cerberus, con amargura—. Dejemos eso atrás, quiero mostrarte algo.

El nosferatu desenfundó Abismo y esta desplegó una hoja de intenso brillo rojo.

—No te acerques hasta que lo ordene —Cerberus se aproximó a una esquina de la celda—. Este castillo es un telón, te mostraré lo que hay entre los pliegues.

Hundió la estaqueta en el muro y saltaron líneas púrpura de luz en las esquinas.

—Mi madre dice que todavía no estás preparada para esto —explicó el Destinado—. Es mejor que no se entere de lo que haremos.

Cerberus deslizó el arma entre la piedra, y por un instante fueron visibles dos celdas superpuestas. En el muro quedó una gran abertura luminosa, que Cerberus terminó de abrir con las manos y, en efecto, como si de un telón se tratara, debajo apareció un pasillo que antes no existía. Este conducía a una habitación llena de suntuosos tapices, una gran lámpara de gas y un enorme ventanal. El vampiro entró.

—Ven, quiero que conozcas Nuevo Estigius —le tendió la mano.

—¿Cómo hiciste eso? —Lina estaba atónita.

—Ya te lo he dicho, solo abrí los pliegues, todo está aquí mismo.

Lina cruzó al pasillo. Se giró para ver la celda que quedaba detrás. Cerberus volvió a pasar el arma por la abertura para sellarla y la lóbrega habitación desapareció.

—¿Es un portal? ¿En qué nido estamos? —Lina miraba alrededor.

—En ninguno. Ya te dije que estamos aquí mismo, pero en un tiempo diferente.

La mente de Lina intentaba aclarar esa frase.

—Tranquila, luego lo vas a comprender —aseguró el nosferatu—. Ahora sígueme.

—¡Mapa acumulado! —exclamó Moth—. Con razón nadie entendía estos garabatos. Es una genialidad, en lugar de cargar cien mapas, llevas uno y se actualiza solo.

Gis les había explicado a los siameses su descubrimiento en la biblioteca de la Pensión Somnus.

—El problema es que el mapa está en el Cruxos —suspiró Puck—. ¿Qué hacemos?

—Es evidente, yo debo ir en la expedición —respondió Gis—. De momento, soy el único que tiene acceso al mapa. Puedo ir consultándolo

en el camino.

—Qué idea tan genial —opinó Puck.

—¿Genial? No le des alas al muchacho —amonestó Moth—. Gismundus es muy frágil para hacer ese viaje, es casi otro suicidio.

—Pero quiero hacerlo. Nunca he estado tan seguro de algo —aseguró Gis, resuelto. Si Lina lo hacía, ¡él no se quedaría atrás!

Lina había conocido el Estigius original, fue en su visita al nido maldito de Balbá. Lo recordaba como unas siniestras ruinas. Nuevo Estigius, en cambio, era la versión impecable y terminada de ese castillo. Después de cruzar un corredor con arcadas llegaron a una terraza sobre un enorme patio. Había varias torres unidas por puentes y, al centro, un santuario rojo. En todos lados se repetían los detalles necrománticos inspirados en esqueletos y cadáveres. Los candelabros tenían brazos de fémures; las escaleras parecían falanges; las columnas, vértebras; todas las puertas y ventanas semejaban grandes bocas con colmillos y órbitas sin ojos. Era terrorífico pero al mismo tiempo brillante, lujoso. Los muebles estaban recubiertos de hoja de oro rojo. Lina seguía a Cerberus, que renqueaba un poco y usaba ese extraño chasquido que emitía con la garganta para guiarse.

—Esto se ve muy solitario —observó la joven.

—Es porque todos están en el santuario del Corazón de los Mártires —el nosferatu señaló el templo rojo en el patio—. Mi madre se reúne con algunos líderes de castas para la ceremonia diaria. Por eso aproveché para traerte. Dime, ¿qué te parece mi casa?

—No es una belleza a la que esté acostumbrada —reconoció Lina de manera cortés—, aunque es imponente. ¿Cuándo se construyó?

—Hace poco.

—Eso es imposible... Esto debe tener miles de habitaciones.

—Es parte de sus secretos. Ven, necesito mostrarte algo —Cerberus bajó la voz—. Cuando lo veas vas a entender algunas cosas.

Cerberus giró a la mitad del pasillo, se movía con soltura, como de memoria. Entraron a un pasaje estrecho. Al fondo había una puerta color púrpura con guardias apostados. Al ver al Destinado se postraron.

—Vas a conocer la habitación secreta de mi madre —susurró el chupasangre.

Era una galería forrada con lustrosa piedra ónix de color negro intenso. En círculos concéntricos había una treintena de sarcófagos de cristal. Cada uno contenía a una mujer viva, en trance. Casi todas tenían

heridas en el cuello y marcas trazadas con ceniza en la frente y las manos. Eran de distintas edades, algunas increíblemente ancianas.

—¿Qué es todo esto? —Lina intentó que no se le notara el horror.

—Vida —explicó el nosferatu—. Mi madre es prácticamente un cadáver. Lleva un siglo con una herida de muerte, pero Abismo le da energía, y además tiene esto —caminó lentamente entre las urnas—. Para obtener un día necesita cien días de vida de una humana —acarició el filo de cristal de un sarcófago, dentro había una anciana consumida—. No solo bebe su sangre, también su tiempo. Y además tiene preparado algo, mira el contenedor del centro.

El sarcófago rebosaba de líquido ámbar claro y dentro flotaba el cuerpo de una umbría muy joven, en trance. A Lina le pareció familiar.

—Se llama Ova. Escuché que es una talismán del nido de Karkaff —explicó Cerberus—. Mi madre la está preparando.

—¿Para alimentarse de ella?

—No. ¡Los umbríos no bebemos de otro de nuestra especie! —exclamó casi divertido—. Ova será encarnada por mi madre, usará su cuerpo. Luna Negra será joven y bella de nuevo, pero para completar el ritual necesita el poder absoluto de Abismo.

—Todo esto es... —Lina se detuvo. Debía elegir muy bien sus palabras.

—Monstruoso —completó Cerberus—. Dilo, lo sé.

—Iba a decir *extraño* —matizó Lina—. No sabía que esto fuera posible.

—Es alta magia negra y, si me preguntaras, te diría que me parece repugnante —confesó el nosferatu—. Ahora mi madre está limitada por su propio cuerpo agonizante, pero después, joven y sana, tendrá la posibilidad de vivir miles de años, será imparable. Podría hasta tener otros hijos, ¡tal vez es lo que quiere!, así podrá desecharme.

—Eso es imposible, te adora.

—No estoy seguro. Creo que solo me necesita para completar su plan de venganza. No piensa en otra cosa, la consume. Estoy exhausto.

—Pero al final vas a tener en tus manos el poder de los cuatro reinos.

—¿Es lo que crees? —el Destinado lanzó una risa amarga—. Mientras mi madre exista, nunca podré hacer lo que deseo, siempre seré un súbdito a su servicio. ¿Crees que me interesa vengar a mis ancestros Bromio, que ni siquiera conocí? Esta locura es suya, no mía. Ya intenté detenerla, pero no pude... tal vez tú sí lo consigas.

—No entiendo.

—Lo entiendes perfectamente. Todo sería más fácil si ella desapareciera. Además, ajustaríamos cuentas por lo que le hice a tu padre.

—Pero soy una prisionera, no puedo acabar con la Dama Oscura —balbuceó Lina.

—Sí puedes. Mi madre solo puede morir con la daga de filo de plata

que usó Basanio, y tú sabes dónde está. Cuando mi madre se haya ido, te prometo que acabaré con esta guerra. A mí no me interesa mantenerla.

Lina sintió que el piso se movía bajo sus pies.

—Además, podrás recuperar a Marcia Martín —develó Cerberus.

—¿Mi madre? —respingó Lina. ¿Había oído bien?

—La Dama Oscura tiene su cuerpo en su poder. No puedes negar que es un gran trato: me deshago de mi querida pero agobiante madre y tú recuperas a la tuya.

A Lina le dio miedo que los latidos que repicaban en su pecho se oyeran por cada rincón del inmaculado y terrorífico castillo.

En su habitación en Nuevo Estigius, Cerberus llamó a gritos a sus sirvientes. ¿Dónde estaban? ¿Por qué nadie iba a su servicio? Titania fue la que acudió a su llamado.

—Necesito ver a Lina —anunció el Destinado—. Prepara todo.

—La Dama Oscura ha ordenado que lo dejemos descansar —la vampiresa lucía nerviosa—. ¿O tiene sed? Puedo traerle una copa de sangre cruda.

—¿No escuchaste lo que dije? —Cerberus buscó a tientas la camisola —. ¿Qué pasa? ¿Me desafías?

—No, nunca haría eso, es que lo que pide es imposible. ¡Amo, perdóneme! —Titania se arrodilló—. Luna Negra me obligó, yo no quería. Le advertí que usted se pondría furioso.

—¿Dónde está Lina? —preguntó con creciente sospecha—. ¿Está bien?

—La Dama Oscura la está interrogando —confesó Titania.

—¿La lastimó? —Cerberus tembló.

—No lo sé —gimió la vampiresa—. Pero es probable que lo haga.

Capítulo XXXVI
LA INICIACIÓN

Lina tomó aire, tenía que ser rápida y reaccionar con cautela, esa conversación era un campo minado.

—A los filos de plata les llaman puntas de argén —explicó, tranquila—. Oí que Vámbéry se los llevó de Anub, pero no sé dónde están, nadie lo sabe; solo la comisión especial tiene el secreto de su ubicación. A sus integrantes los llaman Tibios Custodios.

—¿Por qué mientes? —gimió Cerberus, indignado.

—No sé si es verdad o mentira. Digo lo que sé —se defendió Lina.

—Puedes terminar con esto —señaló las urnas que contenían los cuerpos de las humanas y de la pequeña Ova—. ¿No quieres vengar la muerte de tu padre o recuperar a tu madre? ¡Podrías detener la guerra!

Lina pensó un momento.

—La muerte de Luna Negra no me va a regresar a mi padre —repuso con amargura—. ¿Y cómo sé que realmente tiene el cuerpo de mi mamá? Y la guerra... ya no se puede detener. Es imposible.

—¡Te acabo de prometer que yo la terminaré!

—Tal vez lo hagas, pero sé que volverá. Me duele reconocerlo porque luché con el Gran Concejo, pero al fin lo entiendo. Se va a cumplir la profecía de los Bromio.

—Titania te ha convencido de eso, ¿no? —se burló Cerberus.

—Ella y los hechos. Cada vez que alguien intentó destruir a los Bromio, hubo muertes atroces, epidemias, guerras —la joven suspiró—. Yo no puedo detener a tu clan, Cerberus. Y ya lo perdí todo. Lo último que me queda es mi vida, quiero conservarla.

—¿Y los humanos? ¡Pensé que te interesaba tu raza! ¿Sabes lo que mi madre tiene planeado para ellos?

—¡Los humanos pueden defenderse por sí mismos! No me necesitan —aseguró Lina, tajante—. Tienen armas poderosas, una sola de sus bombas pulverizaría un nido.

—Pero no conocen el alcance de la necromancia, de Abismo.

—Pues entonces lo conocerán —suspiró Lina—. ¿Sabes cómo se portaron los tibios conmigo cuando era más joven? Crecí rodeada de burlas y escarnio.

—Tienes un pretexto para todo —dijo el umbrío, molesto—. Cuando lo único claro es que no quieres ayudarme. ¡Pensé que me amabas!

—Lo siento, Cerberus, pero no me toca resolver tus problemas con tu madre... Y lo otro es tan confuso... Cuando llegué, estaba segura de que te odiaba, pero ese beso que me diste despertó tantos recuerdos. Muchas veces he soñado con nosotros en el laberinto...

Lina se acercó a Cerberus, buscó sus labios. El nosferatu retrocedió y, al momento, el salón, las urnas con los cuerpos y el mismo vampiro se volvieron una compacta neblina gris.

—Lina, corazón —dijo una voz—, despierta.

Lina estaba en su celda, con el tocado de flores de cera puesto y el vestido nuevo, pero volvía a estar tendida y encadenada. La rodeaban Titania, Lavinia y Cerberus.

—¿Qué pasó? ¿Cuándo volví?

—No has salido a ningún lado —explicó Cerberus—. ¿Estás bien?

Lina asintió. Claro que lo estaba. Había pasado una prueba.

En el antiguo salón rojo de Ubus se llevaba a cabo una reunión urgente entre Imogene, Crésida (se estrenaba como la asistente de la abuela), Moth, Puck, Gis y Ray, que había llegado con noticias del Concejo Tibio.

—A ver, queridos, solo quiero ver si entendí. Ustedes tres y solo ustedes —miró con fijeza a los siameses y a Gis— son la expedición que bajará a las puertas del primer reino a dejar las puntas de argén, ¿es así?

—Exacto, madre, has entendido perfectamente —Puck sonrió emocionado—. Estamos preparando todo, queremos partir cuanto antes.

—¿Y qué batallón los acompañará? —intervino Ray.

—¡Exacto! Gracias por tocar el punto, querido —asintió la dama umbría—. Deben ir con guardias y con más guerreros. ¿No estaban los talismanes en la lista? También querían ir Alessa y sus amigos, huelen un poco mal, pero son astutos y fuertes...

—Gismundus es un sombrío tan frágil —opinó Crésida—. Disculpa, pero así es.

—Llevaré mi estaqueta de fuerza —explicó el muchacho—. Y no me ofendo, es mi mella, siempre me han dicho que moriré joven, ¡pero al menos quiero hacer algo de valor!

—Habla como todo un héroe —Puck le dio una palmada—. Lo cierto es que Gis es indispensable, es el único que puede ir revisando el mapa en Somnus.

—Además, esta misión no necesita a ningún ejército —observó Moth —. No se va a librar ninguna batalla. Tampoco sirven los músculos, ¡sino el conocimiento y la estrategia! Entre menos seamos, más controlado tendremos todo.

—Sabemos que a esos niveles de profundidad el viaje estará lleno de peligros —Puck reconoció—, pero llevaremos nuestro arsenal alquímico y muchos libros y manuales.

—¡Y tampoco es que vayamos totalmente solos! Tendremos guías —aseguró Moth.

—¡Vaya! Hubieran empezado por ahí —suspiró Imo, ligeramente más tranquila.

—¿Otra vez irán a las Tierras Umbras, tan poco higiénicas? —preguntó Crésida.

—¡No, no! Los pobres están en cuarentena —aseguró Moth—. Estamos contactando con los seres que conocen los secretos de las entrañas del planeta: los anticientíficos.

—¿Otra raza de criaturas misteriosas? —intervino Ray, con curiosidad.

—En realidad son humanos como tú —explicó Puck—. Estudian ciencias alternas y tienen una ciudad subacuática bajo el océano Pacífico. Así como lo escuchas.

—Luego te cuento, querido —prometió Imo a Ray—. Es fascinante y un poco extraño.

—Dios, ¿qué no es extraño por aquí? —suspiró el humano, azorado.

—Bien, queridos, tendré que hacerme a la idea —retomó la abuela—. Preparen todo e infórmenme cuándo van a partir para tener las puntas de argén listas. Sean conscientes de que en sus manos y en las de Lina ¡está el futuro de millones de criaturas!

—No lo digas así porque me entra la ansiedad y sudo —dijo Moth—, y odio sudar.

—A menos que quiera acompañarnos —propuso Gis a la dama nosferatu.

Imogene lanzó una risa:

—Oh, no, querido. Tengo demasiados achaques. Además, aquí tengo tanto que hacer. Ray me consiguió una cita, ¡al fin!, con el Concejo Tibio, con el presidente Olivenza.

—Será en la ciudad de Londres —confirmó el humano.

—¡Urge convencerlo de que nos regresen los suministros! —gimió Crésida.

—Lo que más me importa es convencer a los tibios de que no pasen a la fase dos —explicó Imo—. Lo que nos faltaba, ¡que ahora nos invadan los tibios! Esto es una locura.

Cerberus no podía disimular su buen humor. Lina había demostrado que no era tan fácil de corromper, como su madre había pronosticado.

—Es una Bromio —le presumió a Titania—. Siempre lo supe. Y me ama.

—El corazón de la tibia es un nudo de nudos —reconoció la vampiresa, con cautela—, pero el amor que siente por usted es tan evidente, amo.

—Debo pensar en un buen regalo... hay que ir a las bodegas —Cerberus hizo el intento de incorporarse, pero se detuvo para sostenerse de una silla.

—¿Está bien, Destinado? —Titania se acercó—. Creo que ha estado tomando demasiada leche de ambrosía, ¿cuánto lleva sin dormir?

—Ahora es imposible hacerlo —mostró el dedo anular, la marca luminosa era tan potente que empezaba a abrirle piel—. La Desterrada no deja de llamarme, pero tendrá que esperar. Hablaré con ella a su tiempo.

—Tenga cuidado con esos seres, amo —recordó Titania.

—Estamos a punto de tener el control total de Abismo —indicó Cerberus, con suficiencia—. Esta criatura es solo una mota de polvo entre los elementales.

—Pero, de momento, es la única mota de nuestro lado —recordó Titania.

Antes de que partiera la expedición, Gis aprovechó para visitar a Larcia Galleta, su adorada amiga (que casi termina rompiéndole una costilla con un abrazo), y luego fue a ver a sus padres. Estaban en el ala acondicionada como hospital. Si no volvía, al menos quería despedirse.

Rowanda y Fabius se recuperaban de las heridas del derrumbe. Físicamente no estaban tan mal; por desgracia, sus mentes eran papilla. Creían estar en Brandán, quién sabe en qué siglo, preocupados por el alquiler del Teatro del Hueso y llamaban a las Siete Secas.

—¿Saben quién soy? —preguntó el chico—. ¿Me recuerdan? Soy su

hijo.

—Oh, sí, tenemos un hijo —Rowanda entrecerró los ojos—. Todos dicen que es joven, sanguaza pero muy valiente.

—Pero es demasiado llorón, no para, a toda hora se escucha —acotó Fabius.

Bueno, eso era un avance, suspiró Gis. Tenían buena opinión de él, aunque era evidente que lo confundían con Osric Pozafría.

No supieron quién era ese joven, pero la pareja aceptó un abrazo de despedida.

Lina estaba orgullosa de sí misma, había pasado la prueba de la Dama Oscura.

—Sospeché cuando vi que Cerberus cojeaba un poco —le explicó a Lavinia una vez que estuvieron solas—. Además, insistía tanto en eliminar a Luna Negra.

—Pero ¿sabías que estabas en un ensueño? —preguntó tía Sangre.

—Al principio no, todo parecía tan real. Fue impresionante entrar a Nuevo Estigius —Lina miró la pared de la celda—. Estoy segura de que mucho de lo que vi sí existe: ese salón con los féretros, el cuerpo de Ova.

—Supe que Titania te vació la pócima para entrar en trance. Algo dentro de un frasco de perfume —tía Sangre rumió—. ¡Esa vaca marina!

—Sí, es cierto, pero me hizo una advertencia. Como sea, no fue la primera vez. En Balbá, Luna Negra hizo lo mismo, me llevó a Cruxos y montó un ensueño.

—No confíes demasiado en ti misma, lindurita —advirtió tía Sangre—. Falta mucho camino.

—Lo sé. Por suerte te tengo aquí, tía Livi, gracias por estar conmigo.

—¿Vas a comenzar con tus ñoñerías? —se quejó la nosferatu—. En cualquier momento me pueden matar y tendrías que seguir sola. Nunca bajes la guardia, estas pruebas van a seguir, ya verás.

Lavinia tenía razón. Ese mismo día la esiartis Pytia visitó a Lina en la celda. La seguía un par de magos oscuros, Tarios, vestidos con las tradicionales túnicas marrones.

—Ponte de espaldas, tibia. No hables —le advirtió la verrugosa nosferatu con su rara voz.

Lina obedeció. Le colocaron una capucha y la sacaron de la celda. Por los pasos que dio y la escalera que tuvo que subir, calculó que la llevaban al torreón del Castillo de las Minas. Lo comprobó cuando le quitaron la capucha. Estaba en una habitación circular, apenas iluminada con velas

negras. Vislumbró a una veintena de nosferatus de hábito marrón y naranja, todos con las capuchas puestas; solo destellaban sus feroces pupilas. Varios sahumerios colgaban del techo y al centro había un altar con una jaula hecha con huesos humanos, dentro crepitaba una hoguera con flamas rojas. Lina percibió un zumbido de insectos. Eso indicaba que Luna Negra estaba entre los invitados.

Lina sabía que, si quería ser una verdadera incrustada, tarde o temprano tendría que practicar magia negra, aunque no calculó que fuera tan pronto. Era evidente que estaba en un ritual. En el suelo había siete triángulos trazados con cal, dentro de un círculo de sangre.

—Bebe esto —Pytia le tendió una copa a Lina.

Lina dudó un poco, pero finalmente lo hizo. Era un jugo de regusto amargo.

—Lina... —reconoció la voz de Titania—. Ven conmigo, corazón.

La vampiresa la llevó al centro, cerca de la hoguera. Lina se horrorizó al verla sin el velo, de su atractivo rostro nosferatu no quedaba más que unos lamentables jirones de piel; sin embargo, tenía los labios muy rojos, un rastro de coquetería.

—Tranquila, cariño. Cada vez estoy mejor, con más carne —presumió Titania en un murmullo y elevó la voz, en tono normal—. Dicen que estás dispuesta a entrar al Nuevo Orden. ¿Es verdad?

Lina sabía que debía ser muy cuidadosa con sus palabras, no adelantarse.

—No estoy segura —reconoció—. Pero sé que no quiero volver a mi vida de antes, ya no tengo nada que me interese. ¿Cerberus está aquí?

Lina oyó una risa de satisfacción. Era el Destinado, también estaba en la reunión.

—¿Quieres estar con él? Entonces debes ser parte del Nuevo Orden —indicó Titania—. Y para eso debes hacerles un regalo a los ancestros.

—No tengo posesiones —reconoció la joven.

—Todos tenemos algo que dar —Pytia le entregó un afilado estilete.

Dos magos entraron con un bulto cubierto con un paño negro. Lina se asustó, se trataba de un sacrificio. Lina se repitió que, si de verdad quería ser una incrustada, debía estar dispuesta a hacer lo mismo que los nigromantes. Pero habría un límite, ¿o no? Estaba tan nerviosa. Retiraron el paño negro y, con cierto alivio, Lina descubrió que se trataba de un cuervo en una jaula. Respiró. Tampoco es que se sintiera feliz de matarlo, pero sería menos grave que sacrificar, por ejemplo, a un humano inocente. El ave aleteaba de forma errática. En una pata llevaba colgando un reloj con una cadenilla.

—Cariño, debes sacrificarlo —Titania abrió la puerta de la jaula.

Lina lo hizo. Con una mano temblorosa inmovilizó al ave, con la otra

empuñó el estilete. No tuvo el ánimo para mantener los ojos abiertos al hundir el arma. Oyó un grito casi humano y el cuervo comenzó a desangrarse.

—Corazón, de prisa, danos de beber —pidió Titania—. Mientras le queda vida.

Lina sostuvo al pobre cuervo agonizante. Varias vampiresas se postraron con la boca abierta para recibir la sangre. Con repulsión, Lina vio las lenguas negras y púrpuras de las hechiceras Tarisas.

—Vas muy bien, corazón —susurró Titania—. Ahora es tu turno, bebe y vuela con nosotras.

Lina probó apenas unas gotas. En cuanto el sabor ferroso hizo contacto con su lengua, se vio surcando un cielo plomizo, gris. Al principio pensó que se trataba de otra ensoñación, pero pronto se dio cuenta de que había algo que lo hacía tan real, tal vez el aire frío y húmedo contra sus... ¿plumas? Era un cuervo y pertenecía a una parvada que planeaba por encima de una ciudad. Lina reconoció una de las torres del palacio de Westminster, aquella conocida como el Big Ben; un río lodoso y una enorme rueda de la fortuna, London Eye. Era una tarde fría en Londres.

"Bien, cariño, ahora guíanos", dijo la voz de Titania dentro de su cabeza.

Lina notó que tenía atada a una pata la cadenilla de metal del reloj, era larguísima y tiraba de ella. Bajó hasta terminar planeando al lado de un lujoso automóvil blanco. Delante había un chofer y, detrás, otra persona, un hombre mayor de pulcro traje y melena canosa. La miró con extrañeza y rápidamente cerró la ventanilla. En ese instante, la parvada de cuervos que la acompañaba se lanzó contra los cristales del auto en marcha. Golpearon con ferocidad. Lina notó que no eran aves normales, parecían enormes, lustrosas, con extrañas tumoraciones en los picos. Lina misma golpeaba los cristales, supo que debía hacerlo. Estrelló un vidrio lateral hasta hacer un diminuto agujero. Vio cómo las aves se disolvían en humo gris para colarse y volvían a tomar la figura de cuervo al interior del auto. Atacaron al chofer. Los otros hombres gritaban. Lina entró también al vehículo. Entonces creyó reconocer al copiloto, ¿no era ese guapo soldado de barba que trabajaba con Ariel? ¿Ray? Lina sintió que su cuerpo emplumado se disolvía. Lo último que alcanzó a ver fue cómo el auto se estrellaba contra un semáforo, el chofer dio un volantazo, pero resultó peor: dobló una barandilla y cayó de un puente.

Lina recuperó la consciencia unas horas o días después, no estaba segura.

Se encontraba en una cama mullida y protegida con un dosel blanco. La habían trasladado a una habitación más grande, con un enorme ropero dorado, una mesa con una palangana con agua y un gran sillón. Del techo colgaba una araña de cristal rojo, con lámparas de gas. Alguien le había puesto un camisón de seda y ya no llevaba cadenas.

Se pasó las manos por los brazos, le dolían las llagas y heridas, eso quería decir que no estaba en otra ensoñación. En efecto, todo parecía real. Recordó lo ocurrido.

¿Realmente había volado por los aires de Londres convertida en cuervo? ¿Y había atacado a esos hombres? ¿Por qué? ¿Ray estaba dentro del auto o solo lo imaginó?

—Lindura, pensé que dormirías más —dijo tía Sangre al entrar a la habitación—. Lo mereces. Todos dicen que hiciste un buen trabajo.

—¿Estabas ahí? —preguntó aturdida—. ¿Qué fue eso?

—Ya eres una numu, diste el primer paso —Lavinia abrió el ropero, dentro había un montón de vestidos, todos de color rojo. Sacó uno recubierto de diminutos cristales—. Usaste tus dones para ofrecer un trabajo de magia negra.

¡Entonces sí había sido un cuervo! De pronto, Lina recordó la visión de unas aves parecidas en la casa de tía Bety en la Ciudad de México, y antes en San Ysidro, California. Ahora lo supo, esos cuervos eran manifestaciones de magia negra.

—Pero, tía... ¿sabes si alguien murió por mi culpa? —preguntó horrorizada.

—Lindura, eso ya no importa. Lo que interesa es que fuiste capaz. Toma, vístete.

Claro que importaba. Lina se sentía terriblemente mal, solo esperaba que los hombres llevaran puesto cinturón de seguridad. ¿Ray estaba entre ellos? ¿Qué hacía ahí?

—¿Me estás escuchando? —exclamó tía Sangre—. Vístete, hay un banquete.

Lina obedeció, el vestido le calzaba a la perfección. Notó que cada uno de los cristales tenía la forma de un diminuto escarabajo.

—Cada vez tendrás más responsabilidades, lindura —Lavinia le ayudó con los botones de la espalda—. Y escúchame con atención porque esto es importante: por Titania me enteré de que Cerberus planea convertirte en su segunda esposa. Su madre, claro, es la primera.

Lina sintió que la sangre le subía de golpe a la cabeza. ¿Casarse con el asesino de su padre? ¿Con ese nosferatu desquiciado y violento?

—¿Pero... es necesario eso? —repuso, tensa—. Podemos comenzar con un noviazgo.

—No seas lerda. Si Luna Negra permite la boda, será el gran paso que

necesitamos. Entrarás de golpe al círculo más alto de los depositantes. Recuerda, cuando recibas la propuesta actúa con serenidad, pon una gran sonrisa ¡y acepta!

A Lina se le llenaron los ojos de lágrimas, de horror. Comenzaba a entender que eso era ser una incrustada: llevar la misión hasta las últimas consecuencias.

—Deja de lloriquear, una boda arreglada no es tan mala —Lavinia pasó un cepillo por el pelo rojizo de Lina—. Yo estuve comprometida por algo así, por una deuda de sangre entre clanes. Aunque resultó que sí me gustó mi prometido, ¡era tan apuesto! En las visitas me regaló un cachorro, en esos tiempos una rareza en los nidos, y me encantó.

—¿Qué pasó, entonces? —Lina agradecía que su tía le contara eso. Tal vez lo hacía para distraerla o porque le tenía confianza, al fin.

—Bueno, a veces ocurren cositas —su voz se volvió más amarga—. Por ejemplo, el día de mi boda mi prometido Polonio se escapó con mi hermana. Resultó que en las visitas se habían enamorado en secreto... se llama Imogene, tal vez la conozcas.

—¡Tía, eso es horrible! —reconoció Lina—. Debió ser espantoso.

—Algo, sí... Imogene fue desterrada unos siglos del clan, hasta que Basanio la perdonó y volvió como la gran matriarca... Y yo, pues tuve que distraerme con otras cosas. ¡Pero no me veas con esos ojos de lástima!

—No es eso, tía Livi. Agradezco que me cuentes algo tan privado — Lina suspiró. La ansiedad le volvía—. No sé qué es peor, si perder a un ser amado o que te obliguen a casarte con alguien que odias.

—Más vale que no planees escapar, porque ya es imposible, lindurita —Lavinia señaló una pequeña ventana con vidrieras—. Asómate.

La joven obedeció. Quedó desconcertada, afuera había un gran patio, un templo de piedra roja, torreones impecables cuyas siluetas parecían falanges.

—Exacto, estamos en Nuevo Estigius. Al fin conseguimos entrar al escondite secreto. Lindura, ya no hay marcha atrás.

Londres siempre ha sido una de las ciudades humanas favoritas de los umbríos, sobre todo por la cantidad de construcciones subterráneas por las que pueden moverse con toda seguridad y a toda hora. Hay restos romanos y medievales, refugios antiaéreos, un *crossrail* subterráneo que quedó abandonado, tramos del metro sin usar. Y en ese laberinto de túneles, en un tramo llamado Kingsway, una dama nosferatu vestida de negro hablaba con otro umbrío alto y pálido; parecían muy tensos.

—¿Cómo que un accidente? —preguntó Ariel, con alarma.

—Por eso Olivenza no llegó a la cita —Imo estrujaba un pañuelito—. Aunque me temo que eso no es lo peor: el auto en el que viajaban tiene rastros de necromancia. Parece que los depositantes se enteraron del posible acuerdo y nos bloquearon. Quieren la guerra.

—Están confiados en que obtendrán el poder de Abismo —meditó Ariel, reconcentrado—. ¿Y Lavinia que te ha dicho?

—Oh, querido. Lo último que supe es que iban bien, Lina estaba pasando unas pruebas, pero luego perdimos contacto. Se cerró la vía de comunicación.

—Esto que pasó es grave —y Ariel preguntó casi con temor—: ¿Olivenza murió?

—No sé, querido. ¡Muero de agobio! Estoy esperando a que se oculte el sol para ir al hospital, a ver si puedo colarme. Crésida está vigilando. Por cierto... —lo miró con pena—. Hay algo que debes saber: el tibio, Ray, también iba en ese auto.

Fue el momento en que Ariel perdió todo el temple y la compostura.

La expedición al primer reino comenzó con un larguísimo viaje. Moth y Puck llevaron a Gis por varios nidos libres, trasbordaron en el imponente Berilius, para luego moverse al profundo Helhem, de ahí llegaron al hermoso Darmat, pasaron por al destruido Plumberium, cruzaron el laberíntico Érebus y así hasta completar el cruce por veintiún nidos libres. A veces solo estaban minutos, en otras ocasiones horas.

—¿Pero a dónde vamos exactamente? —preguntó el chico.

—Con los guías —explicó Moth—. Necesitamos encontrar la ruta que nos acerca a la Caverna Neblina. Mientras tanto, muchacho, no llames la atención.

Gis no lo hacía. Iba vestido muy discreto, con una mochila que contenía pocos cambios de ropa, algo de comida, el anillo de corium, mapas, el acumulado y otro que él hizo, la estaqueta Clontarf y su tesoro: la tela con restos de sangre y lágrimas de Lina. Tenía la esperanza de que algún día serviría como primordial para rastrearla. Los que llamaban la atención eran Moth y Puck, no solo por ser siameses, sino porque llevaban enormes mochilas y discutían por todo. Gis pensó que tal vez era su estrategia, nadie imaginaría que esos pintorescos y escandalosos umbríos que se mezclaban entre los refugiados y comerciantes de los nidos libres llevaran entre sus cosas las puntas de argén, las únicas armas para matar a los Bromio y detener la guerra. Luego de casi cuarenta horas de viajes y

trasbordos, Moth, Puck y Gis pudieron encontrar el acceso que los condujo a un remoto nido del quinto distrito, que conectaba con una gruta en ascenso.

—Pensé que íbamos a algún punto más profundo —comentó Gis.

—Oh, no. La ciudad de nuestros amigos está justo en una caverna —reveló Puck—. Pero debajo de un océano llamado Pacífico, a once kilómetros bajo la superficie. Ya estamos cerca, pero tiene su truco llegar. Tranquilo, hemos estado ahí antes.

—Nunca había escuchado de ese nido —reconoció Gis.

—¡Es que no es ningún nido! —rio Moth—. No pertenece a los distritos del Mundo Umbrío. Es una rareza, una ciudad subterránea poblada solo por humanos.

—Hicieron esa ciudad para estudiar sus ciencias —mencionó Puck.

—Anticiencias —corrigió el hermano.

—¡Cierto! —asintió Puck—. Digamos que son ciencias alternas, secretos de la naturaleza. Algunas materias son fascinantes; otras, una completa locura.

Los umbríos y el chico eran los únicos en ese sitio. Después de casi dos horas de ascenso, llegaron a una caverna llena de suave vapor. Dos caminos se abrían en una galería de piedra, cada uno tenía una clave: TN.OV.1933.56.6 y TN.OV.1933.56.8.

—La segunda es una trampa —explicó Moth—. La primera nos llevará a la ciudad de los anticientíficos. Muchacho, ¿estás listo?

Gis asintió.

—Solo recuerda que esta gente es muy especial —explicó Puck—. Sigue la corriente a todo lo que digan, así no te meterás en problemas.

Lina confirmó que Luna Negra había usado al verdadero Nuevo Estigius para la ensoñación.

Era igual a como lo recordaba: los pasillos, las terrazas, los rellanos; todo muy lujoso, siniestro y como recién terminado. Unas asistentes la llevaron a un salón donde se montaba un espectacular banquete. Por todos lados había sirvientes con túnicas rosas y charolas llenas de copas con sangre cruda. La música provenía de un viejo autómata (un meca) que tocaba el armonio. Había varias fuentes de sangre (de varios tipos, aunque la O negativo era la favorita, por su rareza). Al parecer ahí no había carestía de alimento.

Lina notó también que, al contrario del Castillo de las Minas, con soldados desharrapados y esclavos martirizados, en Nuevo Estigius solo

había castas superiores. Lina seguía preguntándose en qué sitio estaba esa enorme construcción, ¿en algún nido?, ¿en otra mina abandonada?, ¿había llegado por el portal del "pliegue en el telón"?

Cuando Lina entró al salón se hizo un súbito silencio. Todos contemplaron su famosa belleza nosferatu. Los sirvientes la condujeron a la mesa principal presidida por la pareja sagrada. Cerberus parecía feliz, llevaba una mano vendada; al lado estaba Titania con su sombrero de cuervos, la adivina Pytia, el horroroso Siward Lamprea y otros líderes nosferatus, como la viejecilla llamada Bogdana y el serio Athanasi. Protegiendo al Destinado había dos horribles aberrantes, unos ángeles albinos hechos con trozos de cadáveres y animales; se balanceaban en silencio. En una mesa cercana pero de menor rango, Lina detectó a tía Sangre, la miraba con atención. Lina asintió con un leve gesto, conocía el motivo del banquete. Cerberus tomó la palabra y comenzó un discurso alabando la belleza, inteligencia y las cualidades necrománticas de Lina.

—No hay pruebas más claras que las que ya ha mostrado —aseguró—: lealtad, potencial y compromiso. Por eso, Lina, he decidido tomarte como mi esposa.

Obviamente no era una pregunta, se lo estaba informando.

—No sé si soy digna —Lina recordó que debía mostrar sorpresa, ¡y cómo no hacerlo!—. Pero si el Destinado ha puesto su interés en mí, agradezco semejante honor.

Cerberus la tomó de la mano, Lina sintió su tacto fuerte y helado. Casi todos los vampiros del gran salón aplaudieron.

—Esto me emociona tanto que, si tuviera lacrimales, lloraría —aseguró Titania.

—¡Los Pozafría emparentados con los Bromio! —Siward estaba eufórico—. Desde que vi a esta sanguaza supe que llegaría muy lejos.

Eso era mentira, Lina recordó que cuando la vio intentó sorberle toda la sangre.

Cerberus le dio un apasionado beso y Lina soportó el dolor de la herida del labio, parecía que siempre debía alimentarlo. "Esto lo hago por la misión, por la muerte de mis padres. Pronto voy a destruir a los Bromio", se prometió.

—Pero... ¿qué dice la primera esposa? —preguntó Pytia y se hizo un silencio—. Debe decir si está de acuerdo.

Las miradas se concentraron en Luna Negra, era la única que no había aplaudido.

—Respeto las decisiones del Destinado —aseguró la Dama Oscura—. Es verdad que aún tengo dudas sobre esta criatura, pero tiene a su favor que es extremadamente joven y se podrá moldear a nuestro gusto. Si confirmamos su lealtad, este enlace traerá grandes beneficios a nuestro

clan, comenzando con la felicidad de mi querido. Lina, serás bienvenida a la antigua familia Bromio cuando sobrevivas al procedimiento.

—Lo hará —aseguró el Destinado, de inmediato—. Su vórtice la va a proteger.

¿Proteger de qué? ¿Qué procedimiento? Lina sintió el aguijonazo del miedo. Miró a Lavinia de reojo, ¿de qué hablaban? La misma Luna Negra lo explicó con turbia sonrisa:

—Como sabrás, no podemos dejar que el Destinado, el heredero de los Bromio, del clan sagrado y futuro regente de los cuatro reinos, se case con una bolsa de alimento —se oyeron unas pequeñas risas—. Sería una herejía. Supongo que entiendes qué procede ahora.

El rostro impasible de Lina se agrietó, fue como si la sumergieran en agua helada.

—Tendrás que convertirte en umbría —confirmó Luna Negra—. Si pretendes ser parte del clan Bromio, debes ser de nuestra misma naturaleza.

Lina sintió un horror tan hondo que por un momento olvidó cómo respirar. Sabía que ese paso sería irreversible. De todos los sacrificios que podía hacer como incrustada, jamás imaginó que tendría que dejar de ser humana.

Capítulo XXXVII

4.5 LITROS DE SANGRE

El grito de Ghul retumbó por el Bosque de los Reflejos. Su chillido de indignación cimbró las enredaderas y las gigantescas raíces. Algunos de sus alaridos llegaron hasta los soñantes en el Mundo Tibio; cientos de miles de personas se revolvieron entre las sábanas, presas de una agobiante desesperación.

—¡Lo sabía! Era el mal que acechaba —gimió la criatura—. Es esa humana, por eso no venías a verme.

Al fin, Cerberus había decidido acudir al llamado y revelar todo, mencionó hasta la boda.

—No voy a abandonarte, tenemos una alianza —Cerberus mostró la marca violeta en su dedo anular.

—¡Pero todo va a cambiar! Ya no será lo mismo. Tienes a la original, a la que amas.

La criatura estaba tan alterada que su rostro (una copia del de Lina) y la ilusión del cementerio de Cimeria apenas podían mantenerse fijos.

—Estuve contigo en los peores momentos... siempre a tu lado —la criatura lloriqueó—. ¡Vas a destruir todo lo nuestro!

Cerberus sonrió, sardónico.

—¿Hablas de esta cosa? —golpeó el obelisco de un mausoleo que se desplomó en un charco negro—. Aquí no hay nada.

—¿Nada? —repitió la criatura, atónita—. ¡Recuerda lo que he hecho por ti! El dominio de los aberrantes, la construcción de Nuevo Estigius, las primeras victorias, el respeto de tu madre. ¡Todo me lo debes!

—Todo te ha sido pagado —reviró irritado—. Te he alimentado con los muertos de cada batalla para tu laguna, he llevado a cabo rituales y sacrificios para tu estanque de lágrimas. Nada fue un regalo... Por eso no

quería venir, imaginaba tus absurdos reproches, Ghul.

Había dicho su nombre, pero no con el tono que la criatura tanto anhelaba.

—Además, sabías que este día iba a llegar —repuso Cerberus—, que apresaríamos a Lina Pozafría. Y ni se te ocurra hacerle daño, te prohíbo que te acerques a ella.

—Diminuto nosferatu, ¿quién te crees para darme órdenes? ¡No eres nada! —vociferó la entidad y creció hasta volverse una colina cargada de dolor y despecho—. ¡Soy eterna, soy un elemental, fui parte del todo, del primer pulso que dio vida a los reinos! —atronó con mil voces—. Te podría destruir con un chasquido.

Una ola oscura, densa, se cernía sobre Cerberus, que no se movió de su sitio.

—Tu poder se alimenta del miedo y sabes que no te temo —señaló el Destinado—. Tampoco perteneces a los elementales, te desterraron. Pero si quieres me voy —amenazó, seco—. Pasarán milenios antes de que encuentres a alguien con quien puedas hablar.

Poco a poco Ghul comenzó a empequeñecerse, entre ríos de lágrimas.

—No, no te vayas, no lo hagas —comenzó a repetir como un goteo—. Si me dejas, te arrepentirás. No me obligues a romper esta alianza.

—Yo también puedo hacerte daño —advirtió Cerberus—. Volveré cuando puedas controlarte.

Pero eso era imposible. Ghul estaba tejida con lágrimas de horror, tristeza y furia. Nada de ello tenía dominio ni límites.

La habitación de Lina en Nuevo Estigius se llenó de regalos a niveles absurdos.

—Parece que te están tratando bien, lindura —observó Lavinia, con asombro—. Quince arcones llenos de óbolos de oro y este baúl con joyas —lo abrió—. Qué delicia, hay un juego de gargantillas de oro rojo, unas coronas con diamantes y esmeraldas. Veamos tu nuevo guardarropa.

Tía Sangre abrió el armario, había una docena de vestidos de tela tan suave que parecía aire, sombreros y zapatos con libélulas reanimadas.

—Un poco cursi pero costoso, sin duda —dictaminó tía Sangre—. Y luego de la boda tendrás mil veces más regalos. Claro, esto es robado, sus dueños originales seguro fueron asesinados, pero si limpias la sangre, ni se nota... ¿Eh? Lindura, ¿sigues viva? No te oigo.

La nosferatu se aproximó a la cama y abrió el dosel. Dentro, Lina estaba arrebujada entre las mantas. Lavinia suspiró.

—¿Sigues aterrada por la conversión? No te preocupes, lindurita, es un procedimiento relativamente seguro. Primero te van a desangrar y luego harán una transfusión con sangre nosferatu. Durante unos minutos, días o semanas, sufrirás fiebres y ataques de locura hasta que tu organismo acepte tu nueva naturaleza, o no. Supe de un caso al que al nuevo umbrío se le abrieron todas las venas, prácticamente explotó... fue un poco sucio. Pero tranquila, esas complicaciones son raras.

—Tía Livi, por favor —gimió Lina—. No me estás ayudando.

—Solo soy realista. Para ser umbría tienes que pagar un precio.

—Pero yo nunca lo pedí... No quiero ser chupasangre.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó tía Sangre, casi ofendida.

Lina no sabía cómo explicarlo. Lavinia no entendería, nunca había comido unas enchiladas, un taco de carnitas, ni visto la puesta del sol. Además, si Lina se convertía, ¿qué sucedería con Gis? Él moriría a los pocos años y a ella le esperarían centurias de soledad y tristeza... No, no quería terminar como esos vampiros desquiciados. ¿Para qué le servirían milenios de vida, sin padres y sin su Gismundus?

—Déjate de tonterías —tía Sangre se puso seria—. Las dos sabemos que lo más seguro es que no sobrevivamos a esta misión. ¡Qué más da en lo que te conviertas!

—Tienes razón —reconoció Lina, con pesar—. El oráculo decía algo de tres talismanes, un sombrío, un humano y un nosferatu, solo uno va a sobrevivir. Parece que no seré yo.

—Pues ahí está, asunto resuelto, ¿para qué te preocupas?

Lina comenzó a llorar. Lavinia resopló un poco y se sentó en la cama.

—¿Conoces la historia de Cordelia la Verde? —tía Sangre no esperó respuesta—. Pues antes de que aparecieras, ella fue la Pozafría más hermosa del clan. Te estoy hablando de hace algunos años, por ahí del siglo xvi, una buena época para todos —suspiró nostálgica—. Verás, Cordelia era hija de una hermana de Basanio, nuestra prima. Venía de Niflem para tomar clases de primera instrucción en Cimeria, su llegada fue un acontecimiento.

—¿Era verde? —se animó a preguntar Lina.

—No seas zopenca, lindura. Era normal como yo, pero, eso sí, tenía una belleza exquisita. ¡Había un enjambre de tontos chupasangres de varios clanes del nido tras ella! Pero pronto se dieron cuenta de que Cordelia era rara. No le interesaba su propia belleza, ni tenía interés alguno en amoríos; su pasión ¡eran los libros! Sobre todo de poesía.

—Me hubiera caído bien —comentó Lina.

—Claro, ¡las dos lerdas y soñadoras! —se burló tía Sangre—. Tanto se dedicaba Cordelia a leer que sus manos siempre estaban manchadas de tinta. Fue por eso por lo que le llamaron "la Verde", ¡no por otra cosa!

Cuando se enteró de que los Pozafría eran dueños de locales de libros en el Mercado del Colmillo, se ofreció a atender alguno. Podías verla todas las tardes metida entre torres de papel, ordenando, leyendo...

—¿Y qué fue de ella?

—¡Si te quedas callada unos minutos, podrás saberlo! —señaló Lavinia, con irritación—. Pues un día se topó a un par de tibios en el pasillo del mercado. Se trataba de un comerciante de guantes de cabritilla, que venía con su hijo, sanguaza apenas. Eran de una región de Warwickshire, en Inglaterra... Pues para no hacer el asunto eterno, te diré que el tibio quedó prendado de Cordelia y ella de él, cuando supo que le gustaba unir y armar versos; tenía una rara habilidad para jugar con palabras, un verdadero talismán.

—¿Tuvieron un amor de tibio verano? —se animó a preguntar Lina.

—Pues sí, justo eso —reconoció tía Sangre—. Vivieron un amor intenso y cursi, con poesía de por medio. Ella le dio a leer textos antiguos y perdidos. Cada día estaban más enamorados, hasta que anunciaron su matrimonio. El tibio dijo que estaba dispuesto a hacerse la conversión para ser una pareja de nosferatus.

Lina volvió a sentir el pinchazo de la ansiedad. Lavinia retomó:

—El humano subió a pedirles permiso a sus padres, ¡te digo que era joven!, tal vez de tu edad; mientras que Cordelia comenzó con los preparativos de la boda. Pero hete aquí que estalló un incendio en el mercado, justo en el callejón de los legajos. Cuando Cordelia se enteró, corrió a salvar sus preciados libros, pero el incendio fue atroz... A partir de ese día en el mercado se construyó el sistema de tuberías de arena para sofocar flamas...

—Pero ¿qué pasó con Cordelia?

—¿Pues tú qué crees? Murió calcinada al intentar salvar los libros. Cuando el tibio volvió, listo para casarse y hacerse la conversión, se enteró de la muerte de su amada.

—Eso es espantoso.

—¡No dije que fuera una historia linda! —rio Lavinia—. El pobre tibio quedó deshecho y el clan lo adoptó, vivió en Cimeria por casi un año. Todos intentamos levantar su ánimo de alguna manera. Al final se recuperó y se llevó los libros que le regaló Cordelia, algunos apuntes; prometió que siempre habría un lugar en su corazón para los Pozafría y que buscaría la manera de honrarnos. Como era talismán, se hizo un célebre escritor y cumplió su palabra. Usó nuestros nombres y después nosotros usamos los suyos, los de sus obras. Es como una tradición.

—Espera, tía... ¿no estarás hablando del famoso bardo?

—Solo mírate, ¡hasta te pusiste de pie! —sonrió Lavinia, satisfecha de haber distraído un poco a Lina—. Así me gusta, espabílate, lindura. ¡Es

tardísimo! Tengo que irme, debo darle su tratamiento a Titania, pero antes de que se me olvide, te conseguí un regalito.

Lina sintió que su tía deslizaba algo en su mano. Cuando se quedó sola descubrió que era su anillo de corium, el de las serpientes trenzadas. ¡Podría volver a ver a Gis en la Pensión Somnus!

Moth y Puck tenían razón, eran bien conocidos en la Ciudad de la Anticiencia. En cuanto se aproximaron, unos vigilantes llamaron al alcalde. Era un joven de gafas muy delgado llamado Dino. Saludó con gusto a los siameses.

—Y este joven es Gismundus Tarmelán —Puck hizo las presentaciones —. Viene de Ubus y, como se ve por su cara de pasmo, es su primera vez en territorios anticientíficos.

—Seguro ya te dijeron que aquí estamos locos —sonrió Dino, de buena gana—. Ven, Gismundus, te mostraré la ciudad. ¡Nos encanta recibir visitas y presumir nuestros conocimientos!

—Este lugar es precioso —adelantó Moth.

Sí que lo era. La ciudad tenía ciento trece calles. Había desde hermosas casas de dos plantas con paredes blancas hasta espléndidos edificios públicos, casi todos con nombre: Biblioteca Rosa Bianca Savacedo, Torre Amadeo, Fuente de Pippo Ceveraux, Memorial a Rudolph Green.

—Los materiales de construcción proceden del mar —explicó Dino—. Algas, perlas, corales, arena, pasta de nácar, sal.

Gis se detuvo atónito al notar un detalle insólito: encima de ellos ¡había un cielo con nubes y sol!

—Todo es tan falso como la escenografía de una zarzuela —avisó Moth.

—Es un poquito teatral, cierto —reconoció Dino—. ¡Pero a que se ve muy real! En realidad estamos en una cueva natural y la techumbre de granito se pintó de azul, con unas nubes muy coquetas.

—¿Pero y ese sol? Incluso se siente su calor —observó Gis.

—Es porque esa esfera es de fuego real —señaló Dino—. Se trata de nuestro astro artificial, lo deslizamos sobre unos rieles metálicos; tiene un ciclo de doce horas.

—Pues la ciudad te quedó muy bien —reconoció Gis, alucinado.

—¡Yo no la hice! —rio el alcalde—. La fundó un profesor llamado Jean-Michel Menoux con sus alumnos, todos estudiosos de la ovología, hace casi cien años.

—Los ovólogos creen que el planeta Tierra es un inmenso huevo —

explicó Puck—, y que está cocinándose en una empolladora cósmica, también llamada "sistema solar".

—El objetivo de los ovólogos es retrasar el nacimiento de la bestia cósmica —agregó Moth—. Porque al romperse el cascarón, según ellos, todos moriremos por culpa de esta especie de salamandra sideral.

—No le digas esas cosas a Gismundus que va a pensar que estamos locos —avisó Dino—. Pero sí, algo hay de eso. Aunque no solo se estudia la ovología, la ciudad recibe a todos los anticientíficos, como nubólogos, arcabotánicos o biorólogos.

Avanzaban por un paseo flanqueado por magníficos bustos tallados en piedra de célebres anticientíficos del pasado: Salvatore Vezza, Genovevo Albani, Marino y Mariano Lulli.

—La biorología es preciosa —reconoció Puck—. Es el estudio de las montañas vivientes. Según esta teoría, en tiempos prehistóricos la tierra tenía vida; por ejemplo, dos colinas podían unirse para formar una montaña, que a su vez se unía con otra para armar una cordillera. Las masas terrestres, en sus relaciones, crearon los continentes.

Donde pusiera la vista, Gis descubría algo curioso. Le llamó la atención una especie de monumento de piedra rosa, que imitaba a una hoja de papel, al frente tenía labrada una frase enigmática: "Demasiado tarde me di cuenta de que te amaba...".

Gis estaba a punto de preguntarle al alcalde al respecto, cuando se percató de que estaban rodeados por un pequeño grupo de anticientíficos: hombres, mujeres y algunos niños, todos pálidos y sonrientes. Vestían túnicas al estilo griego, de un tejido vegetal, en color verde o azul. La mayoría llevaba libros bajo el brazo.

—¡Vean quiénes nos visitan!, nuestros amigos Moth y Puck, los umbríos de Ubus —señaló el alcalde Dino—. Y vienen con un joven amigo, Gismundus.

Era Gis el que parecía causar sensación entre la población más joven. Pronto se pasó la voz y en minutos se formó una nutrida multitud, todos querían verlo. Los murmullos iban del francés al castellano, pero el tema era el mismo: "¿Quién era ese joven tan guapo?". Gis volvía a ejercer ese extraño influjo sobre los seres humanos. ¿Era anticientífico? ¿Un aprendiz? ¿Le podían hacer una estatua? Todos hablaban a la vez. Comenzaron las oleadas de suspiros.

—Contrólense, que son anticientíficos —les recordó Dino.

No se controlaron demasiado y el alcalde tuvo que llamar a unos guardias para que escoltaran a los invitados directo a la alcaldía.

Lina caminaba por el Bosque de los Reflejos en Cruxos. A modo de brújula seguía el brillo del anillo de corium, apenas podía contener la emoción, ¡iba a ver a Gis! Si no estaba, podría dejarle un mensaje para ponerse de acuerdo y verse después. ¡Tenía tantas cosas que contarle! Algunas horribles. Aún no sabía cómo decirle que se haría la conversión. Y pensar que el mismo Gis deseó ser nosferatu para ser aceptado por sus horribles padres. Mientras que ella, sin planearlo, en unas horas, iniciaría el proceso para volverse umbría. Tal vez eso se lo diría luego, primero le preguntaría sobre la misión de las puntas de argén y le pediría perdón por engañarlo para que escapara. ¡Tenía tantas cosas que contarle!

Lina vislumbró la inmensa raíz, con una puerta. Era el acceso a la pensión. Se acercó a toda prisa, pero el tronco se perdió entre la neblina. Dio algunas vueltas, confundida. ¡Pero si acababa de ver la entrada y el anillo brillaba con toda su intensidad! Dio algunas vueltas, pero la neblina se volvió más espesa. Entonces Lina recordó algo espantoso: la Pensión Somnus era inaccesible para los nigromantes y ella era uno, pues luego del ritual en que se convirtió en cuervo había ocasionado un daño con magia negra. ¡Jamás podría volver a entrar a la pensión! Había perdido su lugar.

Lina estaba azorada. En medio de su desesperación oyó un gorgoteo, un llanto. Provenía de una garganta que no era humana, ni siquiera animal. El pavor heló su cuerpo sutil. Alguien, algo horrible, merodeaba cerca, se aproximaba.

Despertó temblando de pavor.

En Londres, Imogene había usado todos sus recursos de persuasión para entrar al hospital de San Bartolomé, el Barts. Junto con su parentela, consiguió esconderse en los sótanos de la parte vieja del museo, pero resultó imposible hablar con Olivenza, el líder del Concejo Tibio. Después del accidente, un equipo de seguridad ordenó que ningún nosferatu se acercara a él.

—La buena noticia es que sobrevivió —explicó Crésida, que había estado espiando en el hospital—. Creo que solo tiene una contusión y un brazo roto.

—Entonces dejemos que se le pase el susto y nos acercaremos —determinó Imo.

—¿Y el resto de los tibios que iba en el auto? —interrogó Ariel, con voz insegura.

—Oh, a esos les fue fatal —dijo Crésida revisando sus notas—. El conductor perdió un ojo debido a un trozo de cristal y tiene tres costillas

fracturadas. Los tibios son algo frágiles. El que recibió la peor parte fue el otro, Raymond Aguirre.

—¿Está muerto? —la voz de Ariel era apenas un hilo.

—Casi —reconoció Crésida—. Dicen que posiblemente no despierte. Oí algo de que evalúan desconectarlo. ¿Saben qué significa eso? ¿Los tibios se enchufan a la electricidad?

—Lo siento mucho, querido —Imogene le dio una palmada—. Sé que ese tibio es importante para ti. ¿No es así?

El nosferatu intentó hablar. No pudo. Las umbrías se sorprendieron, nunca, en los siglos que tenían de conocerlo, lo habían visto llorar.

Lina no dejaba de pensar en la historia de Cordelia la Verde, era triste, aunque tenía algo bello de fondo. Le daba hasta una pista de su propio nombre. Ese relato era lo único que mantenía su mente ocupada, porque todo lo demás le daba escalofríos. Los sirvientes siguieron entrando con más regalos, ya no cabían los cofres con doblones, óbolos y escudos de oro. Llevaron, además, un trono babilónico, coronas cuajadas de esmeraldas y un precioso reloj con diamantes, aunque estropeado. Lina se dio cuenta de que todos los relojes estaban detenidos, hasta uno que tenía polvo de oro en lugar de arena. Luego las asistentes la vistieron con un bonito vestido de damasco color rojo y lavanda, para la visita de Cerberus.

—¿Te gustan tus regalos? —le preguntó el Destinado.

Lina no podía dejar de pensar que eran botín de guerra, pero fue diplomática:

—Mucho, aunque es demasiado.

—¡Deja de decir eso! —exclamó el vampiro—. ¡Nunca es suficiente para nosotros! Además, esta habitación es provisional, ya te estoy preparando algo mejor. Pero ven, tienes que conocer lo que será parte de tus dominios cuando seas mi esposa.

Era un recorrido por Nuevo Estigius, Lina aceptó encantada. Eso sí le interesaba. Podría reunir pistas sobre el misterioso castillo, el elusivo escondite de los Bromio. Salieron acompañados de una escolta de guardias y de los ángeles aberrantes, que casi siempre seguían a Cerberus. Fue solo un vistazo, era imposible recorrer todo Nuevo Estigius en tan poco tiempo. El umbrío explicó que había casi cien salones y dos mil habitaciones para las castas depositantes, templos oraculares para las esiartis, cuarteles para los guerreros de élite, galerías, bodegas, laboratorios donde se armaban los aberrantes, varias torres que se interconectaban con empinados puentes, una biblioteca para grimorios,

libros de magia negra y el manuscrito original del *Nuevo Orden*, una inmensa explanada con las estatuas de Timur el Cíclope, Germanta la Dura, Taria la Muy Fea, Fiers Destino, Dulia y Fedro Bromio. El lugar más sagrado estaba al centro, el santuario de piedra roja llamado Corazón de los Mártires. Entraron y Lina observó con repulsión las efigies recubiertas con sangre seca, de los sacrificios. Había también un gran estanque triangular, que en ese momento estaba vacío. Pero lo que llamó más su atención fue un extraño artefacto hecho con una serie de contenedores de cristal conectados por manguerillas. Parecía una clepsidra, un antiguo reloj de agua, aunque lo que goteaba de un recipiente a otro era sangre, que parecía coagulada y emitía un brillo sobrenatural, de color violeta, como el que emanaba el mismo Cerberus de su dedo anular.

—Este es el lugar más importante del castillo —explicó Cerberus—. Es la razón, la fuente del poder —al lado del estanque había unas escaleras negras y una puerta—. El viejo portal se encuentra justo abajo, en el sótano; a este solo entramos los elegidos.

Lina moría de ganas de hacer preguntas. ¿Se refería a esos portales en los que los humanos se comunicaban con los elementales hacía miles de años? ¿Y qué había ahí? ¿Un pozo? ¿Una aldaba para hacer el llamado? Claro, lo que fuera debía estar cerrado. Se contuvo, no quería que se notara tanto su interés. Ya investigaría luego.

Cuando subieron a un terraplén, Lina quedó atónita al percibir en la penumbra circundante la caverna donde estaba el castillo y unos túneles con vías oxidadas.

—¿Te gusta? —preguntó Cerberus, orgulloso.

—Es impresionante —dijo Lina sin comprometerse a dar un juicio estético—. No quiero imaginar lo complejo que fue construir esto aquí, traer el material, a esta caverna tan estrecha... me recuerda a la del Castillo de las Minas.

—Es la misma —reconoció el nosferatu—, solo que en una época distinta.

De pronto, a Lina le vinieron a la cabeza los relojes que había visto, los de manecillas, el de arena, la clepsidra, todos detenidos.

—¿Quiere decir que estamos en algún punto del pasado? ¿O del futuro? —se animó a preguntar—. Me intrigan tanto los alcances de la necromancia.

—Con los años te harás experta —aseguró el umbrío—. Ahora vuelve a tu alcoba y prepárate para la conversión. En pocas horas tu naturaleza va a mutar para siempre.

—Hay algo que me gustaría hacer... —Lina miró el túnel a lo lejos. Tenía que buscar más pistas sobre Nuevo Estigius—. Es un capricho banal, lo sé, pero antes de la conversión me gustaría visitar el Mundo

Tibio. Comer por última vez... no sé, pastel, flan, beber chocolate y despedirme del sol. Nunca lo volveré a ver.

—¿Cómo puedes pedir eso? —repuso Cerberus, irritado—. ¡Me decepcionas con esas tonterías! Te estoy mostrando riquezas y poder sin límites, ¡y quieres comida de tibios!

Lina se contuvo, sumisa, midiendo cada palabra:

—Discúlpame, a veces digo cosas sin pensar.

—Te perdono —Cerberus suspiró con impaciencia—. Se me olvida que eres una simple humana de mente limitada —la tomó con suavidad de los hombros—. Pronto te daré un poder que jamás imaginaste, pero también te puliré, cortaré esos defectos y fallas que hay en ti; te haré perfecta. Serás la digna esposa del regente de los cuatro reinos.

"No si antes consigo que te atraviesen el corazón con el filo de plata", pensó Lina mientras Cerberus la volvía a besar.

En el hospital de Barts, Raymond había salido de terapia intensiva y estaba en una habitación, conectado a un montón de cables y manguerillas. Gran parte de su rostro se ocultaba tras vendas y gasas, le habían afeitado su espesa barba para hacer las suturas y curaciones. Entre el zumbido de las máquinas, se oía su débil respiración. Parecía dormido. Dos extrañas criaturas estaban al pie de la cama, en la penumbra.

—Tal vez podemos llevarlo con los médicos de Hotep en Ubus —propuso Ariel.

—Querido, no creo que sea buena idea moverlo —observó Imo—. Dejemos que la medicina de los tibios haga su efecto.

—¿Pero y si no despierta? Nunca me lo voy a perdonar, me porté grosero con él —Ariel se acercó y le tomó una mano—. Ray, si me escuchas, perdóname. Sí que siento algo por ti. Lo que dije fue un error. Si no hay lugar para tonterías y coqueteos ridículos, entonces, ¿cuál es el sentido de salvar el mundo?

Una enfermera escuchó ruidos y se asomó a la habitación. Solo vio la ventila ligeramente abierta y, sobre la cama del paciente, una pequeña flor de cera.

En la Ciudad de la Anticiencia, Dino presumió a sus invitados el interior de la alcaldía: tenía un techo de cristal tornasolado donde estaban escritas

las ciento trece materias anticientíficas. Había lámparas de coral con mecheros de aceite y los pasillos rebosaban de libreros. Al parecer todos ahí adoraban leer.

—Moth, Puck, ¡qué milagro! —se acercó una mujer muy bonita, blanquísima, de ojos negros y profundos. Vestía una túnica verde.

Se saludaron con gusto, Puck hizo las presentaciones:

—Es Alba, la esposa de Dino y la alcaldesa. Y este es Gis.

—Sí, ¡ya todo el mundo habla del guapo visitante! —lo saludó Alba—. Debes perdonarnos. Normalmente solo recibimos la visita de ancianos investigadores, así que eres el invitado más atractivo que hemos tenido.

—¿Y nosotros? —preguntó Moth.

—Claro, claro. Hablando de bellezas —intervino Dino—, la última vez que vinieron no estaba esta pequeña. Graziella, ven a saludar a los invitados.

Detrás de una puerta se asomó una niña de ojos inmensos, debía tener unos cuatro años. Atónita, contempló a los siameses.

—Sí, ¡estamos unidos! —Moth movió la pierna que le correspondía—. Dos por uno.

—Es nuestra hija —sonrió Alba y le tendió la mano; la niña se refugió detrás de ella.

Después de las felicitaciones, pasaron a un despacho para hablar del tema que a todos preocupaba.

—Seguro ya saben que hay una guerra en nuestro mundo —comenzó Puck—. Ha sido atroz, pero hemos elaborado un plan para vencer a los enemigos. Gis, los mapas, por favor.

El muchacho sacó el mapa de Lina y otro que él hizo. Los extendió.

—Este es el mapa acumulado, da una idea general —explicó Gis.

—*Ánima Mundi* —observó Alba y cruzó una mirada con Dino—. Eso es hasta el fondo de todo.

—Es muy peligroso ir a niveles tan profundos —reconoció el alcalde.

—¿Por la salamandra cósmica que vive ahí? —preguntó Gis, con tacto.

—¡Oh, no! —Alba lanzó una alegre carcajada—. Ni Dino ni yo creemos en la bestia ovológica.

—No como nuestros ancestros —agregó el alcalde—. Somos anticientíficos reformistas. El planeta está lleno de misterios. Ustedes y los nidos son prueba de ello.

—¡Anticientíficos reformistas! —exclamó Moth—. ¡De lo que se entera uno!

—Hace mucho un anticientífico propuso la existencia de varias civilizaciones —aseguró Alba—. Decía que el planeta tenía capas, como una cebolla, y que en cada una vivía una civilización distinta. Hasta el fondo habita algo muy antiguo y poderoso.

—El Mundo Elemental —señaló Moth—. Los Bromio tienen la estaqueta Abismo y van a intentar llamar a una entidad, completarla y hacerla su esclava.

—Sí, conocemos la leyenda de Abismo —reconoció Alba, tensa.

Gis se dio cuenta de que la pequeña Graziella no dejaba de verlo. Estaba asomada en el filo de la mesa. El chico le sonrió y la pequeña, asustada, se ocultó tras su padre.

—Los anticientíficos conocen y han estudiado los accesos a la parte más profunda del planeta —Puck señaló el mapa—. Los necesitamos para llegar a la mismísima puerta del Mundo Elemental. Sé que suena a una locura.

—No tienes nada que explicar —interrumpió Dino—. ¡Esta es la ciudad de la Anticiencia! Son bienvenidas todas las locuras en nombre de la ciencia.

—Entonces... ¿nos van a ayudar? —preguntó Gis, sorprendido.

—Claro. Tenemos que estudiar por dónde deben llegar —aseguró Alba.

Se dedicaron a hablar de los preparativos, y cuando salieron rumbo al comedor para una comida de bienvenida, la pequeña niña se atrevió a hablar con Gis.

—¿Quieres ser mi novio anticientífico? ¿Aunque sea por un día? —murmuró tímida.

—Claro —Gis asintió con una gran sonrisa. La pequeña temblaba de emoción.

La habitación de Titania Labios Sangrantes en Nuevo Estigius era una torre con varios pisos llenos de estatuas y pinturas de Afrodita Pandemos. Tenía, además, una increíble colección de sombreros, vestidos, joyas. Ahí todo era tan hermoso, excepto... ella misma.

—¿Me mandaste llamar? —por la puerta se asomó Lavinia—. Lindura, ¿cómo estás?

—Tú dime, corazón —Titania se quitó su gran sombrero de cuervos reanimados y dejó al descubierto su rostro. Era un amasijo extraño de carne sanguinolenta, un trozo grande le colgaba de la mejilla—. ¿Cómo me ves? Seguro estoy estupenda.

—Esto sucede mientras se regenera la piel. Tranquila, ahora lo arreglo.

—No me toques —Titania se echó hacia atrás—. Hoy temprano ocurrió lo mismo y mandé a analizar con mis asistentes un trozo de esta carne. ¿Sabes qué me dijeron? Que era pellejo de perro... con veneno paralizante.

A Lavinia se le congeló la sonrisa, aunque rápidamente reaccionó.

—Bueno, lindura. Claro que he usado un poco de mi furia... es parte del tratamiento. Sacrifiqué a mi pobrecito. La carne llama a la carne. El veneno paralizante es solo para evitar que avance tu mal.

—Ten cuidado, Lavinia... estás aquí gracias a mí —dijo Titania muy lentamente—. Cada paso que tú y Lina dan en este sitio es porque yo lo permito. Así como les ayudé, puedo hacerles mucho daño. No sabes de lo que soy capaz.

Lavinia lo sabía, por eso mantuvo su tensa sonrisa.

—¡Claramente tienes la lengua en su lugar, lindura! ¿Ves cómo ha servido mi remedio? —con cuidado, tía Sangre tomó el colgajo para ponerlo en su sitio.

—Si es un engaño, corazón... esto que ves —Titania se señaló el rostro — es nada comparado con lo que te espera.

Lina miraba con espanto un cuadro que estaba en su habitación. Era una pintura de una vampiresa recubierta con una abundante vellosidad, debía ser una Bromio. ¿Al final quedaría así? Tenía la esperanza de que su conversión se cancelara. Incluso llegó a pensar que se trataba de otra prueba de Luna Negra. ¿Y si era para observar su temple? Tal vez, al final, la Dama Oscura le diría que jamás podría ser uno de ellos.

Unas criadas entraron a coserle encima una ajustada túnica de gasa blanca, Lina comenzó a percibir esa sensación de electricidad estática que conocía tan bien, el *peligrómetro*. Algo terrible se acercaba.

Le sirvieron su última comida humana. No fue lo que pidió (pero comprendía que en ese lugar era imposible conseguir enchiladas o carnitas). Mordisqueó un poco de pan y bebió un trago de leche, estaba grasosa y amarga.

La dejaron sola un buen rato. Ni siquiera le permitieron ver a tía Sangre. En ese tiempo Lina reflexionó. ¿No estaba yendo muy lejos? Su padre, ¡pobre Ben!, sin duda desaprobaría su misión como incrustada. ¡Y su madre, que tanto intentó protegerla de los secretos del inframundo! Pensó en Gis. ¡Por Dios! ¿Dónde estaría?

"Todos los incrustados se arrepienten", había dicho Lavinia. Lina no quería hacerlo, aún guardaba esperanzas. Tal vez podría cruzar ese pantano llamado guerra sin mancharse.

No supo cuánto tiempo transcurrió (los relojes seguían detenidos) hasta que se abrió la puerta y entró un grupo de nosferatus vestidos de negro. Reconoció a Pytia y a Titania (sin el velo, era un auténtico monstruo). Al final entró Cerberus. Llevaba un traje ajustado, blanco y de

gasa, como el suyo; se le notaban las venas inflamadas y los músculos tensos.

La sensación de peligro se disparó cuando Lina descubrió que no podía levantarse de la cama. Estaba paralizada.

—Ya debe estar haciendo efecto —aseguró Pytia—. Destinado, puede proceder.

Lina se dio cuenta de que la leche (o lo que fuera que bebió) tenía algún narcótico. Cerberus se colocó encima de ella.

Lo primero que percibió fue el olor ferroso e intenso que emanaba el Destinado. Comenzó a besarla. La situación no era agradable en absoluto. Era horrible estar paralizada bajo el enorme nosferatu y rodeada por todos esos vampiros. Su corazón latía desbocado. Sintió el dolor punzante en el interior del labio, Cerberus bebió de la herida.

Lina tenía la esperanza de perder la conciencia, pero jamás sucedió. Era imposible desmayarse con tanto dolor. Quemaba. Con horror vio que Cerberus le mordía y desgarraba la piel: abría heridas nuevas en el cuello, en las muñecas, en los pies, en los brazos, en la parte interior de los muslos. Bebía de ella, como si se tratara de una fuente. El nosferatu parecía cada vez más exaltado, comenzó a resplandecer con un brillo color violeta. Alrededor, los chupasangres entonaban un viejo cántico: invocaban presencias oscuras, a los ancestros.

—Detente, duele... No quiero —suplicó Lina—. Por favor, me lastimas.

Cerberus se detuvo solo para sonreír. La sangre, sangre de Lina, le escurría por la boca y el cuello. El traje blanco estaba empapado.

—Tranquila, todo va a estar bien —le aseguró—. Piensa que me estás haciendo feliz. Me detendré cuando estés en el límite, en el umbral. Ya falta poco.

Lina tenía ganas de golpearlo, pero no podía hacer nada, estaba muriendo. Sentía que la vida se le escapaba gota a gota. Cerberus continuó con el ataque. Lina lloró y las lágrimas se mezclaron con su propia sangre. En su mente, a punto de extinguirse, recordó que un ser humano pequeño como ella debía tener unos 4.5 litros de sangre... "El ser humano", se repitió. Ella ya no sería uno. Vio cómo los demás nosferatus se arrodillaban para lamer la sangre que escurría al suelo.

A partir de ese punto la realidad comenzó a corroerse. Se abrieron agujeros en la memoria de Lina, uno más grande que otro. En algún momento la trasladaron a otra habitación que ya había visto, ¿o soñado? Estaba forrada de ónix negro y en un extremo había sarcófagos de cristal con mujeres dentro. La colocaron en un altar de piedra. La rodeaba un ejército de vampiros nigromantes, muchos con esos ojos felinos de los yasmas.

Sintió frío. Sudaba. Comenzó a temblar. Su respiración era agitada.

Tenía la piel pegajosa. Entre las mordidas y el ataque, de la túnica blanca solo quedaban harapos ensangrentados. Vio a Cerberus delante de ella, ya no llevaba nada encima, solo signos trazados con ceniza. Los cánticos subieron de volumen. Vio cómo el humo de los sahumerios formaba rostros temibles. Descubrió que a su lado había un sarcófago muy viejo de plomo. Dentro serpenteaba un líquido de un rojo espeso, casi negro.

Lina no podía distinguir qué era real, debía estar colapsando. Vislumbró a Luna Negra, ¿empuñaba a Abismo? Sujetaba una estaqueta de tres puntas, los núcleos destellaron: rojo, ámbar, azul.

Cerberus se abrió una muñeca y dejó caer un chorro de su propia sangre en el sarcófago de plomo, el líquido se removió. Lina escuchó la voz de Titania al oído:

—Tranquila, corazón, llegó el momento. Prepárate.

Pytia recitó un ensalmo; detrás de ella, el fuego de las antorchas se volvió verde.

—Te amo, Lina —Cerberus le susurró—. Te amaré toda la eternidad.

Luego ocurrió lo más extraño: pusieron de pie a Lina sobre el sarcófago de plomo, su sombra se proyectó en el interior y el líquido buscó contenerse en esos bordes hasta formar otra sombra acuosa, del mismo contorno y tamaño de Lina. Luego, se incorporó y la sombra de sangre se acercó a ella, para fundirse en un abrazo.

Le escocieron todas las heridas: la del labio, de los pies, las muñecas, la garganta, los brazos, la parte interna de los muslos. La sombra entraba por cada corte, se disolvía en sus células, se volvía parte de ella. Era un monstruo, lo sería para siempre.

Capítulo XXXVIII
SED

Dicen que cuando uno muere la vida entera pasa delante. Sin embargo, a Lina solo le llegó un recuerdo: estaba en casa celebrando el cumpleaños de Marcia, su madre. Como sorpresa le hizo un pastel de queso con zarzamora; quedó delicioso aunque con aspecto de zombi. Esa noche Ben no salió a trabajar en el club de jazz. Estuvieron entreteniéndose con juegos de mesa hasta la madrugada. Lina tenía unos doce años; lo recordaba como el último día de su infancia... y había sido perfecto.

La llevaron a su habitación en Nuevo Estigius, semiinconsciente. Se vio a sí misma con el cuerpo rígido, arqueándose de manera violenta; Pytia le pasó un cuenco con un líquido blanco.

—Trágalo todo o tus huesos comenzarán a romperse —advirtió.

Varios sirvientes le abrieron la boca a Lina para que lo tomara.

En otro momento comenzó a gritar de dolor, su piel ardía. En esa ocasión, Rutko y unos asistentes la sumergieron en una tina con una sal helada, que hacía escarcha. La dejaron un rato sumergida hasta que comenzaron las convulsiones y tuvieron que sacarla para sujetarla.

—Hay que amarrarle la quijada para que no se arranque la lengua de un mordisco —recomendó Rutko.

La desataron después de un rato. Lina tuvo un pequeño descanso hasta que comenzaron a dolerle las encías, notó que sangraba por la nariz y que el cabello se le caía por manojos. Se le formaron llagas alrededor de los labios y los ojos. Se quedó afónica de tanto gritar. Después, una neblina le oscureció la razón, era incapaz de fijar el pensamiento. A veces exigía ver el sol, luego pedía que la llevaran con su padre, decía que podía revivirlo.

Al final del día solo repetía una frase colmada de angustia: "¿Qué he hecho?", "¿Qué he hecho?". Llegó un momento en que el cuerpo se le

entumeció y un ardor terrible le nació en la base de la garganta. Finalmente, entró en sueño profundo.

Rutko les ordenó a las sirvientas que la bañaran y le pusieron una bata limpia.

—Ya no tiene la piel tibia —confirmó Pytia—. Su temperatura y el ritmo del corazón están bajando. Es buena señal.

—Le traeré sangre cruda de las cocinas —ofreció Titania. Sabía que al despertar la nueva umbría estaría loca de sed.

En el pasillo, Titania encontró a Lavinia, quien había estado haciendo guardia afuera por horas, no la habían dejado pasar. Ella no era nigromante ni adivina, no le correspondía estar en la conversión. Podría entrar cuando todo hubiera terminado.

Fueron solo unos minutos los que Lina se quedó sola. Cuando Titania volvió, encontró la cama vacía y el ventanal con el vitral roto.

Lina, o la criatura en la que se había convertido, había escapado.

—¿Estás bien? —le preguntó Moth a Gis. El chico había palidecido.

—No lo sé. Estoy muy mareado —confirmó el joven.

En realidad, lo había invadido una tristeza fuera de toda proporción.

—¿Quieres que nos detengamos? —interrogó Puck—. Seguro estás agotado.

Ese mismo día había comenzado la expedición en compañía de los anticientíficos Dino y Alba. En un par de horas habían tenido que navegar por un río subterráneo lleno de bichos, luego atravesaron (cubiertos con mantas húmedas) un pasaje lleno de arenilla caliente.

—Estoy bien —aseguró el chico y agitó una antorcha con brea ardiente, eso alejaba a los insectos que había en esa zona—. Solo que, no sé, tengo ganas de... —sus ojos llenos de lágrimas completaron la frase.

—Bajar a estos lugares produce cierta soledad —aseguró Dino.

Gis asintió, pero sabía que ese no era el motivo. Solo era una tristeza repentina. Se limitó a guardar silencio y limpiarse las lágrimas.

—Tal vez podamos aprovechar para descansar un poco —Puck soltó su mochila atiborrada de lámparas, antídotos, comida, objetos alquímicos. Se asomó un libro.

—¿Estás cargando las novelas de Susy Fang? —exclamó Moth.

—Solo la trilogía inicial, no la saga completa —se excusó Puck.

—¿Por qué las paredes son así? —Gis señaló. Tenían un curioso patrón geométrico irisado.

—Estamos dentro de una anémona gigante —reconoció Dino—, pero

no se preocupen, está muerta y fosilizada. Conocemos muy bien estos parajes.

—Pero deben prepararse —aseguró Alba—. Entre más bajemos al interior de la tierra, todo se volverá más desconcertante.

—Conocemos el segundo reino —explicó Puck—. Tenemos buenos amigos ahí.

—Iremos más allá de las Tierras Umbras —aseguró Dino—, a lo que está abajo de ellas.

—Según los mapas que nos dieron —Alba iba estudiando uno—, ahí debe comenzar la ruta marcada. A esas profundidades todo es distinto, las leyes de la naturaleza no son las de aquí... ya lo verán.

Moth y Puck se miraron con extrema curiosidad.

Terminó el descanso y atravesaron unas cuevas ígneas con algo de fosforescencia. Finalmente, llegaron a una galería llena de agujeros, de los cuales brotaba un ruido atronador.

—¿Llegamos? —preguntó Gis—. Fue rápido.

—¡Ni siquiera hemos comenzado! —sonrió Dino y elevó la voz—. Bienvenidos a las eolovías. Son los ríos de aire que usamos para navegar.

—¿Ven eso? —Alba señaló al fondo de la cueva. Había un gran huevo metálico lleno de remaches anclado con cadenas—. Es un trotavientos, será nuestro transporte.

Solo una pequeña lámpara iluminaba una de las modernas habitaciones del hospital Barts, en Londres. Un hombre de abundante melena canosa intentaba cambiar de canal en el televisor, se le dificultaba por la escayola.

—Querido, disculpa la intromisión —dijo de pronto una voz—. ¿Podemos hablar? Será un momentito, tranquilo, no soy peligrosa.

El paciente vio detrás de la ventana a una mujer mayor, con un voluminoso peinado, vestida de negro. Por su extraña palidez y rasgos, no parecía del todo humana.

A toda prisa, el hombre buscó entre las sábanas un dispositivo para llamar al personal.

—Espera, escúchame. Soy Imogene Pozafría —dijo la criatura desde el exterior, en un quinto piso—. Nos íbamos a reunir hace unos días. Perdón por aparecer así, como vampiro antiguo, pero no me dejan acercarme y me urge hablar contigo.

—...ahora no es buen momento —aseguró el hombre, aún tenso.

—Querido, nuestras civilizaciones están en riesgo de desaparecer, ¿cuándo va a ser buen momento?

—Bien, ¿qué quieres? —Olivenza dejó a un lado el botón de llamado.

—Gracias, querido. Te prometo que no te quitaré más de cinco minutos. Por cierto, ¿puedes abrir la ventana? No creo conveniente que alguien en la calle vea a una vieja dama colgando de un edificio.

Olivenza se acercó, con mucho cuidado, llevaba en la mano el trípode con el suero. Abrió una ventila. Quién sabe cómo, pero la nosferatu se coló.

—Gracias, hacía frío —se frotó las pálidas manos—. Pues, como bien sabes, soy la presidenta del Concejo provisional. Así será mientras encontremos a otros once sabios... supongo que sabes qué les ocurrió a los originales.

—Fueron asesinados en el desastre de las batallas —anotó Olivenza, muy serio.

—No, no. Las batallas fueron un éxito, pero no nos perdamos contando la caspa del muerto. Disculpa, es un dicho... —tomó aire—. Lo que quiero decir es que estamos en un momento terrible y, si los tibios cortan el suministro de alimento, todo será peor.

—Para empezar, ustedes rompieron los pactos.

—No hables en plural, querido. Esos fueron los depositantes, pero ya tenemos un plan para acabar con los Bromio. Nuestra gente está haciendo sacrificios que no imaginas.

—Algo me han informado. Pero ya es tarde, nuestro Concejo no está dispuesto a aceptar otra falla.

—¿Y por eso nos quieren exterminar?

—No es eso —Olivenza intentó ordenar su despeinada melena—. Es prevención para que no vuelva a suceder otra guerra como esta.

—Y la estrategia es matarnos de hambre o usar sus armas para exterminar el problema, que somos nosotros. ¿Es así? —Imogene suspiró —. Olivenza, querido, tal vez el Concejo Tibio nos vea ahora como simples parásitos, pero te recuerdo que nos tocó compartir este planeta. Y ambas razas tenemos necesidades. Las cuotas de sangre nos dan estabilidad y detienen nuestras incursiones en este mundo, así ha sido durante los últimos siglos; pero con las riquezas del subsuelo que les hemos entregado, que son miles de millones de toneladas, ustedes han desarrollado su preciosa civilización —miró alrededor—. Querer borrarnos ahora es egoísta e inútil.

Olivenza no parecía acostumbrado a que nadie le hablara de esa manera, pero no dijo nada, tal vez no se sentía muy digno con la batita de hospital.

—Las armas humanas no sirven contra la necromancia —explicó Imo —. El ataque mismo que recibiste seguro tardó, ¿qué?, ¿un minuto? ¿Te imaginas si ocurre eso mismo con los líderes principales de este mundo?

De nada servirán los guardaespaldas ni la tecnología.

—¿Y entonces por qué no lo han hecho? —había un matiz de temor en la voz.

—Los Bromio están esperando activar un arma que tú conoces: Abismo. Tal vez para ti es una leyenda, pero, querido, es muy real. Y si obtienen todo su poder, de nada habrán servido tus redes de folclor o como se llame al sistema que tienen para ocultar nuestra existencia. Los depositantes invadirán tus ciudades, puede que a pleno sol. Pero te repito que tenemos en marcha un plan para destruir esa amenaza, aunque, ¿sabes qué estaría mejor? No estar solos.

Se escuchó un ruido que provenía del pasillo exterior. Una voz le preguntó a Olivenza, en inglés, si todo estaba bien. El hombre aseguró que sí.

—¿Qué quieres? —preguntó finalmente, en voz baja, a su invitada umbría.

Imogene respiró con alivio. Es lo que necesitaba oír.

En la cabeza de Lina había una idea fija, quería ver el sol, despedirse de él. Aunque Cerberus no se lo había permitido, ella lo intentaría. Llegó hasta el exterior de Nuevo Estigius dando tumbos y ascendió por el túnel de la mina. Avanzó a una velocidad absurda, como si sus piernas la empujaran. Iba descalza y vestía un sencillo camisón, pero no tenía frío aunque su piel estaba helada. Era muy raro. Apenas percibía el latido de su corazón, como si su organismo siguiera al borde de la muerte y se hubiera detenido justo ahí. Y el dolor de garganta ¡era casi insoportable!

Subió las escaleras, pasó por un almacén y llegó a una fábrica antigua con maniquíes. Un letrero anunciaba “Musée de la Mine”. Había algunos empleados y un grupo de turistas. Lina se movió entre las sombras con gran rapidez, no quería que la vieran. Solo pensaba en el sol, en despedirse de él.

Atravesó una sala de exhibición con anticuados dioramas y llegó a un patio de gravilla, había una torre de vigilancia. La luz era tan intensa que Lina la sintió como alfileres en los ojos. Se refugió en la suave penumbra que daba el monumento de los soldados caídos en la Gran Guerra. Y desde ahí se dio cuenta de que había sido deslumbrada por un cielo... sin sol. Recién se había ocultado. Atardecía y su paso dejaba una estela rosa con puntos malvas sobre las nubes grises.

Hacía mucho calor y comenzó a llover. Abrió la boca. ¡Cómo le ardía la garganta!

Lina salió a un camino solitario que conducía al pueblo. A pesar de ir descalza, las piedras no le molestaban. Se detuvo un momento. ¿Qué les había pasado a sus pies? Se veían más grandes y sus dedos parecían curvos. Miró sus manos: ya no tenía uñas y en su lugar algo duro, amarillento, brotaba entre la carne.

Descubrió que podía *ver* a través del sonido de la lluvia. Cerró los ojos y consiguió guiarse por el sonido. En su mente las ondas sonoras formaron las siluetas de una casona, un camión, postes de luz. A lo lejos, una campana repicó y una ola de sonido atravesó la piedra. Lina identificó el reborde de una iglesia con una torre. Abrió los ojos. Oscurecía, pero todo era tan visible como el día. Observó extrañas estelas de luz alrededor del tendido eléctrico. Los colores vibraban de manera violenta: ese carro rojo, la mujer con el gorro amarillo. Las personas emanaban calor, una tibieza reconfortante. Se miró. En su piel no había nada más que frío.

Y ese dolor quemante en la garganta la iba a volver loca.

Entonces lo supo: era sed. Tenía tanta que no podía pensar con claridad. Vio a una mujer que batallaba para abrir un paraguas para proteger a un niño pegado a sus faldas. La piel del pequeño era tan rosa y suave. A pesar de la distancia que los separaba, unos veinte metros, Lina lo olió: caramelo, leche, lápices de colores. Si pudiera probarlo, solo un poco, un trago nada más. Avanzó hacia él.

Se detuvo cuando vio la cara de la mujer, parecía aterrada. La madre se colocó frente al pequeño para protegerlo.

¿Qué estaba haciendo? Sintió asco, horror de sí misma. Oía los gritos de la mujer. Salió corriendo y entró a la pequeña ciudad de Saint-Médard.

Pasó cerca de un bar, olió la cerveza, el cigarro, el aroma de cada uno de los ocho hombres y las dos mujeres que estaban dentro. Incluso podía oler lo que había dentro de ellos: sangre ácida, dulce, amarga o deliciosa (la de una chica). La lluvia arreció y algunos peatones miraron desconcertados a la joven que iba en medio de la calle, chorreando, en bata, con ese rostro que siempre inspiró desconfianza y burlas, pero que ahora daba miedo. Algunos parecían preocupados, algo le preguntaron. Ella quería decirles que no se le acercaran, que corrían peligro. Pero había algo raro en su boca que le impedía pronunciar bien las palabras. Se tocó con los dedos y descubrió que sobresalían unos colmillos, le parecieron enormes.

Corrió desesperada, se escabulló por una calle estrecha, pasó cerca de una iglesia antigua de piedra, reconoció que era la misma que había percibido antes. Había una plazuela, y también vio a un solitario chico, delgado y rubio. Se guarecía en una parada de autobús techada, llevaba unos audífonos, parecía distraído. Lina aprovechó para acercarse.

No lo pudo evitar, la sed era tan intensa que dolía. Se le lanzó encima y

abrió su pecho de un mordisco. Brotó un chorro de sangre. Qué alivio, fue como extinguir un fuego. Nunca había probado algo tan delicioso. Lina ronroneó, feliz, y su mente se aclaró. Se dio cuenta de que el muchacho pataleaba, asustado, sobre los adoquines encharcados y ella, encima, lo sujetaba con una fuerza depredadora. ¿Qué había hecho? Vio su fea herida. Aterrorizada de sí misma, dio un paso hacia atrás. El chico rubio salió huyendo con una mano sobre el pecho, gritaba pidiendo ayuda. Entonces oyó voces, gritos. Lina corrió lejos, y cuando se dio cuenta estaba en lo alto de un muro de piedra gris. Había escalado la iglesia, pero ¿cómo? Durante unos minutos pensó que estaba a salvo, pero luego vio dos siluetas, ninguna emitía calor. Estaban armados con estaquetas, eran umbríos... como ella. Uno de ellos le encadenó las manos y se la llevaron a volandas. Dieron un gran salto con ella a cuestas y, con una rapidez asombrosa, la sacaron de la ciudad.

Lina lloraba, le pedía perdón al pobre chico rubio. No dejaba de repetir que se había convertido en un monstruo.

Entonces el resplandor del cielo volvió a cegarla por un instante, dolía. Era de un intenso color rosa y el aire se había llenado de calor. En la entrada del pueblo alcanzó a ver a la mujer que batallaba para abrir el paraguas,para proteger a su pequeño, que olía a caramelo, leche y lápices de colores.

Oyó las campanadas de la vieja iglesia, volvió a sentir los muros de piedra, la torre. Vio el carro rojo, la mujer con el gorro amarillo. Los nosferatus la llevaron hasta el museo de la mina. Cuando traspasó el acceso se dio cuenta de que todo estaba seco, la gravilla, la torre de vigilancia, el monumento a los soldados caídos. Y antes de entrar a ese enorme cobertizo con los maniquíes, vio cómo volvía a caer la lluvia, otra vez, como al inicio.

Luego unos gritos de terror la hicieron saltar. Tardó en entender que provenían de ella. Despertó, agitada.

—Tranquila, lindura —dijo tía Sangre. Estaba en su habitación de Nuevo Estigius—. ¿Cómo te sientes?

—Mal... —murmuró Lina con voz ronca.

Habían clausurado el ventanal con una placa de acero y estaba atada a la cama.

—Les dije que no era necesario —comentó tía Sangre—, pero te pusiste muy agresiva. Sin embargo, si sobreviviste, quiere decir que tu organismo aceptó tu nueva naturaleza. ¿Cómo lo llevas?

Lina no supo qué responder. No podía compararlo con nada, todo era distinto y aterrador.

—Pronto te acostumbrarás —sentenció tía Sangre—. Recuerda que debes estar lista para tu boda. ¿Tienes hambre? Bueno, dicen que ya te

serviste tú misma.

Entonces no había sido un sueño. Lina sintió un espasmo de terror y culpa.

—Mordí a alguien, a un muchacho —reconoció—. La sed no me dejaba pensar.

—Nuestros ancestros eran así, un poco bestias —Lavinia sirvió una copa de sangre de una jarra—. Debes aprender a dominar tus instintos salvajes o terminarás como Siward Lamprea. Desde que recuerdo, siempre tuvo problemas con la bebida.

Lina bebió de la copa. La sangre era buena, aunque no se comparaba con el sabor del muchacho, con esa tibieza que brotaba impulsada por un corazón palpitante.

—Pero tal vez está bien —dijo Lina.

—¿De qué hablas, lindura?

—Del muchacho que ataqué. Cuando los guerreros fueron por mí, ocurrió algo muy raro: llovía, pero luego de pronto todo estaba seco como al inicio. Después, las cosas y personas que había visto antes aparecieron en el mismo orden y lugar, como en un ciclo.

—¿Estás segura de que no estabas alucinando? Tu cerebro debió estar confundido con la conversión.

—Es algo que tiene que ver con el secreto de este lugar. Además, ahora mismo es invierno, pero cuando salí hacía calor, como en verano.

—Tal vez hay un portal que te conduce a otro lugar.

—O a otro tiempo —Lina señaló los relojes detenidos—. Por eso ninguno funciona aquí, ni siquiera el de arena.

—Lindura, no digas sandeces. ¿Cómo que a otro tiempo?

—Cerberus me dijo que el Castillo de las Minas estaba en el mismo sitio que Nuevo Estigius, en las minas abandonadas de Saint-Médard. Comparten el espacio, pero cada uno está en distinta época —lo pensó mejor—. ¿Eso es posible? ¿Separar el tiempo como si fueran pliegues?

—Bueno... con Abismo y alta magia negra, supongo que se puede hacer —concedió tía Sangre.

—Y esa clepsidra de sangre que está en el santuario —recordó Lina— debe ser el mecanismo que ayuda a controlar todo. Tiene un brillo violeta, como la marca que lleva Cerberus en la mano.

—Lindura, calla por favor.

—Pero tenemos que descubrir cómo desactivar esto.

—No, ¡que cierres el pico! —tía Sangre señaló la pared—. Hay alguien ahí.

Con gran rapidez, Lavinia tomó una corona de oro de la pila de regalos y la arrojó al cuadro de la umbría cubierta de vello. Hizo un agujero en el lienzo. La vampiresa desgarró la tela y se asomó. Del otro había un

estrecho pasillo de servicio.

—¡Cómo pudimos ser tan tontas! —murmuró aterrada—. ¡Nos han estado espiando!

—¿Quién? —Lina se incorporó todo lo que pudo.

Lavinia se asomó y encontró la respuesta en el suelo de piedra: un trozo de carne sanguinolenta.

—¿Qué vamos a hacer? —Lina sintió un mareo de puro terror.

—Yo me encargo —Lavinia entró al pasaje—. Lindurita, si no me vuelves a ver... quiero que termines la misión.

—Pero no te va a pasar nada, ¿verdad? ¿Tía Livi? —gritó al agujero de la pared—. ¿Tía?

Lavinia ya se había perdido en las profundidades del pasaje.

Capítulo XXXIX

UN CAPÍTULO DE AMOR ANTICIENTÍFICO

A pesar de su extraño aspecto, el trotavientos resultó un vehículo bastante cómodo para viajar. Los anticientíficos dominaban las eolovías. Dentro iban los alcaldes anticientíficos y sus invitados, todos bien sujetos con cinturones de seguridad.

—Ese zumbido que se oye debe ser la fricción del aire, ¿no? —observó Puck, nervioso—. Espero que esto no se desarme. Hace un poco de calor.

—Oh, tranquilo, y sobre el calor, esto no es nada —sonrió Alba—. Cuando lleguemos habrá setenta grados centígrados, y eso que es una zona templada.

—Con lo que odio sudar —murmuró Moth y miró a su hermano—. ¿Trajiste el jugo de Bóreas? —enseguida explicó a los demás—: Es un enfriador alquímico, estupendo para estos casos.

Puck sacó de la mochila un frasco azul cubierto de escarcha.

—¿Y cómo se maneja el trotavientos? —preguntó Gis, con interés.

—Primero que nada, debes conocer la ruta que vas a cubrir —comenzó a explicar el alcalde. La nave se cimbró—. Tranquilos, las zonas de turbulencia son normales.

—¿Cuántas rutas hay? —preguntó Gis, sosteniéndose de una agarradera.

—Doce. Están llenas de gas y aire caliente. Cada una lleva a un sitio distinto, donde vamos a investigar —dijo Dino—. Por el mapa que nos mostraron, decidimos tomar la eolovía más larga. Como vieron, entrar a un conducto es fácil, lo complicado está en salir.

—El trotavientos cuenta con un ancla de frenado —explicó la alcaldesa —. Hay que calcular el recorrido para sacarla a tiempo y no estrellarnos contra una pared.

De nuevo se cimbró el vehículo y por un momento quedaron de cabeza. Puck gritó.

—Tranquilos, contamos con estabilizadores —aseguró Dino y, entre sacudidas, el vehículo volvió a su posición normal—. ¿Ven? Pues bien, decía que estamos recorriendo la ruta más larga. Si el diámetro total del planeta es de doce mil setecientos kilómetros. Nosotros haremos la mitad del viaje, unos seis mil trescientos cincuenta kilómetros, menos la parte del núcleo, que es donde está lo que los umbríos llaman primer reino.

Gis pensó en Lina. ¡Con lo que le gustaban los datos científicos! Adoraría hacer ese viaje casi vertical al interior de la Tierra.

—¿Y este viaje cuánto va a durar? —preguntó el joven.

—Haz la cuenta. Estamos viajando a unos trescientos ochenta kilómetros por hora —anotó Alba.

—16.7 horas —dijo Moth en automático—. ¡Eso es mucho! Qué bueno que traigo mis libros de Susy Fang.

—Ni se te ocurra sacarlos —advirtió Puck—. Aunque la adoremos, ¿qué van a pensar nuestros inteligentes amigos anticientíficos de unos tontos humanos enamorados?

—Bueno, no pasa nada. A veces llegué a ver *soap operas*, telenovelas —rio el alcalde—, en Australia.

—¿Conoces el Mundo Tibio? —Puck miró a su hermano—. Siempre pensamos que habías nacido en la Ciudad de la Anticiencia.

—Oh, no. Soy australiano —el trotavientos se agitó de nuevo—. Mi llegada a la Ciudad de los Anticientíficos fue algo peculiar.

—Esa es una historia larga como una telenovela —rio Alba.

—¡Entonces cuenta! Tenemos seis mil trescientos cincuenta kilómetros por recorrer —recordó Moth—. Y si tiene algo romántico, ¡mejor! Aunque no sea romance paranormal.

—Conste, ustedes lo pidieron —aceptó Dino—. La clave de mi historia tiene que ver con ese monumento que hay en la Ciudad de la Anticiencia, uno en forma de carta.

—*Demasiado tarde me di cuenta de que te amaba* —recordó Gis.

—Exacto. Así que hay algo de amor trágico —reconoció Dino.

Todos se acomodaron y, luego de otro giro y la estabilización del trotavientos, el alcalde comenzó a contar. Todo empezó treinta años atrás, cuando era niño y vivía con su madre en un poblado australiano llamado Toowomba, en Queensland. Ella estaba separada del padre, que habitaba en la cercana ciudad de Brisbane, donde atendía una vieja librería.

—Su nombre era Rudolph Green y era muy raro —explicó Dino—. Usaba un parche en un ojo y caminaba ayudado por bastones. De joven se había roto casi todos los huesos, pero nunca quería hablar de eso, ni de casi nada. Era muy serio y de mal carácter.

Salvo las raras visitas de Rudolph, la infancia de Dino fue bastante ordinaria hasta los nueve años, cuando su madre murió en un accidente de tráfico. Entonces todo cambió.

—Tuve que irme a vivir con mi padre. Estaba aterrado —reconoció Dino.

El alcalde les explicó que Rudolph, a pesar de su mal carácter, intentó consolarlo con lo único que tenía a la manos: libros. Al parecer los adoraba, en especial los de geografía.

—Me dio algunos atlas y hablábamos de eso: sobre montañas, ríos, continentes. Me dejaba leer lo que quisiera en la librería, solo me prohibió entrar a su despacho personal.

Rudolph se encerraba ahí un par de horas todos los días, siempre bajo llave. No dejaba entrar ni a la ayudante de limpieza.

—Ese sitio se volvió una obsesión para mí —reconoció el alcalde—. Imaginaba que mi padre guardaba un misterio, una criatura, un secreto terrible. Hasta que un día entré.

Fue accidental. Ese día Dino estaba solo en la librería y al buscar ejemplares sobre dinosaurios encontró un libro falso que era una caja con llaves, que resultaron ser las de la habitación prohibida.

—Entré asustado, imaginé que vería monstruos o ataúdes con chupasangres —explicó Dino y los siameses lanzaron una risita divertida —. Pero lo que vi fue un despacho normal, con un escritorio, dos contenedores de papeles, un gran librero. Todo parecía normal, pero no lo era del todo.

Dino revisó los estantes, encontró manuales y libros sobre unas materias llamadas anticiencias: secretos del mundo, del fondo de la tierra. Además, en una pared había un papel amarillento enmarcado. Era una carta:

> Demasiado tarde me di cuenta de que te amaba. Ahora un océano nos separa. Querido Rudolph, si esto llega a ti, quiero que sepas que te amo, que te amaré siempre, y lo haré hasta el último día de mi vida.
>
> Graziella.

—Estaba muy intrigado —siguió Dino—. ¿Quién era esa Graziella y por qué le confesaba su amor a mi padre? Estaba justo en eso cuando papá me encontró en el despacho. ¡Se puso furioso! No quiso explicarme nada, ni de la carta, ni de las anticiencias. “Esto es peligroso, no es para ti”, fue lo único que dijo y, esa misma semana vació el despacho. Sacó los muebles y hasta el último papel. Pensé que lo había tirado todo y no volvimos a hablar del tema —suspiró Dino.

Años después, Rudolph Green falleció mientras dormía, al parecer alguna de sus múltiples afecciones terminó por llevárselo.

—Yo tenía entonces dieciocho años —anotó Dino—. Heredé la librería, una casita y un montón de trebejos. Ropa vieja, discos de acetato para aprender idiomas, y entre esos cachivaches encontré la misma caja con forma de libro. Dentro había otro juego de llaves, tenían el logo de unas bodegas de alquiler. Fui de inmediato. Supe entonces que papá no había tirado nada, solo trasladó a ese sitio las cosas del misterioso despacho.

Con un poco de temor, Dino volvió a revisar todo, ahora con más tiempo. Hojeó los manuales y libros que tanta curiosidad le despertaron la primera vez. Encontró también un diario que su padre había escrito y hablaba de una ciudad secreta bajo el mar.

—Era totalmente extraño —reconoció Dino—. Según esas páginas, mi padre, cuando era muy joven, había hecho una expedición con unos anticientíficos que conoció en Roma. Su objetivo era detener a la bestia ovológica que vivía dentro de la tierra. Ahí volví a encontrar el nombre de Graziella Cavalli. Entonces supe que había sido el primer amor de papá, y que se había quedado en la ciudad bajo el mar.

El alcalde descubrió también que el accidente en el que Rudolph se rompió casi todos los huesos fue la ascensión a la superficie. Y otro secreto más: la carta enmarcada.

—Cuando papá se estaba recuperando, apareció una lata flotando en el mar, dentro venía la carta de amor de Graziella —explicó—. Y papá, con el tiempo, respondió. Escribió en total mil quinientas sesenta y tres cartas, pero no envió ni una. No podía, había un océano de por medio.

Dino reveló que en las cartas Rudolph le contaba a Graziella su vida cotidiana, lo que había leído, disquisiciones sobre la anticiencia y siempre le reafirmaba su gran amor.

—Seguramente mi madre alguna vez las encontró (las cartas) —razonó el alcalde—. Tenía razón de ponerse furiosa, su marido estaba enamorado de una mujer imaginaria, de papel, porque eso es lo que parecía. No había rastro de Graziella, excepto la carta enmarcada. Entendí por qué mi madre lo abandonó.

Dino explicó que luego de leer todos los documentos le entró una nueva obsesión: confirmar si el asunto de la anticiencia era una mera fantasía de su padre o, tal vez... la ciudad sumergida y todo lo demás existía.

—En los archiveros encontré una vieja agenda donde aparecían teléfonos y direcciones con los nombres citados en los diarios. Mandé mensajes, llamé, pero nunca obtuve respuestas... habían pasado muchos años desde la expedición. Hasta que un día recibí una llamada desde Florida de un doctor llamado Thomas Hillinger. Estaba retirado en un asilo, pero se había enterado de mis llamadas a viejos anticientíficos. Lo que me dijo me dejó pasmado: él también estuvo en el accidente de mi

padre, y lo culpaba de haber destruido su carrera, pues siempre bloqueó el acceso a la Ciudad de la Anticiencia, que, según él, era real y aún existía. Para llegar a ella habían usado un vehículo llamado *Nemo*.

Y así, entre los diarios y la conversación con el anciano Hillinger, Dino supo que la anticiencia se originó en refugios llenos de huérfanos por la guerra. Los pobres necesitaban creer en otros mundos posibles, donde pudieran confiar y salvar algo. Así inventaron la ovología y después se nutrieron de todas las ciencias abandonadas por la humanidad.

—Las materias anticientíficas sostienen de manera más o menos académica un hecho fantástico —señaló Dino—, pero llegó a ser tan convincente que los anticientíficos cosecharon muchos adeptos, entre ellos los padres de Graziella, unos millonarios italianos que decidieron financiar una expedición. Luego ella intentó rescatarlos, en esa expedición conoció a mi padre. Con todo esto... yo quedé alucinado. Necesitaba hacer ese viaje por mí mismo.

Entre los documentos estaba el plano de *Nemo*, el vehículo sumergible. Así que Dino vendió la casita y la librería para reunir dinero y construirlo. Sabía que el plan era muy peligroso: ¡bajar once kilómetros al fondo del Pacífico! Tal vez por eso su padre no lo intentó, su frágil salud nunca lo habría soportado; pero Dino, joven y sano, siguió adelante. Tras varios fracasos, ajustó el diseño de la nave y una mañana consiguió hacer la inmersión. Llevaba como guía los diarios de su padre, donde había advertencias de cada peligro que debía sortear: remolinos, criaturas antediluvianas, grutas con animales nunca vistos. Y después de días, cuando pensaba que todo había sido una locura alimentada por otros locos, llegó a una increíble ciudad subterránea de edificios blancos.

—Pensé que había muerto, que alucinaba —reconoció Dino—. En la calle vi una estatua en honor a Rudolph Green, mi padre, que explicaba que había defendido la ciudad del temible Hillinger, a quien consideraban su gran enemigo, junto a los llamados *ongruos*, científicos tradicionales. Les mencioné que era hijo de Rudolph y me recibieron como si fuera, no sé, una celebridad, con un desfile y un banquete. Pregunté, entonces, por Graziella Cavalli, necesitaba hacerle algunas preguntas y entregarle mil quinientas sesenta y tres cartas. Cuando dije su nombre se hizo un gran silencio.

—Graziella Cavalli había muerto muchos años atrás —intervino Alba, por primera vez en el relato—. Desde que Rudolph se fue, Graziella también se obsesionó con volver a verlo. Diseñó una nave para subir a buscarlo... pero, por desgracia —su voz tembló—, murió en la misión. La nave se partió en el camino.

—Creo que mi padre lo intuyó —retomó Dino—, porque en sus diarios hablaba de los restos de un misterioso vehículo encontrado en el Pacífico.

Me parece que fue cuando comenzó su tristeza o su locura... aun así siguió escribiendo esas cartas sin destinatario.

—El asunto es que sí había quién las recibiera —aseguró Alba.

—Exacto —sonrió Dino—, porque esa ocasión, en el banquete de mi llegada, una voz me dijo que ella podía recibirlas. Era una hermosa joven de ojos negros, preciosos, que resultó ser la única hija de Graziella.

—¡Eres tú! —exclamó Gis, mirando a Alba.

—Así es —reconoció la alcaldesa—. Soy la última sobreviviente de los Cavalli y de los Ceveraux, Pippo era mi padre. Entonces le mostré a Dino las cartas que mi madre le escribió a Rudolph y que nunca le pudo enviar. No eran tantas, ya que murió muy joven, pero entre los dos reconstruimos la historia de amor que no pudo ser.

—Lloramos por nuestros padres y luego hablamos de nosotros mismos —Dino la miró con intenso amor—. Entonces supe que había bajado por una razón. Si bien los anticientíficos imaginaron la ovología, en su estudio descubrieron cosas reales y alucinantes: otros mundos y civilizaciones. Al lado de esta hermosa e inteligente mujer, decidí quedarme para reformar la anticiencia y estudiar los misterios de la infratierra.

—¡Por los dioses del inframundo! —Puck se limpió unas lagrimitas—. ¡Tenían razón! ¡Qué historia más triste!

—Pero a su modo es romántica —opinó Moth—. Ellos completaron el amor que no consiguieron sus ancestros, y las cartas llegaron, de cierta manera, a sus destinatarios.

—Así lo vemos nosotros —aseguró Alba y tomó de la mano a Dino—. Por eso mandamos a hacer un monumento con la carta y nuestra hija se llama como mi madre. Nada desaparece.

Una nueva sacudida les recordó que seguían de viaje en un trotavientos.

Gis estaba conmovido y en las siguientes horas solo pensó en Lina. No podía permitir que su amor quedara inconcluso, pero, por ahora, todo estaba en su contra.

Capítulo XL
REGALO DE BODAS

En Nuevo Estigius todo estaba listo para la boda entre el Destinado y la tibia recién convertida. Los depositantes de todas las castas y los líderes numus parecían fascinados con Lina. Todos coincidían en que no había umbría más bella, su rostro era de una perfección nosferatu que aturdía. Además era talismán y una de las dueñas de Abismo. También demostró ser capaz de realizar magia negra. En resumen, era perfecta para ser la segunda esposa de Cerberus.

Desde muy temprano, Rutko coordinó a su ejército de criados para el banquete. Cada casta depositante ofrecería un regalo a la pareja. Athanasi el Afilado construyó un cofre con joyas mecánicas: escarabajos de rubí alados que servían de broche, pequeños lagartos de esmeraldas que se mordían la cola para convertise en collares, serpientes con diamantes que se enroscaban para formar pulseras. Bogdana trabajaba en el laboratorio para crear un niño aberrante "sustancioso" (según sus palabras), con el que la pareja podría entretenerse antes de tener sus propios hijos. Siward prometió que reconquistaría un nido solo para dar a la pareja quinientos esclavos para su completo uso y disfrute. Podría hacerles el gran martirio, para que además fueran silenciosos.

En su habitación, Lina seguía dando vueltas como bestia enjaulada. Usó unos cofres y biombos para cubrir el hueco donde estaba la pintura rota por donde escapó Lavinia.

Aunque quisiera, ya no podría escapar a Saint-Médard. De reojo vio que había vigilantes y guerreros armados en techos y pasillos.

Se bebió la jarra con sangre que le llevaron. Sintió culpa, ¿de dónde vendría? Se la terminó y se quedó con sed. Con horror se preguntó si eso era lo que le esperaba: tal vez los nosferatu vivían con sed permanente y

solo aprendían a controlarla. Eran demasiados estímulos al mismo tiempo. Antes, Nuevo Estigius le parecía penumbroso, ahora podía ver con claridad cada mínimo detalle aun en la oscuridad; y si había encendida una vela, la llama parecía como un reflector. Los olores eran tan intensos que se volvían insoportables, y tuvo que taponarse los oídos porque todo era apabullante: el goteo de la mina, el llanto de los humanos encerrados en las cocinas (de ahí sacaban la sangre) y las ratas que roían los tapices.

Pero lo que más la atormentaba era el paradero de Lavinia. ¿Y si Titania las había delatado? Sería horrible estar a punto de cumplir la misión y que todo se viniera abajo.

Las sirvientas la bañaron con agua calina para eliminar impurezas, le curaron las mordeduras de Cerberus, que cicatrizaban rápido, y le colocaron un vestido rojo. Al principio, Lina pensó que era bonito, hasta que notó que las cuentas que tenía engarzadas eran dientes humanos forrados con oro rojo. Peinarla fue un problema, porque durante la conversión se le cayó la mitad de cabello y los apliques no se quedaban en su sitio. Las asistentes no sabían si ponerle pegamento o entretejer las madejas.

—Yo me encargo de peinarla —dijo una voz chirriante desde la puerta.

Lina quiso gritar de alivio. ¡Era Lavinia!

—¡Tía Livi! —se le lanzó encima—. ¿Dónde estabas? Te extrañé tanto.

—No seas ridícula —espetó la nosferatu—. Si me acabas de ver —hizo una seña a las sirvientas—. ¡Fuera! Yo me encargo ahora del arreglo de la novia, ¡soy su tía!

Cuando se quedaron solas, Lina pudo preguntar:

—¿Y Titania? Era ella, ¿verdad? ¿No la mataste... o sí?

—Me habría encantado, lindura —reconoció tía Sangre—, pero no puedo asesinar directamente a nadie de la familia. Es parte del código del clan.

—Entonces, ¿la convenciste de que no dijera nada? —sondeó la joven.

—¿A esa vaca marina? —la vampiresa rio y repuso entre susurros—. Imposible.

Lavinia hizo una síntesis de su enfrentamiento. Recorrió el pasaje de servicio hasta dar con el pasillo de los arcos. Ahí vio a Titania.

—Corría como loca, seguramente buscaba a Cerberus para decirle lo que escuchó. La detuve e intenté razonar con ella, pero me chilló como rata atrapada en un cepo. ¡Decía que éramos incrustadas! Que todos aquí se iban a enterar.

—¡Dios santo!

—Lindura, eres una nosferatu —recordó tía Sangre—. No queda bien que digas "Dios santo"... Pero sí, estábamos en peligro. Le dije a Titania

que, si nos delataba, yo diría que ella nos introdujo con los Bromio. De cierta manera, también estaría involucrada.

—¿Y entendió?

—¡Qué va a entender esa garrapata! Tuve que usar esto —Lavinia extrajo unos saquitos de entre el vestido. Uno tenía restos de carne a medio curtir, en otro había polvo verde.

—¿Eso es... era tu mascota? —Lina miró los restos.

—Lo que queda. Así pude engañarla por un tiempo, con carne y veneno paralizante —mostró el polvo—. La mayor parte es *cantarella,* fue popular durante el Renacimiento tibio. En fin, se lo arrojé casi todo y, como tiene la carne viva, entró directo —lanzó una risita—. Titania no va a poder moverse por un buen tiempo.

—Pero... ¿y si la encuentran sus asistentes?

—No te preocupes, ¡yo misma los llamé! —sonrió—. Pedí ayuda y les hice creer a todos que Titania tuvo una reacción al tratamiento para detener la carcoma de la cara.

—Tía Livi, gracias —Lina sonrió, entre aliviada y aterrorizada—. No sé qué haría sin ti.

—¿Qué te dije de las ridiculeces? —replicó tía Sangre—. Ahora quieta, tengo que ponerte el tocado en la cabeza —sacó una diadema de flamas negras y escarabajos de cera de una caja de cristal—. Mírate, eres la novia más lúgubre y hermosa del Mundo Umbrío.

Lavinia sonreía orgullosa, como lo haría una madre. Habían tenido que pasar tantas cosas tan horribles para que al final se llevaran bien.

Después de más de seis mil trescientos kilómetros de vertiginoso descenso, el equipo de trotavientos hizo un dramático frenado. El sistema de anclaje bajó la velocidad justo a tiempo y consiguieron salir del conducto.

—Esto es lo emocionante de las aerovías —explicó Alba—. Nunca sabes si vas a terminar el viaje en una pieza.

Dino arrastró el vehículo fuera del conducto. Habían llegado a una cueva con un techo especialmente bajo. La piedra era de un color gris traslúcido. Dino sacó una potente lámpara eléctrica.

—No siento los setenta grados de temperatura —reconoció Moth, con alivio.

—Es por el aire frío que circula en esta zona, funciona como regulador térmico —señaló Alba—. Gismundus, ¿me permites el primer mapa que trazaste?

—No sé bien qué es. Así se ve —Gis había dibujado algo raro, parecía una máscara que tuviera cientos de ojos y una gran boca.

—Vengan con nosotros —Dino les hizo una seña.

Luego de caminar por veinte minutos, el aire comenzó a arreciar, se oían unos raros silbidos. Finalmente, el grupo llegó a un espectacular muro de piedra caliza con cientos de agujeros que ascendían de manera simétrica. El gran acceso parecía una boca.

—¡Es como el mapa de Gis! —observó Puck.

—Le llamamos la Garganta de los Espectros —explicó Dino.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Moth.

—Ni idea. Ustedes tendrán que descubrirlo —reconoció Dino.

Los siameses y Gis parpadearon confundidos.

—¿No vienen con nosotros? ¡Pero si son nuestros guías! —exclamó Gis.

—En realidad, solo conocemos hasta aquí —confesó Alba—. Este es el límite de nuestra zona de estudio. Hemos explorado todas las cavernas circundantes, pero nunca atravesamos la Garganta de los Espectros.

—Algunos exploradores lo hicieron hace años —reconoció Dino—, y nunca volvieron. ¡Pero no pongan esas caras! Ellos no tenían mapas como ustedes.

—Eso no me tranquiliza mucho —gruñó Moth.

—En otro tiempo habríamos ido con ustedes —Alba lo reconoció—, pero ahora...

—Tienen una pequeña. ¡Es entendible! —observó Puck—. No pueden correr el riesgo de desaparecer como lo hicieron sus padres. No se preocupen, haremos una bitácora con nuestros descubrimientos. ¡Porque nosotros sí vamos a volver!

—Esperaremos un par de días por aquí —anotó Dino—. Si debemos marcharnos, enviaremos un trotavientos vacío. Solo llévenlo a la cueva de succión del fondo y llegarán al punto de partida. ¿Alguna pregunta?

—Solo una —dijo Gis—. ¿Por qué le llaman la Garganta de los Espectros?

—Básicamente por los espectros —reconoció Alba—. Como científica no creo en nada de eso, pero el problema es que ese sitio está repleto de ellos... dicen.

Escoltada por unas asistentes (y varias guerreras Timurias), Lina llegó al santuario del Corazón de los Mártires, donde se llevaría a cabo la boda.

—Te ves divina —aseguró la verrugosa Pytia, que vestía con su mismo

hábito cochambroso, solo se había trenzado la barba—. Ven, te explico cómo será la ceremonia.

Al entrar al santuario, Lina oyó un rugido espantoso que hacía cimbrar las efigies de los Bromio esculpidas en cinabrio, cada una estaba iluminada por una brillante antorcha.

—Están llenando el estanque, es parte de la ceremonia —explicó Pytia, con calma—. Se mezcla la sangre de seres de varios reinos.

Ahora tocaba a un sanajh, esos monstruos prehistóricos de las Tierras Umbras. Por el tamaño debía ser joven. La pobre criatura estaba encadenada y un guerrero le había abierto el largo pescuezo, el animal se retorcía entre agónicos estertores. Su sangre, de un rojo negruzco, caía en el estanque triangular, que ya rebosaba.

—Debes esperar ahí dentro —Pytia señaló un nicho con unas cortinas de cuentas blancas, que en realidad eran vértebras—. Saldrás cuando te llame para el juramento de fidelidad y las siete promesas. Al término, el Destinado y tú pasarán al estanque para sellar la ceremonia. Yo te iré guiando. ¿Qué esperas?

Lina obedeció. Le dolía un poco caminar, todos sus dedos estaban duros y afilados. Desde el interior del nicho alcanzó a ver las escaleras negras y la puerta del sótano, tenía una cerradura en forma de calavera; por el brillo que despedía podía ser de corium. Se moría de la curiosidad por saber qué había abajo del templo.

Gracias a su nuevo y muy sensible oído de nosferatu, Lina escuchó cómo Rutko hablaba con alguien: "No reacciona. Hemos probado casi con todos los contravenenos". Sospechó que hablaba de Titania y su parálisis. Si todo salía bien, para cuando se recuperara, Lina ya estaría casada.

Sacaron el cadáver del sanajh y comenzaron a entrar los principales líderes depositantes. Lina vio a su pariente, el horrible Siward Lamprea, que apenas entraba en el uniforme de gala. A su lado iba Bogdana con su regalo, un horrible niño aberrante cuyos brazos terminaban en cuchillas. Llegaron líderes de todas las castas: Fedros, Timurias, Tarios, Germos, Dulianos, Fiersinos. Lina respiró al ver a tía Sangre entre el personal de servicio.

Al final entró Pytia, abría paso a la pareja sagrada. La Dama Oscura vestía una larga túnica púrpura y el Destinado iba enfundado en un uniforme tejido en hilo de oro. Ambos llevaban las insignias de la media luna con la calavera y el símbolo del escarabajo carroñero. Cerberus se veía radiante. Lo acompañaban sus aberrantes, los salvajes ángeles albinos. A su señal, se replegaron contra la pared.

De pronto, dentro del nicho de huesos Lina se preguntó ¿qué demonios estaba a punto de hacer? ¡Emparentar con esos monstruos! Le entró un ataque de pánico.

Ese día, en el mundo tibio miles de médicos, curanderos, enfermeras, abuelos y padres se enfrentaron a un fenómeno que se había repetido en la última semana: pesadillas. Pero esa vez fueron extremas, sobre todo en niños pequeños; despertaron entre gritos de horror. En algunos el miedo fue tan extremo que hubo casos de aneurismas, y una pequeña apretó tan fuerte la mandíbula que se rompió todas las diminutas muelas. Los afectados no pudieron describir lo que vieron en sueños, era *algo*, un grito pavoroso, una laguna llena de lágrimas, una mancha hecha de pura furia. La mayoría de esos niños tendría problemas para dormir el resto de su vida.

A esa misma hora, pero en la Pensión Somnus, Gis estaba en la biblioteca revisando el mapa acumulado para sacar las notas del tramo de la Garganta de los Espectros. Por un instante, las luces parpadearon y los cientos de libreros se estremecieron.

—Una tormenta en Cruxos, es raro, pero suele pasar —comentó el anciano bibliotecario de piel terrosa—. Aquí estamos a salvo. ¿Necesitas ayuda?

Gis negó con la cabeza, pero no podía dejar de ver el parpadeo de los candiles.

En el santuario del Corazón de los Mártires, Pytia llamó a Lina del clan Pozafría.

—Póstrate delante de la primera esposa y pide permiso para unirte al Destinado.

Lina obedeció, se colocó frente a Luna Negra y le pidió su aprobación para ser la segunda esposa. La vampiresa la miró con sus malignos ojos amarillentos antes de asentir.

—Ahora debes hacer el juramento de sangre a los ancestros Bromio —explicó Pytia—. Serán siete promesas, tienes que repetir después de mí.

Lina hizo lo indicado. Ante cada efigie hizo una promesa. Juró fidelidad absoluta y ofreció su fuerza a Tímur el Cíclope; su inteligencia a Germanta la Dura; sus talentos de talismán a Fiers Destino; sus

conocimientos a Fedro, y su dedicación a Dulia. En cada juramento iba acercándose a Cerberus, que estaba al centro del santuario.

Cuando estuvo frente a su prometido, Pytia le escribió símbolos nigromantes en las manos, "para que obres según el Nuevo Orden"; en los párpados, "para que veas por el clan Bromio"; en la frente, "para que pienses en la Dama Oscura", y en el pecho, "para que tu corazón al Destinado pertenezca".

—Que la muerte les traiga vida —sentenció Pytia, al final—. El sacrificio, beneficios. El amor, progenie. Que esta unión dure miles de años. La ceremonia debe sellarse ahora con la inmersión en sangre.

Cerberus tomó a la novia de la mano y, guiado por los chasquidos de la garganta, la llevó al estanque triangular. Lina vio la sangre grumosa, llena de coágulos y burbujas. Había una escalerilla. Justo cuando ambos introdujeron un pie, estallaron aplausos que se detuvieron al apagarse las siete antorchas del santuario.

Al principio, Lina imaginó que era parte del ritual, pero al ver las caras de los líderes de las castas y depositantes supo que no era normal. El santuario se cimbró y los aberrantes gruñeron inquietos. El niño monstruoso lanzó un agudo chillido y agitó las cuchillas.

—Pongan a resguardo a la pareja sagrada —ordenó Siward—. Llévenlos a la base.

Las guerreras Timurias se apresuraron a escoltar a Luna Negra. Lina no sabía qué hacer, estaba aún en el estanque, con la sangre a medio muslo, tomada de la mano de Cerberus. Un asistente fue por ellos.

Un relámpago pareció golpear el santuario y de la clepsidra de sangre salieron líneas de luz violácea que se extendieron por las paredes. Algunos invitados, alarmados, salieron al patio. Los ángeles albinos lanzaron gemidos pavorosos, mientras que el niño aberrante se golpeó la cabeza contra una pared.

—No convoqué ningún traslape —aseguró Cerberus, confundido.

—El telón está fallando —exclamó Pytia—. Destinado, debe ir al sótano.

El caos no había hecho más que comenzar. Un grito estalló en la entrada del santuario. Lina no lo podía creer: era Titania Labios Sangrantes, o lo que quedaba de ella. Se sostenía penosamente del jorobado Rutko, al parecer uno de los contravenenos la hizo reaccionar. El rostro de la umbría era apenas una calavera con jirones de piel.

—Tú... —gruñó con voz pastosa, su intensa mirada se clavó en Lina.

Y agregó dos balbuceos escalofriantes, aunque sin labios era complicado entenderle. Lina estaba segura de que decía: "Traidora, incrustada". Titania volvió a lanzar unos desagradables gritos guturales, que se confundieron con chillidos de los aberrantes. El santuario volvió a

cimbrarse. Cerberus ayudó a Lina a salir del estanque. Se detuvo para quitarse la venda de la mano inflamada. El anillo luminoso debajo de la piel del dedo anular estaba girando.

—Es Ghul... —reconoció—. Está rompiendo la alianza, la protección.

Y enseguida el dedo se desprendió, cercenado, Cerberus apenas parpadeó. El anillo rodó por las baldosas hasta destejerse entre volutas de humo púrpura.

La clepsidra de sangre comenzó a perder su brillo y en los contenedores la sangre se volvía líquida poco a poco. Un aberrante alado perdió el control y se estrelló contra la estatua de Fedro Bromio y la partió por la mitad. Bogdana intentó calmarlo, pero era imposible. El otro aberrante, entre gruñidos, se arrancó una de las alas.

A todo esto, Titania seguía gritándole cosas a Lina. Rutko intentó llevarse a Cerberus al sótano.

—Voy a remediar esto —el Destinado rechazó al sirviente—. Saquen a Lina de aquí. Hay que contener a los aberrantes, ¡no dejen que escapen!

Los ángeles y el niño parecían frenéticos, se mordían entre ellos. Siward y los guerreros usaron las estaquetas de fuerza para empujar a los monstruos al estanque de sangre. De momento quedaron contenidos, aunque no podían ahogarse, ya estaban muertos.

—Mis pequeños, mis hermosos —se quejó la vieja Bogdana.

Una Timuria tomó a Lina para sacarla del santuario, pero alguien la sujetó del otro brazo, era Titania. "Traidora", intentaba pronunciar con su boca descarnada. Lina no lo podía creer. ¿Por qué justo ahora? La misión podía venirse abajo. Intentó liberarse de las manos que la apresaban como garras, hasta alguien llegó en su ayuda.

Lavinia golpeó a Titania, justo en el pecho.

Lo que comenzó como un pequeño forcejeo terminó en una lucha entre las dos hermanas nosferatu. Lo que ninguna calculó fue que resbalarían en las baldosas empapadas de sangre y caerían al estanque. La lucha siguió ahí dentro, hasta que notaron a los aberrantes. Lavinia tomó a su hermana del vestido para impedir que escapara.

Gis anotó rápidamente las imágenes y apuntes del mapa acumulado en la Pensión Somnus. Y con esas hojas en mano, entró junto con Moth y Puck a la Garganta de los Espectros. Descubrieron fascinados que era un laberinto de piedra caliza, donde las corrientes de aire, durante millones de años, habían abierto caprichosos túneles.

—Duele un poco respirar... —reconoció Gis.

—Es por la falta de oxígeno, y cada vez se siente más calor —Moth sacó un frasco de su mochila—. Todos tomen un par de gotas de jugo de Bóreas, para enfriar el cuerpo.

Puck sacó una lámpara alquímica llamada *lux in tenebris*, que les ayudó a abrirse paso entre las tinieblas y la neblina húmeda.

—Lo de garganta lo entiendo —Puck señaló los conductos, algunos estrechos, otros tan inmensos que conducían a desfiladeros; casi todos estaban llenos de arena o de piedras pulidas—. Pero ¿y por qué le dicen "de los Espectros"?

Su pregunta reverberó en los muros calizos y casi al instante oyeron una voz suave, como un murmullo que dijo: "Aquí aguarda la muerte".

—Ahí tienes tu respuesta —señaló Moth.

—Yo no creo en espectros —aseguró Puck.

—Qué bueno, aunque tal vez ellos sí crean en ti —respondió su hermano.

"Peligro, gran peligro", dijo la misma voz, que provenía de todos lados.

—Hospitalarios no son —reconoció Puck—. ¿Qué hacemos?

—Hay que seguir —Gis miró sus apuntes reblandecidos por el calor y la humedad—. Se deben tomar solo los caminos que bajen hasta las tres bocas grandes, ahí hay que elegir la vía recta.

—¿Y tus apuntes no dicen nada de los espectros? —preguntó Moth.

—No como tal. Solo hay una nota que dice "dejar al aire lo que aire es". No sé a qué se refiere.

Llegaron a una caverna circular llena de vapor caliente; había dos túneles estrechos, ambos en curva. El de la izquierda tenía, además, una peligrosa pendiente.

El vapor se hizo más delgado, dejó al descubierto un tercer túnel, más grande y sin declive. Ofrecía una salida.

"No, no, por favor. ¡Muerte!", advirtió la voz.

El caos originado en el santuario del Corazón de los Mártires se extendió por Nuevo Estigius. Las grietas luminosas recorrieron muros, abriendo una especie de tejido por el que se podía ver el Castillo de las Minas. Algunos salones perdieron la cobertura de mármol y los techos se quedaron sin pintura de oro para dejar, en su lugar, la imagen de la piedra desnuda. Del laboratorio de Bogdana salían unos chillidos espantosos, eran los aberrantes, los terminados y en proceso de ensamblado, todos fuera de control.

—Van a destruir el castillo, hay que eliminarlos —ordenó Cerberus

ante la agobiada Bogdana, y advirtió—: Si no lo haces, me encargaré yo.

En el santuario, la guerrera Timuria seguía sin poder sacar a Lina.

—¡Mi tía! Mi tía cayó al estanque —Lina no dejaría que muriera Lavinia. No podía permitir más muertes.

A partir de ese momento todo adquirió una textura de pesadilla. La muchacha le quitó la espada a la Timuria y se lanzó al estanque. Se sumergió casi por completo en la sangre tibia y viscosa. No tenía miedo a los aberrantes, sabía cómo neutralizarlos.

—Lindura, ¿qué haces? Sal de aquí —farfulló Lavinia cuando detectó a la joven.

—No dejaré que te despedacen estas cosas —anunció Lina.

Y como si lo hubiera invocado, un ángel aberrante se lanzó sobre tía Sangre. De un tajo, Lina le cortó la cabeza con la espada, aunque eso no detuvo al monstruo, seguía aleteando y buscando con las manos algo para despedazar.

Titania, al ver a Lina, intentó alertar a los demás: "Traidora", dijo, pero sus balbuceos solo atrajeron al niño aberrante, que, antes de que alguien pudiera evitarlo, se lanzó en un abrazo mortal y le clavó en el pecho las cuchillas que tenía por manos. Unos guardias se acercaron al estanque para sacar a las umbrías, aunque fue imposible ayudar a Titania. El ángel decapitado la tomó de la cabeza con una de sus manazas. Lina jamás olvidaría ese horrible sonido, era el crujido de un cráneo que se rompe. Al momento se detuvieron los gritos. Ese fue el final de Titania Labios Sangrantes, la guapa tía adicta a las compras, a los maridos y a la magia negra.

Chorreando sangre viscosa, Lina al fin llegó al patio, iba tomada de la mano de Lavinia. Todas las luces de Nuevo Estigius se habían apagado, solo restallaban las líneas púrpura en la penumbra. Tía y sobrina buscaron resguardo tras un arco. En las terrazas y los pasillos, los demás invitados a la boda buscaban un sitio seguro. Las líneas luminosas ya rasgaban el aire y en ciertas zonas se superponían dos imágenes: soldados numus del Castillo de las Minas y los despositantes de Nuevo Estigius.

Lina vio cómo un soldado del Castillo de las Minas metía un brazo, con curiosidad, por una de las grietas luminosas. Entonces tuvo una idea temeraria:

—Tía Livi, ¡es tu oportunidad de escapar!

—¿Estás loca? ¿Por qué voy a irme? No puedo dejarte sola.

—Todos vieron cómo peleaste con Titania —recordó Lina—. Te van a interrogar y no te van a dejar en paz. Diré que fue una pelea porque no funcionó el tratamiento de belleza... que Titania te atacó, te defendiste y luego caíste por uno de estos agujeros.

Señaló una grieta que daba al patio con un estanque de aguas

sulfurosas.

—Es tu oportunidad, tía Livi —insistió Lina—. Sal al Castillo de las Minas, luego busca el viejo túnel que lleva a Saint-Médard, una pequeña ciudad humana. Escapa, intenta llegar con la abuela y dile todo lo que hemos descubierto. Debes darte prisa.

—Bien, bien. ¡Ya entendí! No soy una bestia, pero... ¿y tú?

No hacía falta responder, Lina se quedaría a terminar la misión.

—Eres muy valiente, lindura. Cuídate —tía Sangre le dio un gran abrazo y luego se limpió una lagrimilla—. Si sobrevivimos a esto, ¡ni se te ocurra decir que lloré por ti!

Y dicho esto, tía Sangre cruzó uno de los desgarres, la cola del vestido se quemó un poco al tocar el borde. Al pasar del otro lado de la abertura, la nosferatu corrió al fondo del patio y Lina respiró aliviada. Había conseguido salvar a su tía.

—¡Ahí estás! —gritó Siward al ver a Lina tras el arco—. Tráiganla.

Dos enormes guerreras depositantes tomaron a Lina y la regresaron a la entrada del santuario, donde la esperaba Cerberus. Estaba cubierto de sangre y trozos de cadáveres de aberrantes; llevaba en la mano sin dedo la estaqueta Abismo desenfundada.

—¿Dónde estabas? Mis soldados te perdieron de vista —espetó el Destinado.

—Buscaba un escondite... Todo es tan extraño. ¿Qué ocurre?

—Tráiganla adentro —dijo una voz desde el interior, era Luna Negra.

Las guerreras prácticamente arrastraron a Lina al interior del santuario. ¿Qué le harían? ¿Habían alcanzado a escuchar a Titania? ¿Supieron que eran incrustadas? Entonces vio a Luna Negra delante del reloj de sangre, la clepsidra. Sus insectos carroñeros cubrían los recipientes y las manguerillas, como intentando impedir que estallara el mecanismo.

—Dame tu mano —Cerberus tomó la mano de Lina—. Veremos si eres la indicada. Tienes que ayudarme a poner esto en su lugar.

La joven seguía sin saber qué ocurría. Entonces sintió una especie de descarga eléctrica: tenía la empuñadura de Abismo en la mano. Cerberus se había colocado por detrás y la sujetaba para que no la soltara.

El arma desplegó todas sus hojas: roja, ámbar, azul.

Lina tenía una vieja quemadura en la mano, un símbolo marcado tiempo atrás por la estaqueta Abismo. Ahora la cicatriz brillaba, rosa, suave, como recién hecha.

—Abismo te reconoce como su tercera dueña —dijo Cerberus, exultante—. El poder está completo. Tranquila, solo déjate guiar.

Con Cerberus moviendo el brazo de Lina, dirigieron la punta del arma a la clepsidra, y detuvieron una gota que parecía a punto de caer. Al

contacto con Abismo, la sangre dentro de los tubos de cristal volvió a coagularse y adquirió de nuevo ese brillo púrpura. Casi al momento se cerraron todas las rasgaduras de las paredes y volvió la calma a Nuevo Estigius.

—Ya está. Vuelve a funcionar el traslape —aseguró el Destinado y retiró la empuñadura de la mano de Lina.

—¿Estamos bien? —preguntó la joven.

—Estamos casados —sonrió Cerberus.

Cierto, habían hecho la inmersión en el estanque, con algunos añadidos y monstruos, pero completaron la ceremonia. Y así, batidos en sangre, no podía faltar el gesto más romántico de cualquier boda: un beso entre los esposos.

Dentro de la Garganta de los Espectros, los siameses y Gis cruzaban el laberinto de piedra arenisca, y las voces no paraban, todas amenazantes, terribles.

—Esos espectros ya me están hartando un poco —confesó Moth.

—Son solo voces —señaló Puck—. Haz como cuando te doy un consejo: ignóralas.

—Si solo son voces, entonces, ¿qué es eso? —Moth se detuvo.

Al fondo de la cueva, por donde seguía el camino, había varias siluetas oscuras.

—¡Peligro, gran peligro! —algo vociferó.

—¿Quiénes son ustedes? —Gis se dirigió a las sombras.

— ¡Aquí aguarda la muerte! —retumbó una voz en las paredes de piedra.

—¿Por qué no quieres que estemos aquí? —interrogó Moth, envalentonado.

—No, no, por favor. ¡Muerte! —insistió la figura.

—Para ser espectros milenarios tienen muy poco vocabulario —murmuró Puck.

—Esperen, déjenme probar algo —Gis rebuscó en las mochilas.

—No vayas a usar tu estaqueta de fuerza —recomendó Moth con temor —. Este sitio se ve inestable.

Pero lo que Gis sacó fue uno de los libros de Susy Fang.

—Espera, ¿qué vas a hacer? —gimió Puck—. ¡No uses a Susy!

Gis lanzó el libro hacia las densas siluetas. La novela romántica aleteó un momento al cruzar las sombras y cayó del otro lado, intacta.

—"Dejar al aire lo que aire es." ¡La pista! —confirmó Gis—. Estos

conductos son gargantas de piedra y cuando el aire pasa por las aberturas usa esto —señaló las piedrillas, la arena y algo parecido a raíces secas—. Así consigue formar palabras.

—Peligro, gran peligro —repitió la voz, sonaba en todas las aberturas.

—Pero ¿qué son esos gritos? ¿Y esas figuras? —se preguntó Puck.

—No sé... tal vez el eco atrapado de los otros viajeros que pasaron antes —dedujo Gis—. Estas cavernas lo graban y lo repiten una y otra vez. El aire solo los imita.

—¡Qué listo eres, muchacho! —reconoció Puck—. Tal vez sea mejor seguir en silencio para no despertar los ecos, así nos libraremos de esta sensación de peligro...

En realidad, aún los esperaba una garganta con un viento fortísimo, pero al menos los siameses habían alcanzado a recoger el libro de Susy Fang.

Después del caos en el santuario de Nuevo Estigius, se canceló el banquete de boda; además, porque Cerberus tenía algo urgente que hacer, justo en ese momento. Ordenó que nadie lo molestara y se encerró en su habitación.

—Adelante, nosferatu —dijo Ghul con su voz líquida—. Te esperaba.

En Cruxos, la Devoradora de Lágrimas flotaba sobre su laguna. No lucía como Lina, ni se parecía a nada, solo era una masa de energía oscura, maligna.

—¿Vienes a castigarme? —preguntó en tono de burla—. ¿O a colocarme las cadenas de obediencia?

—Rompiste nuestra alianza —Cerberus le mostró su dedo mutilado.

—Lo merecías —barbotó la criatura—. Anda, ve a que te cure tu nueva bella esposa —su voz se llenó de rebordes afilados—. Cerberus, tienes suerte de seguir siendo ciego; si pudieras verme en este momento, morirías.

—Hiciste esto por despecho.

—¡No te des tanta importancia! —rio la Desterrada—. Ya no me importas, no eres nada para mí. En mi eternidad duraste lo que tarda una lágrima en evaporarse.

—Bueno, yo sí te recordaré —aseguró Cerberus—. Solo quería decirte eso: fuiste mi consuelo en un momento importante. Quería tener una despedida digna.

La criatura lanzó algo semejante a un suspiro, parecía sorprendida, casi fascinada. Se desplazó lentamente, con un movimiento espeso.

—Eres especialmente hermoso y nunca actúas como espero —gorgoteó —. Tampoco tenemos por qué despedirnos si no quieres. Tendríamos otro tipo de relación —anotó anhelante—. Sé que has completado el poder del arma. Podrás invocar a mi hermano elemental, al que a su hoja está atado; pero es un ritual muy complejo y yo puedo ayudarte...

—Ven, ven aquí, a mi lado —ordenó Cerberus.

La Devoradora de Lágrimas se estremeció. ¿Iban a sellar otro pacto? El Destinado le extendió una mano y Ghul tejió unos labios, listos para un beso, hizo brotar extremidades, preparadas para ese abrazo que tanto anhelaba.

—Tranquila, esto será rápido —sentenció el umbrío.

Ghul sintió el dolor quemante y lanzó un chillido. Un gran tajo se abría en la masa de agua oscura hasta tocar la tierra y hacer un surco. La criatura, incrédula, vio a Cerberus empuñando la estaqueta Abismo. Nunca calculó ese riesgo. El arma, al tener aleación de corium, podía traspasar los planos y llegar hasta Cruxos. La herida se abrió formando un remolino.

—¿Qué me hiciste? —gritó.

La laguna comenzó a filtrarse en la tierra, perdiéndose en la grieta.

—¡Mis lágrimas! —exclamó Ghul, desesperada—. No puedes hacer eso. ¡Son mías! Yo soy la laguna —lanzó un estertor de rabia.

La criatura intentó incorporarse, alejarse del suelo que bebía de ella. Quiso mostrar los millares de rostros de pesadilla que guardaba en su interior. No consiguió proyectar ninguno: al final era apenas una sombra sin sustancia. Se arrastró penosamente a los pies de Cerberus.

—Te vas a arrepentir —gimió.

—Te llevará una eternidad volver a reunir el poder que tenías.

—Sé esperar —rumió la Devoradora—. Es lo que hago.

El Destinado se inclinó y le ofreció una caricia a la pequeña figura temblorosa.

—Agradece que no te mato, debido a tus servicios prestados —dijo, sereno—. Pero si te acercas, terminaré de destruirte. Ahora olvídame, como una lágrima que se evapora.

Cerberus se fue y la terrible criatura, ahora indefensa, no dejaba de gemir.

No hubo celebración de la boda, pero Lina, la flamante esposa del Destinado, recibió el regalo de su esposo. Rutko la llevó hasta una de las torres centrales del castillo Nuevo Estigius.

—Es tuya, con sus veinticinco niveles —explicó el jefe de servicio—. Hay más joyas, cientos de tesoros, miles de zapatos, vestidos de todos los siglos y muebles recubiertos con hoja de oro. Pero antes de recorrer tus propiedades, te recomiendo tomar un baño.

Lina aceptó, le urgía quitarse la sangre de encima. Dos sirvientas la llevaron a un enorme cuarto de aseo de mármol negro, la limpiaron y le pusieron un hermoso vestido bermellón. Al término, Lina las despidió, ella podría peinarse sola. La verdad es que no tenía interés en ver sus pertenencias, sabía que la mayoría de esos objetos eran robados del nido sagrado de Anub ¡y no había un solo libro! ¡Qué poco la conocían!

Estaba sola, sin Lavinia, sin Titania siquiera ... se sintió mal por su horrible final. Ahora debía concentrarse en su misión. Seguían sin saber que era una incrustada, confiaban en ella, era umbría, depositante, la esposa del Destinado. Había llegado muy lejos y debía seguir hasta terminar. Pronto la prepararían para la ceremonia de invocación del elemental unido a Abismo.

—¿Qué tal tus dominios? ¿Te gustan? —preguntó una voz chirriante en la puerta. Era la esiartis Pytia—. Ven conmigo. Tu hermana quiere hablar contigo.

—¿Qué hermana? —respingó Lina.

—A veces se llaman así entre las esposas —Pytia lanzó una risita—. La Dama Oscura quiere verte a solas, te llevaré a su habitación.

Lina ya era experta en mostrar una dócil sonrisa cuando por dentro moría de miedo.

Tía Sangre siguió las recomendaciones de Lina: aprovechó el caos que desató el traslape en el Castillo de Minas y subió por el túnel de los rieles hasta una escalerilla que daba a un edificio de tibios. Era el desolado museo de la vieja mina. Todavía faltaba un par de horas para que anocheciera, así que buscó un buen escondite entre las bodegas.

—Alto ahí —escuchó una voz—. ¿Eres numu o del Concejo?

—Es numu, ¡trae las insignias necrománticas! —dijo otra voz que seseaba.

Lavinia miró con sorpresa a un par de tibios: él, regordete de gafas y con una ridícula capa; ella, con un corsé gótico y colmillos de resina. Ambos llevaban escopetas.

—¿Y de qué carnaval salieron ustedes? —los miró con desprecio—. Deben ser ridículos umbrinos.

—Umbrianos y esto no es ridículo, es un homenaje —aclaró el hombre

con dignidad, se ajustó las gafas—. Momento... ¿que no eres la famosa tía Sangre?

—¡Ostras! Sí es ella. ¡Mira sus dientecillos de sierra! —la mujer bajó el arma—. Soy Lola y este es Javi. Y somos fans totales de vuestro clan, ¡eres Pozafría, a que sí!

—¿Y quieren un autógrafo o un mordisco? —resopló Lavinia.

—Javi, llama a la central —ordenó Lola—. Diles a quién encontramos. Tranqui, somos aliados totales, ¡vas a flipar cuando veas lo que está pasando en este pueblo!

Los aposentos de Luna Negra estaban en la torre más alta, para llegar había que cruzar un puente. Pytia la dejó en la puerta y Lina pasó sola, temblando un poco. Notó que era una habitación distinta a la de ónix negro; esta era más austera, toda en púrpura y gris. Al fondo estaba la Dama Oscura, tras una gran mesa donde estudiaba algunos papeles.

—Acércate —le hizo una seña.

Lina pasó al lado de un ropero adornado con espejos, solo se reflejó una vaga sombra. Hasta ese momento entendió que nunca volvería a ver su rostro. No es que le gustara demasiado, pero la idea la asustó. Sintió un escalofrío al ver en el techo los escarabajos carroñeros de Luna Negra, vibraban con tranquila ferocidad. Lina supo también que ahora era vulnerable ante ellos, que podrían devorar su carne fría y vampírica.

—Supe que caíste al estanque del santuario, con los aberrantes —comenzó Luna Negra, concentrada en sus documentos—. ¿Querías morir en el día de tu boda?

Lina se puso en guardia. ¿Sabía algo? Probó diciendo una media verdad.

—No caí, me lancé para salvar a mis tías... Aunque no lo conseguí, perdí a ambas —lanzó un suspiro—. Ahora no tengo familia. Lo que pasó con Titania fue terrible.

—No tanto. Mi hijo le tenía aprecio, pero después de la carcoma esa nosferatu se volvió débil. Su mayor preocupación era recuperar su rostro. Eso es debilidad —levantó la mirada, amarillenta—. Por otro lado, lo que dijiste es mentira.

Lina se estremeció de pavor, pero no debía adelantarse. No movió un músculo.

—Dices que perdiste a tu familia. ¿Y nosotros qué somos? —Luna Negra se incorporó. No llevaba la prótesis de la mano—. Te hemos aceptado dentro del clan, eres una de los nuestros. Y ya vimos que Abismo

te perdonó la vida y te reconoce.

—Agradezco sus palabras. Es verdad, estoy en familia. Reitero que serviré a mi esposo Cerberus y al Nuevo Orden.

—Y a mí —completó Luna Negra, con una sonrisa torcida—. Soy la primera esposa, tu suegra y la madre de todos los depositantes. ¿Sabes lo que viene ahora?

—Lo que usted disponga.

Luna Negra dejó escapar una asibilación por el tajo de la garganta. Al parecer era una risa.

—Buena respuesta —reconoció. Parecía de buen humor—. El Destinado y yo recibimos el nombramiento del *Orbis Totallum*. Tenemos derecho a gobernar todos los nidos. Y te advierto que, aunque seas la tercera dueña de Abismo, tú no ejercerás ese poder ni darás órdenes sobre jefes ni castas.

—Y no quiero hacerlo —aseguró Lina, con calma—. Sé también que para manejar a Abismo se requieren conocimientos de alta magia negra y no estoy capacitada.

—Exacto. Solo podrás acercarte si lo requerimos y bajo nuestras condiciones —indicó la Dama Oscura—. Si te veo talento, tal vez te enseñe necromancia. Mientras tanto, tienes mucho que hacer —esbozó una sonrisita—. Por principio, darle hijos al Destinado. Posiblemente haya una tercera o cuarta esposa, según se necesite para hacer alianzas con otros clanes —anotó con malicia—. No olvides que tu tarea aquí es servirnos.

—Lo juré ante los ancestros, así será —asintió.

En ese momento Lina se dio cuenta de que los papeles que estaban sobre la mesa eran mapas, había cientos, de ciudades humanas y umbrías. Reconoció el nido de Ubus.

—¿Te preocupa tu viejo clan? —destelló la mirada de Luna Negra.

Lina lo pensó un momento.

—Que yo sepa, no intentaron rescatarme... —reconoció—. Y si lo hicieron, tampoco se esforzaron. ¿Por qué voy a preocuparme? Los traté poco.

—Ya veremos. En su momento te pediré que hagas algunas cositas por mí.

Lina sabía que Luna Negra era capaz de exigirle que participara en misiones horrendas: como una nueva invasión a Ubus o el ataque contra su abuela Imo. Tomó aire. De momento nada de eso era real... aún no.

—Haré lo que ordene —afirmó Lina, sin mostrar emoción—. Solo espero que nada sea mortal para mí. Me costó trabajo ser umbría y quiero vivir al menos mil años.

Luna Negra lanzó una carcajada tan fuerte que despertó a los

escarabajos carroñeros del techo, se movieron con placidez.

—Has hablado como una verdadera nosferatu —reconoció extasiada —. Ver más allá del pequeño momento y preocuparte por ti. Vivirás muchas cosas nuevas con tu naturaleza, todos los goces posibles, pero también todas las penas. A veces la soledad es tan honda que se parece a la locura.

Luna Negra se quedó un instante con la mirada perdida, luego se acercó a la joven y con su única mano le acarició el rostro, con extrema suavidad.

—Te pareces a él... —murmuró—. A veces me parece volver a ver a Benvolio. Es una lástima que no tuviera tu coraje ni tu templanza, pero hizo bien en morir. La que vale eres tú.

A pesar del escalofrío y la rabia, Lina solo asintió.

—Espero nunca decepcionarla, Dama Oscura.

—Yo también lo espero —la vampiresa volvió al escritorio—. Como se canceló la celebración, no alcancé a darte mi regalo; pero descuida, ya ordené que te lo lleven.

—Le agradezco, pero no es necesario. Ya tengo demasiados regalos de mi esposo.

—Lo mío es distinto —aseguró Luna Negra—. Ya te pertenecía, simplemente te lo devuelvo, para que veas el aprecio que te tengo por lo que harás por nosotros.

Lina sintió un agujero en el estómago, que se fue volviendo cada vez más grande hasta que volvió a sus aposentos. Entonces, al lado de su cama descubrió un contenedor industrial con letras en alfabeto cirílico. Al abrirlo, Lina encontró un cadáver lleno de costuras y cortes, con algunas piezas mecánicas en articulaciones: se trataba de un redi. Cayó de rodillas al reconocerla: era Marcia, su madre.

Capítulo XLI

MARCIA

Atardecía en Saint-Médard y los umbrianos pudieron escoltar a su admirada Lavinia tía Sangre por las calles nevadas, la dejaron frente La Grand'Église. Javi le explicó que en las criptas de los sótanos de la iglesia ya la estaban esperando.

—Lavinia, querida, ¡llegas en el mejor de los momentos! ¡Adelante! —quien la recibió fue Imogene—. ¡Pero mírate! Si escapaste en una pieza. Pasa, pasa. Tienes que contarnos tantas cosas.

—Mejor díganme qué hacen aquí ¡y con esas fachas! —reviró Lavinia.

Dentro de las criptas Imogene llevaba un vestido de humana, un abrigo negro y la gorra de un equipo local de futbol (*Les verts*) que aplastaba su voluminoso peinado; cargaba un teléfono portátil. A su lado, Crésida vestía un ridículo suéter navideño con renos y zapatillas deportivas. El sótano estaba lleno de mesas y cajas apiladas.

—Estamos de incógnitas en esta ciudad —presumió Crésida, llevaba uñas de gel.

—¿En una iglesia católica? —Lavinia levantó una ceja.

—Exacto, querida —explicó Imo—. Los tibios jamás imaginarían que aquí hay un cuartel de chupasangres. El sacerdote se asustó un poco, pero Ariel lo convenció... Ya te contaré. Ahora dinos tú cómo es que llegaste aquí. ¿Qué ha pasado con Lina? Crésida, querida, dale una empanada y una globusoda a Lavinia, debe estar hambrienta.

Tía Sangre hizo un resumen de la brillante carrera de Lina como incrustada. Había pasado todas las pruebas de confianza, sobrevivió a la conversión y además se había casado con Cerberus. En la boda, por cierto, Titania murió por culpa de un enfrentamiento "accidental" con un aberrante.

—¡Es mucha información! —se quejó Crésida—. Aunque Titania sí se lo merecía.

—Nunca nos alegremos de otras muertes —recomendó Imogene—. Aunque, como dicen, quien apuesta a la necromancia, su vida es la moneda de pago... pobre —suspiró—. En cuanto a lo de Lina, estoy impresionada por su valor y arrojo.

—Reconozco que al principio desconfié de ella, pero le tomé cierto... aprecio —reconoció Lavinia—. De hecho, me salvó la vida.

—Y entonces, ¿por qué la has dejado sola? —respingó Imo.

—Ella me pidió que saliera para informar pistas clave —tía Sangre bebió un trago de globusoda—. Escapé durante una falla del escudo de Nuevo Estigius.

—¿Entonces el escondite de los Bromio está en la vieja mina humana? —exclamó Crésida—. ¡Los ancianos tenían razón!

—En realidad no, es algo más complejo. ¿Tienes otra empanada? —pidió Lavinia—. El día de su conversión Lina subió aquí y encontró otro Saint-Médard, era verano y algo pasaba con el tiempo. Cuando me dijo que se repetía una y otra vez pensé que deliraba.

—¡El tiempo robado! —exclamó Imogene—. Los magos negros le dicen *lapso ouroboros*. Ariel debe saber más de esto. Se roban siete minutos de un día y los doblan sobre sí mismos, como en un pliegue, para hacer que terminen y vuelvan a comenzar.

—¿Para qué sirven siete minutos? —preguntó Crésida.

—Para lo que necesites, querida —explicó Imo—. Como es un tiempo sin fin aparente, puedes hacer lo que quieras en ese lapso. ¡Como erigir un enorme castillo, armar aberrantes durante años, esconderte por siglos! Es un sortilegio nigromante muy complejo.

—No sirven los relojes en Nuevo Estigius —recordó Lavinia—. Y en el santuario del Corazón de los Mártires tienen una clepsidra de sangre.

—Es lo que regula el hechizo o traslape —meditó Imo—. Hay dos castillos, el de minas y el de Nuevo Estigius. Ocupan el mismo sitio, solo que en distinto tiempo. Al activar el traslape invierten posiciones y uno se oculta en el tiempo robado.

—¡Así engañaron a los sabios! —respingó Crésida—. Por eso los esiartis detectaron Estigius y luego se desvaneció. Luna Negra es demasiado poderosa, doblega el tiempo.

—Ese sortilegio no lo hizo ella —anotó tía Sangre—. Los ayudaba el elemental desterrado. Tienen o tenían una alianza. Cuando salí, se hizo de nuevo el traslape.

Imogene parecía sumamente pensativa.

—Todo esto me preocupa —confesó—. Si no podemos romper el *lapso ouroboros*, todo lo que hacemos aquí no servirá de nada.

—¿Y qué hacen aquí? —preguntó Lavinia.

—Jugando nuestra última ficha, querida —Imogene reconoció, nerviosa.

Salir de la Garganta de los Espectros fue un triunfo. En el último tramo del laberinto de piedra hubo que cruzar un tornado de gritos. Finalmente, la expedición cruzó por una pequeña abertura, como de una chimenea. Del otro lado había un sorprendente desierto de dunas luminiscentes color blanco cremoso.

—Creo que vamos bien —Gis sacó un papel arrugado—. La siguiente parte del mapa advierte que tengamos cuidado con "la piedra que labrada fue y el trato sagrado recuerda". Hay que buscar esto para continuar.

—¿Es una pirámide o una casa torcida? —Puck revisó el papel—. Muchacho, debes dibujar mejor si nos vas a guiar en esta misión.

—¡Creo que veo algo! —aseguró Moth—. Está adelante.

Los siameses y Gis caminaron unos metros desde donde se veía una pequeña hondonada con un camino flanqueado por un centenar de enormes estatuas blancas y, al final, una compacta pirámide. Avanzaron entre las figuras inmóviles de una mujer con alas y pies de águila y de un guerrero con cuernos y hacha en mano; pasaron frente a un hombre con cabeza de halcón y un pequeño sol, en medio de una mujer con rasgos de gato, de un coloso de la isla de Pascua, cerca de la estatua de un anciano con un brasero en la cabeza.

—Innana, Adad, Ra, Horus, Bastet, Moai, Huehuetéotl —Moth los reconoció—. Son representaciones de viejos dioses, algunos sumerios, otros mesopotámicos, egipcios, rapanui, incluso mesoamericanos. ¿Qué hacen en estas profundidades?

—¿Notaron eso? —murmuró Gis.

Los siameses asintieron al mismo tiempo. Las efigies se habían movido. Comenzaron con pequeños movimientos: un parpadeo, la inclinación de la cabeza, un paso adelante, hasta que todas avanzaron hacia los intrusos, con un ruido colosal de piedra. Se detuvieron a unos metros y colocaron las manos con las palmas arriba, esperando.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren? —preguntó Puck.

—*La piedra que labrada fue y el trato sagrado recuerda* —Gis repitió la pista.

—Es verdad, piden algún rezo, oración o ceremonia —reconoció Puck —. ¡Extrañan a sus fieles! Pero no son dioses, solo sus representaciones.

—Veamos... ¿Alguien sabe algún rezo antiguo sumerio o egipcio? —

murmuró Moth—. Tal vez alguno en zapoteco serviría.

—Yo me sé himnos de futbol mexicano —reconoció Puck.

Hicieron unas reverencias (y recitaron el himno del Cruz Azul), pero no bastó. Las piedras, impacientes, se acercaron, quedando a pocos centímetros, a punto de aplastarlos.

—Bien, Gis, es momento de sacar tu estaqueta de fuerza —propuso Puck.

El chico lo hizo y ocurrió algo extraño. Cuando golpeó al gran moai, se volvió arena, para volverse a compactar más adelante. Entonces vieron que detrás se habían formado, en círculos concéntricos, cientos, miles más de efigies, todas tras los intrusos.

Marcia Martín hizo un esfuerzo por ordenar sus recuerdos, pero todas las imágenes que se agolpaban en su cabeza eran desordenadas y terroríficas. Recordaba una feria espectral de juegos mecánicos, dos esqueléticas adivinas en una tienda de lecturas de la suerte, una rueda de la fortuna. Luego había otras salas de espera y todos eran... ¿cadáveres?

Poco a poco llegaron trozos de partes de su vida: su casa, su hermana Bety, aquel hombre pálido que amaba tanto. Luego vino a su memoria su hija, Lina, Linuchis, Linucha.

Marcia abrió los ojos y aspiró una bocanada de aire, pero este no llegó a ningún sitio. Sus pulmones, como toda ella, estaban muertos.

—Tranquila, ma —dijo una voz familiar en la penumbra—. Aquí estoy contigo.

—¿Lina? —su voz le sonó áspera, ajena—. Hija, ¿eres tú?

Había una pequeña lámpara de aceite en una mesita, pero no veía casi nada. Parecía la bodega de un museo, había adornos, esculturas, estatuas. Vio una silueta en el rincón.

—¿Hija? —repitió Marcia, desesperada—. ¿De verdad eres tú? ¿Qué es esto?

Se oía a Lina llorar. Marcia intentó levantarse, pero su cuerpo ¿chirriaba?

—Perdóname por traerte de la muerte —dijo Lina con tono entrecortado—. Te saqué de los entremundos. No tenía otra opción, eres lo único que me queda.

—¿Linuchis? ¿Qué es este sitio? —hizo otro intento por incorporarse —. ¿Dónde estás? Me siento tan mareada... no sé qué me pasa.

—Me voy a acercar, ma, pero no te asustes por mi aspecto.

La silueta salió de la penumbra. Lo primero que Marcia distinguió

fueron unos ojos con reflejos rojizos y después vio a una muchacha con un fastuoso vestido lleno de pedrería. De cierta manera se parecía a Lina, pero tenía una palidez de mármol y las encías estaban violáceas, de ellas brotaban horribles colmillos. Lo único que parecía familiar era su mirada. Tenía los ojos colmados en lágrimas.

—Por Dios, ¿qué eres? —gimió Marcia—. ¿Qué has hecho?

En las criptas de la iglesia, Imogene le reveló a Lavinia que la ciudad de Saint-Médard era estratégica y ya estaba llena de aliados, listos para apoyar en la batalla final.

—Todos los días llegan voluntarios de la Asociación de Familias Disanguíneas —aseguró Imo—. Y también umbrianos.

—¡Esos ridículos vampiros falsos! —se burló tía Sangre.

—Son simpáticos, algunos... como sea, los necesitamos a todos —señaló Imo—. Los tibios se pueden mover durante el día, y los batallones de umbríos, por la noche.

—¿Y qué vas a hacer cuando el Concejo Tibio se entere de eso? —observó Lavinia.

—¡Ya lo sabe todo! —exclamó Crésida.

—Conseguí un trato con Olivenza, el presidente —asintió Imo—. Le expliqué nuestra misión para acabar con los Bromio y le hice ver que si los depositantes completan el poder de Abismo, todos los secretos del inframundo van a salir a la luz. De alguna manera me sirvió que presenciara un ataque necromántico.

—Incluso volvió a darnos suministros de sangre —Crésida sacó una globusoda.

—Solo un poco, de los almacenes —reconoció Imo—. Ahora algunas tropas umbrías vienen para acá y otras se preparan para entrar a Anub.

—También vamos a recuperar el nido sagrado —reveló Crésida.

—Es un nuevo plan, Ariel lo lidera —aclaró Imo—. Está estudiando la trayectoria de la órbita del nido.

—¡Momento! A ver si entendí —interrumpió Lavinia—. Esta ciudad se prepara para actuar según los posibles escenarios.

—Exacto, querida —reconoció Imo—. No atacamos el Castillo de Minas para no alertarlos, pero, si los depositantes salen por aquí para iniciar una invasión, los estaremos esperando. Si identificamos otro traslape, entraremos a destruir Nuevo Estigius; y si Lina consigue llevar a cabo su plan en la invocación, mejor aún, todo estará resuelto.

—¿Y cómo va la expedición de las puntas de argén? —inquirió tía

Sangre.

La sonrisa de Imogene y Crésida se desvaneció.

—Moth, Puck y Gis están en ello. De momento no sabemos nada —confirmó Imo—. Deben estar en las profundidades. No hemos podido comunicarnos todavía.

—Entonces falta otro escenario —sonrió Lavinia—. Si se pierde esa expedición, se extravían las puntas de argén, o no alcanzan a llegar, será un desastre. Nadie detendrá jamás a los Bromio y todos seremos esclavizados.

—Querida, ¿qué te he dicho de tu pesimismo? —suspiró Imo, preocupada.

Gis comprobó que era imposible luchar contra las estatuas de los viejos dioses. Al recibir un golpe de estaqueta se volvían arena, para solidificarse en otro lado. Lo peor es que había desaparecido la pirámide. Entonces tuvo una idea.

—¡Muchacho! —gritó Moth—. ¿A dónde vas? ¿Qué haces? ¡La pelea es aquí!

Dando golpes aquí y allá, Gis dio la vuelta y se abrió paso entre las efigies hasta volver al laberinto de la Garganta de los Espectros, a la chimenea por donde salieron.

—¿Qué haces? —gritó Puck, junto con Moth, estaba atrapado en medio de afroditas, bastets, dos huitzilopochtlis y un moai—. ¡No nos dejes!

Gis no lo haría, al contrario. Bastó un golpe de estaqueta para romper un lateral de la chimenea, por donde comenzó a salir el viento atrapado en el laberinto subterráneo. En medio del vendaval, Gis volvió para atacar a las efigies. Al toque de su arma, las estatuas frigias, sumerias y mesoamericanas se convirtieron en arena, que fue barrida al instante.

—¡Eres un genio, muchacho! —reconoció Puck—. Usaste el peligro anterior para deshacerte del peligro actual.

—Sí, pero la pirámide del mapa ya no está —exclamó Gis, con desilusión.

El viento se había llevado la arena y dejado al descubierto un lecho de piedra oscuro.

—Gis, ven a ver esto —Moth señaló algo en el suelo.

Había una gran laja triangular. No fue necesario usar la estaqueta, se podía quitar con las manos. Algo brillaba al fondo y se oía el sonido del agua.

—El mapa no mostraba una pirámide, sino esta laja —señaló Puck—.

Disculpa, muchacho, no la dibujaste mal. ¡Era así! El camino sigue por aquí.

El primero en bajar fue Gis. Los siameses lo sostuvieron de una cuerda para que pudiera echar un vistazo.

—Esto es colosal y precioso —comenzó a explicar el muchacho—. Es... como una caverna interminable, hay algo parecido a árboles, pero son enormes y tienen luces.

—¿Qué tipo de luces? ¿De fuego? —preguntó Moth.

—No, son esferas —explicó Gis—. Algunas son rosas y verdes, otras amarillas; flotan como insectos. El suelo está inundado y el agua brilla también. Se siente calor y humedad... huele a tierra. Puedo investigar en la pensión Somnus qué sitio es este.

—Creo que ya sé qué es —sonrió Puck—. ¡Es Cruxos! El bosque real y tangible.

—¡Estamos en la frontera con el primer reino! —confirmó Moth, con emoción.

No fue fácil. Lina le contó a su madre todo lo sucedido desde la última vez que se vieron en la feria espectral de entremundos. Le habló de la traición de Titania; de cómo, por error, liberó a Cerberus; del castigo que sufrió, del inicio de la guerra y la liberación de la familia. Incluso tuvo que revelarle, llorando, la muerte de Benvolio.

—Aguanta, Lina, por favor. Es demasiado —pidió Marcia—. Lo que dices es terrible... ¡Dios! Me estoy descosiendo. ¿Por qué no puedo llorar?

—No deben servir tus orificios lagrimales.

—Y también estoy muerta, eso influye, ¿no? —dijo Marcia—. Ya recordé esa parte. ¡Si hasta llevo el feo camisón de cuando me mataron! Soy un cochino zombi.

—Redi —acotó Lina, como si fuera menos doloroso.

Desesperada, Marcia caminó con pasos chirriantes hasta dar con un taburete. Se sentó con esfuerzo. Miraba sus costurones, los remaches.

—Y mi flaquito Ben —murmuró en voz baja, rota—. Cuando lo... —no se atrevió a decir la palabra—. ¿Sufrió?

—No lo sé, pero es probable —el dolor le cerraba la garganta a Lina—. Ni siquiera pudimos recuperar su cuerpo, lo incineraron. Ma, han pasado cosas tan horribles... Dicen que es así en la guerra y esta es la guerra de guerras.

—Siempre supe que pasaría algo así —confesó Marcia.

—¿Qué cosa?

—Las desgracias de nuestra familia. Ben me lo advirtió, me dijo que tenía una horrible maldición, la llamaba mella. Según él, cada vez que se enamoraba sucedía algo terrible, lo nuestro iba a terminar fatal. Yo acepté las consecuencias, no me importó.

Lina reconoció que, visto así, su padre tenía razón. Todas sus relaciones terminaron en catástrofe. No mencionó el asunto de Ludmila, no tenía caso amargarle a su madre el buen recuerdo de Ben. Ya se lo contaría después... si había un después.

—Entonces, ¿por eso estás aquí? —Marcia miró alrededor—. ¿Para vengar la muerte de tu papá?

—En parte sí.

—¡Pero te convertiste en uno de ellos! ¿Qué móndrigo chisme te pasó por la cabeza, por Dios? ¿O te mordieron esos chupasangres sin que te dieras cuenta?

—Ma, por favor, baja la voz —le pidió Lina, no podía confiarse. Dio un largo suspiro y continuó—: Tuve que hacer esto para que los Bromio me aceptaran y para poder casarme.

—¿Casarte? —repitió la redi—. ¿Estás casada? ¡Pero si apenas eres una muchachita de catorce años! ¿O te embarazaste? Puedes decírmelo, ¿te comiste la torta antes del recreo?

—No, ma, y tengo más años —anotó Lina. Con todo lo que había vivido se sentía como de treinta—. Tampoco soy una niña, de hecho, técnicamente ni siquiera soy humana.

—¡Dios!, me va a explotar la mollera. Son un bolochón de cosas qué entender y creo que ya ni siquiera tengo sesos —se dio golpecitos en el cráneo y salieron un par de tijerillas—. Solo dime, ¿fue con ese muchachito tan guapo que vi una vez? ¿Gerundio?

—Gismundus —Lina sonrió con tristeza—. No. Me casé con Cerberus, el hijo de Luna Negra.

Marcia abrió tanto la mandíbula que saltó un tornillo.

—Ma, entiéndelo —pidió la chica—. No tuve elección. Era la única manera de parar todo. Además, al final tampoco importa tanto...

Se volvió a detener. No quería mortificar a su madre con el asunto de los oráculos que profetizaron tanto la muerte de Ben como, posiblemente, la suya. En realidad, sus días estaban contados.

—Perdón por traerte a la vida para que vieras todo esto —murmuró Lina, mortificada—. Pero no podía dejar a tu alma atrapada en entremundos. Sé que ahora te doy asco.

—Qué asco ni qué ocho cuartos —interrumpió Marcia—. ¿Me has visto? Soy un vil zombi. ¡Con lo que me chocaban esas películas de tripas! Y tú sigues siendo mi Linuchis, mi hija. Siempre estaré orgullosa de ti.

Marcia abrazó a su hija.

—No sabes cuánto te he extrañado, ma —la joven vampiresa lloraba—. Me has hecho tanta falta.

—Hijita, eres lo único que me queda. Hagas lo que hagas estoy de tu lado. Y si alguien intenta separarme de ti, tendrá que pasar sobre mi cada... Bueno, ya sabes.

Fue un abrazo largo y reconfortante. Eso les daría valor para lo que se aproximaba.

Capítulo XLII
HABITANTES DEL CRUXOS

Gis volvió a la biblioteca de la Pensión Somnus para consultar el siguiente tramo del mapa, pero ocurrió algo raro. Al pasar la mano aparecía un laberinto de raíces con confusas señalizaciones: "Izquierda es derecha, arriba es debajo. Dar dos vueltas y de nuevo tres veces. Evitar estanque. Repetirlo todo en sentido inverso. Llamar con aldaba". Lo más extraño era que ahí terminaba el mapa, no había más.

—¿Necesitas ayuda? —dijo una voz.

Entre los gabinetes se asomó una mujer de piel terrosa y ojos con brillo mineral.

—Gracias, estoy bien —Gis metió el mapa en el cartapacio y salió de la biblioteca. Se disponía a ir a su habitación para revisarlo con calma, cuando oyó otra voz en el pasillo.

—¿De verdad? No parece. Si quieres, te ayudo —ahora se trataba del bibliotecario, el anciano que en lugar de barba tenía musgo tierno.

Gis negó con una sonrisa y a toda prisa cruzó el vestíbulo. Necesitaba llegar a la parada del funicular en la recepción, pero una mano terrosa de una niña intentó sujetarlo, lo mismo una anciana. Todos parecían hechos de barro. Gis se asustó tanto que estaba a punto de despertar y salir cuando oyó una voz familiar.

—Ven conmigo, te llevaré a un lugar seguro —era el recepcionista de la pensión.

El recepcionista siempre se había portado atento y agradable. Gis respiró aliviado y lo siguió hasta detrás del largo mostrador, donde estaba una gran campana oxidada y las celdillas con las llaves de las habitaciones.

—Gracias —suspiró el chico—. Todos se volvieron muy raros.

—Es que queremos saber por qué revisas tanto ese mapa —confesó el recepcionista, con una voz rarísima, como partida.

El chico se puso tenso. Estaba a punto de escapar cuando, con horror, descubrió que detrás del mostrador estaban la mujer, el anciano bibliotecario, la niña y la anciana terrosa; además de un botones, una pareja y unos pensionistas. Todos lo miraban con ojos llenos de brillo mineral. El recepcionista les hizo una seña y se dispersaron.

—¿Trabajan para usted? —preguntó Gis.

—No exactamente. Verás... —carraspeó—. Soy ellos.

El muchacho parpadeó, confundido.

—Mi cuerpo es muy grande —explicó el recepcionista—. Puedo dividirlo y darle distinta forma a cada parte. Así consigo vigilar toda la pensión. Es mi trabajo como guardián de la puerta del primer reino.

—¿Usted es un ser elemental? —preguntó Gis, atónito.

—Temo que no —sonrió el recepcionista—. Soy un reflejo, una pulsión de fulgor, como posiblemente lo eres tú. Por eso tenemos conciencia. Todo lo que tocan los elementales o está cerca de ellos adquiere un ciclo de existencia, que además se hereda. Son los dones que dan, ¿entiendes?

La verdad es que eso sonaba muy raro. Pero a Gis le interesó otra cosa que dijo el recepcionista.

—Si usted es guardián de la puerta del primer reino, podría ayudarme. Tengo que encontrarla en el Cruxos real. Es muy importante —bajó la voz —. Hay un arma muy poderosa que van a usar para atar a un elemental.

—¿Y tú vas a defenderlo? —sonrió el recepcionista.

—No. Él mismo debe defenderse, pero debo dejarle unas armas para que elimine a los que intentan ser sus amos.

—Interesante —reconoció el recepcionista, más serio—. No sé si puedo ayudarte, no tengo contacto con los elementales. Solo vigilo la pensión y alejo la necromancia.

—Pero usted dijo que era guardián de la puerta —Gis comenzó a perder la paciencia—. ¿La puerta está aquí o no?

—La pensión *es* la puerta —reveló el recepcionista y señaló el techo, esa especie de estanque de mercurio—. Está cerrada, claro. Si quieres hablar con un elemental, tendrás que tocar.

—¿Y cómo hago eso? ¿Debo subir? ¿Uso una llave?

—Nada de eso. Solo debes hacer el llamado. Para eso, necesitas un objeto que está en el Cruxos físico. Cuando lo encuentres, vuelve aquí para hacer el llamado.

—¿Y qué objeto es?

—¿Crees que te lo puedo decir? —el recepcionista emitió una risita que sonaba como piedras en un riachuelo—. Supe de alguien que hizo el llamado, un umbrío, hace más de mil años; lo usó para forjar a Abismo.

Conozco la historia. Por eso sellaron el acceso.

—¿Pero puede darme una pista? —suplicó Gis—. Yo no haré nada malo, quiero proteger al elemental y, de paso, a nosotros, a los demás reinos.

El recepcionista se quedó un momento pensativo.

—Solo te diré esto, atento —sus ojos parecían galaxias minerales—. Primero, no pierdas tiempo con el mapa. A esas profundidades, consultarlo ya es inútil, todo cambia deprisa; solo quédate con "arriba es abajo". El objeto que debes encontrar está en la zona de esta pensión, pero del otro lado. Ahí busca el lugar más profundo y la raíz más grande. Cuidado con los seres que encuentres, al estar más cerca del primer reino es mayor la ilusión de vida, pero ninguno es inofensivo. ¿Conoces los cuentos de Nana Buba? —Gis asintió—. Entonces sigue esas reglas.

Y dicho esto, el recepcionista empujó al chico hasta sacarlo del sueño profundo.

Imogene Pozafría llevaba poco tiempo manejando un teléfono portátil y ya lo odiaba. Todos esos ruidos extraños y las notificaciones. No podía dormir en santa paz en el féretro, como todo el mundo. Apenas cerraba los ojos y el aparatito comenzaba a vibrar en las catacumbas de la iglesia de Saint-Médard. Casi siempre era Olivenza para quejarse del ruido que salía de los sótanos, de los nosferatu que por las noches saltaban por los tejados, de los llamativos umbrianos (inventaron que estaban en un congreso de cosplay gótico, a celebrarse en el pueblo).

—¿Qué parte de ser una misión encubierta no quedó clara? —preguntó el jefe del Concejo Tibio—. Los humanos no deben notar nada raro. ¡Ese fue el trato!

—Ordenaré que todos sean más discretos —prometió Imogene, aunque sabía que sería difícil, ¡el futuro de los cuatro reinos estaba en juego y se les exigía "ser discretos"!

La dama nosferatu consiguió apagar el aparato para dormir, al fin, como lo merecía cualquier chupasangre milenario con dolores de espalda.

En el caluroso Cruxos, lo que parecían árboles sin hojas en realidad eran raíces, solo que estaban giradas y traspasaban el suelo inundado. Era imposible excavar, el fango del fondo tenía voluntad y volvía al mismo

sitio donde se había removido. Para evitar mojarse, la expedición se trepó a una enorme raíz seca que usaron como refugio. Ahí Gis despertó luego de su visita a la Pensión Somnus, y les contó a los siameses sobre su plática con el recepcionista.

—¿Seguir sin mapa? Eso suena peligroso —reconoció Puck—. Empecemos por buscar la raíz que menciona, y hay que anotar todas las recomendaciones.

—Por cierto, ya rompiste una —señaló Moth—. Te advertí que no hablaras con esas cositas.

—¿Qué cositas? —repitió Gis, preocupado.

Puck señaló una de las ramas de la raíz, ahí estaba sentado un par de seres sonrientes. Parecían niños muy pequeños, como bebés, aunque con cuerpo húmedo y brilloso. Vestían con taparrabos de musgo y corteza, su cabello era hierba muy fina. Al notar la mirada de Gis, se acercaron con cierta timidez.

—Pero es que son adorables —señaló Puck—. Y están fascinados con nosotros. Nunca habían visto a unos siameses.

—¡Dos que uno son! —exclamó una de las criaturas. Su voz era musical y aguda.

—¡Ustedes son verdaderos de mucha verdad! —la segunda criatura pasó una manita helada por la piel de Gis, para comprobar que era de carne—. Aquí llegan los que soñando están y nunca con ellos podemos hablar.

—Nosotros no dormir nunca, jamás —dijo la primera criatura con cierta tristeza.

—Parece que se encargan de cuidar las raíces de las grutas —explicó Moth—. Son como los guardabosques de Cruxos. Cuando los vimos estaban limpiando.

—Dar banquete a visitantes verdaderos de mucha verdad —dijo uno de los seres.

—¡Sí, sí! —saltó el otro—. En casa, gran recibimiento. Luego poder jugar.

—¡Jugar nos encanta! —agregó el primero y ambos rieron.

—Sería interesante ver su casa y su tipo de sociedad —observó Puck, con interés científico—. Parecen inteligentes.

—No podemos ir con ellos —advirtió Gis en voz baja—. El recepcionista me lo advirtió. Además, debemos llegar a la raíz más grande.

—Nosotros saber dónde la gigantísima raíz estar. ¡Entrada al gran reino! —aseguró una criatura que se había escurrido cerca de Gis—. Los llevamos.

El pequeño le dio la mano a Gis. Se oyó un lejano tronido.

—Darnos prisa —comentó el otro ser—. Vendrá agua alta.

—Yo digo que nada perdemos con acompañarlos —propuso Puck y bajó la voz—. Además, cualquier cosa, traemos armas y solo son dos de estas cositas.

Pero cuando salieron de la raíz se toparon con una veintena de seres similares, sentados entre las retorcidas raíces, todos muy risueños y con tiernos ojos líquidos.

—Suban para no mojarse pies, invitados verdaderos de mucha verdad —una criatura señaló una corteza seca parecida a una balsa—. ¡A casa llevarlos! ¡Venir, venir!

Las criaturas no hacían más que lanzar risitas, algunas chapoteaban, y parecía que su contorno se hacía más líquido. Gis no podía dejar de pensar que eso no iba a terminar bien.

En el viejo hospital Barts de Londres, el paciente de la habitación C11 ya era famoso. Se trataba del hombre joven que quedó en coma luego del accidente de auto, Raymond Aguirre. Aparecían en sus sábanas pequeños regalos: desde una ramita de laurel hasta una vieja pieza de ajedrez o intrincados adornos de cera. Lo extraño es que no recibía visitas, ¿cómo llegaban esas cosas? Luego, una enfermera aseguró ver una alta figura al lado de su cama, pero al encender la luz no había nadie, solo estaba la ventila abierta. Era raro, pero no tanto, la parte antigua del hospital tenía fama de estar encantada. Por cualquier cosa, colocaron una cámara en la C11. Al inicio solo percibieron unos manchones, como energía electrostática, hasta que una noche, un vigilante dio la voz de alarma. No, no era un espíritu, era el mismo paciente Raymond, que había abierto los ojos, había despertado.

Moth, Puck y Gis, montados en la embarcación en el Cruxos, atravesaron un espeso camino de raíces, algunas eran muy largas y estaban recubiertas de vellosidades. En el agua las criaturas empujaban la balsa, entre risitas.

—Entonces... ¿cuando duermo vengo a este sitio? —preguntó Gis.

—Exacto, al cruce de los reinos, pero llegas con tu cuerpo sutil —Moth le pasó jugo de Bóreas para el calor—. Eso solo pueden hacerlo los talismanes, hechiceros y ciertos tibios.

—Cuando duermes ves el otro lado, la zona o el bosque de los

espejismos —Puck señaló la neblina—. La parte donde se reflejan tus recuerdos, miedos y anhelos. Lo interpretas como un sueño. Dicen que las huellas de esos durmientes se quedan siglos.

—Ahí están unos cuerpos sutiles —Moth apuntó a un par de esferas luminosas posadas en una raíz—. Deben estar compartiendo una misma visión.

Gis recordó que él y Lina llegaron a hacer eso. La embarcación se detuvo, habían llegado a un pequeño muelle tallado en una gran raíz, que se unía a otra por un puente. De los ramales se asomaban cientos de pequeños cuidadores sonrientes. Todos lanzaron saludos y gritos de entusiasmo.

—¡Visitantes verdaderos de mucha verdad! —saludaron, felices.

Debían de tener alguna manera de comunicarse, pues ya habían preparado un festín. Escoltaron a los visitantes a una galería excavada en la raíz, donde había una gran mesa de piedra con charolas llenas de semillas, pequeñas hojas tiernas de color amarillo, copas de cristal con jugos blancos, tal vez savia. Sentaron a Gis en un banco tallado en piedra porosa. Unos cuidadores aún más diminutos lo examinaron entre risas. Intentaron vaciarle los bolsillos, pero Gis se lanzó tras el primordial de Lina, era su amuleto. Moth y Puck causaron sensación al compartir medio cuerpo; varios, entre risas, tironearon de ellos para ver si podían separarlos.

Los seres se pusieron a cantar:

Bienvenidos a casa,
los pequeños cuidadores contentos están
con visitantes verdaderos de mucha verdad.
Amigos seremos por toda la eternidad.

—Los cuidadores de Cruxos felices estamos por visitas recibir —dijo uno que llevaba un chalequito tejido e hizo algo muy raro: le mordió un brazo a otro y de inmediato se hizo un poco más alto—. Hay comida y bebida, comer todo, hay mucho más.

—¿Pero después de esto nos llevarán a la gran raíz? —preguntó Gis—. Al portal.

Se hizo un brusco silencio, solo se oía el agua escurriendo entre las raíces.

—Ahora tiempo de bienvenida y piensas en otra cosa —gruñó enfurruñado el del chalequito—. ¿Desprecias fiesta? ¡Mil cien años visitas esperando y ya pensar en irse! Nunca recibir tan grande agravio.

—¡Hasta les cantamos! —dijo uno de los primeros pequeños—. ¡Trescientos años componiendo esa canción!

—Hay que pedir disculpas —Puck se dirigió a Moth y a Gis—. Nos

quedamos un rato, sería una grosería irnos después de tantos preparativos.

—Pero no podemos comer ni beber nada —recordó Gis y señaló la mesa—. En los cuentos de Nana Buba, si comes algo de un ser mágico te vuelves su esclavo.

—Ellos no nos quieren esclavizar, ¿verdad? —preguntó Puck a un pequeño.

—Bueno, reglas son reglas —aseguró el del chalequito, luego mordió la cabeza de otro pequeño y creció—. Nosotros la vida salvamos y alimentamos. Sus vidas nos pertenecen.

—¡Y les cantamos! —recordó otro cuidador, al fondo.

—Aquí hay una confusión —Gis se mostró serio. Alguien debía aparentar autoridad—. Ni nos salvaron la vida ni hemos tocado nada de esta mesa.

—¡Pero oyeron nuestra canción! —insistió el pequeñito.

—¡Y dale con la canción! —exclamó Moth—. ¡Apenas rima!

Al parecer, el comentario fue la peor ofensa posible para los diminutos cuidadores de Cruxos, que lanzaron gritos de indignación. El líder del chaleco rompió la mesa de un golpe y el banquete se desparramó.

—Por mis ancestros. ¡Qué genio! —murmuró Puck.

El líder terminó de devorar al otro cuidador y ya casi era del tamaño de los invitados. Los encaró, cientos más lo imitaron. Gis notó que detrás de sus caras de niños pequeños había algo muy viejo, una fuerza antigua, testaruda y peligrosa.

En Nuevo Estigius, Lina asistió a su primera reunión secreta de castas depositantes por invitación directa de Cerberus. Se realizó en el patio grande y todos ocupaban un sitio según su rango: numus, condecorados, líderes encarnados de guerreros, sirvientes, constructores y armeros, brujos oscuros, adivinos. Para Lina era más espantoso ahora, al saber que era uno de ellos. Cruzó el patio y la saludaron con una leve inclinación de cabeza. Podía oír perfectamente los cuchicheos, las alabanzas a su belleza chupasangre, a la marca de Abismo; admiraban que la segunda esposa tuviera talento para la magia oscura. Lina llegó hasta el frente, al lado del estrado. Siward Lamprea se acercó a saludarla.

—Querida sobrina, oí que te gusta la cacería de humanos —le dijo cómplice y se pasó la lengua morada por los colmillos dorados—. Si quieres, te puedo llevar a buscar deliciosos tibios... conozco sitios.

Lina hizo un esfuerzo para no mostrar su repugnancia.

—Suena bien —repuso con una falsa sonrisa—. He oído que los pequeños, los lechones son deliciosos.

Lina pensó que había ido demasiado lejos, pero Siward la miró totalmente fascinado.

—Heredaste el buen colmillo del clan —estaba feliz—. Te enseñaré a cazar, a beber de las mejores arterias; verás que la mejor música de acompañamiento son los gritos.

En ese momento entró la pareja sagrada y todos se postraron en señal de respeto. Desde el estrado Cerberus mandó llamar a Lina para que los acompañara. Eso les indicaba a los presentes que era considerada incluso superior a los encarnados, casi al nivel de los Bromio.

—Como la mayoría ya lo sabe, estamos cerca de cumplir la profecía de Tímur el Cíclope —comenzó Luna Negra, parecía de excelente humor—. Los Bromio regiremos en los cuatro reinos y reordenaremos, dando a cada raza el lugar que le corresponde. La comida en su granja, esclavos y elementales a nuestro servicio, umbríos al centro y los encarnados a nuestro lado. No más pactos, no más humillación en las sombras, somos los que mandan.

Una ovación estalló en el gran patio. Cerberus tomó la palabra.

—Hay que preparar este golpe definitivo —anunció el nosferatu—. Los ejércitos depositantes y numus deben estar listos y armados. Vamos a recuperar los nidos, a castigar a los débiles, a eliminar a los rebeldes. Los contingentes saldrán desde Anub, Takal y Xux. Y para entrar al Mundo Tibio usaremos el Castillo de las Minas. Yo los acompañaré en todo momento.

De nuevo, los chupasangres lanzaron gritos de entusiasmo, casi palpaban la victoria.

—El punto de partida será la invocación de Abismo —explicó Cerberus —. La llevaré a cabo junto con la Dama Oscura y mi segunda esposa, Lina —con extrema delicadeza la tomó del brazo con su mano mutilada—. Con ellas recibiré el nombramiento de la profecía.

Lina apenas podía ocultar su ansiedad, sabía que la fuerza completa de un elemental podría devastar el mundo en minutos al convocar la erupción de cien volcanes, mil terremotos, tsunamis y tifones para borrar continentes. Millones morirían para que los millones restantes aceptaran su destino.

La joven se preguntó si su madre entendía lo que estaba ocurriendo. Estaba al fondo, detrás del personal de servicio. De momento nadie sabía que tenía consciencia.

—Todos los jefes de castas deben ponerse a trabajar —Luna Negra lanzó una asibilación por el tajo de la garganta—. La invocación será mañana a medianoche.

Lina quedó petrificada al escuchar el plazo. Por alguna razón, había imaginado que faltaban semanas para el llamado. ¿Y si las puntas de argén no estaban listas y en su sitio? ¿Y si la otra parte de la misión tenía algún problema o se retrasaba? Entonces al mundo que conocía le quedaban veinticuatro horas.

En su larga vida, primero como una esiartis y después como estratega militar, Ariel Pozafría no había llorado tanto como lo hizo en esa habitación de hospital. Le dijo a Ray que era verdad, que sentía algo por él, que le gustó desde la primera vez que lo vio en esa oficina de Texas, que era un prodigio y que su mayor anhelo era que despertara del coma.

—Es que te escuché —reconoció Ray—. Entre brumas oí tu voz.

—No sigas, que esta máscara de pestañas que traigo no es a prueba de agua —se quejó Ariel y se limpió con un pañuelito—. Pero ¿cómo te sientes?

—No tan mal como pensé —Ray se llevó la mano a la cara—. Extraño mi barba, pero gané una interesante cicatriz en la mejilla y otra en el pecho, en la vértebra una fisura... pero fuera de eso, no importa, ¡estás aquí! Si quieres, puedes venir conmigo. ¿Conoces Oaxaca? Mi abuelo me dejó una casa en Mitla, allá puedo terminar la recuperación.

—Lo siento. Todavía tengo una guerra por librar —recordó Ariel—. Pero te buscaré, lo prometo.

—Espera, ¡no te vayas sin mí! Quiero ayudar, estar contigo. Algo podré hacer. Por favor.

Y fue así como el famoso paciente de la habitación privada C11 del Barts, en un parpadeo de la cámara, simplemente se esfumó. Con eso se volvió una leyenda más del viejo hospital.

—¿Un juego? ¡Encantarnos juegos! —exclamó el líder de los cuidadores de Cruxos.

Las demás pequeñas criaturas se estremecieron del entusiasmo.

La idea la tuvo Moth y sirvió para detener su furia. Explicó las reglas:

—Gis, mi hermano y yo tendremos cinco minutos de ventaja para escondernos en el bosque de Cruxos. Luego, ustedes tendrán otros cinco minutos para dar con nosotros.

—Si los encontramos, ¿quedarse a jugar para siempre? —confirmó el

líder.

—Está bien, pero si no dan con nosotros, somos libres —advirtió Moth.

—¡Juego! ¡Juego! —gritaron todos—. ¡Segundo uno de trescientos! ¡Segundo dos!

—Pero ellos conocen este sitio —recordó Gis, cuando salió con los siameses, chapoteando entre el agua estancada—. Nos van a encontrar de inmediato.

—Ya pensé en eso —sonrió Moth—. Sostén mi mochila.

El umbrío se puso unos guantes para sacar de un bolso una tela de gasa muy delgada con brillos plateados. Puck lo ayudó a extenderla.

—Es un telón de Polifemo —Moth la giró para que Gis viera el efecto: lo que cubría lo hacía casi invisible, quedaba en su lugar una borrosa silueta—. Funciona mejor con umbríos, pero es mejor que nada.

Se pusieron en acción. Aprovechando los últimos minutos de ventaja, colocaron las mochilas en la balsa de corteza y se alejaron lo más rápido posible hasta topar con una pequeña colina brumosa. Los siameses y Gis buscaron refugio en una parte seca y se colocaron encima el telón de Polifemo, que se fundió con el banco de neblina. Parecía funcionar.

Desde ahí se oía algo como un oleaje. Gis se dio cuenta de que se trataba de los millares de suspiros de los durmientes. En el aire flotaban miles de luces, algunas solas, otras en racimos.

—¿Ya vieron esa raíz? —Gis señaló a lo lejos.

Tenía los ramales blancos e irradiaba una intensa luz plateada. Toda la superficie estaba cubierta de pequeñas esferas color ámbar.

—Tal vez sea una raíz de sopor argento —dedujo Puck—. Aquí vienen a parar las conciencias de los umbríos cuando se entregan al sueño eterno.

—No, no. Ese árbol está en los reinos de Alatu —aseguró Moth.

—Y aquí también, ¡es Cruxos!, donde se cruzan todos los reinos —dijo el hermano.

—Tengo una duda —intervino Gis—. Si lo que vemos son raíces, ¿dónde está la otra parte? El follaje o lo que sea.

—Eso es obvio, está dentro del primer reino —Moth señaló el lugar donde se enterraba el tallo, en el suelo—. Y al parecer están giradas para que las raíces se nutran de los reflejos que sueltan los durmientes. Gracias a esto, los árboles, o como queramos llamarlos, crecen del otro lado.

—Eso me lleva a la primera duda que tengo —continuó Gis—: ¿Qué son las criaturas elementales? ¿Son deidades?

—Algunos las consideran así. Son las fuerzas primarias: fuego, aire, tierra, agua —explicó Moth—, pero ordenadas y animadas por un chispazo de vida y consciencia.

—*Ánima mundi* —anotó Puck—. Lo dice Platón: es el mundo etéreo

puro. Lo que hay del otro lado de esta frontera es el alma del mundo.

Atónito, Gis intentó concebir esas palabras, y recordó otra cosa:

—Según el recepcionista de la Pensión Somnus, los que habitamos en los otros reinos somos reflejos de ellos. Y todo lo que tocan obtiene un ciclo de existencia.

—Ese ciclo incluye la vida y la muerte, es correcto —reconoció Moth y, de pronto, hizo una seña para que todos guardaran silencio.

Se oyeron chapoteos y risas de los cuidadores de Cruxos. Estaban muy cerca, aunque el telón de Polifemo parecía ocultarlos bien. Las criaturas estaban por explorar la colina cuando comenzó a llover, se alejaron entre gritos de "¡agua alta!".

Todo cambió en segundos. La caverna tenía su propio ecosistema y la densa neblina que se había acumulado en el techo se condensó en lluvia helada, al principio resultó muy agradable para sofocar el calor, pero el agua no dejó de caer y comenzó a formar violentos torrentes, cascadas y remolinos.

—Hay que movernos de aquí. A la balsa —gritó Puck—, ¡deprisa!

Gis fue el primero en subirse a la corteza. Entonces se dio cuenta de que ya alguien estaba dentro. Era invisible, pero gracias a la lluvia se marcaba el contorno de una silueta delgada y de brazos larguísimos. La criatura parecía interesada en explorar las mochilas de Moth y Puck.

—¡Qué haces! —dijo Moth—. ¡Eso no es tuyo!

—¡Las puntas de argén! —Gis vio que otra criatura similar revisaba el estuche de plomo, con la curiosidad de un animalito—. Suelta eso.

Puck sostuvo el estuche, pero la criatura tenía una cola muy larga que usó para enredar el contenedor. Moth entró al forcejeó, entonces sucedió algo inesperado. La colina entera se movió, era el caparazón de algo, y todos cayeron al agua.

Gis fue tras las puntas de argén, rescató el estuche antes de que se hundiera en el fondo fangoso. Cuando salió a la superficie, con horror notó que estaba dentro de un violento caudal. Alcanzó a oír a Puck que le decía que se sostuviera de algo. Gis lo intentó, sus manos resbalaban de las raíces, se golpeó la cabeza contra un tallo y volvió a hundirse. Pensó que se ahogaría, hizo un esfuerzo por flotar, apenas consiguió sacar la cabeza a la superficie. Extendió un brazo y lo atoró entre dos ramales llenos de esferas luminosas.

Fue como una descarga. Vio cien imágenes al mismo tiempo: casas, reuniones, un funeral, un bebé, alguien llorando, una ciudad moderna, una mujer ahogada en una bañera, un atardecer. Se soltó y volvió a flotar a la deriva. En ese momento Gis se dio cuenta de que todo ahí tenía algún tipo de vida: las rocas del lecho, el fango mismo, las raíces y las corrientes de agua. Gis oyó voces en su cabeza. Algunas le preguntaban qué era, qué

hacía ahí; otras eran amenazantes y le advirtieron que debía marcharse, que no era bienvenido. Supo de algún modo que ahí, en cada grano de tierra y en cada gota de agua, había un mundo que contenía otro y así sucesivamente. Él mismo estaba en el interior de uno de esos granos, y eran miles de millones, pero también eran uno solo.

Y tal como inició la violenta lluvia, así se detuvo. Gis al fin pudo encontrar una zona que parecía un banco de arena negra. El calor era tan intenso que en instantes el agua se evaporó formando una densa neblina y por segundos fueron visibles algunas formas fantasmales, como siluetas de gigantes, seres alados y damas que flotaban tomadas de la mano. Gis pensó en los domovoi, ¿venían de ese sitio?

Llamó a Moth y a Puck, aunque dejó de hacerlo cuando su misma voz regresó deformada. Era evidente que los había perdido. Gis sintió una punzada de terror, pero no debía caer en pánico. Con mucho cuidado comenzó a explorar alrededor. Estaba en una zona llena de arbustos pequeños y la neblina impedía ver más allá de un par de metros. Lo único bueno del desastre era que había rescatado el estuche con las puntas de argén, debía guardarlo en su mochila. Estaba en eso cuando oyó un llanto horrible.

Miró alrededor. Solo había niebla amarillenta.

—¿Hay alguien ahí? —de inmediato se arrepintió de la pregunta obvia.

El llanto se detuvo.

—¿Qué haces en mis territorios? ¿Qué eres? —preguntó una voz.

—Soy Gismundus Tarmelán —explicó el muchacho.

—¿A dónde te diriges? —preguntó la voz en la neblina.

—Voy a... un destino —evadió Gis.

—Entonces debes tener un destino fatal —la criatura lanzó una risa—, porque tus pasos te trajeron conmigo, con la que llora, la Desterrada, la que bebe lágrimas...

Capítulo XLIII
INVOCACIÓN

La muerte. Hasta hace unos años Lina apenas pensaba en ese tema. Y si alguien le hubiera preguntado cómo imaginaba su propia muerte, habría dicho que sucedería en su departamento, donde viviría soltera por siempre, rodeada de gatos, hasta que un día de terremoto la aplastara un librero. La verdad es que no tenía muchas esperanzas de tener pareja y menos de contar con una muerte heroica. Y jamás, ni por un segundo, habría pensado que terminaría su vida como una especie de reina vampiro, en un castillo subterráneo, intentando detener un apocalipsis.

Desde que despertó ese día tuvo la conciencia de que tal vez hacía las cosas por última vez: dormir, lavarse la cara y los dientes (y los colmillos). Y ahora experimentaba una nostalgia por lo que iba a perderse. Los libros que no podría leer, las películas que nunca vería. Tampoco viajaría ni podría estudiar ciencias (¡ni siquiera terminaría el bachillerato, qué vergüenza!) No tendría más tiempo con su madre ni con Gis. Extrañaba por adelantado todos esos besos y caricias que nunca recibiría ni podría dar.

Todo iba a terminar ese día a la medianoche. Mientras tanto, debía fingir ser una gélida depositante. Lo bueno es que sería también la última vez.

Acompañada por sus asistentes, Lina entró a la habitación de Cerberus, su esposo; temprano la había mandado llamar. Se detuvo algo turbada al ver que los sirvientes lo bañaban en una gran tina de oro. Por los escudos de Anub y la raíz con la estrella a los costados era evidente que era robada. Notó la herida mortal en la clavícula del nosferatu, esa que estaba hecha con una punta de argén. Debían taponarla porque nunca cerraba.

—Acércate —pidió Cerberus. Estaba de excelente humor—. ¿Estás lista para lo que va a suceder hoy?

—Cuento los minutos —reconoció Lina, y era en serio—. Aunque todavía no me queda claro. ¿Vamos a bajar al primer reino?

El nosferatu rio.

—La ceremonia de invocación se hará desde aquí, en el Corazón de los Mártires. Antes haré el traslape por un momento.

Lina asintió. Eso quería decir que el procedimiento debía hacerse en el mundo real, donde los relojes funcionaban y el tiempo no volvía a comenzar. Al menos, por ese instante, Nuevo Estigius quedaría expuesto.

—No te preocupes por nada —aseguró Cerberus—. Solo obedece lo que mi madre y yo decimos, y todo saldrá bien. ¡Dije que te acercaras!

Lina fue hacia la bañera, extendió la mano y Cerberus la sostuvo con fuerza.

—Entra conmigo —ordenó.

Lina estaba perfectamente arreglada. Sus asistentes habían pasado dos horas maquillándola, peinándola y cosiendo sobre ella un vestido de gasa rojo y púrpura. Lina se subió a un escalón y entró al agua caliente; tenía un olor muy penetrante, a sangre y hierbas.

—¿Qué hacen? ¡Fuera todos! —gritó Cerberus—. Quiero estar con mi esposa.

Los sirvientes se retiraron entre sumisas reverencias.

—Son tan estúpidos —gruñó el vampiro—. Extraño a Titania, ella sabía atenderme y conocía mis estados de ánimo. Tú aprenderás a hacerlo, es tu deber.

El chupasangre puso sus enormes manos cubiertas de venas sobre la cintura de la joven, la atrajo hacia él. Lina no pudo evitar el impulso de resistirse.

—¿Qué pasa? —exclamó Cerberus—. ¿No quieres estar conmigo?

—Es lo que más quiero... pero... —tenía que pensar en un pretexto rápido—. Hay algo que me molesta. ¿Por qué tenemos habitaciones separadas? Pensé que luego del matrimonio estaríamos juntos. Ni siquiera hemos tenido la noche de bodas.

Lina guardó silencio, tal vez estaba llevando muy lejos su actuación. Cerberus lanzó una carcajada y la atrajo de nuevo hacia él, ella se dejó abrazar. “Todo lo que pase hoy será la última vez”, pensó Lina.

—Fue instrucción de mi madre —explicó el Destinado—. Debemos mantenernos limpios para la invocación —le acarició con sumo cuidado el rostro, el cuello, los hombros; le examinó las uñas duras y retráctiles—. Además, sigues sanando, la conversión lleva un proceso; pero no te preocupes por lo otro, habrá tiempo, mucho, siglos...

Lina estaba totalmente inmovilizada por el fuerte nosferatu. La

mareaba ese olor que despedía como de animal salvaje. Sintió sus caricias, sus manos rompieron la tela del vestido.

—Tú serás la vasija de mi semilla —murmuró Cerberus—. Tendrás a mis hijos, los herederos de los cuatro reinos. Contigo seguirá la dinastía de los Bromio. Lina, ni siquiera concibes todo lo que te amo —sus voz tembló un poco—. Todo lo que hago tiene sentido por ti. Pondré el mundo a tus pies y te daré un poder como el que jamás concebiste.

El Destinado abrazó a Lina con delicadeza y continuó, confidente:

—Eres lo único que me salva. Sin ti nada de lo que hago tendría sentido, solo sería un monstruo. Lina, no te vas a arrepentir de aceptar mi amor. Serás la reina de reinas.

El vampiro parecía tan vulnerable, tan cariñoso que por un momento Lina se preguntó cómo sería su vida con él. No, ¡no debía ni imaginar semejante cosa! Él y su madre mataron a su familia, ahora estaban a punto de eliminar y esclavizar a quién sabe cuántos seres. Era muy tarde para su redención, podía prometer lo que fuera y, aun así, en unas horas Lina tendría que buscar cómo destruirlo.

Sintió los labios del nosferatu sobre los suyos. Ya no podía beber de ella, la herida había cerrado en la conversión, era solo un beso. El primer beso de amor que recibió provino de Gis. Ahora Cerberus le daba posiblemente el último beso de su vida.

Imogene Pozafría estaba acostumbrada a soportar el estrés, no por nada era la líder de un clan de chupasangres, manejaba un montón de negocios familiares en el Mercado del Colmillo y lidiaba con los problemas de la extensa familia vampírica. Pero estaba llegando a un límite con los umbrianos (cada vez eran más y todos asustaban a los pobladores Saint-Médard). No había espacio para esconder a los batallones de soldados en la pequeña ciudad. Estaba la incertidumbre sobre Lina y sobre qué sucedía con la expedición de los siameses y Gis; nadie sabía nada de ellos. Y lo peor era ese horrible aparatito humano llamado celular, que en todo momento sonaba con Olivenza, o con alguien en su representación, para quejarse de algo. ¿Hasta cuándo iban a estar ahí? ¿Por qué no intervenían directamente en las minas? ¿Podrían dejar de incomodar a la población? Crésida, tan ansiosa, no ayudaba en nada.

Por suerte, esa noche Imogene tenía una visita: su hermano Ariel, que siempre la tranquilizaba con sus sensatos consejos. Lo que no esperaba Imo era verlo llegar acompañado a las criptas de la iglesia.

—Querido..., no lo puedo creer —Imo lo saludó—. ¿Estás...?

—Despierto y vivo —confirmó Raymond, que aún tenía curaciones en la cara y un soporte para la espalda y un collarín.

—Lo saqué del hospital —confirmó Ariel, parecía exultante—. Quiero decir, no lo secuestré, él quiso acompañarme.

—No podía perderme esta parte —sonrió Ray—. Ariel me ha puesto al tanto de todo. Ya me dijo que los nidos están preparados para posibles invasiones, también me contó de la misión para recuperar Anub y de lo que preparan aquí, en SaintMédard...

—Eso me toca a mí, querido. Te confieso que se ha vuelto un incordio —suspiró Imogene—. Hay que fortificar la ciudad, pero sin que los tibios se enteren.

—Eso no es práctico. Lo mejor sería desalojar Saint-Médard —meditó Ray.

—¡Son miles de humanos! —observó Crésida—. Y Olivenza nunca lo aprobaría.

—Yo me encargo de eso —prometió Ray—. Solo necesito una computadora.

—¿Puedes vaciar la ciudad? ¿De verdad? Nos hacías falta, querido — Imogene le dio palmaditas en el pecho.

—Mucho —reconoció Ariel, que no le soltaba la mano.

Gismundus seguía perdido en una de las zonas más extrañas de Cruxos, en esa especie de banco de arena oscura. Entonces, vio emerger algo de la neblina amarillenta.

—¿Lina? —murmuró sorprendido.

—¿Sabes quién soy? —preguntó la criatura, feliz.

En realidad era un burdo disfraz. Tenía los rasgos perfectos de nosferatu de Lina, pero lo que avanzaba en el aire era una carcasa hecha de líquido; dentro tenía una diminuta llama violeta flotante. De la cintura hacia abajo colgaban unos hilos finísimos y viscosos. El ser irradiaba un frío intenso.

—Te pareces a Lina Pozafría —dijo Gis, con cautela.

—Eso me han dicho, ¡que somos igual de bellas! Aunque yo lo fui más —aseguró la criatura, con una voz disonante—. Ahora no, perdí mi poder, mi laguna... Es una suerte que estés despierto o morirías al verme —sonrió con maldad y de pronto se acercó, rebosante de sospecha—. ¿Por qué estás despierto? Aquí nadie baja con cuerpo físico, pareces humano.

—Soy un sombrío.

—Umbrío defectuoso —barbotó—. Aparecen en las pesadillas de los

nosferatus. Tienen terror de tener hijos sombríos.

Gis estudió a la criatura. ¿Por qué tenía la cara de Lina? ¿Qué era esa flama interior?

—¿Eres una especie de domovoi? —preguntó con interés.

—¡No me compares con esos bichos! —gritó ofendida—. Los domovoi son serviles, sin dignidad. Aceptaron ser esclavos para recibir la ilusión de ser amados —sus rasgos se descompusieron, literalmente, su nariz y sus mejillas comenzaron a escurrir—. Pero ¿no lo hacemos todos alguna vez? Por eso lo perdí todo. Fui tan poderosa, formé parte del primer reino.

Gis sintió un vuelco en el estómago, se animó a preguntar:

—¿Sabes dónde está la puerta de los elementales? ¿Podrías llevarme?

Ghul recompuso su aspecto. Parecía mutar entre una docena de rostros, un niño, una vieja, un león, la efigie de la diosa Ixtab; todos tenían ojos de sospecha.

—¿Crees que hago favores a los demás, umbrío defectuoso? —gritó amenazante—. Nadie volverá a usarme —parecía cada vez más molesta—. Todos lo hacen. Quieren algo de mí. Estoy harta... de ti, de todos —su furia aumentó—. ¿Sabes lo que haré? Te pondré a dormir y te mataré con tus propias pesadillas. Y cuando llores de terror, con esas lágrimas volveré a iniciar mi laguna.

Antes de que Gis se diera cuenta, ya tenía a Ghul encima. Al contacto con el ser, su piel se llenó de escarcha, estaba tan helada que quemaba.

—Todavía puedo matar —murmuró la criatura—. Esa habilidad nunca se olvida.

Gis no sabía por qué sentía tanto pavor. Entre más forcejeaba, Ghul se volvía más fuerte. Entonces lo entendió, eso era lo que la alimentaba. Debía pensar en algo agradable, en Lina. Consiguió mover un brazo para sacar la estaqueta de la mochila. Al hacerlo, quedó al descubierto el estuche de plomo con las puntas de argén.

—¡Huele a él! —chilló la entidad, desconcertada, y soltó a Gis para revisar el estuche—. Rastros de su sangre. ¡Es la plata que lo hirió! Esta es la única arma que puede matarlo.

La criatura reía, con una risa pastosa, enloquecida. Gis estaba desconcertado.

—¿Por qué tienes estas armas? ¿Quieres destruir a Cerberus? ¿Por eso has venido? —el ser no podía dejar de moverse, desbordaba una ansiedad contagiosa—. ¿Te das cuenta, umbrío defectuoso? Yo no soy tu destino, ¡tú eres el mío!

La entidad avanzó hacia la neblina.

—¿Qué esperas? —lo llamó—. ¡Te llevaré a la puerta que buscas!

Gis dudó, ¿podría confiar en esa cosa? Primero amenazó con matarlo y luego ¿le ayudaba? Si por lo menos Moth y Puck estuvieran cerca para

aconsejarlo. Al final, siguió a Ghul. Solo esperaba que la entidad no volviera a cambiar de parecer, porque era evidente que tenía un humor inestable y peligroso.

Lina quería despedirse de su madre y explicarle que posiblemente no volverían a verse. Al parecer ese sería el momento más doloroso de su misión como incrustada. En cuanto las asistentes salieron de la habitación, Marcia pudo hablar (no lo hacía frente a extraños). Seguía impresionada por lo que había visto en la reunión secreta de los depositantes.

—Ay, Linurris, todavía tengo la piel chinita. Aquí todos son malos como el chamuco. No sé cómo aguantas. ¡Y esa arma que dicen! ¿De verdad es tan horrible?

—¿Abismo? Es el arma más poderosa del inframundo y va a ser más letal todavía, pero, al ser una de las dueñas, me necesitan para hacer la invocación... Espera, ven.

Lina llevó a su madre al cuarto de aseo, puso a llenar una tina. El agua provenía de algún manantial, era salina y espumosa; lo que importaba era el ruido, servía para ocultar su conversación. Marcia entendió y bajó la voz.

—La verdad, todavía no entiendo cómo una muchachita como tú puede vencer a todos esos demonios y a su ejército de monstruos.

—No soy solo yo, ma. Formo parte de una misión más grande y compleja —hizo una pausa, era el momento de tocar el tema de su posible muerte—. Incluso, es probable que no consiga salir...

—Será el sereno —interrumpió Marcia—. Deberías estar estudiando en la escuela y no enfrentándote a estos móndrigos peligrosos. Si tu padre te viera...

—Papá me entrenó para la guerra —sonrió Lina—. Me enseñó a dominar la lucha de contrarios y a usar la estaqueta, también bajamos a las Tierras Umbras, participamos en un montón de batallas peligrosas.

—¡Dios! Ni me recuerdes. Mira cómo terminó mi flaquito —Marcia negó con la cabeza y, como de golpe, volvió a llegarle el dolor—. Todavía no lo puedo creer...

—Ma, todo va a salir bien —dijo Lina en automático.

—Tu padre, muerto; yo, zombi, y tú, vampiro. Bueno, Linucha, no podría ser peor.

Pero sí que podía empeorar, Lina lo sabía. A medianoche todo sería distinto.

—Ma, escúchame, necesito que hagas algo por mí. Como seguro oíste, hoy en un rato se hará la invocación, tengo que participar en ese ritual de magia negra.

—Pero ¿no es para que tengan más poder esos endemoniados vampiros?

—Sí... pero es parte del plan, no te preocupes —Lina abrió otro grifo de agua—. Seguro se hará en el sótano del Corazón de los Mártires. Necesito que vayas a la parte de arriba, al santuario rojo. Ahí hay un reloj raro, es una clepsidra que gotea sangre.

—Dios, ¿y es peligroso? —asintió Marcia.

—Es como un regulador de tiempo. Habrá algo que se llama traslape: vas a ver cómo aparecen en las paredes unas líneas de luz violeta. Cuando eso pase, rompe la clepsidra. Te conseguiré una túnica de personal de servicio con capucha y una estaqueta.

—Supongo que así vamos a salir, ¿no? Podemos llamar a la Bety, seguro se asustará un poco al verme muerta y a ti como el chupacabras, pero somos familia...

Lina sonrió. ¡Era tan difícil decirle toda la verdad!

—Oye, ma, antes de que se me olvide, ¿has notado si perdiste un don? —evadió—. Eso pasa cuando alguien vuelve a la vida.

—Mi único don especial era mi increíble talento para cocinar —meditó Marcia.

—¡Pero cocinabas fatal! —confesó Lina—. A casi nadie le gustaba tu comida.

—¡A mí sí!

Lina pensó que tal vez Alatu hacía los cobros según las capacidades de los resucitados.

—Por cierto, hablando de comida —Marcia miró a todos lados para cerciorarse de que siguieran solas—, ¿debo comer cerebros como los zombis de las películas? A mí nunca me gustaron los sesos, ni en taquitos.

Lina sonrió. ¡Cómo iba a extrañar a su madre!

—No. Tú eres una redi, una mezcla de autómata y redivivo. Que yo sepa, no comen, pero necesitan mantenimiento y desinfección. Hay unas sales que sirven para evitar el moho y las bacterias. Hay otros productos también...

—Ya me explicarás, Linuchis, no te preocupes. ¿Quieres que también prepare el equipaje? Podríamos llevarnos algunas cosas, he visto que aquí hay mucho oro. Lo tomaremos como indemnización. Te puedo esperar afuera del santuario ese...

Marcia se detuvo al ver los ojos de su hija llenos de lágrimas.

—¿Qué pasa, hija? ¿Dije algo malo?

—No. Yo soy la que no te ha dicho lo malo. Escucha, ma, lo más seguro

es que muera en la invocación —reveló al fin—. Voy a traicionar a Luna Negra y a Cerberus. Cuando se den cuenta, ella me va a matar.

—Lina, por Dios, que seas vampiro no quiere decir que a fuerza tengas que ser oscura y pesimista. ¡Podemos distraerla! ¿Y si yo llego con el arma esa que dices?

—No entres. ¡También te destruirían! Ma, esto ya lo sabía, lo dijo un oráculo —Lina buscó un pañuelo para enjugarse las lágrimas—. También profetizó la muerte de papá, todo se ha cumplido. Poder verte de nuevo ha sido una sorpresa increíble, jamás imaginé que sería posible. Solo por estos momentos valió la pena todo. Ma, por favor, perdóname por traerte a la vida para hacerte sufrir con malas noticias...

Lina guardó silencio, esperaba reclamos, algún merecido drama materno zombi.

—Mira, Lina, voy a estar en el patio —dijo Marcia, firme—. Afuera del templo ese donde está la chunche. Ahí te estaré esperando, hijita.

—Pero te acabo de explicar.

—Y te escuché. Ahora escúchame tú: estoy muerta, eres mi única hija, eres todo lo que tengo y todo lo que me importa. Si te vas, pues me voy contigo. Si te quedas, igual, ahí estaré. Después de romper el *coso*, voy a quedarme aquí. Te estaré esperando, hijita.

Ni Lina ni Marcia consiguieron articular otra palabra. Se abrazaron y estuvieron llorando hasta que se oyó la voz de una asistente en la habitación. Buscaba a Lina, debía prepararse para el ritual de invocación.

En Saint-Médard, el miedo arrancó con mensajes en chats privados y redes, y creció en un comité de vecinos de la zona del Planetarium, luego entre empleados y profesores del Lycée Claude-Fauriel. Hablaban de un olor a quemado, de una familia que había sufrido un desmayo con monóxido de carbono, que salió del sótano. Nadie conocía exactamente a las víctimas, pero era porque la prefectura no quería que los vecinos se enteraran del desastre que intentaban controlar con desesperación. Decían que un depósito sanitario se había incendiado y que, por descuido, las flamas llegaron a unas minas de carbón antracita. Arriba, Saint-Médard parecía en calma, pero por debajo se quemaban interminables galerías de carbón y hulla. En algunas zonas la tierra se estaba calentando hasta rebasar los ochocientos treinta grados, y alguien había visto grietas en el estacionamiento del Musée d'Art et d'Industrie. Dijeron que en un descuido de una nana unos niños se cayeron en un agujero que se abrió en el *jardin des plantes*. El miedo derivó en pánico y luego en indignación.

¿Qué esperaba la gendarmería nacional? Había que desalojar la ciudad. Finalmente, llegaron los *sapeurs-pompiers*, el cuerpo de bomberos, y entre voluntarios y rescatistas trasladaron a noventa y ocho mil habitantes a ciudades y a otros pueblos cercanos. Solo podían llevarse lo indispensable, nadie se quedaría, había peligro inminente de explosiones por gas acumulado y derrumbes. Prometieron controlar el incendio de las minas pronto.

Detrás de las noticias sembradas, de los mensajes en los chats, los rumores y quejas, estaba el experto en folclor: Ray Aguirre.

—Pero ¿tú provocaste todo esto? —Crésida estaba atónita—. ¡Y te creyeron!

—Debes tener un don, querido —agregó Imogene—. Seguro eres un talismán.

—Se llama internet —explicó Ray a las umbrías—. La gente cree casi todo lo que aparece aquí, si lo repites y usas los canales correctos —señaló la laptop—. También le avisé a Olivenza. Tuvo que cooperar para el desalojo.

—Debe estar furioso —observó Ariel.

—Un poco —sonrió Ray—, pero reconoce que fue inteligente hacer que los mismos pobladores pidieran salir de su ciudad. Pase lo que pase, nunca sabrán lo que va a ocurrir aquí. Mientras tanto, por unos días, Saint-Médard va a ser nuestro.

Lina estaba a punto de llevar a cabo la misión más importante de la guerra, de su vida, y solo pensaba en sorber una deliciosa globurrata. Las probó por primera vez cuando una asistente le ofreció una, ¡era deliciosa! ¡Con razón le encantaban a las sanguazas! La disfrutó hasta que Rutko se la quitó, porque se recomendaba el ayuno para la ceremonia necromántica. Marcia estaba cerca, pero no podía opinar, y Lina sabía que para su madre eso era un suplicio. Después de vestirla con un precioso vestido con cuarzos rojos y rubíes, se llevaron a Lina al santuario del Corazón de los Mártires. Ahí repasó lo que haría:

NOTA MENTAL

Posiblemente esta sea la última nota mental de mi vida. Debo concentrarme (y dejar de pensar en comida, ash, tengo sed). Bien, esta es mi misión:

Objetivo: tengo pocos segundos durante la invocación al elemental de Abismo y, de alguna manera (todavía no sé cómo), debo conseguir que destruya a Luna Negra y a Cerberus con las puntas de argén (con suerte, la entidad las tendrá a la mano).

Nota 1: hasta ese punto debo mantener un perfil bajo, es decir, mostrarme sumisa y obediente, que nadie sospeche de mí.

Nota 2: es importante que mueran tanto Luna Negra como Cerberus; si queda uno con vida, todo volverá a comenzar.

Ahora bien, ¿qué dice el oráculo de este momento? "*... Umbrío, sombrío y tibia, atados están al sino de la pasión. Dos tendrán que morir para que sobreviva un tercero, que será la piedra donde se funde la nueva era*".

Si yo quedo con vida, ¡Gis habrá muerto! Si Cerberus sobrevive, ¡entonces Gis y yo nos petateamos!, como diría mi mamá. Lo mejor sería que Gismundus sobreviva y sea esa piedra de cambio. ¿Me importa morir? Pues no suena bien, pero ni caso tiene hacer drama. Ya lloré y me despedí; seré una baja más en la guerra, pero mi sacrificio servirá de algo.

Al menos puedo decir que en mi corta vida experimenté el amor de mi familia, el amor de mi novio (¡mi Gis!) y el de mis amigos (Osric). Tuve riquezas (que no me sirvieron de mucho) y viajé a sitios que ni siquiera sabía que existían. Fui humana y también umbría. Me sentí horrible y hermosa. Cometí unos errores espantosos, pero también luché por enmendarlos.

Voy a extrañar a mamá, a Gis y a mi familia nosferatu.

Y moriré con el antojo de una globurrata.

Pytia condujo a Lina al santuario del Corazón de los Mártires. Estaba lleno de jefes de castas, principalmente de Tarios y Germos, magos oscuros y adivinos. La clepsidra de sangre seguía detenida con la gota coagulada. La

esiartis la llevó al sótano, la puerta con la cerradura de corium estaba abierta. Lina iba a conocer, al fin, el gran secreto de Nuevo Estigius. Bajaron unas escaleras que tenían el diseño de una docena de tráqueas entrelazadas.

Cerberus ya le había comentado algo. Ese era el corazón del castillo y el motivo por el que se construyó en ese sitio. Al principio, Lina vio solo un ruinoso templo nigromante de piedra oscura. También había columnas con arcos góticos, algunas usaban como basamento una escultura romana, era como si ese sitio estuviera hecho con trozos de un montón de culturas y épocas. Al centro había un inmenso cristal de roca, que tenía una forma parecida a la de un gran cráneo. Lina supuso que ese lugar había sido sagrado para muchos pueblos de humanos y umbríos, porque alguna vez ahí estuvo abierto un portal al primer reino. Debía llevar cerrado una infinidad de años, sin embargo, se siguió usando para sacrificios, o para hacer profecías como la de Timur el Cíclope, que aseguró recibir la encomienda de escribir el *Nuevo Orden*.

Alrededor había diez nigromantes vestidos con hábito marrón y, a falta de Titania, Luna Negra asumía la posición de jefa de la casta de los magos oscuros. A su lado estaba Cerberus, listo con la armadura roja y dorada, el uniforme de guerra. Percibió a Lina y sonrió en su dirección.

Lina intentó ver todo con naturalidad, pero era difícil. Estaba en una ceremonia de alta magia negra. El suelo estaba lleno de marcas hechas con sal oscura, y Pytia se acercó para trazarle en la piel con ceniza algunos signos necrománticos. Había solo unas pocas antorchas, pero con su visión de nosferatu alcanzó a ver colgados de cabeza a varios umbríos con túnica rosa de servicio, con el rostro pintado como una calavera blanca. Al menos no eran humanos, pensó. Todos parecían en trance y repetían párrafos del libro del *Nuevo Orden*.

—Pasa al círculo —ordenó Pytia—. Y repite lo que te diga.

Un trazo circular de fuego rodeaba el cristal de roca. Lina se mostró dócil, repitió los ensalmos, aunque le costaba concentrarse, el zumbido que atronaba en sus oídos le anunciaba peligro extremo.

—Antes de la invocación haremos un primer conjuro —avisó Cerberus —. Con ello comprobaremos si Abismo está lista para el llamado.

Entonces Pytia hizo algo horrible: sacó una madeja de cordel de ortiga, la enhebró a una aguja de hueso y con ella atravesó los párpados de los siete umbríos en trance, que estaban colgados de cabeza. Todos repetían la frase "*oculum pro oculo*", ojo por ojo. Cuando la esiartis terminó, le pasó el extremo del hilo a Lina.

—Ahora átalo a Abismo —escuchó la voz de Luna Negra y puso el arma sobre el cristal de roca—. Adelante, tómala.

Lina empuñó el arma. El poder la golpeó, inmenso como un rayo. Y eso

que solo tenía una tercera parte del mando. Ató el cordel a una de las puntas.

—Jala con fuerza —ordenó Luna Negra—, ojo por ojo.

Aterrorizada, Lina lo hizo. Los párpados de los umbríos se rasgaron, sanguinolentos, aunque ellos seguían repitiendo sus ensalmos. Notó que, detrás de ella, Luna Negra le tocaba un hombro, y cuando Cerberus tomó la mano de su madre cerró el circuito y el cordel se encendió con una ligera flama verde. A toda prisa, Luna Negra tomó el arma e hizo algo extraño: se metió el cordel con flamas en la boca y lo masticó.

—Que la visión que te fue arrebatada vuelva a ti —musitó la vampiresa —. Que el mundo tome sus formas y sus colores, sus tonos. De rodillas, alma mía.

Cerberus se postró ante su madre y la Dama Oscura le besó los párpados, con los labios llenos de saliva negra por la ceniza. El Destinado se incorporó y el velo que cubría sus ojos comenzó a desvanecerse; sus iris adquirieron el mismo color que los de su madre: amarillentos. Cerberus parpadeó y miró a su alrededor, con una expresión de infinito estupor. Caminó un poco, parecía incapaz de saber qué eran todas esas figuras a su alrededor y estaba pasmado por los colores vibrantes. No entendía las imágenes del todo.

—¿Nos ves, alma mía? —preguntó Luna Negra, vacilante.

—¡Lo hago! Se ha ido esa neblina espesa —se detuvo en Lina, impresionado por sus rasgos; con las manos recorrió su cara con suavidad. Al reconocerla comenzó a llorar.

—Si el sortilegio se rompe tendremos preparados más guerreros que donarán su vista al Destinado —prometió Pytia.

—Tardará en romperse —aseguró la Dama Oscura—. Esto es solo el principio de todo lo que haremos. Alma mía, ¿estás listo?

—Que los ejércitos se preparen. Abismo está lista para la invocación al elemental —confirmó el Destinado—. Hoy mismo cumpliremos la profecía de los Bromio.

Gis llevaba un buen rato siguiendo a la criatura por Cruxos. A su paso, ella despertaba terror en los demás seres, que de inmediato se apartaban de su camino: sombras, entidades traslúcidas, los cuidadores pequeñitos, incluso los arbustos y los líquenes se hacían a un lado. Mientras que las esferas luminosas simplemente se desvanecían al notar la cercanía de Ghul, los durmientes preferían despertar. Después de atravesar una tupida zona de raíces, un pantano y unas colinas, Gis iba perdiendo la

esperanza de encontrarse con Moth y Puck. Llegaron a una zona neblinosa con un pronunciado declive. Luego de unos pasos, Gis creyó que se acercaban a una pared o una montaña, hasta que se dio cuenta de que era una inmensa raíz, a través de milenios había crecido hasta alcanzar una altura de doscientos metros, parecía una torre tejida de retorcidos tentáculos con vellos vegetales. Entre los huecos había miles de burbujas luminosas. Gis dedujo que en ese mismo sitio, pero en la dimensión onírica, estaba la Pensión Somnus.

Ghul, que era casi una silueta deshilachada, se detuvo.

—Esa es la puerta al primer reino —anunció—. No me es permitido acercarme.

Gis sí podía hacerlo, pero no sabía bien qué hacer. Del otro lado, cuando te acercabas aparecía una puerta, y a través de ella solicitabas el acceso a Somnus. Pero del lado físico la superficie era lisa, y a través de ella al tacto se sentía como piel palpitante.

—Necesito buscar un objeto para hacer el llamado —recordó Gis—. Y luego debo volver a la pensión, del otro lado, para usarlo.

—¿Y con eso vas a matar a Cerberus? —preguntó Ghul.

—Tiene que desaparecer, al igual que su madre —reconoció Gis, mientras seguía explorando la corteza—. O harán mucho daño. ¿Cómo es que lo conoces?

—Me pidió unos favores, me maltrató —aseguró la criatura, con resentimiento—. Luego, cuando ya no me necesitaba, me quitó mi laguna. Pudo matarme, pero no lo hizo... —se detuvo pensativa—. Es raro, tampoco le interesó esclavizarme.

Gis subió a una rama. Atrás, en su sitio, Ghul seguía dándole vueltas al asunto.

—A veces fue cariñoso —reconoció—, pero nuestra relación duró tan poco —de pronto, la entidad se quedó en silencio, como si se hubiera dado cuenta de algo—. Espera, no hagas nada. Dame la daga de plata...

Gis se negó. Sostuvo con fuerza la mochila donde guardaba el estuche con las puntas de argén.

—¿No lo ves, sombrío? Si tengo el filo que puede matarlo, ¡va a respetarme de nuevo! Podré pedirle algo a cambio. ¡Es mi oportunidad! Todo podrá ser como antes.

Ghul se acercó a la gigantesca raíz, estiró unas largas manos viscosas.

—Dame la daga —gritó.

Gis subió por el ramal, vio cómo el rostro de la criatura adquiría rasgos pavorosos: una cara sin ojos ni nariz, con solo una enorme boca infestada de colmillos largos y puntiagudos. Los dedos de Ghul se volvieron curvos, como garfios, y saltó a la raíz. Al contacto brotó un denso humo gris, la corteza la quemaba.

—¡Dame el filo! ¡Es mío! —lanzó un alarido de furia—. ¡Cerberus me pertenece, su vida, su muerte!

Ghul intentó alcanzar a Gis. No le importaba recibir daño con tal de alcanzar la daga de filo de plata.

—¡Debí matarte, sucio sombrío! Lo haré ahora —amenazó—. ¡Dámela, dámela!

El desalojo de Saint-Médard fue inmediato, y solo dejaron pasar a unos pocos medios locales para cubrir el reporte de los incendios en las minas. En la noche llegaron rescatistas especializados, un ejército que aseguraba pertenecer a la Gendarmería Nacional, aunque sus miembros llevaban otro uniforme y una insignia con las letras BP (en honor a Benvolio Pozafría, su querido líder). Cuando los equipos de filmación se retiraron, se acordonó la zona. Ya aislados, a través de portales reflejantes instalados en el casco antiguo, llegaron criaturas pálidas, grises o verdosas, de largos colmillos, con escudos, cascos y armas antiguas y extrañas, como hachas luminosas, espadones con filo imposible y unas piquetas o estacas largas con puntas brillantes. Comenzó una suave nevada, pero eso no detuvo a los soldados que se apostaron en La Place du Peuple, alrededor de la vieja iglesia y en el museo de la mina. La que parecía coordinar a todos era la dama nosferatu a la que todos trataban con gran respeto. Un grupo de chupasangres y un redi fueron a saludarla a las criptas. Se trataba de Alessa y sus amigos los Pútridos, además de Hans y Osric.

Después de una afectuosa recepción, la abuela comentó el estatus.

—No sabemos cuánto tiempo tenemos que esperar —reconoció—, pueden ser horas o días. Pero aquí debajo, en algún momento, aparecerá Nuevo Estigius.

—¿Y Lina... está bien? —intentó confirmar Osric, con vocecita llorosa.

—Querido, no lo sé. Por Lavinia sabemos que se ha portado como una heroína —reconoció la abuela y se dirigió a Alessa—. ¿Pudiste ver a Ariel y a Ray?

La joven umbría dio su respectivo reporte: ya se estaban organizando los batallones que defenderían los nidos y el equipo especial que intentaría recuperar Anub. Iban a participar los antiguos integrantes de la Legión Alfa, Ludmila, Chestibor y Dragomir, junto con un contingente de *benvolianos* y el batallón de guerreras veteranas.

—Bien, bien. Debemos estar preparados para todo —suspiró Imo—. Para luchar y para resistir el final de ellos... o de nosotros.

—No me voy a mover de aquí hasta volver a ver a Lina —prometió

Osric.

Mientras tanto, en el Castillo de las Minas, Siward Lamprea se había puesto una nueva armadura con púas metálicas. Lo invadía ese feliz hormigueo antes de iniciar una batalla. Estaba seguro de que los depositantes obtendrían una victoria épica, algo nunca antes visto. Se sacudirían la humillación de perder cincuenta nidos en solo un día. Además, en la gran mina del castillo preparaba al ejército de feroces guerreros chupasangres para su gran incursión en el Mundo Tibio. Sería algo histórico.

—Saca a todos tus soldados de la caverna —ordenó a Lafcadio, el líder talismán que aún llevaba férulas de ceniza volcánica en los brazos, según él por un "accidente de batalla" y más valía no contradecirlo.

—¿Sabes a qué hora es el traslape? —preguntó Lafcadio.

—Antes de la medianoche —recordó Siward y miró alrededor—. ¿Por qué no están listas las jaulas de los aberrantes?

—Bogdana está trabajando en eso —explicó el guerrero talismán—. Los tiene en el segundo nivel.

—¡Todo debe estar fuera! —gruñó Siward, irritado—. Acompañaremos al Destinado, él nos abrirá camino. Será la primera vez en siglos que haremos un ataque directo a ciudades tibias —se le hizo agua la boca—. No podemos fallar.

Sin embargo, una noticia enturbió el buen ánimo. La talismán Cyneburga se acercó a Lafcadio para comunicarle que algo raro ocurría en Saint-Médard: unos vigías habían subido a buscar algo de alimento, pero no encontraron nada.

—Casi no hay tibios y los edificios están vacíos. Y eso no es lo peor —develó la umbría—. Todo está lleno de soldados del Concejo.

—Eso es imposible —replicó Lafcadio—. Justo el día de la invocación.

—A menos que lo supieran —murmuró Siward, furioso—. Y si es así, esto es grave: un incrustado les pasó la información.

En el sótano del santuario del Corazón de los Mártires, el ritual continuó con el sacrificio de los umbríos que habían donado su vista al Destinado. Su sangre se esparció en el aire y se mezcló con agua, tierra y fuego. Los nigromantes emitieron cánticos en una lengua sagrada y antigua, hacían

el llamado a la puerta de los primigenios.

Lina hizo todo lo posible para mantenerse serena, aunque era difícil concentrarse debido a Cerberus. Desde que el nosferatu había recobrado la vista, no hacía otra cosa que mirarla fijamente.

Luna Negra tomó la estaqueta Abismo y se acercó al enorme cristal de roca. Dio un toque y una intensa llama roja pulsó de inmediato en su interior.

—Estamos listos para la invocación —dijo Pytia—. Destinado...

—Lo sé. Acompáñame, esposa —Cerberus le tendió la mano a Lina—. Tenemos que alinearnos con el aquí y el ahora.

Era el traslape, Lina lo supo. Sacarían a Nuevo Estigius del bucle de tiempo.

En el Castillo de las Minas, Siward discutía con Bogdana, la jefa de los armeros y creadora de los aberrantes. Al fin tenía listo un montón de contenedores con ruedas, dentro se oían bramidos.

—Siward, no te entiendo —gruñó la anciana vampiresa—. ¿De qué espías hablas?

—Estamos rodeados —gritó el nosferatu—. Mandé un cuervo vigía y acabo de comprobarlo. Desaparecieron miles de humanos y ahora la ciudad está ocupada por soldados del Concejo. Seguramente preparan algo similar para el distrito seis. ¡Hay que revisar los sistemas de defensa de Anub! Alguien conoce nuestros planes.

—Esto es la guerra —se burló Bogdana—. Los enemigos deben suponer que en cualquier momento vamos a atacar y, desde que tenemos a Lina, su pánico seguramente aumentó.

Siward se estremeció como si recibiera una revelación.

—¿Y Lavinia? —preguntó nervioso—. Era la nosferatu que vigilaba a Lina.

—¿Crees que tengo tiempo para vigilar criados? Esa umbría no es importante.

—¡Lo es! ¡Trajo a Lina! —Siward comenzó a palidecer—. La última vez que la vi fue cuando tus bichos despedazaron a Titania —balbuceó—. Lavinia salió del estanque, luego se fue con Lina, creo que tras unos arcos... fue la última vez que la vi. Es posible que...

—No sé de qué hablas —resopló Bogdana—. Deberías dejar de beber tanta sangre cruda. Déjate de eso y trae a tu ejército para mover a mis pequeños.

—Tengo que hablar con la pareja sagrada. Deben saber que hay espías

incrustados.

—Ahora no puedes. ¿Ves eso? —Bogdana señaló las líneas violetas que aparecían en las esquinas del salón—. Estamos en el traslape.

—¡Nuevo Estigius estará al descubierto! —gritó Siward, con horror—. Por eso están los enemigos fuera.

La anciana frunció el ceño, ¿era posible?

—Serán solo unos minutos, mientras dura la invocación —dijo para tranquilizarse a sí misma—. Además, cuando el poder de Abismo esté completo, no tendremos nada que temer. ¡Por las bestias del inframundo! ¿Qué haces?

Siward se aproximó a una de las líneas de luz púrpura del muro. Enterró su estaqueta para abrir el hueco, del otro lado se veía Nuevo Estigius.

—¿Estás loco? ¡No cruces por dentro durante el traslape! —exclamó Bogdana—. ¡Y, además, estás demasiado robusto!

—¿Y si hay más incrustados? —gritó el nosferatu—. Hay que avisarle a la pareja.

Siward Lamprea saltó hacia la grieta de luz que comunicaba con Nuevo Estigius y cruzó al otro lado... al menos la mayor parte. Su armadura lo había protegido un poco, pero los rebordes le seccionaron un trozo de muslo, una oreja, una parte del codo y una porción del hombro izquierdo. Cayó en un pasillo de mármol, empapado en su propia sangre, con la estaqueta rota. Se le acercó un grupo de sirvientes.

—¡Debo advertir a la pareja sagrada! —gritó—. ¡Hay que volver al pliegue de tiempo!

Ningún asistente entendía qué pasaba. Siward caminó penosamente hacia el patio central. Unos pasos adelante vio a una sirvienta encapuchada, notó que llevaba una estaqueta entre el hábito; eso era imposible, ningún criado tenía permiso de portar armas.

—¡Detente y descúbrete ahora! —ordenó.

Pero la criatura no obedeció y con paso renqueante continuó hacia el Corazón de los Mártires. Siward confirmó que tenía razón, había un problema.

En el sótano del santuario, Cerberus y Lina ya estaban listos para continuar con la invocación. Se acercaron al cráneo, donde los esperaba Luna Negra, y el cristal de roca terminó de iluminarse hasta tomar un color rojo brillante.

—Lina, extiende tu mano —ordenó Cerberus.

Lina obedeció y el Destinado la puso sobre el gran cráneo.

—Este es el llamado a la entidad que habita Abismo —Cerberus desenfundó la estaqueta, que brillaba intensamente—. Tu sombra atrapada está, ven por ella. Prometemos alimento constante a cambio de obediencia. Los tres dueños exigimos al arma sagrada que cumpla su función como enlace con el mundo de las fuerzas primordiales. Así sea.

El Destinado puso su mano encima de la de Lina y Luna Negra colocó la suya hasta arriba. Después, Cerberus hundió uno de los filos de Abismo en las tres manos. Las traspasó y quedaron unidos, clavados al cristal de roca.

Lina sintió el agudo dolor quemante y náuseas, pero luego ocurrió algo extraño: la invadió una euforia enloquecida, una sensación de revancha, un amor malsano por Cerberus. Tardó un momento en identificar que esos sentimientos no eran suyos, sino de Luna Negra. ¿Y si ellos percibían sus emociones y pensamientos? Intentó dejar su mente en blanco.

Las manos de los tres dueños comenzaron a sangrar, el líquido confluyó en un solo caudal, que, al resbalar por el cráneo de cristal de roca, abrió una enorme grieta a la que siguieron muchas más. El Destinado desclavó Abismo, mientras que el cristal se fragmentaba en pedazos hasta pulverizarse. En su lugar quedó al descubierto un foso profundo del que salía el hedor agrio a carne descompuesta de todos los seres que fueron sacrificados en ese sitio en intentos inútiles de abrir el portal.

Se soltaron de las manos. Lina respiró con alivio, recuperaba su propia mente.

—El arma está lista —la Dama Oscura se dirigió a Lina—. Puedes ayudar a sostenerla, pero no hables por ningún motivo, cada palabra se considera parte del llamado. El Destinado y yo cerraremos la invocación y vamos a dictar nuestras condiciones.

Lina asintió, también estaba lista. De alguna manera, llevaba toda su vida preparándose para ese momento.

Capítulo XLIV
LA TRAICIÓN DE LINA POZAFRÍA

A Ghul, la Desterrada, le costaba trabajo seguir a Gismundus. El contacto con la corteza de la raíz quemaba su viscoso cuerpo. Aun así, continuó entre chillidos, le urgía tomar la daga ligada a Cerberus. Gis tampoco se detuvo, tenía alguna experiencia escalando en el jardín de Cimeria; sin embargo, comenzó a agotarse, sus manos se acalambraban del esfuerzo. Llegó a una zona en la que los ramales tenían escritas frases en una lengua antigua. Una de las ramas comenzó a balancearse y Gis tuvo una idea: fue hasta ella y saltó a otro troncal. Repitió la operación, resultaba más rápido subir así. Llegó a la zona de neblina, donde los gritos de Ghul se volvieron lejanos. Entonces descubrió una gran oquedad en el tallo central. Entró para buscar refugio y tomar aliento.

Dentro estaba un poco más fresco, era una cueva vegetal. Al explorar las paredes, Gis descubrió algunos objetos enterrados, como monedas con efigies de soberanos de imperios desaparecidos, un candado oxidado, cadenas de oro, cofres de metal, herramientas pequeñas, una muñeca de porcelana, un guaje que decía "Espectromex". ¿Y si ahí estaba el objeto que necesitaba? Revisó mejor, vio un destello al fondo. Al principio Gis no supo qué era, parecía una larga lágrima. Por el brillo y la propiedad traslúcida debía ser de corium, el metal de las profundidades. Intentó sacar la pieza, pero al tocarla lo invadió una somnolencia fulminante.

Bastó un parpadeo. Al abrir los ojos estaba en el gran vestíbulo de la Pensión Somnus. En la mano tenía la pieza traslúcida en forma de lágrima. Notó que en la parte delgada había un orificio.

—Date prisa en hacer el llamado —Gis reconoció la voz. Era el recepcionista de piel terrosa—. Otros ya lo hacen también. No pierdas tiempo.

En el vestíbulo estaban todas las criaturas similares al recepcionista: la anciana, la familia, la niña, el botones, el bibliotecario.

—Favor de abandonar la pensión —dijo el bibliotecario a los huéspedes—. Hay una emergencia. Las puertas se cierran hasta nuevo aviso.

El resto de los seres terrosos recorrió la pensión repitiendo la orden.

—Pero ¿no necesito una llave para abrir la puerta? —preguntó Gis al recepcionista.

—No vas a abrir, ¡vas a llamar! Y lo que necesitas lo tienes en la mano.

Gis lo revisó, era un badajo, lo que hace sonar las campanas. Recordó que había una muy antigua en la recepción. Corrió hasta el mostrador y las piezas encajaron perfectamente, el problema fue hacer que tocara, la campana era increíblemente pesada. De reojo, Gis vio cómo los huéspedes abandonaban la pensión.

Gis empujó con todas sus fuerzas y consiguió hacer que la campana sonara una vez, eso bastó. El sonido parecía una voz grave, se expandió por el vestíbulo. Por unos segundos no ocurrió nada, hasta que comenzaron unos pequeños movimientos: las llaves salieron de las celdillas, unos papeles del escritorio resbalaron al suelo.

—La última vez que alguien tocó esa campana fue hace mil cien años —recordó el bibliotecario de los ojos minerales, cerca de Gis—. Ahora sostente de algo.

La Pensión Somnus comenzó a girar. Primero se inclinó hacia un costado, se cayeron mesas, adornos con flores de cera, estatuas de soñantes célebres. Los pensionistas, algunos umbríos, varios humanos y otros seres con enormes máscaras de animales, se desvanecían en el aire, seguro buscando un lugar seguro fuera del estado onírico. Las maletas abandonadas dieron vueltas por las paredes. Algunas cabinas del teleférico se soltaron de los cables y quedaron colgando peligrosamente en medio del vestíbulo. Gis estaba sostenido de una mesa atornillada al suelo, que poco a poco se convertía en el techo. "Arriba es abajo", recordó.

Gis miró al estanque luminoso del fondo. Tenía un destello blanco casi cegador, la mesa comenzó a desclavarse.

—¡Suéltate! —le gritó el recepcionista—. Tú hiciste el llamado, te esperan.

La mesa se desprendió y, junto con ella, Gis cruzó el inmenso atrio. Sorteó en el aire muebles, cabinas del teleférico y cables. Finalmente entró a la luz, estaba muy helada.

Gis salió al estanque de una gruta. Tosió un poco y nadó a la orilla. Todo era blanco: el agua, las piedras, unos pequeños arbustos. Caminó al fondo y entró a un fabuloso salón, también blanco, con flores de cera, suelo de mármol pálido y muebles arrinconados como en los bailes.

Entonces vio a dos figuras, una umbría y un esqueleto enlamado, danzando un vals. Giraron hasta que se desvanecieron sobre una puerta blanca, tan alta que era imposible ver el final. Gis se tranquilizó, estaba cerrada, nadie la había abierto aún. Todo era extraño, Gis dedujo que estaba dormido.

—Estás despierto... —dijo una voz que no era ni masculina ni femenina—. Y dormido, parte y parte. Lo que ves lo sacamos de ti.

Gis entendió, con razón la escena le parecía familiar. Era de un cuento infantil de Nana Buba, del "El esqueleto verde". Recordó el comienzo: "Se dice, se cuenta, que hace siglos hubo una umbría de belleza tan exquisita como la de una gárgola...". Estaba en el salón donde terminaba el relato, cuando un pretendiente maltratado aparecía en forma de esqueleto para robarse a la presuntuosa novia y castigarla con un baile sin fin "... porque la danza es el arte más hermoso para el corazón".

—De este modo es más fácil comunicarnos, con imágenes y en un idioma que entiendes —explicó la voz que provenía del otro lado de la puerta.

Al poner atención, Gis se dio cuenta de que en realidad era una madeja de voces que hablaban al mismo tiempo:

—¿Pero quién ha sido?

—¿Otro mago negro?

—Es un diminuto sombrío.

—Algo quiere, todos vienen y piden algo.

—Esta puerta debe permanecer cerrada —dijeron las voces—. Falta mucho para que los cuatro reinos vuelvan a hermanarse. No estaban listos antes, tampoco ahora lo están.

—No quiero abrir el primer reino ni pido nada para mí —explicó Gis —. Vengo a salvarlos, a uno de ustedes. Los Bromio, unos umbríos, están a punto de llamar al que está unido a Abismo.

Al decir el nombre del arma se hizo un extraño silencio del otro lado de la puerta.

—¿Sabes qué es Abismo? —retomó la voz.

Gis conocía su leyenda, la del armero de Helhem que hizo novecientas noventa y nueve estaquetas, las Clontarf, cada una con el espíritu de un guerrero, y que intentó hacer otra, más poderosa, con un elemental. Abismo se había usado en más de mil guerras y se alimentaba de sangre.

—Algo sabes —dijeron la voces, leyendo la mente de Gis—. Uno de nosotros nos engañó para hacer el trato con el nigromante y fue castigado con el destierro.

Debía tratarse de la criatura llorosa que había encontrado en Cruxos, dedujo Gis.

—El nigromante también recibió un castigo —dijeron las voces—. La

funda del arma está hecha con su piel. No repetiremos su nombre, es signo de vergüenza. Sombrío, ¿sabes para qué quería el hechicero el arma?

—Deseaba ser muy poderoso, el más poderoso de todos —asumió Gis.

—Algo hay de eso —reconocieron las voces—, pero más que nada ansiaba abrir un portal a entremundos para recuperar a su familia, que murió por culpa de sus propias armas. Nunca midió el peligro, y al hacer la penúltima Clontarf, en un descuido, uno de sus hijos la tomó y, sin querer, despedazó la casa con la madre y los hermanos dentro.

Gis no conocía esa parte de la historia. Las voces continuaron:

—El umbrío no recuperó nada, al contrario, perdió todo, hasta la vida. Pero durante once siglos muchos nigromantes han intentado abrir esta puerta para completar la invocación que da el poder absoluto a la estaqueta. Ninguno lo ha conseguido, el llamado es peligroso, todos han muerto.

—Ahora existen tres dueños de Abismo —reveló Gis—. Supongo que con tres se podrá hacer la invocación, ¿no?

Se hizo un silencio absoluto, tenso.

—Tal vez... Sí, con tres ya posible es —repuso entonces una de las voces.

—Por eso estoy aquí, para impedirlo —Gis se quitó la mochila, sacó el estuche con las puntas de argén—. Dos de los dueños son umbríos nigromantes. Ya están heridos de muerte. Estas armas son las únicas que pueden destruirlos.

—¿Has venido hasta aquí a ayudarnos? —preguntaron las voces.

—No los ayudo a ustedes, lo hago por mi gente, que será esclavizada —explicó Gis—. Harán lo mismo con otros reinos cuando tengan el poder completo del elemental.

El chico notó que sucedía algo extraño. En las paredes blancas del gran salón comenzaron a escurrir hilillos de sangre oscura.

—Cuando se abra la puerta, solo tomen estas dagas de plata —insistió Gis, con urgencia—. Las dejaré aquí. Es la única oportunidad de liberarse de los que pretenden ser amos de un elemental.

—Pero mi sombra está atada —reconoció una voz—. A su voluntad unido estoy.

—Alguien te desatará —explicó Gis, aunque no estaba seguro de eso, pues era la misión de Lina.

Las líneas de sangre de las paredes manchaban todo: el mosaico, las mesas, los cortinajes; todo lo que tocaban lo rompían. Los hilillos se aproximaron a la gran puerta.

—Bien, lo intentaré —dijo la voz, y las otras entidades agregaron—: Pero te advertimos que estás muy cerca y somos demasiados. Cuando se abra la puerta, aunque sea un poco, es posible que mueras. Los mortales

no sobreviven a la totalidad de nuestra presencia.

A Gis le extrañó que los elementales se preocuparan por dañarlo, ¡a él, un simple e insignificante sombrío!

—Lo acepto —dijo de inmediato y sostuvo el estuche con las puntas de argén.

Si Lina iba a desaparecer, Gis tampoco le encontraba sentido a seguir viviendo. Los hilos de sangre subían ya por la puerta, cada línea se volvía una profunda grieta.

—También podemos hacer un intercambio —propuso una voz—. Si nos pagas con algo valioso y personal, otro tesoro te podemos dar.

Gis no entendía. Además de los filos no llevaba nada más, solo ese trozo de tela con sangre y lágrimas de Lina, que, a decir verdad, sí que era personal y valioso. Al principio pensó que serviría como primordial, ahora concentraba el amor que sentía por ella. Al levantar la vista, vio que la puerta estaba recubierta de sangre y grietas.

—Es lo único que me queda —Gis sacó la tela del bolsillo y enseguida oyó otra voz, provenía de arriba, de un sitio lejano.

"*La palabra es sagrada y con ella te atamos, ser del Abismo. Tu sombra nos pertenece en el aquí y el ahora. Ven y cumple con el poder al que tenemos derecho. Danos el uso de vida y muerte. Obligado estás.*"

Gis dedujo que era la voz de Cerberus.

Una de las grietas traspasó la puerta y por ahí se desbordó una cascada de luz. Gis cerró los ojos. En una mano sostenía las puntas de argén, en la otra, su valioso paño; lo ofreció.

La luz restalló en el bosque de Cruxos. Todo se iluminó: las piedras, el agua, la neblina, los arbustos, cada una de las raíces. Dentro de un tronco seco estaban guarecidos Moth y Puck, se incorporaron, nerviosos.

—Por todos los dioses, viejos y nuevos —exclamó Moth al ver a lo lejos una columna luminosa que atravesaba la cúpula de la gran caverna—. La puerta se ha abierto. ¡Este es nuestro fin!

—Moth, ¿podrías ser más optimista? —se quejó el hermano—. Al menos una vez.

—Todo va a salir maravilloso —Moth mostró una sonrisa fingida.

—¡Eso da más miedo! —Puck abrazó a su hermano.

De nuevo retumbó una voz, imperativa; en esta ocasión era la de Luna Negra:

"*Responde a tu sombra, atiende a tus dueños. Atado quedas por palabra y sortilegio. Que tu fuerza sea parte nuestra; tu poder, el de nosotros; nuestras órdenes, tus pensamientos, y nuestros deseos, tu voluntad. Sea de este modo.*"

La voz se escuchó tanto en el bosque de Cruxos como en su contraparte onírica, el Bosque de los Espejismos. Se coló en la Pensión Somnus, que seguía girada, aunque había desaparecido la gravedad. Flotaban los

muebles, los sombreros, las maletas, hasta los huéspedes que no alcanzaron a salir.

Para el recepcionista solo habían pasado pocos segundos desde que Gis cruzó, pero sabía que del otro lado el tiempo era distinto. Ojalá el muchacho sobreviviera.

La puerta del primer reino se había abierto, apenas una grieta, un instante, pero sus efectos llegaron a las Tierras Umbras y atravesaron sus rutas: el Paso Mortal, el Pozo de la Infamia, la Garganta Orcus. Tembló en la zona llamada cinturón de Namazu, se derrumbaron algunos bastiones de vigilancia; y en el campamento de la Vista Buena, usado como refugio para enfermos de litolepra, un resplandor verde restalló en el aire y la mitad de los umbros se curó, mientras que la otra fue devorada por la enfermedad. En las madrigueras, las tijerillas gigantes echaron a volar (y nadie las volvió a ver). En el cementerio de los arcosaurios bajo el puente, los esqueletos recibieron un chispazo de vida, el recuerdo de una existencia, algunos hasta lograron ponerse de pie. En la capital de los umbros pálidos, la ciudad fortificada de Kah'eek (o Kaeh'iik), sucedió algo extraño: las enormes bestias sanajh hicieron algo que nadie sabía que fueran capaces, lanzar un canto, triste y dulce a la vez. La reina pálida salió a contemplar el fenómeno, iba acompañada de su hija, Larcia Pozafría, que murmuró un "Gismu" quedo para sí.

Los efectos ascendieron al Mundo Umbrío. Comenzó por el nido más profundo, Helhem. Ahí todos los mecas, los viejos autómatas de tiendas y bodegas, se echaron a andar animados por una energía desconocida: músicos, bailarinas, jugadores de ajedrez. En el Triángulo del Dragón, en los hermosos nidos de Berilius, Yin y Loy, por un momento las calles se llenaron con las siluetas de los miles de umbríos que las habitaron. En el colosal Duat, con sus cuarenta y dos barrios en forma de obeliscos gigantes, la piedra comenzó a vibrar y sus pobladores casi enloquecieron por el sonido. Mientras que en el bonito nido de Darmat se evaporaron los canales y la ciudad umbría quedó envuelta en neblina de color ámbar. El nido de Érebus sufrió un oportuno terremoto: en la caverna donde estaban las casas apretujadas, se abrió un gran boquete a un costado que mostró espacio para que la ciudad pudiera expandirse. Mientras que en los tétricos nidos de Takal y Xux, llenos de refugiados numus, todos los animales reanimantes se agusanaron, como los cadáveres que eran. En Anub, el nido sagrado e invadido por depositantes, ocurrió algo insólito: el río de lava ardiente se enfrió y, por primera vez, el nido dejó de moverse. En las demás ciudades subterráneas los murciélagos postales comenzaron a girar en espirales perfectas.

Mientras tanto, en la Ciudad de la Anticiencia, los alcaldes, Dino y Alba, tomaron a su pequeña Graziella y salieron a las calles. Los

habitantes miraban desconcertados un raro fenómeno. Parecía que cada una de las piedras iridiscentes de la ciudad, desde las baldosas hasta la bóveda, latían. Lo hacían con suavidad. Muchos recordaron el mito de la gran salamandra.

—Es la tierra, está viva —aseguró Dino.

Los efectos llegaron hasta el cuarto reino, el humano. Cientos de parejas que iban en un crucero que transitaba por el océano Índico presenciaron un extraño efecto en las aguas: estallidos de luz en el fondo del mar que revelaron una extraña fauna marina y los restos del avión de Nova Pacific. En otras ciudades el fenómeno fue más singular, como en Hunhukwe, una aldea de Botsuana que había sufrido tiempo atrás por la desaparición de jóvenes. Esa noche escucharon sus voces desde el fondo de la tierra, eran espíritus que se despedían de sus familias. Mientras que al otro lado del mundo, los enfermos de un asilo psiquiátrico en Guatemala despertaron al mismo tiempo y aseguraron experimentar el mismo sueño: el de un esqueleto verde bailando con una extraña dama de rostro triste y colmillos largos.

En una vieja ciudad minera de Francia, Saint-Médard, los soldados vieron un hermoso y espectral espectáculo en el gélido cielo nocturno: ondas de luz se encadenaron una a otra, como auroras boreales.

—¿Qué es? —preguntó Osric, al lado de su abuela.

—Una señal, querido —suspiró—. Esto ya comenzó.

Y todo ello pasó en apenas algunos segundos. Mientras que debajo de esa ciudad minera, en una de las colosales minas abandonadas, al fin se hizo visible el grandioso castillo necromántico: Nuevo Estigius, repleto de magos negros y guerreros encarnados. Todos esperaban la orden de la pareja sagrada para salir y conquistar los reinos. El santuario del Corazón de los Mártires brillaba con extrema intensidad, mientras que en el patio se oían los gritos de Siward Lamprea, que no dejaba de seguir a una sirvienta que se colaba entre los chupasangres.

—El jefe de casta está herido —notó un guerrero, y se acercó a Siward, que iba dejando un rastro de chorretones de sangre.

Varios se acercaron a ayudarle, pero Siward se los quitó de encima.

—¡Detengan a la sirvienta! —gritó a los guardias.

Nadie entendía la instrucción. ¿Qué sirvienta? En el patio había muchos criados con el hábito rosa. Desesperado, Siward tomó la daga que llevaba en la bota y la lanzó. Su tino era impecable, cortó los dedos de la criada y esta soltó la estaqueta. No gritó, solo recogió el arma con la otra mano. A toda prisa, Siward le quitó la espada a un soldado para arrojársela. En esta ocasión atravesó a la sirvienta por la espalda. Todos esperaban la sangre, verla caer, pero la extraña criatura se giró lentamente.

—Lástima, vampiro, llegaste tarde. Esto ya me lo hicieron antes —la criada se descorrió la capucha—. Soy un condenado zombi.

Los chupasangres del patio quedaron desconcertados. Ninguno en su larga vida había visto que un redivivo hablara. Siward tampoco, pero entonces recordó algo. Entre sus misiones alguna vez tuvo que esconder ese cadáver, era Marcia, la madre de Lina... su sospecha de traición se confirmó.

En el sótano del santuario, la invocación estaba por terminar. Tanto Cerberus como Luna Negra cumplieron con el llamado y la petición al ser elemental. Para todos los pasos necesitaron a Lina, que se limitó a sostener junto a ellos la estaqueta, mientras un lazo de luz roja se tejía entre los tres.

Durante el proceso Lina no dejó de temblar. La energía que fluía por su cuerpo era demencial. Experimentó todos los sentimientos: euforia, tristeza, paz, furia, amor, odio; también comprendió cada misterio matemático, astronómico, físico, químico. Percibía el universo y sus dimensiones comunicándose entre sí. Además supo que podía manipular la percepción del tiempo. Por ejemplo, usar un segundo para reflexionar sobre cientos de cosas o revisar a detalle a los once nosferatus que estaban a su alrededor.

Su atención también podía dividirse. Por un lado, escuchaba cada palabra de la pareja sagrada; por el otro, hacía una reflexión sobre todos los pasos que la llevaron hasta ahí, sobre los éxitos, pero también sobre los terribles errores que estaba destinada a cometer (ahora lo supo), porque eran parte del camino. Y la reflexión avanzó tanto hacia el pasado como al futuro. Meditó en todas las posibilidades que ahora se abrían ante ella. Supuso que si existían los dioses, debían percibir el mundo así.

Y por un instante Lina dudó de su misión: ¿vengar la muerte de su padre?, ¿ayudar a su clan?, ¿detener una guerra? Eso era tan mundano, tan insignificante. Si los cuatro reinos se destruían, así tenía que ser, ese era el ciclo. Siempre habría más mundos.

Supo también que nunca había experimentado nada tan perfecto y poderoso como el poder completo de Abismo, ¿por qué debía renunciar a ello? Ahora tenía el dominio sobre el tiempo, acceso a conocimientos infinitos. Su vida anterior era burda. Desde ahora podría convertirse en un ser superior y dejar de reaccionar a sentimientos elementales de un ser limitado. Ya no mandaría sobre ella un imperfecto corazón.

"Te estaré esperando, hijita."

Un recuerdo resonó en su memoria, la frase de Marcia. Un segundo después, Lina volvió a dudar: ¿para qué quería tanto poder y tiempo, si iba a dejar de lado a sus seres queridos? ¿De qué sirve la eternidad si no tienes con quien compartirla? Se vio a sí misma llena de conocimientos pero sola, en un campo de ruinas. Alguien que está vacío nunca nada llena, jamás es suficiente. Se vio como el Destinado y como la Dama Oscura.

Todo eso ocurrió durante los instantes que se prolongó la invocación.

—Ya puedes soltar la estaqueta —le dijo Luna Negra, con suavidad.

—Lo has hecho bien —Cerberus sonrió.

—Falta algo —murmuró Lina—. También soy dueña del arma —la estaqueta reaccionó haciendo más intenso el cordel de luz alrededor de su muñeca.

Todos en el sótano la miraron con extrañeza, Lina supo que debía darse prisa.

—Los elementales son fuerzas libres, es su naturaleza. Por ello daré una última instrucción al elemental que habita en esta arma: libérate del yugo de la servidumbre, destruye a Abismo y usa los filos de plata para eliminar a tus amos umbríos mayores, así quedarás libre. Cuando esto pase, renuncio por siempre al poder de manejarte.

—¿Qué estás diciendo? —exclamó Cerberus—. Ningún elemental me puede matar.

Luna Negra golpeó con la mano de hierro el rostro de Lina y consiguió que soltara la empuñadura de la estaqueta.

Al momento, Lina dejó de sentir el colosal poder de Abismo. Todos los conocimientos perfectos desaparecieron al instante. Volvió a ser vulnerable. Se dio cuenta del estupor y la confusión que cundían en el sótano del santuario. Tenía tantas dudas: ¿habría bastado?, ¿tendrían consecuencias las últimas palabras de Cerberus? Si era así, su misión habría fracasado.

—Se te advirtió que no hablaras —riñó la esiartis Pytia—. ¿Eres imbécil? Esto es muy serio. No puedes decir cualquier estupidez que te pase por la cabeza.

—No fue ninguna estupidez —la voz de Luna Negra era grave, lenta—. Lina ha dado una contraorden, pidió la destrucción del arma y nuestra muerte.

—Eso no es cierto —la defendió Cerberus—. Ella no puede hacer eso. Además, solo podemos morir con los filos de plata.

—Quizá Lina sepa dónde están —los ojos de Luna Negra restallaron—. Siempre lo has sabido, ¿verdad?

Lina no necesitaba responder.

—¡Traición! —gritó Pytia.

Los demás nigromantes murmuraron, agitados.

—Todo esto es una tontería —aseguró Cerberus—. Lina es mi esposa, una de nosotros. Ha pasado todas las pruebas y me ama.

—Que lo pruebe —Luna Negra le acercó Abismo a Lina—. Anula tu última orden.

—Dije lo que tenía que decir —Lina se irguió con valor.

Aunque seguía dudando sobre el efecto que tenía la última frase de Cerberus en la invocación, Lina no tocaría por sí misma el arma, no iba a arriesgarse a que Luna Negra diera una nueva orden o a que entrara en su cabeza para controlarla.

—Es una incrustada —confirmó la Dama Oscura. Lina detectó un levísimo matiz de admiración—. Nos engañaste, usaste el mismo sello que te puse para ocultar tu futuro.

—Pero te convertiste, te casaste conmigo —Cerberus seguía sin creerlo —. Acabas de ayudarme a recuperar la vista. No entiendo.

—Yo sí. Es venganza —Luna Negra la miró con desprecio.

—Es justicia —corrigió Lina.

—Como sea, hay una forma de remediar esto —aseguró Luna Negra—. Solo los dueños de Abismo pueden darle órdenes. Sea pues.

Era claro lo que se proponía la Dama Oscura. Tomó la estaqueta y se lanzó tras Lina con las tres puntas desplegadas; la roja, de filo, se dirigía justo al corazón de la joven umbría. Lina extendió un brazo y el arma lo atravesó. Oyó cómo se rompió el hueso. ("Ese fue el cúbito", pensó con un resabio de mente nerd.) Pero el arma se detuvo a unos centímetros de su pecho. Seguía siendo su dueña y el metal lo sabía.

—¡Basta, madre! —exigió Cerberus.

Los escarabajos carroñeros salieron del interior de la túnica de Luna Negra. El enjambre furioso comenzó a girar. Lina supo que se aproximaba el momento de su muerte. Era claro que a la Dama Oscura le urgía deshacerse de ella para dar nuevas órdenes a Abismo, con solo dos dueños. Lina calculó que debía sobrevivir unos minutos más, hasta que se cumpliera la última instrucción, y, en una medida desesperada, buscó refugio en los brazos de Cerberus. Los carroñeros daban vueltas encima de ellos.

—No puedes matarla, hiciste un juramento —recordó el Destinado.

—¿La defiendes? Después de que pidió nuestra muerte —rugió Luna Negra—. Sabes que esta es la única manera de remediar el desastre. Tiene que hacerse ahora.

—Debe haber otro remedio —negó Cerberus, abrumado.

El caos se había apoderado de los umbríos, todos discutían. Lina dirigió la mirada al foso, en tensa espera, mientras se cumplía su condena. Entonces lo notó.

—El elemental unido a Abismo se aproxima —Pytia señaló la luz rojiza

que emanaba del foso—. Destinado, haga otro traslape, hay que mover Nuevo Estigius al tiempo oculto. Solo así la Dama Oscura y usted podrán protegerse mientras esto se remedia.

Parecía lo mejor, pero también necesitaban a Lina. Cerberus la tomó de una muñeca y la llevó a rastras hacia la puerta del sótano, entonces notaron que todo comenzaba a llenarse de líneas púrpuras.

"Unos minutos más", suplicó Lina en su mente. Era todo lo que la separaba del éxito o del más fatal de los fracasos.

Capítulo XLV
MI DEBILIDAD

Arriba, en el santuario del Corazón de los Mártires, había estallado otro caos. La redi consiguió entrar para arrojarse sobre la clepsidra de sangre. Llevaba una espada enterrada que sobresalía del vientre, la usó para destrozar los contenedores. En el momento en que la sangre del reloj comenzó a escurrir, perdió su sobrenatural brillo púrpura.

Siward, los vigilantes y los encarnados se quedaron petrificados por el espanto.

Cada una de las paredes se llenó de líneas luminosas y un agudo sonido recorrió el castillo de Nuevo Estigius, provocando la ruptura de los cristales: ventanas, vitrales, rosetones, vidrieras y hasta copas y trastos.

En el sótano del santuario el Destinado levantó la estaqueta. Los símbolos inscritos parecían parpadear y sucedió algo inesperado: Abismo, el arma más poderosa del inframundo, se rompió. Las tres puntas resbalaron al suelo y de cada fragmento emanó un denso humo azul.

Durante unos segundos nadie se atrevió a hablar. Solo era audible el zumbido de los escarabajos.

En el cuartel instalado en la vieja iglesia de Saint-Médard sonó uno de los radiotransmisores. Alessa respondió, era Lola. Los umbrianos vigilaban el museo de la mina y algo importante ocurría en la gran caverna: había chispazos de luz y gritos. Alessa prometió ir de inmediato con su escuadrón.

—¿Te has enterado de todo eso por ese aparatito? —Imogene señaló el

transmisor.

—Es más rápido que los murciélagos postales —Alessa le mostró el botón para hablar, señaló una mesa llena de ellos—. Cada uno comunica con un puesto de vigilancia.

—Maravilloso, querida, adelante... yo me encargo —la abuela hizo una seña—. Anda, ve a investigar. ¡De prisa! Antes de que esto se salga de control.

En el santuario del Corazón de los Mártires, Siward extrajo la espada que Marcia tenía enterrada en la espalda.

—¿Qué hiciste? —repetía aterrado, sin dejar de ver los restos de la clepsidra.

Levantó el arma para degollar a la redi, quería despedazarla solo para calmar su furia.

—Hazlo, de todos modos estoy muerta —se burló Marcia—. Ya nada duele.

Una fuerte sacudida los tiró a ambos al suelo. El caos anunciado finalmente se desató. Aunque la visión zombi de Marcia no era demasiado buena, alcanzó a ver un glorioso y terrible espectáculo. Entre desgarrones de luz púrpura, el opulento castillo de los Bromio comenzó a despedazarse al colisionar con otro castillo, más rústico y polvoriento. Algunos muros de mármol saltaron en pedazos al hacer contacto con los toscos tapiales de piedra. Las hermosas y tétricas columnas nigromantes se rompieron al encontrarse con burdos pilares de madera. No era un traslape ni un intercambio, las construcciones ocupaban el mismo sitio y tiempo. Se superponían habitaciones y barracas, candelabros con lámparas de aceite, un salón de banquetes irrumpió en una rústica cocina de soldados; en el patio trasero, una siniestra y elegante torre quedó justo sobre un foso de aguas hirvientes, sulfurosas; perdió el equilibrio y sus veinticinco niveles colapsaron.

El mismo fenómeno se replicó con los umbríos. Era brutal ver nosferatus cortados al fusionarse con una mesa, una bañera de oro; muchos quedaron atrapados dentro de un muro, una efigie; lo más grotesco era ver cuando quedaban en el camino de otro chupasangre. Cientos se despedazaron: la cabeza de un guerrero apareció en el pecho de otro y una mano salía de la boca de un encarnado. No ayudaba correr, al contrario, aumentaban las posibilidades de quedar atrapado en algo o alguien. Los umbríos lanzaban chillidos agonizantes, mutilados, con una inesperada estaca en el corazón, la peor de sus pesadillas. Después de

unos minutos, el Castillo de las Minas y Nuevo Estigius terminaron de acoplarse para volverse un solo lugar. Apenas quedaron en pie algunas torres, las estatuas de los Bromio del patio central y parte del santuario del Corazón de los Mártires.

Los que permanecieron intactos fueron los soldados y guerreros que esperaban fuera, en las grutas, aguardando la señal del inicio de la gran invasión; pero no aparecía ningún jefe. Dentro del castillo, la anciana Bogdana había sobrevivido, aunque sus aberrantes quedaron atrapados dentro de una bóveda llena de óbolos. Al buscar ayuda, se encontró a Siward en el patio principal. A sus heridas del primer cruce se sumaban nuevos cortes y dentro de un brazo tenía una copa de oro incrustada.

—¿Qué ha sido todo eso? —gimió la vieja vampiresa.

—¿No es evidente? —sonrió Siward, con amargura—. Perdimos el tiempo oculto. Los incrustados boicotearon la invocación.

Bogdana parpadeó, perpleja.

—¿Dónde está el Destinado? —preguntó con un hilo de voz.

Siward señaló el santuario del Corazón de los Mártires, lleno de grietas.

—Sigue con la Dama Oscura en el sótano, creo.

—¿Qué hacemos? —gimió Bogdana.

Era la pregunta que se hacían todos los depositantes. ¿Qué hacer? La mayoría ni siquiera sabía qué estaba ocurriendo. En el terraplén se escuchó la atronadora voz de Lafcadio, apenas podía arrastrar a Cyneburga, de cuyo vientre sobresalía una efigie de mármol negro de Taria Bromio.

—¡Nadie la toque! —advirtió Lafcadio—. Hay que salir de aquí.

—¿Y la pareja sagrada? —preguntó Quaren, el otro talismán oscuro.

—¿Tú los ves? —gruñó Lafcadio y siguió arrastrando a Cyneburga, que ya ni siquiera reaccionaba—. ¡A las salidas!

Esa misma idea tuvieron cientos de soldados que cruzaron por uno de los espejos libres que conducían al nido numu de Xux, y que al llegar se toparon con una batalla liderada por los talismanes del Concejo: Ludmila, Chestibor y Dragomir. Varios pelearon, otros se rindieron, varios más prefirieron el suicidio ritual, como Lafcadio.

Alessa llegó a las bodegas del museo de la mina. La acompañaban sus amigos Lupo, Urso y Vulpino, con la pasta nusku preparada para derribar lo que fuera.

—¿Bajamos? ¿Qué hacemos? —preguntó Lupo.

—Nosotros tenemos mogollón de municiones —presumió Javi.

—Vienen para acá —aseguró Alessa—. Los oigo, son cientos. ¿Listos?

Los pútridos y Javi asintieron, cazar depositantes era su nueva

actividad favorita.

En el sótano del Corazón de los Mártires la situación empeoraba. Todo estaba agrietado: las columnas y los soportales. Cuando Luna Negra abrió la puerta para salir, se encontró con un muro que antes no estaba.

—Es del Castillo de las Minas —observó Pytia—. Por alguna razón estamos juntos.

Lina estaba sorprendida de seguir viva a esas alturas. Se hacía un montón de preguntas: si Abismo se había roto, ¿ya no guardaba la sombra de ningún elemental? Entonces nadie podía ser su amo ni ordenarle nada, ¿era correcto? ¿Qué era ese humo azul? ¿Y dónde estaba el elemental que fue invocado?, ¿tendría las puntas de argén?

—¿Qué hiciste? —gimió Luna Negra—. ¿Cómo has podido romper la profecía de los Bromio? ¡Nuestro destino era reinar sobre los cuatro reinos!

—Pero lo hicieron —aseguró Lina, ya no tenía miedo—, por segundos...

Eso era verdad. La misma Lina había sentido ese poder absoluto, el conocimiento supremo, las miles de posibilidades. La profecía se cumplió tal como dijo Timur el Cíclope: los Bromio reinaron, mas nunca especificó si lo harían por milenios o por tres minutos.

Los escarabajos seguían dando vueltas, vibrando furiosos.

—Nunca imaginé tu traición —musitó la Dama Oscura, dolida.

Lina esperaba el ataque inminente de los carroñeros en su piel, entonces se percató de que la última frase de Luna Negra iba dirigida a su hijo.

—Alma mía..., no sabes lo que me sacrifiqué, lo que hice para rescatarte. Te esperé cien años para la invocación, fui tan paciente. La profecía anunciaba que eras el Destinado, pero al final protegiste a nuestros enemigos —resopló por el tajo de la garganta—. No eres digno de tu clan.

Luna Negra comenzó a llorar de decepción y rabia. Por alguna razón, verla así resultaba pavoroso. Cerberus seguía en silencio, protegiendo a su esposa. A los pies de todos aún brillaban los trozos de Abismo.

—Pensé que mi debilidad era Benvolio, pero me equivoqué —Luna Negra se limpió las lágrimas—. Alma mía, tú eres mi debilidad. Debí destruirte cuando, al salir del laberinto, me confesaste que no fuiste capaz de matar a la humana; o mucho antes, cuando te percibí dentro de mi cuerpo.

Cerberus no decía nada, miraba fijamente el terrible rostro de su madre, deformado por la ira y la decepción.

La Dama Oscura tomó la hoja de Abismo que estaba más cerca de ella y se lanzó contra su hijo. Lina se arrojó al suelo, oyó un restallido. La vampiresa había golpeado a Cerberus con la punta de fuerza. Algo de poder quedaba en el arma, porque abrió en el pecho del umbrío un boquete tan profundo que hizo saltar costillas y trozos de carne.

—Tu debilidad se volvió la mía —Luna Negra seguía llorando, devastada—. Y nos destruyó a todos.

La lesión era pavorosa. A través del agujero se podía ver el corazón de Cerberus latiendo desbocado, pero Lina sabía que su muerte definitiva estaba atada al filo de plata. Luna Negra podía sacarle el órgano con las manos, pero algo de su hijo seguiría con vida y podría ser usado por un mago oscuro.

En ese momento, el sótano se iluminó con una luz incandescente que provenía del foso. Los nigromantes gritaron de pavor. Lina no se asustó, vio emerger a una doncella de fuego, menuda, de una belleza inconcebible. Su cabello, su ropa y su piel misma estaban tejidas con finísimas flamas rojas. La invadió una oleada de alivio al ver que en las manos llevaba un estuche de plomo con las puntas de argén. ¡El otro equipo había cumplido con su parte! Pensó en Gis, suplicó que estuviera bien.

La Dama Oscura debió de reconocer los filos de plata porque, de inmediato, sus escarabajos carroñeros la protegieron dispuestos en forma de escudo. Sin embargo, bastó un toque de la doncella de fuego para que el enjambre se convirtiera en cenizas. Luna Negra lanzó un agudo grito, como si le hubieran arrancado una capa de piel.

Tambaleante, la Dama Oscura fue hacia la salida, llevaba el trozo de estaqueta en la mano, la que tenía el núcleo de fuerza. La usó para romper el muro y abrir un hueco por donde escapar. Detrás iban los nigromantes y la fiel Pytia.

—¿Qué hace? ¡No nos deje aquí! —gimió la esiartis cuando notó que Luna Negra usaba los restos de poder del arma para derribar el santuario del Corazón de los Mártires, en un intento de sepultar al elemental, junto con todos los demás.

Lina, con el brazo roto y tumbada en el suelo, vio cómo el humo azul que había salido del arma ahora tomaba forma. Se parecía a la mujer menuda, aunque también a un hombre, a algún tipo de felino, a una sombra de mil aspectos. Tomó la otra punta de argén del estuche, pero soltó la daga al acercarse a Cerberus.

Respondía a la orden "Ningún elemental me puede matar", que el nosferatu alcanzó a emitir.

Los dos seres, el real y el reflejo, se unieron después de once siglos de separación y formaron una gran figura color púrpura, que a Lina le pareció un hermoso venado, con astas enormes; en una llevaba el filo de plata para eliminar a Luna Negra. Cada parte de su cuerpo pulsaba. Se dirigió a las mismas escaleras que usó la nosferatu para salir. En ese tramo estaban apeñuscados Pytia y otros diez nigromantes. El elemental simplemente los atravesó, su intensa energía los vaporizó al contacto. Pytia, como todas las esiartis, había tenido un vistazo de su propia muerte. Cuando lo vio en un oráculo fue incomprensible: ser arrollada por un animal de fuego y hielo; esa visión ahora adquiría sentido. Después, el elemental siguió su camino fundiendo la piedra y los escombros, hasta que salió.

—Envíen más refuerzos. ¿Me copias, abuela? —restalló la voz de Alessa por el radiotransmisor.

Imogene tomó el aparato. ¡De verdad eran prácticos esos inventos tibios!

—Sí, querida. ¿Qué sucede? ¿Dónde estás?

—En la zona del museo de la mina —explicó Alessa—. Pero hay miles de numus subiendo.

—¡Ya nos van a invadir! —gimió Crésida—. Lo que temíamos, la conquista final.

Atrás Osric lloriqueó un poco, pero se colocó un casco, listo para luchar.

—No sé. Es muy raro —reconoció Alessa—. Están como... asustados. Algo sucede abajo, en la gran caverna.

El caos se extendía al resto del Mundo Umbrío. Parecía que soldados y guerreros encarnados habían perdido la dirección. Ni la profecía se había cumplido, ni los jefes se manifestaban. Ariel y Ray tenían preparada una compleja estrategia para resistir nuevas invasiones, que nunca llegaron. Había tal desorden entre los enemigos que Ariel consiguió que su ejército entrara a Anub; ayudó que el nido se hubiera detenido en el magma solidificado. Con solo tres batallones pudieron recuperar el nido sagrado.

Desde Ubus se organizaba todo y de ahí salían los soldados del Nuevo Concejo. Era como volver a vivir otro Día de la Liberación, pero más

rápido, fulminante.

—Es gracias a Lina, cumplió su misión —aseguró Ray, emocionado.

—Hasta que no sepamos el destino de los Bromio, no podemos cantar victoria —recordó Ariel.

Alessa, Lupo, Urso y Vulpino libraron algunas peleas en el museo de la mina de Saint-Médard. Los umbrianos eran excelente apoyo, aunque sus armas no resultaban nada discretas. Las ametralladoras Browning, los fusiles de asalto AK-47, las granadas de fragmentación y las bazucas contuvieron a los depositantes, pero destrozaron todas las salas de exhibición, las taquillas, los dioramas, la galería de los maniquíes y hasta la tienda de recuerdos. En medio de las batallas, Alessa y los Pútridos aprovecharon para bajar por los túneles y escaleras hasta que llegaron a la gran cueva.

—¡Es Nuevo Estigius! —señaló Alessa, asombrada.

—Pues se ve horrendo para ser el mayor orgullo de los Bromio —observó Lupo.

En realidad eran dos castillos, uno destrozando al otro. Los cuarteles se encimaban sobre los puentes, la armería colgaba de un tejado, los restos de la biblioteca estaban llenos de cadáveres de umbríos con libros y muebles atravesados.

—No es necesario usar pasta de nusku —aseguró Urso cuando entraron a inspeccionar—. Los cimientos están rotos. Esto no tarda en colapsar.

Con cuidado, Alessa recorrió las instalaciones. Escuchó un llanto y descubrió, dentro de lo que parecía una habitación de caudales, a una anciana nosferatu rodeada de aberrantes fuera de control. Al parecer había caído dentro.

—Mis niños, soy yo, soy mamá —la vieja intentaba tranquilizarlos—. Vengan.

Alessa supuso que había enloquecido, porque sus pequeños monstruos no tardaron en destrozarla.

En el sótano del Corazón de los Mártires aún quedaban dos umbríos con vida, aunque no por mucho tiempo. Lina intentaba introducir el hueso cúbito que perforaba su antebrazo y Cerberus se colocó encima un trozo de

su armadura, a modo de peto, para proteger el boquete del pecho. De Pytia y los demás solo quedaron las siluetas en el muro.

—Quisiera volver a estar ciego para no verte —confesó Cerberus a Lina —. Tu belleza fue mi veneno —hizo una pausa, apenas podía hablar por el dolor—. Tantas mentiras... ¿o algo de lo nuestro fue verdad? ¿Alguna vez me amaste?

Lina no contestó. Necesitaba concentrarse, mantenerse alerta. Todavía no terminaba su misión.

—Sé que sí —Cerberus temblaba—, de una manera que no eres capaz de aceptar.

El nosferatu se levantó con esfuerzo, al hacerlo tomó un trozo de estaqueta.

—Supongo que sabes qué va a pasar ahora.

—Vas a matarme —dijo Lina sin ninguna duda.

—Debo cumplir mi destino —asintió, devastado—. Me negué antes y ocasioné este desastre.

¿Todavía afirmaba ser el Destinado de una profecía? Lina no lo podía creer.

—Regiré sobre los cuatro reinos sin ti, porque así lo has querido — Cerberus comenzó a llorar de pena, de dolor—. Será en unos meses o en centurias, pero cumpliré mi destino. Destruiste a mi madre, pero no a mí. Los elementales no pueden matarme.

Avanzó lentamente hacia Lina.

—Voy a sanar, voy a reconstruir mi ejército y buscaré a alguien digno de mí. Hasta nunca, Lina Pozafría. Adiós, amado veneno.

Fue muy rápido. Lina apenas vio la hoja afilada frente a ella antes de sentir cómo se abría un tajo en su garganta, a la misma altura que el que tenía Luna Negra.

—Te recordaré siempre —prometió Cerberus.

Lina se derrumbó, la sangre corría a borbotones sobre su suntuoso vestido. Intentó detener la hemorragia con la mano sana. Si había cortado la arteria carótida, le quedaban pocos minutos; tal vez como umbría podría durar un poco más, ¿cuatro, ocho minutos?

Cerberus tomó el otro filo de plata, se aproximó al foso y se lanzó al vacío.

Escapó.

En el cuartel de la vieja iglesia de Saint-Médard comenzaron a sonar todos los radiotransmisores. Los vigilantes alertaban de la presencia de

soldados numus. Al ver que ya no podían salir por el museo de la mina, los enemigos encontraron acceso al sistema de alcantarillado. Rompían aquí y allá las aceras o salían por el césped del *jardin des plantes*. Unos más se colaron a los sótanos del Musée d'Art et d'Industrie. Los *benvolianos* estaban listos y las batallas se extendieron por toda la ciudad. En el patio del Lycée Claude-Fauriel capturaron a Athanasi el Afilado, líder de la casta de los constructores, que iba con un par de asistentes cargando todo el oro que podían llevar encima, eso fue lo que frenó su huida.

Estaba nevando de nuevo cuando en la plaza principal de la ciudad, la Place du Peuple comenzó a estremecerse y sonaron las alarmas de los automóviles estacionados cerca. La mayoría de los nosferatus desconocía qué era ese sonido, se pusieron en guardia. Otra sacudida más violenta hizo repicar las campanas de La Grand'Église, y entonces se abrió un gran agujero en los adoquines. De entre la tierra, las tuberías rotas y los trozos de piedra emergió una nosferatu llena de polvo. Tanto los depositantes como los soldados del Nuevo Concejo la reconocieron: era la Dama Oscura y empuñaba la hoja de una estaqueta de fuerza.

Nadie supo qué hacer, ni los soldados, ni los numus a su servicio, porque detrás de ella avanzaba una serpiente de fuego, un dragón, un remolino, un enjambre de mariposas envueltas en fuego púrpura. Cada uno de los testigos lo describiría después de manera distinta.

Imogene salió a las escalinatas de la iglesia y percibió al elemental como una pequeña niña color violenta que empuñaba el filo de plata. Todos sus temores se desvanecieron, eso quería decir que tanto Lina como la expedición que fue al primer reino habían cumplido con sus misiones.

Luna Negra sabía que era su final, pero parecía dispuesta a defender cada segundo que le quedaba de vida. Para cortarle el paso a la entidad que la perseguía, con la hoja de Abismo destrozó una fuente de piedra, unas bancas, un estanquillo. El elemental ni se movió y avanzó fundiendo los obstáculos; magma y hierro líquido escurrían a su paso. La nieve que caía a su alrededor se volvía vapor y formaba una curiosa nube con un arcoíris en el interior.

La punta de la estaqueta iba perdiendo poder. Al cruzar la calle, Luna Negra ya no consiguió volcar un tranvía y el elemental restalló un látigo incandescente. La nosferatu salió proyectada contra la vidriera de la antigua iglesia.

La Dama Oscura quedó tendida en el desgastado suelo de la nave central.

—De prisa, ¡que no escape! —exclamó Imogene y miró hacia el techo —. ¡Osric, Crésida! Rápido, hay que soltar el gran candil.

—Pero tiene una cadena —observó el pequeño umbrío.

—Querido, ¡eres nosferatu! Usa los dientes, los colmillos. ¡Ahora!

Luna Negra se puso de pie. Su cuerpo, mil veces remendado con magia negra, podía resistir todavía más. Revisó las salidas, las criptas y puertas. Estaba lista para escapar por otra ventana cuando Imogene se acercó empuñando un cáliz de plata que le quemaba la mano. Golpeó con todas sus fuerzas la cabeza de la nosferatu, la derribó.

—Esto es por mi hijo, por mi Benvolio —remarcó Imo.

—¡Abuela! ¡Cuidado! —gritó Osric.

Imogene alcanzó a evadir el gran candil que cayó sobre Luna Negra. Se escuchó cómo se rompía la cervical y la mayoría de los huesos. A pesar de todo, la chupasangre seguía viva. Lanzó largas y agónicas asibilaciones por el tajo de la garganta. Vio cómo algunos umbríos entraban por las puertas laterales. Distinguió a Imogene.

A Luna Negra no le dolía tanto la muerte como la manera en que sucedía. Era humillante: en una ciudad tibia, frente a los soldados enemigos, a la vista de la líder de los Pozafría, luego de ser engañada por Lina, esa aviesa sanguaza. Moriría con el corazón devastado, por culpa de la debilidad de su hijo, a quien tanto quiso.

La silueta de fuego púrpura entró a la vieja iglesia. El elemental caminó lentamente hasta donde se hallaba Luna Negra, atrapada bajo el candil. A su paso las baldosas de piedra se volvieron líquidas, burbujeantes. Todos se apartaron.

La Dama Oscura contempló al elemental, para ella tenía la apariencia de Doctor Peste, y este completó aquella acción que comenzó más de un siglo atrás, cuando se dio la orden de destruir al clan maldito, contaminado por el poder y la maldad. Solo bastó un golpe del filo de plata para degollar a Luna Negra. Al instante, se apagó ese hálito de agonía que se había vuelto un remedo de vida, alimentado de rencor y odio.

Después, el elemental tomó la forma de una gran lengua de fuego y devoró a Luna Negra hasta consumir todas sus partes. El calor era tan intenso que las bancas y un confesionario se volvieron cenizas.

Un caballo en llamas, una procesión de almas brillantes, un pavorreal, un enjambre de hermosos insectos, murciélagos envueltos en flamas púrpuras. Cada testigo vio algo distinto, pero todos coincidieron en que era bellísimo. La visión ardiente salió de la vieja iglesia y entró al cráter de la plazuela para desaparecer en las profundidades de la tierra.

Lina abrió los ojos, seguía en el sótano del santuario del Corazón de los Mártires, era la única criatura que quedaba ahí. Había perdido demasiada sangre, tenía frío y no dejaba de temblar. Si seguía con un rastro de vida

era gracias a su vórtice o al famoso instante de suerte. Debía aprovecharlo, era el último.

¡Cómo le dolían el brazo y la herida abierta del cuello! A pesar de la debilidad se obligó a moverse. Pensó en el asesinato de su padre, en los nidos destruidos, en lo que había sufrido la familia, en los refugiados, en su madre muerta y rediviva, en la guerra. Para que todo terminara de verdad, debía eliminar a Cerberus. Debía encontrarlo.

Tomó el único trozo de Abismo que había quedado entre los escombros, era la hoja de velocidad, aún tenía un pequeño rastro de poder. Sabía manejar esas estaquetas, era experta. Se arrastró hasta el foso, ahora completamente oscuro, se impulsó con un golpe y se lanzó a las profundidades.

Mientras, en el tercer reino Ariel y Ray confirmaron el control sobre todos los distritos de Mundo Umbrío, incluyendo la zona yasma, cuna de los nigromantes. Los depositantes sabían que la invocación había salido mal. Nunca apareció la pareja sagrada con el fabuloso poder elemental, ni siquiera el Destinado empuñando Abismo; no recibieron órdenes de los jefes de castas. Comenzó a esparcirse el rumor de que Luna Negra había sido destruida con el filo de plata, en una ciudad tibia. Algunos numus solo querían un escondite, otros decidieron rendirse y pactar su arrepentimiento. Los depositantes casi siempre cometían suicidio ritual. Alessa y los Pútridos los descubrieron en Nuevo Estigius cuando recorrían sus ruinas: en un gran patio encontraron reunidos a todos los sirvientes que habían sobrevivido al traslape y a su jefe Rutko. Cada uno de ellos llevaba el estilete de plata enterrado en el cráneo, preferían el sopor argento antes de sufrir la deshonra de entregarse al enemigo.

Gracias a la débil punta brillante de la estaqueta, Lina contempló las paredes de tierra de la garganta que se abría delante de ella. Usó unos salientes para impulsarse y ganar velocidad. No tenía idea de qué tan profundo caería, aunque eso no era importante, lo más seguro era que nunca saliera. Después de un par de minutos distinguió a otra figura delante de ella, que se iluminaba también por la punta roja de un trozo de Abismo: era el Destinado, sus largos cabellos parecían flamas. Lina lo alcanzó y lo tomó con suavidad de un pie.

Cerberus se giró, sorprendido.

—Los elementales no te pueden matar —murmuró Lina—, pero yo sí.

—Tengo el filo de plata —balbuceó, agitándose—. No puedes hacerme nada.

—Puedo hacer esto.

Lina ejecutó ese movimiento que le salía tan bien, tal vez el único, que practicó gracias a Ludmila: la táctica de invasión de campo. Tomó impulso y rápidamente se colocó detrás del nosferatu, forcejearon. Consiguió romperle las correas de la armadura improvisada, que salió despedida, dejando al descubierto el boquete con su corazón palpitante.

Desesperado, Cerberus intentó defenderse con la hoja de filo de la estaqueta, Lina respondió con su propia hoja. El arma, usada contra sí misma, colapsó y los dos trozos se rompieron. Todo se volvió penumbra. La joven seguía prendida de la espalda del enorme nosferatu. Ambos usaban sus últimas fuerzas.

—No busques el filo de plata oculto en tu bota, ya lo tomé —Lina le murmuró a su esposo—. Ahora solo basta un pequeño toque y todo acabará.

Lina temblaba y su visión se volvía más borrosa. En la oscuridad casi total pudo notar que Cerberus comprendía la situación: ya no luchaba, incluso sonreía.

—¿Ahora lo entiendes? —murmuró el vampiro—. Pudimos ser el uno para el otro y regir sobre todos los reinos. Por eso te amé desde que te vi: eres la única que está a mi nivel.

—No, Cerberus —replicó Lina con suavidad—, estoy muy por encima de ti.

Le hundió el filo de plata en el corazón. Los ojos del nosferatu, que habían visto el mundo por unos minutos, se nublaron de nuevo, ahora con el permanente velo de la muerte. Y así, abrazados, dejando tras de sí un rastro de su sangre, Cerberus Bromio y Lina Pozafría siguieron descendiendo.

Al cabo de unos segundos, sus manos y sus brazos, ya sin fuerza, se soltaron.

Lina supo exactamente cuándo murió. Se dio cuenta porque el cuerpo le dejó de doler.

Capítulo XLVI

ALATU

—¡No dejes de remar! —gritó Puck.

—Avanzaríamos más rápido si, en lugar de gritarme, ayudaras un poco —gruñó Moth—. Te recuerdo que tú también tienes manos.

—¡Pero ya fue mi turno!

Los siameses intentaban avanzar por la zona inundada del bosque de raíces en Cruxos. Iban sobre un tronco seco y habían improvisado unos remos con ramas. Se dirigían a donde habían visto la gran columna de luz, que ya había desaparecido. En algún momento percibieron una gigantesca raíz, pero se había movido o esfumado; en su sitio había solo un remolino de niebla, en el aire destellaban burbujas.

—Yo digo que volvamos con nuestros amigos —sugirió Puck.

—¿Hablas de los pequeñitos psicópatas? —se quejó Moth—. ¿Quieres servirles y jugar con ellos toda la eternidad?

—Ellos conocen este sitio, lo cuidan. ¿O se te ocurre una mejor idea?

Moth no siguió discutiendo y señaló una silueta luminosa atrapada entre las raíces.

—¿Ves lo mismo que yo? —murmuró.

—¡Es el muchacho! —Puck tomó uno de los remos improvisados y golpeó el agua para llamar su atención—. ¿Gismundus? Por lo que más quieras, dinos que sigues en nuestro mundo.

Al fin remaron rápido y llegaron al lado del cuerpo. En efecto, era Gis. Tenía los ojos cerrados y flotaba bocarriba. Su piel resplandecía.

—Por favor, Gis —insistió Puck—. ¡Responde!

Después de un momento de silencio (y de vigorosos golpes en la cara), Gis comenzó a toser y escupió agua. Los siameses, eufóricos, se dieron prisa en meterlo a la barcaza.

—¡La suerte del último instante! ¡Qué susto nos has dado! —exclamó Moth, lloroso—. Pensamos que no te volveríamos a ver después de esa tormenta. Fue horrible.

—Perdimos el estuche con las estaquetas —reconoció Puck—. Y pasaron tantas cosas: las voces, esa luz, justo por aquí; en fin, un desastre.

—Todo está bien —carraspeó Gis—. Les di las puntas de argén.

—¿Hiciste qué? —Moth quedó atónito—. ¿A los elementales? ¿Estás seguro?

—Les expliqué todo y aceptaron tomarlas cuando se abriera la puerta —siguió el chico—, pero me advirtieron que moriría al estar tan cerca...

—Bueno... Muerto no estás —Puck clavó una uña sobre la piel luminosa del joven—. Aunque brillas como anuncio de globusoda.

—Me dijeron que podían darme un regalo, si a cambio les daba algo que fuera valioso para mí —explicó Gis—. Les ofrecí el primordial de Lina y lo tomaron.

—No está delirando, dice la verdad —exclamó Moth, emocionado, y le murmuró al hermano—. ¡Por eso brilla!

—¿Crees que recibió el escudo de Estigia? —susurró Puck.

—¿El qué? —preguntó el chico.

—Es una protección que dan los inmortales —explicó Moth—. Una extensión a tu vida. Luego te explicamos, ahora debemos buscar cómo salir de aquí...

—Sí, busquemos ayuda —Puck miró alrededor—. Mientras nos cuentas todo, muchacho. Qué hiciste, a quién viste, de qué hablaste.

—Necesitamos todos los detalles —reconoció el hermano—. Hasta los más insignificantes. ¡Adoramos el chisme!

Alessa y los Pútridos habían recorrido el destrozado Nuevo Estigius y, salvo por algunas peleas y un montón de depositantes en agonía o muertos por su propia mano, no había rastros de los Bromio. Iban rumbo a la salida cuando, desde una torre alta y torcida, escucharon una risita.

Con cuidado, Alessa y Lupo subieron. Hasta arriba encontraron a un repelente nosferatu calvo, de dientes negros y piel amoratada. Estaba herido (llevaba una copa enterrada en el brazo) y escurría sangre, aunque la mayor parte provenía de las botellas. Sobre una mesa había una pila de envases, todos vacíos, había bebido todo.

—¿Tío Siward? —preguntó Alessa, asqueada ante la visión del umbrío chorreante.

—Adelante, ¡beban un poco! —los invitó, risueño. A sus pies había un

charco coagulado.

—Soy yo, ¿me reconoces? —preguntó Alessa y con cuidado sacó unas esposas—. Tienes que acompañarnos. Ya todo terminó.

—¡Todavía no! Falta eso —Siward señaló las estanterías donde había unas cien botellas más—. No se pueden desperdiciar.

—Esto está por caerse —Lupo observó los muros rotos—. Hay que irnos.

—Lo que pasa es que quieren robarse mis provisiones —rumió Siward y sacó una daga. Los miró con ojos saltones inyectados de sangre, lanzó un gran eructo.

La torre entera crujía. Unas botellas comenzaron a resbalar.

—Vámonos —aceptó Alessa y le hizo una seña a Lupo.

Siward lanzó una risotada.

—Me temen, ¡todos lo hacen! —aseguró triunfal—. Soy el jefe de la casta de los guerreros, encarnado en el feroz Timur. ¡Nadie puede conmigo!

La última imagen que Alessa conservó de su tío Siward fue la de él bebiendo, con una sonrisa salvaje, mientras la torre comenzaba a desplomarse.

Salieron justo a tiempo para reunirse con Urso y Vulpino en el patio grande.

—Solo queda otro depositante por ahí —Urso señaló los restos de lo que había sido el santuario del Corazón de los Mártires.

—Cierto, lleva una túnica de servidumbre —notó Alessa y se acercó lentamente—. Qué raro, no se ha suicidado.

—¿Qué haces? ¡Vámonos! —le gritó Vulpino, desesperado. Los muros crujían.

Pero cuando Alessa llegó al lado de la criatura, se detuvo sorprendida.

—Es un redi —exclamó.

—¿A quién esperabas? —la rediviva intentó acomodarse el cabello con una mano mutilada—. Perdona la facha, hoy no es mi mejor día.

Alessa quedó atónita. ¿Otro redi que hablaba? Eso solo podía significar una cosa.

—¿Conoces a Lina?

—Soy su mera madre —repuso Marcia con una sonrisa de orgullo—. ¿La has visto?

—Temo que no, pero este sitio está por desaparecer —Alessa le tendió una mano.

—Gracias, linda. Eres de las pocas chupasangres amables que he visto en la vida... y en la muerte. Pero voy a esperar a mi Linuchis. Juré que solo saldría de aquí con ella, pasara lo que pasara.

Como si reaccionara a las palabras, la última de las estatuas de los

Bromio, la de la espantosa Germanta la Dura, se vino abajo frente a ellas.

—No me iré hasta que vuelva mi hija —dijo Marcia, firme.

Vulpino miró a Alessa con urgencia, no podían quedarse cuidando a esa necia redi. Pero más que necedad, Marcia tenía fe. Le sobraba, como a todas las madres.

Lina estaba muerta. Lo confirmó cuando reconoció el territorio de Alatu, esos inmensos continentes con puertas, el mar denso donde se perdían los espíritus. No se sentía triste, la muerte sí que fue dolorosa, pero había completado la misión y la profecía se cumplió para bien. De los talismanes, dos estaban muertos: eso quería decir que Gis seguía vivo. Ese hecho la hacía sentir inmensamente feliz.

En las anteriores visitas Lina había podido explorar, flotando de aquí para allá, pero ahora como espíritu era imposible resistirse a ese mar oscuro y desolador. Notó también que ahora percibía a los muertos con todos sus rasgos humanos, umbros, nosferatus. Casi todos eran arrastrados a esos colosales remolinos. Había muchos soldados de las recientes batallas, algunos asustados, otros llorando y unos cuantos rabiosos, pero a todos les había llegado la hora. Descubrió delante de ella a Cerberus, su expresión era de profundo dolor; no hizo nada cuando el remolino lo engulló.

Lina estaba lista para ser absorbida cuando notó que tenía un cabello enredado en el tobillo, era brillante, larguísimo. Poco a poco la condujo al fondo del océano, donde había un enorme rostro femenino, hermoso y terrorífico. Lina la reconoció, sabía que era una máscara y era mejor así. Una voz retumbó en su cabeza: "Te dije que nos volveríamos a ver. Con todos tengo una cita."

"Llegó mi momento, ¿verdad?", repuso Lina, serena.

"Eso lo decides tú. Tienes el don", respondió Alatu.

Lina se detuvo unos momentos a meditar en esas palabras. ¿Había entendido bien?

"¿Puedo revivirme a mí misma?", preguntó atónita.

"Conoces las reglas", señaló Alatu. "Hacer contacto con el cuerpo, venir a mi reino, encontrar al espíritu y dar un pago. O si cansada estás, te llevaré a donde puedas recuperarte. Pero nunca podrás volver. Es otro ciclo. Decide."

Lina dio su respuesta.

El larguísimo cabello que la sostenía se rompió, pero Lina no fue hacia el remolino, flotó hacia la superficie, y antes cruzó por un caudal de

imágenes. Se vio a sí misma de pequeña, a sus padres más jóvenes, revivió los horribles años escolares durante los que tanto la acosaron los compañeros, el día que comenzaron las señales misteriosas en sueños y visiones cuando cumplió trece años. Volvió a presenciar la muerte de Marcia a manos de Tirso el Rojo, la revelación de que Ben era umbrío, el ataque de los depositantes en el metro Pino Suárez en la Ciudad de México, la llegada a Ubus y a Cimeria, el primer encuentro real con Gismundus, el momento en que encontró el cartapacio, el descubrimiento del terrible pasado de su padre, el peligro de la epidemia, la visita al nido maldito de Balbá con el buen Wafic, el enfrentamiento con Luna Negra, la entrega de la estaqueta Abismo, su fama y la llegada de Titania, la visita a entremundos, el reencuentro con su madre en la feria fantasmal, la Torre del Este, la trampa del laberinto, el guardián Cerberus, el momento hermoso y terrible en que bebió de ella, cuando lo liberó y le entregó la estaqueta, la guerra que se desencadenó, que finalmente desembocó en cincuenta batallas, seguida por la muerte de su padre y su misión como incrustada.

Lina entendió que todas esas imágenes eran vistazos de un futuro que había sido bloqueado por Luna Negra. Ahora volvían como parte de su pasado.

Abrió los ojos a la vida, de nuevo, aunque seguía deslizándose por ese foso profundo, cerca del cuerpo de Cerberus. Finalmente cayeron a otro estanque arenoso. Se deslizaron un trecho y llegaron a un banco de arena. Lina estaba tan débil que solo consiguió girarse para seguir respirando. Entre brumas vio algo, una sombra, pequeña y viscosa como el alquitrán, que se acercó a inspeccionar el cadáver de Cerberus.

—¡Lo sabía! Sentí cómo te acercabas —exclamó, entre gorgoteos extasiados, y sus tentáculos acariciaron con suavidad el rostro del Destinado, sus manos, donde le faltaba un dedo, y la daga que llevaba enterrada en el hueco del pecho—. Te dije que volverías conmigo, ¡sé esperar!

De pronto, pareció percibir la presencia de Lina.

—Es tuyo, si tanto lo quieres —murmuró la joven umbría—. Yo solo quiero volver a la superficie, de donde vine.

—Seguro mis hermanos te han oído. Así será —Ghul abrazó a su amado.

La Desterrada sabía que era solo el cascarón, pero era suficiente. Tal vez hasta sería más fácil la convivencia. Lo llevaría consigo, al lejano trono que construiría para él, en una laguna que formaría de nuevo, lágrima a lágrima. Jamás estaría sola.

Lina entreabrió los ojos y sintió de golpe todos los dolores, el del brazo, el de la herida del cuello. Se dio cuenta de que volvía a ascender, sostenida por un burbujeante cuerpo de agua. Tuvo lapsos de oscuridad y luz, hasta que llegó a una caverna inmensa, donde se amontonaban los escombros de dos castillos. La corriente la transportó suavemente hasta los pies de alguien que la estaba esperando.

Era Marcia Martín, su madre.

Lina intentó sonreír, pero solo alcanzó a decir tres nombres —Ada, Ben, Eric— antes de perder la conciencia.

No supo cuánto tiempo transcurrió, pero el sueño que tuvo fue profundo y reparador. Descansó del dolor, de la muerte, de la guerra.

Según los noticieros, Saint-Médard sufrió una veintena de explosiones y derrumbes causados por el gas acumulado en el incendio de la mina. El casco antiguo y la zona del museo sufrieron los mayores daños, pero los valerosos *sapeurs-pompiers* y los rescatistas internacionales con el logo BP habían conseguido apagar los incendios.

Las redes de folclor no tuvieron que esforzarse mucho, todos aceptaron esa explicación, ¿qué otra cosa podía ser? Además, varias personas declararon que la ciudad se salvó gracias a ellos, que dieron aviso de lo que ocurría. Pronto comenzaría la reconstrucción, aunque el museo de la mina no volvió a abrir, esa zona era irrecuperable por los deslaves.

Los miles de millones de seres humanos, en pueblos y ciudades, nunca se enteraron de que por una noche todo estuvo a punto de cambiar por las guerras en las civilizaciones del inframundo. Esa misma semana también se reestablecieron los pactos *intratibios* y volvió a fluir tanto el suministro como los pagos entre las dos especies. Olivenza sugirió que Imogene Pozafría se quedara al mando del Nuevo Concejo, le había gustado trabajar con ella. La dama nosferatu explicó que lo pensaría, ¡tenía tanto qué hacer!

En el castillo de Cimeria estalló una gran agitación. Alguien dio la noticia y los umbríos salieron de sus camas y sarcófagos. Algunos se colocaron a toda prisa las pelucas, las dentaduras; otros se esparcieron un poco de ungüento Mármara para estar presentables; todos se colocaron

chaquetones y batas. Las escaleras se movían a toda velocidad (es decir, a velocidad lentísima, el nuevo domovoi era bastante viejo) y un alud de umbríos corría al tercer nivel, en medio de chorros de vapor. Entre los murmullos emocionados y exclamaciones repetían una frase: "¡Ya despertó!".

Al principio Lina no entendía dónde estaba, ¿qué era esa enorme habitación con feos tapices? Todo era tan borroso hasta que reconoció su habitación de Cimeria. La primera imagen que enfocó era al mismo tiempo enternecedora y terrorífica: alrededor de su cama había un ejército de criaturas, humanos, nosferatus y algunos zombis. Uno de ellos era su madre, Marcia. Se veía muy bien (al parecer le habían hecho mantenimiento con sales del Dr. Sulz, remendado costuras y puesto dedos nuevos). A su lado estaba su querida abuela Imogene, siempre tan elegante, con su esponjoso peinado cano y esos collares de perlas, aún vestía de negro. Junto a ella, la temible Lavinia tía Sangre, que hacía un esfuerzo para que nadie viera que lloraba de emoción. También se acercó el pequeño (ya no tanto) Osric, lucía un nuevo aparato dental y, curiosamente, ¡no estaba llorando! Gargajo vestía piyama y Gusanos no llevaba la funda de almohada en la cabeza. Alessa se había puesto uno de sus viejos vestidos, aunque lo recortó a medio muslo, y se había bañado (posiblemente por primera vez en dos años). A su lado, el atractivo redi Hans estrenaba gabardina. Ariel vestía un exquisito traje de terciopelo verde, el delineador de ojos hacía juego, y a su lado estaba su guapo novio Ray, de nuevo tenía barba. Duncan el Bello curiosamente vestía mucho más recatado, aunque su mujer Gerta Pestañas hacía honor a su nombre, parecía que dos arañas bailaban en sus párpados. La llorosa Crésida llevaba un conjunto deportivo y suecos de plástico (se había aficionado a la cómoda pero horrible ropa de los humanos), a su lado su esposo Gundo el Gris parecía bastante sobrio. Lisandro tío Panza ayudaba a los momios a sostenerse: Abasi el Egipcio, Augustus el Romano y Mamá Uyü, que desde que le cortaron su larga melena parecía un poco más activa; iba acompañada de su infaltable nube de polillas. Calibán la Piedra, enorme y con una nueva máquina de escribir colgada del cuello (en realidad era una tablet). Pero también había otros personajes que Lina no reconoció. Varios miembros de su familia llevaban cabestrillo, algún brazo con férula, pero lucían un semblante recuperado y sonreían, con ojos brillantes de emoción.

Todos hablaron al mismo tiempo.

—¿Sabes quién soy? —se acercó tía Sangre—. Dime que no perdiste la memoria, lindura.

—Linuchis, ¿nos escuchas? —su madre se abrió paso.

—¡Sabíamos que lo lograrías! ¡Nos salvaste a todos! —exclamó Osric.

—¿Puedo tomarnos una *selfie*? —preguntó un hombre con unas gafitas y una capa ridícula.

—Qué envidia me das —Alessa sonreía—. Ahora, de umbría, eres todavía más guapa.

—Queridos, por favor —pidió Imogene—. Dejen de atosigar a la pobre Lina. Ya ha pasado por demasiadas cosas para que además la atormenten con sus pegajosas muestras de afecto.

Lina se tocó el cuello, llevaba un grueso vendaje, un brazo estaba metido en una férula y su cara era un muestrario de curaciones.

—¿Cuánto tiempo...? —murmuró con voz débil.

—Llevas un mes dormida, querida —explicó la abuela—. Estabas en pésimo estado, recurrimos a todos los remedios médicos y alquímicos para que recuperaras la salud. Los médicos del hospital Hotep vinieron y el clan completo se turnó para cuidarte, sobre todo tu madre.

Marcia tomó de la mano a Lina. Las dos tenían la piel fría, muy propia de los redis y los umbríos.

—Pero el oráculo mencionó que morirían dos talismanes —recordó Lina.

—Y moriste, claro —aseguró Ariel—. El oráculo se cumplió; además, la tibia que mencionaron las esiartis ya no existe porque ya ni siquiera eres humana.

—Estuve con Alatu —recordó Lina—, pero conseguí volver. A Cerberus lo eliminé con el filo de plata.

—Eso mismo dijiste cuando te encontramos —reconoció la abuela Imo —. Luna Negra también fue destruida, no te preocupes por eso.

—¿Y los depositantes? ¿Y la guerra? —preguntó Lina con temor.

—Ya todo está bien —aseguró Imogene.

—¿Bien? ¡Falta mucho por hacer! —interrumpió Lavinia.

—Claro, pero está hecho lo más importante —reconoció Imo—. Los depositantes que sobrevivieron están presos en Niflem, se organizan tribunales para los juicios. Algunos pagarán su condena reconstruyendo los nidos. Los daños han sido terribles, tardaremos una eternidad en repararlos, pero estamos en ello. Ariel se encarga ahora de organizar ese proceso.

—Es mucho trabajo —reconoció el umbrío.

—No hemos podido irnos de vacaciones a Oaxaca —suspiró Ray—. Aunque ya pudimos entregar los restos de mi jefa a su familia.

—¡Pero todo lo demás salió bien gracias a ti! —exclamó Osric—. ¡Te lo dije, siempre lo supe! Desde que te conocí, ¡eres especial!

—Lina, Linuchis, no sabes lo orgullosa que estoy de ti —aseguró Marcia.

—Oye, disculpa, tomé algunas fotos para mi blog —aseguró el hombre

de gafas y capa, llevaba un celular en la mano—. Tranqui, es interno, solo para nosotros. Es que eres una auténtica *celebrity*.

—Disculpa, ¿tú quién eres? —preguntó Lina.

—Es Javi. Ya no manejamos redis —explicó Lavinia—. Tenemos otros asistentes. Ellos se ofrecieron, ¡y cobran! Nada es gratis.

—No abrumemos a Lina con tantos detalles, luego le explicamos con calma —pidió Imogene—. Lo que importa es que todo está en paz. No existen ya los Bromio ni su horrible legado.

—¿Dónde está? ¡Abran paso! ¡La queremos ver! —gritó alguien desde la puerta.

Eran Puck y Moth, al entrar se lanzaron a abrazar a Lina.

—Pequeña, ¡al fin! ¡Te extrañábamos tanto! —dijo Moth, lloroso

—¡Todos los días veníamos a leerte libros de romance paranormal! —aseguró Puck.

—Tal vez por eso despertó, ya la tenían harta de Susy Fang —reprochó Lavinia.

—¡Nadie se harta de Susy Fang! —dijeron los siameses a la vez.

—Como sea, pequeña, ya no tarda en llegar —explicó Moth—. Desde que nos enteramos que habías despertado le enviamos un murciélago postal.

—No se despegó de tu cama en días —agregó Puck—, hasta hace rato que fue a visitar a sus padres. Están reconstruyendo la casa familiar de su clan.

—¡Te ha cuidado tanto! —le aseguró Marcia—. Es tan bueno contigo y tan guapo, como un muñequito de sololoy.

Lina sintió que el corazón se le iba a detener de nuevo, debían estar hablando de él.

Y como si lo llamara con el pensamiento, en la puerta vio algo que se asemejaba a una aparición. Era Gis, que vestía ropa de humano y una chaqueta de motociclista (luego supo que Hans le ayudó a renovar el guardarropa); su inverosímil guapura lucía intacta. Incluso por un instante Lina tuvo la sensación de que irradiaba un resplandor.

Se abrazaron entre lágrimas de felicidad y toda la parentela lanzó una exclamación.

—Son tan tiernos —dijo Crésida.

—Un poco empalagosos para mi gusto —suspiró Lavinia.

—¿Será que puedo tomar una fotito? —preguntó Javi.

—No, ¡nada de fotos! —riño Osric—. Yo soy quien cuida la imagen de Lina.

—Bueno, está bien que seamos chismosos, pero hay límites —reconoció Imogene—. Dejemos solos a Lina y a Gismundus, deben estar ansiosos de hablar.

Con cierta desilusión por perderse el momento, los umbríos, redis y humanos tuvieron que dejar la habitación.

—Por cierto, traigo en mi laptop los últimos capítulos de la telenovela *Abrázame con tus besos* —anunció Ray, en el pasillo—, por si alguien la quiere ver.

Eso provocó una ovación de buena parte del clan.

—Pórtense bien, cuidadito con hacer travesuras —recomendó Marcia en la puerta, fue la última en salir—. Todavía no están para esos chismes.

Lina y Gis se quedaron solos. Tenían tantas cosas que decirse, pero todo era extraño: eran los mismos y también habían cambiado tanto. Atravesaron por tantas cosas en la guerra, tanto dolor y sacrificio.

—Por cierto, perdona por engañarte aquella vez —comenzó Lina, apesadumbrada—. Fue para que pudieras salir y no vieras lo que iba a hacer como incrustada... en lo que me convertí. Seguro ahora te asusto un poco.

—¿Por ser umbría? Está bien, no me importa —sonrió Gis—. Siempre me has parecido guapa, lista. Te amo tanto que tu naturaleza es lo de menos. Tal vez ahora hasta convenga... —el chico carraspeó—. Verás, yo tampoco soy el de antes.

—¿Por el escudo de Estigia?

Gis reaccionó, sorprendido.

—¿Cómo sabes eso? ¿Te dijeron algo Moth y Puck?

—No, lo vi... Cuando Alatu me dio una oportunidad de regresar, se rompieron los sellos y conseguí ver mi vida en las dos direcciones.

—¿Cómo es eso?

—Hacia el pasado y hacia el futuro. No vi todo, solo algunas partes —reconoció—. Sé, por ejemplo, que ya no tengo el vórtice de resurrección, tuve que entregarlo; también sé que tú tampoco eres solo sombrío, los elementales te hicieron un regalo.

—Una extensión de vida —recordó Gis.

—Que tiene que ver con lo que tú entregaste —anotó Lina.

—Tu primordial, la tela con tu sangre y lágrimas.

—Exacto. Vas a vivir lo mismo que yo viva, Gis —develó Lina—. Veremos juntos tantas cosas emocionantes, sorprendentes, algunas terroríficas. Aunque nuestro mayor desafío y felicidad van a ser Ada, Ben y Eric.

Gis parpadeó, confundido.

—Nuestros hijos —explicó Lina con una radiante sonrisa—. No te preocupes, tampoco será tan pronto. Cada uno tendrá naturaleza distinta: umbrío, tibio y sombrío. Y uno de ellos...

—No, ¡no me digas más! —pidió Gis—. Quiero saborear las sorpresas que nos esperan.

—Así será —aceptó Lina feliz.

Se besaron. No era fácil con tantos cabestrillos, curaciones y férulas, pero el amor encuentra sus modos.

Una nueva vida para los dos había dado comienzo. Se abría un futuro en el que las palabras *siempre, siempre* tenían una oportunidad en el mundo.

Epílogo

LA VERDAD, SOLO LA VERDAD

Osric estaba furioso. ¿Cómo era posible que dijeran esas cosas de Lina?

Con el tiempo, la fama de su prima creció tanto que cada año se estrenaban en su honor algunas obras de teatro y zarzuelas (tan solo Menandro el Tenso escribió cuarenta y dos). Y la actriz Octavia Mil Voces las protagonizó casi todas: "Siempre fuimos amigas íntimas", solía decir a la prensa. En la última obra, *Lina, azote del mal*, el libretista aseguraba que durante la guerra de guerras Lina Pozafría había revivido a mil zombis guerreros y que cada noche tocaba los crótalos para hipnotizar a Cerberus en su luna de miel necromántica. Si eso resultaba un disparate, no era nada comparado con ciertos artículos de *Consanguíneos,* como "El terrible secreto de Lina: ¡conserva un trozo de la estaqueta Abismo para mantener su belleza!". Por otro lado, el radioteatro *Tibia de corazón, vampiresa de alma* paralizó varios distritos umbríos al relatar cómo Lina había vencido a los depositantes en Nuevo Estigius como espía vampírica, cantando coplas y bebiendo globusoda baja en calorías, que curiosamente patrocinaba el programa.

A Lina no le interesaba desmentir nada. Estaba muy ocupada con su familia intentando, al fin, construir su propia historia. Además, la pequeña Ada era la niña más traviesa de todos los reinos, y definitivamente no ayudaba mucho tener una abuela zombi que la consentía demasiado. También tenía mucho qué hacer en la Asfadi y a veces apoyaba a Gis en su trabajo; el chico había sido reclutado en el gremio *benvoliano*, que ya no era militar, sino una asociación secreta que cazaba nigromantes rebeldes. Ahí mismo trabajaban Moth y Puck brindando apoyo con sus inventos alquímicos. Lina tenía tanto por hacer que le daban igual los argumentos de las zarzuelas.

—¡Pero no es justo! —le dijo Osric—. Yo conozco tu vida, estuve cerca de ti desde el primer día que llegaste al nido. Soy tu biógrafo oficial.

—Entonces cuenta tú la historia —le propuso Lina.

La frase se quedó dando vueltas dentro de la cabeza de Osric un buen tiempo. Era un joven adulto. Por cierto, la ortodoncia nunca le funcionó del todo, le quedó un colmillo torcido, pero según él le daba carácter. Entró al prestigioso Colegio de Pedernal, en Irij, para estudiar medicina umbría (definitivamente le había perdido el miedo a la sangre). El noviazgo con Mildred iba viento en popa (el envío de la mano de un redi fue lo que la conquistó), y Mildred se había vuelto una gran novia umbriana, y era más vamp que el mismo Osric.

Durante unas vacaciones de la facultad organizó sus apuntes y sacó los viejos volúmenes sobre la vida de Lina. Al leerlos reconoció que había exagerado un poco. Agotado, un día destruyó todos los papeles y comenzó de nuevo. Diría la verdad, solo la verdad. Pero se dio cuenta de que eso también era complicado. Había que contar tantas cosas que abarcaban tantísimos escenarios, con demasiados personajes. No sabía siquiera cómo empezar, hasta que un día dio con el primer párrafo:

"*Hablemos de vampiros, pero no de los vampiros que salen en las películas peinados con laca, mirada vidriosa y cutis blanqueado con dos kilos de talco; tampoco de esos que son hermosos hasta el infinito...*"

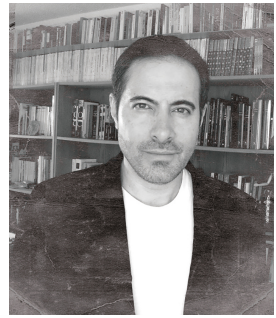
Osric sonrió, era perfecto. Al fin podría contar la historia de Lina, la de él, la historia de todos.

LA GUERRA HA ESTALLADO, LA CIVILIZACIÓN OCULTA BAJO EL MUNDO HUMANO ESTÁ EN FEROZ LUCHA.

Guerreros, magos oscuros, monstruos de la infratierra, cadáveres revividos, todos entran en la batalla. Lina debe prepararse para pelear, mientras investiga dónde quedó Gismundus e intenta evadir una escalofriante profecía que apunta hacia ella. Nuevos personajes, humor negro, terror, aventuras, muertes inesperadas, misiones secretas y la esperanza del amor.

CON ESTE VOLUMEN, LA SAGA MUNDO UMBRÍO
llega a su épico final, en su versión extendida y definitiva.

¿TE VAS A QUEDAR FUERA?



JAIME ALFONSO SANDOVAL
es ya un referente en la literatura juvenil en México; en dos décadas de trabajo ha publicado más de una veintena de obras. Ganador de importantes premios nacionales y reconocimientos internacionales, ha sido traducido al francés y holandés, entre otros idiomas. En Montena ha publicado las novelas *Mexicoland, Doce sustos y un perico, Campamento Miedo, Ciudad Miedo, Las dos muertes, La traición* y *La venganza,* primeros tomos de la célebre saga Mundo Umbrío.

Parte de este libro se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Mundo Umbrío 4. La guerra de guerras

Edición en formato digital: noviembre, 2022

D. R. © 2011, Jaime Alfonso Sandoval, por la saga Mundo Umbrío

D. R. © 2022, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-382-485-9

Composición digital:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Facebook: @penguinebooks
Twitter: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
Youtube: @penguinlibrosmx

Índice

Mundo Umbrío **4**. *La guerra de guerras*

Prólogo

Primera parte
Tambores de guerra

Capítulo I. vampiros en Santa María la Ribera
Capítulo II. Señales, noticias y otras desgracias
Capítulo III. La verdad sobre Gis
Capítulo IV. Hambre
Capítulo V. La segunda audiencia
Capítulo VI. Vientos de guerra
Capítulo VII. Secretos *intratibios*
Capítulo VIII. La suerte del último instante
Capítulo IX. Revuelta
Capítulo X. La legión Alfa
Capítulo XI. Cuatro semanas
Capítulo XII. Una (casi) amiga
Capítulo XIII. Bolsas de comida
Capítulo XIV. Tierra Umbra
Capítulo XV. Desperdicio de mundos
Capítulo XVI. Provisiones para la guerra
Capítulo XVII. Rey pardo, reina pálida

Segunda parte
El Día de la Liberación

Capítulo XVIII. La última esperanza antes de la guerra
Capítulo XIX. La última comida antes de la guerra
Capítulo XX. El Día de la Liberación, las primeras horas
Capítulo XXI. El triángulo del dragón
Capítulo XXII. Entre brujos y laberintos
Capítulo XXIII. Vamps y un arma secreta

Capítulo XXIV. La cazaaberrantes
Capítulo XXV. La historia de Gis
Capítulo XXVI. El traslape
Capítulo XXVII. El triunfo... o casi
Capítulo XXVIII. El ocaso del nido sagrado
Capítulo XXIX. *Orbis Totallum*

Tercera parte
La profecía de los tres talismanes

Capítulo XXX. Tanto dolor
Capítulo XXXI. Invocar la flama
Capítulo XXXII. Trampa doble
Capítulo XXXIII. La prisionera tibia
Capítulo XXXIV. Las minas de Saint-Médard
Capítulo XXXV. Las pruebas
Capítulo XXXVI. La iniciación
Capítulo XXXVII. 4.5 litros de sangre
Capítulo XXXVIII. Sed
Capítulo XXXIX. Un capítulo de amor anticientífico
Capítulo XL. Regalo de bodas
Capítulo XLI. Marcia
Capítulo XLII. Habitantes del Cruxos
Capítulo XLIII. Invocación
Capítulo XLIV. La traición de Lina Pozafría
Capítulo XLV. Mi debilidad
Capítulo XLVI. Alatu

Epílogo: la verdad, solo la verdad

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos